

Christopher Ryan y Cacilda Jethá

En el principio era el **sexo**

Los orígenes de la sexualidad moderna.
Cómo nos emparejamos y por qué nos separamos

PAIDÓS TRANSICIONES

Christopher Ryan es licenciado en Literatura Inglesa y Americana por la Hobart College en 1984 y se doctoró en Psicología por la Saybrook University veinte años más tarde. Ryan ha dedicado la mayor parte de su tiempo a viajar alrededor del mundo y ha vivido y trabajado en diversos países. Basándose en su experiencia de la multiculturalidad, Ryan centró su investigación en tratar de diferenciar lo cultural de lo universal en el comportamiento humano. Su tesis doctoral analiza las raíces prehistóricas de la sexualidad humana y fue dirigida por el renombrado investigador Stanley Krippner.

Cacilda Jethá nació en Mozambique en una familia mixta de musulmanes e hindúes arraigada en la India. Durante la guerra civil, sus padres la enviaron a Portugal donde terminó sus estudios para luego regresar a trabajar como investigadora en medicina y sexualidad en el entorno rural africano. Hoy en día ejerce la psiquiatría y vive junto con Christopher Ryan en España.

EN EL PRINCIPIO ERA EL SEXO

PAIDÓS TRANSICIONES

Últimos títulos publicados

- H. Gardner, *Mentes flexibles*
G. Nunberg (comp.), *El futuro del libro*
N. Longworth, *El aprendizaje a lo largo de la vida en la práctica*
C. Allègre, *Un poco de ciencia para todo el mundo*
D. A. Norman, *El diseño emocional*
D. J. Watts, *Seis grados de separación. La ciencia de las redes en la era del acceso*
M. P. Lynch, *La importancia de la verdad*
M. S. Gazzaniga, *El cerebro ético*
H. Gee, *La escalera de Jacob. Historia del genoma humano*
G. Rizzolatti y C. Sinigaglia, *Las neuronas espejo*
R. Sapolsky, *El mono enamorado y otros ensayos sobre nuestra vida animal*
C. Allègre, *La sociedad vulnerable. Doce retos de política científica*
F. de Waal, *Primates y filósofos. La evolución de la moral del simio al hombre*
S. Pinker, *El mundo de las palabras. Una introducción a la naturaleza humana*
J. Dewey, *Cómo pensamos*
B. Korfisabuk y otros, *La ciencia del orgasmo*
H. Gardner, *Las cinco mentes del futuro*
D. Dennett y otros, *La naturaleza de la conciencia*
M. D. Hauser, *La mente moral. Cómo la naturaleza ha desarrollado nuestro sentido del bien y del mal*
R. Rose, *Tu cerebro mañana. Cómo será la mente del futuro*
D. Dentón, *El despertar de la conciencia. La neurociencia de las emociones primarias*
N. N. Taleb, *El cisne negro*
N. N. Taleb, *¿Existe la suerte? Las trampas del azar*
A. Sokal, *Más allá de las imposturas intelectuales. Ciencia, filosofía y cultura*
D. J. Linden, *El cerebro accidental. La evolución del cerebro y el origen de los sentimientos*
S. Blackmore, *Conversaciones sobre la conciencia*
J. Lehrer, *Proust y la neurociencia. Una visión fresca y única de ocho artistas de la modernidad*
D. A. Norman, *El diseño de los objetos del futuro. La interacción entre el hombre y la máquina*
M. S. Gazzaniga, *¿Qué nos hace humanos? La explicación científica de nuestra singularidad como especie*
D. J. Siegel, *Cerebro y mindfulness. La reflexión y la atención plena para cultivar el bienestar*
D. Linden, *La brújula del placer. Por qué los alimentos grasos, el orgasmo, el ejercicio, la marihuana, la generosidad, el alcohol, aprender y los juegos de azar nos sientan tan bien*
N. N. Taleb, *El cisne negro. El impacto de lo altamente improbable. Edición revisada y con nuevo postado del autor.*
C. Ryan y C. Jethá, *En el principio era el sexo. Los orígenes de la sexualidad moderna. Cómo nos emparejamos y por qué nos separamos.*

CHRISTOPHER RYAN
CACILDA JETHÁ

EN EL PRINCIPIO ERA EL SEXO

Los orígenes de la
sexualidad moderna.
Cómo nos emparejamos
y por qué nos separamos

PAIDÓS
Barcelona
Buenos Aires
México

Título original: Sex at Dawn, de Christopher Ryan y Cacilda Jethá
Publicado originalmente en inglés por Harper, an imprint of HarperCollins Publishers

Traducción de Ignacio Villaro Gumpert

Cubierta de Judit G. Barcina

Iª edición, enero 2012
7ª impresión, febrero 2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopias o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2010 by Christopher Ryan and Cacilda Jethá
All rights reserved
© 2011 de la traducción, Ignacio Villaro Gumpert
© 2011 de todas las ediciones en castellano,
Espasa Libros, S. L. U.,
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-2658-5
Depósito legal: B. 39.549-2011

Impreso en Servinform, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España - Printed in Spain

*Tus hijos no son tus hijos.
Son hijos e hijas
de la vida deseosa de sí misma.*

K a h l i l G i b r a n

SUMARIO

Prefacio: El primate que topó con su igual.....	13
Introducción: Otra Inquisición bienintencionada.....	17
Unos pocos millones de años en unas pocas páginas.....	28

Primera parte: Del origen de la (falsa) especie

1. ¡Acuérdate del Yucatán!.....	37
Eres lo que comes.....	38
2. Lo que Darwin no sabía del sexo.....	45
La picapiedrización de la Prehistoria.....	52
¿Qué es la psicología evolucionista, y por qué tendría que importarte?.....	58
Lewis Henry Morgan.....	65
3. Una consideración más detenida del discurso convencional de la evolución de la sexualidad humana.....	69
Cómo insulta Darwin a tu madre (La lúgubre ciencia de la economía sexual).....	72
La famosa flacidez de la libido femenina.....	75
La inversión paterna (IP).....	76
«Estrategias combinadas» en la guerra de los sexos.....	79
Receptividad sexual continua y ovulación oculta.....	83
4. El simio del espejo.....	87
Los primates y la naturaleza humana.....	90
Cuestionamiento del chimpancé como modelo.....	93
En busca de la continuidad entre primates.....	95

Segunda parte: La lujuria en el Paraíso (¿Solitaria?)

5. ¿Quién perdió qué en el Paraíso?.....	109
A propósito del <i>funky</i> y del <i>Rock Around the Clock</i>	112
6. ¿A quién quieres más, a papá, a papá o a papá?.....	119
<i>S.E.Ex.</i> : compartir es gozar.....	122
La promesa de la promiscuidad.....	128
Un comienzo bonobo.....	131
7. Queridísimas m a m á s.....	137
Fusión nuclear.....	142
8. Matrimonio, emparejamiento, apareamiento	
y monogamia: menudo maremágnum.....	147
El matrimonio: ¿la «condición esencial»	
de la especie humana?.....	149
Del puterío matrimonial.....	153
9. La certeza de paternidad: la precaria piedra angular	
del discurso convencional.....	159
Amor, lujuria y libertad en el lago L u g u	161
De la inevitabilidad del patriarcado.....	167
La marcha de los monógamos.....	170
10. Los celos: guía para principiantes dispuestos a desear	
a la mujer de su prójimo.....	175
Sexo de suma c e r o	178
Cómo saber cuándo un hombre ama a una mujer.....	184

Tercera parte: Tal como no éramos

11. «La riqueza de la naturaleza» (¿Pobre?).....	191
Pobrecito y o.....	196
La angustia de los millonarios.....	199
Hallar contento «en lo más bajo de la escala de la raza	
humana».....	202

12. El meme egoísta (¿Miserable?).....	205
El <i>Homo economicus</i>	206
La tragedia de los bienes comunales.....	208
Sueños de progreso perpetuo.....	212
¿Pobreza ancestral o abundancia asumida?.....	213
De la política paleolítica.....	216
13. La batalla interminable en torno a la guerra	
prehistórica (¿Brutal?).....	223
La naturaleza despiadada del profesor Pinker.....	224
La misteriosa desaparición de Margaret Power.....	229
Despojos de guerra.....	232
La invasión napoleónica (La polémica de los yanomami) .	236
La búsqueda desesperada de la hipocresía <i>hippy</i>	
y la brutalidad bonobo.....	240
14. La falacia de la longevidad (¿Breve?).....	243
¿Cuándo empieza la vida? ¿Cuándo termina?.....	245
¿Es hoy cumplir 80 lo que en otros tiempos	
era cumplir 30?.....	248
Muertos de estrés.....	252
¿Quién es aquí el iluso romántico, eh?.....	255

C u a r t a p a r t e : C u e r p o s e n m o v i m i e n t o

15. Pequeño gran hombre.....	261
En el amor y en la guerra de esperma, todo vale	266
16. La verdadera medida de un hombre.....	273
Porno duro en la Edad de Piedra.....	279
17. A veces un pene no es más que un pene.....	281
18. Prehistoria de O	295
«¡Qué horrendas extravagancias de la mente!».....	297
Guárdate de la tetilla del Diablo.....	303
La fuerza requerida para reprimirlo.....	305

19. Las chicas son guerreras.....	307
La vocalización copulatoria femenina.....	307
<i>Sin tetas no hay paraíso</i>	311
A vueltas con el orgasmo.....	315

Q u i n t a p a r t e :

Los hombres son de África, y las mujeres, de África

20. ¿En qué piensa la Mona Lisa?.....	325
21. El lamento del pervertido.....	335
¿Simplemente di «no»?.....	339
La guía Kellogg del abuso infantil.....	341
La maldición de Calvin Coolidge.....	344
Los peligros de la monotomía (monogamia + monotonía)	350
Algunas razones más por las que necesito una novia nueva (igualita que tú)	354
22. Juntos frente al cielo.....	359
Todos fuera del armario.....	365
El casamiento del Sol y la Luna.....	370
Nota a los lectores.....	373
Agradecimientos.....	375
Notas.....	377
Referencias y propuesta de ulteriores lecturas sobre el tema ...	417
índice analítico y de nombres.....	455

Prefacio

EL PRIMATE QUE TOPÓ

CON SU IGUAL

(Nota de uno de los autores)

Es para elevarnos por encima de la naturaleza, señor Allnut,
para lo que hemos venido al mundo.

Katharine Hepburn, en su papel
de la señorita Rose Sayer en *La reina de África*

Una tarde calurosa de 1988, unos cuantos lugareños vendían cacahuetes a la entrada del Jardín Botánico de Penang, en Malasia. Mi novia Ana y yo habíamos ido a dar un paseo por la zona después de un almuerzo copioso. Los hombres, advirtiendo nuestro desconcierto, nos explicaron que los cacahuetes no eran para nosotros, sino para dar de comer a crías de mono tan adorables como las que, sin que hubiéramos reparado aún en ellas, se revolcaban sobre la hierba cercana. Compramos varias bolsas.

No tardamos en cruzarnos con una criaturita que colgaba de su cola justo encima del camino. Clavó una mirada suplicante, humana, en la bolsa de cacahuetes que Ana llevaba en la mano. Y, mientras la arrullábamos como un par de colegialas en una tienda de gatitos, la maleza estalló de pronto con una irrupción simiesca. Un mono adulto pasó ante mí como una exhalación, se abalanzó sobre Ana y desapareció en un instante; y, con él, los cacahuetes. Había arañado a Ana en la mano, y la herida le sangraba. Nos quedamos temblando, aturdidos, sin habla. No nos había dado tiempo ni a gritar.

Al cabo de unos minutos, cuando empezó a bajarme la adrenalina, el miedo se tornó en odio. Nunca me había sentido traicionado de esa

manera. Junto con los cacahuets, me habían arrebatado preciadas ideas sobre la pureza de la naturaleza y la maldad como una aflicción exclusivamente humana.

Sentí que algo cambiaba dentro de mí. Tuve la sensación de que mi pecho se hinchaba y que mis hombros se ensanchaban. Notaba los brazos más fuertes, y la vista, más aguda. Me sentía como Popeye tras comerse una lata de espinacas. Lancé una mirada airada a la maleza, con la nueva conciencia de que era un peso pesado entre los primates. No estaba dispuesto a tolerar más abusos de esos pesos pluma.

Había viajado bastante por Asia, y sabía que los monos de allí tienen poco que ver con esos primos suyos que de niño había visto en la tele tocando el trombón o aporreando la pandereta. Los primates asiáticos que viven en libertad poseen una característica que me dejó desconcertado la primera vez que la observé: tienen dignidad. Si cometes el error de sostenerle la mirada a un mono callejero de la India, Nepal o Malasia, descubrirás a una criatura inteligente que frunce el ceño a lo Robert DeNiro, como diciendo: «¿Y tú qué coño miras? ¿Acaso quieres vértelas conmigo?». Olvídate de vestir a un elemento de estos con una chaquetita roja.

Al poco, en mitad de un claro, nos encontramos con otra cara peluda y suplicante que colgaba boca abajo de un árbol. Ana estaba dispuesta a olvidar y perdonar. A pesar de que estaba insensibilizado contra todo tipo de encantos, accedí a darle la bolsa que nos quedaba. Habría jurado que estábamos a una distancia prudencial de las zonas cubiertas de maleza desde donde era posible lanzar una emboscada. Pero cuando me saqué la bolsa del bolsillo, totalmente empapado en sudor, el crujido del celofán debió de resonar por la selva como el tañido de la campana de un comedor escolar.

Al instante, a unos veinte pasos de nosotros, apareció en el borde del claro una bestia de tamaño considerable y aire arrogante. Se nos quedó mirando, evaluando la situación y tratando de determinar mi fortaleza. Su exagerado bostezo — una exhibición lenta y prolongada de sus colmillos — me pareció intencionado, un gesto calculado para amenazar-

me y animarme a que me batiera en retirada. Decidido a llenar sin dilación cualquier vacío de poder, recogí del suelo una ramita y se la lancé como quien no quiere la cosa, dejándole bien claro que los cacahuetes no eran para él y que más le valía no buscarme las cosquillas. Vio caer la rama a escasa distancia sin mover ni un músculo. Entonces frunció brevemente el ceño con aire extrañamente emotivo, como si hubiera herido sus sentimientos. Me miró directamente a los ojos. En su expresión no había el menor asomo de miedo, respeto o humor.

Como disparado por un cañón, saltó por encima de la rama que le había lanzado, enseñando los afilados colmillos amarillos, y cargó directo hacia mí, chillando.

Atrapado entre el ataque de la bestia y mi aterrorizada novia, creí entender por primera vez qué puede sentir un heroinómano cuando «tiene el mono». Noté como un chasquido en la cabeza. Perdí el control. Sin pararme a pensar, abrí los brazos, flexioné las piernas como un luchador en guardia y enseñé a mi vez los dientes, con sus manchas de nicotina y su ortodoncia correctiva. Casi involuntariamente, me vi empujado a hacer mi propia exhibición de macho dominante, con asperciones salivales y saltos frenéticos incluidos.

Estaba tan sorprendido como él. Se paró en seco y se quedó mirándome un par de segundos antes de recular lentamente. Esta vez, sin embargo, juraría que vi una sombra de risa en su mirada.

¿Por encima de la naturaleza? Ni en sueños. Palabra del señor Allnut.

Introducción

OTRA INQUISICIÓN BIENINTENCIONADA

Debemos olvidar todo cuanto hemos oído decir acerca de que el hombre descende del mono. No descendemos del mono. Somos monos. O, más precisamente, simios. En sentido literal y figurado. El *Homo sapiens* es una de las cinco especies de homínidos o grandes simios que aún subsisten, junto con el chimpancé, el bonobo, el gorila y el orangután (el gibón está considerado un «simio menor»). Compartimos un antepasado común con dos de estos simios — bonobos y chimpancés— hace sólo cinco millones de años,¹ lo que en términos evolutivos es, como quien dice, anteayer. Actualmente, la mayoría de los primatólogos consideran «totalmente artificial» la letra pequeña con que se diferencia al ser humano del resto de los grandes simios.²

Sólo podemos decir que estamos «por encima» de la naturaleza en el mismo sentido en que un surfista se desliza con piernas temblorosas «sobre» las olas del mar. Aunque no resbalemos (y todos acabamos resbalando), nuestra naturaleza interior puede arrastrarnos al fondo en cualquier momento. Los que nos hemos criado en Occidente hemos aprendido que los seres humanos somos algo especial, único entre todos los seres vivos, y estamos situados por encima del mundo que nos rodea, dispensados de la humildad y las humillaciones que dominan y definen la vida animal. El mundo natural es inferior y está por debajo de nosotros; es causa de vergüenza, repugnancia y alarma: es algoapestoso y turbio que hay que guardar a puerta cerrada, oculto tras cortinas y camuflado con buenas dosis de ambientador. Aunque también están los que se van al otro extremo e imaginan la naturaleza con efecto *flou*, flotando angelicalmente en las alturas, inocente, noble, equilibrada y sabia.

Al igual que los bonobos y los chimpancés, somos descendientes libidinosos de unos ancestros hipersexuales. A primera vista, puede parecer una afirmación exagerada, pero es una verdad que tendría que ser del dominio público desde hace mucho. Las nociones convencionales del matrimonio monógamo «hasta-que-la-muerte-nos-separe» se resienten bajo el peso muerto del falso discurso que insiste en que somos otra cosa. ¿Cuál es la esencia de la sexualidad humana, y cómo ha llegado a ser como es? En las páginas que siguen, veremos que, como consecuencia de cambios culturales cataclísmicos que comenzaron hace unos 10.000 años, la verdadera historia de la sexualidad humana ha adquirido un cariz tan subversivo y amenazador que durante siglos ha sido silenciada por las autoridades religiosas, patologizada por los médicos, concienzudamente ignorada por los científicos y soterrada por terapeutas moralizadores.

Conflictos profundos desgarran el corazón de la sexualidad moderna. Nuestra ignorancia, trabajada a conciencia, es devastadora. La campaña orientada a ocultar la verdadera naturaleza de la sexualidad de nuestra especie lleva a la mitad de los matrimonios a desmoronarse bajo una avalancha imparable de vertiginosa frustración sexual, tedio y pérdida de la libido, infidelidad compulsiva, disfunciones, confusión y vergüenza. La monogamia se extiende ante muchos de nosotros como un archipiélago de fracaso: solitarias islas de felicidad pasajera en un océano oscuro y frío de decepción. Y de las parejas que logran envejecer juntas ¿cuántas han tenido que resignarse a sacrificar su erotismo en el altar de las tres dichas irremplazables de la vida (estabilidad familiar, compañía e intimidad —ya que no sexual— emocional)? Quienes inocentemente aspiran a disfrutar de esas alegrías ¿están condenados por la naturaleza a asistir a la estrangulación lenta de la libido de su pareja?

A ningún hispanohablante se le escapará el sarcasmo que encierra el doble sentido del término castellano «esposas». En inglés, es habitual que los hombres bromeen, con cara de pena, aludiendo a «la cadena y la bola». Hay buenas razones para que el matrimonio se considere a menudo el triste fin de la vida sexual masculina. Y a las mujeres no les va mejor

en esta feria. ¿Querría alguna compartir su vida con un hombre que se siente atrapado y menoscabado por su amor por ella? ¿Quién quiere pasarse la vida disculpándose por ser sólo una mujer y no muchas?

Salta a la vista que algo va muy mal. Según informes de la Asociación Médica Americana, el 42 % de las mujeres estadounidenses padece disfunciones sexuales, al tiempo que la venta de Viagra bate récords año tras año. Según parece, la pornografía recauda, en todo el mundo, entre 57.000 y 100.000 millones de dólares. En Estados Unidos, genera más ingresos que la CBS, la NBC y la ABC juntas, y más que todas las franquicias de fútbol americano, béisbol y baloncesto profesionales. Según la prestigiosa revista *U.S. News & World Report*, «los estadounidenses gastan más dinero en locales de *striptease* que en los espectáculos de Broadway, del off-Broadway, de teatros regionales y no comerciales, de ópera, de ballet y de jazz en su conjunto».3

Es innegable que nuestra especie siente debilidad por el sexo. Entre tanto, el llamado matrimonio tradicional parece asediado por todos los flancos, al tiempo que se desmorona desde dentro. En un país tan puritano como Estados Unidos, hasta los más ardientes defensores de la sexualidad «normal» ceden bajo su peso, como sugiere el interminable desfile bipartidista de políticos (Clinton, Vitter, Gingrich, Craig, Foley, Spitzer, Sanford) y personalidades religiosas (Haggard, Swaggert, Bakker) que, tras pregonar su apoyo a los «valores familiares», ven expuestos al público sus deslices privados con amantes, prostitutas y becarias.

De nada ha servido empeñarse en negarlo. Sólo en las últimas décadas, cientos de sacerdotes católicos han confesado miles de delitos sexuales contra menores. En 2008, la Iglesia católica pagó 436 millones de dólares en indemnizaciones por abusos sexuales. Más de la quinta parte de las víctimas eran menores de 10 años. Y esto es lo que nos consta. ¿Podemos siquiera imaginar el sufrimiento que han causado tales crímenes en los diecisiete siglos transcurridos desde que las decretales pontificias más antiguas que se conocen, *Decreta* y *Cum in unum*, del papa Siricio (c. 385), prohibieron la vida sexual a los sacerdotes?

¿Qué deuda moral hemos contraído con las víctimas olvidadas de este desafortunado rechazo a la sexualidad humana?

En 1633, bajo amenaza de tortura, la Inquisición obligó a Galileo a declarar públicamente algo que él sabía que era falso: que la Tierra estaba inmóvil en el centro del Universo. Tres siglos y medio después, en 1992, el papa Juan Pablo II reconoció que el astrónomo tenía razón, añadiendo sin embargo que la Inquisición había actuado «con buena intención».

Bueno, ¿no hay mejor Inquisición que una Inquisición *bienintencionada*.

Al igual que aquellas visiones puerilmente intransigentes de todo un universo girando en torno a una Tierra de importancia suprema, el discurso convencional sobre la Prehistoria nos brinda una especie de consuelo inmediato y un tanto primitivo. Del mismo modo que los papas, uno tras otro, condenaban cualquier cosmología que desplazara a la humanidad del centro enaltecido de la infinita extensión del Universo, del mismo modo que se ridiculizó a Darwin (y, en según qué círculos, aún se le sigue ridiculizando) por reconocer que el ser humano es una creación de las leyes naturales, los reparos emocionales impiden que muchos científicos acepten cualquier explicación de la evolución sexual humana que no pivote sobre la unidad familiar nuclear monógama.

Aunque impera la creencia de que vivimos en una época de liberación sexual, la sexualidad humana contemporánea está cargada de verdades evidentes y dolorosas de las que está mal visto hablar. El conflicto entre lo que *se supone* que sentimos y lo que *de verdad* sentimos es posiblemente la mayor fuente de confusión, insatisfacción y sufrimiento innecesario de nuestros tiempos. Las respuestas que suelen darse no contestan a las preguntas centrales de nuestra vida erótica: ¿por qué los hombres y las mujeres tenemos deseos, fantasías, reacciones y comportamientos sexuales tan distintos?; ¿por qué es cada vez más habitual que nos seamos infieles y nos divorciemos, o que directamente optemos por no casarnos?; ¿por qué esta pandemia galopante de familias monoparentales?; ¿por qué se esfuma tan pronto la pasión en tantos matrimo-

nios?; ¿qué causa la muerte del deseo? Si hombres y mujeres hemos evolucionado en la misma Tierra, ¿por qué es tan habitual la sensación de que bien podríamos ser de planetas diferentes?

La sociedad estadounidense, principalmente enfocada hacia la medicina y los negocios, ha respondido a esta crisis desarrollando un complejo marital-industrial de terapias de pareja, erecciones farmacológicas, columnistas de consejo sexual, siniestros rituales de castidad entre padres e hijas* y un alud de exhortaciones que saturan las bandejas de entrada del correo electrónico («¡Libera al monstruo de amor que llevas dentro! ¡Ella te lo agradecerá!»). En quioscos y supermercados, montañas de revistas de papel cuché ofrecen todos los meses los mismos consejos de siempre para devolverle la chispa a nuestra agonizante vida sexual.

Sí, unas velitas por aquí, ropa interior picante por allá, pétalos de rosa sobre la cama, ¡y será todo como la primera vez! ¿Cómo dices? ¿Que tu marido sigue mirando a otras mujeres? ¿Que tu mujer parece decepcionada y distante? ¿Que cuando él acaba tú ni siquiera has empezado?

Pues nada, que los especialistas averigüen qué pasa con vosotros, vuestra pareja o vuestra relación. Puede que a él le haga falta un alargamiento de pene o a ella un rejuvenecimiento vaginal. A lo mejor él tiene «miedo al compromiso», o un «superego fragmentado», o el tan temido «complejo de Peter Pan». ¿Sufres depresión? ¿Después de doce años sigues queriendo a tu cónyuge, pero ya no te atrae sexualmente como antes? ¿Alguno de los dos, o ambos, se siente atraído por otra persona? Quizá deberíais probar a hacerlo en el suelo de la cocina. U obligaros a hacerlo todas las noches durante un año.⁴ Será que él atraviesa la crisis de los cuarenta. Tómate estas pastillas. Cambia de peinado. *Algo os pasa, eso está claro.*

¿Quién no se ha sentido alguna vez víctima de una Inquisición bienintencionada?

*Los autores aluden a ritos como los *Purity Balls*, o «bailes de la pureza», en los que las jóvenes formulan ante su padre votos de permanecer vírgenes hasta el matrimonio. (IV. *delt.*)

Esta relación esquizoide con nuestra verdadera naturaleza sexual no es ninguna novedad para la industria del ocio, que hace ya tiempo que refleja la misma sensibilidad escindida entre el pronunciamiento público y los deseos privados. En 2000, bajo el titular «Wall Street descubre la pornografía», el *New York Times* informaba de que la General Motors vendía más películas de contenido sexual explícito que Larry Flynt, propietario del imperio Hustler. Los más de ocho millones de abonados estadounidenses a DirecTV, una filial de General Motors, se gastaban al año unos 200 millones de dólares en pagos por visión de películas de contenido sexual facilitadas por proveedores vía satélite. En la misma línea, Rupert Murdoch, propietario de Fox News NetWork y del *Wall Street Journal* —el periódico conservador más importante de Estados Unidos—, estaba haciendo más dinero con el porno por satélite del que Playboy ganaba con la revista, su televisión por cable y sus negocios en Internet.⁵ AT&T, otra corporación que apoya los valores conservadores, vende porno duro a más de un millón de habitaciones de hoteles de todo el país a través de su Hot NetWork.

La imperante hipocresía sexual norteamericana resulta inexplicable si suscribimos los modelos tradicionales de la sexualidad humana, que insisten en que la monogamia es natural, el matrimonio, una constante universal de la especie, y cualquier estructura familiar distinta de la nuclear, una aberración. Necesitamos tener una nueva noción de nosotros mismos, basada no en sermones o edulcoradas fantasías de Hollywood, sino en una valoración valiente y sin complejos de los abundantes datos científicos que arrojan luz sobre el origen y la naturaleza verdaderos de la sexualidad humana.

Estamos en guerra con nuestro erotismo. Combatimos nuestros apetitos, y nuestras expectativas y decepciones. La religión, la política y hasta la ciencia cierran filas en contra de la biología y de millones de años de evolución de nuestros impulsos. ¿Cómo desactivar este conflicto inextricable?

A lo largo de estas páginas, reevaluaremos algunos de los estudios científicos más importantes de nuestra época. Cuestionaremos plantea-

mientos profundamente arraigados en la concepción contemporánea del matrimonio, la estructura familiar y la sexualidad: temas que nos afectan a todos cada día, y cada noche.

Expondremos que el ser humano ha evolucionado en grupos estrechamente unidos que lo compartían casi todo: la comida, el lugar donde cobijarse, la protección, el cuidado de los niños y hasta el placer sexual. No pretendemos afirmar que los humanos seamos *hippies* marxistas por naturaleza. Ni defendemos tampoco que las comunidades prehistóricas no conocieran el amor o no le dieran importancia. Pero demostraremos que la cultura contemporánea ha tergiversado la conexión entre el amor y el sexo. Con y sin amor, la sexualidad desinhibida era la norma entre nuestros antepasados prehistóricos.

Empecemos por responder a la pregunta que probablemente ya se está haciendo el lector: ¿acaso podemos tener una idea siquiera remota de cómo era el sexo en la Prehistoria? A estas alturas todos los testigos de la vida prehistórica están muertos, y, dado que el comportamiento social no deja restos fósiles, ¿no es todo esto pura especulación fantástica?

No del todo. Hay una vieja historia sobre un hombre al que juzgaron por haberle arrancado a otro un dedo de un mordisco durante una pelea. Llamaron al estrado a un testigo. El abogado de la defensa preguntó: «¿Vio usted a mi cliente arrancarle a ese hombre el dedo de un mordisco?». El testigo contestó: «No, la verdad es que no». «¡Ajá! — dijo el abogado con una sonrisa de suficiencia—. ¿Cómo puede afirmar entonces que se lo arrancó?» «Bueno — replicó el testigo—, es que le vi escupirlo.»

Además de un buen número de pruebas circunstanciales que se observan en distintas sociedades del mundo y en los primates no humanos más próximos a nosotros, examinaremos lo que la evolución ha «escupido». Analizaremos las pruebas anatómicas evidentes aún en nuestro cuerpo y el ansia de novedad sexual que se manifiesta en la pornografía, la publicidad y nuestras horas de diversión tras el trabajo. Incluso decodificaremos los mensajes que encierra la llamada «vocalización copu-

latoria» de la mujer de tu vecino cuando clama entusiasmada en la quietud de noche.

Los lectores que estén familiarizados con los estudios más recientes sobre la sexualidad humana ya sabrán a qué nos referimos con lo que llamamos el discurso convencional sobre la evolución sexual del hombre. La cosa va más o menos así:

1. Chico conoce a chica.
2. Chico y chica sopesan mutuamente su «valor de pareja» desde puntos de vista basados en sus distintos objetivos/capacidades:
 - Él busca signos de juventud, fertilidad, salud, ausencia de experiencia sexual previa y probabilidad de fidelidad sexual futura. En otras palabras, su evaluación se enfoca a encontrar una pareja joven y sana, con muchos años de fertilidad por delante y sin hijos anteriores que pudieran mermar sus recursos.
 - Ella busca signos de riqueza (o al menos perspectivas de riqueza futura), estatus social, salud física y probabilidad de que se quede a su lado para darles sustento a ella (sobre todo durante el embarazo y la lactancia) y a sus hijos (lo que se conoce como «inversión paterna»).
3. Chico consigue a chica: Suponiendo que satisfagan sus criterios respectivos, se «aparean» y forman un vínculo de pareja estable (la «condición básica de la especie humana», en palabras del famoso autor Desmond Morris). Una vez constituido el vínculo de pareja:
 - Ella se mostrará sensible a cualquier indicio de que él esté pensando en dejarla (alerta a señales de infidelidad que impliquen intimidad con otra mujer que pudiera poner en peligro el acceso a sus recursos y su protección), sin perder de vista al mismo tiempo (especialmente durante la ovulación) la posibilidad

de un escarceo rápido con hombres genéticamente superiores a su esposo.

- Él se mostrará sensible a indicios de posibles infidelidades por parte de ella (que reducirían su certeza de paternidad, una prioridad absoluta), sin dejar de aprovechar cualquier ocasión de un breve encuentro sexual con otras mujeres (ya que su producción de esperma es fácil y abundante).

Los investigadores afirman haber confirmado este patrón básico mediante estudios efectuados en todo el mundo a lo largo de varias décadas. Sus conclusiones parecen respaldar el discurso convencional de la evolución sexual humana, que a primera vista tiene mucho sentido. Pero lo cierto es que ni tal discurso tiene tanto sentido, ni las conclusiones de los científicos lo sustentan.

Aunque no negamos que ese patrón básico funciona en muchas partes del mundo, más que un elemento esencial de la naturaleza humana lo consideramos una adaptación a determinadas condiciones sociales, muchas de las cuales aparecieron con la implantación de la agricultura, hace menos de 10.000 años. Estos comportamientos y preferencias no son rasgos biológicamente programados de nuestra especie; son una muestra de la plasticidad del cerebro humano y del potencial creativo de la comunidad.

Por poner sólo un ejemplo, argumentamos que la predilección aparentemente sistemática de las mujeres por hombres con acceso a la riqueza no es resultado de una programación evolutiva innata, como afirma el modelo convencional, sino la simple adaptación de la conducta a un mundo en que los hombres tienen el control de una proporción desmesurada de los recursos. Como veremos en detalle más adelante, antes de la implantación de la agricultura, hace unos cien siglos, lo normal era que las mujeres tuvieran el mismo acceso que los hombres a la comida, la protección y el respaldo del grupo. Observaremos que las convulsiones que sacudieron las sociedades humanas cuando se transformaron en comunidades agrícolas sedentarias trajeron

consigo cambios radicales en la capacidad de supervivencia de las mujeres: de pronto se encontraron viviendo en un mundo en que debían canjear su capacidad reproductiva por el acceso a los recursos y la protección que necesitaban para sobrevivir. Estas condiciones, sin embargo, eran muy distintas de aquellas en las que nuestra especie había evolucionado hasta entonces.

Es importante no perder de vista que, comparados con el tiempo que nuestra especie lleva sobre la Tierra, 10.000 años son poco más que un suspiro. Aun sin tener en cuenta los aproximadamente dos millones de años transcurridos desde la aparición del linaje *Homo*, con antepasados directos nuestros que vivían en pequeños grupos sociales de cazadores-recolectores, se estima que los humanos anatómicamente modernos existen desde hace no menos de 200.000 años. Dado que los indicios más antiguos de práctica de la agricultura están datados en torno al año 8000 a. C., el tiempo que nuestra especie ha vivido asentada en sociedades agrícolas representa, como mucho, el 5 % de su experiencia colectiva. Hasta hace sólo unos pocos siglos, la mayor parte del planeta seguía habitada por cazadores-recolectores.

Así pues, para rastrear las raíces profundas de la sexualidad humana, es de vital importancia que busquemos bajo la fina corteza de la historia reciente de nuestra especie. Hasta la aparición de la agricultura, los seres humanos evolucionaron en sociedades organizadas alrededor de la idea de compartirlo casi todo. Pero compartirlo todo no convierte a nadie en un buen salvaje. Aquellas sociedades preagrícolas no eran más nobles de lo que lo somos nosotros cuando pagamos nuestros impuestos o las primas de nuestros seguros. Compartir era una imposición cultural universal, la forma más eficiente de minimizar riesgos que tenía nuestra especie, extremadamente social. Como veremos más adelante, compartir no es incompatible con atender nuestro propio interés. Y, sin duda, lo que muchos antropólogos llaman «igualitarismo feroz» fue el modelo de organización social predominante en el mundo durante los muchos milenios previos a la aparición de la agricultura.

Pero, cuando empezaron a cultivar la tierra y criar animales domesticados, las sociedades humanas experimentaron transformaciones drásticas. Se organizaron en estructuras políticas jerárquicas, propiedad privada, asentamientos densamente poblados, cambios radicales en el estatus de las mujeres y una serie de configuraciones sociales que, en conjunto, significaron un enigmático desastre para nuestra especie: la población humana proliferó como las setas y la calidad de vida cayó en picado. El paso a la agricultura fue, en palabras de Jared Diamond, «una catástrofe de la que nunca nos hemos recuperado».6

Existen indicios de distinto tipo que sugieren que nuestros antepasados preagrícolas (prehistóricos) vivían en grupos en los que la mayoría de los individuos adultos sostenía varias relaciones sexuales al mismo tiempo. Estas relaciones, aunque a menudo esporádicas, no eran aleatorias ni intrascendentes. Todo al contrario: reforzaban los lazos sociales, imprescindibles para mantener unidas a comunidades tan interdependientes.7

Tanto en nuestro propio cuerpo, como en las costumbres de aquellas sociedades que aún subsisten relativamente aisladas y en rincones sorprendentes de la cultura occidental contemporánea, hemos hallado indicios abrumadores de que la sexualidad humana prehistórica era decididamente amistosa y desinhibida. En las siguientes páginas pondremos de manifiesto que nuestro comportamiento en la cama, nuestras preferencias en materia pornográfica y nuestras fantasías, sueños y respuestas sexuales respaldan unívocamente esta forma reconfigurada de entender nuestros orígenes sexuales. A lo largo de estas páginas, se hallarán respuestas, entre otras, a las siguientes preguntas:•

- ¿Por qué a muchas parejas les cuesta tanto seguir siendo sexualmente fieles al cabo del tiempo?
- ¿Por qué suele perder intensidad la pasión sexual, incluso cuando el amor se hace más profundo?
- ¿Por qué las mujeres son potencialmente multiorgásmicas, y los hombres, en cambio, suelen alcanzar el orgasmo con frustrante rapidez y enseguida pierden el interés?

- ¿Son los celos un componente inevitable e incontrolable de la naturaleza sexual humana?
- ¿Por qué tiene el hombre los testículos mucho más grandes que el gorila, pero más pequeños que el chimpancé?
- ¿Podemos enfermar de frustración sexual? ¿Cómo causó la ausencia de orgasmos una de las enfermedades históricamente más comunes, y cómo se trataba?

U n o s p o c o s m i l l o n e s d e a ñ o s e n u n a s p o c a s p á g i n a s

En resumidas cuentas, la historia que cuenta este libro es la siguiente: hace algunos millones de años, nuestro antepasado remoto (el *Homo erectus*) pasó de un sistema de apareamiento similar al de los gorilas, en el que un macho alfa luchaba por ganar y conservar un harén de hembras, a otro muy distinto en el que la mayor parte de los machos tenía acceso a las hembras. Los especialistas que discuten las pruebas arqueológicas de este cambio pueden contarse con los dedos de una mano.⁸

Sin embargo, tenemos que disentir de la opinión de los defensores del discurso convencional en lo que se refiere a la interpretación del significado de este cambio. El discurso convencional sostiene que fue entonces cuando nuestra especie empezó a unirse en parejas estables: si cada macho podía tener una hembra, pero no más de una al mismo tiempo, la mayoría de los machos acabarían unidos a una hembra a la que pudieran considerar suya. El hecho es que, siempre que se debate la naturaleza de la sexualidad innata del ser humano, parece que no haya más que dos opciones aceptables: la evolución nos ha llevado o bien a la monogamia (M-H) o a la poliginia (M-HHH+);* y habitualmente se llega a la conclusión de que, por lo general, las mujeres prefieren la primera configuración y los hombres se decantarían por la segunda.*

*Dado que utilizaremos la misma notación al hablar de otros primates, «M» es siempre «macho» (no «mujer») y «H» es siempre «hembra» (y no «hombre»). (*N. del t.*)

Pero ¿qué hay del apareamiento múltiple, en que la mayoría de los machos y las hembras mantienen más de una relación de carácter sexual al mismo tiempo? Dejando a un lado la condena moral, ¿por qué no se toma siquiera en consideración la posibilidad de la promiscuidad prehistórica, si las fuentes relevantes de pruebas científicas apuntan casi sin excepción en esa dirección?

Al fin y al cabo, sabemos que las sociedades de cazadores-recolectores en cuyo seno evolucionó el ser humano eran grupos de dimensiones reducidas y un marcado igualitarismo, que lo compartían casi todo. Se observa una notable homogeneidad en el modo de vida de las sociedades de cazadores-recolectores de retorno inmediato, independientemente de dónde se hallen.* Los *!kung* san de Botswana tienen mucho en común con los pueblos aborígenes del interior de Australia, así como con tribus de zonas recónditas de la selva tropical amazónica. Los antropólogos han demostrado una y otra vez que el «igualitarismo feroz» es un rasgo prácticamente universal en las sociedades de este tipo. Compartir no sólo está bien visto: es obligatorio. Acaparar o esconder comida, por ejemplo, se considera una conducta ignominiosa, casi imperdonable.⁹

Los cazadores-recolectores dividen y reparten la carne equitativamente, dan el pecho a los niños de los demás, disfrutan de poca o ninguna intimidad y dependen unos de otros para sobrevivir. En la misma medida que nuestro mundo social pivota sobre los conceptos de propiedad privada y responsabilidad individual, el suyo gira en sentido contrario, en torno al bienestar común, la identidad colectiva, una interrelación profunda y la dependencia mutua.

Aunque esto pueda sonar a candoroso idealismo *New Age*, a lamento por la perdida Era de Acuario o a celebración del comunismo prehistórico, ni uno solo de esos rasgos de las sociedades preagrícolas ha sido

*El antropólogo James Woodburn (1981/1998) clasificó las sociedades de cazadores-recolectores en sistemas de retorno inmediato (simples) y de retorno retardado (complejas): en las primeras, la comida se consume a los pocos días de conseguirla, sin proceso de elaboración ni almacenamiento. Salvo que se indique lo contrario, nos referimos siempre a sociedades de este tipo.

puesto en duda por investigadores serios. Existe un consenso aplastante con respecto a que la organización social igualitaria constituye el sistema de facto de las sociedades de cazadores-recolectores en cualquier entorno dado. De hecho, en estas sociedades, ningún otro sistema funcionaría. La imposición de compartir es sencillamente la mejor manera de distribuir el riesgo en beneficio de todos: participación obligatoria. ¿Pragmático? Sí. ¿Noble? No especialmente.

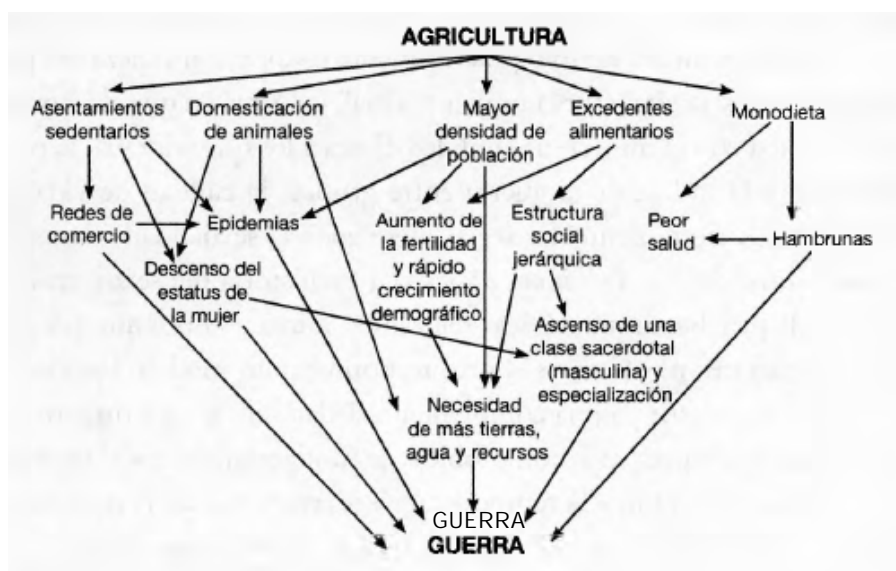
Nosotros creemos que esta conducta solidaria se extendía también al sexo. Numerosas investigaciones en los campos de la primatología, la antropología, la anatomía y la psicología apuntan a la misma conclusión fundamental: los seres humanos y nuestros ancestros homínidos hemos pasado la práctica totalidad de los últimos millones de años conviviendo estrechamente en pequeños grupos, en los que la mayoría de los adultos simultaneaban en todo momento varias relaciones de naturaleza sexual. Este planteamiento de la sexualidad probablemente subsistió hasta la generalización de la agricultura y la propiedad privada, hace apenas 10.000 años. Además de los abundantes indicios científicos de que disponemos, muchos exploradores han dejado testimonios escritos repletos de historias de rituales orgiásticos, parejas compartidas sin miramientos y una sexualidad sin atisbo de vergüenza o culpa.

Si pasamos una temporada junto a los primates más cercanos al hombre, veremos que los chimpancés hembra copulan docenas de veces al día, con prácticamente todos los machos que se muestren predispuestos, y que los bonobos practican desenfrenadamente el sexo en grupo, una actividad que los deja a todos relajados y que preserva redes sociales muy complejas. Basta con investigar un poco las preferencias de los seres humanos contemporáneos por determinados tipos de pornografía, o nuestras señaladas dificultades con la monogamia sexual a largo plazo para descubrir los vestigios de nuestros hipersexuales ancestros.

Nuestro cuerpo refleja la misma historia. Los testículos del varón, mucho más grandes de lo que precisaría cualquier primate monógamo, cuelgan vulnerables fuera del cuerpo para que puedan mantenerse a menor temperatura y preservar así su reserva de espermatozoides de

cara a múltiples eyaculaciones. El hombre exhibe también el pene más largo y grueso de todos los primates del planeta, así como una embarazosa tendencia a alcanzar el orgasmo demasiado rápido. Los pechos colgantes de las mujeres (totalmente innecesarios para amamantar a los hijos), sus gritos de placer imposibles de ignorar (lo que en círculos académicos se conoce por «vocalización copulatoria femenina») y su capacidad para empalmar numerosos orgasmos respaldan igualmente esta visión de una Prehistoria promiscua. Cada uno de estos puntos es una objeción importante al discurso convencional.

Cuando la gente empezó a cultivar las mismas tierras año tras año, la propiedad privada no tardó en reemplazar a la comunal como *modus operandi* en la mayoría de las sociedades. Los cazadores-recolectores eran nómadas y, por razones obvias, reducían al mínimo sus pertenencias personales —cualquier cosa con la que tuvieran que cargar—. No se paraban a pensar a quién pertenecía la tierra, los peces del río o las nubes del cielo. Los hombres (y a menudo las mujeres) hacían frente al peligro juntos. En otras palabras, en sociedades como aquellas en las que evolucionamos, la «inversión paterna» individual —el elemento clave del discurso convencional— tiende a ser difusa, no se centra en una determinada mujer y sus hijos, como insiste el discurso convencional.



Pero, una vez que los hombres empezaron a vivir en comunidades agrícolas sedentarias, la realidad social dio un giro radical e irreversible. De pronto, resultaba fundamental saber dónde acababan tus tierras y dónde empezaban las del vecino. Recordemos el décimo mandamiento: «No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo». Está claro que, aparte, tal vez, de los esclavos, quienes más perdieron en la revolución agrícola fueron las mujeres, que, después de ocupar una posición central y respetada en las sociedades de cazadores-recolectores, se convirtieron en una posesión más que los hombres, tal como hacían con su casa, sus esclavos o su ganado, debían conseguir y defender.

«Los orígenes de la agricultura —dice el arqueólogo Steven Mithen— son el acontecimiento definitorio de la historia humana: el momento decisivo que ha llevado al ser humano moderno a tener un tipo de estilo de vida y un conocimiento muy distintos a los de cualquier otro animal y al de los humanos anteriores.»¹⁰ La introducción del cultivo de la tierra, el punto de inflexión más importante de la historia de nuestra especie, reorientó la trayectoria de la vida humana de modo más trascendental que el control del fuego, la Carta Magna, la imprenta, el motor de vapor, la fisión nuclear y cualquier otro suceso pasado o, quizá, futuro. Con la agricultura cambió prácticamente todo: la naturaleza del poder y el estatus, la estructura familiar y social, la forma en que el hombre interactuaba con el mundo natural, los dioses a los que adoraba, la probabilidad y la índole de la guerra entre grupos, la calidad de vida, la longevidad y, ciertamente, las reglas que regían la sexualidad. Timothy Taylor, autor de *The Prehistory of Sex* [La Prehistoria del sexo], tras su estudio de pruebas arqueológicas relevantes, afirmó: «En tanto que entre los cazadores-recolectores el sexo respondía a un modelo basado en la idea de compartir y en la complementariedad, entre los primeros sedentaristas era represivo y homofóbico, se fundamentaba en el voyerismo y estaba orientado a la reproducción». «Temerosos de la naturaleza salvaje —concluye—, los agricultores se propusieron destruirla.»¹¹

El hombre ya podía poseer la tierra, ser su propietario y transmitírsela a sus descendientes generación tras generación. La comida, que antes se cazaba o se recogía, ahora tenía que sembrarse, cultivarse, cosecharse, almacenarse, defenderse, comprarse y venderse. Hubo que construir y reforzar vallas, muros y sistemas de riego; hubo que formar, alimentar y controlar ejércitos que defendieran todo aquello. Como consecuencia de la propiedad privada, por primera vez en la historia de nuestra especie, la paternidad se convirtió en una preocupación primordial.

Sin embargo, el discurso convencional insiste en que la certeza de la paternidad siempre ha revestido la máxima importancia para el ser humano, y en que son nuestros genes los que nos llevan a organizar nuestra vida sexual a su alrededor. ¿Por qué, entonces, abundan en las investigaciones antropológicas los ejemplos de sociedades que otorgan a la paternidad biológica poca o ninguna importancia? Y, allá donde la paternidad no importa mucho, los hombres tienden a despreocuparse de la fidelidad sexual de las mujeres.

Pero, antes de examinar esos ejemplos de la vida real, hagamos un viaje relámpago al Yucatán.

PRIMERA PARTE

Del origen de la (falsa) especie

Capítulo 1

¡ACUÉRDATE DEL YUCATÁN!

La función de la imaginación no es tanto dejar establecidas cosas extrañas como hacer parecer extrañas las cosas establecidas.

G. K. Chesterton

Olvidémonos del Álamo. Es mucho más útil la lección que podemos extraer del Yucatán.

Fue a principios de la primavera de 1519. Hernán Cortés y sus huestes acababan de amarrar en la costa continental de México. El conquistador ordenó a sus hombres que le trajeran a bordo del barco a uno de los nativos, al que preguntó cómo se llamaba la exótica tierra a la que habían llegado. El hombre respondió: «*Ma cùbah than*», que el español entendió como «Yucatán». Ya le valía. Cortés proclamó que, de ese día en adelante, el Yucatán y todo el oro que contuviera pertenecerían al rey de España, etc., etc.

Cuatro siglos y medio más tarde, en la década de 1970, lingüistas que investigaban los dialectos mayas arcaicos llegaron a la conclusión de que «*Ma cùbah than*» significaba «no te entiendo».1

Cada primavera, miles de universitarios norteamericanos celebran concursos de camisetas mojadas, se revuelcan en piscinas de gelatina y organizan fiestas de la espuma en las hermosas playas de la península de Nootka.

Pero eso de elevar el malentendido al rango de conocimiento no es una exclusiva de los estudiantes que celebran las vacaciones de primavera. Es una trampa en la que todos caemos. (Una noche, mientras charlábamos después de cenar, un buen amigo me comentó que su canción de los Beatles favorita era *Hey Dude* [«Eh, tío»].) Pese a sus

años de formación, hasta los científicos se dejan engañar por la sensación de estar observando algo cuando en realidad no hacen más que proyectar sus prejuicios y su ignorancia. Son víctimas de la misma disfunción cognitiva que tenemos todos: es difícil estar seguros de lo que creemos que sabemos, pero no del todo. A pesar de haber interpretado mal el mapa, estamos seguros de saber dónde nos encontramos. Cuando resulta evidente justo lo contrario, la mayoría tendemos a seguir nuestro instinto, pero el instinto suele ser un guía poco fiable.

Eres lo que comes

La comida, por ejemplo: todos damos por sentado que el hecho de que algo nos encante o nos repugne tiene que ver intrínsecamente con esa comida en particular; es decir, que no se trata de una reacción a menudo arbitraria preprogramada por nuestra cultura. Entendemos que a los australianos les guste más el *cricket* que el béisbol, o que a los franceses les parezca *sexy* Gérard Depardieu; pero tendríamos que estar al borde de la inanición para siquiera considerar la posibilidad de cazar una polilla al vuelo y metérmola en la boca mientras agita frenéticamente sus alitas polvorientas. Crujiente y jugosa... Podríamos hacerla bajar con un traguito de cerveza elaborada con saliva. ¿Qué tal un platillo de sesos de cordero? ¿Y perrito asado en su salsa? ¿Nos tentarían unas orejas de cerdo, o unas cabezas de gamba? ¿Quizás un colibrí frito en aceite abundante, que se mastica entero, pico, y huesos incluidos? Una cosa es saltar por los montes de Chile, pero ¿qué tal un puñado de saltamontes fritos con limón y chile? Eso es asqueroso.

¿O no lo es? Si las chuletas de cordero están bien, ¿por qué han de darnos asco los sesos? Nos chupamos los dedos con el jamón, la panceta o la paletilla..., entonces, ¿por qué las orejas, el morro o las manitas de cerdo nos revuelven las tripas? ¿Tan distinta es la langosta del saltamontes? ¿Quién decide qué es delicioso y qué es nauseabundo, y basán-

dose en qué? ¿Y qué pasa con las excepciones? Trituramos los desechos del cerdo, los metemos en un trozo de intestino y obtenemos embutidos y salchichas muy apreciados. Puede parecer que el beicon y los huevos son inseparables, como las patatas fritas y el *ketchup*, o la sal y la pimienta, pero eso de desayunar huevos con beicon se le ocurrió hace unos cien años a una agencia de publicidad cuyo cometido era aumentar las ventas de beicon, y en Holanda a las patatas fritas les ponen mayonesa, no *ketchup*.

Si alguien piensa que es irracional comer insectos más le vale reconsiderarlo. Cien gramos de grillos deshidratados contienen 1.550 miligramos de hierro, 340 de calcio y 25 de zinc: tres minerales que suelen faltar en la dieta de los pobres crónicos. Los insectos son más ricos en minerales y grasas saludables que la ternera o el cerdo. ¿Te disgustan el exoesqueleto, las antenas y tanta pata de más? Pues más te vale olvidarte del mar, porque las gambas, los cangrejos y los crustáceos son todos artrópodos, como los saltamontes. Y se alimentan de la porquería que queda acumulada en el fondo marino, o sea, que mejor no recurrir al argumento de que la dieta a base de insectos es asquerosa. De todos modos, puede que ahora mismo tengas un trocito de insecto metido entre los dientes. Los inspectores de la Agencia Alimentaria de Estados Unidos tienen orden de pasar por alto las partículas de insecto que encuentren en la pimienta negra, a menos que detecten más de 475 por cada cincuenta gramos, de media.² Según los cálculos de un informe de la Universidad Estatal de Ohio, los estadounidenses ingieren inadvertidamente una media de *entre 450 y 900 gramos* de insectos al año.

Un profesor italiano ha publicado recientemente un libro titulado *Ecological Implications of Minilivestock: Potential of Insects, Rodents, Frogs and Snails* [Repercusiones ecológicas del microganado: el potencial de los insectos, los roedores, las ranas y los caracoles]. (Los microvaqueros se venden por separado.) William Saletan, colaborador de la revista *Slate.com*, habla en su edición digital de una empresa llamada Sunrise Land Shrimp [Gambas de la tierra Sunrise]. Su eslogan es:

«Mmm... ¡Gambas de tierra de las buenas!». Adivina, adivinanza: ¿qué es una gamba de tierra?

Las larvas de polilla australiana saben a huevos revueltos con un toque de nuez acompañados con mozzarella suave y envueltos en hojaldre... Son Deliciosas, con D mayúscula.

Peter Menzel y Faith D'Aluisio
Man Eating Bugs

Los primeros británicos que viajaron a Australia explicaron que todos los aborígenes con los que se habían encontrado vivían en la miseria y sufrían hambruna crónica. Sin embargo, los nativos, como es habitual entre los cazadores-recolectores, no tenían el menor interés en la agricultura. Los mismos europeos que, en sus cartas y diarios, hablaban de la escasez generalizada de comida se extrañaban de que los indígenas no mostraran signos de inanición. De hecho, les llamaba la atención verlos más bien gordos y relajados. A pesar de todo, estaban convencidos de que los aborígenes pasaban hambre. ¿Por qué? Porque los habían



A la rica larva.

Fotografía: Glenn Rose y Daryi Fritz

visto echando mano de los últimos recursos: comían insectos, polillas y ratas, bichos que a buen seguro nadie se llevaría a la boca de no estar muriéndose de hambre. A los británicos, que sin duda debían de echar de menos el *haggis* (un plato de vísceras de cordero con avena) y la nata cuajada de su tierra, ni se les pasó por la cabeza que aquellos fueran alimentos nutritivos y abundantes, y mucho menos que pudieran saber «a huevos revueltos con un toque de nuez acompañados con *mozzarella* suave».

¿Qué pretendemos demostrar con todo esto? Que el hecho de que algo nos *parezca* natural o antinatural no quiere decir que lo *sea*. Todos los ejemplos que hemos mencionado, incluida la cerveza elaborada con saliva, son exquisiteces en alguna parte del mundo, y a la gente que las saborea le repugnarían muchas de las cosas que nosotros comemos habitualmente. No debemos olvidar, especialmente cuando hablamos de experiencias biológicas íntimas y personales como comer o practicar el sexo, que los tentáculos de nuestra cultura, con la que tan familiarizados estamos, llegan hasta lo más profundo de nuestra mente. No notamos cómo ajustan el dial, ni cómo dan a nuestros interruptores, pero los integrantes de una cultura, sea del tipo que sea, tienden a creer que ciertas cosas están bien por naturaleza, mientras que otras están mal. Puede que sintamos que estas creencias son las correctas, pero se trata de una sensación de la que nos fiamos por nuestra cuenta y riesgo.

Como aquellos antiguos europeos, estamos todos condicionados por nuestra propia impresión de lo que es normal y natural. Todos somos miembros de una u otra tribu, a la que nos unen lazos culturales, familiares, religiosos, educativos, de clase, de pertenencia al mismo club deportivo o de cualquier otro criterio. Un primer paso esencial para discernir lo *cultural* de lo *humano* es lo que el mitólogo Joseph Campbell llamó la «destribalización». Tenemos que reconocer las diversas tribus a las que pertenecemos y empezar a desprendernos de las ideas preconcebidas que cada una toma por *verdades*.

Las autoridades en la materia nos aseguran que sentimos celos por nuestra pareja porque son un sentimiento de lo más natural. Los expertos opinan que, para sentir intimidad sexual, las mujeres necesitan un compromiso porque «así es como son». Algunos de los psicólogos evolucionistas más eminentes insisten en que la ciencia ha confirmado que, en el fondo, somos una especie celosa, posesiva, homicida e insidiosa y que sólo nos salvamos gracias a nuestra precaria capacidad para elevarnos por encima de nuestra esencia sombría y someternos al decoro de la civilización. Es innegable que, en el núcleo de nuestro ser animal, los seres humanos tenemos anhelos y aversiones más hondos que cualquier influen-

cia cultural. No vamos a argumentar que al nacer somos «tablas rasas» a la espera de recibir las instrucciones de funcionamiento. Pero la sensación que tenemos en determinadas situaciones dista mucho de ser una guía fiable para distinguir la verdad biológica de la influencia cultural.

Si te pones a buscar libros sobre la naturaleza humana, probablemente te encontrarás con «machos diabólicos», «genes malvados», «sociedades enfermas», «guerra antes de la civilización», «batallas continuas», «el lado oscuro del hombre» y «el asesino de la puerta de al lado».* ¡Tendrás suerte si sales con vida! Pero ¿presentan estos sangrientos volúmenes una descripción realista de una verdad científica o son más bien una proyección de suposiciones y temores contemporáneos sobre el pasado remoto?

En los próximos capítulos, revisaremos estos y otros aspectos del comportamiento social, reestructurándolos para presentar una visión distinta de nuestro pasado. Estamos convencidos de que la explicación que nos ofrece nuestro modelo sobre cómo hemos llegado al punto en que hoy nos encontramos y, lo que es más importante, *por qué en la mayoría de los casos, si no en todos, la disfuncionalidad del matrimonio no es culpa de nadie* se ajusta más a la realidad. Veremos, pues, por qué buena parte de la información que recibimos sobre la sexualidad humana — sobre todo la que proviene de ciertos psicólogos evolucionistas — es errónea y está basada en postulados infundados y caducos que se remontan a Darwin, o incluso más allá. Hay demasiados científicos empeñados en completar el rompecabezas equivocado que, en lugar de dejar que las piezas de información caigan naturalmente donde les co-

* *Demonio Males, Mean Genes, Sick Societies, War Befare Civilization, Constant Battles, The Dark Side of Many The Murderer Next Door*. Todos son títulos de libros. *The Dark Side of Man*, de Michael Patrick Ghiglieri, tiene edición española: *El lado oscuro del hombre: los orígenes de la violencia masculina* (Barcelona, Tusquets, 2005). (N.delt.)

rresponde, se empecinan en hacer encajar sus descubrimientos con ideas preconcebidas y aceptadas por la cultura sobre cómo se cree que *debería* ser la sexualidad.

El lector considerará tal vez que nuestro modelo es absurdo, obsceno, insultante, escandaloso, fascinante, deprimente, esclarecedor o evidente. Pero, se sienta o no cómodo con nuestra exposición, esperamos que siga leyendo hasta el final. No esperamos provocar ninguna reacción en concreto con la información que hemos reunido. La verdad es que ni siquiera nosotros sabemos muy bien qué hacer con ella.

Habrà, sin duda, quien tenga una reacción emocional ante nuestro «escandaloso» modelo de la sexualidad humana; y también leales defensores de las murallas del discurso convencional que rechacen y ridiculicen nuestra interpretación de los datos al grito de «¡Acuérdate del Álamo!». Pero el consejo que damos a los lectores, mientras les conducimos por esta historia de postulados gratuitos, conjeturas desesperadas y conclusiones erróneas, es que se olviden del Álamo y tengan siempre presente el Yucatán.

Capítulo 2

LO QUE DARWIN NO SABÍA DEL SEXO

Aquí no tomaremos en consideración esperanzas ni temores; únicamente la verdad, en la medida en que la razón nos permita descubrirla.

Charles Darwin, en El origen del hombre

Una hoja de parra puede ocultar muchas cosas, pero no una erección humana. El discurso convencional sobre el origen y la naturaleza de nuestra sexualidad pretende explicar el desarrollo de una especie de monogamia renuente y falsa. Conforme a este relato tantas veces repetido, los hombres y las mujeres heterosexuales son peones en una guerra por persona interpuesta, dirigida por sus respectivos y opuestos objetivos genéticos. Un desaguisado descomunal que, según se nos dice, es únicamente consecuencia del diseño biológico básico de uno y otro sexo.* Los hombres se afanan en propagar por doquier su semilla barata y abundante (tratando al mismo tiempo de tener a una o varias mujeres bajo control con el objetivo de asegurar su paternidad). Las mujeres, por su parte, protegen celosamente su provisión limitada de óvulos, metabólicamente caros, de los pretendientes indignos. Pero, una vez que le han echado el lazo a un marido/proveedor, en cuanto se les presenta la oportunidad de consumir un apareamiento rápido y sórdido con un hombre de mandíbula cuadrada y evidente superioridad genética

*Empleamos el término «diseño» en sentido puramente metafórico, sin pretender insinuar en modo alguno que haya un «diseñador» o una intencionalidad detrás de la evolución del comportamiento o la anatomía humanos.

durante el periodo de ovulación, les falta tiempo para levantarse las faldas. El cuadro no es muy edificante.

La bióloga Joan Roughgarden señala que esta imagen es muy parecida a la que describió Darwin hace 150 años. «El discurso darwinista sobre los roles de ambos sexos no es ningún anacronismo pintoresco — escribe—. Reformulado en la jerga de la biología moderna, se sigue presentando como una serie de hechos científicamente demostrados. [...] En su visión de la naturaleza, el evolucionismo sexual pone el énfasis en el conflicto, el engaño y los acervos genéticos sucios.»¹

Nada menos que Amy Alkon, la «diosa del consejo» de los columnistas estadounidenses, expone con toda su autoridad la versión popular de este relato tan trillado: «Son muchos los lugares poco recomendables donde ser madre soltera, pero puede que uno de los peores fuera la sabana hace 1.800.000 años. Las mujeres ancestrales que lograron transmitirnos sus genes fueron las más exigentes a la hora de elegir con quién se metían debajo de un arbusto, y sabían distinguir a un papá de un canalla. El imperativo genético de los hombres era otro: evitar que los hijos de otro se comieran el bisonte que llevaban a casa. Y la evolución los llevó a considerar que, con las chicas demasiado fáciles, todo lo que fuera más allá de un simple revolcón entre las rocas era una inversión de alto riesgo.»² Es interesante observar lo mucho que contiene este bonito paquete: la vulnerabilidad de la maternidad, la distinción entre papás y canallas, la inversión paterna, los celos y el doble rasero sexual. Pero, como recomiendan en los aeropuertos: desconfía de cualquier paquete que no haya envuelto tú mismo.

En cuanto a una dama inglesa, casi he olvidado lo que es...
Algo muy angelical y bueno.

Charles Darwin, en una carta desde el *Beagle*

La pequeña nobleza daba lástima. Gozaban de pocas ventajas por lo que al amor se refiere. Podían decir que anhe-

laban el beso de una esposa lozana en el jardín de una vicaría. No podían decir que ella rugía debajo de mí hincándome las manos en la espalda mientras yo disparaba mi espécimen en un fogonazo.

Roger McDonald, *La escopeta de Darwin*

Puede que, para reconsiderar nuestra conflictiva relación con la sexualidad, lo mejor sea empezar por el propio Charles Darwin. Su brillantísima obra aplicó una pátina duradera de rigor científico a lo que, en el fondo, no es más que un prejuicio antierótico. A pesar de ser un genio, con todo lo que Darwin no sabía del sexo podrían llenarse muchos libros. Éste es uno de ellos.

El origen de las especies se publicó en 1859, en una época en que poco se sabía de la vida humana anterior a la Antigüedad clásica. La Prehistoria, el periodo que definimos como los aproximadamente 200.000 años en que el ser humano anatómicamente moderno vivió sin agricultura ni escritura, era una tabla rasa que los teóricos sólo podían llenar con conjeturas. Hasta que Darwin y otros empezaron a aflojar el lazo que unía la verdad científica a la doctrina religiosa, las suposiciones relativas al pasado distante estuvieron sometidas a la restricción de las enseñanzas de la Iglesia. El estudio de los primates estaba en pañales. Teniendo en cuenta la cantidad de datos científicos de los que Darwin nunca tuvo conocimiento, no es sorprendente que los puntos débiles de este gran pensador puedan ser tan esclarecedores como sus intuiciones.³

Por ejemplo, al aceptar sin reservas la aún famosa caracterización de la vida humana en la Prehistoria que había hecho Thomas Hobbes —una vida «solitaria, pobre, miserable, brutal y breve»—, Darwin consiguió que esos postulados erróneos quedaran incrustados en las teorías actuales sobre la sexualidad humana. Si nos pidieran que nos imagináramos el sexo prehistórico, a todos nos vendría a la cabeza la manida imagen de un cavernícola blandiendo un garrote con una mano y arrastrando con la otra por el pelo a una mujer aturdida. Como veremos, esta imagen de la vida humana en la época prehistórica difiere de la

realidad en todos y cada uno de sus hobbesianos detalles. De igual forma, Darwin incorporó a su propia teorización las teorías no contrastadas de Thomas Malthus sobre el pasado remoto, lo que le llevó a sobrestimar sobremanera las penalidades del hombre primitivo (y, en consecuencia, la relativa superioridad de la vida victoriana). Estos malentendidos cruciales persisten en muchos modelos evolucionistas contemporáneos.

Aunque no fue él quien acuñó este discurso del tango interminable entre el macho lujurioso y la hembra selectiva, Darwin defendió a capa y espada su carácter «natural» e inevitable. Escribió pasajes como éste: «La hembra [...], con contadas excepciones, se muestra menos ansiosa que el macho. [...] Requiere que se la corteje; se muestra reticente y a menudo se la ve debatirse largamente por escapar del macho». Aunque esta reticencia de la hembra es un rasgo clave del sistema de apareamiento de muchos mamíferos, no es especialmente aplicable a los seres humanos, ni siquiera a los primates más próximos a nosotros.

A la luz de tanto donjuaneo como veía a su alrededor, Darwin se preguntó si los primeros humanos pudieron haber sido poligínicos (cuando un macho se empareja con varias hembras), y escribió: «*A juzgar por los hábitos sociales del hombre tal y como existe en la actualidad, y por el hecho de que la mayoría de los salvajes son polígamos, la hipótesis más probable es que el hombre primitivo viviera originariamente en comunidades pequeñas, cada uno con tantas esposas como pudiera conseguir y mantener, y a las que guardaría celosamente de todos los demás hombres*»⁴ (la cursiva es nuestra).

El psicólogo evolucionista Steven Pinker también parece hablar «a juzgar por los hábitos sociales del hombre tal y como existe en la actualidad» (aunque, a diferencia de Darwin, no es consciente de ello) cuando afirma sin ambages: «En todas las sociedades, el sexo es como mínimo algo “sucio”. Es practicado en privado, ponderado hasta un extremo obsesivo, regulado por la costumbre y el tabú, objeto de chismes y bur-las, y desencadenante de furiosos ataques de celos».⁵ Demostraremos que, si bien el sexo está, efectivamente, «regulado por la costumbre y el

tabú», son numerosas las excepciones a todos los demás elementos de su categórica declaración.

Darwin, como todo el mundo, incorporaba a sus postulados sobre la naturaleza de la vida humana su propia experiencia personal... o su falta de experiencia. En *La mujer del teniente francés*, John Fowles refleja la hipocresía sexual que caracterizaba el mundo de Darwin. El siglo xix inglés — escribe — fue «una época en que la mujer era sagrada, pero uno podía comprarse una niña de trece años por unas pocas libras, o unos chelines, si la quería sólo para una hora o dos. [...] En que el cuerpo femenino estuvo más oculto que nunca, pero se juzgaba a un escultor por su habilidad para tallar mujeres desnudas. [...] En que se sostenía unánimemente que las mujeres no tenían orgasmos y, sin embargo, a toda prostituta se le enseñaba a fingirlos».6

En algunos aspectos, las costumbres sexuales victorianas reproducían la mecánica del motor de vapor, tan emblemático de la época. Al bloquear el flujo de energía erótica, se crea una presión creciente que se aprovecha mediante estallidos breves y controlados de productividad. A pesar de que se equivocó en muchas cosas, parece que Sigmund Freud dio en el clavo al observar que la «civilización» se ha edificado en gran medida sobre energía erótica bloqueada, concentrada, acumulada y desviada.

«Para mantener inmaculados su cuerpo y su mente — explica Walter Houghton en *The Victorian Frame of Mind* [La mentalidad victoriana] —, se enseñaba al niño a considerar a las mujeres objeto del máximo respeto, y aun de veneración. Debía contemplar a las mujeres buenas (su hermana, su madre, su futura prometida) como a criaturas más angelicales que humanas; una imagen admirablemente calculada no sólo para disociar el amor del sexo, sino para convertir el amor en adoración, y adoración de la pureza.»7 Cuando los hombres no estuvieran de humor para venerar la pureza de sus hermanas, madre, hijas y esposa, se suponía que, antes que poner en peligro la estabilidad familiar y social «deshonrándolas» con «mujeres decentes», debían purgar su lujuria con prostitutas. El filósofo decimonónico Arthur Schopenhauer

comentaba que «hay 80.000 prostitutas sólo en Londres; y ¿qué son sino sacrificios en el altar de la monogamia?».8

Charles Darwin no fue inmune a la erotofobia de su época. De hecho, podría argumentarse que era especialmente sensible a su influencia: había alcanzado la pubertad a la sombra intelectual de su famoso —y desvergonzado— abuelo, Erasmus Darwin, que desafió la moral sexual imperante teniendo hijos con varias mujeres abiertamente, y llegando al extremo de ensalzar el sexo en grupo en su poesía.⁹ Que la madre de Charles falleciera cuando él tenía apenas 8 años bien pudo potenciar su percepción de las mujeres como criaturas angélicas que flotan por encima de los impulsos y apetitos mundanos.

El psiquiatra John Bowlby, uno de los biógrafos de Darwin más prestigiosos, atribuye las crisis de ansiedad, las depresiones, las jaquecas crónicas, los mareos, las náuseas y los vómitos, y los ataques de llanto histérico que sufrió durante toda su vida a la ansiedad por separación causada por la prematura pérdida de su madre. Respalda esta interpretación una extraña carta que un Charles ya adulto escribió a un primo suyo que acababa de perder a su mujer: «Me atrevería a decir que no puedo ni imaginar un dolor tan profundo como debe de ser el tuyo». Su nieta recordaba otro indicio de esta cicatriz psicológica: en cierta ocasión, mientras jugaban a un juego parecido al Scrabble, Charles se quedó perplejo cuando alguien antepuso una M a la palabra *other* (otro) y formó *mother* (madre). Darwin contempló el tablero durante un buen rato hasta que por fin declaró, para desconcierto general, que esa palabra no existía.¹⁰

Henrietta, la mayor de las hijas de Darwin que le sobrevivieron, parece que heredó de su padre una hipervictoriana aversión (y una obsesión) por lo erótico. «Etty», como la llamaban, revisó la edición de los libros de su padre y tachó con lápiz azul aquellos pasajes que le parecían indecorosos. En la biografía que Charles había escrito de su abuelo el librepensador, por ejemplo, Etty suprimió una referencia al «amor ardiente por las mujeres» de Erasmus. También eliminó fragmentos de *El origen del hombre* y de la autobiografía de su padre.

El mojigato entusiasmo de Etty por erradicar todo lo sexual no se limitaba a la palabra escrita. Declaró su guerra particular a una seta, el *Phallus ravenelii*, que todavía hoy crece en los alrededores de la casa Darwin. Según parece, la semejanza del hongo con el pene humano era más de lo que la pobre Etty podía tolerar. Según recordó años más tarde su sobrina (y nieta de Charles), «la tía Etty [...], pertrechada con una cesta y un palo puntiagudo y vestida con guantes y un capote de caza», salía a buscar aquellas setas. Al final del día, la tía Etty «las quemaba con el mayor secretismo en la chimenea del salón, con la puerta cerrada con llave, para preservar la honestidad de las doncellas».11

Os tendrá, cuando su pasión haya consumido la fuerza de la novedad, en algo más que a su perro, en poca más estima que a su caballo.

Lord Alfred Tennyson

Que no se nos malinterprete. Darwin sabía lo suyo y merece su puesto en el panteón de los grandes pensadores. Si eres uno de sus detractores y buscas argumentos en su contra, no los hallarás aquí. Charles Darwin era un genio y un caballero al que profesamos un respeto infinito. Pero, como ocurre a menudo con los genios caballerosos, andaba un tanto despistado en materia de mujeres.

En cuestiones de comportamiento sexual humano, Darwin prácticamente sólo podía guiarse por conjeturas. Todo parece indicar que su experiencia sexual personal se limitó a su vehementemente decorosa esposa, Emma Wedgwood, que era además su prima carnal. Por otro lado, durante su viaje alrededor del globo a bordo del *Beagle*, el joven naturalista nunca bajó a tierra en busca de los placeres sensuales y sexuales que perseguían tantos marinos de la época. Al parecer, Darwin tenía demasiadas inhibiciones para atreverse a recopilar datos al estilo resueltamente práctico que apuntaba Hermán Melville en sus novelas *Taipei* y *Omú*, muy populares en su día, o para catar los oscuros placeres

del sur del Pacífico que incitaron a amotinarse a la tripulación de la *Bounty*, frustrada sexualmente.

Darwin era demasiado remilgado para ese tipo de correrías carnales. El enfoque teórico que daba a tales asuntos se pone de manifiesto cuando considera en abstracto la posibilidad de casarse, antes siquiera de tener en mente a una mujer en particular. En su cuaderno, dispuso los pros y los contras en dos columnas: «Casarse» y «No casarse». En la primera, anotó: «Hijos (si Dios quiere) - Compañía constante (y amistad en la vejez) que se interese por uno - Objeto al que amar y con el que jugar - Mejor que un perro en todo caso... conversación femenina... *aunque una pérdida de tiempo terrible*».

En la columna opuesta, Darwin hizo una lista de preocupaciones tales como: «Libertad para ir adonde a uno le plazca - Elegir estar acompañado o no - No verse obligado a visitar a parientes ni a ceder siempre a nimiedades [...] —Obesidad y vagancia - Ansiedad y responsabilidad [...] - Quizás a mi mujer no le guste Londres; en ese caso, la condena sería el destierro y verme degradado a la condición de idiota indolente y ocioso».12

Pese a que Darwin demostró ser un esposo y un padre amantísimo, estos pros y contras del matrimonio sugieren que consideró muy seriamente la posibilidad de optar por la compañía de un perro.

La picapedrización de la Prehistoria

«Juzgar [la Prehistoria] por los hábitos sociales del hombre tal y como existe en la actualidad» no es precisamente un método fiable para entenderla (aunque hay que reconocer que Darwin no tenía mucho más en que basarse). Buscar indicios del pasado remoto entre la cantidad abrumadora de detalles del presente inmediato tiende a generar discursos más próximos al mito autocomplaciente que a la ciencia.

La palabra «mito» se ha degradado y envilecido en su uso moderno; a menudo se emplea para referirse a la falsedad, a la mentira. Pero este

uso olvida la función más profunda del mito: proporcionar un orden narrativo a fragmentos de información aparentemente inconexos, del mismo modo en que las constelaciones agrupan estrellas inconcebiblemente alejadas entre sí en figuras fácilmente reconocibles que son reales e imaginarias al mismo tiempo. Como explican los psicólogos David Feinstein y Stanley Krippner, «la mitología es el telar sobre el que tejemos la materia prima de nuestra experiencia cotidiana dándole una forma coherente». Esa labor, sin embargo, resulta especialmente ardua cuando lo que se trata de «mitificar» es la experiencia cotidiana de unos ancestros de los que al menos nos separan veinte o treinta mil años. Es muy fácil que, inconscientemente, tramemos nuestras propias experiencias en la urdimbre de la Prehistoria. Esta tendencia generalizada a proyectar sobre el pasado remoto propensiones culturales contemporáneas es lo que llamamos «picapiedrización».13

Del mismo modo que se presentaba a los Picapiedra como «la familia moderna de la Edad de Piedra», la especulación científica contemporánea relativa a la vida humana en la Prehistoria se ve a menudo distorsionada por postulados que *parecen* tener mucho sentido. Pero esos postulados pueden desviarnos completamente del camino hacia la verdad.

La picapiedrización tiene dos madres: la falta de datos consistentes y la necesidad psicológica de explicar, justificar y celebrar nuestra propia vida y época. Pero, a los efectos que nos interesan, tiene como mínimo tres abuelos intelectuales: Hobbes, Rousseau y Malthus.

Thomas Ellobbes (1588-1679), que, como refugiado de guerra en París, sufrió la soledad y el miedo, fue víctima del «efecto Picapiedra» cuando, escrutando en la niebla de la Prehistoria, evocó una vida humana «solitaria, pobre, miserable, brutal y breve». Imaginó una Prehistoria muy similar al mundo que le rodeaba en la Europa del siglo xvn, pero peor en todos los aspectos, lo que sin duda le serviría de consuelo. Desde una perspectiva psicológica muy distinta, Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) contemplaba la suciedad y el sufrimiento de las sociedades europeas y creía ver en ellas la corrupción de una naturaleza huma-

na prístina e inmaculada. Las historias que los viajeros relataban sobre los sencillos salvajes americanos echaron leña al fuego de sus fantasías románticas. Al cabo de unas décadas, el péndulo intelectual se desplazó de nuevo hacia la visión hobbesiana: Thomas Malthus (1766-1834) pretendió demostrar matemáticamente que la pobreza extrema y la desesperación que conlleva son rasgos distintivos de la eterna condición humana. La indigencia, argumentaba, es intrínseca al cálculo de la reproducción mamífera. Mientras la población crezca en progresión geométrica, duplicándose con cada generación (2, 4, 8, 16, 32, etc.), y los granjeros sólo puedan incrementar la producción de alimentos ampliando hectáreas de cultivo en progresión aritmética (1, 2, 3, 4, etc.), nunca habrá suficiente para todos — *no puede haberlo* —. De este modo, Malthus concluía que la pobreza es tan inexorable como el viento y la lluvia. No es culpa de nadie, simplemente las cosas son así. Esta conclusión fue muy del agrado de los ricos y los poderosos, que, como es comprensible, estaban ansiosos por encontrar una explicación para su buena fortuna y justificar el sufrimiento de los pobres como una realidad inevitable de la vida.

El momento «\EurekaU de Darwin fue un regalo de dos Thomases agoreros y un Pedro entrañable: Hobbes, Malthus y Picapiedra, respectivamente. Al dar una descripción detallada (aunque errónea) de la naturaleza humana y del tipo de vida que llevaba el hombre en la Prehistoria, Hobbes y Malthus brindaron a Darwin el contexto intelectual para su teoría de la selección natural. Lamentablemente, sus postulados, viciados de raíz por el efecto Picapiedra, están totalmente integrados en el pensamiento de Darwin, y han subsistido hasta nuestros días.

El tono riguroso de la ciencia a menudo enmascara el carácter mítico de las cosas que nos cuentan sobre la Prehistoria. Y, demasiadas veces, el mito es disfuncional, inexacto y autocomplaciente.

El objetivo principal de este libro es distinguir algunas estrellas de sus constelaciones. Creemos que el mito generalmente aceptado sobre el origen y la naturaleza de la sexualidad humana no sólo no se ajusta a

los hechos, sino que también es destructivo, porque respalda una falsa impresión de lo que significa ser humano. Es un discurso falaz que distorsiona la percepción de nuestras aptitudes y necesidades. Viene a ser publicidad engañosa de un traje que no le sienta bien a casi nadie, pero que se supone que debemos comprar y llevar todos.

Como todo mito, éste aspira a definir quiénes y qué somos, y, en consecuencia, qué podemos esperar y exigir unos de otros. Las autoridades religiosas llevan siglos difundiendo este discurso definitorio y previniéndonos contra serpientes parlantes, mujeres pérfidas, conocimientos prohibidos y tormentos eternos. Pero, de un tiempo a esta parte, este mismo discurso se vende a la sociedad secular como ciencia pura y dura.

Ejemplos no faltan. Desde las páginas de la prestigiosa revista *Science*, el antropólogo Owen Lovejoy sugería: «Es posible que la familia nuclear y el comportamiento sexual humano tengan su origen último mucho antes del principio del Pleistoceno [hace 1,8 millones de años]». ¹⁴ Coincide con él su reputada colega Helen Fisher, que escribió: «¿Es natural la monogamia?». Se respondía con un lacónico «Sí», para añadir a continuación: «Entre los seres humanos, [...] la monogamia constituye la regla general». ¹⁵

Muchos elementos de la prehistoria humana parecen encajar entre sí en el marco del discurso convencional de nuestra evolución sexual. Pero no olvidemos que aquel indio *parecía* responder a la pregunta de Cortés, y que al papa Urbano VIII, como a casi todo el mundo, le *parecía* incuestionable que la Tierra estaba firmemente anclada en el centro del Sistema Solar. Matt Ridley, zoólogo y escritor de temas científicos, hablando de las supuestas ventajas nutricionales de la unión de pareja, demuestra la gracia de esta aparente unidad: «Un cerebro mayor requería carne [...] [y] compartir la comida hacía posible una dieta cárnica (al liberar a los hombres del riesgo de fracaso en la caza) [...] [y] compartir la comida requería un cerebro mayor (si uno no tenía memoria de cálculo detallado, era fácil que le engañara algún aprovechado)». Plasta aquí, nada que objetar. Pero entonces Ridley introduce en su

baile los pasos sexuales: «La división sexual del trabajo fomentó la monogamia (la unión de pareja pasó a ser una unidad económica); la monogamia condujo a la selección sexual neoténica (al primar la juventud en la elección de pareja)». Es un vals en el que cada postulado conduce con una pirueta al siguiente, dando vueltas y más vueltas en «una espiral de justificación reconfortante que demuestra cómo llegamos a ser como somos».16

Obsérvese que cada elemento anticipa el siguiente y que, juntos, componen una nítida constelación que parece explicar la evolución sexual humana.

La constelación convencional comprende, entre otras, las siguientes estrellas fijas, muy distantes entre sí:

- qué motivó a los machos prehumanos a «invertir» en una hembra en particular y en sus hijos;
- los celos sexuales masculinos y el doble rasero en lo tocante a la autonomía sexual de uno y otro sexo;
- el «hecho», repetido hasta la saciedad, de que el momento de la ovulación de las mujeres está «oculto»;
- el inexplicable atractivo de los pechos de la mujer;
- su conocida perfidia y falsedad, que ha inspirado a tantos clásicos de la música popular;
- y, por supuesto, el archiconocido afán del hombre por perseguir a cualquier cosa que tenga piernas (fuente igualmente inagotable de material musical).

Contra todo esto nos rebelamos. Es una canción poderosa, sucinta, que se retroalimenta y que oímos en la radio día y noche... Pero no puede estar más equivocada.

El discurso convencional tiene más o menos la misma validez científica que la historia de Adán y Eva. De hecho, en muchos sentidos es la reformulación, en términos científicos, de nuestra caída tras el pecado original tal como la relata el Génesis, sin que falten el engaño sexual,

el conocimiento prohibido ni la culpa. Esta nueva versión oculta la verdad sobre la sexualidad humana tras una hoja de parra de anacrónico recato Victoriano presentada con envoltura científica. Pero la ciencia verdadera — por oposición a «mítica» — siempre encuentra un modo de asomar la cabeza por detrás de la hoja de parra.

Charles Darwin proponía que el cambio evolutivo se produce a través de dos mecanismos. El primero y más conocido es la selección natural. El filósofo de la economía Herbert Spencer acuñó posteriormente la expresión «supervivencia del más apto» para describir este mecanismo, aunque la mayoría de los biólogos siguen prefiriendo «selección natural». Es importante entender que la evolución *no* es un proceso de mejora. La selección natural afirma sencillamente que las especies cambian para adaptarse a un entorno en constante transformación. Uno de los errores crónicos en que incurren los aspirantes a darwinistas sociales es dar por supuesto que la evolución es un proceso por el que los seres humanos y las sociedades devienen mejores.¹⁷ No es así.

Los organismos más capaces de sobrevivir a los desafíos de un entorno cambiante son los que llegan a reproducirse. Como supervivientes, lo más probable es que su código genético contenga información ventajosa para que su descendencia se desenvuelva en ese preciso entorno. Pero el entorno puede variar en cualquier momento, neutralizando esa ventaja.

Charles Darwin no fue el primero en sugerir que el mundo natural experimentaba algún tipo de evolución. Su abuelo Erasmus Darwin ya había observado un proceso de diferenciación evidente tanto en plantas como en animales. La gran pregunta era cómo se producía ese proceso: ¿cuál era el mecanismo por el que las especies se diferenciaban unas de otras? A Darwin le llamaron especialmente la atención las sutiles diferencias que observó entre los pinzones de las distintas islas de las Galápagos. Esa observación le llevó a intuir que el hábitat tenía una influencia

crucial en el proceso, pero aún tardaría en explicarse de qué modo el entorno daba forma a los organismos a lo largo de generaciones.

¿Qué es la psicología evolucionista,
Y POR QUÉ TENDRÍA QUE IMPORTARTE?

La teoría de la evolución se ha aplicado al cuerpo prácticamente desde la publicación de *El origen de las especies*. Darwin la había mantenido en secreto durante décadas, temeroso de la polémica que sin duda levantaría su divulgación. Si queremos saber por qué los seres humanos tenemos las orejas a ambos lados de la cabeza y los ojos orientados al frente, la teoría de la evolución nos lo dirá, igual que nos dirá por qué los pájaros tienen los ojos alojados a los lados de la cabeza y carecen de órgano visible del oído. En otras palabras, la teoría de la evolución explica cómo llegaron los *cuerpos* a ser como son.

En 1975, E. O. Wilson hizo una propuesta radical. En un revolucionario opúsculo titulado *Sociobiología*, defendió que la teoría de la evolución podía, y *debía*, aplicarse también al comportamiento, y no sólo a la anatomía. Posteriormente, para evitar el aluvión de connotaciones negativas que inmediatamente cosechó — algunas asociadas a la eugenesia (que fundó Francis Galton, un primo de Darwin) —, rebautizó su planteamiento como «psicología evolucionista» (PE). Wilson proponía que la teoría de la evolución se ocupara de una serie de «cuestiones centrales [...] de importancia inefable: ¿cómo funciona la mente?, y, yendo un poco más lejos, ¿por qué funciona de esa manera y no de otra?, y, en función de estas dos consideraciones, ¿cuál es la naturaleza última del hombre?». Argumentaba que la teoría de la evolución es «la primera hipótesis, y la esencial, para cualquier análisis de la condición humana», y que «sin ella, las humanidades y las ciencias sociales serían simplemente descriptivas de fenómenos superficiales, como lo serían la astronomía sin la física, la biología sin la química y las matemáticas sin el álgebra». 18

A partir de *Sociobiología* y de *Sobre la naturaleza humana* — una continuación de aquel título que Wilson publicó tres años después—, los teóricos de la evolución desviaron su atención de ojos, orejas, plumas y pelo y se centraron en asuntos menos tangibles y mucho más controvertidos, como el amor, los celos, la elección de pareja, la guerra, el homicidio, la violación o el altruismo. La poesía épica y los culebrones se convirtieron en una fuente de jugoso material de estudio y de debate en respetables universidades norteamericanas. Había nacido la psicología evolucionista.

Fue un parto difícil. El corolario de que nuestros sentimientos y nuestro modo de pensar están tan programados en el código genético como la forma de la cabeza o la longitud de los dedos — y son, por tanto, presumiblemente igual de inevitables e inmodificables— hirió muchas susceptibilidades. Los estudios de psicología evolutiva no tardaron en centrarse en las diferencias entre hombres y mujeres, determinadas por sus presuntamente distintos objetivos reproductivos. Sus detractores advirtieron en sus planteamientos ecos del determinismo racial y el arrogante sexismo que habían justificado siglos de conquistas, esclavitud y discriminación.

Pese a que Wilson nunca sostuvo que la herencia genética cause por sí sola fenómenos psicológicos — simplemente, que las tendencias fruto de la evolución influyen en la cognición y el comportamiento—, sus moderadas tesis se vieron pronto eclipsadas por las enardecidas polémicas que levantaron. Por aquel entonces, muchos estudiosos de las ciencias sociales creían que el ser humano era una criatura casi absolutamente cultural, una tabla rasa que la sociedad modelaba.¹⁹ Pero los planteamientos de Wilson resultaban muy atractivos para otros científicos, deseosos de introducir una metodología más rigurosa en disciplinas que consideraban excesivamente subjetivas y distorsionadas por las posturas ideológicas liberales y los deseos vanos. Décadas más tarde, los dos bandos enfrentados en este debate aún siguen atrincherados en sus posturas extremas: el comportamiento humano está determinado o bien genéticamente o bien socialmente. Como puede suponerse, la ver-

dad, así como los estudios más valiosos desarrollados en este campo, hay que buscarla en algún punto intermedio.

Hoy en día, los autoproclamados psicólogos evolucionistas «realistas» sostienen que lo que nos lleva a hacer la guerra a nuestros vecinos, a engañar a nuestras mujeres y a abusar de nuestros hijastros es la ancestral naturaleza humana. Arguyen que la violación es una estrategia reproductiva desafortunada, pero enormemente efectiva, y que el matrimonio viene a ser una lucha sin vencedor en la que ambos bandos están condenados a decepcionarse mutuamente. El amor romántico no es más que una reacción química y el señuelo que nos arrastra a un enredo reproductivo del que el amor paterno nos impide liberarnos. El suyo es un discurso omnicomprendivo que pretende explicarlo todo reduciendo cualquier interacción humana a la búsqueda reptiliana del beneficio propio.²⁰

Hay, por supuesto, numerosos investigadores de la psicología evolucionista, la primatología, la biología evolucionista y otras ramas de la ciencia que no suscriben el discurso que criticamos en estas páginas, y aun otros cuyos paradigmas se solapan con este discurso en algunos puntos, pero difieren de él en otros. Esperamos que se nos disculpe si en ocasiones parecemos simplificar en exceso: nuestro objetivo es ilustrar con más claridad las líneas básicas de los distintos paradigmas sin perdernos en el detalle de sutiles diferencias. (Animamos al lector que desee información más pormenorizada a consultar las notas del final del libro.)

El discurso convencional de la psicología evolutiva incurre en varias contradicciones clamorosas, pero una de las más flagrantes se refiere a la libido femenina. Las mujeres, nos dicen una y otra vez, son el sexo melindroso y difícil de contentar. Los hombres emplean sus energías en tratar de impresionarlas — presumiendo de relojes caros, exhibiéndose en relucientes deportivos, trepando a posiciones de fama, estatus y poder— con el único objetivo de convencer a las reticentes mujeres de que les concedan los favores sexuales que tan celosamente guardan. Según este discurso, para ellas el sexo no es tanto una cuestión de placer

físico, sino de seguridad — emocional y material— de la relación. La hembra «reticente» que «requiere que se la corteje» está firmemente engastada en su teoría de la selección natural.

Si las mujeres fueran tan libidinosas como los hombres, nos cuentan, la misma sociedad sufriría un colapso. Lord Acton* no hizo más que repetir lo que en 1875 ya sabía todo el mundo cuando manifestó: «A la mayoría de las mujeres, por fortuna para ellas y para la sociedad, no les afectan mucho las sensaciones sexuales del tipo que sea».

Y, sin embargo, por más que se asegure machaconamente que las mujeres no son criaturas particularmente sexuales, los hombres, en culturas de todo el mundo, han recurrido a medidas a veces muy extremas para tener controlada la libido femenina: mutilación genital, chadores de pies a cabeza, quema medieval de brujas, cinturones de castidad, corsés asfixiantes, insultos entre dientes sobre putas «insaciables», patologización, diagnósticos médicos paternalistas de ninfomanía o histeria, manifestaciones de desdén hacia aquellas que optan por ser generosas con su sexualidad... Todo, parte de una campaña universal para mantener a raya esa libido femenina supuestamente apagada. ¿Cómo es posible que necesitemos una valla electrificada de alta seguridad rematada con alambre de espino para contener a un manso gatito?

Tiresias, un personaje de la mitología griega, tenía un punto de vista privilegiado sobre el placer sexual de hombres y mujeres.

Siendo aún joven, Tiresias se encontró con un par de serpientes enredadas la una con la otra mientras realizaban el coito. Con el bastón, separó a los amorosos reptiles y, de pronto, se vio transformado en mujer.

Siete años más tarde, Tiresias-mujer caminaba por el bosque cuando, de nuevo, interrumpió a dos serpientes en un momento de intimi-

*John Dalberg Acton (1834-1902) fue un célebre historiador inglés. Suya es también la famosa cita «el poder tiende a corromper, y el poder absoluto corrompe absolutamente». (*N. del t.*)

dad. Interpuso entre ambas su cayado y así completó el ciclo: se convirtió en hombre otra vez.

Atraída por la excepcional amplitud de la experiencia de Tiresias, la pareja reinante del panteón griego, Zeus y Hera, le convocaron ante ellos para que dirimiera una vieja disputa conyugal que mantenían: ¿quién disfruta más del sexo, el hombre o la mujer? Zeus estaba convencido de que eran ellas, pero Hera decía todo lo contrario. Tiresias respondió no sólo que disfrutaban más las mujeres, sino que disfrutaban ¡nueve veces más!

Su respuesta enfureció tanto a Hera que cegó a Tiresias en el acto. Zeus se sintió responsable de haber metido al pobre hombre en ese embrollo y, en compensación, le otorgó el don de la profecía. Siendo ya un adivino ciego, Tiresias vio el terrible destino de Edipo, que, sin saberlo, acabó matando a su padre y casándose con su madre.

Pedro Hispano, autor de uno de los libros de medicina más leídos del siglo xm, el *Thesauruspauperum*, se mostró más diplomático cuando le plantearon esa misma pregunta. Su respuesta (publicada en *Quaestiones super Viaticum*) fue la siguiente: aun siendo cierto que las mujeres experimentaban más *cantidad* de placer sexual, el de los hombres era de mayor *calidad*. Su libro incluía los ingredientes de 34 afrodisíacos, 56 recetas para aumentar la libido masculina y consejos para las mujeres que quisieran evitar el embarazo. Tal vez fueran su tacto diplomático, sus consejos para el control de la natalidad o quizá su apertura de miras lo que le llevó a vivir una de las anécdotas más extrañas y trágicas de la historia. En 1276, Pedro Hispano se convirtió en el papa Juan XXI, pero murió apenas nueve meses después, mientras dormía, al derrumbarse sobre él el techo de su biblioteca.

Pero, al fin y al cabo, ¿qué más da? ¿Por qué es tan importante corregir las nociones erróneas sobre la evolución de la sexualidad humana que tan extendidas están?

Bueno, basta con preguntarse qué podría cambiar si todo el mundo supiera que las mujeres disfrutaban del sexo (o, al menos, pueden disfrutar de él en condiciones adecuadas) tanto como los hombres, o nueve veces

más que ellos, como afirmaba Tiresias. ¿Y si Darwin, influido por sus prejuicios Victorianos, hubiera hecho un juicio equivocado de la sexualidad de la hembra humana? ¿Y si el mayor secreto de Victoria* fuera que hombres y mujeres son *todos* víctimas de una propaganda falaz sobre nuestra auténtica naturaleza sexual, y que la «guerra de los sexos» — que se sigue librando hoy en día — es una operación bajo bandera falsa, una maniobra de distracción de nuestro enemigo común?

Lo que nos induce a error y nos aconseja mal es un mantra — repetido hasta la saciedad y que carece sin embargo de fundamento — sobre el carácter natural de la felicidad conyugal, la reticencia sexual femenina y una monogamia de fueron felices y comieron perdices: un discurso que enfrenta al hombre y a la mujer en un trágico tango de falsas ilusiones, frustración creciente y decepción aplastante. En palabras de la escritora y crítica periodística Laura Kipnis, al vivir bajo esta «tiranía de dos», cargamos con el peso de «la ansiedad central del amor moderno», a saber: «la expectativa de que el romanticismo y la atracción sexual pueden durar toda una vida de convivencia en pareja, contra toda evidencia».21

Edificamos nuestras relaciones más sagradas sobre un campo de batalla en el que deseos fruto de la evolución chocan con la mitología romántica del matrimonio monógamo. Como explica Andrew J. Cherlin en *The Marriage-Go-Round* [El tiovivo del matrimonio] refiriéndose a Estados Unidos, este conflicto irresoluto entre lo que somos y lo que muchos desearían que fuéramos provoca «grandes turbulencias en la vida familiar norteamericana, un flujo familiar y un desfile de parejas a una escala que no se da en ningún otro lugar». El estudio de Cherlin demuestra que «en la vida sentimental de un estadounidense se suceden más parejas que en cualquier otro país occidental».22

Pero rara vez nos atrevemos a hacer frente a la contradicción que está en el corazón de nuestro desacertado ideal del matrimonio para toda la vida. ¿Y si lo hacemos? Durante un debate sobre uno de tantos

*Alusión a la marca de lencería femenina Victorias Secret. (*N. del t.*)

políticos con largos años de matrimonio a sus espaldas al que habían pillado con los pantalones bajados, el humorista y crítico social Bill Maher pidió a los invitados de su tertulia televisiva que analizaran la realidad, nunca mentada, que subyace en muchas de estas situaciones: «Cuando un hombre lleva veinte años casado —dijo Maher—, ya no quiere hacer el amor con su mujer, o su mujer no quiere hacerlo con él. Da igual. *¿Cuál es la respuesta correcta?* Quiero decir, ya sé que él hizo mal en engañarla, pero *¿cuáles es la respuesta correcta?* Fastidiarnos y vivir sin pasión el resto de nuestras vidas, y pensar en otra persona cuando hacemos el amor con nuestra esposa, los tres días al año que lo hacemos?». Tras un silencio prolongado e incómodo, uno de los tertulianos acabó sugiriendo: «La respuesta correcta es acabar con la relación... Pasar página. O sea, somos adultos». Otro se mostró de acuerdo, y observó: «El divorcio es legal en este país». El tercero, P. J. O'Rourke, un periodista que no suele morderse la lengua, se limitó a mirar al suelo sin decir nada.

¿«Pasar página»? ¿En serio? ¿La elección «adulta» a la hora de afrontar el conflicto inherente entre el ideal romántico sancionado por la sociedad y las incómodas verdades de la pasión sexual es abandonar a tu familia?²³

La percepción que tenía Darwin de la «hembra reticente» no era sólo producto de su mentalidad victoriana. Además de la selección natural, propuso un segundo mecanismo del cambio evolutivo: la selección sexual. La principal premisa de la selección sexual es que, en la mayoría de los mamíferos, la inversión que hace la hembra en las crías es mucho mayor de la que hace el padre. A ella le toca apechugar con la gestación, la lactancia y el cuidado de los cachorros hasta que empiezan a ser un poco independientes. Como consecuencia de este desequilibrio en sacrificios inevitables —razonaba Darwin—, la hembra se lo piensa dos veces a la hora de tomar parte en el apareamiento y necesita que la con-

venzan de que es buena idea; en cambio, el macho, con su planteamiento reproductivo de aquí-te-pillo-aquí-te-mato, está más que dispuesto a convencerla. La psicología evolucionista se basa en la creencia de que la actitud de machos y hembras ante el apareamiento conlleva intrínsecamente un conflicto entre sus objetivos.

Lo típico es que la selección del pretendiente ganador implique una competición entre los machos: carneros embistiéndose con sus cornamentas, pavos arrastrando vistosas colas — un auténtico reclamo para predadores—, hombres que ofrecen regalos carísimos y juran amor eterno a la luz de las velas. Darwin veía la selección sexual como una lucha entre machos para conseguir el acceso a hembras pasivas y fértiles que se tenían que someter al vencedor. Dado el contexto competitivo que su teoría presupone, creía que «en el estado de naturaleza, las relaciones sexuales promiscuas [son] sumamente improbables». Pero al menos uno de sus contemporáneos disentía.

Lewis Henry Morgan

Los norteamericanos blancos le conocían como Lewis Henry Morgan (1818-1881). Era un abogado de una compañía ferroviaria, erudito por vocación y fascinado por las distintas formas en que se organizan las sociedades.²⁴ La tribu seneca de la nación Iroquesa le adoptó en su edad adulta y le dio el nombre de Tayadaowuhkuh, que significa «el que tiende puentes». Tenía su casa cerca de Rochester, al norte del Estado de Nueva York, y allí pasaba las tardes estudiando y escribiendo, empeñado en aportar rigor científico a la comprensión de la vida íntima de gentes lejanas, ya fuera en el tiempo o en el espacio. Lewis Henry Morgan es el único estudioso norteamericano al que citan los otros tres gigantes intelectuales de su siglo: Darwin, Freud y Marx, y muchos le consideran el científico social más influyente de su época y el fundador de la antropología norteamericana. Irónicamente, quizá sea la admiración que le profesaban Marx y Engels la causa de que su obra no sea más

conocida en la actualidad. Aunque no era marxista, Morgan puso en tela de juicio un gran número de importantes postulados darwinistas relativos al supuesto papel central de la competencia sexual en el pasado de la humanidad. Esta postura bastó para ofender a muchos partidarios de Darwin, pero no al propio pensador, que respetaba y admiraba a Morgan. De hecho, Morgan y su mujer pasaron una tarde con los Darwin durante una visita a Inglaterra. Años después, dos hijos del naturalista se alojaron en casa de los Morgan.

A Morgan le interesaba especialmente la evolución de las estructuras familiares y de la organización social en su conjunto. En contra de la teoría darwinista, sus hipótesis acerca de la vida sexual de los tiempos prehistóricos apuntaban hacia una sexualidad mucho más promiscua. «Los maridos — escribió — vivían en poliginia [con más de una mujer], y las mujeres, en poliandria [con más de un marido], prácticas que se consideran tan antiguas como la sociedad humana. Una familia de esas características no era antinatural ni excepcional. Sería difícil probar cualquier otro origen de la familia en el periodo primitivo.» Unas páginas más adelante, Morgan concluye diciendo que «parece del todo inevitable» llegar a la conclusión de que un «estado de relaciones sexuales promiscuas» era el típico de la época prehistórica, «aunque lo cuestiona un escritor tan eminente como el señor Darwin».25

El argumento de Morgan de que las sociedades prehistóricas practicaban el matrimonio plural (también llamado «la horda primigenia» u «omnigamia», término este último acuñado por el autor francés Charles Fourier) influyó de tal manera en el pensamiento de Darwin que le llevó a admitir: «Parece una certeza que el matrimonio tuvo un desarrollo gradual, y que hubo un tiempo en que las relaciones sexuales casi promiscuas eran sumamente comunes en todo el mundo». Con su cortés humildad característica, convino en que había «tribus de hoy en día» en las que «los hombres y las mujeres de la tribu son esposos y esposas unos de otros». Como deferencia a la erudición de Morgan, Darwin añadía: «Los que han estudiado el asunto con más atención, y cuyo juicio vale mucho más que el mío, creen que el matrimonio comunal

fue la forma original y universal en todo el mundo [...]. La evidencia indirecta a favor de esta creencia es extremadamente sólida [...]».⌘

Desde luego que lo es. Y esa evidencia, tanto directa como indirecta, es hoy mucho más sólida de lo que Darwin, o incluso Morgan, pudieron llegar a imaginar.

Pero, antes que nada, diremos unas palabras sobre una palabra. «Promiscuo» tiene un significado u otro en función de quién emplea la palabra, de modo que más vale que empecemos por definir nuestros términos. La raíz latina es *miscere*, que quiere decir «mezclar», y con ese sentido la empleamos nosotros. No sugerimos con ella arbitrariedad alguna en el apareamiento, ya que las elecciones y preferencias siguen teniendo su influencia. Hemos buscado otros términos que pudiéramos usar en este libro y que no tuvieran esa connotación despectiva, pero los sinónimos suenan aún peor: «licencioso», «disoluto», «disipado», «lascivo».

Rogamos al lector que tenga presente que cuando describimos las prácticas sexuales de sociedades de todo el mundo estamos describiendo conductas que son *normales* para las personas en cuestión. En su uso habitual, «promiscuidad» sugiere un comportamiento inmoral o amoral, indiferente e insensible. Pero la mayoría de las personas que describiremos actúan dentro de los límites de lo que sus sociedades consideran una conducta aceptable. No son rebeldes, transgresores ni idealistas utópicos. Y, dado que los grupos de cazadores-recolectores (tanto los que subsisten hoy en día como los de la era prehistórica) rara vez superan los 100 o 150 miembros, es de suponer que todos ellos conocen a su pareja o parejas a fondo e íntimamente; y probablemente en mayor medida de la que un hombre o una mujer modernos conoce a sus amantes ocasionales.

Morgan ya lo subrayaba en *Ancient Society* [La sociedad ancestral], donde afirma: «Este retrato de la vida salvaje no ha de repugnar a la

conciencia, pues para ellos esto era una forma de relación conyugal, y, como tal, en modo alguno una falta de decoro».27

El biólogo Alan E Dixon, autor del estudio más completo sobre la sexualidad de los primates — con el poco sorprendente título de *Primate Sexuality*—, hace una observación similar a propósito de lo que él prefiere llamar «sistemas de apareamiento multimacho-multihembra», típicos de las especies más cercanas a nosotros: chimpancés y bonobos. «El apareamiento — dice— rara vez es indiscriminado en los grupos de primates multimacho-multihembra. En la elección de pareja pueden influir diversos factores, tanto para la hembra como para el macho: los lazos de parentesco, el rango social, el atractivo sexual o las preferencias sexuales individuales. Es un error, por tanto, calificar de promiscuos tales sistemas de apareamiento.»28

Así pues, si «promiscuidad» sugiere un cierto número de relaciones sexuales paralelas y no excluyentes, entonces, sí: nuestros ancestros eran mucho más promiscuos que cualquiera de nosotros, a excepción acaso de los más lujuriosos. Por otra parte, si entendemos que «promiscuidad» implica falta de discriminación a la hora de elegir pareja o de practicar el sexo con cualquier desconocido, entonces nuestros ancestros eran probablemente mucho menos promiscuos que bastantes de los humanos modernos. En este libro, emplearemos «promiscuidad» para referirnos sólo al mantenimiento simultáneo de varias relaciones de carácter sexual a lo largo de un periodo de tiempo. Dado que la vida en la Prehistoria se desarrollaba en grupos pequeños, es improbable que los miembros de muchas de esas parejas fueran extraños.

Capítulo 3

UNA CONSIDERACIÓN MÁS DETENIDA DEL DISCURSO CONVENCIONAL DE LA EVOLUCIÓN DE LA SEXUALIDAD HUMANA

Tenemos una buena noticia y una mala. La buena es que la deprimente visión de la sexualidad humana que refleja el discurso convencional es falsa. Millones de años de evolución *no* han hecho de los hombres unos canallas embusteros, ni de las mujeres unas pérfidas cazafortunas que les ponen los cuernos en cuanto se dan la vuelta. Pero la mala es que los amorales mecanismos evolutivos han convertido a los humanos en una especie con un secreto que es incapaz de guardar. El *Homo sapiens* resultó una criatura desvergonzada, innegable e irremediablemente sexual. Libertinos lujuriosos. Calaveras, cachondos y salidos. Sátiros y pendo-nes desorejados. Perros y perras en celo.¹

Cierto es que algunos logramos elevarnos por encima de este aspecto de nuestra naturaleza (o hundirnos por debajo de él). Pero esos impulsos preconscientes siguen siendo nuestra línea de meta biológica, nuestro punto de referencia, el cero de nuestro sistema numérico personal. El cuerpo que todos habitamos considera «normales» las tendencias que hemos desarrollado a lo largo de nuestra evolución. La fuerza de voluntad, reforzada por generosas dosis de culpa, miedo y vergüenza, y por la mutilación corporal y espiritual, puede proporcionarnos un cierto control sobre esos impulsos y propensiones. A veces. De cuando en cuando. De uvas a peras. Pero, incluso cuando los tenemos bajo control, esos

impulsos no permiten que se los ignore. Como señaló el filósofo alemán Arthur Schopenhauer, *Mensch kann tun was er will; er kann aber nicht wollen was er will* [Se puede elegir lo que se hace, pero no lo que se quiere].

Tanto si se reconocen como si no, estos anhelos persisten y reclaman a gritos nuestra atención.

Y negar la propia naturaleza sexual, fruto de la evolución, tiene su precio. Lo pagan los individuos, las parejas, las familias y las sociedades cada día y cada noche, en lo que E. O. Wilson llamó «la intangible moneda de la felicidad humana que hay que sacrificar para soslayar nuestras predisposiciones innatas».2 La cuestión de si lo que invierte la sociedad en represión sexual representa un beneficio neto o una pérdida la vamos a dejar para más adelante. De momento, nos limitaremos a sugerir que tratar de elevarse por encima de la naturaleza es siempre un empeño arriesgado y extenuante, que a menudo acaba en desastre.

Cualquier intento de comprender quiénes somos, cómo hemos llegado a ser así y qué podemos hacer al respecto ha de empezar por asumir las predisposiciones sexuales que han resultado de nuestra evolución. ¿Por qué hay tantas fuerzas que se oponen a que veamos satisfechas nuestras aspiraciones de forma sostenida? ¿Por qué requiere tanto esfuerzo el matrimonio convencional? ¿Cómo es posible que la insistencia perpetua y machacona de los científicos sociales en el carácter «natural» de la monogamia, sumada a unos dos mil años de amenazas con las llamas del infierno, no haya logrado liberar de sus deseos prohibidos ni siquiera a curas, predicadores y políticos? Para llegar a vernos tal como somos, debemos empezar por reconocer que, de todas las criaturas de la Tierra, ninguna es tan perentoria, creativa y persistentemente sexual como el *Homo sapiens*.

No pretendemos afirmar que no hay diferencias en la forma en que hombres y mujeres experimentan su erotismo, pero, como observó Tiresias, tanto para unos como para otras, es una fuente de placer considerable. Puede que a la mayoría de las mujeres les cueste más arrancar el motor sexual que a los hombres, pero, una vez en marcha, son bien

capaces de dejar atrás a cualquier hombre. Sin duda, ellos tienden a fijarse más en el físico, mientras que a ellas, por lo general, les atrae más el carácter de un hombre que su aspecto (dentro, por supuesto, de unos límites). Y es evidente que, por su constitución biológica, las mujeres tienen muchas más razones para pensárselo dos veces antes de ponerse a retozar en la era.

El humorista Jerry Seinfeld lo resume en términos de fuego y bomberos. «Entre hombres y mujeres, el conflicto sexual básico es que nosotros somos como los bomberos. Vemos el sexo como una emergencia, e, independientemente de lo que estemos haciendo, podemos estar listos en dos minutos. Las mujeres, en cambio, son como el fuego. Son muy excitables, pero tienen que darse exactamente las condiciones precisas para que prenda la llama.»

Quizá para muchas mujeres la libido sea como el hambre del *gourmet*. Al contrario que tantos hombres, esas mujeres no ansian comer únicamente para matar el hambre. Buscan alguna satisfacción particular, presentada de cierta manera. Así como la mayoría de los hombres pueden y suelen suspirar pqf el sexo en abstracto, los testimonios de mujeres evidencian el deseo fie sexo con un argumento, un personaje, un *motivo*.^{*} En otras palabras: suscribimos muchas de las *observaciones* capitales de la psicología evolucionista; lo que nos parece problemático son las *explicaciones* retorcidas y contradictorias que da de esas observaciones.

Sin embargo, hay explicaciones sencillas, lógicas y coherentes para la mayoría de las observaciones convencionales acerca de la sexualidad humana. Explicaciones que ofrecen un discurso alternativo de la evolución sexual humana a la vez conciso y elegante; un modelo revisado que puede prescindir de las enrevesadas estrategias combinadas y de la pica-piedrización inherentes al relato que hoy por hoy goza de la aceptación general.

^{*}Pero ¿sostendría alguien que el *gourmet* disfruta menos de la comida que el glotón?

El discurso convencional traza una imagen sombría de nuestra especie sobre el lienzo de una verdad mucho más luminosa..., aunque algo escandalosa. Pero, antes de presentar detalladamente nuestro modelo, vamos a examinar el ortodoxo con más detenimiento, centrándonos en las cuatro grandes áreas de investigación que incorporan los postulados más comúnmente admitidos:

- La relativa debilidad de la libido femenina.
- La inversión paterna (IP).
- Los celos sexuales y la certeza de paternidad.
- La receptividad continua y la ovulación oculta (o críptica).

C ó m o i n s u l t a D a r w i n a t u m a d r e

(La lúgubre ciencia de la economía sexual)

¿Qué se supone que obtiene el pretendiente victorioso a cambio de tanto acicalarse y pavonearse? Sexo. Bueno, no sólo sexo, sino acceso *exclusivo* a una hembra en particular. El modelo convencional propone que la exclusividad sexual es fundamental, porque, mientras evolucionábamos, era la única forma en que el hombre podía asegurar su paternidad. Según la psicología evolucionista, ése es el acuerdo, suscrito a regañadientes, sobre el que se funda la familia humana. El hombre ofrece bienes y servicios (en el entorno prehistórico, básicamente carne, refugio, protección y estatus) a cambio de un acceso sexual exclusivo y relativamente constante. Helen Fisher llamó a esto *El contrato sexual*.

La economía, a la que a menudo se alude como «la ciencia lúgubre», es aún más lúgubre cuando se aplica a la sexualidad humana. El contrato sexual suele explicarse en términos de la teoría económica del juego: gana aquel o aquella que tenga más descendencia que consiga sobrevivir y reproducirse, porque es quien obtiene un mayor «rédito de la inversión». De modo que, si una mujer se queda preñada de un

hombre que no tiene intención de ayudarla a lo largo del embarazo, ni de proteger a su retoño durante los años de alto riesgo de la infancia, estará despilfarrando el tiempo, la energía y los peligros de la gestación. Según esta teoría, sin la ayuda del padre es mucho más probable que el hijo muera antes de alcanzar la madurez sexual, y el riesgo para la salud de la madre embarazada o lactante es mucho mayor. El eminente psicólogo evolucionista Steven Pinker emplea la expresión «economía genética del sexo» para referirse a esta forma de ver la reproducción humana: «La inversión mínima de un hombre y la de una mujer son [...] desiguales — explica —, porque un hijo puede nacer de una madre sola a la que ha abandonado su marido, pero no de un padre solo abandonado por su mujer. Pero la inversión del hombre es mayor que cero, lo que significa que también está previsto que las mujeres compitan en el mercado matrimonial, aunque deberían competir únicamente por los hombres con más posibilidades de invertir [...]».3

Y, a la inversa, si un tipo invierte todo su tiempo, energía y recursos en una mujer que se la pega, se arriesga a criar a los hijos de otros: una pérdida total, si su único propósito en la vida es proyectar sus propios genes hacia el futuro. Y que quede claro este punto: conforme a la fría lógica de la teoría ortodoxa de la evolución, nuestro único propósito en la vida *es* dejar un legado genético. Por eso los psicólogos evolucionistas Margo Wilson y Martin Daly sostienen que los hombres tienden decididamente a considerar la sexualidad de la mujer como una *propiedad*: «Los hombres reivindican a una determinada mujer igual que los pájaros cantores reivindican un territorio, los leones reivindican su presa o las personas de ambos sexos reivindican un objeto de valor — dicen —. Una vez que ha localizado un paquete de recursos individualmente reconocible y potencialmente defendible, la criatura que reclama su propiedad procede a anunciar y ejercer su intención de defenderlo de sus rivales».4

«Cariño, te quiero como un león quiere a su presa.» Es dudoso que se haya escrito jamás una descripción menos romántica del matrimonio.

Como ya habrá advertido el lector atento, el discurso convencional sobre la interacción heterosexual viene a equipararla con la prostitución: una mujer ofrece sus servicios sexuales a cambio del acceso a unos recursos. Tal vez sean sus resonancias míticas lo que explica el enorme éxito de taquilla de una película como *Pretty Woman*, en la que el personaje de Richard Gere intercambia el acceso a su fortuna por lo que le ofrece el personaje que encarna Julia Roberts (que, por si alguien no ha visto la película, interpreta a una fulana con un corazón de oro). Obsérvese que lo que ella ofrece se reduce al mencionado corazón de oro, una sonrisa más grande que Texas, un par de piernas preciosas e interminables y la promesa solemne de que desde ese momento las abrirá sólo para él. La genialidad de *Pretty Woman* está en que explicita lo que estaba implícito en cientos de libros y películas. Según esta teoría, la evolución ha modelado a las mujeres de modo que, instintivamente y sin asomo de vergüenza, intercambien placer erótico por la riqueza, la protección y el estatus de un hombre, así como otros tesoros de los que puedan beneficiarse ella y sus hijos.

Darwin dice que tu madre es una puta. Así de claro.

Y si alguien piensa que estamos diciendo un disparate, podemos asegurarle que el trueque de la fertilidad y la fidelidad de la mujer por bienes y servicios es una piedra angular de la psicología evolucionista. *The Adapted Mind* [La mente adaptada], un libro que muchos consideran la biblia de la disciplina, recoge el contrato sexual con toda claridad:

El atractivo de un hombre para las mujeres dependerá de unas características que, en el medio natural, estaban en correlación con un valor de pareja alto. [...] La cuestión fundamental es qué características se han asociado a un valor de pareja alto. Éstas son tres respuestas posibles:

- La disposición y capacidad de un hombre para mantener a la mujer y a sus hijos. [...]
- La disposición de un hombre para proteger a la mujer y a sus hijos. [...]
- La disposición y voluntad de un hombre para implicarse directamente en actividades parentales.⁵

Repasemos ahora algunos de los estudios más destacados basados en estos postulados acerca de los hombres, las mujeres, la estructura familiar y la vida en la Prehistoria.

La famosa flacidez de la libido femenina

La hembra [...], con contadas excepciones, se muestra menos ansiosa que el macho [...].

Charles Darwin

O sea, que a las mujeres les interesa poco el sexo: pese al juicio de Tiresias, hasta hace muy poco, el consenso al respecto en la cultura popular occidental, la medicina y la psicología evolucionista ha venido siendo casi universal. En años recientes, la cultura popular ha empezado a cuestionar la relativa falta de interés de las mujeres, pero, por lo que al modelo convencional se refiere, las cosas no han cambiado mucho desde que, en 1875, el doctor William Acton publicara sus famosas reflexiones sobre el asunto: «Las mejores madres, esposas y amas de casa se permiten pocos desahogos sexuales, o ninguno. [...] Por regla general, una mujer modesta rara vez busca su propia satisfacción erótica. Se somete a su marido, pero sólo para complacerle».6

Más recientemente, el psicólogo Donald Symons, en su libro *The Evolution of Human Sexuality* [La evolución de la sexualidad humana], ya un clásico, proclamaba con aplomo que «la totalidad de los pueblos entienden las relaciones sexuales como un servicio o favor que las mujeres prestan a los hombres».7 En un texto fundacional publicado en 1948, el genetista A. J. Bateman no dudó en extrapolar a los seres humanos sus descubrimientos sobre el comportamiento de la mosca de la fruta al asegurar que la selección natural fomenta «un deseo indiscriminado en los machos y una pasividad selectiva en las hembras».8

La ingente cantidad de datos acumulada para convencernos de que las mujeres no son seres especialmente sexuales es impresionante. Cientos, si no miles, de estudios han pretendido confirmar la flacidez de la

libido femenina. Uno de los más citados de toda la psicología evolucionista se publicó en 1989, y es un referente en este género.⁹ En el campus de la Universidad Estatal de Florida, universitarios voluntarios de ambos sexos y considerable atractivo se acercaban inopinadamente a estudiantes del sexo opuesto (que estuvieran solos) y les decían: «Hola, te he visto por aquí algunas veces, y me gustas mucho. ¿Te quieres acostar conmigo esta noche?». Aproximadamente el 75% de los chicos decía que sí. De los que no, muchos proponían quedar otro día. Pero *ni una sola* de las chicas abordadas por aquellos apuestos desconocidos aceptó la oferta. Caso cerrado.

No exageramos lo más mínimo si decimos que se trata de uno de los estudios más conocidos en el campo de la PE. Los investigadores se remiten a él para establecer que a las mujeres no les interesa el sexo sin compromiso, un supuesto imprescindible para una teoría que propone que las mujeres utilizan instintivamente el sexo para conseguir algo de los hombres. Al fin y al cabo, si lo dieran gratis, el mercado se hundiría, y a las demás mujeres les costaría más intercambiar sexo por algo de valor.

La inversión paterna (IP)

Como ya hemos mencionado, en cada una de estas teorías, y, en la general, en la de la evolución, subyace la idea de que la vida puede conceptualizarse en términos propios de la teoría económica del juego. El objetivo del juego es proyectar hacia el futuro tu código genético consiguiendo que el mayor número posible de descendientes sobrevivan y se reproduzcan. Que esta diseminación conduzca o no a la felicidad es irrelevante. Robert Wright lo resumía así en *The Moral Animal* [El animal moral], un compendio de PE que fue un éxito de ventas: «Estamos hechos para ser animales eficientes, no felices. (Naturalmente, estamos diseñados para perseguir la felicidad, y la consecución de objetivos darwinianos — sexo, estatus, etc.— a menú-

do nos trae felicidad, aunque sea pasajera.) No obstante, es la ausencia frecuente de felicidad lo que nos empuja a seguir persiguiéndola, haciéndonos así productivos».10

Éste es un curioso concepto de la productividad: manifiestamente político y, al mismo tiempo, presentado con cierta candidez, como si «productividad» tuviera un único significado posible. Esta visión de la vida incorpora la ética protestante del trabajo (es la «productividad» lo que hace «eficiente» a un animal) y un eco de la idea del Antiguo Testamento de que la vida hay que soportarla, no disfrutarla. Son postulados incrustados en toda la literatura de la psicología evolucionista. El etólogo y primatólogo Frans de Waal, uno de los filósofos de la naturaleza humana de mentalidad más abierta, llama a esto «sociobiología calvinista».

La preferencia de las mujeres por la calidad frente a la cantidad se considera importante en dos sentidos. En primer lugar, está claro que a una mujer le interesaría concebir un hijo de un hombre sano para maximizar las posibilidades de que su retoño sobreviviera y prosperara. «Los recursos reproductivos de las mujeres son preciosos y finitos, y las mujeres ancestrales no los dilapidaban con cualquiera —dice el psicólogo evolucionista David Buss—. Evidentemente, las mujeres no piensan de manera consciente que el espermatozoide es barato y los óvulos son caros —prosigue—, pero las que en el pasado no acertaron a actuar con perspicacia a la hora de consentir el sexo se quedaron en la cuneta de la evolución; nuestras madres ancestrales se valieron de la sabiduría emocional para descartar a los perdedores.»11 Lo que Buss no explica es cómo es posible que en el acervo genético actual haya tantos «perdedores», si a lo largo de miles de generaciones sus antepasados fueron sometidos a una criba tan concienzuda.

Aunque en nuestra especie es biológicamente inevitable que la inversión materna sea considerable, los teóricos de la evolución creen que el *Homo sapiens* destaca entre todos los primates por su excepcionalmente elevada inversión paterna (IP). Argumentan que nuestro alto nivel de IP constituye la base de la supuesta universalidad del matrimonio. En palabras de Wright, «en toda sociedad humana de los anales de

la antropología, el matrimonio [...] es la norma, y la familia, el átomo de la organización social. En todas partes, los padres sienten amor por sus hijos [...]. Ese amor los empuja a ayudar a defenderlos y alimentarlos, y a enseñarles cosas útiles».12

En el mismo sentido se manifiesta el biólogo Tim Birkhead: «El tema de la paternidad está en la raíz de gran parte del comportamiento del hombre, y ello por razones evolutivas de peso. En nuestro pasado ancestral, los hombres que invertían en hijos que no eran suyos dejaron, por término medio, menos descendientes que los que criaban sólo a su propia prole genética. En consecuencia, a los hombres les preocupaba, y les sigue preocupando, la paternidad [...]».13

De momento, reseñaremos brevemente algunos de los postulados cuestionables que subyacen a este argumento:

- *Toda cultura está organizada sobre la base del matrimonio y la familia nuclear.*
- *Los padres que mantenían únicamente a sus propios hijos dejaron muchos más descendientes que los que fueron menos selectivos con su generosidad material.*
—*Nótese que esto presupone una presunta base genética para algo tan amorfo como la «preocupación por la paternidad».*
- *En el entorno ancestral, un hombre podía saber quiénes eran sus hijos biológicos, lo que presupone que:*
—*entendía que de un acto sexual puede derivarse un hijo, y*
—*tenía la absoluta certeza de que supareja le era fiel.*
- *Un cazador podía negarse a compartir su presa con otras personas hambrientas que vivieran con él en una banda muy unida de cazadores-recolectores (incluidos sus sobrinos y los hijos de sus amigos de toda la vida) sin ser humillado, rechazado y expulsado de la comunidad.*

De modo que, conforme al discurso convencional, como la inversión paterna se traduce en ventajas para los hijos biológicos (más comida,

protección y educación; a los demás niños, que les den), las mujeres habrían evolucionado para elegir parejas con mayor acceso a esos recursos, y cuyo comportamiento indicara que los compartirían únicamente con ella y su prole (indicios de generosidad selectiva, fidelidad y sinceridad).

Pero, según ese mismo discurso, estos dos objetivos femeninos (buenos genes y acceso a los recursos del hombre) crean situaciones conflictivas para hombres y mujeres, tanto en el seno de la pareja, como en la relación con los competidores del mismo sexo. Wright sintetiza así esta interpretación de la situación: «La elevada inversión paterna hace que la selección sexual funcione en dos sentidos a la vez. No sólo los hombres evolucionaron para competir por unos óvulos escasos; las mujeres evolucionaron para competir por una inversión paterna escasa».14

«Estrategias combinadas» en la guerra de los sexos

No es casualidad que el hombre que hizo el célebre comentario de que no hay mayor afrodisíaco que el poder no fuera precisamente guapo.15 A menudo (en lo que podríamos llamar el «efecto Kissinger»), los hombres con mayor acceso a recursos y estatus carecen de la riqueza genética que representa el atractivo físico. ¿Qué hace una chica en estos casos?

La teoría convencional sugiere que se casará con un tipo amable, previsible y sincero que vaya a pagar la hipoteca, cambiar pañales y sacar la basura; pero luego le engañará con maromos salvajes, rudos y *sexys*, sobre todo mientras está ovulando, para que sea más probable que sus hijos sean fruto de su capricho de amor. En la literatura científica, a esto se le llama la «estrategia combinada». Se supone que tanto hombres como mujeres recurren a su propia versión de esta táctica turbia para atender a sus objetivos de apareamiento contrapuestos (ellas, maximizar la calidad de las parejas, y ellos, maximizar la cantidad de oportunidades de aparearse). Es la ley de la selva.

Entre los estudios que pretenden demostrar la naturaleza de estas dos estrategias divergentes, los más conocidos son los realizados por

David Buss y sus colegas. Sus hipótesis sostienen que, si las pautas de apareamiento de hombres y mujeres entran en conflicto, las diferencias tendrían que manifestarse en la forma en que unos y otras experimentan los celos sexuales. Estos investigadores observaron que, de forma significativamente sistemática, a las mujeres les torturaba más la idea de que sus parejas les fueran *emocionalmente* infieles, en tanto que a los hombres les creaba más ansiedad la infidelidad *sexual* de sus compañeras; que es lo que la hipótesis predice.

Estos resultados se suelen citar para confirmar el modelo basado en la inversión paterna. Parecen reflejar los intereses divergentes que predice dicho modelo: según la teoría, a una mujer le preocuparía más la implicación emocional de su pareja con otra mujer, porque supondría una amenaza mayor para sus intereses vitales. Conforme al modelo convencional, la peor perspectiva posible para una mujer prehistórica en este juego evolutivo sería perder el acceso a los recursos y el apoyo de su hombre. Si él se limita a tener un escarceo sexual intrascendente con otra mujer (en términos actuales, preferiblemente con una de extracción social inferior o con una prostituta, con las que es poco probable que llegue a casarse), la amenaza a su nivel de vida y el de sus hijos será mucho menor. En cambio, si el hombre se enamorara de otra mujer y la abandona a ella, sus perspectivas de futuro (y las de sus hijos) se hundirán.

Desde el punto de vista del hombre, como ya se ha señalado, la peor perspectiva posible sería malgastar su tiempo y sus recursos criando a los hijos de otro (y proyectando hacia el futuro, a su costa, genes ajenos). Si su pareja estableciera un vínculo emocional con otro hombre sin sexo de por medio, no se produciría esa catástrofe genética. Pero si ella mantuviera relaciones sexuales con otro, aun sin intimidad emocional, él podría perder sin saberlo su «inversión» evolutiva. De ahí que el discurso prevea —como los estudios parecen confirmar— que la evolución haya desarrollado en el hombre los celos para controlar la conducta *sexual* de su pareja (a fin de asegurarse la paternidad de los hijos), mientras que en la mujer deberían orientarse a controlar la acti-

vidad *emocional* del hombre (protegiendo así la exclusividad del acceso a sus recursos).*

Como puede suponerse, la «estrategia combinada» antes mencionada seguiría un patrón similar. La del hombre consistiría en conseguir una pareja estable cuyo comportamiento sexual pudiera controlar (y a la que tendría siempre descalza y embarazada, si es pobre, embarazada y con los pies vendados, si es chino, o embarazada y con zapatos de tacón, si es rico). Al mismo tiempo, seguiría teniendo relaciones sexuales ocasionales (de baja inversión) con tantas otras mujeres como pudiera, para incrementar sus posibilidades de engendrar más hijos. Así es como los hombres, según la teoría convencional de la evolución, llegaron a convertirse en canallas mentirosos e indecentes. Conforme al discurso ortodoxo, para un hombre, la estrategia evolucionada de comportamiento es engañar a su mujer embarazada sin dejar de mostrarse con ella celoso hasta la locura, e incluso hasta la violencia.

Encantador.

Aunque los hijos que resultaran de esos encuentros ocasionales tendrían, presumiblemente, menos probabilidades de sobrevivir que aquellos a los que él ayudara a criar, la inversión seguiría siendo buena, teniendo en cuenta que el coste es irrisorio (unas copas y la habitación de un motel). La estrategia combinada de la mujer sería la de conseguir un compromiso a largo plazo con el hombre que le ofrezca acceso a los mejores recursos, estatus y protección, sin dejar por ello de buscar rollos ocasionales con chulazos de cazadora de cuero que le procuren ventajas genéticas de las que su amantísima pero mansa pareja carezca. No es fácil decidir quién sale peor parado.

Diversos estudios han demostrado que, cuando las mujeres están ovulando, es más probable que engañen a sus maridos (que tengan coitos fuera de la pareja, o CFP) y que prescindan de los métodos anticonceptivos. No sólo eso: es más probable que se pongan perfume y joyas durante la ovulación que en cualquier otro momento de su ciclo mens-

trual, y también que se sientan atraídas por hombres de aspecto más viril (aquellos con indicadores físicos de genes más vigorosos). Estos objetivos en conflicto y la eterna lucha que parecen atizar — la «guerra entre los sexos» — son esenciales en la concepción de la vida sexual humana que figura hoy por hoy en los discursos científico y terapéutico.

Tal como lo resume Wright: «A pesar de la elevada inversión paterna —y en algunos aspectos a causa de ella— entre hombres y mujeres, se da una dinámica básica subyacente de *explotación recíproca*. En ocasiones, unos y otras parecen *diseñados para hacerse infelices mutuamente*»¹⁶ (la cursiva es nuestra). Symons expresa la misma resignación en las primeras líneas de *The Evolution of Human Sexuality* [La evolución de la sexualidad humana]:

Uno de los temas centrales de este libro es que, por lo que a la sexualidad se refiere, hay una naturaleza humana femenina y una naturaleza humana masculina, y una y otra son extraordinariamente distintas, aunque las diferencias queden un tanto disimuladas por los compromisos que implica la relación heterosexual y por imperativos morales. La naturaleza sexual de hombres y mujeres difiere porque en el curso de la inmensamente larga fase de cazadores-recolectores de la historia evolutiva humana, los deseos y las predisposiciones que para un sexo eran adaptativos, para el otro eran un billete al limbo reproductivo.¹⁷

Desolador, ¿no? La teoría ortodoxa de la evolución nos asegura que todas vosotras, intrigantes sacacuartos que nos estáis leyendo, habéis evolucionado para camelaros a algún pobre hombre confiado, pero aburrido, y casaros con él, para luego rociaros con perfume y aprovechar el momento en que vuestro maridito se queda dormido en el sofá para salir escopeteadas al bar de solteros del barrio con la esperanza de que os preñe un neandertal con barba de tres días. ¿No os da vergüenza? Pero, antes de que los lectores varones empecéis a sentiros superiores, os recordaremos que, según el mismo discurso, vosotros habéis evolucionado para atraer al altar a alguna jovencita bella e inocente cortejándo-

la con vanas promesas de amor eterno y el ostentoso Rolex de imitación que lleváis en la muñeca, dejarla embarazada cuanto antes mejor y entonces empezar a quedaros «trabajando hasta muy tarde» con tantas secretarías como se os pongan a tiro. Tampoco es para sacar pecho, señores.

Receptividad sexual continua y ovulación oculta

A diferencia de sus primas primates más cercanas, la hembra humana corriente no viene equipada con partes íntimas que se hinchen hasta doblar su tamaño normal y se pongan rojas como un tomate cuando empieza el periodo de ovulación. De hecho, una de las premisas fundamentales del discurso convencional es que los hombres no tienen forma de saber cuándo es fértil una mujer. Para ser las criaturas supuestamente más inteligentes de esta Tierra, resulta curioso que seamos prácticamente las únicas ignorantes en este aspecto. La inmensa mayoría de las demás hembras mamíferas anuncian cuándo son fértiles, y el resto del tiempo no quieren saber nada del sexo. La ovulación oculta pasa por ser una significativa particularidad humana. Entre los primates, la capacidad y predisposición de las hembras para practicar el sexo en todo momento y lugar es una característica exclusiva del bonobo y el ser humano. «Receptividad continua» es el término que emplean los científicos para decir que la mujer puede ser sexualmente activa a lo largo de todo su ciclo menstrual, mientras que la mayoría de los mamíferos copulan sólo cuando «importa», es decir, cuando puede producirse el embarazo.

Si admitimos el postulado de que las mujeres no tienen especial interés por el sexo, salvo como medio para manipular al hombre y conseguir el acceso a sus recursos, ¿por qué habría llevado la evolución a la hembra humana a desarrollar esa capacidad sexual excepcionalmente pródiga? ¿Por qué no reservar el sexo para los pocos días del ciclo en que la concepción es más probable, como hacen prácticamente todos los demás mamíferos?

Para explicar este fenómeno se han propuesto dos teorías principales, radicalmente distintas. La que la antropóloga Helen Fisher llama «la explicación clásica» viene a decir lo siguiente: tanto la ovulación oculta como la receptividad sexual continua aparecieron entre las primeras hembras humanas como una forma de desarrollar y reforzar el vínculo de pareja, manteniendo la atención de unos machos permanentemente salidos. Esta capacidad funcionaba supuestamente de dos maneras. En primer lugar, porque ellas estaban siempre sexualmente disponibles, incluso cuando no estaban ovulando, por lo que ellos no tenían por qué satisfacer sus necesidades sexuales con otras hembras. Y, en segundo lugar, porque la fertilidad oculta de la mujer servía de acicate para que el hombre se quedara junto a ella constantemente, maximizando sus posibilidades de inseminarla y asegurándose de que ningún otro macho se apareara con ella en ningún momento (no sólo durante la breve fase del estro). Dice Fisher: «La ovulación encubierta hacía que el amigo especial nunca se alejara demasiado, proporcionando así protección y alimento a la preciada hembra». 18 Los científicos llaman a esto «comportamiento de guarda de la pareja»; las mujeres contemporáneas podrían llamarlo «ese plasta inseguro que no me deja nunca en paz».

La antropóloga Sarah Blaffer Hrdy propone una explicación alternativa de la excepcional capacidad sexual de la hembra humana. Sugiere que la ovulación oculta y la receptividad continua surgieron entre los primeros homínidos no para *tranquilizar* a los machos, sino para *confundirlos*. Hrdy observó en los machos alfa babuinos recién entronizados una tendencia a matar a todas las crías del patriarca anterior, y formuló la hipótesis de que ese aspecto de la sexualidad femenina pudo desarrollarse como una forma de confundir a distintos machos respecto a la paternidad de las crías. La hembra copularía con varios machos para que ninguno pudiera estar seguro de no ser el padre, reduciendo así las posibilidades de que un nuevo macho alfa matara a unas crías que quizá fueran suyas.

De modo que tenemos la «teoría clásica» de Fisher, que propone que las mujeres evolucionaron hacia su singular erotismo como medio

de mantener el interés de un hombre, y la de Hrdy, que dice que el objetivo era despistar a varios. La teoría de Fisher encaja mejor con el modelo convencional, en el que la mujer intercambia sexo por alimento, protección y demás. Pero es una explicación que funciona sólo si creemos que a los hombres — incluidos nuestros ancestros «primitivos» — les interesaba tener relaciones sexuales *siempre con una misma mujer*. Esto contradice la premisa de que el único empeño de los hombres es esparcir su semilla por los cuatro confines, sin dejar de proteger sin embargo su inversión en la pareja/familia primaria.

La teoría de las «semillas de confusión» de Hrdy propone que la ovulación oculta y la receptividad continua beneficiarían a las hembras que se aparearan con diversos machos, al evitar que éstos mataran a su prole y al inducirlos a defender o ayudar de algún otro modo a sus hijos. Su visión de la evolución sexual humana enfrenta directamente a mujeres y a hombres; presume que éstos considerarían a las hembras fértiles «paquetes de recursos individualmente reconocibles y potencialmente defendibles», demasiado valiosos para compartirlos.

De un modo u otro, la prehistoria sexual humana, según nos la pinta el discurso convencional, estaba caracterizada por el engaño, el desengaño y la desesperación. Conforme a esta concepción, tanto hombres como mujeres son, por naturaleza, mentirosos, golfos y adúlteros. Al nivel más básico, se nos dice, los hombres y las mujeres heterosexuales hemos evolucionado para engañarnos mutuamente mientras perseguimos de modo totalmente egoísta nuestros respectivos y contrapuestos objetivos genéticos, aunque ello nos exija traicionar a las personas a las que aseguramos profesar el más sincero de los amores.

Sin duda, el pecado original.

Capítulo 4

EL SIMIO DEL ESPEJO

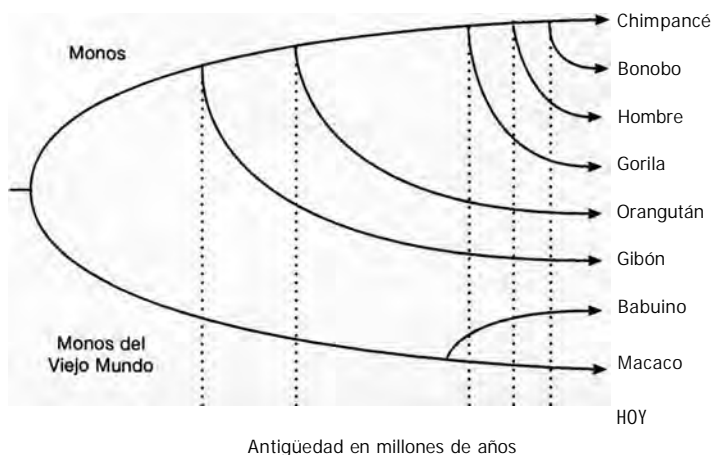
¿Por qué iba a ser nuestra maldad el bagaje de un pasado simiesco, y nuestra bondad, exclusivamente humana? ¿Por qué no hemos de buscar la continuidad con otros animales también para nuestros atributos «nobles»?

Stephen Jay Gould

Es por la semejanza de las acciones externas de los animales con las que nosotros mismos ejecutamos por lo que estimamos que de igual manera se asemejarán las internas a las nuestras; e idéntico principio lógico, llevado un paso más allá, nos ha de hacer concluir que, ya que nuestras acciones internas son semejantes entre sí, las causas de las que se derivan serán también semejantes. Así pues, siempre que se formule una hipótesis para explicar una operación mental que sea común al hombre y las bestias, debemos aplicar la misma hipótesis a ambos.

David Hume,
Tratado de la naturaleza humana (1739-1740)

Genéticamente, los chimpancés y los bonobos del zoo están más próximos a ti y al resto de los visitantes que a los gorilas, orangutanes y cualquier otra criatura enjaulada. Nuestro ADN se diferencia del suyo en apenas un 1,6 %, lo que significa que nos parecemos a ellos más que un perro a un zorro, que un gibón de manos blancas a un gibón de mejillas blancas, que un elefante asiático a uno africano, o, para los ornitólogos aficionados que puedan estar leyéndonos, que un víreo ojirrojo a un víreo ojiblanco.



La línea hereditaria que culmina en los chimpancés y los bonobos se escindió de la del ser humano hace no más de cinco o seis millones de años (aunque es probable que, después de la escisión, las especies siguieran cruzándose entre sí durante cerca de un millón de años más); la línea de los bonobos y la de los chimpancés se separaron a su vez entre hace unos 860.000 y tres millones de años.¹ Más allá de estos dos primos hermanos, nuestro parentesco con otros primates se remonta a tiempos más remotos: el gorila se desgajó del tronco común hace unos nueve millones de años, el orangután, hace dieciséis, y el gibón, el único simio monógamo, se desmarcó el primero, hace unos veintidós millones de años. Las pruebas de ADN indican que el último antepasado común de simios y monos vivió hace unos treinta millones de años. Si imagináramos una traslación geográfica de estas distancias genéticas relativas, asignando el valor de un kilómetro y medio a cada 100.000 años transcurridos desde nuestro último antepasado común, obtendríamos un mapa similar al siguiente:•

- El *Homo sapiens sapiens*: en la ciudad de Nueva York.
- Chimpancés y bonobos, casi vecinos, viven a menos de cincuenta kilómetros unos de otros, en Bridgeport (Connecticut) y Yorktown Heights (Nueva York). Ambos, a unos ochenta kilómetros de Manhattan, donde podrían ir a trabajar cada día en un cercanías.

- Los gorilas están comiendo chuletones con queso en Filadelfia (Pensilvania).
- Los orangutanes viven en Baltimore (Maryland), haciendo lo que sea que se haga en Baltimore.
- Los gibones están instalados en Washington D. C., muy atareados legislando la monogamia.
- Los monos del Viejo Mundo (babuinos y macacos) andan más o menos por Roanoke (Virginia).

Cari Linnaeus, el primero que hizo la distinción taxonómica entre humanos y chimpancés (a mediados del siglo xvm), acabó arrepintiéndose de haber llevado a cabo tal clasificación. Esa división (entre *Pan* y *Homo*) se considera hoy falta de toda justificación científica, y son muchos los biólogos que abogan por incluir en un mismo grupo al hombre, el bonobo y el chimpancé, para reflejar las notables similitudes que nos unen.

Nicolaes Tulp, célebre médico holandés immortalizado por Rembrandt en el cuadro *La lección de anatomía*, hizo en 1641 la primera descripción precisa de la anatomía de un simio no humano. El cuerpo que diseccionó era tan semejante al de un hombre que comentó que «sería difícil encontrar dos huevos más parecidos». Aunque Tulp llamó a su espécimen «sátiro de la India», y observó que los indígenas lo llamaban orangután, primatólogos contemporáneos que han estudiado sus notas creen que se trataba de un bonobo.²

Chimpancés y bonobos son, al igual que nosotros, grandes simios africanos. Como todo gran simio, carecen de cola. Se pasan la mayor parte de su vida en el suelo y son criaturas muy inteligentes e intensamente sociales. En los bonobos, la característica fundamental de la interacción social y la cohesión del grupo es una sexualidad turboalimentada, radicalmente disociada de la reproducción. El antropólogo Marvin Harris sostiene que los bonobos obtienen «una gratificación reproductiva que les compensa por la prodigalidad con que dan en el blanco del óvulo». La gratificación consiste en «una forma más intensa

de cooperación social entre machos y hembras», que lleva a «un grupo social intensamente cooperativo, un entorno más seguro en que criar a los pequeños, y, en consecuencia, un mayor grado de éxito reproductivo para los machos y las hembras sexualmente más activos».3 En otras palabras, la promiscuidad de los bonobos les procura considerables beneficios evolutivos.

El único simio monógamo, el gibón, vive en el sudeste asiático, en pequeñas unidades familiares compuestas por una pareja de macho y hembra y sus crías, y aisladas en un territorio de entre treinta y cincuenta kilómetros cuadrados. Nunca bajan de los árboles, apenas interactúan con otros grupos de gibones, no tienen una inteligencia precisamente brillante, y copulan con escasa frecuencia y fines estrictamente reproductivos.

La monogamia no se da en ningún primate social que viva en grupos, a excepción — si hemos de creernos el discurso convencional— de nosotros.

El antropólogo Donald Symons se queda tan estupefacto como nosotros ante los frecuentes planteamientos que tratan de argumentar que los monógamos gibones podrían ser un modelo viable para la sexualidad humana. Ha escrito: «Hablar de por qué (o de si) el ser humano se empareja como el gibón se me antoja propio del mismo ámbito discursivo que hablar de por qué hierve el mar o de si los cerdos tienen alas».4

LOS PRIMATES Y LA NATURALEZA HUMANA

Si a Thomas Hobbes le hubieran ofrecido la oportunidad de diseñar un animal que encarnara sus convicciones más sombrías sobre la naturaleza humana, quizá le habría salido algo parecido a un chimpancé. Este simio parece confirmar todas y cada una de sus funestas presunciones acerca de la vida antes del Estado. Los estudios existentes indican que los chimpancés son criaturas sedientas de poder, celosas, coléricas, re-

torcidas y agresivas. En los informes sobre su comportamiento destacan asesinatos, guerras organizadas entre grupos, violaciones e infanticidios.

Cuando en la década de 1960 se publicaron estas espeluznantes observaciones, los teóricos no tardaron en proponer la teoría del «simio asesino» como hipótesis sobre el origen del hombre. Los primatólogos Richard Wrangham y Dale Peterson resumen esta teoría demoníaca en términos descarnados, y ven en el comportamiento de los chimpancés indicios de la conducta sanguinaria del hombre ancestral: «Una violencia similar a la de los chimpancés precedió y allanó el camino a la guerra humana, lo que convierte al hombre moderno en el aturdido superviviente de cinco millones de años de hábitos ininterrumpidos de agresiones letales».5

Antes de que el chimpancé empezara a considerarse el mejor modelo viviente del comportamiento ancestral humano, ostentaba ese título un pariente más lejano, el babuino de la sabana. Es un primate que vive en el suelo y está adaptado al mismo tipo de nicho ecológico que pudieron ocupar nuestros ancestros cuando bajaron de los árboles. El modelo del babuino se abandonó en cuanto se hizo evidente que estos animales carecen de ciertas características humanas fundamentales: la cooperación para la caza, el uso de herramientas, la guerra organizada y las luchas por el poder, que van de la mano de la formación de coaliciones complejas. Entre tanto, primatólogos como Jane Goodall se dedicaban a observar estos rasgos en la conducta de los chimpancés. El neurocientífico Robert Sapolsky —un experto en el comportamiento de los babuinos— comenta que «los chimpancés son lo que los babuinos desearían ser, si tuvieran un asomo de autodisciplina».6

Así pues, quizá no tenga nada de sorprendente que tantos científicos hayan dado por supuesto que los chimpancés son lo que serían los hombres a poco que tuvieran un poco *menos* de autodisciplina. Nunca se insistirá lo suficiente en la importancia que tiene el chimpancé en los modelos teóricos de la naturaleza humana de finales del siglo xx. Los mapas que nos trazamos (o que heredamos de exploradores anteriores)

predeterminan dónde busquemos y qué vamos a encontrar allí. La tai-mada brutalidad de los chimpancés, en combinación con la vergonzosa crueldad que caracteriza buena parte de la historia humana, parece confirmar las nociones hobbesianas sobre la naturaleza del hombre cuando está libre del freno de una fuerza superior.

Tabla 1: Organización social de los simios⁷

Bonobo	Comunidades igualitarias y pacíficas , cuya cohesión se mantiene en primer término gracias a los vínculos sociales entre hembras , aunque éstas también los establecen con los machos. El estatus de éstos deriva del de la madre. El vínculo madre-hijo dura toda la vida. Apareamiento multimacho-multiembra.
Chimpancé	Los vínculos más fuertes se establecen entre machos, y llevan a coaliciones de machos que cambian constantemente. Las hembras se mueven en un territorio controlado por los machos, en campos de acción que se solapan entre ellos, pero no establecen vínculos fuertes con otras hembras, ni con ningún macho en concreto. Apareamiento multimacho-multiembra.
Hombre	Con mucho, la especie que presenta la mayor diversidad social de todos los primates. En sociedades humanas contemporáneas, abundan las evidencias de todo tipo de vínculos sociosexuales, cooperación y competencia. Apareamiento multimacho-multiembra.*
Gorila	En general, un único macho dominante (el llamado «espalda plateada») ocupa un territorio con su unidad familiar, compuesta por varias hembras y sus crías. Los machos adolescentes son expulsados del grupo al alcanzar la madurez sexual. Los vínculos sociales más fuertes se establecen entre el macho y las hembras adultas. Sistema de apareamiento: poliginia.
Orangután	Los orangutanes son animales solitarios y apenas manifiestan vínculos sociales de ningún tipo. Los machos no toleran la presencia de otros machos. El macho adulto establece un territorio amplio en el que viven varias hembras. Cada una ocupa su propio campo de acción. Apareamiento disperso , infrecuente y a menudo violento.
Gibón	Los gibones forman unidades familiares nucleares. Cada pareja ocupa un territorio del que quedan excluidas otras parejas. Apareamiento monógamo.

*A menos que uno suscriba el modelo convencional, en cuyo caso se clasifica el sistema de apareamiento humano como monógamo o de poliginia, según las fuentes.

CUESTIONAMIENTO DEL CHIMPANCÉ COMO MODELO

Tomar como referencia el comportamiento del chimpancé para entender las sociedades humanas prehistóricas presenta, no obstante, varios problemas serios. Mientras que los grupos de chimpancés son extraordinariamente jerárquicos, los de cazadores-recolectores humanos son rabiosamente igualitarios. Entre los primeros, el momento de repartir la carne es precisamente cuando la jerarquía se hace más patente; una caza fructífera, en cambio, activa los mecanismos de nivelación más vitales para las sociedades de cazadores-recolectores. La mayoría de los primatólogos coinciden en destacar la conciencia del poder en los chimpancés. Pero tal vez sea prematuro generalizar a partir de las observaciones efectuadas en Gombe, ya que las investigaciones que se han llevado a cabo en otros lugares — por ejemplo, en Tai, en Costa de Marfil— sugieren que algunos chimpancés que viven en libertad comparten la carne de forma más parecida a los cazadores-recolectores humanos. El primatólogo Craig Stanford descubrió que, así como los chimpancés de Gombe son «absolutamente nepotistas y maquiavélicos» a la hora de distribuir la carne, los de Tai la comparten entre todos los miembros del grupo de caza, ya sean amigos o enemigos, familiares cercanos o desconocidos.⁸

De modo que, si bien los datos que Goodall y otros primatólogos recogieron en Gombe sobre los chimpancés parecen respaldar la idea de que el comportamiento de estos primates se caracteriza por un egoísmo calculador y despiadado, la información de estudios efectuados en otros lugares puede contradecir o relativizar esa conclusión. Dadas las dificultades que entraña observar la conducta de los chimpancés en su medio natural, deberíamos ser prudentes a la hora de generalizar a partir de los escasos datos de que disponemos al respecto. Y, dada la innegable inteligencia de estos primates y su naturaleza social, tendríamos que desconfiar asimismo de los datos obtenidos a partir de la observación de chimpancés en cautividad, del mismo modo que no debemos

sacar conclusiones sobre la conducta humana a partir de la conducta de personas encarceladas.

También hay que cuestionarse hasta qué punto son violentos los chimpancés en su hábitat natural cuando nadie los molesta. Como comentaremos en el capítulo 13, son varios los factores que pudieron alterar profundamente el comportamiento que han mostrado los chimpancés sometidos a observación. El historiador de la cultura Morris Berman explica que si «introducimos cambios en elementos como el suministro de alimento, la densidad de las poblaciones y las posibilidades de formación y disolución espontáneas de grupos, [...] se puede armar la de San Quintín, tanto entre simios como entre humanos».9

Incluso ciñéndonos al modelo del chimpancé, cabe la posibilidad de que la siniestra convicción de los modernos pesimistas neohobbesianos sea infundada. El biólogo evolucionista Richard Dawkins, por ejemplo, tal vez habría de mostrarse menos categórico en su poco halagüeña evaluación de la naturaleza humana: «Hay que advertir que si uno quiere, como es mi caso, construir una sociedad en la que los individuos cooperen con generosidad y sin egoísmo para el bien común, no puede esperar mucha ayuda de nuestra naturaleza biológica. Procuremos educar en el desprendimiento y el altruismo, porque nacemos egoístas».10 Es posible, pero la cooperación corre también por las venas de nuestra especie. Recientes hallazgos en el ámbito de la inteligencia comparada de los primates han llevado a los investigadores Vanessa Woods y Brian Haré a preguntarse si la clave de la capacidad intelectual definitoria del *Homo sapiens* no fue un impulso cooperativo. «En lugar de partir directamente de los homínidos más inteligentes, los que consiguieron sobrevivir para engendrar la siguiente generación, como suele sugerirse — dicen —, tal vez deberíamos considerar que fueron los homínidos más sociables (a los que se daba mejor solucionar juntos los problemas) los que lograron un nivel más alto de aptitud y permi-

tieron que la selección natural, a lo largo del tiempo, favoreciera una mayor sofisticación en la resolución de problemas.»¹¹ El ser humano, conjeturan, se volvió más listo porque nuestros antepasados remotos aprendieron a cooperar.

Con egoísmo innato o sin él, los efectos del abastecimiento de alimentos y la reducción del hábitat, tanto entre los chimpancés que viven en libertad como entre los cazadores-recolectores humanos, sugieren que Dawkins y quienes, como él, argumentan que el ser humano es por naturaleza una bestia egoísta y agresiva deberían ser más prudentes cuando recurren a esos datos sobre los chimpancés para apoyar sus tesis. Los grupos humanos, ante la posesión y el almacenamiento de excedentes alimentarios, tienden a reaccionar con conductas similares a las observadas en los chimpancés: mayor jerarquización de la organización social, violencia entre grupos, defensa del perímetro territorial y alianzas maquiavélicas. En otras palabras, el hombre — como el chimpancé — tiende a pelear cuando hay algo por lo que merece la pena hacerlo. Pero, durante la mayor parte de la Prehistoria, no hubo excedentes de alimentos que ganar o perder, ni territorio base que defender.

En busca de la continuidad entre primates

Las mujeres tienen dos cosas en común con las bonobos: su ovulación está oculta y mantienen relaciones sexuales a lo largo de todo su ciclo menstrual. Pero las semejanzas se acaban ahí. ¿Dónde está, entre nosotros, la hinchazón genital? ¿Y el sexo a las primeras de cambio?

Frans de Waal **B**

El sexo era una expresión de amistad: en África, era como cogerse de la mano. [...] Era por cordialidad y diversión. No había coacción. Se ofrecía voluntariamente.

Paul Theroux **B**

Sean cuales sean las conclusiones que se quieran sacar sobre el carácter violento del chimpancé y su significación respecto de la naturaleza humana, nuestro otro primo hermano entre los primates, el bonobo, ofrece un modelo contrapuesto y fascinante. Del mismo modo que el chimpancé parece encarnar la visión hobbesiana del origen del hombre, el bonobo refleja la visión rousseauiana. Aunque hoy Rousseau es principalmente conocido por haber propuesto la noción del «buen salvaje», su autobiografía da testimonio detallado de una fascinación por el sexo que sugiere que, de haber sabido de los bonobos, los habría considerado sus almas gemelas. De Waal sintetiza así las diferencias en el comportamiento de estos dos primates: «El chimpancé resuelve los conflictos sexuales mediante el poder; el bonobo resuelve los conflictos de poder mediante el sexo».

Si bien los bonobos tienen incluso mayor actividad sexual que los chimpancés, las hembras de ambas especies toman parte en sesiones sexuales en las que los apareamientos con distintos machos se suceden rápidamente. Entre los chimpancés, las hembras que están ovulando se aparean, por término medio, entre seis y ocho veces al día, y es frecuente que se muestren dispuestas a responder a las invitaciones sexuales de cualquier macho del grupo, o de todos. Al describir el comportamiento de los chimpancés hembra que Anne Pusey sometió a observación, la primatóloga comenta: «Cada hembra, después de aparearse con los machos de su propia comunidad, y mientras seguía sexualmente receptiva, visitaba la otra comunidad [...]. Abordaba a los machos de la nueva comunidad y se apareaba con ellos de buena gana».14

Los chimpancés acostumbran a tener actividad sexual fuera del grupo, lo que sugiere que las relaciones intergrupales no son tan violentas como afirman algunos. Por ejemplo, un estudio reciente realizado a partir de las muestras de ADN recogidas de los folículos pilosos que se hallaron en lechos de chimpancés del área de investigación de Tai, en Costa de Marfil, evidenció que más de la mitad de las crías (siete de trece) eran hijas de machos que no pertenecían al grupo de la hembra. Si esos chimpancés vivieran en una zona de guerra perpetua, es improbable que

las hembras hubieran tenido libertad para escabullirse con tanta facilidad como para que de ahí surgieran más de la mitad de sus embarazos. Durante su ovulación (a pesar de la estrecha vigilancia a la que, según el modelo convencional, los machos las someten), las hembras de chimpancé eludían a sus protectores/captos el tiempo suficiente para infiltrarse en el territorio de otros grupos, aparearse con machos desconocidos y volver tranquilamente con su propio grupo. Este tipo de comportamiento es improbable en un estado constante de alerta.

Sea cual sea la verdad sobre las relaciones entre grupos de chimpancés que viven en libertad y sin recibir un suministro externo de provisiones, no puede negarse que hay un prejuicio inconsciente que aflora en pasajes como éste: «En la guerra, como en el amor, bonobos y chimpancés parecen ser llamativamente distintos. Cuando en Wamba se encuentran dos comunidades de bonobos en la divisoria entre sus territorios [...], no sólo no se producen agresiones mortales, como ocurre a veces entre los chimpancés; es posible que tengan trato social, e incluso que las hembras copulen con los machos de la comunidad enemiga». ¹⁵

¿«Enemiga»? Si dos grupos de primates inteligentes se reúnen para socializar y tener relaciones sexuales, ¿a qué viene pensar que esos grupos son «enemigos», o que tal reunión es una «guerra»? Un sobrentendido similar puede advertirse en esta exposición: «Los chimpancés lanzan una llamada especial que advierte a los que están en la distancia de la presencia de comida. Aunque esto podría considerarse propiamente una forma de compartir el alimento, *no hay por qué interpretarlo como un gesto de generosidad*. Si el que llama ha encontrado comida más que suficiente, no pierde nada por compartirla y, más adelante, tal vez pueda obtener un beneficio de la reciprocidad de otros chimpancés» ¹⁶ (la cursiva es nuestra).

Tal vez no haya razón para interpretar este comportamiento aparentemente cooperativo «como un gesto de generosidad», pero ¿qué problema tenemos con esa interpretación? ¿Por qué hemos de buscar razones para descartar la aparente generosidad de los primates no humanos, o de otros animales en general? ¿Acaso la generosidad es una cualidad exclusiva del hombre? Al leer pasajes como éstos no podemos evitar

preguntarnos, al igual que Gould, por qué los científicos son tan reacios a apreciar en los primates una continuidad de nuestros impulsos positivos y ponen en cambio tanto empeño en localizar las raíces de la agresividad humana en nuestro pasado común.

Supongamos que nunca hubiéramos sabido de la existencia de los chimpancés o los babuinos y que hubiésemos conocido antes a los bonobos. Es muy probable que hoy pensáramos que los primeros homínidos vivían en comunidades matriarcales en las que el sexo cumplía importantes funciones sociales y en las que la guerra era desconocida o infrecuente.

Frans de Waal *II*

Los bonobos sólo se encuentran en una zona selvática y remota de un país políticamente inestable (la República Democrática del Congo, el antiguo Zaire), de ahí que fueran uno de los últimos mamíferos en ser estudiados en su hábitat natural. Aunque sus diferencias anatómicas con el chimpancé ya se observaron en 1929, se les consideró un subgrupo de esos primates (a menudo denominado «chimpancé pigmeo») hasta que se reparó en que sus pautas de comportamiento eran radicalmente distintas.

Para los bonobos, el estatus de las hembras es más importante que la jerarquía de los machos, pero incluso el campo de acción de aquéllas es flexible y no vinculante. Los bonobos carecen de rituales formalizados de dominación y sumisión similares a las demostraciones de estatus que tan habituales son entre chimpancés, gorilas y otros primates. Aunque existe una cierta jerarquía, el primatólogo Takayoshi Kano, responsable de haber recopilado la información más detallada sobre el comportamiento del bonobo en libertad, prefiere usar el adjetivo «influyente» más que la expresión «de jerarquía superior» al hablar de las hembras. Cree que a éstas se las respeta no tanto por el rango que ocupan como por el afecto que inspiran. Frans de Waal incluso se cuestiona

que sea adecuado hablar de jerarquía entre los bonobos: «Si existe un orden jerárquico entre las hembras, se basa en buena medida en la edad, más que en la intimidación física: las hembras más viejas gozan en general de un estatus más elevado que las más jóvenes».18

Quienes buscan muestras de matriarcado en sociedades humanas quizá quieran tener en consideración que, entre los bonobos, la «dominación» femenina no se traduce en el tipo de sumisión típica de los machos que uno esperaría encontrar si las estructuras de poder femeninas fueran una simple inversión de las masculinas observadas en chimpancés y babuinos. Las hembras bonobo utilizan su poder de modo distinto a los primates macho. Pese a su rol social sumiso, los bonobos macho parecen estar en mejor situación que los chimpancés o los babuinos. También entre los humanos, como veremos más adelante cuando hablemos de las sociedades matriarcales, el varón acostumbra a salir beneficiado con las mujeres al mando. Sapolsky decidió estudiar a los babuinos atraído por los elevados niveles de estrés crónico que padecen los machos a consecuencia de sus constantes luchas por el poder; los bonobos, en cambio, según observa De Waal, llevan otro tipo de vida: «A la vista de su frecuente actividad sexual y de su baja agresividad, me cuesta imaginar que los machos de la especie sufran de mucho estrés».19

Un dato crucial: parece que el ser humano y el bonobo —pero no el chimpancé— comparten una singular predilección genética por la coexistencia pacífica. Ambas especies tienen, en el gen AVPR1A, una secuencia repetitiva de ADN (lo que se denomina un «microsatélite») que resulta ser de vital importancia para la liberación de oxitocina. Esta hormona, llamada a veces «el éxtasis de la naturaleza», desempeña un papel fundamental en los sentimientos de sociabilidad, como la compasión, la confianza, la generosidad, el amor y, en efecto, el erotismo. Como explica el antropólogo y escritor Eric Michael Johnson, «es más razonable suponer que los chimpancés perdieron este microsatélite que considerar que tanto hombres como bonobos desarrollaron independientemente la misma mutación».20

Pero la idea de que el pasado de la humanidad pudiera haberse caracterizado por unos niveles de estrés relativamente bajos y un exceso de libertad sexual choca con fuertes resistencias. Helen Fisher reconoce que estos aspectos están presentes en la vida de los bonobos, y admite que entre el comportamiento de los bonobos y el de los humanos hay muchas correlaciones; incluso hace una picara alusión a la «horda primigenia» de Morgan:

Estas criaturas viajan en grupos mixtos de machos, hembras y crías. [...] Los individuos van y vienen entre distintos grupos, según la disponibilidad del alimento, conectando una comunidad cohesiva de varias docenas de animales. He aquí una horda primigenia. [...] El sexo es casi un pasatiempo cotidiano. [...] Las hembras copulan durante la mayor parte de su ciclo menstrual: un patrón coital más parecido al de la mujer que el de cualquier otra criatura. [...] Los bonobos practican el sexo para rebajar tensiones, para estimular el reparto durante las comidas, para reducir el estrés mientras viajan y para afianzar amistades en reuniones ansiosas. «Haz el amor, no la guerra» es claramente la táctica del bonobo.²¹

Acto seguido, Fisher hace la pregunta obvia: «¿Placían lo mismo nuestros antepasados?». Cuando observa que los bonobos «manifiestan muchos de los hábitos sexuales que la gente exhibe en las calles, los bares, los restaurantes y la intimidad de las habitaciones de Nueva York, París, Moscú y Hong Kong», parece que nos esté preparando para una respuesta afirmativa. «Antes del coito — dice — los bonobos se quedan a menudo mirándose profundamente a los ojos.» Y asegura a sus lectores que, al igual que las personas, los bonobos «caminan cogidos del brazo, se besan unos a otros las manos y los pies y se abrazan mientras se dan interminables besos con lengua». ²²

Da la impresión de que Fisher, que comparte nuestras dudas sobre otros aspectos del discurso convencional, está a punto de reelaborar sus argumentos relativos al advenimiento del vínculo estable de pareja y a otros aspectos de la prehistoria humana para reflejar mejor estas pautas de comportamiento que comparten el hombre y el bonobo. Considerando

el destacado papel que el comportamiento del chimpancé desempeña en los argumentos a favor del discurso convencional, ¿cómo no tener en cuenta los datos sobre el bonobo (igualmente relevantes) a la hora de hacer conjeturas sobre nuestra Prehistoria? No olvidemos que la distancia genética que nos separa de uno y otro es exactamente la misma. Y, como observa Fisher, nuestro comportamiento sexual tiene más en común con el del bonobo que con el de cualquier otra criatura del planeta.

Pero Fisher elude reconocer que el pasado sexual humano pudo haber sido como el presente del bonobo, y justifica así el giro de 180 grados que da a última hora: «Los bonobos llevan una vida sexual muy distinta de la de los demás simios». Pero eso no es cierto, porque el hombre —cuyo comportamiento sexual es, como ella misma admite, tan similar al del bonobo— *es un simio*. Y prosigue: «La actividad heterosexual del bonobo se desarrolla también a lo largo de casi todo el ciclo menstrual. Y las bonobos hembra retoman su actividad sexual antes de que haya transcurrido un año después del parto». Estas dos características de la sexualidad bonobo, únicas por lo demás, sólo las comparte otra especie: el *Homo sapiens*. Aun así, Fisher concluye: «Dado que los chimpancés pigmeo [los bonobos] manifiestan tales *extremos de la sexualidad primate* y puesto que hay datos bioquímicos que sugieren que surgieron hace tan sólo dos millones de años, *no* me parece que constituyan un modelo adecuado de cómo pudo ser la vida de los homínidos hace veinte millones de años»²³ (la cursiva es nuestra).

Éste es un pasaje desconcertante a varios niveles. Después de extenderse largo y tendido sobre lo sorprendentemente parecidas que son la sexualidad de los bonobos y la de los seres humanos, Fisher hace un doble salto mortal para llegar a la conclusión de que *no* son un modelo adecuado de nuestros antepasados. Para acabar de despistarnos, desplaza la discusión a hace veinte millones de años, como si hubiera estado hablando del último antepasado de *todos los simios*, en lugar del ancestro común al chimpancé, el bonobo y el hombre, que se escindió del primero hace sólo cinco millones de años. De hecho, Fisher no hablaba de antepasados tan remotos. *Anatomía del amor*, el libro del que proce-

den estas citas, es una obra de divulgación admirablemente escrita en la que resume su innovador trabajo académico sobre la «evolución del vínculo de pareja sucesivo» en el ser humano (no en *todos los simios*) durante los últimos millones de años. Además, obsérvese que Fisher se refiere a las características que los bonobos comparten con el ser humano como «extremos de la sexualidad primate».

Aparecen más indicios de mentalidad neovictoriana en su forma de describir el paso que dieron nuestros ancestros para bajar de los árboles al suelo: «Es posible que aquellas antepasadas nuestras que vivían en los árboles buscaran tener relaciones sexuales con distintos machos para hacer amigos. Más adelante, cuando esos precursores descendieron a las praderas africanas hace unos cuatro millones de años y se desarrolló el vínculo de pareja para criar a los hijos, las hembras pasaron de la promiscuidad abierta a la copulación clandestina, beneficiándose de los recursos y también de genes mejores o más variados».24 Fisher da por sentada la instauración del vínculo de pareja hace cuatro millones de años, pese a la ausencia de pruebas en su favor. Continúa con este razonamiento circular diciendo:

Por ser los bonobos los simios más inteligentes, porque muchos de sus rasgos físicos son bastante similares a los de las personas, y porque estos chimpancés copulan de buena gana y con frecuencia, algunos antropólogos conjeturan que son muy parecidos al prototipo de homínido africano, nuestro último antepasado arborícola común. Es posible que los chimpancés pigmeos sean reliquias vivientes de nuestro pasado. Pero es indudable que manifiestan algunas diferencias fundamentales en su comportamiento sexual. Para empezar, no forman vínculos de pareja estables como el ser humano. Ni crían a su descendencia como marido y mujer. Los machos sí cuidan de sus hermanos pequeños, pero la monogamia no es vida para ellos. Lo suyo es la promiscuidad.25

He aquí un ejemplo meridiano del efecto Picapiedra, capaz de distorsionar el pensamiento incluso de los teóricos que mejor informados están sobre el origen del comportamiento sexual humano. Confiamos en que la doctora Fisher vea la amplia información que recogemos en los si-

guientes capítulos y se dé cuenta entonces de que lo que llama «diferencias fundamentales» en el comportamiento sexual no son diferencias en absoluto. Demostraremos que el matrimonio marido/mujer y la monogamia sexual distan *mucho* de ser conductas humanas universales, como ella y otros han defendido. Como los bonobos despiertan dudas sobre el carácter natural del vínculo estable de pareja, Fisher y casi todas las demás autoridades concluyen que no sirven de modelo para la evolución humana. Empiezan dando por sentado que la monogamia a largo plazo constituye el núcleo de la única estructura familiar humana natural y eterna, y, a partir de ahí, razonan hacia atrás. ¡Maldito sea el Yucatán!

A veces intento imaginar qué hubiera pasado si hubiéramos conocido a los bonobos primero, y a los chimpancés más tarde, o nunca. Quizás el debate sobre la evolución humana no giraría tanto en torno a la violencia, la guerra y la dominación masculina, sino más bien en torno a la sexualidad, la empatía, la bondad y la cooperación. ¡En qué panorama intelectual tan distinto nos hallaríamos!

Frans de Waal, *El simio que llevamos dentro*

La falta de solidez de la «teoría del simio asesino» sobre el origen humano resulta evidente a la luz de lo que sabemos sobre el comportamiento de los bonobos. Aun así, De Waal argumenta de forma convincente que, aun sin los datos de que disponemos desde la década de 1970, los múltiples fallos de la visión hobbesiana habrían acabado por aflorar. De Waal llama la atención sobre el hecho de que la teoría confunde depredación con agresión, da por sentado que las primeras herramientas fueron armas y concibe a las mujeres como «objetos pasivos de la competencia entre machos». Reclama un nuevo planteamiento que «reconozca y explique la virtual ausencia de guerra organizada entre los cazadores-recolectores del presente, sus tendencias igualitarias y su generosidad para compartir información y recursos entre distintos grupos».❧

Al proyectar sobre su visión de la Prehistoria la reciente obsesión postagrícola por la fidelidad de la mujer, muchos teóricos han sido víctimas del efecto Picapiedra y se han metido ellos solitos en un callejón sin salida. Esa pulsión aparentemente instintiva que tiene el hombre moderno por controlar la sexualidad de la mujer no es un rasgo inherente a la naturaleza humana. Es la reacción a unas condiciones históricas y socioeconómicas específicas que son muy distintas de aquellas en las que evolucionó nuestra especie. Ésta es la clave para entender la sexualidad en el mundo moderno. De Waal no se equivoca cuando dice que el comportamiento jerárquico, agresivo y territorial de nuestra especie tiene un origen reciente. Es, como veremos, una adaptación al mundo social que surgió con la agricultura.

Desde nuestro punto de vista, situado justo en el otro extremo, Helen Fisher, Frans de Waal y algunos otros parecen haberse aventurado a dar los primeros pasos por el puente que atraviesa las aguas turbulentas de los supuestos infundados sobre la sexualidad humana..., pero sin atreverse a cruzarlo. A nuestro parecer, sus posturas se resisten a aceptar la interpretación más sensata de unos datos que ellos conocen como nadie. Ante el hecho innegable de que los seres humanos no actúan como una especie monógama, elaboran excusas que justifiquen nuestro comportamiento «aberrante» (aunque desconcertantemente sistemático). Fisher explica el aumento de rupturas matrimoniales en todo el mundo argumentando que el vínculo de pareja ha evolucionado para durar tan sólo hasta que los niños alcancen una edad que les permita seguir al grupo de cazadores-recolectores sin la ayuda de su padre. De Waal, por su parte, sigue defendiendo que la familia nuclear es «intrínsecamente humana», y el vínculo de pareja, «la clave del increíble nivel de cooperación que distingue a nuestra especie». Pero luego concluye sugiriendo que «nuestro éxito como especie está íntimamente ligado al abandono del estilo de vida bonobo y a un control más estrecho de nuestra expresión sexual».27 ¿Abandono? Teniendo en cuenta que es imposible abandonar lo que nunca se ha tenido, podemos suponer que De Waal estará de acuerdo en que, en algún momento, la

sexualidad homínida fue profundamente similar a la de los promiscuos y despreocupados bonobos... aunque no llega a afirmarlo de manera explícita. Tampoco se ha aventurado a decir cuándo ni por qué abandonaron nuestros ancestros esa forma de ser.²⁸

Tabla 2: Comparación del comportamiento sociosexual y el desarrollo infantil de bonobos, chimpancés y humanos²⁹

Las mujeres y las hembras bonobo copulan a lo largo de todo el ciclo menstrual, así como durante el embarazo y la lactancia. Las chimpancés hembra son sexualmente activas sólo durante el 25-40 % de su ciclo.

El desarrollo de los niños y las crías de bonobo es mucho más lento que el de los chimpancés: empiezan a jugar con los demás aproximadamente a los dieciocho meses, mucho más tarde que los chimpancés.

Como las mujeres, las bonobos hembra vuelven con el grupo inmediatamente después de dar a luz, y empiezan a copular al cabo de unos meses. No manifiestan ningún temor al infanticidio, que nunca se ha observado entre ellos, ni en libertad ni en cautividad.

Bonobos y humanos disfrutan de múltiples posturas coitales distintas, siendo al parecer la ventral-ventral (postura del misionero) la preferida de las bonobos hembra, y la del perro (por detrás), la de los machos. Los chimpancés, por el contrario, prefieren casi exclusivamente la postura del perro.

Bonobos y humanos suelen mirarse a los ojos y besarse profusamente mientras copulan. Los chimpancés no hacen ninguna de las dos cosas.

En humanos y bonobos, la vulva está situada entre las piernas y orientada a la parte frontal del cuerpo, y no hacia atrás, como en los chimpancés y demás primates.

Compartir la comida está muy asociado a la actividad sexual entre humanos y bonobos, pero sólo moderadamente entre los chimpancés.

En humanos y bonobos se da una gran variedad de combinaciones sexuales; la actividad homosexual es corriente en ambos, pero muy rara en los chimpancés.

El frotamiento genital-genital (G-G) parece reafirmar el vínculo entre hembras bonobo y se da en todas las sociedades de bonobos que se han estudiado (en libertad y en cautividad); en cambio, es inexistente entre los chimpancés. A día de hoy, no se dispone de datos sobre frotamientos G-G entre humanas. (¡Aviso para estudiantes de posgrado ambiciosos!)

Mientras que entre los chimpancés y otros primates la actividad sexual parece orientada primordialmente a la reproducción, bonobos y humanos utilizan la sexualidad para propósitos sociales (reducción de tensiones, establecimiento y consolidación de vínculos, resolución de conflictos, diversión, etc.).

SEGUNDA PARTE

La lujuria en el Paraíso
(¿Solitaria?)

Capítulo 5

¿QUIÉN PERDIÓ QUÉ EN EL PARAÍSO?

[El hombre] ha imaginado un cielo del que ha dejado totalmente fuera su deleite supremo, el éxtasis que despunta como primero y principal en el corazón de todo individuo de su raza [...]: ¡el acto sexual! Es como si a alguien perdido y a punto de perecer en un desierto un salvador le dijera que puede escoger y tener cualquier cosa que desee menos una, ¡y él decidiera prescindir del agua!

Mark Twain, *Cartas desde la Tierra*

Resulta que, en realidad, el Jardín del Edén no era un jardín, para nada. Tal vez fuera una selva, un bosque, una costa virgen, una sabana abierta, una tundra azotada por el viento..., pero no un jardín. *A Adán y Eva no les expulsaron de un jardín. Les metieron en uno.*

Pensemos un poco. ¿Qué es un jardín? Tierra cultivada. Cuidada. Ordenada. Organizada. Planificada. Tierra en la que se arrancan o envenenan sin piedad las malas hierbas, y donde se siembran semillas muy bien seleccionadas. Es un lugar que no tiene nada de libre o espontáneo. Los accidentes no son bienvenidos. Pero, según el relato bíblico, antes de la Caída, Adán y Eva vivían libres de preocupaciones, desnudos e inocentes, sin que les faltara de nada. Su mundo les abastecía de todo cuanto necesitaban: comida, refugio y compañía.

Pero, cuando cayeron, se acabó lo que se daba. La comida, hasta entonces obsequio de un mundo generoso, había que ganársela trabajando duramente. Las mujeres sufrían al dar a luz. Y el placer sexual —hasta entonces libre de culpa— se convirtió en fuente de humillación y vergüenza. La Biblia dice que los primeros humanos fueron des-

terrados del jardín, pero está claro que en algún momento se le dio la vuelta al relato. La maldición que cayó sobre Adán y Eva consistía, en definitiva, en un cambio de vida: la vida presumiblemente relajada y placentera de los cazadores-recolectores (o de los bonobos) dejaba paso al trabajo de sol a sol que caracteriza la existencia de un labrador al cuidado de su «jardín». El pecado original representa un intento de explicar qué narices pudo llevar a nuestros ancestros a aceptar un trato tan poco ventajoso.¹

La historia de la Caída da estructura narrativa a la transición traumática de la vida del cazador-recolector, que recogía su sustento allí donde lo encontraba, a la ardua lucha del hombre agrícola. En lugar de recoger sin más el fruto ahora prohibido y llevárselo a la boca como habían hecho siempre sus antepasados, los agricultores debían ganarse el pan con el sudor de su frente, combatiendo los insectos, los roedores, el clima y a la misma Tierra, siempre dificultosa. No es de extrañar que los cazadores-recolectores no hayan manifestado el menor interés en aprender técnicas de cultivo de los europeos. Como dijo uno de ellos: «¿Para qué queremos plantar, con la de nueces de mongongo que hay en el mundo?».

Los libros que, como éste, tratan de la naturaleza humana, son una invitación a la polémica. Para empezar, cualquiera es un experto. Somos humanos, así que todos tenemos nuestra opinión sobre el asunto: basta con tener un ápice de sentido común y prestar un poco de atención a nuestros incesantes anhelos y aversiones. Nada más simple.

Pero comprender la naturaleza humana no tiene nada de simple. Ha sido ajardinada, replantada, desherbada, fertilizada, vallada, sembrada y regada tan intensamente como cualquier jardín o campo de golf de la costa. Los seres humanos venimos siendo objeto de cultivo desde mucho antes de que cultiváramos nada. Nuestras culturas nos domesticar con propósitos oscuros, alimentando y fomentando ciertos

aspectos de nuestra conducta y nuestras tendencias e intentando eliminar aquellos otros que pudieran resultar problemáticos. Podría decirse que la agricultura ha supuesto la domesticación del hombre en la misma medida que la de cualquier otro animal o planta.²

Nuestra percepción del espectro completo de la naturaleza humana, como nuestra dieta, se ha ido reduciendo sin cesar. Cualquier cosa un poco salvaje, por más nutritiva que sea, es arrancada de cuajo; aunque, como veremos, algunas de las hierbas que crecen en nosotros hunden sus raíces en lo más profundo de nuestro pasado común. Por mucho que las arranquen, rebrotarán una y otra vez.

Y lo que se cultiva — tanto en la tierra como en la mente— no es necesariamente beneficioso para los individuos de una determinada sociedad. Hay cosas que pueden beneficiar a una cultura en su conjunto, pero ser desastrosas para la mayoría de sus integrantes, considerados individualmente. Las personas sufren y mueren en guerras que quizá sean muy provechosas para la colectividad. Venenos industriales que contaminan el aire y el agua, acuerdos comerciales globalizados, cosechas transgénicas... Todo ello es aceptado por individuos que probablemente salgan perdiendo.

Esta disociación entre los intereses particulares y los colectivos ayuda a explicar por qué el paso a la agricultura se suele vender como un gran salto hacia adelante cuando de hecho fue una catástrofe para la mayoría de los individuos que lo sufrieron. Los restos óseos que datan de la transición del nomadismo al sedentarismo hallados en distintas regiones del mundo nos cuentan todos la misma historia: hambrunas generalizadas, déficit vitamínico, crecimiento atrofiado, drástica reducción de la esperanza de vida, recrudecimiento de la violencia... No es como para tirar cohetes. Para la mayoría de la gente, el paso de la sociedad de cazadores-recolectores al cultivo de la tierra no fue tanto un gigantesco salto hacia adelante como una vertiginosa caída del estado de gracia.

A PROPÓSITO DEL *FUNKY* DEL *ROCK AROUND THE CLOCK*

Si a alguien le cabe alguna duda de que el ser humano, ante todo, es un animal social, sólo tiene que pensar que, aparte de la tortura física o la pena de muerte, el peor castigo del arsenal de cualquier sociedad ha sido siempre el exilio. Faltos ya de lugares desiertos a los que enviar a nuestros reos más infames, recurrimos al exilio interior como pena más severa: el encierro en soledad. Sartre se equivocó de medio a medio al proclamar: «*L'enfer; cest les autres*» [el infierno son los otros]. Para nuestra especie el auténtico infierno es la *ausencia* de otros. Los seres humanos necesitamos tan desesperadamente el contacto social que prácticamente todos los presos prefieren la compañía de locos asesinos antes que estar reclusos en régimen de aislamiento. «Hubiera preferido tener el peor compañero del mundo que no tener ninguno», declaró el periodista Terry Anderson al rememorar la dura prueba que supusieron sus siete años de rehén en el Líbano.³

A los teóricos evolucionistas les encantar buscar explicaciones para los rasgos más destacados de cada animal: los cuernos del alce, el cuello de la jirafa, el *sprint* del guepardo. Son características que reflejan el medio en que evolucionó la especie y el nicho concreto que ocupa en ese entorno.

¿Cuál es el rasgo más destacado de nuestra especie? Salvo por el notable tamaño de los genitales masculinos (véase la Cuarta parte), no es que seamos muy impresionantes desde un punto de vista físico. Un chimpancé normalito, con la mitad de peso que nosotros, tiene la fuerza de cuatro o cinco fornidos bomberos. Hay cantidad de animales que corren más rápido, bucean más hondo, son mejores luchadores, tienen la vista más aguda, detectan el mínimo rastro de un olor o escuchan sutilezas tonales donde nosotros no oímos más que el silencio. Así que ¿qué aportamos nosotros a la fiesta? ¿Qué tenemos los humanos de especial?

La infinita complejidad de nuestra interacción con los demás.

Ya sabemos lo que más de uno habrá pensado: cerebros grandes. Y es verdad, pero nuestro cerebro privilegiado es producto de nuestra

sociabilidad. A pesar de que hay un intenso debate precisamente en torno a por qué el cerebro humano creció tanto y tan rápido, la opinión mayoritaria convendría con el antropólogo Terrence W. Deacon cuando dice: «El cerebro humano ha sido conformado por procesos evolutivos que desarrollaron las capacidades requeridas para el lenguaje, y no por la vaga necesidad de una mayor inteligencia».4

En un clásico fenómeno de retroalimentación, el tamaño de nuestro cerebro sirve a nuestra necesidad de comunicación sutil y compleja, pero *también* es resultado de ella. El lenguaje, a su vez, hace posible nuestra característica más profunda y humana: la habilidad de mantener una red social flexible, multidimensional y adaptable. Antes que nada y por encima de todo, el ser humano es la más social de todas las criaturas.

Además de nuestro desmesurado cerebro y la capacidad para el lenguaje a él asociada, tenemos otra cualidad que es *singularmente humana*. Y, tal vez como esperaba el lector, es algo también urdido en nuestro vital tejido social: nuestra sexualidad exagerada.

El *Homo sapiens* es el animal que dedica la mayor parte del tiempo que se le ha asignado sobre esta Tierra a pensar en el sexo; ni siquiera el bonobo, con toda su fama de libidinoso, consigue alcanzarlo. Aunque tanto los bonobos como nosotros promediamos tranquilamente cientos, si no miles, de actos sexuales por nacimiento — muy por encima de cualquier otro primate —, los «actos» de dichos primates son mucho más breves que los nuestros. Los animales que establecen vínculos de pareja «monógama» son casi siempre /[^]«sexuales y practican el sexo conforme a las recomendaciones del Vaticano: con poca frecuencia, sin hacer ruido y con fines estrictamente reproductivos. Los seres humanos, al margen de cuál sea su religión, están en el extremo opuesto del espectro de la libido: somos la /ypfrsexualidad personificada.

El *Homo sapiens* y el bonobo practican el sexo por placer, para consolidar amistades y para reforzar tratos (recordemos que, históricamente, el matrimonio se ha asemejado más a una fusión empresarial que a una declaración de amor eterno). Para ambas especies (y al parecer para

ninguna otra), el sexo sin finalidad reproductiva es «natural», es un rasgo definitorio de la especie.⁵

¿Pensamos acaso que tanta frivolidad sexual es propia de animales? No deberíamos. El mundo animal abunda en especies que sólo tienen actividad sexual a intervalos muy espaciados, cuando la hembra está ovulando. Sólo hay dos especies que practiquen el sexo semana sí, semana también, sin fines reproductivos. Una, la humana; la otra, casi humana. El sexo por placer con parejas diversas es, por tanto, más «humano» que animal. El sexo practicado de uvas a peras por motivos estrictamente reproductivos es más «animal» que humano. En otras palabras, un mono que anda más salido de lo normal tiene un comportamiento «humano», mientras que un hombre o una mujer que sólo muestran interés por el sexo una o dos veces al año estarían, hablando con propiedad, «comportándose como animales».

Aunque son muchos los que se afanan en ocultar su humana lascivia a sus propios ojos y a los de los demás, siempre acaba por abrirse paso: es una fuerza de la naturaleza. En Estados Unidos, muchos ciudadanos de bien se escandalizaron al ver la forma en que Elvis movía las caderas cuando cantaba: «*Rock and roll*». Pero ¿cuántos sabían lo que significaba aquella expresión? El historiador de la cultura Michael Ventura, investigando las raíces de la música afroamericana, descubrió que se había originado en las tabernas del Sur. Se usaba mucho antes de que apareciera Elvis, pero, según explica Ventura, «no designaba un tipo de música, sino que quería decir “follar”. En esos círculos, *rock*, a secas, ya venía a significar lo mismo como mínimo desde la década de 1920». A mediados de la de 1950, cuando la expresión ya estaba muy extendida en la cultura de masas, dice Ventura que los *disc-jockeys* «o no sabían qué estaban diciendo o tenían la picardía de no admitir que lo sabían».

Aunque el carcamal de Ed Sullivan* se habría escandalizado si hu-

*Famoso presentador de la televisión estadounidense de la década de 1950. Figuras como Elvis, los Beatles o los Rolling Stones hicieron su primera aparición nacional en su programa. (IV. *del t.*)

biera sabido qué estaba diciendo cuando anunció ese nuevo «*rock and roll* que vuelve locos a los jóvenes», no acaban ahí los ejemplos de referencias sexuales apenas encubiertas que acechan bajo la superficie del inglés coloquial norteamericano. Robert Farris Thompson, el historiador estadounidense más destacado del arte africano, dice que la palabra *funky** deriva del vocablo ki-kongo *lu-fuki*, que significa «sudor positivo», es decir, el que provoca no el trabajo, sino el baile o el sexo. *Mojo*, ** lo que hay que «poner a trabajar» para atraer a una amante, es «alma» en ki-kongo. *Boogie* viene de *mbuji*, que quiere decir «diabólicamente bueno». Y tanto *jazz* como *jism* *** derivan de *dinza*, que en ki-kongo significa «eyacular».6

Dejemos de lado los miles de millones que genera la industria del porno. Olvidémonos de tantos culos y tetas como se ven en la televisión, el cine y la publicidad. Pasemos por alto las canciones de amor que cantamos cuando estamos ilusionados con una nueva relación y los *bines* que entonamos cuando se acaba. Aun sin contar nada de todo eso, la proporción de nuestras vidas que los humanos pasamos pensando en el sexo, planeándolo, practicándolo o añorándolo es incomparablemente más grande de la que le dedica cualquier otra criatura del planeta. Pese a la relativa modestia de nuestro potencial reproductivo (nunca han sido muchas las mujeres que tuvieran más de doce o trece hijos), no cabe duda de que nuestra especie hace honor al tema clásico de Bill Haley, «*Rock Around the Clock*»: nos va la marcha y, si se tercia, podemos darle al «*rock*» a todas horas.

*Además del nombre de un tipo de música, *funky* es una palabra común con un notable abanico de significados, tanto positivos («guay», «de moda») como negativos («apestoso», que huele fatal). (N. del t.)

**Otro término de argot norteamericano. Significa «hechizo», «amuleto» o, más comúnmente, magnetismo o encanto personal. Lo dicho a continuación alude a una canción popularizada por Muddy Waters, *Got My Mojo Working*. (N. del t.)

****Jism* es un término vulgar para «semen». (N. del t.)

Si hubiese tenido que elegir el lugar de mi nacimiento, habría elegido un Estado donde todo el mundo se conociese, de modo que ni los oscuros manejos del vicio ni la modestia de la virtud pudieran sustraerse al escrutinio y al juicio públicos.

Jean-Jacques Rousseau

*Discurso sobre el origen de la desigualdad
entre los hombres (1754)*

Rousseau nació en el lugar y la época equivocados. De haber nacido en el mismo sitio veinte mil años antes, entre los artistas que bosquejaban toros a tamaño natural en las paredes de las cuevas de Europa, habría conocido a todos y cada uno de los integrantes de su mundo social. También podría haber nacido en su propia época, pero en una de las numerosas sociedades aún no transformadas por la agricultura: allí habría conocido el compacto ambiente social que tanto anhelaba. La sensación de estar solo —incluso en una ciudad bulliciosa— es una de las muchas singularidades de la vida humana que se incorporó en el lote agrícola.

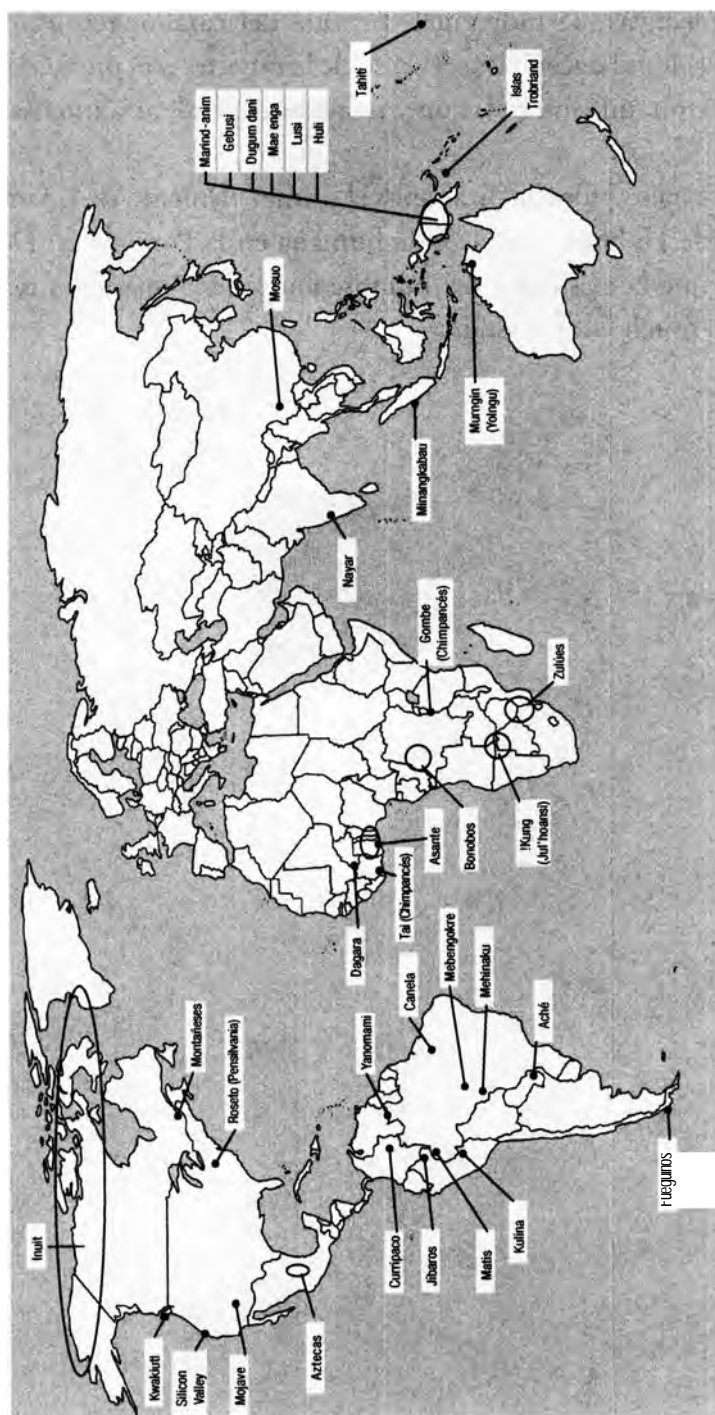
Volviendo la vista atrás desde su mundo superpoblado, Thomas Hobbes se figuró que la vida humana en la Prehistoria era insufriblemente solitaria. Hoy, cuando sólo finas paredes, auriculares diminutos y agendas frenéticas nos separan de innumerables desconocidos, suponemos que una desoladora sensación de aislamiento debía de embargar a nuestros antepasados, mientras vagaban por prehistóricos parajes barridos por el viento. Pero, en realidad, esa suposición aparentemente razonable no podría estar más alejada de la realidad.

La vida social de los cazadores-recolectores se caracteriza por una interacción más profunda e intensa de lo que muchos de nosotros seríamos capaces de imaginar (o tolerar). A los que hemos nacido y crecido en sociedades organizadas en torno a los principios interconectados del individualismo, el espacio personal y la propiedad privada, nos resulta muy difícil imaginar sociedades tan compactas, en las que prácticamente todo el espacio y la propiedad son comunales y la identidad es

más colectiva que individual. La vida del cazador-recolector, desde que ve la luz al nacer hasta el ocaso de la muerte, está presidida por una interacción, una interrelación y una interdependencia intensas y constantes.

En esta sección, analizaremos el primer elemento de la famosa sentencia de Hobbes sobre la vida humana en la Prehistoria. Demostraremos que la existencia del hombre antes de la aparición del Estado distaba mucho de ser «solitaria».

Sociedades mencionadas en el texto



Capítulo 6

¿A QUIÉN QUIERES MÁS, A PAPÁ, A PAPÁ O A PAPÁ?

A la vista de la frecuente aparición actual de grupos domésticos que no consisten en un padre y una madre unidos por un vínculo de pareja exclusivo (o que no incluyen a ambas figuras), no entiendo por qué hay quien se empeña en defender que nuestros antepasados se criaron en familias nucleares monógamas y que el vínculo de pareja es más natural que otras formas de organización.

Marvin Harris¹

En la Amazonia, la cigüeña se comporta de otro modo. Allí, no sólo cabe la posibilidad de que una mujer esté un poco embarazada, sino que ése es precisamente el caso de la mayoría. Todas las sociedades de las que nos disponemos a hablar comparten la creencia en lo que los científicos llaman «paternidad múltiple». Se trata de grupos con una singular noción de la concepción: *unfeto seforma por acumulación de semen*.

Según lo explican los antropólogos Stephen Beckerman y Paul Valentine, «el embarazo se contempla como una cuestión de grado y no se distingue claramente de la gestación [...]. Toda mujer sexualmente activa está un poco preñada. A lo largo de un tiempo [...] el semen se acumula en el útero y se forma el feto, y, con cada coito posterior y cada nueva aportación de semen, el feto crece un poco más». ² Los nativos de estas culturas creen que si una mujer se abstuviera de mantener relaciones sexuales cuando dejara de bajarle la regla, el desarrollo del feto se interrumpiría.

Esta forma de entender la formación del bebé a partir del semen conduce a algunas conclusiones sumamente interesantes sobre la con-

ducta sexual «responsable». Como cualquier madre, las mujeres de estas sociedades desean que sus hijos lleguen al mundo con tantas cualidades como sea posible. A ese fin, lo habitual es que procuren copular con una gran diversidad de hombres. Recabarán la «aportación» de los mejores cazadores, los mejores narradores de historias, los hombres más simpáticos, los más buenos, los más guapos, los más fuertes, etc., con la esperanza de que sus hijos absorban, literalmente, la esencia de cada uno de ellos.

Los antropólogos han registrado ideas similares sobre la concepción y el desarrollo del feto en muchas sociedades de Sudamérica, entre las que se cuentan desde simples grupos de cazadores-recolectores hasta horticultores. En una lista no exhaustiva encontraríamos a los aché, los araweté, los bari, los canela, los cashinahua, los curripaco, los ese eja, los kayapó, los kulina, los matis, los mehinaku, los piaroa, los pirahá, los secoya, los siona, los warao, los yanomami y los ye'kwana: pueblos que se extienden desde Venezuela hasta Bolivia. Tampoco es etnográficamente tan curioso: no es sorprendente que una idea, aunque sea insólita, se transmita entre culturas interrelacionadas. Pero grupos culturales entre los que no tenemos constancia de que haya habido contacto en varios milenios comparten también esa misma concepción. Y la idea de la paternidad múltiple tampoco es exclusiva de Sudamérica. También los lusi de Papua-Nueva Guinea, por ejemplo, sostienen que el desarrollo fetal depende de múltiples coitos, a menudo con hombres distintos. Incluso hoy en día, los jóvenes lusi, que alguna noción tienen de la concepción moderna de la reproducción, están de acuerdo en que una persona puede tener más de un padre.

Como explican Beckerman y Valentine, «es difícil sacar alguna conclusión, salvo que la paternidad múltiple es una creencia popular ancestral capaz de sostener familias efectivas que proporcionan cuidados paternales satisfactorios y consiguen criar eficazmente a los niños hasta la edad adulta».3

Un antropólogo que estudiaba a los aché en Paraguay les pidió que identificaran a sus padres: la respuesta fue un rompecabezas matemático que sólo podía resolverse con una lección de léxico. Los 321 aché afirmaban que tenían más de 600 padres. ¿Quiénes son tus papás?

Resulta que los aché distinguen cuatro clases de padre. Según la antropóloga Kim Hill, estos cuatro tipos son:

- *Miare*: el padre que puso la semilla.
- *Peroare*: los padres que la mezclaron.
- *Momboare*: los padres que la derramaron fuera.
- *Bykuare*: los padres que proporcionaron la esencia del niño.⁴

En lugar de ser rechazados por «bastardos», los hijos de múltiples padres tienen la ventaja de contar con más de un hombre que se interesa especialmente por ellos. Los antropólogos han calculado que sus probabilidades de sobrevivir a la infancia suelen ser significativamente mayores que las de los niños que, en las mismas sociedades, tienen un solo padre reconocido.⁵

En estas sociedades, lo más probable es que los hombres, en vez de enfurecerse por sentir cuestionado su legado genético, estén agradecidos a los demás «padres» por haber colaborado a engendrar y a cuidar de un bebé que crecerá así más fuerte. Lejos de dejarse cegar por los celos como predice el discurso convencional, estos hombres se sienten unidos unos a otros en virtud de la paternidad compartida de los hijos que crían juntos. Como expone Beckerman, en el peor de los casos, este sistema puede proporcionar al niño un plus de seguridad: «Sabes que, si te mueres, habrá algún otro hombre con la obligación residual de cuidar al menos de uno de tus hijos. De modo que, si tu esposa se echa un amante, mirar a otro lado o incluso darle tus bendiciones es el único seguro a tu alcance».⁶

Por si acaso algún lector se siente tentado de clasificar esta clase de conducta en el apartado de M.A.L. (monstruosa, anormal y lejana), podemos encontrar ejemplos similares más próximos a nosotros.

S.E.E COMPARTIR ES GOZAR

Entender las cosas se parece mucho al sexo; tiene un propósito utilitario, pero normalmente no es por eso por lo que la gente lo practica.

Frank Oppenheimer

Entre finales de la década de 1970 y principios de la de 1980, Desmond Morris estuvo observando a un equipo británico de fútbol profesional durante bastantes meses; luego, publicó sus reflexiones en un libro que en España se publicó con el título *El Deporte Rey*. Sin duda era más sugerente el título original, *The Soccer Tribe* [La tribu del fútbol], que da una pista clara sobre su tesis central: la sorprendente similitud entre el comportamiento de los compañeros de vestuario y el que había observado en grupos tribales durante investigaciones anteriores. Advirtió dos comportamientos destacados en ambos contextos: nivelación grupal y ausencia de actitudes posesivas.

«Lo primero que llama la atención cuando los futbolistas hablan entre ellos — dice Morris— es la viveza de su ingenio. A menudo recurren a bromas crueles para bajarle los humos al primer compañero que dé la menor muestra de egotismo.» Pero los ecos del igualitarismo prehistórico resuenan en el vestuario más allá de los ataques al ego; se extienden también a la sexualidad. «Cuando uno de ellos marca un gol (sexualmente hablando), no tiene un comportamiento posesivo, sino que suele estar encantado ante la idea de que sus compañeros triunfen con la misma chica.» Aunque habrá quien interprete tales actitudes como una falta de sensibilidad, Morris aseguraba a sus lectores que esa ausencia de celos era «tan sólo una medida de hasta qué punto la envidia es inexistente entre los compañeros de equipo, tanto en el campo como fuera de él».7

Tanto para los atletas profesionales, los músicos y sus fans femeninas más entusiastas, como para los hombres y las mujeres de muchas sociedades de cazadores-recolectores, las relaciones sexuales entrecruza-

das refuerzan la cohesión del grupo y pueden ofrecer algo de seguridad en un mundo incierto. A veces — en realidad, casi siempre—, el sexo entre los humanos no es sólo una cuestión de placer o de reproducción. En una comunidad de adultos, una actitud desinhibida ante las relaciones sexuales puede tener funciones sociales importantes que trascienden la mera satisfacción física.

Tratemos de poner esta libido en términos académicos: nuestra hipótesis es que los *intercambios socioeróticos* (para abreviar, S.E.Ex., por sus siglas en inglés*) fortalecen los lazos entre los miembros de sociedades nómadas de pequeñas dimensiones (y, por lo visto, en otros grupos con gran interdependencia), formando una red vital y duradera de afecto, afiliación y obligaciones recíprocas.

Nunca subrayaremos lo suficiente la importancia que tales redes tienen en términos evolutivos. Al fin y al cabo, fueron esos grupos sociales flexibles y adaptables (y el crecimiento del cerebro y la capacidad lingüística que propiciaron y que, a su vez, favoreció la formación de esos grupos) los que en primer término permitieron que nuestra especie, lenta, débil y más bien deslucida en muchos aspectos, sobreviviera y acabara dominando el planeta. Sin una gran frecuencia de S.E.Ex., es dudoso que las bandas de cazadores-agricultores hubieran podido mantener el equilibrio social y la fecundidad durante tantos miles de años. El S.E.Ex. fue crucial para comprometer a los adultos con grupos que cuidaban mancomunadamente de unos niños cuya paternidad era incierta o compartida, pero cada uno de los cuales estaba probablemente emparentado con todos o la mayoría de los hombres del grupo (ya que los que no fueran sus padres serían ciertamente tíos, primos, etc.).**

**Socio-erotic exchanges.* (IV. del t.)

**En correspondencia personal, Don Pollock nos hizo una observación interesante sobre la paternidad múltiple. «La idea de los kulina de que un niño puede tener más de un padre “biológico” siempre me ha parecido irónicamente próxima a la realidad genética: en una población pequeña y genéticamente homogénea (o casi homogénea, tras muchas generaciones de endogamia), todos los niños presentan grandes similitudes genéticas con todos los hombres con los que su madre haya mantenido relaciones sexuales, y hasta con aquellos con los que no las ha tenido.»

Dada la importancia que este tejido de parentescos cruzados tiene para la cohesión social, excluirse puede causar problemas. El antropólogo Philippe Erikson, hablando del pueblo matis, lo confirma: «La paternidad plural [...] es algo más que una posibilidad teórica. [...] El sexo extraconyugal es una práctica no sólo extendida y habitualmente tolerada, sino incluso *obligatoria*. Todo individuo, casado o no, tiene el *deber moral* de corresponder a las invitaciones sexuales de sus medio primos (reales o a efectos clasificatorios), o exponerse a que le cuelguen el sambenito de ser “tacaño con sus genitales”, una transgresión de la moral matis mucho más grave que la simple infidelidad»⁸ (la cursiva es nuestra).

Que te tachen de avaro sexual no es, al parecer, cosa de broma. Erikson cuenta el caso de un joven que se refugiaba durante horas en la choza del antropólogo para esconderse de una prima que andaba cachonda, y a cuyas insinuaciones tenía la obligación de responder. Un ejemplo aún más notable: durante los festivales del tatuaje de los matis, está expresamente prohibido tener relaciones sexuales con la(s) pareja(s) habitual(es), y se castiga con las penas más severas, incluida la muerte.⁹

Pero si el S.E.Ex. desempeñó un papel central en el mantenimiento de la cohesión social prehistórica, deberíamos encontrar vestigios de esa conducta tan desvergonzadamente lasciva en todo el mundo pasado y presente. Y eso es precisamente lo que ocurre.

Entre los mojavas, las mujeres son célebres por sus costumbres licenciosas y su escasa inclinación a conformarse con un hombre.¹⁰ César (sí, *ese* César) se escandalizaba al observar que, en la Britania de la Edad de Hierro, «diez y hasta doce hombres comparten a sus esposas, sobre todo entre hermanos [...]». ¹¹ Durante los tres meses que pasaron en Tahití en 1769, el capitán James Cook y su tripulación se encontraron con que las tahitianas «satisfacían cualquier apetito o pasión en presencia de testigos». En un relato del viaje de Cook publicado por primera vez en 1773, John Hawkesworth hablaba de «[un] joven de casi un metro ochenta de alto que oficiaba los ritos de Venus con una niña de 11 o 12 años, delante de varios de los nuestros y de un gran número de nativos, sin la menor sensación de estar actuando de forma inde-

cente o indecorosa, sino, por lo visto, perfectamente conforme con los usos del lugar». Al parecer, algunas de las mujeres de más edad que observaban aquella exhibición amorosa gritaban instrucciones a la muchacha, aunque — nos dice Cook— «pese a su corta edad, no parecía que le hicieran mucha falta». 12

Samuel Wallis, otro capitán de barco que pasó tiempo en Tahití, daba testimonio de que «las mujeres son en general muy bonitas, y algunas auténticas beldades, pero su virtud no resistía la prueba del clavo». La fascinación de los tahitianos por el hierro resultó en el trueque de un solo clavo por una cita con una nativa. Para cuando Wallis volvió a hacerse a la mar, la mayoría de sus hombres dormían directamente en cubierta, porque no les quedaba un solo clavo para colgar las hamacas. 13

Hoy día, con ocasión de la cosecha del ñame, se celebra en las islas Trobriand un festival en el que grupos de mujeres jóvenes se pasean por todas partes «violando» a hombres de fuera de su aldea, a los que supuestamente les arrancan las cejas a mordiscos si no quedan satisfechas. En la antigua Grecia, celebraban el libertinaje sexual en los festivales de Afrodita, Dionisos y Leneas. En Roma, los miembros del culto de Baco organizaban orgías no menos de cinco veces al mes, y muchas islas del Pacífico Sur son aún famosas por su abierta aceptación de una sexualidad sin represiones, pese a la suma de los esfuerzos de generaciones de misioneros que predicaron la moral de la vergüenza. 14 En la actualidad, durante los carnavales, muchos brasileños se desmelenan y toman parte en un rito de sexo extraconyugal consensuado, conocido como *sacanagem*, que hace palidecer las noches más locas de Nueva Orleans o Las Vegas.

Aunque la participación entusiasta de mujeres en estas actividades pueda sorprender a algunos lectores, hace tiempo que está claro que las causas de la reticencia sexual femenina son más culturales que biológicas, pese a lo que supusieron Darwin y otros investigadores. Hace más de cincuenta años, los sexólogos Clellan Ford y Frank Beach afirmaban: «En aquellas sociedades en que no existe el doble rasero en materia de moral sexual y en que se tolera la pluralidad de relaciones, las mujeres aprovechan sus ocasiones con tanto entusiasmo como los hombres». 15

Tampoco las hembras de nuestros primos primates más cercanos dan pie a pensar que las mujeres pudieran ser sexualmente menos entusiastas por motivos puramente biológicos. La primatóloga Meredith Small ha observado más bien que a las primates hembra parece atraerles mucho la novedad en el apareamiento. Se diría que un macho desconocido les atrae más que otro conocido, aunque éste reúna todas las cualidades que un macho puede ofrecer (estatus elevado, buen tamaño, coloración, hábito de acicalarse, pelo en pecho, cadenas de oro, anillo en el meñique, lo que sea). Small afirma: «El único interés constante que se observa en la población general de primates es el interés por la novedad y la variedad. [...] De hecho — constata —, la búsqueda de lo que no les es familiar está documentada como preferencia de las hembras más veces que ninguna otra característica que pueda percibir la mirada humana».16

Frans de Waal podría haber estado hablando de cualquiera de las sociedades amazónicas que hemos mencionado antes cuando escribió que el macho «no tiene ni idea de qué cópulas pueden dar lugar a una concepción y cuáles no. Prácticamente cualquier cría de las que crecen en el grupo podría ser suya. [...] Si hubiera que diseñar un sistema social en el que la paternidad permaneciera incierta, difícilmente podría mejorarse el que la Madre Naturaleza empleó para crear esta sociedad».17 Aunque sus observaciones son aplicables a cualquiera de las sociedades en las que se practica el sexo ritualizado fuera de la pareja, Frans de Waal estaba en realidad hablando de los bonobos, y subrayaba con sus palabras la continuidad sexual que une a los tres simios con parentesco más cercano: chimpancés, bonobos y sus atribulados primos humanos.

Vista la hipersexualidad de humanos, chimpancés y bonobos, uno se pregunta por qué son tantos los que insisten en que la exclusividad sexual femenina es parte esencial del desarrollo evolutivo humano desde hace más de un millón de años. Además de todas las pruebas directas

que hemos aportado en páginas anteriores, las pruebas circunstanciales en contra de ese discurso son abrumadoras.

Para empezar, recordemos que el número de especies monógamas de primates que vive en grandes grupos sociales asciende exactamente a cero (salvo que uno se empeñe en considerar al hombre como único ejemplo de este tipo de animales). Los pocos primates monógamos que sí existen (entre centenares de especies) viven todos en los árboles. Aparte de los primates, sólo el 3 % de los mamíferos y una de cada diez mil especies de invertebrados pueden considerarse sexualmente monógamos. Hay pruebas de adulterio en todas y cada una de las sociedades humanas notoriamente monógamas que se han estudiado, y actualmente es la principal causa de divorcio en todo el mundo. Sin embargo, Desmond Morris, el mismo que observaba con qué alegría comparten sus amantes los futbolistas, sigue insistiendo, incluso en las ediciones recientes de su libro más clásico, *El mono desnudo*, en que «entre los humanos, las conductas sexuales tienen lugar casi exclusivamente dentro de un estado de vínculo de pareja», y en que «el adulterio refleja una imperfección en el mecanismo de formación de la pareja».✚

Pues es una «imperfección» bastante grande.

En el momento en que escribimos estas líneas, la CNN informa de que en Irán van a morir lapidados seis adúlteros. Antes de que los pecadores hipócritas tiren la primera piedra, se enterrará a los condenados varones hasta la cintura. A las condenadas, en cambio, se las enterrará hasta el cuello en un gesto de escalofriante caballerosidad, presumiblemente para que esas mujeres que osaron considerar que su cuerpo les pertenecía conozcan antes la muerte. Y esta brutal ejecución de transgresores sexuales no es precisamente una anomalía desde el punto de vista histórico. «El judaísmo, el cristianismo, el islam y el hinduismo tienen en común una preocupación fundamental por el castigo de la libertad sexual de la mujer — dice Eric Michael Johnson—. Mientras que “si un hombre cometiere adulterio con la mujer de su prójimo, serán muertos tanto el adúltero como la adúltera” (Levítico, 20:10), cualquier mujer soltera que tenga relaciones sexuales con un hombre solté-

ro será llevada “a la puerta de la casa de su padre, y allí los hombres de la ciudad la apedrearán hasta matarla” (Deuteronomio, 22:21).»¹⁹

Sin embargo, aun después de siglos de castigos tan bárbaros, siguen cometiéndose adulterios en todas partes, sin excepción. Como señaló Alfred Kinsey allá por la década de 1950, «hasta en las culturas que con más rigor intentan controlar el coito extraconyugal de la mujer, es muy evidente que se dan tales conductas, y en muchos casos se dan con notable regularidad». ²⁰

Pensémoslo un poco: no hay ningún primate no humano que viva en grupos y sea monógamo, y hay pruebas de adulterio en todas las culturas humanas que han sido objeto de estudio, incluidas aquellas en las que los fornicadores son sistemáticamente lapidados. A la vista de una represión tan sanguinaria, no se acaba de entender eso de que la monogamia sea el estado «natural» de nuestra especie. ¿Cómo es posible que haya tanta gente dispuesta a arriesgar su reputación, su familia, su carrera — incluso un legado presidencial— * por algo que va *en contra* de la naturaleza humana? Si la monogamia fuera un rasgo ancestral, producto de la evolución y característico de nuestra especie, tal como insiste en defender el discurso convencional, estas transgresiones omnipresentes serían raras, y esa coacción espeluznante, innecesaria.

No hace falta amenazar de muerte a ninguna criatura para que obre conforme a su propia naturaleza.

La promesa de la promiscuidad

Los hombres y las mujeres de hoy están obsesionados con lo sexual; es la única esfera de aventura primordial que aún nos queda a la mayoría. Como los simios del zoo,

*Alusión al accidente de Chappaquiddick, que truncó las aspiraciones del senador Edward Kennedy a recoger la antorcha de sus hermanos John, que fue presidente, y Robert, candidato a la nominación demócrata en el momento de su asesinato. (IV. *del t.*)

empleamos nuestras energías en el único campo de recreo que nos han dejado; por lo demás, la vida humana está bien enjaulada entre los muros, barrotes, cadenas y puertas cerradas a cal y canto de la cultura industrial.

Edward Abbey

A lo largo del examen de las visiones alternativas de la sexualidad humana prehistórica que llevaremos a cabo a continuación, es conveniente que el lector no pierda de vista que el núcleo lógico del discurso convencional pivota sobre dos postulados interconectados:

- En la Prehistoria, una madre y su hijo necesitaban la carne y la protección que un hombre podía proporcionarles.
- A cambio, la mujer debía renunciar a su propia autonomía sexual para garantizar al hombre que el hijo al que mantenía era suyo.

El discurso convencional se basa en la creencia de que el intercambio de proteínas y protección por garantía de paternidad era la mejor manera de aumentar las probabilidades de que un niño alcanzara la edad reproductiva. A fin de cuentas, la supervivencia de la progenie es el motor principal de la selección natural según la describen Darwin y sus epígonos. Pero ¿y si una conducta que estimulara el arreglo contrario redujera con mayor eficacia los riesgos para la descendencia? ¿Y si, en lugar de ofrecer su carne, su protección y su estatus a una sola mujer y sus hijos, estuvieran dispuestos a compartirlo todos con todos? ¿Y si compartir con todo el grupo fuera una forma más efectiva de encarar los riesgos a los que hacían frente nuestros ancestros en el mundo prehistórico? Y, a la vista de esos riesgos, ¿y si las posibilidades de supervivencia de un niño fueran mayores cuando la paternidad fuera una incógnita, es decir, cuando hubiera más hombres que se ocuparan de él?

Debemos insistir una vez más en que no estamos sugiriendo un sistema social más *noble*, sino uno que, sencillamente, sería más idóneo

para hacer frente a los desafíos de las condiciones prehistóricas y más eficaz a la hora de ayudar a las personas a sobrevivir hasta que pudieran reproducirse.

Esta organización social basada en la puesta en común de los recursos dista mucho de ser exclusivamente humana. Los vampiros de Centroamérica, por ejemplo, se alimentan de la sangre de grandes mamíferos. Pero no todos consiguen cenar todas las noches. Cuando vuelven a su cueva, los que han tenido una buena noche regurgitan sangre en la boca de los menos afortunados. Los beneficiarios de tanta generosidad probablemente devuelvan el favor el día en que se inviertan los papeles, pero será más difícil que ofrezcan su sangre a los vampiros que se la negaron en el pasado. En palabras de un crítico: «La clave de este mecanismo del “hoy por ti, mañana por mí” es la capacidad de cada vampiro de recordar el historial de sus relaciones con todos los demás individuos de su cubil. Esta necesidad mnemotécnica ha pesado en la evolución del cerebro de los vampiros, que tienen el neocórtex más grande de todas las especies de murciélago conocidas».21

Confiamos en que la imagen de un vampiro escupiendo sangre para sus parientes no consanguíneos sea tan gráfica que baste para convencer a los lectores de que compartir no es intrínsecamente «noble». Ciertas especies, bajo determinadas condiciones, han descubierto que la generosidad es la mejor vía para reducir riesgos en un contexto ecológico incierto: así de sencillo. Y parece que, hasta hace relativamente poco, el *Homo sapiens* era una de ellas.22

La práctica universalidad del igualitarismo feroz entre los cazadores-recolectores sugiere que nuestros antepasados prehistóricos no tuvieron otra elección. Dice el arqueólogo Peter Bogucki: «El único modelo que facilitaba un modo de vida a las sociedades nómadas de cazadores de la Era Glacial era, en realidad, la organización social en bandas».23 Desde un punto de vista estrictamente darwiniano, no hay nada más razonable que suponer que, antes que decantarse por el acaparamiento egoísta de recursos que muchas sociedades occidentales actuales creen consustancial a la naturaleza humana, el hombre prehis-

tórico optaría por el camino que le ofrecía mayores posibilidades de sobrevivir — aunque para ello tuviera que compartir igualitariamente los recursos—. Después de todo, el propio Darwin pensaba que una tribu de personas cooperativas se impondría a otra compuesta por individuos egoístas.

¿Estamos abogando por un delirante papanatismo *hippy*? Más bien no. El igualitarismo se da en prácticamente todas las sociedades simples de cazadores-recolectores que han sido objeto de estudio en cualquier parte del mundo: grupos que se enfrentan a condiciones muy similares a aquellas con que tuvieron que lidiar nuestros ancestros hace 50.000 o 100.000 años. No han seguido la vía del igualitarismo porque sean especialmente nobles, sino porque les brinda mejores oportunidades de sobrevivir que las otras. Sin duda, en esas condiciones, es posible que sea la única forma de vida posible, como concluía Bogucki. Institucionalizar la puesta en común de los recursos y la sexualidad minimiza y dispersa los riesgos, asegura que no se eche a perder la comida en un mundo sin refrigeración, elimina los efectos de la infertilidad masculina, favorece la salud genética individual y garantiza un entorno social más seguro para niños y adultos por igual. Nada que ver con un romanticismo utópico: los cazadores-recolectores se atienen al igualitarismo porque funciona desde un punto de vista práctico.

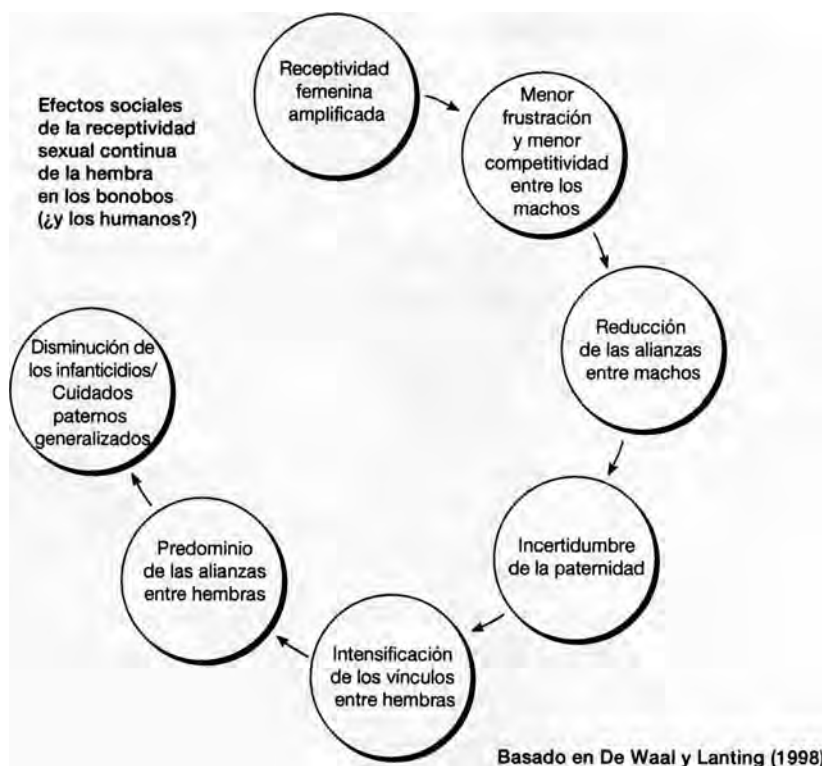
Un comienzo bonobo

Las hembras bonobo, que comparten exclusivamente con las humanas muchas de sus peculiaridades, confirman la eficacia del igualitarismo. Esas características sexuales tan excepcionales tienen consecuencias sociales directas y predecibles. La investigación de De Waal ha demostrado, por ejemplo, que la receptividad sexual amplificada de las bonobos reduce drásticamente los conflictos entre machos, mucho más numerosos en grupos de primates en los que la disponibilidad sexual de las hembras es sustancialmente menor. Cuando sobran las oportunidades

sexuales, no vale la pena arriesgarse a salir mal parado de una pelea por conseguir una determinada oportunidad sexual. Las alianzas entre los chimpancés macho, por ejemplo, sirven básicamente para ahuyentar a los competidores por una hembra que está ovulando, o para conseguir un estatus elevado que proporcione un mayor número de oportunidades de aparearse, de modo que, en el ambiente de abundancia de oportunidades sexuales en que viven los bonobos, el motivo principal para la formación de esas cuadrillas descontroladas se esfuma.

Esa misma dinámica es aplicable a los colectivos humanos. Dejando a un lado «los hábitos sociales del hombre tal y como existe en la actualidad», ¿qué motivos tenemos para pensar que el modelo de la evolución humana basado en la pareja monógama, hoy tan bendecido, favoreció la adaptación de los primeros hombres, pero no la de los bonobos en las selvas del África central? Sin las restricciones impuestas por condicionamientos culturales, la llamada «receptividad continua» de la hembra humana cumpliría la misma función: proporcionar a los machos una abundancia de oportunidades sexuales, reduciendo en consecuencia la conflictividad y permitiendo la formación de grupos más grandes, un mayor grado de cooperación y más seguridad para todos. En palabras del antropólogo Chris Knight, «mientras que la pauta general entre las primates es emitir periódicamente una señal afirmativa entre una corriente de constantes negativas sexuales, las mujeres [y las bonobos] emiten periódicamente una señal negativa entre una sucesión de constantes afirmativas».24 Estamos ante una adaptación fisiológica y comportamental de dos primates con un parentesco muy cercano; sin embargo, muchos teóricos insisten en que esa adaptación debe tener un origen y unas funciones muy diferentes en uno y otro caso.

De hecho, probablemente sea este incremento de la cohesión social la explicación más común de la potente combinación de receptividad continua y ovulación oculta que se da exclusivamente en el ser humano y el bonobo.²⁵ Pero, como vemos en la siguiente cita, la mayoría de los científicos parecen ver sólo la mitad de esta conexión lógica: «Se favo-



recia a las hembras que ocultaban su ovulación, porque el grupo en el que vivían mantenía una paz y una estabilidad que facilitaban la monogamia, la puesta en común de los recursos y la cooperación».⌘ Queda pues claro que una mayor accesibilidad sexual femenina podía incrementar la puesta en común de recursos, la paz y la estabilidad, pero ¿por qué habría que añadir la monogamia a la lista?; ésta es una pregunta que no sólo se deja sin respuesta, sino que rara vez se formula.

Los antropólogos dispuestos a reconocer las realidades de la sexualidad humana ven claramente sus beneficios sociales. Beckerman y Valentine subrayan el hecho de que la paternidad múltiple desactiva conflictos potenciales entre los hombres, y observan que tales antagonismos tienden a ser contraproducentes para los intereses reproductivos a largo plazo de las mujeres. El antropólogo Thomas Gregor registró 88 relaciones de carácter sexual en curso entre los 37 adultos de la aldea mehinaku que estudiaba en Brasil. En su opinión, las relaciones extraconyu-

gales «contribuyen a la cohesión de la aldea» al «consolidar las relaciones entre personas de distintos [clanes]» y «fomentar las relaciones duraderas basadas en el afecto recíproco». Constató que «muchos amantes se tienen en gran aprecio y consideran que la separación es una privación que hay que evitar».27

Para no abrumar al lector con docenas de ejemplos adicionales que ilustren hasta qué punto la sexualidad humana contribuye a crear comunidad y reducir conflictos, concluiremos con una última muestra. A finales de la década de 1950, los antropólogos William y Jean Crocker visitaron el pueblo canela — también de la región amazónica brasileña — y lo estudiaron durante más de tres décadas. Según explican,

[a] los miembros de una sociedad individualista contemporánea les resulta difícil imaginar hasta qué punto los canela consideraban al grupo más importante que al individuo. El ideal era ser generosos y compartir, mientras que reservarse cualquier cosa para sí era un mal social. Compartir las posesiones le valía a uno el aprecio general. Compartir el propio cuerpo era un corolario directo. Desear el control de los bienes propios y de la propia persona era una forma de tacañería. En este contexto, se comprende fácilmente por qué las mujeres decidían complacer a los hombres que expresaran una gran necesidad sexual, y los hombres, a las mujeres. *No había nadie tan engreído como para considerar que satisfacer a otro miembro de la tribu resultaba menos gratificante que conseguir un beneficio personal*28 (la cursiva está en el original).

En cuanto se reconoce el sexo no reproductivo como un instrumento para construir y mantener una red de relaciones de provecho mutuo, ya no se necesitan más explicaciones. La homosexualidad, por ejemplo, causa mucha menos confusión, ya que, como dice E. O. Wilson, es «por encima de todo una forma de establecer vínculos [...] coherente con la mayor parte de la conducta heterosexual en cuanto que obedece al mismo mecanismo de consolidación de relaciones».29

Es muy probable que la certeza de paternidad, en lugar de ser la obsesión universal y primera de todo hombre en todo lugar y época, según insiste en argumentar el discurso convencional, no preocupara lo más mínimo a los que vivieron en los tiempos preagrícolas, en los que tampoco había propiedades que transmitir por línea de descendencia paterna.

Capítulo 7

QUERIDÍSIMAS MAMÁS

El difuso sentimiento de responsabilidad parental que resulta de estas redes entrelazadas de interacción sexual se extiende no sólo a los padres, sino también a las madres. El antropólogo Donald Pollock nos explica que los kulina, que, como hemos visto, creen que el feto se forma por acumulación de semen («leche de los hombres», en su lengua), atribuyen en cambio el crecimiento del bebé tras el nacimiento a la «leche de las mujeres». «Al niño lo puede alimentar un número indeterminado de mujeres — escribe—. Es especialmente habitual que un grupo de hermanas [...] comparta las funciones de nodriza; no es extraño que, cuando un lactante llora y la madre está ocupada, la abuela, aunque ya no produzca leche, deje mamar al bebé para calmarlo.» Cuando Pollock preguntó si esas otras mujeres también eran madres del niño, le respondieron que «evidentemente».1

Al evocar su infancia entre los dagara de Burkina Faso, el psicólogo y escritor Malidoma Patrice Somé recuerda la libertad con que los niños entraban y salían de cualquier casa de la aldea. Somé explica que esta situación «da al niño una sensación muy amplia de pertenencia», y que «todo el mundo echa una mano en su crianza». Aparte de los muchos y obvios beneficios para los padres, Somé aprecia claras ventajas psicológicas para los pequeños: «Es muy raro que un niño se sienta aislado o desarrolle problemas psicológicos; todo el mundo sabe perfectamente adonde pertenece».2

Aunque las palabras de Somé puedan parecer un recuerdo idealizado, lo que describe el psicólogo es aún el modelo de vida habitual en las aldeas del África rural, donde cualquier niño puede entrar y salir de la casa de adultos con los que no tiene relación alguna de parentesco.

Aunque no cabe duda de que el amor de una madre es insustituible, las mujeres (y algunos hombres) de todo el mundo están siempre dispuestas no sólo a hacer monerías a sus hijos, sino también a los niños que no son de su familia; una disposición que comparten con otros primates sociales (ninguno de los cuales, por cierto, es monógamo). Esta inclinación a cuidar de niños ajenos, una tendencia profundamente sentida y ampliamente compartida, se perpetúa en el mundo moderno: la odisea burocrática de la adopción iguala o supera al parto en estrés y coste económico y, a pesar de ello, hay millones de parejas que persiguen con determinación su incierta recompensa.

Los científicos que centran su atención en la familia nuclear olvidan la importancia decisiva del cuidado alop parental* en nuestra especie. Sarah Blaffer Hrdy, autora de *Mothers and Others* [Madres y demás], se lamenta: «La literatura antropológica nunca ha concedido al cuidado compartido de los hijos en otros primates y en diversas sociedades tribales el lugar central que merece. Mucha gente ni siquiera es consciente de que existe. Sin embargo, [...] las consecuencias del cuidado cooperativo — a efectos de supervivencia y salud biológica de la madre y el niño— son todas positivas».3

Darwin contempló la posibilidad radical de que, para individuos «bárbaros», el vínculo madre-hijo pudiera haber sido menos importante que su vínculo con el grupo más amplio. A propósito del uso habitual de términos de parentesco como «madre», «padre», «hijo» e «hija» para referirse a todos los miembros del grupo, sugería: «Los términos empleados expresan únicamente una conexión con el grupo, no con la madre. Parece posible que la conexión entre miembros emparentados de una misma tribu bárbara, expuesta a todo tipo de peligros, fuera mucho más importante que el vínculo entre madre e hijo, a raíz de la necesidad de protección y ayuda mutuas [...]».4

Cuando Paul Le Jeune, misionero jesuita del siglo xvn, sermoneó a un indio montañés del Canadá sobre los peligros de la infidelidad de-

* Cuando ejercen de padres quienes no lo son.

senfrenada que el jesuíta había observado, recibió en respuesta una lección de paternidad bien entendida. Recordaba el religioso: «Le dije que era deshonroso que una mujer amara a otro que no fuera su marido, y que, habiéndose extendido entre ellos ese mal, él mismo no podía estar seguro de que su hijo, que estaba presente, fuera su hijo. Él me contestó: “Dices necedades. Vosotros los franceses sólo amáis a vuestros hijos; pero nosotros amamos a todos los hijos de nuestra tribu”».5

Aunque nuestro sistema de parentesco de base biológica nos parece de sentido común, en realidad es un caso más de picapiedrización. Damos por sentado, sin más, que nuestra particular concepción de la familia refleja algo eterno y universal de la naturaleza humana. Pero, como hemos visto, ni siquiera hay entre los pueblos un acuerdo general sobre si un solo acto sexual basta para provocar un embarazo.

El concepto de «una madre por niño» también ha entrado en crisis en las sociedades occidentales. «La maternidad se está escindiendo —dice William Saletan, el “experto en naturaleza humana” de Slate.com—. Se puede tener una madre biológica, una madre gestante, una madre adoptiva y a saber qué más. Si una de tus madres es tu abuela, la cosa es aún más confusa.» Hablando de las madres de alquiler, que gestan el feto de otra mujer, Saletan argumenta que tiene sentido que la madre de una mujer se ofrezca a hacerlo: «Si el vientre de alquiler lo pone la abuela, no hay tanto lío. Madre e hija comparten un vínculo genético entre ellas y con el hijo. Es mucho más probable que lleven bien el asunto y den al niño un entorno familiar estable».6 Tal vez. En todo caso, entre el aumento de las adopciones, las familias reconstituidas por segundo matrimonio y las nuevas técnicas (como la gestación en vientres de alquiler, la donación de esperma o la congelación de embriones), el *Homo sapiens* se está distanciando a marchas forzadas de las estructuras familiares «tradicionales», emprendiendo tal vez el camino hacia otras más flexibles que rememoren nuestro pasado remoto.

La creencia en la paternidad múltiple extiende el sentimiento paterno entre los miembros de un colectivo. Éste, sin embargo, es sólo uno de tantos mecanismos de potenciación de la solidez del grupo. Los antropólogos dan fe de numerosas sociedades en las que una ceremonia de imposición de nombre o la afiliación a un clan crean entre individuos obligaciones más vinculantes que los lazos de sangre. Así, Philippe Erikson, que vivió un tiempo con el pueblo matis, comenta sobre ellos: «A la hora de definir los lazos de parentesco, las relaciones derivadas de prácticas de imposición de nombre tienen prioridad absoluta sobre cualquier otra consideración, incluso la conexión genealógica. En caso de conflicto entre dos criterios, prevalece el hecho de compartir un nombre [...]»/

Algunos antropólogos cuestionan incluso que el concepto de parentesco — se defina como se defina— tenga la menor relevancia en las sociedades tribales. Argumentan que, dado que a esa escala tan pequeña lo más normal es que todos los miembros del grupo estén emparentados entre sí en un grado u otro, la afinidad tiende a medirse por criterios más fluidos, como la amistad o el hecho de compartir parejas.

Ya Darwin comprendió que hasta la terminología de parentesco más directa e inmediata está sujeta a una definición cultural. «En un clan local, se espera de todos los varones un comportamiento paternal para con todos los miembros jóvenes — dice la antropóloga Janet Chernela—. Muchos aspectos del cuidado de los niños, como darles afecto y procurarles alimento, son asumidos por todos los varones del clan.»⁸ Su colega Vanessa Lea, basándose en su propia experiencia entre los meben-gokre, observa que «la asignación de responsabilidades es un artificio social, no un hecho objetivo [...]».⁹ Entre los tukanoan, «los hermanos de clan proveen todos a los hijos de todos, como un colectivo. Al poner en un fondo común la caza diaria, todo varón trabaja regularmente para todos los niños del pueblo, tanto los suyos como los de sus hermanos».¹⁰

Esta concepción difusa de la responsabilidad paternal no se circunscribe a las aldeas africanas y amazónicas. Desmond Morris recuerda una tarde que pasó con una camionera de la Polinesia: la mujer le contó que había tenido nueve hijos, pero que dos de ellos se los había dado a una amiga estéril. Al preguntarle el antropólogo qué les parecía a los niños, la mujer dijo que no les importaba lo más mínimo, porque «todos nosotros queremos a todos los niños». Morris añade: «Corrobora este último punto el hecho de que cuando llegamos a la aldea [...], para matar el tiempo, se acerca a un grupo de crios pequeños, se tumba en la hierba a su lado y se pone a jugar con ellos exactamente igual que si fueran suyos. Los niños la aceptan de inmediato y sin reservas. Un extraño que pasara por ahí no sospecharía que pudieran ser otra cosa que una familia natural jugando reunida». II

«Una familia natural.» Quizá sea esa aceptación espontánea entre adultos y niños no emparentados, la crianza difusa que se da en aquellas sociedades en las que los niños llaman «padre» a cualquier hombre y «madre» a cualquier mujer, sociedades lo bastante pequeñas y aisladas como para confiar en la bondad de los extraños, en las que el solapamiento de las relaciones sexuales hace de la paternidad biológica algo incierto e irrelevante... Quizá sea ésa la estructura familiar «natural» de nuestra especie.

¿Es posible que el aislamiento atómico del núcleo de marido y mujer con un niño o dos orbitando a su alrededor sea en realidad una aberración cultural que se nos ha impuesto y que es tan inconveniente para nuestras tendencias evolutivas como el corsé, el cinturón de castidad o la armadura? ¿Osaremos preguntarnos si tanto madres como padres e hijos se han visto obligados a entrar con calzador en una estructura familiar que no le queda bien a nadie? ¿No serán las actuales pandemias de familias fracturadas, agotamiento parental y confusión y resentimiento filial consecuencias previsibles de lo que en verdad es una estructura familiar distorsionada, distorsionadora e inadecuada para nuestra especie?

Fusión nuclear

Si la unidad familiar nuclear aislada e independiente es realmente la estructura en la que el ser humano se organiza de forma más natural, ¿por qué a las religiones y a las sociedades contemporáneas les parece necesario apuntalarla con deducciones fiscales y legislación de apoyo, al tiempo que la defienden ferozmente de parejas homosexuales y promotores de formas «no tradicionales» de matrimonio? De hecho, uno se pregunta por qué el matrimonio ha de ser siquiera un asunto legal, como no sea por su relevancia para la normativa sobre inmigración y propiedad. ¿Para qué habría de necesitar algo tan intrínseco a la naturaleza humana una protección legal tan escrupulosa?

Además, si la tríada nuclear está tan profundamente engastada en nuestra naturaleza, ¿por qué cada vez son menos los que la eligen como modo de vida? En Estados Unidos, el porcentaje de hogares con familia nuclear ha caído del 45 al 23,5 % desde la década de 1970. En 1930, las parejas casadas (con o sin hijos) representaban casi el 84 % de todos los hogares del país, pero las cifras más recientes están por debajo del 50 %, mientras que el número de parejas no casadas se ha disparado de aproximadamente 500.000 en 1970 a más de cinco millones en 2008.

Antes de que Bronislaw Malinowski (1884-1942), el antropólogo más respetado e influyente de su época, declarara zanjada la cuestión, hubo mucho debate sobre si la tríada madre-padre-hijo era efectivamente la unidad atómica universal de organización humana. Malinowski se burlaba de la idea de Morgan de que las sociedades se hubieran podido organizar alguna vez sobre bases distintas a la familia nuclear:

Estos actores son *evidentemente* tres en un principio: los dos padres y su retoño. [...] Este principio incuestionablemente correcto se ha convertido [...] en el punto de partida para una nueva interpretación de la hipótesis de Morgan de un matrimonio comunal primitivo. [Son] muy conscientes de que matrimonio grupal implica paternidad grupal. Sin

embargo, la paternidad grupal [es] una hipótesis casi *impensable*. [...] Esta conclusión ha llevado a errores garrafales como que «el clan se casa con el clan y engendra al clan» o «el clan, como la familia, es un grupo reproductivo»¹² (las cursivas son nuestras).

¿«Principio incuestionablemente correcto»? ¿«Hipótesis impensable»? ¿«Errores garrafales»? Se diría que Malinowski se toma como una ofensa personal que Morgan se atreviera a dudar de la universalidad y naturalidad de la santificada estructura familiar nuclear.

Entre tanto, a escasas manzanas de las aulas londinenses donde impartía sus clases, un número nunca revelado de bebés, cuya existencia amenazaba con dejar en evidencia el monumental error de raíz del «principio incuestionablemente correcto» de Malinowski, eran sacrificados, casi literalmente, en orfanatos. No menos espeluznante era la situación en Estados Unidos. En 1915, un médico llamado Henry Chapín visitó diez orfanatos y descubrió que en nueve de ellos los niños morían antes de cumplir 2 años. *Todos* ellos.¹³ Ése era el sombrío destino que se reservaba a los hijos inconvenientes que nacían por toda Europa. En su libro sobre la vida de la clase media en la Alemania de principios del siglo xx, por ejemplo, Doris Drucker describe a la «hacedora de ángeles» del pueblo, que acogía a los recién nacidos de madres solteras y «mataba de hambre a las criaturas confiadas a su custodia», mientras las jóvenes deshonoradas, ahora sin hijo al que amamantar, eran contratadas como nodrizas por familias acomodadas.¹⁴ ¡Qué eficiencia!

Por estremecedor que resulte pensarlo, el infanticidio generalizado no se limitaba a la época de Malinowski. Durante siglos, millones de niños europeos fueron discretamente depositados en los tornos que había instalados en los muros de los orfanatos. El torno estaba pensado para proteger el anonimato de la persona que abandonaba al pequeño, pero la protección que ofrecía al bebé era bien poca. La tasa de supervivencia en estas instituciones era tan baja que los tornos bien podrían haber dado directamente a un horno crematorio. En lugar de centros

de cuidado, eran mataderos que contaban con la aprobación gubernamental o eclesiástica: los niños cuya existencia podía plantear dudas incómodas sobre el carácter «natural» de la familia nuclear eran víctimas de una especie de infanticidio industrial.¹⁵

En su libro *Eve's Seed: Biology, the Sexes and the Course of History* [La semilla de Eva: biología, los sexos y el curso de la historia], el historiador Robert S. McElvaine se desmarca también de algunos «errores garrafales» cuando dice: «Es *innegable* que la tendencia general de la evolución humana es hacia el vínculo de pareja y la familia estable. El vínculo de pareja (aunque con frecuentes deslices, sobre todo por parte del hombre) y la familia — insiste — se cuentan, pese a las excepciones, entre los rasgos que *caracterizan a la especie humanad*⁶ (la cursiva es nuestra).

Desde luego: ¡obviemos todos los deslices y las múltiples excepciones, y tendremos un argumento de lo más sólido!

Pese a que la evidencia muestra abrumadoramente todo lo contrario, la postura de Malinowski sigue profundamente engastada en los postulados (tanto científicos como populares) sobre la estructura familiar. De hecho, el conjunto que incluye todo lo que la sociedad occidental califica de «familia» está definido a partir de la idea de Malinowski de que, en todas partes, todo niño ha tenido siempre un solo padre.

Pero, si la postura de Malinowski se ha llevado el gato al agua, ¿por qué se sigue desenterrando periódicamente el cadáver intelectual del pobre Morgan para ultrajarlo de nuevo? La antropóloga Laura Betzig comienza un estudio sobre la disolución conyugal (el fracaso matrimonial) afirmando que «la fantasía [de Morgan del matrimonio grupal...] expiró al chocar con la evidencia, y un siglo después de Morgan [...] existe un consenso en torno a que el matrimonio [monógamo] es todo lo universal que pueda ser cualquier comportamiento humano». ¹⁷ ¡Eso duele! La concepción de la estructura familiar de Morgan no era ningun-

na «fantasía». Sus conclusiones se basaban en décadas de exhaustivo trabajo de campo y de estudio. Más adelante, algo menos categórica, Betzig admite que «aún no hay consenso, sin embargo, en torno a por qué» está tan extendido el matrimonio.

Y la verdad es que es un misterio. Pero vamos a comprobar que la principal razón de que los antropólogos vean matrimonio por todas partes es que no acaban de tener muy claro qué aspecto tiene.

Capítulo 8

MATRIMONIO, EMPAREJAMIENTO, APAREAMIENTO Y MONOGAMA: MENUDO MAREMÁGNUM

El matrimonio es el estado más natural del hombre y, por consiguiente, el estado en que es más probable que encontremos una felicidad perenne.

B e n j a m í n F r a n k l i n

El amor es algo ideal, el matrimonio, algo real; confundir lo ideal con lo real nunca queda impune.

J O H A N N W O L F G A N G V O N G O E T H E

Cuando Albert Einstein proclamó que $E=mc^2$, los físicos no empezaron a preguntarse unos a otros: «¿A qué se refiere con “E”?». En las ciencias puras, las cuestiones fundamentales se presentan en forma de números y símbolos preestablecidos. Es raro que la ambigüedad del lenguaje cree la menor confusión. Pero en las ciencias más interpretativas, como la antropología, la psicología o la teoría evolucionista, los malentendidos y los errores de interpretación son el pan nuestro de cada día.

Pongamos por caso las palabras «amor» y «lujuria». El amor y la lujuria son tan distintos uno de otra como el vino tinto y el queso azul, pero, como también pueden complementarse a la perfección, se mezclan con una frecuencia francamente pasmosa.

Tanto en la literatura de la psicología evolucionista, como en la cultura popular, las consultas exquisitamente decoradas de los consejeros matrimoniales, las enseñanzas religiosas, el discurso político y nuestras propias y embarulladas vidas, se confunde muy a menudo la

lujuria con el amor. La formulación en negativo de esta afirmación, puede que incluso más insidiosa y dañina en las sociedades que se aferran a la monogamia sexualmente exclusiva de largo recorrido, es igualmente cierta: la ausencia de lujuria se malinterpreta como síntoma de ausencia de amor (cuestión que exploraremos en la Quinta parte de este libro).

Los expertos nos animan inconscientemente a confundir ambas cosas. *Anatomía del amor*, un libro de Helen Fisher al que ya hemos hecho referencia, pone más énfasis en la responsabilidad parental compartida durante los primeros años de vida de un niño que en el amor que ha reunido a sus padres. Pero no podemos echarle la culpa a la autora, ya que el propio lenguaje contribuye a la falta de claridad. Podemos «dormir» con alguien sin pegar ojo.¹ Si leemos que tal político «hizo el amor» con una prostituta, todos entendemos que el amor no tenía nada que ver con el asunto. Cuando contamos que hemos tenido tantos o tantas «amantes», ¿estamos dando a entender que los hemos «amado» a todos? Y si nos «liamos» con alguien, ¿hasta qué punto «estamos liados»? Si a un tío le enseñas la foto de una mujer de bandera y le preguntas si le gustaría «liarse» con ella, es más que probable que diga (o piense): «¡Pues claro!». Pero es tanto o más probable que ni por un momento se le haya pasado por la cabeza pasar un largo futuro a su lado, con la posibilidad de tener hijos, celebrar una boda y toda la pesca.

Todo el mundo sabe que se trata de expresiones arbitrarias que cubren un abanico casi infinito de situaciones y relaciones. Mejor dicho: todo el mundo menos los expertos. Muchos psicólogos evolucionistas e investigadores de otras disciplinas parecen pensar que «amor» y «sexo» son términos intercambiables. Y también meten en el mismo saco «copular» y «emparejarse». Este fracaso en la definición de la terminología a menudo lleva a confusión y da pie a que sesgos culturales contaminen la reflexión sobre la naturaleza sexual humana. Intentaremos abrirnos camino a través de esta enmarañada maleza verbal.

El matrimonio: ¿la «condición esencial» DE LA ESPECIE HUMANA?

La relación íntima hombre-mujer [...] que los zoólogos han dado en llamar «vínculo de pareja» la llevamos marcada a fuego. Creo que es eso lo que nos distingue de los simios, más que ninguna otra cosa.

Frans de Waal 2

La mayoría de los maridos me recuerdan a un orangután intentando tocar el violín.

Honoró de Balzac

El Santo Grial de la psicología evolucionista es el «universal humano». El objetivo básico de la disciplina es llegar a distinguir los patrones perceptivos, cognitivos y de conducta que son intrínsecamente humanos de los que vienen determinados por factores culturales o personales: ¿Te gusta el fútbol porque cada semana ibas a ver el partido de los domingos con papá, o porque la visión de un grupo de hombres cooperando estratégicamente en un campo conecta con algún módulo ancestral de tu cerebro? Ésa es la clase de pregunta que a los psicólogos evolucionistas les encanta plantear y que aspiran a responder.

Como la psicología evolucionista trata precisamente de desvelar y elucidar la supuesta unidad psíquica de la humanidad —y la presión política y profesional para que los descubrimientos de esta disciplina coincidan con determinados objetivos ideológicos es considerable—, los lectores tienen que ser prudentes a la hora de aceptar las afirmaciones relativas a dichos universales: es muy probable que no resistan un análisis riguroso.

La presunta universalidad del matrimonio humano —y la consiguiente ubicuidad de la familia nuclear— es un excelente ejemplo. La defensa de la universalidad de la tendencia humana a casarse, una piedra angular del modelo convencional de nuestra evolución sexual, parece estar más allá de toda duda o disputa: sería, como decía Malinowski, «incuestionablemente correcta». Aunque la tendencia está asumida

desde antes de Darwin, «Parental Investment and Sexual Selection» [Inversión parental y selección sexual], un estudio ya clásico del psicólogo evolucionista Robert Trivers publicado en 1972, consolidó la posición central del matrimonio en la mayoría de las teorías de la evolución sexual humana.³

Recordemos que, de acuerdo con la definición de estas teorías, el «matrimonio» representa el intercambio fundamental que subyace a la evolución sexual humana. Desmond Morris declara en *El animal humano*, la serie de televisión que hizo para la BBC: «El vínculo de pareja es la condición esencial de la especie humana». Michael Ghiglieri, biólogo y protegido de Jane Goodall, dice: «El matrimonio [...] es el contrato humano supremo. En todas las sociedades, hombres y mujeres se casan casi de la misma forma. El matrimonio —continúa— es por lo general un emparejamiento “permanente” entre un hombre y una mujer [...] en el que ella cría a los niños mientras que él los sostiene y defiende. La institución del matrimonio —concluye— es más antigua que el Estado, la Iglesia o las leyes».⁴ ¡Toma ya! ¿La condición esencial? ¿El contrato humano supremo? A ver cómo se rebate eso.

Pero vale la pena intentarlo, porque tratar de determinar el significado nebuloso de la palabra «matrimonio» tal como se usa en la literatura antropológica ha sido un auténtico quebradero de cabeza para todo el que pretendía entender cómo encajan realmente el matrimonio y la familia nuclear con la naturaleza humana... si es que encajan. El término se emplea indistintamente para referirse a todo un cúmulo de relaciones diversas.

La primatóloga Meredith Small, en *Female Cholees* [Elecciones femeninas], su estudio de la sexualidad de las primates hembra, habla de la confusión que se creó cuando el término «consorcio» se alejó de su significado original (un llamativo paralelismo con la confusión en torno a «matrimonio»). Según explica Small, «la palabra “consorcio” se empleó inicialmente para definir el estrecho vínculo entre macho y hembra observado entre los babuinos de la sabana, y, posteriormente, su uso se extendió a la relación entre toda pareja que se aparee». Este

salto semántico, dice, fue un error. «Los investigadores empezaron a pensar que todos los primates forman consorcios, y aplicaron el término a cualquier relación en que hubiera apareamiento, ya fuera corta o larga, exclusiva o no exclusiva.» Lo que es un problema, porque «lo que en un principio pretendía describir una asociación macho-hembra muy específica que duraba sólo los días del periodo de ovulación, se convirtió en un sinónimo omnicomprendivo de “emparejamiento”. [...] Desde el momento en que se califica a una hembra de “consorte”, nadie concede importancia al hecho de que copule regularmente con otros machos».5

La bióloga Joan Roughgarden ha advertido que los ideales humanos de pareja actuales han empezado asimismo a aplicarse a los animales. «La literatura sobre selección sexual más importante — dice — describe la parentalidad fuera de la pareja como “infidelidad” al vínculo; habla de que la hembra “engaña” al macho o le “pone los cuernos”; califica de “ilegítima” la descendencia resultante del apareamiento con otros machos, y de “fieles” a las hembras que no copulan más que con uno. Esta terminología, que incorpora juicios de valor — concluye —, supone aplicar la definición contemporánea del matrimonio occidental a los animales.»6

El hecho es que, cuando se aplican etiquetas que nos son familiares, las pruebas a favor resultan mucho más visibles que la evidencia en contra: se trata de un proceso psicológico denominado «sesgo de confirmación». Una vez que tenemos un modelo mental, es mucho más fácil que apreciemos y recordemos la evidencia que apoya ese modelo que la que lo contradice. La investigación médica contemporánea intenta neutralizar este efecto empleando en cualquier ensayo clínico serio el método «de doble ciego», en el que tanto el investigador como el sujeto ignoran qué píldoras contienen el medicamento y cuáles el placebo.

Faltos de una definición clara de lo que buscan, muchos antropólogos han visto matrimonios allá donde han puesto la mirada. George Murdock, una figura clave de la antropología americana, sentenciaba en su clásico tratado antropológico transcultural que la familia nuclear es «una agrupación social humana universal», y continuaba declarando que el matrimonio se da en toda sociedad humana.

Pero, como hemos visto, los investigadores son muy susceptibles de sufrir el efecto Picapiedra en sus intentos de describir la naturaleza humana: inconscientemente, tienden a «descubrir» rasgos que les resultan conocidos, y, de este modo, universalizan configuraciones sociales contemporáneas sin advertir que están bloqueando la percepción de la verdad. El periodista Louis Menand comentaba esta tendencia en un artículo de *The New Yorker*. «Las ciencias de la naturaleza humana tienden a validar las prácticas y preferencias del régimen que las patrocina, sea el que sea. En regímenes totalitarios, se da a la disidencia un tratamiento de enfermedad mental. En regímenes de *apartheid*, se califica de antinatural el contacto interracial. En regímenes de libre mercado, el interés egoísta se considera innato».7 Paradójicamente, en todos estos casos, hay que estimular el comportamiento supuestamente natural y castigar las aberraciones antinaturales.

Ilustran este punto las enfermedades de la «drapetomanía» y la «disestesias etiópica», hoy caídas en el olvido. Ambas fueron descritas en 1851 por el doctor Samuel Cartwright, una autoridad en el tratamiento médico de los negros de Luisiana y un pensador muy influyente en el movimiento esclavista. En su artículo «Diseases and Peculiarities of the Negro Race» [Enfermedades y peculiaridades de la raza negra], el doctor Cartwright explicaba que la «drapetomanía» era la enfermedad que «lleva a los negros a fugarse [...], a huir del servicio», mientras que la «disestesias etiópica» se caracterizaba por una «apática y obtusa sensibilidad del cuerpo». Observaba que los supervisores se referían cotidianamente a esta última dolencia como «holgazanería».8

A pesar de proclamar lo contrario — a menudo en un lenguaje pensado para intimidar a posibles disidentes (¿*disestesias etiópica*!) —, la ciencia tiende a postrarse a los pies del paradigma cultural dominante más a menudo de lo que es deseable.

Otro punto débil de muchos de estos estudios es lo que se conoce como «paradoja de la traducción»: la suposición de que una palabra («matrimonio», por ejemplo) conserva su significado al trasladarla de un lenguaje a otro.

Podemos convenir en que los pájaros «cantan» y las abejas «bailan» siempre y cuando tengamos presente que su canto y su baile no tienen prácticamente nada en común con los nuestros, desde los motivos hasta la ejecución. Usamos las mismas palabras para designar comportamientos muy diferentes. Con el matrimonio pasa lo mismo.

Las personas, en efecto, forman parejas en las comunidades de todos los rincones del mundo, aunque sólo sea durante unas horas, unos días o unos pocos años. Pueden hacerlo para compartir un placer, para tener hijos, para complacer a sus familias, para sellar una alianza política o un negocio, o sencillamente porque se gustan. Cuando lo hacen, el antropólogo de turno, que observa agazapado en las sombras del amor, exclama: «¡Tate! Esta cultura también practica el matrimonio. ¡Es universal!». Pero muchas de estas relaciones tienen tan poco que ver con nuestra noción del matrimonio como una hamaca de cuerdas con el colchón de plumas de la abuela. Cambiar la jerga y decir «vínculo de pareja estable» en vez de «matrimonio» no soluciona nada. Donald Symons lo expresa así: «El léxico de la lengua inglesa es de una inadecuación deplorable a la hora de reflejar con precisión las texturas de la experiencia humana. [...] Reducir el vocabulario actual a una expresión —vínculo de pareja— y creer que con eso ya es uno científico [...] es lisa y llanamente engañarse».9

Del puterío matrimonial

Aun pasando por alto la inevitable confusión lingüística, la gente que se considera casada puede albergar nociones sorprendentemente variadas sobre lo que su matrimonio implica. Los aché del Paraguay dicen que un hombre y una mujer que duermen en la misma choza están casados. Pero si uno de ellos coge su hamaca y se la lleva a otra choza, dejan de estarlo. Así de fácil. Es el «divorcio sin culpa» original.

Entre los *!kung san* (también conocidos como *ju/'hoansi*) de Botswana, la mayoría de las jóvenes «se casan» varias veces antes de com-

prometerse en una relación estable. Para los curripaco de Brasil, el matrimonio es un proceso gradual e indefinido. Un científico que vivió entre ellos explica: «Cuando una mujer cuelga su hamaca junto a la de su hombre y cocina para él, algunos jóvenes curripaco dicen que están casados (*kainukana*). Pero mis informadores de más edad discrepan: dicen que sólo están casados cuando demuestran que pueden mantenerse y apoyarse mutuamente. Tener un hijo y hacer juntos el ayuno fortalece un matrimonio».10

Hoy en día, en Arabia Saudita y Egipto hay una forma de matrimonio conocida como *nikah misyar* (que suele traducirse como «matrimonio del viajero»). Según un artículo reciente de Reuters,

[e]l *misyar* atrae a hombres sin muchos recursos y a los que buscan un arreglo flexible: el hombre puede desligarse de un *misyar* y casarse con otras mujeres sin necesidad de informar a la primera. Los musulmanes pudientes a veces contraen *misyar* cuando están de vacaciones, lo que les permite tener relaciones sexuales sin contravenir los principios de su fe. La erudita Suhaila Zein al-Abidin, de la Unión Internacional de Estudiosos Musulmanes de Medina, ha afirmado que casi el 80 % de los matrimonios *misyar* acaban en divorcio. «La mujer pierde todos sus derechos. Hasta la frecuencia con que puede ver a su marido depende del humor de éste», dice.11

En la tradición islámica chiita existe una institución similar, llamada *nikah mutàh* («matrimonio por placer»), en la que la relación se inicia fijando el momento en que terminará, como el alquiler de un coche. Este tipo de matrimonio puede durar desde unos minutos hasta varios años. Un hombre puede tener simultáneamente tantas esposas temporales como quiera (además de su «esposa permanente»). Este tipo de instituciones suelen actuar como resquicio normativo por el que introducir la prostitución o el sexo ocasional dentro de los límites de los preceptos de la religión, y no requieren ni papeleo ni ceremonia. ¿Son también «matrimonios»?

Dejemos a un lado la expectativa de permanencia o el reconocimiento social. ¿Qué hay de la virginidad y de la fidelidad sexual? ¿Son también componentes esenciales y universales del matrimonio, como prediría la teoría de la inversión parental? No. En muchas sociedades, la virginidad carece de importancia, hasta el punto de que incluso carecen de palabra para referirse al concepto. Entre los canela, según explican Crocker y Crocker, «la pérdida de la virginidad no es para la mujer más que un primer paso hacia el matrimonio pleno». Todavía han de darse varios más antes de que la sociedad canela considere a una pareja verdaderamente casada, entre ellos que la joven se gane la aceptación social prestando servicio en una «sociedad festiva de hombres». Este «servicio» premarital incluye el sexo consecutivo con un grupo de entre quince y veinte hombres. Si la futura esposa cumple satisfactoriamente con el servicio, recibirá de cada hombre un pago en carne que se entregará directamente a la futura suegra de la muchacha en un día de celebración.

Cacilda Jethá, coautora de este libro, efectuó en 1990 un estudio del comportamiento sexual de los aldeanos del Mozambique rural para la Organización Mundial de la Salud. Según sus resultados, los 140 hombres del grupo de estudio tenían relaciones con 87 mujeres en calidad de esposas, con otras 252 como parejas sexuales de larga duración y con 226 más de forma esporádica: cada hombre, por tanto, mantenía simultáneamente una media de cuatro relaciones de naturaleza sexual, sin contar los escarceos ocasionales no declarados que probablemente tendrían muchos de ellos.

Entre los warao, un grupo que habita en la selva brasileña, las relaciones habituales se suspenden periódicamente para dar paso a relaciones rituales, llamadas *mamuse*. Durante estos festejos, los adultos son libres de practicar el sexo con quien quieran. Esas relaciones se consideran honorables, y se cree que tienen un efecto positivo sobre los hijos que pudieran resultar de ellas.

En su fascinante relato biográfico sobre los pirahá y un científico que los estudiaba, el periodista John Colapinto constata que «aunque

[los piraha] prohíben el matrimonio con miembros de otras tribus, siempre han renovado su acervo genético permitiendo que sus mujeres se acuesten con forasteros».12

Entre los siriono, es muy común que se casen hermanos con hermanas, en una versión muy particular de *La tribu de los Brady*. El matrimonio en sí tiene lugar sin ningún tipo de ritual o ceremonia: no se intercambian propiedades ni votos, y ni siquiera hay fiesta. Chicos, colocad vuestras hamacas junto a las de las chicas y ya estaréis casados.

Este enfoque tan despreocupado de lo que los antropólogos llaman «matrimonio» no tiene nada de extravagante. Los primeros exploradores, balleneros y cazadores de pieles de las heladas estepas del Ártico se quedaban boquiabiertos ante la más que cálida acogida que les dispensaban sus anfitriones inuit. Imaginen los lectores la perpleja gratitud de aquellos viajeros exhaustos y ateridos al comprender que el jefe del poblado les estaba ofreciendo su propia cama (con su mujer y todo). De hecho, la bienvenida con que recibieron a Knud Ramusen y a otros como él era un sistema de intercambio de cónyuges fundamental en la cultura inuit, y muy ventajoso en un clima tan inclemente. El intercambio erótico desempeñaba un papel vital en la conexión de familias de aldeas muy distantes, favoreciendo la creación de una red de ayuda mutua en tiempos de crisis. Aunque la rigurosa ecología ártica imponía una densidad de población mucho menor que la de la Amazonia, o incluso que la del desierto de Kalahari, la interacción sexual fuera de la pareja contribuía a robustecer unos vínculos que proporcionaban la misma protección ante dificultades imprevistas.

Ninguna de las conductas descritas se considera adulterio en los pueblos interesados. Claro que el término «adulterio» es tan nebuloso como el de «matrimonio». No sólo puede llevarte por el mal camino la mujer de tu prójimo, también la tuya. En el *Speculum doctrinale* [Espejo de doctrina], una popular guía moral de la Edad Media escrita por Vincent de Beauvais, se afirmaba: «Un hombre que ama mucho a su mujer es un adúltero. El amor por la mujer de otro, o demasiado amor por la propia, es vergonzoso». El autor aconsejaba a continuación: «El

hombre recto ha de amar a su mujer con su juicio, no con sus afectos».13 De Beauvais hubiera disfrutado de la compañía del londinense Daniel Defoe, famoso por haber escrito *Robinson Crusoe*. En 1727, Defoe escandalizó a Gran Bretaña con la publicación de un ensayo con el pegadizo título de *Conjugal Lewdness: or, Matrimonial Whoredom* [Lascivia conyugal, o el puterío matrimonial]. Parece que resultaba un poco excesivo, porque en una edición posterior rebajó algo el tono y lo dejó en *A Treaise Concerning the Use and Abuse of the Marriage Bed* [Tratado sobre el uso y el abuso del lecho conyugal]. No eran aventuras en una isla desierta, sino un sermón sobre los peligros físicos y espirituales de disfrutar del sexo con el propio cónyuge.

Defoe habría apreciado al pueblo nayar, nativo del sur de la India: tienen un tipo de matrimonio que no incluye necesariamente actividad sexual alguna, carece de expectativas de permanencia y no exige cohabitación; la novia puede incluso no volver a ver al novio una vez celebrado el rito matrimonial. Pero, dado que en este sistema está prohibido el divorcio, la estabilidad de tales matrimonios, según los sondeos antropológicos, tiene que ser ejemplar.

Como demuestran todos estos ejemplos, muchas de las características que los usos occidentales contemporáneos consideran esenciales del matrimonio distan mucho de ser universales: la exclusividad sexual, el intercambio de propiedades o la intención misma de permanecer juntos mucho tiempo. Nadie espera nada de eso en muchas de las relaciones que los psicólogos evolucionistas y los antropólogos se empeñan en llamar matrimonio.

Desde su nacimiento, el desarrollo de la psicología evolucionista se ha producido principalmente en lengua inglesa. No está de más considerar la confusión que han podido crear en ella los términos *mate* y *mating*, recurrentes en su literatura. El sustantivo *mate* puede referirse indistintamente al *partenaire* en un coito cualquiera como a la pareja en un matrimonio reconocido, con la que se crían los hijos y se establece toda una serie de pautas económicas y de conducta. De la misma forma, el verbo *to mate*, o *mating*, puede significar tanto «emparejarse» (la

unión de dos personas «hasta que la muerte los separe») como «aparearse» (un simple revolcón, y si te he visto no me acuerdo). Cuando los psicólogos evolucionistas nos dicen que hombres y mujeres tienen, de forma innata, «módulos» cognitivos o emocionales diferentes que determinan su reacción a la infidelidad de la «pareja» [*mate*], suponemos que se refieren a su pareja en una relación estable y duradera.

Pero nunca se sabe. Si leemos que «[1]as diferencias por sexo en los criterios humanos de selección de “pareja” [*mate*] existen y persisten, porque los mecanismos que condicionan la evaluación son distintos para hombres y mujeres», y que «para los hombres, la tendencia a excitarse sexualmente por estímulos visuales forma parte del proceso de selección»,¹⁴ sin duda nos rascaremos la cabeza preguntándonos si nos están hablando de cómo elige la gente a ese alguien especial que presentarle a mamá o, sencillamente, de cuáles son los patrones de reacción visceral e inmediata que los hombres heterosexuales suelen experimentar ante una mujer atractiva. Dado que se ha observado que los hombres tienen las mismas reacciones al ver fotografías, películas, maniquíes vestidos de forma atractiva o un arca de Noé de animales de granja — con nada de lo cual pueden optar a casarse —, se diría que este lenguaje alude estrictamente a la atracción sexual. Pero no lo acabamos de tener claro. ¿En qué momento se pasa de aparearse con una pareja a emparejarse y formar pareja?

Capítulo 9

LA CERTEZA DE PATERNIDAD: LA PRECARIA PIEDRA ANGULAR DEL DISCURSO CONVENCIONAL

Según el antropólogo Robert Edgerton, el pueblo marind-anim de Melanesia creía que:

[e]l semen era esencial para el crecimiento y desarrollo humanos. También se casaban muy jóvenes y, para asegurar la fertilidad de la novia, había que llenarla de semen. Por eso, en su noche de bodas, hasta diez miembros del linaje del marido tenían con ella relaciones sexuales, y si en ese linaje aún había más hombres, los restantes tenían relaciones con ella a la noche siguiente. [...] A lo largo de la vida de una mujer, se repetía un ritual parecido a distintos intervalos.¹

Bienvenida a la familia. ¿Te he presentado a mis primos?

Los que piensen que éste es un festejo nupcial un tanto extraño que tengan en cuenta que los antepasados de los romanos hacían algo por el estilo. El matrimonio se celebraba con una orgía en la que los amigos del novio copulaban con la novia, rodeados de testigos. En *Kulturgeschichte Roms unter besonderer Berücksichtigung der römischen Sitten* [Historia cultural de Roma, con consideración especial de las costumbres romanas], publicado en 1934, Otto Kiefer explica que, para la mentalidad romana, «las leyes naturales y físicas son ajenas y hasta contrarias al vínculo conyugal. En consecuencia, la mujer que va a abrazar el matrimonio debe compensar a la Madre Naturaleza por violarla, y pasar por un periodo de prostitución gratuita, durante el que se gana la castidad del matrimonio entregándose previamente a la impudicia».²

En muchas sociedades, estas artimañas licenciosas se prolongan mucho más allá de la noche de bodas. En la Amazonia, los kulina tienen un ritual llamado *dutsee bani towi*: la «orden de traer carne». Don Pollock explica que las mujeres de la aldea «van en grupo de casa en casa al amanecer, cantando a los hombres adultos y “ordenándoles” que salgan a cazar. En cada casa, una o más mujeres del grupo se acercan y dan golpes con un palo; ellas serán sus parejas sexuales esa noche si el éxito les acompaña en la caza. A las mujeres del grupo [...] no se les permite escoger a su marido».

Lo que ocurre a continuación es significativo. Entre protestas fingidas, los hombres se levantan de sus hamacas y se adentran en la selva, pero, antes de separarse para cazar cada uno por su cuenta, acuerdan un momento y un lugar en el que reunirse más tarde en las afueras de la aldea, para repartirse allí las piezas cobradas, asegurando así que nadie se quede sin su ración de sexo extraconyugal: un clavo más en el ataúd del discurso convencional.

La descripción que hace Pollock del regreso triunfal de los cazadores no tiene desperdicio:

Al acabar la jomada, los hombres vuelven en grupo a la aldea, donde las mujeres adultas forman un gran semicírculo y les cantan canciones sexualmente provocativas en que les piden su «carne». Los hombres amontonan las piezas en el centro del semicírculo, a menudo lanzándolas con gesto dramático y sonrisa desafiante. [...] Tras asar la carne y comer, cada mujer se retira con el hombre que ha elegido como pareja para el lance sexual. Los kulina se embarcan en este ritual con gran jovialidad y lo celebran regularmente.³

De eso no nos cabe la menor duda. Pollock tuvo la amabilidad de confirmar nuestra sospecha de que *bani*, el término kulina que significa «carne», se refiere tanto al alimento como a lo que nuestros queridos lectores estarán pensando. El matrimonio quizá no sea un universal humano, pero puede que nuestra capacidad para el juego de palabras sexual sí lo sea.

Amor, lujuria y libertad en el lago Lugu

No hay, ni ha habido nunca, una sociedad en que la certeza de la paternidad sea tan baja como para que los hombres tengan mayor parentesco genético con los hijos de sus hermanas que con los de sus mujeres. Los chimpancés rousseaunianos, alegremente promiscuos y no posesivos, ha resultado que no existen; la evidencia de que disponemos tampoco me convence de que existan seres humanos así.

Donald Symons, *The Evolution of Human Sexuality*

La audaz declaración de Symons era una profesión de fe en la teoría de la inversión parental. Pero se equivocaba de medio a medio en ambos puntos. A finales de la década de 1970, justo cuando Symons escribía estas desafortunadas palabras, los primatólogos descubrían en las selvas que rodean el río Congo que los bonobos eran justamente esos simios alegremente promiscuos y no posesivos cuya existencia estaba declarando imposible. Y los mosuo (pronunciado MUO-suo), un pueblo ancestral del sudoeste de China, forman una sociedad en la que la certeza de paternidad es tan baja e intrascendente que los hombres, efectivamente, crían como propios a los hijos de sus hermanas.

Las mujeres y los hombres no deberían casarse, porque el amor es como las estaciones: viene y va.

Yang Erche Namu (Mujer mosuo)

En las montañas que rodean el lago Lugu, situado cerca de la frontera entre las provincias chinas de Yunnan y Sichuan, unas 56.000 personas disfrutan de un sistema familiar que desde hace siglos desconcierta y fascina a viajeros y estudiosos. Los mosuo veneran el lago Lugu

como Diosa Madre, mientras que la montaña que se eleva sobre él, Ganmo, es respetada como Diosa del Amor. Su idioma carece de escritura: se representa en dongba, el único lenguaje pictográfico que aún está en uso en el mundo. No tienen palabras para «asesinato», «guerra» o «violación». La serenidad relajada y respetuosa de los mosuo va acompañada de libertad y autonomía sexuales casi absolutas tanto para hombres como para mujeres.⁴

En 1265, Marco Polo pasó por la región de los mosuo, y, más tarde, recordaría su desvergonzada sexualidad con estas palabras: «No creen censurable que un forastero, o cualquier otro hombre, se solace con sus esposas, hijas, hermanas o cualquier mujer de sus hogares. De hecho, ven en ello un beneficio, pues dicen que les granjeará el favor de sus dioses e ídolos, y recibirán de ellos bienes materiales en gran abundancia». «Más de una vez — escribió también, con un guiño de picardía— se ha revolcado en la cama un forastero con la mujer de un pobre infeliz durante tres o cuatro días.»⁵

Como buen macho italiano que era, Marco Polo malinterpretó completamente la situación. Tomó erróneamente la disponibilidad sexual de la mujer por una mercancía controlada por los hombres, cuando, en realidad, la característica más llamativa del sistema mosuo es la total autonomía sexual de cualquier adulto, ya sea hombre o mujer.

Los mosuo se refieren a su concierto como *sese*, que significa «ambulante». Como era de esperar, una mayoría de antropólogos cogen el rábano por las hojas y califican el sistema mosuo de «matrimonio ambulante», incluyéndolos así en su lista omnicomprendensiva de culturas que practican el «matrimonio». Los interesados no están de acuerdo con esa definición de su sistema. «Lo mires por donde lo mires, el *sese* no es un matrimonio — dice Yang Erche Namu, una mosuo que ha publicado las memorias de su infancia a orillas de la Madre Lago—. Todos los *sese* se reducen a visitas, y ninguno conlleva ni intercambio de votos o propiedades, ni cuidado de los hijos, ni tampoco expectativas de fidelidad.» El idioma mosuo no tiene palabras para «marido» o «esposa», y prefiere el término *azhu*, que significa «amigo».⁶

Los mosuo son un pueblo agrícola y matrilineal, en el que la propiedad y el apellido se transmiten de madre a hijas, por lo que el hogar gira en torno a las mujeres. Cuando una muchacha alcanza la madurez, a los 13 o 14 años, se le da su propio dormitorio, que tiene acceso directo tanto al patio de la casa como a la calle a través de una puerta privada. Las jóvenes mosuo gozan de total autonomía a la hora de decidir quién debe cruzar su puerta privada para entrar en su *babahuago* (cuarto de las flores). La única regla estricta es que sus invitados tienen que marcharse antes del amanecer. Si quieren, pueden traer a otro amante distinto a la noche siguiente, o la misma noche. No hay ninguna expectativa de compromiso, y cualquier hijo que conciban será criado en casa de sus madres, con ayuda de los hermanos de la chica y de la comunidad.

La descripción que hace Yang Erche Namu de su infancia recuerda asombrosamente la que Malidoma Patrice Somé hacía de la suya en África. La joven mosuo nos cuenta: «Los niños podíamos vagar a nuestro antojo e ir de casa en casa y de aldea en aldea sin que nuestra madre temiera jamás por nuestra seguridad. Todos los adultos eran responsables de todos los niños, y todo niño, a su vez, guardaba respeto a cualquier adulto».7

Entre los mosuo, se considera que un hombre tiene responsabilidades paternas no para con los niños que pudieran (o no) ser fruto de sus propias visitas nocturnas a distintos cuartos de las flores, sino para con los hijos de sus hermanas. Es otro ejemplo de sociedad en la que la aportación paterna está desligada de la paternidad biológica. En la lengua de los mosuo, la palabra *Awu* significa tanto «padre» como «tío». «En vez de un padre, los niños mosuo tienen muchos tíos que cuidan de ellos. En cierto modo —dice Yang Erche Namu—, también tenemos muchas madres, porque a nuestras tías las llamamos *azbeAmi*, que quiere decir “madrecita”.»8

En una vuelta de tuerca que podría dar la puntilla a los defensores de la teoría mayoritaria, las relaciones sexuales se mantienen estrictamente al margen de las relaciones familiares de los mosuo. Por las noches, se supone que los hombres se van a dormir con sus amantes. Si no,

duermen en alguno de los edificios exteriores, nunca en la casa principal junto a sus hermanas. La costumbre prohíbe que en el hogar familiar se hable de amor o de relaciones románticas. Se espera de todo el mundo una discreción extrema. De igual forma que hombres y mujeres son libres de hacer lo que quieran, se espera de ellos que respeten la intimidad de los demás. En el lago Lugu, nadie va por ahí pregonando sus éxitos amorosos.

La mecánica de las relaciones de *afia*, como las llaman los mosuo, se caracteriza por un respeto reverencial a la autonomía de cada individuo, independientemente de su sexo.⁹ Cai Hua, un antropólogo chino, autor de *A Society without Fathers or Husbands* [Una sociedad sin padres ni maridos], explica: «No sólo tienen los hombres y las mujeres libertad para cultivar tantas relaciones de *afia* como quieran y de ponerles fin como les plazca, sino que cada persona puede mantener simultáneamente relaciones con varios *afia*, ya sean de una noche o por un periodo largo». Se trata de relaciones discontinuas que duran sólo el tiempo que las dos personas están juntas. Según explica Cai Hua, «desde el momento en que el visitante sale de la casa de la mujer, se considera terminada la relación de *afia*». Y añade: «No hay ningún concepto de *afia* que se proyecte hacia el futuro. La relación de *afia* [...] sólo existe en el instante presente y en retrospectiva», por más que una pareja pueda repetir sus encuentros tan a menudo como quiera.¹⁰

Hombres y mujeres mosuo especialmente libidinosos afirman sin ninguna vergüenza haber tenido cientos de relaciones. La vergüenza, según su punto de vista, sería la reacción indicada ante promesas o requerimientos de fidelidad. Un voto de fidelidad sería considerado improcedente, como un intento de negociación o intercambio. Manifestar abiertamente celos se considera agresivo por lo que implica de intrusión en la sagrada autonomía de otra persona, y, en consecuencia, merece ser objeto de burla y escarnio.

Desgraciadamente, la hostilidad hacia esta expresión libre de la autonomía sexual femenina no es exclusiva de antropólogos estrechos de miras y exploradores italianos del siglo xm. Pese a que los mosuo nunca

han dado muestras de haber intentado exportar su sistema ni tratado de convencer a nadie de la superioridad de su planteamiento del amor y el sexo, sufren desde hace mucho presiones externas para que abandonen sus creencias tradicionales, que, al parecer, los de fuera interpretan como una amenaza.

Una vez que los chinos se hicieron completamente con el control de la zona en 1956, funcionarios gubernamentales empezaron a hacerles visitas anuales para sermonearlos sobre los peligros de la libertad sexual y convencerlos de que adoptaran el matrimonio «normal». En una cuestionable iniciativa publicitaria que recuerda a *Reefer Madness** [La locura del porro], un año los agentes del gobierno se presentaron con un generador eléctrico portátil y una película que mostraba a «actores vestidos de mosuo [...] en las fases finales de la sífilis, habiendo perdido la razón y buena parte de la cara». La reacción del público no fue la que esperaban los funcionarios chinos: su improvisado cine quedó reducido a cenizas. Pero no se rindieron. Yang Erche Namu recuerda «reuniones noche tras noche en las que arengaban, criticaban e interrogaban a la gente. [...] Tendían emboscadas a los hombres cuando iban a casa de sus amantes, sacaban a rastras a las parejas de la cama y los exponían desnudos a la vista de sus propios familiares».

Cuando esas tácticas groseras tampoco consiguieron convencer a los mosuo para que abandonaran su sistema, los funcionarios se empeñaron, no tanto en mostrar, sino en llevar la «decencia» a ese pueblo. Les cortaron el suministro de provisiones básicas, como semillas o ropa para los niños. Linalmente, llevados literalmente hasta la inanición, muchos mosuo aceptaron tomar parte en ceremonias matrimoniales patrocinadas por el gobierno, en las que se daba a cada uno «una taza de té, un cigarrillo, un puñado de caramelos y un certificado de papel». ¹¹

¹¹Película de 1938 que pretendía disuadir a los jóvenes de consumir marihuana y que se ha convertido en un clásico de culto de la comedia involuntaria. En ella, los efectos de un solo porro arrastran a los incautos adolescentes protagonistas al homicidio, la violación y el suicidio. (*N. del t.*)

Pero las tácticas coercitivas resultaron poco efectivas a largo plazo. La autora de libros de viaje Cynthia Barnes visitó el lago Lugu en 2006 y se encontró con el sistema mosuo aún intacto, aunque sujeto a la presión de los turistas chinos, que, al igual que Marco Polo 750 años antes, confunden la autonomía sexual de las mujeres mosuo con el libertinaje. «Aunque su falta de recato atrae la atención del mundo sobre los mosuo — dice Barnes—, el sexo no es el centro de su universo.» Y continúa:

Pienso en el amargo divorcio de mis padres, en mis amigos de infancia desarraigados y destrozados porque papá o mamá habían decidido acostarse con otra persona. Creo que el lago Lugu no es tanto el reino de las mujeres como el reino de la familia, pero de una familia libre por ventura de políticos y predicadores que ensalcen los «valores familiares». No saben lo que es un «hogar roto», no hay sociólogos angustiados a cuenta de las «madres solteras», ni quebranto económico o estigma cuando los padres se separan. Descaradas y seguras de sí mismas, [las jóvenes mosuo] crecen rodeadas del amor de un círculo de parientes de ambos sexos. [...] Cuando se unan al baile e inviten a un chico a su cuarto de las flores, será por amor, o por lujuria, o lo que sea que ocurre cuando nos gobiernan las hormonas y las calenturas. No les hará falta que ese chico —o cualquier otro— les ofrezca un hogar o formar una «familia». Saben que esas dos cosas las van a tener siempre. 12

Puede que el planteamiento del amor y del sexo de los mosuo acabe finalmente sucumbiendo ante las hordas de turistas chinos han, la etnia mayoritaria, que amenazan con convertir el lago Lugu en una versión de parque temático de su cultura. Pero, tras décadas — si no siglos— de presiones extremas para que se adecúen a lo que muchos científicos insisten aún en que es la naturaleza humana, los mosuo siguen resistiendo: no cabe duda de que son un orgulloso contraejemplo del discurso convencional.



Mujer mosuo
(Foto: Jim Goodman)



Mujeres mosuo
(Fotografía: Sachi Cunningham/www.germancamera.com)

De la inevitabilidad del patriarcado

A pesar de sociedades como la de los mosuo, en las que las mujeres disfrutan de autonomía y desempeñan un papel crucial en el mantenimiento de la estabilidad social y económica, y de las docenas de sociedades de cazadores-recolectores en las que las mujeres gozan de respeto y de un estatus elevado, muchos científicos insisten inflexibles en que todas las sociedades han sido siempre patriarcales. En su libro *La inevitabilidad del patriarcado* (titulado *Why Men Rule* [Por qué mandan los hombres] en ediciones posteriores), el sociólogo Steven Goldberg ofrece un buen ejemplo de esta visión absolutista. «El patriarcado — dice — es universal. [...] Es más, de todas las instituciones sociales, probablemente no haya otra cuya universalidad concite un acuerdo más unánime [...]. No hay, ni ha habido nunca, ninguna sociedad que haya dejado ni remotamente de asociar la autoridad y el liderazgo en el ámbito supra-familiar al varón. No existen casos dudosos.»³ Son palabras fuertes. Sin embargo, en 247 páginas, Goldberg no menciona a los mosuo ni una sola vez.

Sí que menciona, en cambio, a los minangkabau de Sumatra Occidental (Indonesia), pero sólo en un apéndice, donde cita dos pasajes de estudios de otros autores. El primero, que data de 1934, dice que a los hombres se les suele servir la comida antes que a las mujeres. De ahí deduce Goldberg que ejercen un poder superior en la sociedad minangkabau. Lo que tiene tanta consistencia lógica como concluir que las sociedades occidentales deben de ser matriarcales porque los hombres suelen abrir la puerta para ceder el paso a las mujeres. El segundo pasaje citado por Goldberg procede de un estudio del que es coautora la antropóloga Peggy Reeves Sanday, y que sugiere que los hombres minangkabau tienen cierto grado de autoridad en la aplicación de varios aspectos de la ley consuetudinaria.

Puede hacerse dos objeciones de peso a la interpretación que hace Goldberg del trabajo de Sanday. En primer lugar, no hay contradicción implícita en afirmar que una sociedad no es patriarcal y defender, al mismo tiempo, que los hombres ostentan varios tipos de autoridad. Es sencillamente ilógico: el famoso cuadro de Van Gogh *Noche estrellada*

no es un «cuadro amarillo», aunque contenga mucho amarillo. El segundo problema de la cita es que Peggy Reeves Sanday, la autora citada, ha defendido repetidamente que los minangkabau son una sociedad matriarcal. De hecho, su libro más reciente sobre ellos se titula *Women at the Center: Life in a Modern Matriarchy* [Las mujeres, en el centro: la vida en un matriarcado moderno].¹⁴

Sanday, que ha pasado más de veinte veranos viviendo entre los minangkabau, dice que «el poder de las mujeres minangkabau se extiende a los ámbitos económico y social» y ob-



Mujer minangkabau con niñas
(Fotografía: Christopher Ryan)¹⁵

serva, por ejemplo, que son ellas quienes controlan la herencia de las tierras, y que, cuando se casan, lo habitual es que el novio se mude a casa de la novia. Los cuatro millones de minangkabau que viven en Sumatra Occidental se consideran a sí mismos una sociedad matriarcal. «Mientras que en Occidente glorificamos el dominio y la competencia de los hombres — dice Sanday —, los minangkabau glorifican la cooperación y a su mítica Reina Madre.» Da testimonio de que «las relaciones que se establecen entre hombres y mujeres son más de socios en la consecución del bien común que de competidores regidos por intereses egocéntricos» y afirma que, como ocurre en los grupos sociales de bonobos, el prestigio de las mujeres crece con la edad y «recae sobre todo en aquellas que fomentan las buenas relaciones [...]».16

Como sucede a menudo cuando se intenta comprender y debatir otras culturas, las palabras confunden a los especialistas. Los antropólogos que aseguran no haber encontrado nunca un «verdadero matriarcado» tienen en mente una imagen especular del patriarcado, una visión que ignora el hecho de que hombres y mujeres conciben y ejercen el poder de distinta manera. Sanday dice que entre los minangkabau, por ejemplo, «no es posible ni el gobierno de los hombres ni el de las mujeres, debido a [su] creencia de que la toma de decisiones ha de ser consensual». Tras insistir en preguntarles qué sexo gobernaba en su pueblo, acabaron diciéndole que estaba haciendo la pregunta equivocada. «No gobierna ningún sexo [...] porque hombres y mujeres se complementan.»17

Recordemos esto cuando en un bar algún bocazas proclame: «¡El patriarcado es universal, y siempre lo ha sido!». Ni lo es, ni lo ha sido. Pero antes de que los lectores varones empiecen a sentirse amenazados, les recomendaríamos que consideraran lo siguiente: aquellas sociedades en que las mujeres gozan de gran autonomía y autoridad tienden decididamente a tratar bien a los hombres, a ser tolerantes, relajadas y bastante sensuales. ¿Lo pilláis, chicos? Si no estáis contentos con la cantidad de oportunidades sexuales que hay en vuestra vida, no echéis la culpa a las mujeres. Os irá mejor si procuráis que puedan acceder en

condiciones de igualdad al poder, la riqueza y el estatus. Probad, y veréis qué pasa.

Como sucede con los bonobos, donde las coaliciones de hembras ostentan la máxima autoridad social y donde los miembros femeninos del grupo no tienen razones para temer la mayor envergadura de los hombres, las sociedades humanas en que las mujeres son «descaradas y seguras de sí mismas», como describía Barnes a las muchachas mosuo — libres de expresar su pensamiento y su sexualidad, sin temor a la vergüenza o a la persecución—, tienden a crear un entorno más acogedor para la mayoría de los hombres, que las sociedades gobernadas por una elite masculina. Tal vez los antropólogos (varones) occidentales tengan tantas dificultades para reconocer las sociedades matriarcales porque esperan encontrar una cultura de hombres que sufren bajo el tacón de aguja de las mujeres: la imagen invertida de la secular opresión que las mujeres han sufrido bajo la autoridad de los hombres en la cultura occidental. Y si lo que observan es una sociedad en que la mayoría de los hombres se pasean relajados y felices, llegan a la conclusión de que han encontrado otro patriarcado más, con lo que siguen sin enterarse de nada.

La marcha de los monógamos

No es que la idea de la monogamia se haya intentado y se haya considerado insatisfactoria; es más bien que parecía difícil y no se ha llegado a intentar.

G. K. Chesterton

El éxito sorpresa de taquilla de 2005 fue una película titulada *La marcha de los pingüinos*. Es el segundo documental en recaudación de todos los tiempos; el público quedó conmovido al contemplar la abnegación con que las parejas de pingüinos cuidan a sus adorables polluelos. Muchos espectadores vieron reflejado su propio matrimonio en la sacrificada

entrega de estas aves a sus retoños y parejas. Como lo expresó un crítico, era «imposible contemplar a esos miles de pingüinos apelotonados para protegerse de los helados vientos antárticos [...] sin sentir un tirón de afinidad antropomórfica». En Estados Unidos, las iglesias alquilaban salas de cine y hacían pases privados para sus congregaciones. Rich Lowry, editor de *The National Review*, dijo en un discurso ante una audiencia de jóvenes republicanos: «Los pingüinos son el auténtico ejemplo ideal de monogamia. La abnegación de estas aves es asombrosa». Adam Leipzig, presidente de la división de largometrajes de la National Geographic, declaraba a los pingüinos «padres ejemplares», y proseguía: «Es extraordinario todo por lo que son capaces de pasar para cuidar de sus hijos, y ningún padre que la vea volverá a quejarse de tener que llevar a los crios al colegio. Hay paralelismos conmovedores con la naturaleza humana». ¶

Pero, a diferencia de las propias aves, en la sexualidad de los pingüinos no todo es blanco o negro. Esa pareja perfecta de pingüinos, ese «ejemplo ideal de monogamia», esos «padres modélicos» son monógamos justo el tiempo que les lleva sacar a su pequeño del huevo y del hielo para lanzarlo a las heladas aguas del Antártico: algo menos de un año. Quien haya visto la película, sabrá que, con tanto ir y venir por la blanca estepa azotada por el viento, y tanto acurrucarse para protegerse de las violentas ventiscas, tampoco hay muchas ocasiones de ceder a tentaciones extraconyugales. En cuanto su criatura echa a nadar con el resto de los pollitos de once meses — el equivalente para ellos del jardín de infancia —, la fidelidad queda en el olvido, se produce un divorcio rápido, automático e indoloro, y mamá y papá vuelven a hacer la ronda de los pingüinos. Dado que un pingüino adulto capaz de criar suele vivir treinta años o más, estos «padres modélicos» tienen por lo menos dos docenas de «familias» a lo largo de su vida. ¿Quién dijo «ejemplo ideal de monogamia»?

A los que la película les pareció tierna, ya fuera refrescante o empalagosamente, se les podría preparar una doble sesión atrevida, aunque quizás algo perversa, que emparejara *La marcha de los pingüinos* con una

de Werner Herzog: *Encuentros en el fin del mundo*, un documental que es una obra maestra de la fotografía e incluye entrevistas con un surtido de personajes sorprendentes; entre ellos, David Ainley, un biólogo y ecologista marino extremadamente reservado (tanto que es casi gracioso) que lleva dos décadas estudiando a los pingüinos en la Antártida. Respondiendo al mordaz interrogatorio de Herzog, Ainley afirma haber presenciado entre pingüinos casos de *ménage a trois*, en los que dos machos se turnan para cuidar del huevo de una misma hembra, y también de «prostitución», en que las hembras reciben piedrecillas de primera calidad para la construcción del nido a cambio de algún escarceo amoroso.

Otro supuesto paradigma de «monogamia natural» es el topillo de la pradera. Según un artículo de prensa, «el topillo de la pradera — un roedor rechoncho que habita en llanuras y dehesas— está considerado una especie casi perfectamente monógama. Forma parejas que comparten un nido. Macho y hembra se protegen activamente el uno al otro, y defienden juntos su territorio y sus crías. El macho asume actividades parentales, y, si uno de los miembros de la pareja muere, el otro no vuelve a emparejarse».19 Teniendo en cuenta las vitriólicas críticas que tuvo que aguantar Darwin hace 150 años por atreverse a comparar al hombre con los simios, no deja de llamar la atención el consuelo que parecen hallar los científicos contemporáneos en equiparar el comportamiento sexual humano con el de un animal tan parecido a la rata. Nosotros, que un día nos medimos con los ángeles, nos vemos reflejados hoy en un humilde roedor. Pero C. Sue Cáster y Lowell L. Getz, que llevan 35 años investigando los aspectos biológicos de la monogamia en topillos de la pradera y otras especies, son tajantes al respecto: «La exclusividad sexual —afirman— no es un rasgo de la monogamia [del topillo]».20 Thomas Insel, director del Instituto Nacional de Salud Mental estadounidense (antes lo fue del Centro Yerkes de Primates) y también experto en el topillo de la pradera, dice que los que conocen el tema tienen una visión menos exaltada de su monogamia: «Se acuestan con cualquiera, pero sólo hacen nido con su pareja».21

Luego tenemos esa réplica (invariablemente dirigida a mujeres, no se sabe muy bien por qué) que dice: «Si lo que buscas es monogamia, cástate con un cisne».*

¿Qué pasa pues con los cisnes? Muchas especies de aves han tenido tradicionalmente fama de monógamas, porque hacen falta los dos padres para la labor de incubar los huevos veinticuatro horas al día, siete días a la semana, y alimentar luego a los polluelos. Igual que con los humanos, muchos partidarios de la teoría de la inversión paternal daban por descontado que los machos sólo ayudarían si estaban seguros de que las crías eran suyas. Pero el abaratamiento de las pruebas de ADN también ha socavado la credibilidad de ese cuento. Aunque el azulejo, un ave americana, anide y críe a los polluelos en pareja, entre el 15 y el 20 % de los pollos no han sido engendrados por el macho de la pareja, según la etóloga y ecóloga Patricia Adair Gowaty. Y no es que los azulejos sean especialmente golfos: estudios genéticos efectuados en 180 especies de aves que hasta entonces se consideraban monógamas han demostrado que el 90 % no lo son. Y los cisnes, por desgracia, no están entre el 10 % de las virtuosas. Así que si lo que buscas es monogamia... olvídate también del cisne.

¿Es natural la monogamia? Sí. [...] A los seres humanos rara vez hace falta engatusarlos para que se emparejen. Al contrario, lo hacemos espontáneamente. Flirteamos. Nos encaprichamos de alguien. Nos enamoramos. Nos casamos. Y la mayoría nos casamos con una sola persona cada vez. El vínculo de pareja es un distintivo del animal humano.

Helen Fisher

Extraño distintivo para una especie que disfruta de tanta actividad al margen de la pareja. El pegamento que hace que se sostenga el discurso

* Popularizada por la película de Nora Ephron *Se acabó el pastel*.

convencional es el postulado de que casarse y emparejarse tienen significados de aplicación universal, como los verbos «comer» o «parir». Pero sea cual sea la terminología que elijamos para esa relación especial aceptada socialmente que a menudo se da entre los hombres y las mujeres de todo el mundo, nunca dará cuenta del universo de variaciones de que nuestra especie es capaz.

«Matrimonio», «pareja» y «amor» son fenómenos producto de una construcción social que tienen poco o nada de transferibles fuera de una cultura dada. Los ejemplos que hemos señalado de rituales desenfrenados de sexo en grupo, intercambio de parejas, aventuras ocasionales y sexo secuencial socialmente admitido se han registrado todos en culturas que los arqueólogos insisten en calificar de monógamas, simplemente porque han decidido que lo que llaman «matrimonio» está presente en ellas. No es de extrañar que haya tanta gente convencida de que matrimonio, monogamia y familia nuclear son universales humanos. Con una interpretación tan laxa de los conceptos, hasta el topillo de la pradera, que «se acuesta con cualquiera», da la talla.

Capítulo 10

LOS CELOS: GUÍA PARA PRINCIPIANTES DISPUESTOS A DESEAR A LA MUJER DE SU PRÓJIMO

[Una vez que] el matrimonio [...] se generalice, los celos llevarán a la inculcación de la virtud femenina; y cuando ésta sea respetada, se extenderá a las mujeres no casadas. La lentitud con que se extiende al sexo masculino salta a la vista hoy en día.

Charles Darwin¹

En la ceremonia nupcial tradicional de los canela, los novios se tumban en una estera, cada uno con los brazos bajo la cabeza del otro, y con las piernas entrelazadas. Luego da un paso al frente el hermano de la madre de cada contrayente y advierte a la novia y a su nuevo marido que permanezcan juntos hasta que esté crecido el último de sus hijos, y les recuerdan específicamente que no han de tener celos de los amantes del otro.

Sarah Blaffer Hrdy²

En 1631, por un error de imprenta, se publicaron Biblias que proclamaban: «Cometerás adulterio».3 Aunque no es un mandamiento bíblico, la prohibición expresa de mantener relaciones sexuales con la pareja habitual —a veces incluso bajo la amenaza de pena de muerte— está presente en muchos de los ejemplos de S.E.Ex. (intercambio socioerótico, por si alguien lo ha olvidado) que hemos visto. ¿A qué puede deberse?

Dado que esos rituales se han desarrollado en todo el mundo en culturas que no guardan entre ellas ninguna relación, es lógico pensar que cumplen una función importante. Los conflictos internos suponían una amenaza existencial para grupos cuyos miembros eran profundamente interdependientes, como aquellos en los que vivieron nuestros ancestros durante miles de generaciones. Los intercambios socioeróticos ritualizados, socialmente aceptados, y a veces obligatorios, reducían los trastornos causados por los celos y la posesividad, contribuyendo al mismo tiempo a difuminar la paternidad. No sorprende que sociedades de pequeñas dimensiones que dependían mucho de la confianza, la generosidad y la cooperación entre sus miembros evolucionaran promoviendo formas de potenciar dichas cualidades y desalentar conductas y creencias que podrían amenazar la armonía del grupo y la supervivencia de los individuos.

Hemos de insistir en que no pretendemos atribuir una especial nobleza a los cazadores-recolectores, ni tampoco postular que carecen de ella. Muchas conductas consideradas normales por las sociedades contemporáneas (y que, como consecuencia, enseguida se toman por uni-

versales) destruirían en poco tiempo las pequeñas comunidades de cazadores-recolectores, al volverlas disfuncionales. En concreto, la persecución a toda costa del interés individual, ya se exprese en el acaparamiento de alimentos o en una desmedida posesividad sexual, es una amenaza directa a la cohesión del grupo, y se considera vergonzosa y ridícula.

¿Alguien duda de que las sociedades puedan reformar tales impulsos?

En nuestros días, en zonas de Tailandia y de Birmania, les alar-



Fotografía de Christopher White,
www.christopherwhitephotography.com

gan el cuello a las muchachas para que resulten más atractivas para los hombres; en aldeas de todo el norte de África, les cortan el clítoris a las niñas y les cosen los labios mayores para atemperar el deseo sexual; y, en la glamurosa California, la labioplastia reductora y otras intervenciones de cirugía vaginal se han convertido en un negocio floreciente. En muchos otros lugares, se practica la circuncisión a los chicos o se les abre el pene mediante una subincisión ritual. Ha quedado ya bastante claro, ¿no?



Dibujo de campo de Paul Kane*

Un puñado de tribus de nativos norteamericanos de los Altos Llanos* convinieron en un patrón de belleza que los obligó a moldear el cráneo de sus bebés atándoles pequeñas tablillas de madera a la frente.⁵ A medida que los niños crecían, les iban apretando gradualmente las correas que sujetaban las tablas, del mismo modo que un ortodoncista realinea la dentadura. No está claro qué daños cerebrales, caso de haberlos, produciría esta práctica, pero el resultado eran unas cabezas cónicas, como de otro mundo, que infundían el pánico a las tribus vecinas y a los tramperos blancos de la región.

Y es posible que fuera ésa la intención. Si su apariencia ultramundana atemorizaba a los enemigos potenciales dándoles así el beneficio de una protección adicional, es fácil suponer cómo debió de desarrollarse semejante tendencia estética. No cabe duda de que las personas están dispuestas a pensar, sentir, vestir, hacer y creer prácticamente todo lo que la sociedad donde viven tilde de normal, desde deleitarse con un trago de cerveza elaborada con saliva o de batido de sangre de vaca hasta llevar calcetines con sandalias.

* *Upperplains*: se conoce por esre nombre a una zona que comprende los Estados de Iowa, Kansas, Minnesota, Misuri, Nebraska y las dos Dakotas. (IV. *del t.*)

Las mismas fuerzas sociales que pueden persuadir a la gente para que se estire el cuello más allá del punto de ruptura, aplaste la cabeza de sus bebés o venda a sus hijas a la prostitución sagrada son muy capaces de remodelar o neutralizar los celos sexuales presentándolos como algo ridículo y estúpido. Presentándolos como algo anormal.

La explicación evolucionista de los celos sexuales masculinos pivota, como hemos visto, sobre el cálculo genético que subyace a la certeza de paternidad. Pero si la cuestión son los genes, a un hombre debería preocuparle menos que su mujer tenga relaciones sexuales con sus hermanos — con los que comparte la mitad de los suyos — que con hombres ajenos a su familia. Caballeros, ¿qué les contrariaría menos, sorprender a su mujer en la cama con su hermano o con un desconocido? Señoras, ¿preferirían que su marido tuviera una aventura con su hermana? No, ¿verdad? Ya nos parecía.⁶

Sexo de suma cero

Hemos mencionado a David Buss cuando hemos comentado las estrategias combinadas de selección de pareja; sin embargo, la mayor parte de su trabajo se centra en el estudio de los celos. Buss rechaza la idea que defiende que la razón de que la comida o las parejas se compartan es justamente su escasez. «Si no hay comida para alimentar a todos los miembros de un grupo — dice —, unos sobreviven y otros mueren.» De igual modo, «si dos mujeres desean al mismo hombre [...] que una consiga atraerle significa que la otra lo pierde». A Buss no le cabe la menor duda de que la evolución es «un juego de suma cero en el que los vencedores ganan a costa de los perdedores».⁷

Con demasiada frecuencia, el debate sobre la naturaleza de la sexualidad humana parece una guerra de peones al servicio de filosofías político-económicas contrapuestas. Los defensores del discurso convencional ven la ganancia de Caín como la pérdida de Abel, y punto. «Así es la vida, chico — te dirán todos —. Está en la naturaleza humana. Es el

interés egoísta lo que mueve el mundo, prepárate, porque en la vida rige la ley del más fuerte, y así ha sido siempre.»

Esta visión de libre mercado de las relaciones sexuales humanas se basa en el postulado de que la monogamia es intrínseca a nuestra naturaleza. Si se elimina ese factor (la «propiedad» masculina individual de la capacidad reproductiva femenina), la dinámica del «yo gano/tú pierdes» se viene abajo. Como hemos apuntado anteriormente, Buss y compañía sortean los numerosos y flagrantes fallos de la teoría (nuestra extravagante capacidad sexual, la ubicuidad del adulterio en todas las culturas, la promiscuidad desatada de las dos especies de primates más próximas a la nuestra, el hecho de que no exista ningún primate monógamo que viva en grupos sociales amplios) con una lógica retorcida y un alegato especial sobre los conflictos internos y las contraproducentes «estrategias combinadas de selección de pareja» del *Homo sapiens*. Lo que se dice buscarle cinco pies al gato.

Buss y sus colegas han llevado a cabo carretadas de estudios transculturales diseñados para confirmar que hombres y mujeres experimentan los celos de dos formas distintas, cada una coherente con las especificidades de su sexo. Estos investigadores aseguran haber demostrado dos postulados cruciales que subyacen al discurso convencional: que a los hombres les preocupa la certeza de paternidad (y, por consiguiente, y en primer término, la fidelidad sexual de su pareja), y que a las mujeres les preocupa el acceso a los recursos de un hombre (por lo que se sienten más amenazadas por ese tipo de intimidad emocional que pudiera llevar al hombre a dejarlas por otra mujer); en ambos casos, con carácter universal. Esas manifestaciones diferenciadas de los celos sexuales parecerían corroborar poderosamente el discurso convencional.

En un estudio típico de esta investigación, Buss y su equipo pidieron a 1.122 personas que imaginaran que su pareja se interesaba por otra persona. Les preguntaron: «¿Qué le disgustaría o angustiaría más? ¿Imaginar: a) que su pareja entabla con esa persona una relación afectiva profunda, pero sin sexo de por medio, o b) que disfruta de una relación

sexual con esa persona, pero sin vinculación afectiva?». En estudios similares efectuados en campus universitarios de Estados Unidos y Europa, Buss y sus colegas obtuvieron sistemáticamente resultados más o menos idénticos. Hombres y mujeres diferían en sus respuestas aproximadamente en un 35%, confirmando en apariencia su hipótesis. «En conjunto, las mujeres seguían manifestando más rechazo por la infidelidad afectiva de la pareja — dice Buss —, aunque no implicara sexo. A los hombres, en cambio, la infidelidad sexual de la pareja les molestaba más que a las mujeres, aunque no conllevara lazos emocionales.»⁸

Pero, a pesar de su ámbito aparentemente transcultural, esta investigación carece de rigor metodológico. Buss y sus colegas sucumben a la misma tentación que socava la fiabilidad de muchos otros estudios sexuales: confía en una muestra de población más conveniente que representativa. Casi todos los participantes de esas encuestas eran estudiantes universitarios. Comprendemos que los universitarios son muy tentadores como sujeto de trabajos de investigación: son fáciles de encontrar y de motivar (basta con ofrecerles parte de los créditos académicos del curso por rellenar un cuestionario, por ejemplo). Pero eso no los convierte en una representación válida de la sexualidad humana. Ni mucho menos. La gente de su edad, incluso en culturas supuestamente liberales como las occidentales, está en las primeras etapas de su desarrollo sociosexual y, en el mejor de los casos, tiene poca experiencia a la que recurrir para considerar cuestiones sobre ligues de una noche, preferencias de pareja de cara a una relación larga o número ideal de parejas a lo largo de una vida: cuestiones todas ellas que explora el estudio de Buss.

Pero Buss no es el único que distorsiona el enfoque centrándolo en los universitarios. La mayoría de los estudios sobre la sexualidad están basados en las respuestas de estudiantes norteamericanos de entre 18 y 22 años. Aunque alguno podría argumentar que un tío de 20 años viene a ser como uno de 50 con más energía, pocos defenderían que una veinteañera tenga mucho en común con una mujer treinta años mayor, en lo que a su sexualidad se refiere. Casi todo el mundo estará

de acuerdo en que la sexualidad femenina cambia mucho a lo largo de la edad adulta.

Otro problema que plantea usar estudiantes universitarios en estudios multiculturales como los que Buss lleva a cabo tiene que ver con las diferencias de clase. En países subdesarrollados o en vías de desarrollo, prácticamente sólo van a la universidad los hijos de las clases más altas. Probablemente, un rico universitario angoleño tendrá mucho más que ver con un estudiante portugués que con alguien de su misma edad que viva en las barriadas de Luanda. Los estudios de campo que hemos llevado a cabo en África sugieren que allí las creencias y conductas sexuales difieren enormemente entre las distintas clases sociales y subculturas (como ocurre en otras partes del mundo).⁹

Aparte de las distorsiones derivadas de la edad y la clase social, Buss y sus colegas pasan por alto un hecho fundamental: absolutamente todos sus sujetos viven en sociedades posagrícolas caracterizadas por la propiedad privada, las jerarquías políticas, la televisión globalizada, etc. ¿Cómo vamos a identificar los «universales humanos» si no incluimos al menos un mínimo de cazadores-recolectores, cuyo pensamiento y conducta no han sido modelados por los efectos de la vida moderna y representan una proporción abrumadoramente mayoritaria de la experiencia de nuestra especie? Como ya hemos puesto de manifiesto, gran cantidad de estudios sobre cazadores-recolectores demuestran que se dan notables similitudes entre sociedades inconexas y diferencias drásticas con las posagrícolas. Puede que los nigerianos de clase alta y los suecos piensen que no tienen nada que ver unos con otros, pero un cazador-recolector los encontraría muy parecidos en muchos aspectos.

De acuerdo, no es tarea fácil entregar cuestionarios y lápices a los cazadores-recolectores de la Alta Amazonia. Tal vez con paracaídas (*Los universitarios deben estar locos*)...^{*} Aun así, la dificultad o imposibilidad de incluir su punto de vista no menoscaba su importancia vital para la integridad de este tipo de estudios. Presentar un paradigma de investi-

^{*}Alusión a la película cómica *Los dioses deben estar locos*. (N. del t.)

gación tan amplio y a la vez tan superficial equivale a pretender haber desvelado las «verdades universales de los peces» tras efectuar estudios en ríos de todo el mundo. ¿Qué hay de los peces de los lagos? ¿Y los estanques? ¿Y los mares?

La psicóloga Christine Harris ha señalado que las conclusiones de Buss bien podrían no ser otra cosa que la confirmación de algo bien sabido: que «los hombres reaccionan más ante cualquier forma de estímulo sexual que ante los estímulos emocionales, [y] tales estímulos les interesan más, o son más capaces de imaginarlos». ¹⁰ En otras palabras, a los hombres les «pone» más el sexo por la sencilla razón de que lo visualizan con más claridad que las mujeres.

Cuando Harris hizo las preguntas de Buss a otras personas y midió sus reacciones corporales, se encontró con que «las mujeres, en conjunto, mostraban pocas diferencias en su respuesta corporal», pero seguían prediciendo, casi unánimemente, que les perturbaría más la infidelidad afectiva. Descubrimiento éste que sugiere una disociación fascinante entre lo que esas mujeres sentían de verdad y lo que creían que debían sentir ante una infidelidad de su pareja (volveremos sobre este asunto más adelante).

Los psicólogos David A. DeSteno y Peter Salovey descubrieron fallos aún más básicos en los estudios de Buss. Observaron que, al responder a preguntas sobre una infidelidad hipotética, entraba en juego el sistema de creencias de los sujetos. Señalan que «las mujeres tenían la creencia de que la infidelidad afectiva implica infidelidad sexual en mayor medida que los hombres», y que, por tanto, «la elección entre infidelidad sexual e infidelidad afectiva [que es central en el estudio de Buss] es una dicotomía falsa [...]». ¹¹

David A. Lishner y sus colegas hurgaron en otro punto débil, a saber, que Buss sólo ofrecía dos opciones a sus sujetos de investigación: o bien las infidelidades sexuales les dolían más que las afectivas, o a la inversa. Lishner se pregunta: ¿y si los dos supuestos incomodaban al sujeto por igual? Él incluyó esta tercera opción, y descubrió que la mayoría de los entrevistados indicaban que ambas formas de infidelidad

les molestaban por igual, arrojando así más dudas sobre las conclusiones de Buss.¹²

Puede que Buss y los demás psicólogos evolucionistas que defienden que un cierto grado de celos es consustancial a la naturaleza humana lleven razón, pero fuerzan la nota al hacer extensivos los resultados de sus estudios a todos los hombres, lugares y épocas. La naturaleza humana está hecha de una sustancia sumamente reflectante. Es un espejo. Marcado — hay que admitirlo— por rasguños y grietas genéticas inalterables, pero un espejo al fin y al cabo. Para la mayoría de nosotros, la realidad viene a ser lo que nos dicen que es. Los celos, como casi todo, reflejan las modificaciones sociales, y está claro que pueden reducirse a un picorcillo sin mayor importancia si el consenso estima que así debe ser.*

Entre los siriono de Bolivia, los celos suelen estallar no cuando el cónyuge tiene amantes, sino cuando les dedica demasiado tiempo y energía. Según el antropólogo Alian Holmberg, «el amor romántico es un concepto desconocido para los siriono. El sexo, como el hambre, es un apetito que hay que saciar». Los siriono emplean la expresión *secubi* («me gusta») para referirse a todo lo que les proporciona placer, ya sea la comida, las joyas o una pareja sexual. Aunque «hay, por supuesto, ciertos ideales de éxtasis erótico», Holmberg observó que, «sometidos al deseo, esos ideales se quiebran rápidamente, y los siriono se atienen encantados al principio de “barco con tormenta, en cualquier puerto entra”». ¹³

El antropólogo William Crocker está convencido de que los maridos canela no son celosos. «Mientan o no cuando dicen que no les importa — explica—, el hecho es que se suman al coro de los demás miembros

*La verdadera ciencia ofrece uno de los pocos medios — si no el único— de ver más allá de esas distorsiones culturales, por lo que es de importancia vital que en la investigación no temamos arrancar de raíz los prejuicios culturales.

para animar a sus esposas a honrar la costumbre [...] de practicar el sexo ritual con veinte hombres o más durante las ceremonias colectivas de la comunidad.» En fin, si alguien es capaz de fingir que no siente celos mientras su mujer se lo monta con veinte hombres, más vale no compartir con él la mesa de póquer.

Todas las culturas que hemos mencionado, desde las que viven en las húmedas selvas brasileñas hasta las de las laderas lacustres del Himalaya, han desarrollado sus mecanismos para minimizar los celos y la posesividad sexual. Pero también ocurre lo contrario. Hay culturas que fomentan activamente los instintos posesivos.

C ó m o s a b e r c u á n d o u n h o m b r e a m a a u n a m u j e r

En 1966, cuando compuso y grabó «When a Man Loves a Woman» por primera vez, Percy Sledge tocó una fibra cultural sensible. La canción salió catapultada al número uno de las listas de éxitos tanto en la categoría general como en la de *Rhythm & Blues*. La versión que grabó Michael Bolton veinticinco años más tarde también fue directamente a lo más alto de los más vendidos, y hoy el tema está en el número 54 de la lista de las mejores canciones de todos los tiempos de la revista *Rolling Stone*. Nada destaca más en los medios de comunicación occidentales que el amor y el sexo, y «When a Man Loves a Woman» es un buen ejemplo del mensaje susurrado al oído de los románticos del mundo entero.

¿Qué tiene que decir el señor Sledge del amor de un hombre por una mujer? ¿Cuáles son los indicios del amor masculino? Las leyes de propiedad intelectual nos impiden citar íntegramente la letra de la canción, pero más de un lector se la sabrá de memoria, así que no importa. Recapitulando, cuando un hombre ama a una mujer....•

- Se obsesiona y es incapaz de pensar en nada más.
- Renunciaría a todo, incluso al mundo, por su compañía.

- No ve ninguno de los defectos que ella pueda tener, y abandonaría hasta a su mejor amigo si éste intentara prevenirle contra ella.
- Es capaz de gastarse todo su dinero para que ella le siga haciendo caso.
- Y, por último (aunque no por ello menos importante), dormiría bajo la lluvia si ella se lo ordenara.

Nos gustaría proponer un título alternativo para esta canción: «Cuando un hombre se obsesiona hasta rayar la patología y sacrifica hasta el último atisbo de dignidad y amor propio para quedar como un gilipollas de marca mayor (total, para acabar perdiendo a la mujer, porque, a ver, ¿quién quiere un novio que duerme bajo la lluvia porque alguien se lo ha dicho?)».

También se las trae «Every Breath You Take», que figura en el nada desdeñable puesto 84 en la lista de grandes canciones de todos los tiempos de *Rolling Stone*. Fue uno de los mayores éxitos de 1983, y permaneció en el número uno de las listas británicas durante un mes, y en las de Estados Unidos, dos meses. Ganó el premio a la mejor canción del año, y The Pólice se llevó el Grammy al mejor intérprete de pop. Hasta la fecha, consta que se ha emitido por la radio más de diez millones de veces en todo el mundo. Suponemos de nuevo que el lector probablemente conoce la letra. Pero ¿se ha parado alguna vez a escucharla? Aunque a menudo se la considera una de las grandes canciones de amor de todos los tiempos, «Every Breath You Take» no habla en absoluto de amor.

Figura que un hombre se la canta a la mujer que lo ha rechazado y que se niega a reconocer que le «pertenece». Le dice que va a seguir cada paso que dé, cada movimiento que haga, que estará pendiente de con quién pasa las noches, etc.

¿Es eso una canción de amor? Debería estar en el número uno de la lista de «Canciones de acosadores enloquecidos y peligrosos». Hasta Sting, que la escribió una noche en que se despertó de pronto con los versos «*every breath you take / every move you make*» brotándole del sub-

consciente, comprendió más tarde «lo siniestra que es». En una entrevista insinuó que quizás había estado pensando en *1984*, de George Orwell — una novela que va de vigilancia y control— y no, desde luego, en el amor.

Así que ¿son naturales los celos? Depende. El miedo, ciertamente, es natural, y los celos, como cualquier otro tipo de inseguridad, son una expresión del miedo. Pero que la vida sexual de otra persona provoque miedo o no depende de cómo definen el sexo una sociedad, una relación y una personalidad individual determinadas.

Es muy frecuente que los hijos primogénitos sientan celos cuando nace un hermanito. Los padres entendidos ponen especial cuidado en tranquilizarle haciéndole sentir que él siempre será especial, que el bebé no es una amenaza para su estatus y que hay amor de sobra para todos. ¿Por qué tendemos a creer que el amor de una madre no admite un planteamiento de suma cero y que, en cambio, el amor sexual ha de ser un recurso finito? El psicólogo evolucionista Richard Dawkins hace esa misma pregunta con su característica elegancia: «¿Tan evidente es que no se puede querer a más de una persona? Cuando se trata del amor de los padres, no parece que la idea nos cree ningún problema (de hecho, se considera reprochable que los padres no sean, como mínimo, capaces de fingir que quieren a todos sus hijos por igual). Como tampoco nos lo crea con los libros, la comida o el vino (que nos encante el Château Margaux no excluye que apreciemos un buen Rioja, y no nos sentimos infieles al tinto por tontear con un blanco), ni tampoco con los compositores, los poetas, las playas de veraneo, los amigos... ¿Por qué es el amor erótico la única excepción que todo el mundo admite sin pararse siquiera a pensarlo?». 14

Eso, ¿por qué? Supongamos que no existiera la dependencia económica que atrapa a la mayoría de las mujeres y a sus hijos y que convierte la sexualidad femenina en una mercancía sujeta a estricto control:

¿en qué se verían afectadas la preponderancia y la experiencia de los celos en las sociedades occidentales? ¿Y si hombres y mujeres pudieran disfrutar fácilmente de una seguridad económica y de relaciones sexuales amistosas, tal como sucede en muchas de las sociedades que hemos examinado, así como entre nuestros primos primates más cercanos? ¿Y si ninguna mujer tuviera que preocuparse porque la ruptura de una relación pudiera dejarla (a ella y a sus hijos) en una situación de desamparo? ¿Y si la mayoría de los hombres supieran que nunca iban a tener que preocuparse por encontrar a alguien a quien amar? ¿Y si no creyéramos todos escuchando que el amor verdadero es obsesivo y posesivo? ¿Y si, como los mosuo, reverenciáramos la dignidad y la autonomía de aquellos a los que amamos? En otras palabras, ¿y si el acceso al sexo, el amor y la seguridad económica fuera tan fácil como en los tiempos de nuestros ancestros?

Si de los celos eliminamos el miedo, ¿qué queda?

Los seres humanos serán más felices no cuando descubran la cura para el cáncer, lleguen a Marte, eliminen los prejuicios raciales o drenen el lago Erie, sino cuando encuentren la manera de volver a vivir en comunidades primitivas. Ésa es mi utopía.

Kurt Vonnegut, Hijo

Según dice E. O. Wilson, «todo lo que podemos inferir de la historia genética humana va en favor de una moral sexual más liberal en la que las prácticas sexuales se consideren, en primer lugar, estrategias de creación de lazos afectivos, y, sólo secundariamente, un medio para la procreación».15 No podríamos haberlo expresado mejor. Pero si es cierto que la sexualidad humana se desarrolló sobre todo como mecanismo de formación y fortalecimiento de vínculos en grupos con gran interdependencia en los que la certeza de paternidad era irrelevante, entonces el discurso convencional es una patraña. La anacrónica suposición de

que las mujeres siempre han ofrecido sus favores sexuales a un solo hombre a cambio de su ayuda con el cuidado de los niños, el alimento, la protección y demás se viene abajo cuando se conocen las numerosas sociedades en que las mujeres no tienen ninguna necesidad de negociar esa clase de tratos. Más que una explicación verosímil de cómo hemos llegado a ser como somos, el discurso convencional se revela como un sesgo moralista contemporáneo envuelto con un lazo de apariencia científica y proyectado luego en la remota pantalla de la Prehistoria, racionalizando el presente y, de paso, oscureciendo el pasado. ¡Yaaaba daba duuuu!

ERCERA PARTE

Tal como no éramos

Un punto central de nuestra argumentación es que el comportamiento sexual humano es un reflejo tanto de tendencias determinadas por la evolución como del contexto social. Por tanto, para comprender las tendencias sexuales humanas es esencial tener un cierto conocimiento del mundo social en el que evolucionaron esas tendencias. Cuesta imaginar que las configuraciones sociales comunales y cooperativas que hemos descrito pudieran perdurar mucho en un mundo como el que conjeturó Hobbes, caracterizado por el *bellum omnium contra omnes* (la guerra de todos contra todos). Sin embargo, la falsa visión de la vida humana prehistórica resumida en su lapidario adagio — «solitaria, pobre, miserable, brutal y breve»— sigue gozando de una aceptación casi universal.

Una vez establecido que la vida humana prehistórica era extremadamente social y nada solitaria, dedicaremos los cuatro capítulos siguientes a repasar brevemente los restantes elementos de esa descripción de Hobbes, antes de seguir con la discusión de las cuestiones explícitamente sexuales. Rogamos a los lectores cuyo interés primordial sea el sexo que tengan un poco de paciencia, porque lo que de entrada puede parecer un rodeo es, de hecho, un atajo que nos conducirá a una visión más clara de la vida cotidiana de nuestros ancestros, una visión que ayudará al lector a captar mejor el sentido no sólo de los capítulos subsiguientes, sino también de su propio mundo.

Capítulo 11

«LA RIQUEZA DE LA NATURALEZA» (¿POBRE?)

La cuestión es, señoras y señores, que la codicia, a falta de un mundo mejor, es buena. La codicia está bien, la codicia funciona. La codicia clarifica, desbroza y captura la esencia del espíritu de la evolución. La codicia, en todas sus formas, [...] ha marcado la ascensión fulgurante de la humanidad.

«Gordon Gekko», en la película *Wall Street*

¿Qué constituye un mal uso del universo? Se puede responder a esta pregunta con una sola palabra: la codicia. [...] La codicia es el más pernicioso de los males.

Laurenti Magesa,
African Religion: The Moral Traditions of A Abundant Life
[La religión africana: Tradiciones morales
de la vida abundante]

La economía, «la ciencia lúgubre», fue lúgubre desde su origen.

Una tarde de finales de otoño de 1838, el que quizá fuera el relámpago más brillante e iluminador que haya caído jamás del nublado cielo inglés fue a dar de lleno en la coronilla de Charles Darwin: acababa de tener lo que Richard Dawkins ha llamado «la idea más poderosa que se le haya ocurrido nunca a un hombre». En el preciso instante en el que tuvo la genial intuición de lo que hay detrás de la selección natural, Darwin estaba leyendo *Ensayo sobre el principio de la población*, de Thomas Malthus.¹

Si la medida de una idea la da su perdurabilidad, Thomas Malthus se merece el puesto 80 que la Wikipedia le concede en su lista de las

personas más influyentes de la historia. Han transcurrido más de dos siglos y, sin embargo, nos costaría mucho dar con un solo estudiante de económicas que no conozca el sencillo argumento que en su día presentó el primer profesor de economía del mundo. Recordémoslo: Malthus aducía que cada generación duplica en número a la anterior, en progresión geométrica (2, 4, 8, 16, 32...), mientras que los agricultores sólo pueden incrementar el suministro de alimentos en progresión aritmética (2, 3, 4, 5, 6...), descuajando nuevas tierras de labranza e incrementando así su capacidad productiva de forma lineal. De este diáfano razonamiento se desprende la brutal conclusión de Malthus: que la superpoblación crónica, la desesperación y la hambruna generalizada son inherentes a la vida humana. No hay nada que hacer al respecto. Ayudar a los pobres es como dar de comer a las palomas de Londres: sólo sirve para que vuelvan a reproducirse hasta llegar al borde de la inanición; de modo que ¿qué sentido tiene? «La pobreza y la miseria imperantes en los estratos más bajos de la sociedad —asegura— son absolutamente irremediables.»

Malthus basó sus estimaciones de la tasa de reproducción humana en el crecimiento de la población (europea) en Norteamérica en los 150 años anteriores (1650-1800). Llegó a la conclusión de que la población colonial se había duplicado cada veinticinco años más o menos, y lo tomó como una estimación razonable de las tasas de crecimiento de las poblaciones humanas en general.

En su autobiografía, Darwin recuerda que, cuando aplicó los desoladores cálculos de Malthus al mundo natural, comprendió de inmediato que, «bajo estas circunstancias, las variaciones favorables tenderían a su preservación, y las desfavorables, a su destrucción. El resultado de todo ello sería la formación de nuevas especies. Aquí tenía, pues, al fin — dice —, una teoría con la que trabajar [...]».² El escritor de temas científicos Matt Ridley cree que Malthus enseñó a Darwin la «cruda lección» de que «la superpoblación sólo puede llevar a la pestilencia, la hambruna o la violencia», convenciéndole de que la lucha por la existencia encerraba el secreto de la selección natural.

Así pues, fue el muy sombrío fatalismo de Malthus lo que encendió la chispa del brillante genio de Darwin.³ Alfred Russel Wallace, que planteó el mecanismo que subyace a la selección natural independientemente de Darwin, tuvo su momento de revelación cuando estaba leyendo *el mismo libro* aturdido por la fiebre en una cabaña a orillas de un río palúdico de Malasia. El dramaturgo irlandés George Bernard Shaw percibió el fondo de morbosidad maltusiana de la selección natural, y se lamentaba en estos términos: «Cuando comprendes todo su alcance, se te encoge el corazón». Shaw deploraba el «escalofriante fatalismo» de la selección natural, y denunciaba su «detestable reduccionismo de la belleza y la inteligencia, la fuerza y el propósito, el honor y las aspiraciones».⁴

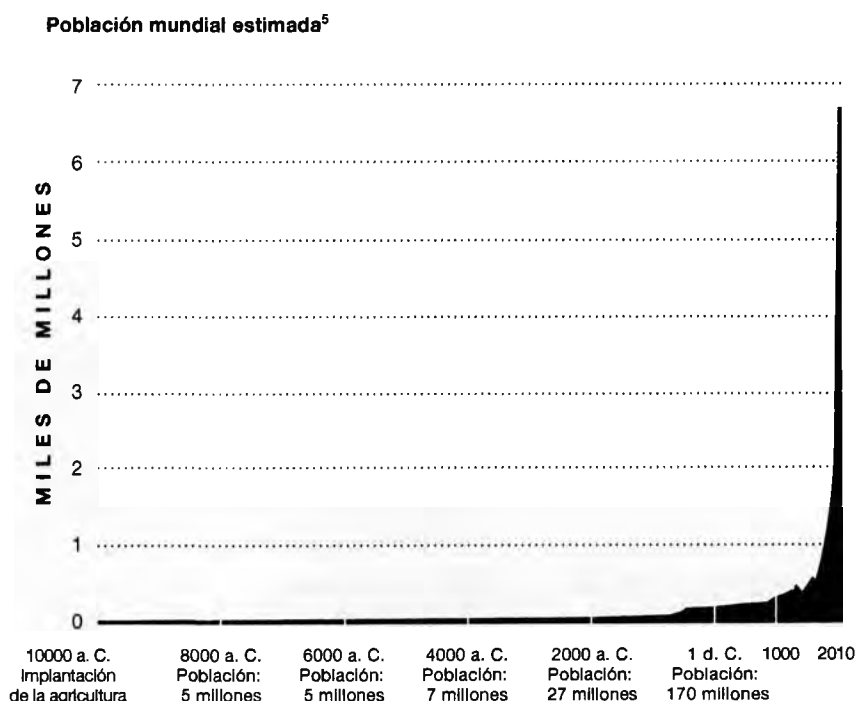
Pero si bien Darwin y Wallace hicieron un uso excelente de los tetricos cálculos de Malthus, hay un problema: que no cuadran.

Las tribus de cazadores, como los animales de presa, a los que se asemejan en sus modos de subsistencia, [...] se han de desperdigar por toda la superficie de la Tierra. Como los animales de presa, [los cazadores] tienen que alejarse o huir de cualquier rival, y estar permanentemente enzarzados en contiendas unos con otros. [...] Las naciones vecinas viven en un estado de hostilidad perpetua. El simple hecho de que una tribu crezca en número tiene que ser un acto de agresión contra sus vecinos, ya que se requerirá un territorio más amplio para sustentar a más miembros. [...] La vida del vencedor depende de la muerte del enemigo.

Thomas Malthus,

Ensayo sobre el principio de la población

Si sus estimaciones del crecimiento demográfico fueran siquiera remotamente correctas, Malthus (y, por tanto, Darwin) habría acertado al suponer que las sociedades humanas habían estado mucho tiempo



«confinadas necesariamente en un espacio», lo que habría derivado en «un estado de hostilidad permanente» entre unas y otras. En *El origen del hombre*, retomando los cálculos de Malthus, Darwin escribió: «Se sabe que poblaciones civilizadas, en condiciones favorables, como en el caso de Estados Unidos, han doblado su número en veinticinco años [...]. [A ese] ritmo, la población actual de Estados Unidos (treinta millones), al cabo de 657 años, cubriría el globo terráqueo tan densamente que en cada metro cuadrado tendrían que acomodarse cuatro personas».⁶

Si Malthus hubiera estado en lo cierto en cuanto a que la población humana prehistórica se duplicaba cada veinticinco años, esas suposiciones habrían sido, efectivamente, razonables. Pero no es así. Malthus se equivocaba. Hoy sabemos que, hasta la implantación de la agricultura, la población total de nuestros ancestros se duplicaba no cada veinticinco años, sino cada 250.000. Malthus (y, por tanto, Darwin, tras sus pasos) erró el cálculo en un factor de 10.000.⁷

Malthus supuso que el sufrimiento que veía a su alrededor era un reflejo de la condición eterna e inexorable de la vida animal y humana. No entendió que el hacinamiento y la desesperación de los habitantes de Londres en torno a 1800 distaban mucho de reflejar las condiciones prehistóricas. Un siglo y medio antes, Thomas Hobbes había incurrido en el mismo error, al extrapolar su experiencia personal y conjurar una visión equivocada de la vida humana en la Prehistoria.

Thomas Hobbes fue un hijo del terror. A su madre se le adelantó el parto al enterarse de que la Armada Invencible española estaba a punto de atacar Inglaterra. «Mi madre — escribiría Hobbes muchos años después — dio a luz a gemelos: yo y el miedo.» *Leviatán*, el libro en que aparece su célebre afirmación de que la vida prehistórica era «solitaria, pobre, miserable, brutal y breve», lo redactó en París, donde se escondía de los enemigos que se había granjeado al apoyar a la Corona en la guerra civil inglesa. Tenía el libro prácticamente arrinconado cuando sufrió una enfermedad casi fatal que le tuvo a las puertas de la muerte durante seis meses. Cuando *Leviatán* se publicó en Francia, la vida de Hobbes volvió a verse amenazada, esta vez por sus compañeros de exilio, ofendidos por las expresiones de anticatolicismo que leyeron en su obra. De nuevo, Hobbes huyó a través del Canal, en esta ocasión para volver a Inglaterra y suplicar misericordia a aquellos de quienes había escapado once años antes. Aunque se le permitió quedarse, la publicación de su libro se prohibió. La Iglesia lo proscribió. La Universidad de Oxford lo proscribió y lo quemó. El historiador de la cultura Mark Lilla describe el mundo de Hobbes en estos términos: «Cristianos aturridos por sueños apocalípticos [que] perseguían a otros cristianos con la misma furia maníaca que antes habían reservado para musulmanes, judíos y herejes. Era la locura».8

Hobbes interpretó la locura de su época como algo «normal» y la proyectó retrospectivamente sobre un pasado prehistórico del que no

sabía prácticamente nada. Lo que Hobbes llamó «naturaleza humana» era una proyección de la Europa del siglo xvn, una sociedad en la que la vida, para la mayoría, era ardua, por no decir algo peor. Aunque haya perdurado durante siglos, la tétrica fantasía de Hobbes sobre la existencia humana en la Prehistoria era tan válida como podría serlo sacar conclusiones sobre el lobo siberiano a partir de la observación de los perros callejeros de Tijuana.

Para ser justos, digamos que Malthus, Hobbes y Darwin estaban limitados por la falta de datos científicos de los que sólo disponemos hoy. Hay que reconocer que Darwin lo advirtió e intentó ponerle remedio: de ahí que se pasara toda su vida adulta coleccionando especímenes, tomando infinidad de notas y carteándose con cualquiera que pudiera proporcionarle información útil. Pero no fue suficiente. Los datos necesarios tardarían muchas décadas en salir a la luz.

Pero ahora los tenemos. La ciencia ha aprendido a leer en dientes y huesos antiquísimos, a datar la ceniza de los incendios del pleistoceno gracias al carbono y a seguir el rastro del ADN mitocondrial de nuestros ancestros. Y la información que ha desvelado desmiente rotundamente las visiones de la Prehistoria que Hobbes y Malthus evocaron y que Darwin se tragó enteritas.

POBRECITO YO

Lo que nos enriquece no es lo que poseemos, sino aquello de lo que podemos prescindir.

Immanuel Kant

Si George Orwell tenía razón cuando dijo: «Quienes controlan el pasado, controlan el futuro», ¿qué hay de quienes controlan el pasado remoto?

Antes de que se produjera el crecimiento demográfico que trajo

consigo la agricultura, la mayor parte del mundo era un lugar vasto y, por lo que a población humana se refiere, desierto. Pero el hacinamiento angustioso que imaginaron Hobbes, Malthus y Darwin sigue firmemente engastado en la teoría evolucionista y se va repitiendo como un mantra; y a la porra los hechos. Por ejemplo, en un ensayo reciente titulado *Why War?* [¿Por qué la guerra?], el filósofo David Livingstone Smith proyecta el panorama maltusiano en toda su errónea desesperación: «La competencia por unos recursos limitados es el motor del cambio evolutivo — dice—. Toda población que se reproduce sin inhibición alguna acaba por agotar los recursos de los que depende, y, a medida que vaya multiplicándose en número, sus individuos no tendrán más remedio que competir de forma cada vez más desesperada por esos recursos menguantes. Los que consigan asegurarse el acceso a esos recursos prosperarán, y los que no, morirán».9

Hasta aquí, no tenemos nada que decir. Pero el razonamiento no va mucho más allá, porque Smith no tiene en cuenta que nuestros ancestros fueron auténticos trotamundos: nómadas que rara vez se detenían más de unos pocos días seguidos. Lo que se les daba mejor era marcharse. ¿Qué nos hace pensar que decidirían quedarse a luchar «desesperadamente» por una zona superpoblada con los recursos esquilados, pudiendo continuar la marcha a lo largo de la costa, como habían hecho durante generaciones? Y los seres humanos prehistóricos nunca se reprodujeron «sin inhibición alguna», como los conejos. Muy al contrario. De hecho, se calcula que el crecimiento de la población humana se mantuvo bastante por debajo del 0,001 % anual a lo largo de toda la Prehistoria.10 No es precisamente la bomba demográfica que suponía Malthus.

Por una cuestión elemental de biología reproductiva humana, en el contexto de una sociedad de cazadores-recolectores resultaría improbable, si no imposible, un rápido crecimiento de la población. Las mujeres rara vez conciben mientras están lactando, y, en esas condiciones, al no disponer de la leche de animales domesticados, lo normal era que amamantaran a sus hijos hasta que alcanzaran los 5 o 6 años. Además, las exigencias del estilo de vida nómada, siempre en movimiento, hacían

poco razonable que una madre cargara con más de un niño a la vez, por más que pudiera contar con la ayuda de otros. Por último, dado el bajo nivel de grasa corporal de las mujeres de las tribus de cazadores-recolectores, la primera menstruación les llegaba mucho más tarde que a sus hermanas de las sociedades posagrícolas. La mayoría no empezaban a ovular hasta los 17, 18 o 19 años y, en consecuencia, su vida fértil era más corta.¹¹

Hobbes, Malthus y Darwin fueron testigos presenciales de los desoladores efectos de la saturación demográfica (epidemias infecciosas, guerras incesantes, luchas maquiavélicas por el poder). El mundo prehistórico, sin embargo, estaba escasamente poblado, cuando no despoblado por completo. Salvo por núcleos aislados rodeados por el desierto, o islas como Papúa-Nueva Guinea, el mundo prehistórico era casi en su totalidad un territorio sin fronteras. La opinión mayoritaria entre los especialistas es que nuestros antecesores empezaron a salir de África hace unos 50.000 años y entraron en Europa 5.000 o 10.000 años más tarde.¹² Probablemente, no pisaron suelo norteamericano hasta hace unos 12.000 años.¹³ Es presumible que, en los muchos milenios anteriores a la aparición de la agricultura, el número total de *Homo sapiens* no llegara nunca a exceder el millón, y en ningún caso se acercó a la población actual de Chicago. Además, análisis recientes de ADN sugieren que hubo cuellos de botella demográficos causados por catástrofes ambientales, que pudieron reducir la cifra a unos pocos miles de individuos hace tan sólo 70.000 años.¹⁴

La nuestra es una especie muy joven. Pocos de nuestros antepasados hubieron de hacer frente a la implacable presión selectiva generada por la escasez que imaginaron Hobbes, Malthus y Darwin. En términos generales, la aventura ancestral humana no se desarrolló en un mundo saturado por nuestros semejantes en el que hubiera que pelear por las migajas. Antes bien, la ruta que tomó el grueso de la especie transcurrió por una larga serie de ecosistemas en los que aún no había nada que se nos pareciera. Como las pitones birmanas que han invadido los *Everglades* de Florida, los sapos gigantes que campan a sus anchas por toda Australia o el lobo gris reintroducido hace poco en el parque de

Yellowstone, por lo general, nuestros antepasados entraban en nichos ecológicos abiertos. Cuando Hobbes escribió aquello de que «el hombre es un lobo para el hombre», no era consciente de lo mucho que los lobos llegan a cooperar y a comunicarse cuando hay comida de sobras para todos. Los individuos de una especie que se extiende a un nuevo y rico ecosistema no se enzarzan en una lucha a muerte unos con otros. Mientras el nicho no está saturado, los conflictos por la comida son contraproducentes e innecesarios.¹⁵

Ya hemos visto que, aun en un mundo básicamente desierto, la vida social de los cazadores-recolectores era cualquier cosa menos solitaria. Pero Hobbes afirmaba también que la vida prehistórica era *pobre*, y Malthus creía que la pobreza era eterna e ineludible. Y, sin embargo, la mayoría de los cazadores-recolectores no se sienten pobres, y todo parece indicar que la vida no solía ser una lucha para esos inteligentes antepasados nuestros que controlaban el fuego y vivían unidos en grupos cooperadores. Sí, no cabe duda de que sufrieron los efectos devastadores de catástrofes ocasionales como sequías, cambios climáticos y erupciones volcánicas, pero la mayoría de ellos vivió en un mundo prácticamente despoblado y rebosante de alimentos. Durante cientos de miles de generaciones, el dilema al que se enfrentaron nuestros antepasados fue elegir entre múltiples opciones culinarias. Las plantas se alimentan del suelo; los ciervos se alimentan de las plantas; los pumas se alimentan de ciervos. Pero las personas pueden y suelen alimentarse de casi cualquier cosa, incluidos los pumas, los ciervos, las plantas y, sí, hasta del suelo.¹⁶

La angustia de los millonarios

La pobreza [...] es un invento de la civilización.

Marshall Sahlins

Recientemente, un artículo del *New York Times* titulado «En Silicon Valley, los millonarios no se sienten ricos» empezaba diciendo: «Bajo

cualquier punto de vista — menos el suyo y quizás el de sus vecinos de Silicon Valley —, Hal Steger ha triunfado». Más adelante, comentaba que, aunque el patrimonio del señor y la señora Steger asciende a 3,5 millones de dólares netos, Hal Steger sigue haciendo jornadas diarias de doce horas, y aún trabaja diez más durante el fin de semana. «Unos pocos millones — se explica él — ya no dan para tanto como antes.»

Gary Kremen (patrimonio neto estimado: 10 millones), fundador de Match.com, un servicio de contactos por Internet, cuenta: «Por aquí, todo el mundo se fija en los que tiene por encima». También sigue trabajando entre sesenta y ochenta horas semanales porque, dice, «aquí, con diez millones no eres nadie». Otro ejecutivo pone el dedo en la llaga: «Aquí, el que está en el uno por ciento que más gana quiere entrar en el diez por ciento de los que más ganan de ese uno por ciento, y esos quieren estar entre el 0,01 por ciento de ese uno por ciento».17

Esta forma de pensar no es exclusiva de Silicon Valley. Un reportaje de la BBC de septiembre de 2003 informaba: «El acomodado es el nuevo pobre». Clive Hamilton, investigador asociado en la Universidad de Cambridge, se propuso estudiar a los «ricos dolientes» y descubrió que de cada diez personas que ganaban más de 50.000 libras (casi 57.000 euros al cambio de entonces), cuatro se sentían «necesitadas». Hamilton concluía que «las preocupaciones reales de los pobres de ayer se han convertido en las preocupaciones imaginarias de los ricos de hoy». Otro estudio reciente, éste llevado a cabo en Estados Unidos, revelaba que el 45 % de quienes tenían un patrimonio neto (excluyendo su casa) de más de un millón de dólares estaban preocupados por quedarse sin dinero antes de morir. Y de aquellos cuya fortuna superaba los cinco millones, el 30 % tenía esa misma preocupación.18

A diferencia de lo que muchos querrían hacernos creer, la «affluenza» (o sea, la fiebre por el lujo) no ha afectado siempre al animal humano. Es un efecto de las diferencias económicas que surgieron con la agricultura. Sin embargo, a veces encontramos ecos del antiguo igualitarismo de nuestros ancestros hasta en las sociedades modernas.

A principios de la década de 1960, un médico estadounidense lia-

mado Stewart Wolf oyó hablar de un pueblo del noreste de Pensilvania — Roseto — habitado por inmigrantes italianos y sus descendientes, en el que las enfermedades del corazón eran prácticamente desconocidas. Wolf decidió comprobarlo sobre el terreno. Observó que, por debajo de los 55 años, casi nadie presentaba síntomas de afecciones cardíacas. Y los hombres de más de 65 tenían la mitad de los problemas cardíacos que los que solía padecer el norteamericano medio. La tasa de mortalidad total de Roseto era aproximadamente un 30 % inferior a la media nacional.

Tras llevar a cabo una investigación concienzuda que excluyó factores como el ejercicio físico, la dieta y variables regionales como los niveles de polución, Wolf y el sociólogo John Bruhn llegaron a la conclusión de que la principal causa de que los vecinos de Roseto estuvieran más sanos durante más tiempo era la naturaleza de la propia comunidad. Observaron que la mayoría de los hogares reunían a tres generaciones, que los ancianos gozaban de un gran respeto, y que la comunidad desdeñaba cualquier exhibición de riqueza, dando muestras de un «miedo a la ostentación derivado de una ancestral creencia de los campesinos italianos relativa al mal de ojo. A los niños — escribió Wolf — se les enseñaba que cualquier exhibición de riqueza o superioridad ante un vecino traería mala suerte».

Viendo que los vínculos sociales igualitaristas de Roseto empezaban ya a resquebrajarse a mediados de la década de 1960, Wolf y Bruhn predijeron que al cabo de una generación la tasa de mortalidad del pueblo iniciaría una curva ascendente. En estudios de seguimiento que efectuaron veinticinco años más tarde, informaban de que «el cambio social más llamativo es que se había generalizado el rechazo a un tabú muy arraigado contra la ostentación», y «la costumbre de compartir, que en su día era típica de Roseto, había dado paso a la competencia». La incidencia tanto de enfermedades cardíacas como de infartos se había duplicado en una generación.¹⁹

En las comunidades de cazadores-recolectores, donde se comparte la propiedad, la preocupación por la pobreza suele ser inexistente. En el libro *Economía de la Edad de Piedra*, un auténtico clásico, el antropólogo

go Marshall Sahlins explica que «los pueblos más primitivos del mundo poseen pocas cosas, *pero no son pobres*. La pobreza no es una cantidad más o menos exigua de bienes, ni es sólo una relación entre medios y fines; es, sobre todo, una relación entre personas. La pobreza es un estatus social. Como tal, es un invento de la civilización».20 Sócrates ya lo dijo hace 2.400 años: «El más rico es el que se contenta con menos, pues el contento es la riqueza de la naturaleza».

Pero la riqueza de la civilización es material. Tras leerse de cabo a rabo el Antiguo Testamento, el periodista David Plotz se quedó sorprendido por su tono mercantil. «El tema de fondo de la Biblia — dijo —, sobre todo del Génesis, es la propiedad inmobiliaria. Dios está [...] haciendo constantemente tratos sobre tierras (para luego revisar unilateralmente las condiciones). [...] Y no es la tierra la única obsesión bíblica, también lo es la propiedad de bienes muebles y semovientes: oro, plata, ganado.»21

Malthus y Darwin se quedaron enormemente sorprendidos al descubrir el característico igualitarismo de los cazadores-recolectores. El primero escribió: «Entre la mayoría de las tribus americanas [...] prevalecía la igualdad en grado tal que en cada comunidad todos sus miembros compartían de modo casi parejo las penalidades generales de la vida salvaje y la presión de las ocasionales hambrunas».22 Darwin, por su parte, reconocía el conflicto insoslayable entre la sociedad de base capitalista que conocía y la generosidad de los nativos, que juzgaba contraria a sus propios intereses. Dice: «Los hábitos nómadas, ya sea en las anchas llanuras, a través de las frondosas selvas de los trópicos, o a lo largo de las orillas del mar, han sido en todos los casos muy perjudiciales [...]. La perfecta igualdad de todos los habitantes [...] impedirá largo tiempo su civilización».23

Hallar contento «en lo más bajo de la escala
DE LA RAZA HUMANA»

Buscando un ejemplo de los «salvajes» más oprimidos, patéticos y desesperadamente pobres del mundo, Malthus citaba a «los desventurados

habitantes de Tierra del Fuego», que, a juicio de los viajeros europeos, estaban «en lo más bajo de la escala de la raza humana». Sólo treinta años más tarde, Charles Darwin se encontraba en Tierra del Fuego, observando a esas mismas gentes. Coincidiendo con Malthus en su opinión de los fueguinos, escribió en su diario: «Creo que ni buscando hasta en el último rincón de la Tierra podría hallarse un grado inferior de hombre».

Casualmente, Robert FitzRoy, el capitán del *Beagle* —el barco en que viajaba Darwin—, había recogido en un viaje anterior a tres jóvenes fueguinos para llevarlos a Inglaterra y mostrarles las glorias de la vida británica y la gracia de una adecuada educación cristiana. Ahora que habían conocido de primera mano la superioridad de la existencia civilizada, FitzRoy los llevaba de vuelta con su pueblo para que sirvieran como misioneros. El plan que se les había encomendado era mostrar a los fueguinos la sinrazón de sus costumbres «salvajes» y ayudarlos a incorporarse a la civilización.

Pero, sólo un año después de que Jemmy, York y Fuegia se reunieran con los suyos en la cala Woollya, al pie de la montaña que hoy se conoce como monte Darwin, el *Beagle* y su tripulación volvieron allí: las cabañas que los marineros británicos habían construido para los tres fueguinos estaban desiertas y sus jardines, cubiertos de maleza. Jemmy acabó apareciendo y les explicó que él y los otros fueguinos cristianizados habían vuelto a su antigua forma de vida. Darwin, sobrecogido de tristeza, escribió en su diario que nunca había visto «una transformación tan completa y lastimosa» y que «causaba dolor verle». Subieron a Jemmy a bordo del barco y le vistieron para sentarle a la mesa del capitán, aliviados al comprobar durante la cena que recordaba al menos cómo usar debidamente el cuchillo y el tenedor.

El capitán FitzRoy le propuso llevarle de regreso a Inglaterra, pero Jemmy declinó el ofrecimiento, diciendo que no tenía «el menor deseo de volver» allí, ya que estaba «feliz y contento» con «mucho fruta», «mucho pez» y «mucho pajarito».

¡Acordémonos del Yucatán! Hasta lo que aparenta ser extrema pobreza —«lo más bajo de la escala de la raza humana»— puede contener

formas irreconocibles de riqueza. Pensemos en los aborígenes australianos, esos «muertos de hambre» que asaban tan ricamente sus ratas con bajo contenido en grasas y se daban atracones de jugosas larvas mientras los ingleses los contemplaban asqueados, convencidos de que estaban presenciando los últimos y delirantes espasmos de la inanición. Una vez que empezamos a *destribalizarnos* — a despojarnos de los condicionamientos culturales que distorsionan nuestra visión— la «riqueza» y la «pobreza» se nos revelan allí donde menos esperaríamos encontrarlas.²⁴

Capítulo 12

EL MEME EGOÍSTA (¿MISERABLE?)

Richard Dawkins, autor de *El gen egoísta*, acuñó el término «meme» para referirse a la unidad de información susceptible de extenderse por una comunidad mediante el aprendizaje o la imitación, del mismo modo que un gen favorecido se duplica mediante la reproducción. De forma parecida, así como en el entorno prehistórico se favorecieron el meme igualitarista o el de la inclinación a compartir recursos y riesgos, en la mayor parte del mundo posagrícola ha prosperado el meme del egoísmo. A pesar de ello, nada menos que Adam Smith, con toda su autoridad en materia de economía, insistía en que la simpatía y la compasión son rasgos tan innatos en el ser humano como la búsqueda del interés personal.¹

El postulado erróneo según el cual el razonamiento económico basado en la escasez es, de hecho, el marco en el que el hombre entiende todas las cuestiones relativas a la provisión, la demanda y la distribución de la riqueza ha llevado a error a gran parte del pensamiento antropológico, filosófico y económico de los últimos siglos. Como explica el economista John Gowdy, «[e]l “comportamiento económico racional” es específico del capitalismo de mercado, y es un sistema de creencias asumidas, no una ley natural objetiva y universal. El mito del hombre económico explica el principio organizativo del capitalismo contemporáneo: ni más, ni menos».²

El *Homo economicus*

«We have a greed, with which we have agreed...»

«Society», de Eddie Vedder*

Muchos economistas han olvidado (o tal vez nunca han entendido) que su principio organizativo fundamental, el *Homo economicus* (es decir, el «hombre económico»), es un mito que hunde sus raíces en simples presunciones sobre la naturaleza humana, no una verdad objetiva sobre la que pueda cimentarse una filosofía económica perdurable. Cuando John Stuart Mili propuso lo que, según admitía él mismo, no era sino «una definición arbitraria del hombre como un ser que indefectiblemente hace aquello que le permita obtener la mayor suma de bienes necesarios, convenientes y de lujo con la menor cantidad de trabajo y abnegación física»,³ probablemente no se esperaba que su «definición arbitraria» fuera a delimitar el pensamiento económico durante siglos. Recordemos las palabras de Rousseau: «Si hubiese tenido que elegir el lugar de mi nacimiento, habría elegido un Estado donde todo el mundo se conociese, de modo que ni los oscuros manejos del vicio ni la modestia de la virtud pudieran sustraerse al escrutinio y al juicio públicos». Quienes proclaman que la codicia es sencillamente parte de la naturaleza humana suelen olvidarse de mencionar el contexto. Sí, la codicia forma parte de la naturaleza humana. Pero también la vergüenza. Y la generosidad (y no sólo hacia la familia genética). Cuando los economistas basan sus modelos en la fantasía de un «hombre económico» motivado sólo por su interés egoísta, se olvidan de la comunidad: esa red de significados vital que tejemos unos en torno a otros, y que es el contexto en el que indefectiblemente ha tenido lugar todo lo verdaderamente humano.

Uno de los experimentos sobre procesos de pensamiento más citados de la teoría de juegos y la económica es el llamado «dilema del pri-

*Vocalista, compositor y líder del grupo de *grunge* Pearl Jam. La perfecta paronomasia de este verso se pierde en la traducción al castellano: «Tenemos una codicia, en la que hemos convenido...». (IV. *del t.*)

sionero». Presenta un modelo de reciprocidad tan sencillo y elegante que algunos científicos se refieren a él como «la *E. coli* de la psicología social». El planteamiento es éste: imaginemos que la policía detiene a dos sospechosos, pero no tiene pruebas suficientes para inculparlos. Separan a los prisioneros y les hacen la misma oferta: «Si testificas contra tu socio y él no habla, a ti te dejamos en libertad y a él le cae una condena de diez años. Si él larga y tú no abres la boca, te comes tú el marrón y él se libra. Si no habláis ninguno de los dos, os caerán seis meses a cada uno. Si los dos confesáis, cada uno cumplirá cinco años». Ambos prisioneros deben elegir entre acusar al otro o guardar silencio. A ambos les dicen que el otro no se enterará de su decisión. ¿Cómo reaccionarán?

En la forma clásica del juego, los participantes casi siempre se traicionan mutuamente, atraídos por las ventajas de chivarse cuanto antes: hablo el primero y me sueltan. Pero presentemos esa conclusión teórica a cualquier prisión del mundo y preguntemos qué les ocurre a los chivatos. Al final, la teoría acertó distancias con la realidad: los científicos decidieron permitir que los sujetos ganaran experiencia en el juego para ver si su comportamiento cambiaba con el tiempo. Como cuenta Robert Axelrod en *The Evolution of Cooperation* [La evolución de la cooperación], los jugadores no tardaron en aprender que podía irles mejor si no soltaban prenda y suponían que su compañero haría lo mismo. Los que hablaban se ganaban mala reputación y eran castigados según un patrón de «toma y daca». A la larga, los jugadores con una actitud más altruista salían ganando, mientras que los que actuaban buscando exclusivamente su propio provecho a corto plazo se encontraban con serios problemas (tal vez un navajazo en las duchas).

La interpretación clásica del experimento aún sufrió otro revés cuando el psicólogo Gregory S. Berns y sus colegas decidieron hacerlo con mujeres y monitorizarlas con un aparato de resonancia magnética. Berns y su equipo esperaban comprobar que las participantes reaccionarían con mayor vehemencia cuando se vieran traicionadas (cuando una quisiera cooperar y otra la delatara). Pero no fue así. «Los resultados nos sorprendieron a todos», declaró Berns más tarde a Natalie

Angier, del *New York Times*. El cerebro respondía con mayor intensidad a los actos de cooperación: «Las señales más brillantes se producían con las alianzas de cooperación, y en zonas del cerebro que sabemos que reaccionan ante la visión de postres, rostros atractivos, dinero, cocaína y todo tipo de delicias, lícitas o ilícitas».4

Al analizar las imágenes cerebrales, Berns y su equipo descubrieron que cuando las mujeres cooperaban, se activaban dos zonas del cerebro, ambas reactivas a la dopamina: el estriado anteroventral y la corteza orbitofrontal. Las dos regiones intervienen en el control de los impulsos, las conductas compulsivas y el procesamiento de recompensas. Berns se quedó sorprendido por los resultados del estudio, pero le parecieron reconfortantes: «Es tranquilizador—decía—. En cierto modo, nos están diciendo que estamos programados para cooperar con los demás».

La tragedia de los bienes comunales

«The Tragedy of the Commons» [La tragedia de los bienes comunales], un artículo del biólogo Garrett Hardin publicado por primera vez en 1968 en la prestigiosa revista *Science*, es uno de los textos que más veces se han reeditado en publicaciones científicas. Los autores de una ponencia presentada recientemente en el Banco Mundial lo consideran «el paradigma predominante con que los científicos sociales evalúan todo lo relativo a recursos naturales», y el antropólogo G. N. Appell afirma que el artículo «ha sido adoptado como texto sagrado por estudiosos y profesionales».5

Hasta bien entrado el siglo xix, gran parte del territorio rural inglés se consideraba comunal —propiedad del rey, susceptible, sin embargo, de ser utilizado por todo el mundo—, como lo fueron los pastos libres del Oeste norteamericano hasta que empezaron a cercarse con alambre de espino. Tomando los pastos comunales ingleses como modelo, Hardin pretendía demostrar qué ocurre cuando un recurso es de

propiedad comunal. Argumentaba que «en unos pastos abiertos a todos [...] cada pastor tratará de mantener tanto ganado como pueda». Aunque sea destructivo para los pastos, el egoísmo del pastor tiene perfecto sentido económico desde el punto de vista de sus intereses. «Un pastor racional — dice Hardin — [ha de llegar a la conclusión] de que la única estrategia inteligente es ir añadiendo animales a su rebaño.» No tiene otra elección racional, porque el coste de la degradación de la tierra por sobreexplotación se reparte entre todos, mientras que el beneficio que produzcan los nuevos animales será sólo para él. Como cada pastor llegará a la misma conclusión, es inevitable que la tierra comunal sea sobreexplotada. «La libertad en un dominio comunal — concluía Hardin — nos lleva a todos a la ruina.»

El argumento de Hardin, como los razonamientos de Malthus sobre el crecimiento demográfico en relación con la capacidad agrícola, fue un éxito porque: 1) su simplicidad hace que parezca incontestable; y 2) viene muy bien para justificar muchas de las decisiones aparentemente despiadadas de los instalados en el poder. Los líderes políticos y empresariales, por ejemplo, citaban a menudo el ensayo de Malthus para explicar su falta de iniciativa ante la generalización de la pobreza en Gran Bretaña, incluso durante la hambruna de la década de 1840, que causó la muerte por inanición de varios millones de irlandeses (y obligó a otros tantos a huir a Estados Unidos). Al presentar la propiedad comunal como un desatino, Hardin ha amparado repetidamente a quienes defienden la privatización de los servicios públicos y la conquista de tierras nativas.

El elegante razonamiento de Hardin tiene aún otra cosa en común con el de Malthus: se desmorona en cuanto se contrasta con la realidad.

Como explica el escritor canadiense Ian Angus, «Hardin, sencillamente, ignoraba lo que de hecho ocurre en los pastos comunales: que las comunidades interesadas se autorregulan». Pasó por alto que, en las pequeñas comunidades rurales en que la escasa densidad de población permite que todos los pastores se conozcan (como es el caso de los terrenos comunales ingleses históricos y de las sociedades ancestrales de

cazadores-recolectores), cualquier individuo que trate de abusar del sistema es rápidamente descubierto y castigado. Tras realizar varios estudios sobre la gestión de bienes comunales en comunidades de pequeñas dimensiones, la premio Nobel de Economía Elinor Ostrom llegó a la conclusión de que «todas las comunidades tienen alguna forma de control para impedir que alguien se aproveche de la situación o haga del recurso un uso mayor de lo que en justicia le corresponde».6

Pese al uso interesado y repetido que tanto economistas como otros agentes contrarios a la gestión local de los recursos han hecho del argumento, la verdadera *tragedia de los bienes comunales* no es una amenaza para aquellos recursos controlados por pequeños grupos de individuos interdependientes. Olvidémonos de los pastos comunales. Las tragedias a las que tenemos que hacer frente afectan al mar abierto, al cielo, a los ríos y a los bosques. Las industrias pesqueras de todo el mundo se están hundiendo porque nadie tiene la autoridad, el poder o la motivación para impedir que las flotas internacionales esquilmen unas aguas que son de todos (y, por tanto, de nadie). Toxinas de fábricas chinas en las que se quema carbón ruso extraído ilegalmente se alojan en pulmones coreanos, mientras coches estadounidenses que consumen petróleo venezolano funden los glaciares de Groenlandia.

Lo que hace posible esta serie de tragedias en cadena es la falta de esa vergüenza que se da en el ámbito local y personal. La falsa certeza que resulta de aplicar a las sociedades preagrícolas la economía malthusiana, el dilema del prisionero y la tragedia de los bienes comunales exige que ignoremos los precisos contornos de la vida en comunidades pequeñas en que nadie podía «sustraerse al escrutinio y al juicio públicos», en palabras de Rousseau. Estas tragedias son inevitables únicamente cuando el tamaño del grupo es excesivo y desborda la capacidad de nuestra especie para tenernos controlados los unos a los otros, un punto que ha dado en conocerse como el *número de Dunbar*. En las comunidades de primates, el tamaño, decididamente, importa.

Tras advertir la importancia de la desparasitación mutua en los primates sociales, el antropólogo británico Robín Dunbar contrastó el

tamaño total de los grupos con el grado de desarrollo del neocórtex cerebral. Basándose en esa correlación, calculó que los seres humanos empezamos a perder el hilo de quién le está haciendo qué a quién cuando el tamaño del grupo alcanza aproximadamente los 150 individuos. En palabras de Dunbar, «este límite impuesto por la capacidad de procesamiento neocortical se refiere sólo al número de individuos con que se puede mantener una relación interpersonal estable».7 Otros antropólogos habían llegado a la misma cifra observando que cuando el tamaño de un grupo crecía mucho más allá, tendía a escindirse en dos más pequeños. Cuando aún faltaban unos años para la publicación del trabajo de Dunbar (en 1992), Marvin Harris observaba: «Con 50 personas por banda o 150 por aldea, todo el mundo conocía íntimamente a todo el mundo, de forma que el vínculo de intercambios recíprocos podía mantener unida a la gente. Cada uno daba sabiendo que recibiría, y recibía sabiendo que tendría que dar».8 Autores más recientes, como Malcolm Gladwell en *La clave del éxito*, un éxito de ventas, han popularizado la idea de que 150 es el límite de un grupo orgánicamente operativo.

Al haber evolucionado en grupos reducidos en los que todos se conocían por el nombre, el ser humano no acaba de desenvolverse bien con las dudosas libertades que confiere el anonimato. Cuando las comunidades crecen más allá del punto en que cada individuo conoce, aunque sea de vista, a todos los demás, nuestra conducta cambia, nuestras elecciones se reorientan y nuestro sentido de lo posible y lo aceptable se hace cada vez más abstracto.

El mismo argumento puede aplicarse a la trágica incomprensión de la naturaleza humana que está en la base del comunismo: la propiedad comunal no funciona en sociedades a gran escala, en las que la gente obra en el anonimato. En *The Power of Scale* [El poder de la escala], el antropólogo John Bodley decía: «Las dimensiones de las sociedades y culturas humanas importan, porque cuanto mayores sean, mayor será la concentración de poder social que se producirá en ellas. Las sociedades más grandes serán menos democráticas que las más pequeñas, y la

distribución de riesgos y recompensas será menos equitativa».9Y así es, porque cuanto mayor es una sociedad, menos operativa se vuelve la vergüenza. Cuando cayó el muro de Berlín, los capitalistas proclamaban exultantes que el fallo primordial del comunismo había sido su ineficacia a la hora de explicar la naturaleza humana. Bueno, pues sí y no. El error fatal de Marx fue su incapacidad para apreciar la importancia del contexto. La naturaleza humana funciona de una determinada manera en el contexto de una sociedad con lazos de intimidad e interdependencia entre sus miembros, pero si se nos deja sueltos en el anonimato, nos convertimos en otra criatura. Y ni una ni otra son más ni menos *humanas*.

Sueños de progreso perpetuo

Es un bárbaro, y cree que las costumbres de su tribu y de su isla son las leyes de la naturaleza.

George Bernard Shaw,
César en *Césary Cleopatra*, Acto II

¿De verdad hemos nacido en el lugar y el momento ideales? ¿O el momento en que vivimos se ha tomado simplemente al azar en la infinitud del tiempo, es sólo uno más entre innumerables momentos, cada uno con su balance de placeres y decepciones? Quizás al lector le parezca absurdo plantearse semejante pregunta, suponer que cabe la posibilidad de elegir. Pero es que así es. Todos tenemos una tendencia psicológica a considerar nuestra experiencia como la norma, a ver a nuestra comunidad como «el Pueblo», a creer — tal vez de modo subconsciente— que somos los elegidos, que Dios está de nuestro lado y que nuestro equipo merece la victoria. Para ver el presente a la luz más favorable, pintamos el pasado con el rojo sangre del sufrimiento y el terror. Hobbes lleva ya varios siglos rascando esa herida psicológica persistente.

Es un error habitual dar por sentado que la evolución es un proceso de mejora, que los organismos progresan hacia no se sabe qué estado final de perfección. Pero no es así, ni siquiera en nuestro caso. Una sociedad o un organismo evolucionan, sencillamente, adaptándose a lo largo de generaciones a condiciones cambiantes. Aunque las modificaciones puedan entrañar un beneficio inmediato, no son realmente mejoras, porque las condiciones externas nunca dejan de cambiar.

Este error es la base de la presunción de que *aquí y ahora* estamos mejor que *allá y entonces*. Al cabo de tres siglos y medio, los científicos siguen citando a Hobbes para explicarnos la suerte que tenemos de haber nacido después de la aparición del Estado, de habernos librado del sufrimiento universal de nuestro pasado bárbaro. Es muy reconfortante pensar que somos los afortunados, pero hagámonos la pregunta prohibida: ¿somos realmente tan afortunados?

¿Pobreza ancestral o abundancia asumida?

El hombre prehistórico no solía almacenar alimentos, pero eso no quiere decir que estuviera siempre muerto de hambre. A pesar de que, según se concluye de los estudios efectuados sobre huesos y dientes humanos prehistóricos, su vida estaba marcada por ayunos y festines episódicos, los periodos prolongados de hambre eran raros. ¿Que cómo sabemos que nuestros ancestros no vivían perpetuamente al borde de la inanición?

Basta que los niños y adolescentes no reciban alimentación adecuada durante una semana para que se ralentice el crecimiento de los huesos largos de sus brazos y piernas. Cuando su ingesta de nutrientes se recupera y los huesos vuelven a crecer, la densidad del nuevo tejido óseo es distinta que la del formado durante la interrupción. Los rayos X revelan esas líneas deladoras — las llamadas líneas de Harris — en huesos muy antiguos.¹⁰

Periodos más prolongados de malnutrición dejan señales en los dientes — lo que se conoce como hipoplasia del esmalte: franjas deseo-

loridas y pequeñas fosas en la superficie— que pueden apreciarse en los restos óseos aún muchos siglos después. Los arqueólogos encuentran menos líneas de Harris e hipoplasias dentales en restos de poblaciones prehistóricas de cazadores-recolectores que en los esqueletos de pobladores de asentamientos, que vivían en aldeas y cuyo suministro de alimentos dependía de sus cultivos. Dada la gran movilidad de los cazadores-recolectores, era menos probable que padecieran largas hambrunas, ya que no tenían más que trasladarse a zonas donde las condiciones fueran mejores.

Se han analizado unos 800 esqueletos hallados en los Túmulos de Dickson, en el valle del Bajo Illinois. Revelan una imagen nítida de los cambios que experimentó la salud de los hombres durante el periodo en que se pasó de la caza y la recolección al cultivo del maíz, en torno al 1200 d. C. El arqueólogo George Armelagos y sus colegas constataron que los restos de los agricultores, comparados con los de los cazadores-recolectores que les precedieron, evidenciaban un aumento del 50 % de la malnutrición crónica, y una incidencia tres veces mayor de enfermedades infecciosas (reflejadas en lesiones en los huesos). También hallaron indicios de mayor mortalidad infantil, crecimiento esquelético retardado en adultos y un incremento del 400 % de la hiperostosis porótica, síntoma de anemia por falta de hierro, en más de la mitad de la población.¹¹

A muchos les ha llamado la atención la actitud extrañamente caballerosa que suelen tener los cazadores-recolectores con respecto a la comida: al fin y al cabo, nunca tienen nada en la nevera. Paul Le Jeune, un misionero jesuita francés que pasó seis meses con los indios montañeses del Canadá moderno, se exasperaba con la generosidad de los nativos. «Si mis anfitriones cazaban dos, tres o cuatro castores — escribía—, ya fuera de día o de noche, daban un banquete para todas las tribus vecinas de salvajes. Y si éstas habían cazado algo, daban otro al mismo tiempo; de forma que conforme salías de un festín ibas a otro, y a veces a un tercero, e incluso a un cuarto.» Le Jeune trató de explicarles las ventajas de guardar parte de la comida, pero, según cuenta: «Se rie-

ron de mí. “Mañana — dijeron— haremos otro banquete con lo que cacemos”». ¹² El antropólogo israelí Nurit Bird-David explica: «Del mismo modo que el comportamiento del hombre occidental se entiende partiendo de que tiene asumida la *escasez*, el comportamiento del cazador-recolector se entiende partiendo de que *tiene asumida la abundancia*. Es más, igual que analizamos y aun predecimos el comportamiento de aquél presumiendo que se comporta como si no tuviera suficiente, podemos analizar y aun predecir el comportamiento de éste presumiendo que se comporta como si ya lo tuviera todo solucionado» ¹³ (la cursiva es nuestra).

Mientras que los agricultores han de afanarse para cultivar arroz, patatas, trigo o maíz, la dieta de los cazadores-recolectores se caracteriza por la variedad de plantas nutritivas y animales de que se compone. Pero ¿cuánto trabajo da recogerlas y cazarlos? ¿Es una forma eficiente de conseguir comida?

El arqueólogo David Madsen estudió la eficiencia energética de la recogida del grillo mormón americano (*Anabrus simplex*), que aún forma parte de la dieta de los nativos aborígenes de Utah. Su grupo cazaba los grillos a un ritmo de más de ocho crujientes kilos por hora. A ese ritmo, Madsen calculó que en una sola hora de trabajo, un cazador-recolector conseguía el equivalente calórico de 87 *chili-dogs** 49 porciones de pizza o 43 Big Macs (pero sin aditivos ni toda esa grasa que obstruye las arterias). ¹⁴ Antes de empezar a hacer chistes con el atractivo gastronómico del grillo mormón, considere el lector la inquietante realidad que se esconde tras un clásico *chili-dog*. Otro estudio concluyó que los ¡kung san (del desierto de Kalahari, ¡ojo!), en un mes bueno, ingerían diariamente 2.140 calorías y 93 gramos de proteínas. Marvin Harris lo deja muy claro: «Las poblaciones de la Edad de Piedra llevaban una vida más sana que la mayoría de las poblaciones que vinieron inmediatamente después». ¹⁵

Y puede que también más sana que poblaciones que llegaron mucho

* 0 sea, «perritos calientes» con chile. (IV. *delt.*)

después. Los castillos y museos de Europa están llenos de armaduras que no les cabrían a los hombres más bajitos de hoy en día. Pero así como nuestros antepasados medievales eran canijos desde el punto de vista actual, el arqueólogo Timothy Taylor cree que los hombres que primero aprendieron a dominar el fuego —hace como 1.400.000 años— eran más altos de la media actual. Esqueletos hallados en excavaciones de Grecia y Turquía evidencian que los hombres preagrícolas de esas regiones tenían una estatura media de 1,80 metros, y las mujeres, de 1,68. Pero con la adopción de la agricultura, la media de altura cayó en picado. Los griegos y turcos de hoy en día son, por término medio, más bajos que sus ancestros remotos.

El paso a la agricultura vino acompañado en todo el mundo de un descenso espectacular en la calidad de la dieta y la salud general de la mayoría de las personas. Jared Diamond, analizando lo que llama «el peor error de la historia de la especie humana», dice: «Los cazadores-recolectores practicaban la forma de vida más exitosa y duradera de toda la historia del hombre. Nosotros, en cambio —concluye—, todavía estamos luchando para arreglar el lío en que nos metimos con la agricultura, y no está claro que vayamos a conseguirlo».

De la política paleolítica

La siesta tenía mucho protagonismo en la vida prehistórica. En su provocativo ensayo «The Original Affluent Society» [La sociedad de la abundancia original], Sahlins observa que entre los cazadores-recolectores «la búsqueda de comida es tan eficaz que la mitad del tiempo la gente no sabe qué hacer». ¹⁶ Ni siquiera los aborígenes australianos, que vivían en zonas aparentemente desiertas e inhóspitas, tenían problemas para encontrar comida suficiente (y dormían unas tres horas por la tarde, además de las horas del descanso nocturno). Según las investigaciones de Richard Lee, los bosquimanos *!kung* san del desierto de Kalahari de Botswana sólo dedican a buscar comida unas quince horas a

la semana. «Una mujer recoge en un día comida suficiente para dar de comer a su familia durante tres días, y el resto del tiempo lo pasa en el campamento descansando o bordando, de visita en otros campamentos o atendiendo a las visitas de otros campamentos. Las labores cotidianas del hogar, como cocinar, cascar nueces, recoger leña o ir a por agua le ocupan de una a tres horas de su tiempo. Este ritmo de trabajo y ocio regulares se mantiene a lo largo de todo el año.»¹⁷

Un día o dos de trabajo ligero seguido de un día o dos libres. No suena mal del todo, ¿no?

Como el alimento se encuentra en el entorno inmediato, en las sociedades de cazadores-recolectores nadie controla el acceso de nadie a los bienes de primera necesidad. «El igualitarismo [...] hunde sus firmes raíces en el acceso abierto a los recursos, la simplicidad de las herramientas de producción, la ausencia de propiedades no transportables y la estructura flexible del grupo.»¹⁸

Si no es posible bloquear el acceso de la gente a la comida y al refugio ni impedirle que se marche, si quiere, ¿cómo puedes controlarla? El ubicuo igualitarismo político de los pueblos de cazadores-recolectores asienta sus raíces en esta simple realidad. Al carecer de poderes coactivos, los líderes son sencillamente aquellos a los que se sigue: individuos que se han ganado el respeto de sus compañeros. Tales «líderes» no *exigen* — no pueden exigir — la obediencia de nadie. Lo que no es ninguna novedad. En sus *Lecciones de jurisprudencia*, publicadas postumamente en 1896, Adam Smith ya decía: «En una nación de cazadores no existe un gobierno propiamente dicho. [...] Han acordado entre ellos mantenerse unidos para su mutua seguridad, pero carecen de cualquier autoridad unos sobre otros».

No sorprenderá a nadie que la insistencia en compartirlo todo que caracteriza a los cazadores-recolectores haya resultado un hueso particularmente duro de roer para los psicólogos evolucionistas conservadores. Dado el estatus icónico del libro *El gen egoísta*, de Richard Dawkins, y la noción popular (y protectora del statu quo) de la lucha de todos contra todos en aras de la supervivencia, el empeño en explicar

por qué los cazadores-recolectores son tan descabelladamente generosos unos con otros ha ocupado a docenas de autores. En *The Origins of Virtue* [Los orígenes de la virtud], el divulgador científico Matt Ridley sintetiza así la contradicción intrínseca a la que se enfrentan: «Nuestras mentes han sido formadas por unos genes egoístas, pero están hechas para ser sociables, dignas de confianza y cooperantes».19 Hay que hacer equilibrios en la cuerda floja para insistir en que el egoísmo es (y ha sido siempre) el motor principal de la evolución humana, especialmente a la vista del cúmulo de datos que demuestran que la organización social humana se basó durante muchos milenios en el impulso de compartir.

Claro que este conflicto se esfumaría si los partidarios de la teoría sobre la naturaleza humana del *siempre egoístas* admitieran limitaciones contextuales a sus argumentos. En otras palabras, en un contexto de suma cero (como el de las modernas sociedades capitalistas, en las que vivimos rodeados de desconocidos), tiene sentido, a ciertos niveles, que los individuos atiendan sus propios intereses. Pero, en otros contextos, el comportamiento humano se caracteriza por un instinto igualmente fuerte de generosidad y justicia.20

Aunque muchos de sus seguidores prefieran ignorar los matices de sus argumentos, el propio Dawkins los aprecia en todo su valor, cuando dice: «Buena parte de la naturaleza animal es sin duda altruista y cooperativa y hasta la adornan emociones subjetivas benevolentes. [...] En el caso del organismo individual, el altruismo puede ser un medio por el que los genes subyacentes maximicen sus intereses particulares».21 Pese a que debe su fama a haber inventado el concepto del «gen egoísta», Dawkins considera la cooperación grupal como una forma de avanzar hacia los fines particulares de un individuo (y, de ese modo, también hacia los intereses genéticos de cada individuo). ¿Por qué, entonces, tantos de sus seguidores se resisten a contemplar la idea de que la cooperación entre los seres humanos u otros animales pueda ser tan *natural* y efectiva como un egoísmo miope?

Los primates no humanos presentan indicios intrigantes del «poder blando de la paz», y no nos referimos sólo a los cachondos bono-

bos. Frans de Waal y Denise Johanowicz idearon un experimento para comprobar qué pasaría si se juntara a dos especies distintas de macacos. Los monos rhesus (*Macaca mulatta*) son agresivos y violentos, mientras que los macacos rabones (*Macaca arctoides*) son conocidos por su forma más relajada de entender la vida. Los rabones, por ejemplo, se reconcilian después de un conflicto cogiéndose por las caderas, mientras que entre monos rhesus rara vez puede verse una reconciliación. Sin embargo, en cuanto se reunió a ambas especies, los científicos observaron que el comportamiento pacífico y conciliador de los rabones se impuso a las actitudes más agresivas de los rhesus. Éstos se fueron relajando poco a poco. Según cuenta De Waal, «crías de las dos especies jugaban juntas, se despiojaban entre sí y dormían amontonadas en grandes grupos. Y, lo que es más importante, los monos rhesus desarrollaron habilidades pacificadoras comparables a las de sus más tolerantes compañeros de grupo». Incluso después de concluido el experimento, cuando las dos especies volvieron a convivir exclusivamente con sus congéneres, los rhesus siguieron mostrándose tres veces más inclinados a reconciliarse tras un conflicto y a despiojar a sus rivales.²²

¿Casualidad? El neurocientífico y primatólogo Robert Sapolsky se ha pasado décadas observando a un grupo de babuinos en Kenia. Empezó cuando aún era un estudiante, en 1978. A mediados de la década de 1980, una proporción significativa de los machos adultos del grupo murió repentinamente de tuberculosis; se habían infectado al ingerir comida contaminada del vertedero de un hotel de turistas. Pero los únicos que probaron los codiciados restos (por más contaminados que estuvieran) fueron los babuinos más belicosos, que ahuyentaron a los machos menos agresivos, las hembras y los jóvenes. ¡Justicia! Con los tipos duros fuera de combate, los apacibles supervivientes quedaron al mando. Eran una tropa indefensa, un botín propicio para piratas: toda una tropa de hembras, subadultos y machos fáciles de intimidar, esperando a que los matones de los alrededores hicieran su entrada victoriosa, y rapiñaran y violaran a su antojo.

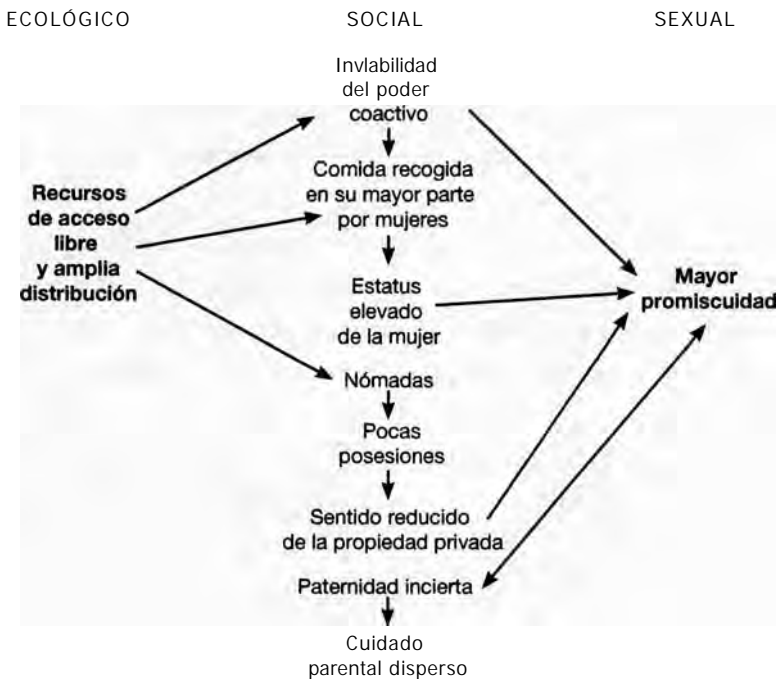
Como los babuinos macho abandonan a su tropa natal en la adolescencia, transcurrida una década desde la catástrofe del vertedero, en el grupo no quedaba ninguno de los machos atípicamente pacíficos originales. Pero, según informa Sapolsky, «los nuevos machos que se incorporaban iban adoptando la singular cultura de la tropa». En 2004, Sapolsky constató que, dos décadas después de la «tragedia» de la tuberculosis, la tropa seguía teniendo un índice de machos dispuestos a despiojar a las hembras y a subordinarse a ellas superior a la media, una jerarquía de dominación inusualmente laxa, y las pruebas fisiológicas mostraban que los niveles de ansiedad estaban por debajo de lo que era costumbre entre los demás machos de rango inferior, habitualmente muy agobiados. Más recientemente aún, Sapolsky nos contó que, en su última visita, en verano de 2007, la singular cultura de la tropa parecía intacta.²³

En *Hierarchy in the Forest* [La jerarquía en la selva], el primatólogo Christopher Boehm sostiene que el igualitarismo es un sistema político eminentemente racional, y hasta jerárquico: «Individuos que de otro modo serían subordinados son lo bastante listos para formar una coalición política amplia y unida, y lo hacen con el propósito expreso de evitar que los fuertes dominen a los débiles». Según Boehm, los cazadores-recolectores son poco menos que felinos en su negativa a seguir órdenes. «La preocupación universal, y casi obsesiva, de los cazadores-recolectores nómadas — dice — es no estar sometidos a la autoridad de otros.»²⁴

La Prehistoria debió de ser una época frustrante para los megalómanos. «Un individuo que albergara la pasión del control — escribió el psicólogo Erich Fromm — habría sido un fracasado social sin ninguna influencia.»²⁵

¿Y si — gracias a los efectos combinados de una densidad demográfica muy baja, un sistema digestivo sumamente omnívoro, nuestra privilegiada inteligencia social, la puesta en común institucionalizada de la

comida, la sexualidad promiscua y despreocupada (con el consiguiente cuidado colectivo de los niños) y la defensa en grupo— la prehistoria humana hubiera sido en realidad un tiempo de paz y prosperidad relativas? Si no una «Edad de Oro», al menos una «Edad de Plata» (ya que la «Edad de Bronce» ya está cogida). ¿Podemos, o más bien, osaremos, sin caer en visiones soñadoras de un paraíso, considerar la posibilidad de que nuestros ancestros vivieran en un mundo en el que, prácticamente siempre, había bastante para prácticamente todo el mundo? A estas alturas, todos sabemos que «en este mundo nada es gratis». Pero ¿qué implicaciones tendría que nuestra especie hubiera evolucionado en un mundo en el que *todo* fuera gratis? ¿Cómo cambiaría nuestra apreciación de la Prehistoria (y, en consecuencia, de nosotros mismos) si viéramos que emprendimos nuestro viaje en Jauja y, hace sólo cien siglos, decidimos tomar un desvío que conducía hacia la miseria, la escasez y la competencia feroz?



Por mucho que a algunos les cueste aceptarlo, las pruebas óseas demuestran claramente que nuestros antepasados no sufrieron escasez generalizada y crónica hasta la implantación de la agricultura. La carestía crónica de alimentos y la economía basada en la escasez son productos de sistemas sociales que surgieron con la agricultura. En su introducción a *Limited Wants, Unlimited Means* [Necesidades limitadas, medios ilimitados], Gowdy subraya la ironía mayor: «Los cazadores-recolectores [...] empleaban su tiempo libre, que era mucho, en comer, beber, jugar, hacer vida social... Es decir: en hacer todo aquello que nosotros asociamos a la abundancia».

Pese a que no existen indicios sólidos que sustenten la visión apocalíptica de la Prehistoria, a oídos del público llegan pocas voces que la discutan. La concepción de la naturaleza humana inherente a la teoría económica occidental está equivocada. La idea de que el ser humano se mueve únicamente por intereses egoístas es, en palabras de Gowdy, «la visión de una minoría microscópicamente pequeña de las decenas de miles de culturas que han existido desde que, hace unos 200.000 años, surgió el *Homo sapiens*». Para la gran mayoría de las generaciones humanas que han pasado por la Tierra, habría sido impensable que alguien acaparara los alimentos mientras otros pasaban hambre a su alrededor. «El cazador-recolector — dice Gowdy — representa al *hombre no-económico*.» 26

Recordemos que hasta aquellos «desventurados» habitantes de Tierra del Fuego, condenados a «lo más bajo de la escala de la raza humana», tiraron las azadas y abandonaron sus jardines en cuanto el *Beagle* se perdió en el horizonte. Sabían de primera mano cómo vivía la gente «civilizada», pero, a pesar de ello, no tenían «el menor deseo de volver a Inglaterra». ¿Por qué iban a querer? Estaban «felices y contentos» con «mucho fruta», «mucho pez» y «mucho pajarito».

Capítulo 13

LA BATALLA INTERMINABLE EN TORNO A LA GUERRA PREHISTÓRICA (¿BRUTAL?)

Los evolucionistas afirman que allá en el alba de la vida una bestia, cuyo nombre y naturaleza se ignoran, plantó una simiente asesina, y que el impulso así originado en esa simiente late aún en la sangre de los descendientes de aquel bruto [...].

William Jennings Bryan¹

Los fundamentalistas neohobbesianos, del mismo modo que sostienen que la pobreza es consustancial a la eterna condición humana, defienden también que la guerra es esencial para nuestra naturaleza. El escritor Nicholas Wade, por ejemplo, considera que «la guerra entre las sociedades preestatales era incesante y despiadada, y se emprendía con el objetivo genérico, a menudo conseguido, de aniquilar al adversario». ² Según esta concepción, la propensión al conflicto organizado hunde profundamente sus raíces en nuestro pasado biológico, hasta los antecesores primates, que nos la transmitieron a través de nuestros antepasados cazadores-recolectores. Supuestamente, la cosa *siempre* habría ido de hacer la guerra, y no el amor.

Pero nadie acaba de aclarar por qué se luchaba en esa guerra interminable. Pese a su certeza de que los cazadores-recolectores sufrían la plaga de un «constante guerrear», Wade admite que «los pueblos prehistóricos vivían en sociedades pequeñas e igualitarias, sin propiedad, líderes ni diferencias de rango [...]». O sea, que hemos de entender que unos grupos nómadas, igualitaristas, sin jerarquías ni propiedad...

¿estaban permanentemente en guerra? ¿Y para qué? Esas sociedades de cazadores-recolectores, sin apenas posesiones, ni, por tanto, gran cosa que perder (aparte de la vida), que vivían en la inmensidad de un planeta sin fronteras, no tenían nada que ver con otras sociedades de épocas históricas más recientes, sedentarias y densamente pobladas, que sí necesitaban pelear por unos recursos menguantes o acaparados.³

No disponemos de espacio para responder exhaustivamente a este aspecto del discurso hobbesiano ortodoxo, pero hemos elegido a tres conocidas figuras estrechamente vinculadas a él para considerar con detalle sus argumentos y los datos en que se basan: el psicólogo evolucionista Steven Pinker, la venerada primatóloga Jane Goodall y el antropólogo vivo más famoso del mundo, Napoleón Chagnon.⁴

La naturaleza despiadada del profesor Pinker

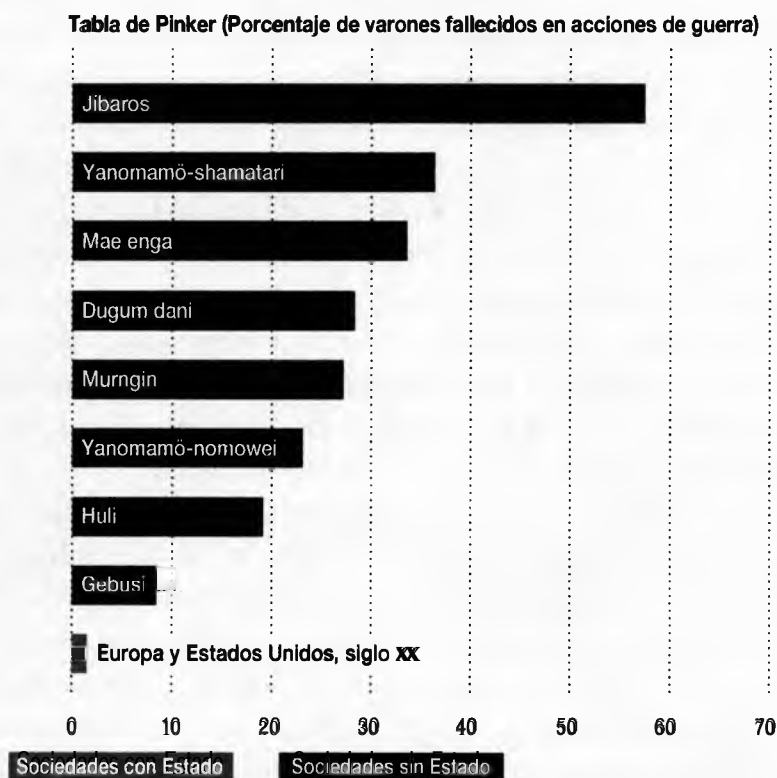
Imagine el lector que un experto eminentísimo se plantara ante una audiencia distinguida y defendiera que los asiáticos son pueblos belicosos presentando estadísticas de siete países para apoyar su tesis: Argentina, Polonia, Irlanda, Nigeria, Canadá, Italia y Rusia. «Un momento — pensará el lector —, pero si esos países ni siquiera están en Asia... con la posible excepción de Rusia.» El experto se vería forzado a abandonar el estrado entre risas y abucheos, y bien merecido que lo tendría.

En 2007, el profesor Steven Pinker —catedrático de Harvard de fama mundial y autor de numerosos *best sellers*— hizo una exposición basada en una lógica igualmente viciada en la conferencia TED (tecnología, entretenimiento y diseño) en Long Beach, California.⁵ La presentación de Pinker ofrece una formulación sucinta de la concepción neohobbesiana del origen de la guerra que es también una muestra elocuente de las cuestionables tácticas retóricas con que a menudo se promueve esa visión sangrienta de nuestra Prehistoria. Es una charla de veinte minutos que puede verse en la página web del TED.⁶ Animamos

al lector a que, antes de seguir leyendo, vea al menos los primeros cinco minutos (en que trata de la Prehistoria). Le esperamos aquí.

Aunque Pinker dedica menos del 10 % de su exposición a los cazadores-recolectores (la configuración social dominante durante más del 95 % del tiempo que el hombre lleva sobre la Tierra), se las arregla para liarlo todo bien liado.

A los tres minutos y medio de su charla, Pinker presenta un gráfico basado en el libro de Lawrence Keeley *War Before Civilization: The Myth of the Peaceful Savage* [La guerra antes de la civilización: el mito del buen salvaje]. El gráfico muestra el «porcentaje de varones fallecidos en acciones de guerra en varias sociedades de cazadores-recolectores» y, según explica Pinker, ilustra que los hombres de esas sociedades tenían muchas más probabilidades de morir en esas circunstancias que un hombre contemporáneo.



Un momento. Antes de seguir fijémonos bien en este gráfico. Enumera siete culturas «de cazadores-recolectores» que supuestamente son representativas de la mortandad de la guerra en tiempos prehistóricos: los jíbaros, dos ramas de los yanomami, los mae enga, los dugum dani, los murngin, los huli y los gebusi. Los jíbaros y los dos grupos de yanomami son tribus amazónicas; los murngin son nativos de las regiones costeras del norte de Australia; y las cuatro culturas restantes pertenecen todas a las tierras altas de Papua-Nueva Guinea, superpobladas y azotadas por conflictos.

¿Son estos grupos representativos de nuestros ancestros cazadores-recolectores? *Ni por asomo*

Sólo *una* de las siete culturas que menciona Pinker — los murngin — se acerca un poco a lo que entendemos por sociedad de cazadores-recolectores de retorno inmediato (en el mismo sentido en que Rusia puede considerarse un país asiático, siempre y cuando hagamos abstracción de la mayor parte de su población y de su historia). En la época en que se recogieron los datos que cita (1975), los murngin llevaban décadas viviendo con misioneros, armas de fuego y lanchas motoras de aluminio; es decir, en condiciones que no son precisamente prehistóricas.

Entre las demás sociedades de la lista de Pinker, no hay *ninguna* que sea de cazadores-recolectores de retorno inmediato, como lo eran las de nuestros ancestros. Viven en poblados, cultivan ñames, bananas o caña de azúcar, y crían cerdos, gallinas o llamas domesticados.⁸ Podríamos pasar por alto el hecho de que estas sociedades no son ni remotamente representativas de los grupos sociales prehistóricos, pero los problemas que presentan los datos citados por Pinker no se acaban ahí. Como veremos en breve, el nivel real de actividad bélica de los yanomami es objeto de apasionado debate entre los antropólogos. Los murngin ni siquiera son un ejemplo típico de las culturas nativas de Australia; más bien representan una sanguinaria excepción al patrón característico de escasos o nulos conflictos intergrupales de los aborígenes australianos.⁹ Tampoco acierta Pinker con los gebusi. Bruce Knauft, el antropólogo cuya investigación cita en su gráfico, explica que el elevado índice de

mortandad de los gebusi no tiene nada que ver con la guerra. De hecho, en sus estudios, afirma que la guerra es «rara» entre ellos: «Las disputas por territorios o recursos son extremadamente infrecuentes y tienden a resolverse con facilidad».10

A pesar de todo, Pinker se plantó delante del público y, con cara de póquer, sostuvo que su gráfico reflejaba una estimación ponderada de la tasa de mortalidad típica de la guerra prehistórica. Lo que resulta, literalmente, increíble.11

Pero Pinker no es el único que recurre a estos trucos de prestidigitación para corroborar la sombría visión hobbesiana de la prehistoria humana. De hecho, este tipo de presentación selectiva de datos cuestionables es alarmantemente común en la literatura relativa a la naturaleza sanguinaria del hombre.

En su libro *Demonic Males* [Machos diabólicos], Richard Wrangham y Dale Peterson reconocen que la guerra es infrecuente en la Naturaleza, «una excepción sorprendente a la regla general entre los animales». Pero dado que la violencia entre grupos está documentada tanto en los humanos como en los chimpancés, argumentan, la propensión a la guerra tiene que ser una característica humana ancestral, que debe remontarse a nuestro último antepasado común. Somos, advierten, «el aturdido superviviente de cinco millones de años de hábitos ininterrumpidos de agresiones letales». ¡Qué duro!

Pero ¿y los bonobos? En un libro de más de 250 páginas, la palabra «bonobo» sólo aparece en once, en las que se descarta a la especie como referente válido: a pesar de que muchos primatólogos opinan lo contrario, se considera que el bonobo ofrece una información menos relevante que el chimpancé respecto a nuestro último antepasado común.12 Eso sí, al menos los mencionan.

En 2007, David Livingstone Smith, autor de *The Most Dangerous Animal: Human Nature and the Origins of War* [El animal más peligroso: la naturaleza humana y el origen de la guerra], publicó un ensayo que profundizaba en el argumento evolucionista de que la guerra hunde sus raíces en nuestro pasado de primates. En sus truculentos relatos, en los que los

chimpancés se pelean a puñetazos hasta reducirse a una pulpa sanguinolenta e incluso se comen vivos unos a otros, Smith los presenta como «nuestro pariente no humano más próximo». Leyéndole, nunca sospecharíamos que tenemos otro pariente no humano igual de próximo. Curiosamente — aunque sea lo típico —, se olvida de mencionar al bonobo.³

No cabe duda de que impera el posicionamiento «de macho» que defiende las brutales implicaciones que ha tenido la violencia de los chimpancés, pero ¿no merece al menos una mención el pacífico pero igualmente relevante bonobo? ¿A qué viene tanto alarido con el *yang* sin un triste susurro sobre *z\yin*?. Puede que las tinieblas consigan agitar al público, pero nunca lograrán iluminarle. Esta técnica del «uy, he olvidado mencionar a los bonobos» es tan habitual en la literatura sobre los orígenes ancestrales de la guerra que resulta exasperante.

Pero esta palmaria omisión no sólo es notoria cuando se trata de hablar de la guerra. También podemos jugar a «¿Dónde está el bonobo?» cada vez que alguien defienda el abolengo ancestral de cualquier clase de violencia machista. A ver quién lo encuentra en esta explicación de los orígenes de la violación, extraída de *El lado oscuro del hombre*: «La violación no la inventaron los hombres. Lo más probable es que heredaran el instinto violador de nuestro ancestral linaje simiesco. La violación es una estrategia reproductiva *estándar* del macho, y, presumiblemente, lo viene siendo desde hace millones de años. Los machos humanos, del gorila y del chimpancé violan a las hembras *rutinariamente*. Los gorilas que viven en libertad secuestran a hembras con violencia para aparearse con ellas. Los que viven en cautividad también las violan»⁴ (la cursiva está en el original).

Dejando a un lado las dificultades que entraña definir la violación en especies no humanas, incapaces de comunicarnos sus experiencias y motivaciones, nunca, en varias décadas de observación, se ha documentado un solo caso entre los bonobos — como tampoco se han observado casos de infanticidio, guerra o asesinato—. Ni en libertad, ni en un zoo. Jamás.

¿No es digno el dato de aparecer al menos en una nota a pie de página?

La misteriosa desaparición de Margaret Power

Al margen de las dudas que puedan levantar los bonobos, cabría plantear cuestiones fundamentales sobre la naturaleza de las «guerras» de los chimpancés. En la década de 1970, Richard Wrangham era un estudiante de posgrado que investigaba la relación entre el suministro de alimentos y el comportamiento de los chimpancés en el centro de estudios de Jane Goodall en Gombe, Tanzania. En 1991, cinco años antes de la publicación de *Demonic Males* de Wrangham y Peterson, Margaret Power, tras una labor de meticulosa investigación, publicó *The Egalitarians: Human and Chimpanzee* [Los igualitaristas: el hombre y el chimpancé], donde planteaba dudas importantes sobre los estudios llevados a cabo por Goodall (sin dejar sin embargo de expresar su admiración por las intenciones y la integridad científica de la investigadora). En *Demonic Males*, sin embargo, no aparece el nombre de Power por ningún lado, ni tampoco ninguna de sus objeciones.

Power observó que los datos que Goodall recopiló durante sus primeros años en Gombe (de 1961 a 1965) perfilaban una imagen de la interacción social de los chimpancés muy distinta de la que la primatóloga y sus colegas reflejarían años más tarde con la publicación de la descripción de las guerras entre chimpancés que tan clamorosa acogida tuvo en todo el mundo. Tras las observaciones que había llevado a cabo durante esos cuatro primeros años en Gombe, Goodall tenía la sensación de que los chimpancés eran «mucho más apacibles que los humanos». No vio prueba alguna de la existencia de «guerras» entre grupos, y sólo observó estallidos esporádicos de violencia entre individuos.

Esas primeras impresiones de que entre los primates reinaba la paz encajan con los resultados que los primatólogos Robert Sussman y Paul Garber publicaron cuarenta años más tarde, en 2002, tras haber efectuado un examen de la literatura científica sobre la conducta social de los primates. Después de revisar más de ochenta estudios sobre cómo pasaban sus horas de vigilia diversos primates, concluyeron que «en casi

todas las especies, desde los lémures diurnos —los primates más primitivos— a los simios, [...] lo habitual es que dediquen menos del 5 % del tiempo a cualquier tipo de comportamiento social activo». Sussman y Garber constataron que «normalmente pasan menos del 1 % del tiempo peleando o compitiendo, y, excepcionalmente, mucho menos del 1 %». Vieron que en todas las especies de primates el comportamiento cooperativo o amistoso, como jugar o despiojarse, era entre diez y veinte veces más común que el conflicto.¹⁵

Pero Goodall empezó a abandonar la idea de que imperaba una relativa armonía —y no por casualidad, defiende Power— justo cuando ella y sus estudiantes comenzaron a dar cientos de plátanos diarios a los chimpancés con la intención de que se quedaran merodeando cerca del campamento y les permitieran así observarlos con más facilidad.

En su medio natural, los chimpancés se separan para buscar comida individualmente. Como el alimento está disperso por toda la selva, la competencia es rara. Pero, como explica Frans de Waal, «en el momento en que los humanos empiezan a proveer de comida, incluso en la selva, la paz no tarda en verse perturbada».¹⁶

Esos montones de fruta que tan bien olían y que esperaban encerrados en cajas de hormigón armado (que sólo se abrían para que comieran a intervalos periódicos) alteraron espectacularmente el comportamiento de los chimpancés. Los ayudantes de Goodall tenían que reparar las cajas cada dos por tres, porque los frustrados simios encontraban mil maneras de forzarlas o abrirlas a golpes. Para ellos, tener delante fruta madura y no podérsela comer de inmediato era una experiencia nueva que les dejaba perplejos y les alteraba los nervios. Como si la mañana del día de Navidad dijéramos a un montón de crios de 3 años (con la fuerza de cuatro adultos cada uno) que deben esperar un tiempo indeterminado para abrir la pila de juguetes que tienen ahí mismo, a los pies del árbol.

Al cabo de unos años, recordando aquella época, Goodall escribió: «Alimentarlos constantemente estaba produciendo efectos muy marcados en el comportamiento de los chimpancés. Empezaron a rondar en

grandes grupos con más frecuencia de lo que habíamos visto hasta entonces. Dormían cerca del campamento y llegaban por la mañana temprano en hordas ruidosas. Y lo peor era que *los machos adultos se volvían cada vez más agresivos [...]*. No sólo había *muchas más peleas*, sino que los chimpancés se pasaban horas rondando alrededor del campamento todos los días»¹⁷ (la cursiva es nuestra).

Wrangham no fue el único primatólogo que ha hecho caso omiso de las dudas que Margaret Power expresó sobre la decisión de Goodall de suministrar comida a los chimpancés.¹⁸ En realidad fueron la mayoría: Michael Ghiglieri, por ejemplo, se fue a estudiar los chimpancés de la selva de Kibale, en la vecina Uganda, espoleado específicamente por la idea de que la violencia intergrupala presenciada por Goodall y su equipo hubiera podido deberse al efecto distorsionador de aquellas cajas de plátanos. Dice Ghiglieri: «Mi misión [...] era descubrir si esas matanzas aparentemente bélicas eran normales o una variación originada por la intervención de los investigadores suministrando comida a los chimpancés para poder observarlos».¹⁹ Pero, curiosamente, el nombre de Margaret Power no aparece ni siquiera en el índice temático del libro de Ghiglieri, publicado ocho años después del suyo.

No disponemos de espacio para indagar convenientemente en las cuestiones planteadas por Power, ni para comentar informes posteriores sobre conflictos grupales observados, en otras zonas de estudio, entre algunos chimpancés (no todos) a los que no se proveía de alimento.²⁰ Así como tenemos nuestras dudas sobre las motivaciones de Pinker y Chagnon (de éste hablaremos en breve), al igual que a Margaret Power, no nos cabe ninguna sobre las intenciones o la integridad científica de Jane Goodall. No obstante, y con todo el respeto a la señora Goodall, los interrogantes planteados por Power merecen ser considerados por cualquiera que tenga un auténtico interés en el debate sobre el posible origen de la guerra entre los primates.

Despojos de guerra

Las preguntas de Margaret Power ponían el dedo en la llaga: ¿por qué pelear cuando no hay nada por lo que pelearse? Antes de que los científicos empezaran a abastecer a los simios, la comida se encontraba por toda la selva, y los chimpancés se dispersaban todos los días en busca de alimento. Estos animales suelen avisar a los demás cuando encuentran un árbol frutal; ayudarse mutuamente beneficia a todo el grupo, y alimentarse en la selva no es una empresa de suma cero. Pero en cuanto comprendieron que habría una cantidad limitada de comida de fácil acceso, todos los días y en el mismo sitio, empezaron a llegar cada vez más chimpancés hasta convertirse en «hordas ruidosas» y agresivas que «rondaban» por los alrededores. Al cabo de poco tiempo, Goodall y sus estudiantes empezaron a presenciar las ahora famosas «guerras» entre grupos de chimpancés.

Quizá fuera la primera vez que los chimpancés tenían algo por lo que mereciera la pena pelear: una fuente de alimento concentrado y seguro, aunque limitado. De golpe y porrazo, se encontraron viviendo en un mundo de suma cero.

Aplicar el mismo razonamiento a las sociedades humanas nos lleva a preguntarnos por qué los cazadores-recolectores de retorno inmediato iban a arriesgar la vida enredándose en guerras. ¿Guerras por qué? ¿Por alimento? Eso podían encontrarlo desperdigado por todo el entorno. Las sociedades indígenas de regiones donde la comida aparece concentrada por circunstancias naturales, como el remonte estacional del salmón en las regiones del Pacífico de Canadá y el Noroeste de Estados Unidos, tienden a no ser cazadores-recolectores de retorno inmediato. Allí es más fácil que encontremos sociedades complejas y jerarquizadas como los kwakiutl, de los que luego hablaremos. ¿Por posesiones? Los cazadores-recolectores prácticamente carecen de ellas, y las pocas que tienen son de valor puramente sentimental. ¿Por tierras? Nuestros ancestros evolucionaron sobre un planeta prácticamente despoblado a lo largo de casi toda nuestra existencia como especie. ¿Por mujeres?

Es posible, pero ese alegato se basa en la suposición de que para los cazadores-recolectores el aumento de población era importante, y que las mujeres eran mercancías por las que pelear y con las que comerciar, como el ganado para los pastores. Lo presumible es que para los cazadores-recolectores fuera más importante mantener la población estable que incrementarla. Como hemos visto, cuando un grupo alcanza un cierto número de individuos, tiende a escindirse en grupos más pequeños, y, en sociedades grupales, tener más gente a la que alimentar no supone en principio ninguna ventaja. También hemos visto que, en el sistema social de fisión-fusión típico de cazadores-recolectores, chimpancés y bonobos, hombres y mujeres serían libres de moverse entre distintos grupos.

Las repercusiones causales entre estructura social (de sociedades horticulturistas, agrícolas, industriales, de cazadores-recolectores), densidad de población y probabilidades de guerra están avaladas por una investigación efectuada por el sociólogo Patrick Nolan, que concluyó que «las probabilidades de guerra son mayores en las sociedades horticulturistas avanzadas y agrícolas que en las de cazadores-recolectores y horticulturistas simples». Cuando limitó el análisis a las sociedades de cazadores-recolectores y agrícolas, Nolan descubrió que una densidad de población superior a la media era el mejor predictor de guerra.²¹

Este hallazgo plantea problemas al argumento de que la guerra humana es un hábito con cinco millones de años de antigüedad: en efecto, la densidad de población en la época de nuestros ancestros fue muy baja hasta que comenzó la explosión demográfica posagrícola, hace sólo unos pocos milenios. Además, investigaciones recientes en busca de cambios en el ADN mitocondrial confirman que los niveles globales de población humana en la Prehistoria, ya bajos de por sí, cayeron casi hasta el borde de la extinción en varios momentos (debido a catástrofes climáticas, provocadas probablemente por erupciones volcánicas, impactos de asteroides y cambios bruscos en las corrientes oceánicas). Como ya hemos mencionado, la población mundial total de *Homo sapiens* pudo desplomarse hasta alcanzar unos pocos miles de individuos

hace tan sólo 74.000 años, cuando la gigantesca erupción del Toba trastocó gravemente el clima mundial. Pero, incluso con gran parte del hemisferio norte cubierto de hielo, el mundo en que vivían nuestros antepasados remotos distaba mucho de estar abarrotado.²²

Los factores demográficos han desencadenado guerras en tiempos más recientes. El ecólogo Peter Turchin y el antropólogo Andrey Korotayev revisaron datos históricos de Inglaterra, China y Roma y constataron marcadas correlaciones estadísticas entre el incremento de la densidad de población y la guerra. Sus investigaciones sugieren que el crecimiento demográfico podría explicar hasta un 90 % de las variaciones entre periodos históricos de paz y de guerra.²³ Los depósitos de grano y los rebaños de ganado de los primeros tiempos de la agricultura eran como esas cajas de plátanos en plena selva. De pronto había algo por lo que pelearse: más. Más tierra para cultivos. Más mujeres para conseguir más población que trabajase la tierra, que engrosase las filas del ejército que debía defenderla y que ayudara con la cosecha. Más esclavos que se encargaran de las penosas labores de sembrar, segar y combatir. La pérdida de cosechas en una zona llevaría a los desesperados agricultores a asaltar a sus vecinos, que a su vez tomarían represalias, y así una y otra vez.²⁴

Parafraseando a Janis Joplin, libertad sólo es un sinónimo de no tener nada que perder... o ganar.*

Pero los neohobbesianos ignoran este análisis tan diáfano, así como los datos que lo avalan, e insisten en que la guerra responde sin duda a un impulso humano intemporal, defendiendo cuando conviene sus concepciones con tácticas retóricas desesperadas como la de Pinker.

Por ejemplo, en el capítulo cuatro de su libro *Sick Societies: Challenging the Myth of Primitive Harmony* [Sociedades enfermas: cuestionando el mito de la armonía primitiva], Robert Edgerton nos dice: «La estratificación social se desarrolló en sociedades de pequeñas dimensio-

*Alusión a un famoso verso de la canción «Me and Bobby McGee»: *Freedoms just another word for nothing left to lose.* (N. del t.)

nes que carecían no sólo de burocracia y sacerdocio, sino también de cultivos». Estupendo, pero, para respaldar esta afirmación sobre la estratificación y el gobierno brutal de las elites en «sociedades de pequeñas dimensiones», presenta quince páginas con vividas descripciones de (por este orden y sin dejarnos nada):

- los indios kwakiutl de la isla de Vancouver (una sociedad sedentaria, compleja y jerárquica, con esclavitud institucionalizada, acumulación de propiedades, y que celebra festines ceremoniales — el *potlatch*— cuya finalidad es precisamente hacer gala de la riqueza y el estatus jerárquico del anfitrión);
- el Imperio azteca (con una población que se contaba por millones, elaboradas estructuras religiosas, sacerdocio e incontables hectáreas de tierra cultivada por esclavos que se extendían alrededor de una capital mayor que cualquiera de las europeas en la época en que se supo de su existencia, provista de sistemas de alcantarillado e iluminación nocturna en las calles);
- el Imperio zulú (también con millones de habitantes, esclavitud, agricultura intensiva, animales domesticados y redes comerciales de ámbito continental);
- el Imperio asante, que ocupaba el territorio de la actual Ghana y que, según nos dice Edgerton, «era sin comparación posible la mayor potencia militar del África Occidental». 25

Lo que Edgerton no nos dice es qué tiene que ver cualquiera de estos imperios con sociedades de pequeñas dimensiones sin burocracia, sacerdocio ni cultivos. De hecho, no menciona una sola sociedad de cazadores-recolectores en todo el capítulo. Es como afirmar que los gatos son difíciles de adiestrar y presentar como prueba pastores alemanes, *beagles*, galgos y *setters* irlandeses.

En *Beyond War* [Más allá de la guerra], el antropólogo Doug Fry rebate la idea neohobbesiana de la guerra universal. «La creencia de que “siempre ha habido guerras” — dice— no se corresponde con los datos

arqueológicos sobre la cuestión.» De la misma opinión es su colega Leslie Sponsel: «La falta de rastros arqueológicos de guerra sugiere que, durante la mayor parte de la Prehistoria, o no se dio o era infrecuente». Otro antropólogo, Brian Ferguson, tras realizar una revisión exhaustiva de los restos óseos prehistóricos, llegó a la conclusión de que, sin contar un yacimiento en concreto del actual Sudán, «aproximadamente sólo una docena de esqueletos de *Homo sapiens* de 10.000 o más años de antigüedad, de entre los cientos de datación similar que han sido examinados hasta la fecha, presentan indicios claros de violencia interpersonal». Y añade: «Si la guerra hubiera sido frecuente en la época prehistórica temprana, el abundante material del registro arqueológico estaría repleto de pruebas en ese sentido. Pero esos indicios no existen».26

Nuestros detectores de patrañas se disparan cuando los eruditos señalan como pruebas de tendencias guerreras ancestrales a chimpancés violentos y a una selecta colección de sociedades humanas horticulturistas erróneamente calificadas de sociedades de cazadores-recolectores. Aún despierta más recelos el hecho de que esos mismos estudiosos no mencionen los efectos distorsionantes que tuvieron diversos factores en la conducta de los chimpancés: el suministro de comida, la creciente reducción de sus hábitats como consecuencia de los ataques de ejércitos de soldados hambrientos y cazadores furtivos, y la disminución de su espacio vital, de la comida y de su vigor genético. E igual de sospechoso es su silencio sobre los efectos decisivos que la demografía de las poblaciones y el surgimiento del estado agrícola tuvieron en las probabilidades de conflicto bélico entre los humanos.

La invasión napoleónica (La polémica de los yanomami)

Cuando el verano del amor ya había empezado a declinar y los primeros informes de Jane Goodall sobre la guerra entre los chimpancés se habían hecho públicos, Napoleón Chagnon publicó *Yanomamo: la última gran tribu* y se convirtió de pronto en el antropólogo vivo más famoso

del mundo. 1968 fue un buen año para descolgarse con una historia de gallardas aventuras antropológicas que pretendían demostrar que la guerra es parte ancestral y consustancial de la naturaleza humana.

El año había empezado con la revolución en Praga y la ofensiva del Tet en Vietnam. El peor sueño de Martin Luther King se hizo realidad en Memphis, Robert Kennedy fue abatido en la cocina de un hotel, y la sangre corrió por las calles de Chicago, sumidas en el caos. Richard Nixon se coló en la Casa Blanca, Charles Manson y sus descarriados acólitos planeaban sembrar el terror en las colinas polvorientas de encima de Malibú, y los Beatles daban los últimos toques al Album Blanco. El año concluyó con tres astronautas norteamericanos volviendo la vista atrás para contemplar, por primera vez en la historia, este frágil planeta azul flotando en el silencio eterno mientras rezaban por la paz.²⁷

Con esos antecedentes, quizá no sea de extrañar que el relato de Chagnon sobre las «guerras crónicas» de esos yanomami «violentos por naturaleza» tocara una fibra sensible del público. Deseando desesperadamente comprender la furia asesina del hombre, los lectores devoraban sus descripciones de la brutalidad cotidiana de un pueblo al que presentaba como nuestros «ancestros contemporáneos». *Yanomamó: la última gran tribu*, que en Estados Unidos va ya por su quinta edición, es el mayor éxito de ventas de la historia de la antropología; sólo entre los universitarios, ha vendido millones de ejemplares. Los libros y películas de Chagnon han tenido una presencia destacada en la educación de varias generaciones de antropólogos, la mayoría de los cuales aceptó su pretensión de haber demostrado la ferocidad innata de nuestra especie.

Sin embargo, la investigación de Chagnon emplea toda una batería de técnicas dudosas y es preciso tomarla con precaución. Ferguson descubrió, por ejemplo, que, en sus estadísticas, Chagnon no distingue las muertes por homicidio común de las de la guerra, tal como hace Pinker al estudiar a los gebusi. Pero lo más importante es que Chagnon no tiene en cuenta la repercusión que tuvo su propia presencia perniciosa, con cierto aire de Hemingway, en el pueblo que pretende estudiar. Se-

gún Patrick Tierney, autor de *El saqueo de El Dorado*, «las guerras que hicieron famosos a Chagnon y a los yanomami — las mismas que se deleitó en describir en *La última gran tribu*— comenzaron el 14 de noviembre de 1964, el mismo día en que llegó el antropólogo con sus rifles, su fueraborda y una canoa llena de artículos de acero para regalar».28 Tierney cita la tesis doctoral del propio Chagnon para poner de manifiesto que en los trece años previos a su llegada no había muerto en conflicto bélico ni un solo namowei (una importante rama de los yanomami). Pero durante los trece meses que residió con ellos murieron diez yanomami en la guerra entre los namowei y los patanowateri (otra rama).

Kenneth Good, un antropólogo que en un principio fue a vivir con los yanomami como estudiante de posgrado de Chagnon y que, finalmente, acabó quedándose con ellos durante doce años, describe a su profesor como «un antropólogo de atropello y fuga, que llega a un poblado cargado de machetes para comprar la colaboración con su investigación. Por desgracia, allí donde va crea divisiones y conflictos».29

Sin duda, la influencia perniciosa de Chagnon se debe, en parte, al concepto bravucón que tiene de sí mismo, pero puede que los mismos objetivos de su investigación fueran una fuente de problemas aún mayor. Pretendía reunir información genealógica sobre los yanomami. Un propósito peliagudo, dado que en este pueblo se considera una falta de respeto pronunciar nombres en voz alta. Nombrar a los muertos supone violar uno de los mayores tabúes de su cultura. Juan Finkers, que ha vivido con ellos veinticinco años, dice: «Entre los yanomami, nombrar a los muertos es un insulto grave, causa de división, peleas y guerras».30 El antropólogo Marshall Sahlins describió la investigación de Chagnon como «un proyecto antropológico absurdo», ya que trataba de determinar la genealogía «de un pueblo en el que era un tabú conocer a sus antepasados, seguirles la pista y nombrarlos; un pueblo que, de hecho, ni siquiera podía tolerar la mención de sus propios nombres».31

Para sortear el tabú, Chagnon enemistó a unas aldeas con otras. Según él mismo explica:

Empecé por aprovecharme de las peleas y rencillas para elegir a mis informantes [...] viajando a otros poblados para comprobar las genealogías, eligiendo poblados que tuvieran relaciones tensas con aquellos sobre los que quería información. Luego volvía a mi campamento base y comprobaba con mis informantes locales la veracidad de la información nueva. Si mis informantes se enfadaban al mencionarles los nombres que había obtenido del grupo con el que estaban en malos términos, tenía casi la certeza de que la información era exacta. [...] De vez en cuando, salía un nombre que hacía enfurecer al informante, como el de un hermano o hermana muertos que otros informantes no habían mencionado.³²

Recapitulemos:

1. Nuestro héroe se planta en tierras de los yanomami como un aventurero de película, cargado con machetes, hachas y rifles con los que obsequia a unos pocos grupos de su elección, creando así entre los grupos desequilibrios de poder nocivos.
2. Detecta tensiones preexistentes entre comunidades y las agrava pinchándoles para que unos y otros falten al respeto a los venerados antepasados y amados difuntos del otro bando.
- 3- Para acabar de caldear los ánimos, Chagnon informa a las víctimas de las ofensas que él mismo ha provocado y consigue confirmar la validez de sus datos genealógicos en función de sus reacciones.
4. Tras haber infligido esas heridas a los yanomami y haberlas restregado con sal, Chagnon parte resuelto a seducir al público estadounidense con el relato de sus épicas andanzas entre los sanguinarios y violentos «salvajes».

La palabra *anthro* se ha incorporado al vocabulario de los yanomami. Significa «poderoso ser no humano con tendencias profundamente desequilibradas y conducta excéntrica y desafortada».³³ Desde 1995, Chagnon tiene legalmente prohibido volver a tierras de los yanomami.

Cuando el antropólogo Leslie Sponsel convivió con los yanomami a mediados de la década de 1970, no presencié ninguna guerra, sólo una pelea, y apenas escuché discusiones conyugales a gritos. «Para mi sorpresa — explica —, los habitantes de [mi] poblado y de los tres vecinos no se asemejaban ni remotamente al “pueblo feroz” descrito por Chagnon.» Sponsel se había llevado consigo un ejemplar del libro de Chagnon, repleto de fotos de los combates que había presenciado entre los guerreros yanomami, para explicarles el tipo de trabajo al que se dedicaba. «Aunque algunos hombres se quedaban cautivados con las fotos — dice —, me pidieron que no se las enseñara a los niños, ya que les darían ejemplo de conductas indeseables.» Y concluía: «Estos yanomami no valoraban positivamente la ferocidad, en modo alguno».34

Good, en los más de diez años que vivió entre ellos, fue testigo de un solo incidente bélico. Acabó poniendo fin a su relación con Chagnon, tras llegar a la conclusión de que su énfasis en la violencia yanomami era «artificial y distorsionado». Más adelante, escribiría que el libro había «sacado el tema de juicio más allá de cualquier límite razonable», alegando que «lo que había hecho era equiparable a afirmar que los neoyorquinos son atracadores y asesinos».

La búsqueda desesperada de la hipocresía *hippy* Y LA BRUTALIDAD BONOBO

Hay un cierto tipo de periodistas (y de psicólogos evolucionistas) a los que nada satisface más que poner en evidencia la hipocresía *hippy*. En un titular reciente de Reuters, podía leerse: «Un estudio descubre que los simios *hippies* no sólo hacen el amor, sino también la guerra».35 El artículo afirmaba: «Aunque tienen fama de ser los grandes amantes — que no guerreros — del mundo primate, lo cierto es que los bonobos cazan y matan monos». Otro asegura que «pese a su reputación de pacifistas, los bonobos también cazan a otros primates y se los comen». Un tercero, bajo el titular «Simios obsesos del sexo se entregan también

a orgías de sangre», comienza con un sarcasmo despectivo: «Igual que los *hippies* tuvieron su Altamont [donde los Ángeles del Infierno mataron a un joven que asistía a un concierto], los bonobos tienen ahora el Parque Nacional de Salonga, donde los investigadores han observado a estos primates, supuestamente amantes de la paz, dando caza y comiéndose a bebés mono». ¿«Obsesos del sexo»? ¿«Supuestamente amantes de la paz»? ¿«Comiéndose a bebés mono»? ¿Los monos tienen «bebés»?

Si además de los chimpancés también hacen la guerra los bonobos, puede que al final sí seamos «el aturdido superviviente de cinco millones de años de hábitos ininterrumpidos de agresiones letales». Pero si hacemos una lectura más atenta, enseguida descubrimos que los que están algo aturdidos son los periodistas. Los investigadores habían presenciado diez intentos de cazar monos en los cinco años que llevaban observando a los bonobos en cuestión. Tuvieron éxito tres veces, y compartieron la carne de mono entre los cazadores (grupos mixtos de machos y hembras).

Un breve repaso de la realidad de las cosas para los periodistas científicos:•

- Los investigadores saben desde hace tiempo (está publicado) que los bonobos cazan y comen regularmente carne: por lo general pequeños antílopes de la selva llamados duikers (además de ardillas, insectos y larvas).
- La línea evolutiva que conduce hasta los humanos, los chimpancés y los bonobos se escindió de la que conduce a los monos hace unos treinta millones de años. Dicho de otra forma: chimpancés y bonobos tienen tanto que ver con los monos como podamos tener nosotros.
- Los monos jóvenes no son «bebés».
- La carne de mono está en el menú de los mejores restaurantes chinos, y en muchas selvas del mundo se la comen en barbacoas.
- Cada año se sacrifican decenas de miles de monos, jóvenes y viejos, en laboratorios de investigación de todo el mundo.

¿Quiere eso decir que el hombre también está «en guerra» con los monos?

Para vender periódicos, nada como un buen titular que diga: «¡GUERRA!». Y aún venderá más si dice: «¡GUERRA CON ORGÍA CANÍBAL HIPPY!». Pero que una especie cace y se coma a otra especie no significa precisamente que esté en «guerra»: simplemente ha conseguido la cena. Que a ojos inexpertos un bonobo y un mono sean muy parecidos es irrelevante. Si una manada de lobos o de coyotes ataca a un perro callejero, ¿diremos que están en «guerra»? Se ven halcones que caen en picado sobre palomas en vuelo en un ataque fulminante. ¿Es eso guerra?

Preguntar si nuestra especie es *por naturaleza* pacífica o guerrera, generosa o posesiva, celosa o practicante del amor libre, es como preguntar si el H₂O es *por naturaleza* sólido, líquido o gaseoso. La única respuesta sensata a esa pregunta es: depende. En un planeta casi vacío, donde el alimento y el refugio se encuentra por todas partes, evitar los conflictos sería la opción más fácil y atractiva. En las condiciones típicas de los entornos primitivos, los seres humanos saldrían más perjudicados que beneficiados guerreando entre ellos. Las pruebas — tanto físicas como circunstanciales— apuntan a una prehistoria humana en la que nuestros antepasados hacían muchísimo más el amor que la guerra.

Capítulo 14

LA FAOVIA DE LA LONGEVIDAD (¿BREVE?)

Los días de nuestra edad suman setenta años;
y si en los más robustos son ochenta,
con todo es su fortaleza trabajo y dolor;
pues pasan presto, y volamos.

Salmos, 90:10

Extraño, pero cierto: la estatura media que podía alcanzar el hombre prehistórico era de unos noventa centímetros, con lo que cualquiera que midiera un metro veinte sería considerado un gigante.

¿Cambia eso la imagen que el lector se había hecho de la Prehistoria? ¿Se está imaginando a una raza de enanitos viviendo en minicuevas, persiguiendo a los conejos hasta sus madrigueras, encogiéndose de miedo ante la visión de un zorro o zarandeándose en el aire presa de las garras de algún halcón? ¿Le hace replantearse el desafío que supondría la caza del mamut para estos antepasados diminutos? ¿Se siente más afortunado, si cabe, de haber nacido en una época en que una alimentación y una higiene superiores han duplicado la «esperanza de altura» de las personas?

Pues más vale que contenga su entusiasmo. Aunque técnicamente es cierto que la «esperanza de altura» media del hombre prehistórico era de unos noventa centímetros, es del tipo de verdades que despistan más que otra cosa. Como las declaraciones categóricas sobre la universalidad del matrimonio, la pobreza o la guerra, es una afirmación que siembra confusión y genera un río de datos engañosos.

Tomemos la altura media de un adulto prehistórico plenamente

desarrollado (guiándonos por los restos óseos): casi 1,83 metros. Tomemos a continuación el tamaño medio de los esqueletos prehistóricos de bebés (50 centímetros, pongamos por caso). Extrapolemos ahora a partir de la proporción obtenida de un abanico de esqueletos de adulto y de niño hallados en conocidos yacimientos arqueológicos funerarios y supongamos que, aproximadamente, por cada tres personas que alcanzaban la edad adulta, siete morían siendo aún bebés. Por tanto, debido al alto índice de mortalidad infantil, la altura media de un ser humano en la Prehistoria era $[(3 \times 183) + (7 \times 50)]: 10 = 89,9$ centímetros. Casi noventa.¹

¿Absurdo? Sí. ¿Engañoso? Desde luego. ¿Estadísticamente exacto? Bueno, más o menos.

Esta «verdad» sobre la altura media no es ni más absurda ni más engañosa que otra sobre la esperanza de vida en la Prehistoria que se ha hecho creer a la mayoría de la gente.

Prueba A: En una entrevista para el telediario de la noche de la NBC,² el biofísico de la Universidad de California en San Francisco Jeff Lotz disertaba sobre la incidencia creciente del dolor crónico de espalda en Estados Unidos. Millones de espectadores lo oyeron dar esta explicación: *«Hace apenas dos o tres siglos que vivimos más allá de los 45 años, así que nuestra columna vertebral no ha evolucionado hasta el punto de poder mantener la postura vertical con toda nuestra carga gravitatoria a lo largo de toda la vida»* (la cursiva es nuestra).

Prueba B: En un libro, por lo demás muy riguroso, sobre las mujeres en la Prehistoria (*El sexo invisible*), un arqueólogo, una antropóloga y el editor de una de las revistas científicas más importantes del mundo unieron esfuerzos para imaginar la vida de una mujer cualquiera en la Europa de hace 45.000 años. La llamaron Úrsula. «La vida era muy dura — dicen —, y eran muchos, sobre todo jóvenes y viejos, los que morían de hambre en invierno, o de accidentes de algún tipo, además de por enfermedad. [...] Úrsula [que había tenido su primera hija a los 15], vivió para ver a su primera nieta, y murió *a la avanzada edad de 37 años.*» (la cursiva es nuestra).

Prueba C: En un artículo del *New York Times*,⁴ James Vaupel, director del laboratorio de supervivencia y longevidad del Instituto Max Planck de Investigaciones Demográficas, explica: «No hay un límite fijado para la duración de la vida». El doctor Vaupel señala el incremento que ha experimentado la esperanza de vida desde 1840 hasta nuestros días en los países en que las cifras están aumentando más rápidamente y observa que ese aumento es «lineal, absolutamente lineal, y no hay indicios de que vaya a reducirse o ralentizarse». De aquí concluye que «no hay ninguna razón por la que la esperanza de vida no pueda seguir aumentando a razón de dos o tres años por década».

Sólo que sí que la hay. En algún punto, todos los niños que pueden sobrevivir hasta la edad adulta lo hacen. A partir de ahí, cualquier incremento será discreto.

¿Cuándo empieza la vida? ¿Cuándo termina?

Las cifras mencionadas en los párrafos anteriores son igual de fantásticas que las que nos hemos sacado de la chistera al calcular la «esperanza media de altura». De hecho, se basan en el mismo cálculo erróneo, distorsionado por los elevados índices de mortalidad infantil. Si eliminamos este factor, veremos que los humanos prehistóricos que sobrevivían a la infancia normalmente llegaban a vivir de 66 a 91 años, con niveles medios de salud y movilidad mayores de los que se dan hoy en la mayoría de las sociedades occidentales.

Es un juego de promedios. Si bien es cierto que en las poblaciones prehistóricas morían muchos bebés y niños — como indica el gran número de esqueletos de bebé que se encuentra en casi todos los yacimientos funerarios —, esos esqueletos no nos dan información alguna acerca de lo que pudiera considerarse una «avanzada edad». La esperanza de vida en el momento de nacer, que es la medida que generalmente se cita, está muy lejos de ser una medida precisa de la duración normal de la vida de un adulto. Cuando uno lee: «A comienzos del siglo xx,

la esperanza de vida al nacer era de unos 45 años. Ha subido hasta los 75 gracias al descubrimiento de los antibióticos y a las medidas de salud pública que hacen posible que las personas sobrevivan a las enfermedades infecciosas o las eviten»,⁵ no debe olvidar que ese drástico incremento expresa sobre todo que mueren menos niños, y no tanto que los adultos vivan más tiempo.

Actualmente, en Mozambique, donde nació y se crió uno de nosotros, la esperanza media de vida de un hombre al nacer es, por desgracia, de unos 42 años. Pero el padre de Cacilda murió a los 93, y siguió montando en bicicleta hasta el final de su vida. Él sí que era viejo. Un tío de cuarenta y pico no lo es. Ni siquiera en Mozambique.

Seguro que en la Prehistoria morían muchos bebés víctimas de enfermedades o del rigor de las condiciones de vida, del mismo modo que fallecen las crías de otros primates y los recién nacidos en tribus de cazadores-recolectores, o en Mozambique. Pero muchos antropólogos creen probable que la causa de gran parte de la mortalidad infantil que antes se atribuía a la inanición o las enfermedades fuera en realidad el infanticidio. Sostienen que las sociedades de cazadores-recolectores limitaban el número de bebés para que no se convirtieran en una carga para el grupo, o para evitar que un crecimiento demográfico demasiado rápido comprometiera la provisión de alimentos.

Por monstruoso que pueda parecemos, el infanticidio no es en absoluto excepcional, ni siquiera hoy en día. La antropóloga Nancy Scheper-Hughes investigó la muerte de niños muy pequeños en el nordeste del Brasil contemporáneo, donde un 20 % de los bebés no llega a cumplir un año. Descubrió que las mujeres consideran una «bendición» que mueran algunos de esos niños, los que parecen aletargados y apáticos. Las madres le explicaban a Scheper-Hughes que eran «niños que querían morir, cuya voluntad de vivir no era lo bastante fuerte o no se había acabado de desarrollar». La antropóloga observó que esos niños recibían menos alimento y menos cuidados médicos que sus hermanos más vigorosos.⁶

Joseph Birdsell, uno de los mayores especialistas en cultura aborigen australiana, calculó que nada menos que la mitad de los recién

nacidos eran deliberadamente eliminados. Diversos estudios de sociedades preindustriales contemporáneas concluyen que entre la mitad y las tres cuartas partes practican alguna forma de infanticidio activo.

Antes de que empecemos a sentirnos muy superiores en nuestra humana compasión, recordemos de nuevo los orfanatos europeos. En Francia, el número de bebés abandonados a una muerte casi segura pasó de 40.000 en 1784 a 140.000 en 1822. En 1830, había en los orfanatos franceses 270 tornos especialmente diseñados para proteger el anonimato de quienes depositaban a sus hijos no deseados. Se calcula que entre el 80 y el 90 % de ellos morían antes de que hubiera transcurrido un año.

Cuando nuestros ancestros empezaron a cultivar la tierra para conseguir su alimento, empezaron a correr por una rueda, como los hámsteres, pero nunca iban lo bastante rápido. Más tierra suponía más comida, y más comida, que nacieran más niños a los que alimentar. Más niños suponían más ayuda para cultivar la tierra y más soldados. Pero este crecimiento demográfico creaba una demanda de más tierras, que sólo podían conseguirse y conservarse mediante la conquista y la guerra. Visto de otra forma: el paso a la agricultura se vio acelerado por la convicción, en apariencia irrefutable, de que es mejor arrebatarles las tierras a los extraños (si es preciso, matándoles) que permitir que mueran de hambre tus propios hijos.

En tiempos mucho más cercanos, la BBC ha informado de que, en regiones del sur de la India, hasta el 15 % de las muertes registradas de niñas recién nacidas o muy pequeñas son casos de infanticidio. Y en China, donde el infanticidio femenino está extendido desde hace siglos, mueren aún más millones. Un misionero al que destinaron a China a finales del siglo xix refería que, de 183 hijos y 175 hijas nacidos en una comunidad típica, llegaron a cumplir los 10 años 123 de los niños (el 69 %), pero sólo 53 de las niñas (el 30 %).⁷ La política del hijo único de la China Popular, sumada a la preferencia cultural por los hijos varones, no ha hecho más que agravar las ya negras perspectivas de supervivencia de las recién nacidas.⁸

También hay presupuestos culturales problemáticos que arrojan una sombra de duda sobre los cálculos de los demógrafos, quienes parten del postulado de que la vida comienza con el nacimiento. Esta idea dista mucho de ser universal. En las sociedades en las que se practica el infanticidio, no se considera que el recién nacido sea una persona completamente formada. Una serie de rituales, desde el bautismo a ceremonias de imposición de nombre, se posponen hasta que se haya determinado si al niño se le permitirá vivir. Si no es así, desde ese punto de vista, se considera que el niño tampoco ha llegado a estar nunca del todo vivo.⁹

¿ES HOY CUMPLIR 80 LO QUE EN OTROS TIEMPOS ERA CUMPLIR 30?

Chiste publicado en *The New Yorker*. Vemos a dos cavernícolas charlando. Uno le dice al otro: «Aquí algo no cuadra. Respiramos aire limpio, bebemos agua pura, hacemos todos un montón de ejercicio, todo lo que comemos es orgánico y ecológico, y aun así nadie pasa de los treinta».

Las distorsiones estadísticas debidas al infanticidio no son la única causa de confusión en torno a la longevidad prehistórica. Como el lector puede figurarse, no es tan fácil determinar a qué edad murió alguien cuyo esqueleto lleva enterrado miles de años. Por diversas razones técnicas, los arqueólogos suelen quedarse cortos en la cuenta. Por ejemplo, un grupo de arqueólogos hizo su estimación de la edad en que murieron las personas cuyos esqueletos se hallaron en cementerios misionales de California. Cuando ya tenían hechos sus cálculos, apareció documentación escrita de la edad a la que habían fallecido realmente los sujetos. Mientras que los arqueólogos habían estimado que sólo el 5 % había vivido 45 años o más, los documentos demostraban que, de las personas enterradas en aquellos cementerios, el 37 % rebasaba esa edad en el momento de morir: ¡siete veces más!¹⁰ Si las estimaciones realizadas a partir de esqueletos de unos pocos siglos de antigüedad pueden

desviarse tanto, ¿cómo serán de imprecisas las que se basan en la información extraída de huesos de decenas de miles de años?

Una de las técnicas más fiables para calcular la edad en el momento de la muerte es la erupción dental. Los arqueólogos se fijan en cuánto sobresalen los molares con respecto de la mandíbula, un indicador aproximado de la edad de un adulto joven en el momento de la muerte. Pero nuestras muelas del juicio completan su «erupción» cuando tenemos entre 30 y 35 años, de modo que, pasado ese punto, los arqueólogos registran la edad de un esqueleto como «35+». Eso no significa que la persona muriera a los 35, sino que murió con *35 años o más*. Puede que muriera a los 50, a los 65 o hasta a los 100, ¿quién sabe?

En algún momento, este sistema de notación fue malinterpretado por la prensa popular y se creó la impresión general de que nuestros antepasados remotos rara vez llegaban a vivir más de 35 años. Craso error. Hay todo un abanico de fuentes de información (entre ellas, incluso el Antiguo Testamento) que apuntan a que la duración normal de la vida humana oscilaría entre los 70 y los 90 años, o incluso más.

Un estudio científico reciente calibraba el volumen cerebral y el índice de masa corporal en diversos primates, y concluía que la vida del *Homo sapiens* duraba aproximadamente entre 66 y 78 años.¹¹ Estas cifras se sostienen a la luz de lo observado en los cazadores-recolectores de hoy en día. Entre los !kung san, los hadza y los aché (sociedades de África y Sudamérica), una mujer que llegara a los 45 podía esperar sobrevivir otros 20, 21,3 y 22,1 años más, respectivamente.¹² Entre los !kung san, casi todo el que llegaba a los 60 podía razonablemente esperar vivir unos diez años más; años activos, de movilidad y aportación social. El antropólogo Richard Lee estimaba que de los !kung que conoció durante su estancia en Botswana, uno de cada diez tenía más de 60 años.¹³

Como ya hemos comentado en capítulos anteriores, está claro que la salud general de las poblaciones humanas se resintió gravemente con la agricultura. La dieta humana típica, de una variedad y riqueza nutricional extremas, se redujo a unos pocos tipos de grano, con posibles suplementos ocasionales de carne y lácteos. La dieta aché, por ejemplo,

incluye carne de 78 especies distintas de mamíferos, 21 de reptiles y anfibios, más de 150 de aves y 14 de pescados, además de gran variedad de plantas.¹⁴

Aparte de la pérdida de valor nutricional de la dieta agrícola, el siniestro historial de estragos causados por las enfermedades más mortíferas para nuestra especie arrancó con la implantación de la agricultura. Las condiciones eran ideales: núcleos con alta densidad de población rehogándose en su propia inmundicia, conviviendo con animales domésticos (cuyos excrementos, virus y parásitos se sumaban al guiso), y unidos por extensas rutas comerciales que facilitaban la transmisión de patógenos contagiosos de poblaciones inmunizadas a otras más vulnerables.¹⁵

Cuando James Larrick y sus colegas estudiaron a los indios waorani de Ecuador, aún relativamente aislados, no encontraron ningún rastro de hipertensión, enfermedades cardíacas o cáncer. Nada de anemia o resfriado común. Nada de parásitos internos. Ningún indicio de exposición previa a la polio, la neumonía, la viruela, la varicela, el tifus, las fiebres tifoideas, la sífilis, la malaria o la hepatitis B.¹⁶

Esto no es tan sorprendente como pudiera parecer, ya que casi todas estas enfermedades o bien se originaron en animales domesticados o requieren una densidad de población alta para transmitirse fácilmente. Las enfermedades infecciosas y parasitarias más mortales que han azotado a nuestra especie no pudieron extenderse hasta que no se consumó el tránsito a la agricultura.

Tabla 3: Enfermedades mortales con origen en animales domésticos¹⁷

Enfermedad humana	Animal de procedencia
Sarampión	Ganado (peste bovina)
Tuberculosis	Ganado
Viruela	Ganado (viruela bovina)
Gripe	Cerdos y aves
Tos ferina	Cerdos y perros
Malaria por <i>P. falciparum</i>	Aves

El espectacular incremento de la población mundial que acompañó al desarrollo agrícola no es indicativo de que mejorara la salud, sino de un aumento de la fertilidad: había más gente susceptible de reproducirse, pero su calidad de vida era peor. Hasta Edgerton, que insiste machaconamente en la falacia de la longevidad («la vida de los cazadores-recolectores es corta; su esperanza de vida al nacer oscila entre los 20 y los 40 años [...]»), no tiene más remedio que admitir que, por alguna razón, los cazadores-recolectores gozaban de mejor salud que los miembros de las sociedades sedentarias: «En todo el mundo, las sociedades agrícolas han tenido siempre peores condiciones de salud que las de los cazadores-recolectores». Las poblaciones urbanas de Europa, dice, «no alcanzaron la longevidad de los cazadores-recolectores hasta mediados del siglo xix, o incluso hasta el siglo xx». **B**

Eso, en Europa. Las poblaciones de África, de la mayor parte de Asia y de Latinoamérica aún no han recuperado la longevidad que era habitual entre sus antepasados, y, gracias a la pobreza crónica, el calentamiento global y el sida, es improbable que lo consigan en un futuro cercano.

Una vez que los patógenos de animales domesticados mutan y se introducen en poblaciones humanas, no tardan en extenderse de unas comunidades a otras. Para ellos, el comienzo del comercio global fue una bendición. La peste bubónica llegó a Europa por la Ruta de la Seda. La viruela y el sarampión viajaron como polizones en los barcos que zarpaban al Nuevo Mundo, y es posible que la sífilis hiciera la travesía del Atlántico en sentido contrario colándose en el primer viaje de regreso de Colón. Actualmente, el mundo occidental es presa del pánico todos los años por alarmas de gripe aviar con origen en el Extremo Oriente. El Ébola, el SRAS (síndrome respiratorio agudo severo), la fascitis necrotizante (causada por «bacterias carnívoras»), el virus (gripe porcina) e innumerables patógenos que aún no tienen nombre nos obligan a pasarnos el día lavándonos compulsivamente las manos.

Si bien en la Prehistoria tuvo que haber brotes ocasionales de enfermedades infecciosas, es poco probable que se extendieran mucho, in-

cluso con un grado elevado de promiscuidad sexual. Sería casi imposible que los patógenos se propagaran entre grupos muy dispersos de cazadores-recolectores, que raramente entraban en contacto unos con otros. Las condiciones necesarias para cualquier pandemia o epidemia devastadora sencillamente no se dieron hasta la revolución agrícola. Pretender que la medicina moderna y las actuales medidas de higiene y salubridad nos salvan de enfermedades infecciosas que hacían estragos entre los pueblos preagrícolas (algo que se escucha con frecuencia) es como decir que el cinturón de seguridad y el airbag nos protegen de accidentes de coche que eran mortales para nuestros ancestros prehistóricos.

M uertos de estrés

Si no acaba contigo un virus mortífero, probablemente lo hagan el estrés y una dieta rica en grasas. El cortisol, la hormona que libera nuestro organismo en situaciones de estrés, es el inmunosupresor más potente que se conoce. O lo que es lo mismo: nada debilita tanto nuestras defensas contra la enfermedad como el estrés.

Incluso algo aparentemente tan intrascendente como no dormir lo suficiente puede tener efectos muy graves en el sistema inmune. Sheldon Cohén y su equipo llevaron a cabo un estudio de los hábitos de sueño en un grupo de 153 hombres y mujeres sanos durante dos semanas, transcurridas las cuales los pusieron en cuarentena y los expusieron al rinovirus, el microorganismo causante del resfriado común. Cuanto menos dormía un individuo, mayores eran sus probabilidades de pillar un catarro. Los que dormían menos de siete horas al día corrían un riesgo tres veces mayor de caer enfermos que los demás.¹⁹

Si quieres vivir muchos años, duerme más y come menos. Hasta la fecha, el único método que se ha demostrado efectivo en la prolongación de la vida de los mamíferos es una drástica reducción del consumo calórico. El patólogo Roy Walford efectuó un experimento con ratones

y descubrió que, cuando les daba de comer aproximadamente la mitad de lo que ingerían si no se les racionaba el alimento, vivían el doble (lo que en términos humanos serían 160 años). Y no sólo se prolongaba su vida, también se mantenían más en forma y eran más inteligentes (lo que se comprobaba — como el lector habrá adivinado — poniéndoles a recorrer laberintos). Estudios de seguimiento realizados con insectos, perros, monos y seres humanos han confirmado los beneficios de pasar por la vida quedándose con hambre. Otro estudio, efectuado en un grupo de 448 personas y publicado en el *American Journal of Cardiology*, asociaba los ayunos intermitentes con una reducción del 40 % de las enfermedades cardíacas, y afirmaba que «la mayoría de las enfermedades, entre ellas el cáncer, la diabetes y hasta trastornos neurodegenerativos, pueden prevenirse mediante la reducción calórica».20

La conclusión a la que llegan estos estudios será muy del agrado de vagos y holgazanes: a saber, en el entorno ancestral, donde nuestros predecesores se limitaban a alargar la mano y llevarse la comida a la boca, un cierto grado de inconsistencia en la dieta — exacerbada tal vez por intervalos de pura pereza entre los habituales periodos de ejercicio aeróbico — habría resultado adaptativa, y hasta sana. Por ponerlo de otro modo: si cazas o recoges la cantidad justa de comida baja en grasas para prevenir serios retortijones de hambre, y dedicas el resto del día a actividades no estresantes, como contar historias alrededor de una hoguera, echar largas siestas abrazado a alguien en una hamaca y jugar con los niños, estarás llevando el estilo de vida óptimo para la longevidad humana.21

Lo que nos lleva de nuevo a la eterna pregunta que hacían los cazadores-recolectores cuando les invitaban a sumarse al mundo «civilizado» y adoptar la agricultura: ¿para qué? ¿Para qué deslomarse habiendo tantas nueces de mongongo en el mundo? ¿Para qué estresarse arrancando malas hierbas del huerto cuando hay «mucho fruta», «mucho pez» y «mucho pajarito»?

Hemos venido al mundo a tocarnos la barriga, y no permitáis que nadie os diga otra cosa.

Kurt Vonnegut, Hijo

En 1902, el *New York Times* publicaba una crónica titulada «Descubierto el germen de la pereza». Al parecer, un tal doctor Stiles, zoólogo del Departamento de Agricultura, había dado con el germen responsable de «los degenerados conocidos como *crackers* [zánganos] o “basura blanca”» en los «Estados del Sur». Pero lo cierto es que nuestra vagancia requiere menos explicaciones que nuestra frenética laboriosidad.

¿Cuántos castores mueren víctimas de algún accidente al levantar sus presas? ¿Sufren los pájaros ataques repentinos de vértigo tras los que se precipitan irremediabilmente desde el cielo? ¿Cuántos peces mueren ahogados? Apostaríamos a que son todos sucesos más bien infrecuentes; en cambio, el estrés crónico, que muchos consideran una parte normal de la vida humana, causa estragos entre nosotros.

Tantos que en Japón incluso le han puesto nombre: *karoshi*. Muerte por exceso de trabajo. Según datos de la policía japonesa, en 2008 se suicidaron hasta 2.200 trabajadores nipones, a causa de sus abrumadoras condiciones de trabajo. Y el número de los muertos por infartos cerebrales y de miocardio sería cinco veces superior, según el sindicato federal Rengo. Enfermedades cardíacas, problemas de circulación, trastornos digestivos, insomnio, depresión, disfunciones sexuales, obesidad... Detrás de todo ello está el estrés.

Si es verdad que evolucionamos en una pesadilla hobbesiana de terror y ansiedad, si nuestros ancestros tenían realmente una vida solitaria, pobre, miserable, brutal y breve, ¿cómo es posible que sigamos siendo tan vulnerables al estrés?²²

¿Quién es aquí el iluso romántico, eh?

Muchas personas, por lo demás perfectamente razonables, parecen acuciadas por la necesidad imperiosa de localizar las raíces de la guerra en nuestro pasado primigenio, de pensar que los autosuficientes cazadores-recolectores son pobres, y de predicar la Buena Nueva espuria de que 30 o 40 años eran una edad avanzada para los hombres de las épocas preagrícolas. Pero está demostrado que esta concepción de nuestro pasado es falsa. *¿Qué pasa?**

Si la vida prehistórica *era* una lucha constante que acababa en muerte temprana, si a nuestra especie la mueve exclusivamente — o casi — el egoísmo, si la guerra es una tendencia ancestral inscrita en nuestros genes, puede uno consolarse argumentado, como hace Pinker, que las cosas no paran de mejorar, que — en su panglosiana visión — «vivimos probablemente en el momento más pacífico desde la aparición de nuestra especie sobre la Tierra». Sería una noticia alentadora, desde luego; y eso es, a fin de cuentas, lo que la mayor parte del público está deseando oír. Todos queremos creer que vamos a mejor, que la especie está aprendiendo, creciendo y prosperando. ¿Quién no va a querer congratularse por tener el buen juicio de estar vivo aquí y ahora?

Pero, igual que «el patriotismo es la convicción de que tu país es superior a todos los demás porque tú naciste en él» (G. B. Shaw), la idea de que vivimos «en el momento más pacífico» de nuestra especie es tan carente de fundamento intelectual como emocionalmente reconfortante. El periodista Louis Menand ha advertido que la ciencia puede desempeñar una función conservadora, esencialmente política, suministrando «una explicación de cómo son las cosas que no suponga una amenaza para las cosas tal y como son». Y hace una pregunta retórica: «¿Por qué va a ser nadie infeliz o adoptar conductas antisociales si vive en el país más libre y próspero del mundo? ¡No puede echarle la culpa al sistema!».23 ¿Qué pasa contigo? Todo está perfecto. ¡La vida es fantás-

*En español en el original. (N. del t.)

tica, y cada día más! ¡Hay menos guerras! ¡Vivimos más años! ¡Es una existencia humana nueva y mejorada!

Esta visión fabulosa de un presente nuevo, mejorado y superguay se presenta en el marco absolutamente ficticio de un sangriento pasado hobbesiano. Pero se vende al público como la postura lúcida y realista, y a quienes cuestionan los postulados en que se asienta se los descalifica como ilusos románticos que aún están llorando la muerte de Janis Joplin y la desaparición de los pantalones de campana. Pero ese argumento «realista» está plagado de datos malinterpretados y cálculos engañosos. Un análisis desapasionado de la información científica relevante demuestra a las claras que las decenas de miles de años anteriores a la implantación de la agricultura, si bien no fueron — ciertamente — una época de felicidad utópica ininterrumpida, sí estuvieron, en su mayor parte, caracterizadas por la buena salud de la población, la paz entre grupos e individuos, bajos niveles de estrés crónico y niveles altos de satisfacción general para la mayoría de nuestros ancestros.

Tras hacer este alegato, ¿quedamos descartados como sospechosos de militar en el M.U.I. (Movimiento de Utopistas Ilusos)? ¿Es una fantasía rousseuniana afirmar que la Prehistoria no fue una pesadilla interminable? ¿O que la naturaleza humana no se inclina más hacia la violencia, el egoísmo y la explotación que hacia la paz, la generosidad y la cooperación? ¿O tal vez que la mayoría de nuestros ancestros posiblemente experimentaron un sentido de pertenencia a la comunidad que hoy a casi todos nos cuesta siquiera imaginar? ¿O incluso que es probable que la sexualidad humana evolucionara y funcionara como un mecanismo de vinculación social y una forma placentera de evitar y neutralizar conflictos? ¿Es una memez romántica señalar que los hombres y mujeres primitivos que lograban sobrevivir a sus primeros años llegaban a vivir tanto como viven hoy en día los más ricos y afortunados de nosotros, aun sin disponer de *stents* coronarios de alta tecnología, medicación para la diabetes o caderas de titanio?

No. Si uno lo piensa, la visión neohobbesiana es mucho más optimista que la nuestra. Haber llegado, como nosotros, a la conclusión de

que nuestra especie tiene una capacidad innata para el amor y la generosidad que como mínimo iguala nuestro gusto por la destrucción; para la cooperación pacífica tanto como para el ataque coordinado; para una sexualidad abierta y relajada en la misma medida que para una posesividad celosa que ahoga toda pasión... Comprender que estos dos mundos estaban ambos abiertos para nosotros, pero que, hace unos 10.000 años, algunos de nuestros ancestros se salieron del camino por el que siempre habían transitado para meterse en un huerto de trabajo, enfermedad y conflictos en el que nuestra especie está atrapada desde entonces... En fin, no es lo que se dice una visión de color de rosa de la trayectoria global de la humanidad. Así que ¿quiénes son los ilusos románticos?

CUARTA PARTE

Cuerpos en movimiento

En el alma crecen los misterios del amor,
pero su libro es el cuerpo.

John Donne (1572-1631)

Toda alma tiene una historia que contar. Pero también todo cuerpo, y la historia que cuenta el cuerpo humano está clasificada XXX.

Como cualquier discurso sobre la Prehistoria, el nuestro descansa sobre dos clases de pruebas: materiales y circunstanciales. Ya hemos cubierto buena parte de las circunstanciales. En cuanto a evidencias materiales más tangibles, como dice el dicho, «todo lo que sube baja», aunque, por desgracia para los arqueólogos y los que dependemos de sus descubrimientos, lo que baja rara vez vuelve a subir. Y aun cuando lo hace, es difícil ver el comportamiento social primitivo reflejado en trocitos de hueso, sílex o cerámica, fragmentos que representan tan sólo una fracción de lo que existió en otros tiempos.

No hace mucho, en un congreso, el tema de nuestra investigación salió a colación durante el desayuno. Al escuchar que estábamos estudiando el comportamiento sexual humano en la Prehistoria, el profesor que teníamos sentado enfrente soltó un resoplido sarcástico y preguntó (retóricamente):

— ¿Y qué hacéis, entonces? ¿Cerrar los ojos y soñar?

Aunque uno nunca debería resoplar con la boca llena, la pregunta era buena. Dado que es presumible que el comportamiento social no deja restos físicos, teorizar al respecto debe de reducirse a poco más que «soñar».

El paleontólogo Stephen Jay Gould fue de los primeros que saludaron con un resoplido el concepto de psicología evolucionista, cuando preguntó: «¿Cómo vamos a saber con detalle qué hacían unos grupos reducidos de cazadores-recolectores en África hace dos millones de años?».1 Richard Potts, director del programa Human Origins del Instituto Smithsonian, comparte sus reservas y advierte: «Muchas características del comportamiento primitivo humano son [...] difíciles de reconstruir, ya que no hay evidencias materiales adecuadas disponibles. Dos ejemplos obvios son los patrones de apareamiento y el lenguaje, [que] no dejan rastro en el registro fósil». Pero luego añade, tímidamente: «Podría accederse a cuestiones sobre la vida social [...] mediante el estudio de los entornos primitivos, o de ciertos aspectos de la anatomía y el comportamiento que sí dejan evidencias materiales».2

Ciertos aspectos de la anatomía y el comportamiento que sí dejan evidencias materiales... ¿Podemos deducir información fiable sobre los rasgos generales de la vida social primitiva — incluso de la vida sexual — a partir de la anatomía humana actual?

Yes we can.

Capítulo 15

PEQUEÑO GRAN HOMBRE

El cuerpo de cada criatura cuenta la historia detallada del entorno en el que evolucionaron sus ancestros. El pelo, la grasa y las plumas sugieren la temperatura del hábitat primitivo. Los dientes y el sistema digestivo contienen información sobre su dieta primigenia. Los ojos, las extremidades inferiores y los pies manifiestan cómo se movían sus antepasados. El tamaño relativo de machos y hembras y las particularidades de sus genitales dicen mucho de su reproducción. De hecho, los ornamentos sexuales del macho (como la cola del pavo real o la melena del león) y sus genitales son lo que más ayuda a diferenciar especies muy próximas entre sí. El psicólogo evolucionista Geoffrey F. Miller llega incluso a decir que «la innovación evolutiva parece centrarse en detalles de la forma del pene».1

Dejando de momento al margen la idea turbadoramente freudiana de que hasta la Madre Naturaleza está obsesionada con el pene, no cabe duda que nuestro cuerpo contiene, en efecto, todo un caudal de información sobre el comportamiento sexual de nuestra especie a lo largo de milenios. Hay claves codificadas en restos óseos de millones de años de antigüedad e incluso latiendo en nuestros propios cuerpos. Está todo allí... y aquí. En vez de cerrar los ojos y soñar, mejor abrámoslos y aprendamos a leer los jeroglíficos de la anatomía sexual.

Empecemos por el dimorfismo de tamaño corporal. Este término que tan técnico suena se refiere sencillamente a la diferencia media de tamaño entre el macho y la hembra adultos en una especie dada. Entre los simios, por ejemplo, por término medio, los machos del gorila y del orangután doblan en tamaño a las hembras, mientras que en el chimpancé, el bonobo y el ser humano, el macho es entre un 10 y un 20% más grande que la hembra. El macho y la hembra de gibón tienen la misma estatura.

En los mamíferos en general, y en los primates en particular, el dimorfismo de tamaño corporal está relacionado con la competición entre machos por el apareamiento.² En sistemas de apareamiento de tipo «el que gana se queda con todo», en que los machos compiten entre sí por conseguir las escasas oportunidades de apareamiento, los machos más grandes y fuertes tienden a ganar... y quedarse con todo. Los gorilas más grandes y más malos, por ejemplo, transmitirán los genes de la grandeza y la maldad a la siguiente generación, produciendo gorilas aún más grandes y más malos... hasta que el aumento de tamaño choque con otro factor que limite el crecimiento.

Por otro lado, en especies en que la competencia por las hembras no es reñida, el imperativo biológico de que los machos desarrollen evolutivamente cuerpos más grandes y más fuertes es menor, de modo que, en términos generales, no lo hacen. De ahí que el macho y la hembra de los gibones (una especie sexualmente monógama) sean prácticamente idénticos en tamaño.

A la vista de nuestro discreto dimorfismo de tamaño corporal, podemos aventurar que los hombres no han tenido que competir demasiado por las mujeres a lo largo de los últimos millones de años. Como ya hemos mencionado, el cuerpo masculino es, de media, entre un 10 y un 20 % más grande y pesado que el femenino, una proporción que parece haberse mantenido estable durante al menos varios millones de años.³

Owen Lovejoy defiende desde hace tiempo que esta proporción evidencia el origen remotísimo de la monogamia. En un artículo que publicó en *Science* en 1981, argumentaba que tanto el acelerado desarrollo cerebral de nuestros ancestros como el uso de herramientas fueron consecuencia de un «sistema caracteriológico homínido ya fijado», que incluía «relaciones parentales y sociales intensificadas, vínculo monógamo de pareja, comportamiento sexual-reproductivo especializado y bipedalismo». Por tanto, razonaba Lovejoy, «los orígenes de la familia nuclear y el comportamiento sexual humano podrían remontarse en última instancia a un tiempo muy anterior al inicio del Pleistoceno». De hecho, concluía con una floritura: «El singular comporta-

miento reproductivo y sexual humano podría ser la condición sine qua non del origen del hombre». Casi tres décadas después, cuando este libro estaba a punto de entrar en imprenta, Lovejoy seguía defendiendo el mismo argumento. Aduce —de nuevo en *Science*— que los restos óseos y dentales fragmentarios del *Ardipithecus ramidus* datados en 4.400.000 años refuerzan esta visión del vínculo de pareja como rasgo definitorio del hombre, anterior incluso a nuestro neocórtex excepcionalmente grande.⁴

Como muchos teóricos, Matt Ridley está de acuerdo con este origen ancestral de la monogamia: «Un vínculo estable encadenaba a cada hombre-simio a su pareja para la mayor parte de su vida reproductiva».

Cuatro millones de años de monogamia es una barbaridad de tiempo. A estas alturas, ¿no deberíamos habernos hecho ya a esas «cadenas»?

Darwin, que no tuvo acceso a la información ósea sobre el dimorfismo sexual de que disponemos hoy, especulaba que los primeros hombres pudieron vivir en un sistema parecido al harén. Pero ahora sabemos que, si sus conjeturas fueran correctas, por término medio los hombres contemporáneos serían el doble de grandes que las mujeres. Y, según veremos en la siguiente sección, otra señal manifiesta de nuestro pasado gorillesco sería un encogimiento genital bastante embarazoso.

Sin embargo, aún hay quien insiste en que los hombres tienden naturalmente a formar harenes, pese a la escasez de pruebas que respaldan esa tesis. Por ejemplo, Alan S. Miller y Satoshi Kanazawa aseguran: «Sabemos que el ser humano ha sido poligínico durante la mayor parte de su historia porque los hombres son más altos que las mujeres». Estos autores se reafirman luego en la misma conclusión: como «el macho humano es un 10 % más alto y pesa un 20 % más que la hembra, esto sugiere que, durante toda su historia, el ser humano ha practicado una poliginia moderada».⁵

Su análisis pasa por alto el hecho de que, *antes de la implantación de la agricultura, sencillamente no se daban* las condiciones culturales necesarias para que algunos hombres acumularan poder político y riqueza suficientes para mantener a varias esposas y a sus hijos. Y que los hombres sean moderadamente más altos y pesados que las mujeres indica una competencia moderada entre hombres, pero no necesariamente una «poliginia moderada». Después de todo, nuestros promiscuos primos, los chimpancés y los bonobos, reflejan *exactamente el mismo campo de variación en la diferencia de tamaño entre macho y hembra, pero disfrutan sin ninguna vergüenza de un sinnúmero de encuentros sexuales con tantas parejas como pueden*. Nadie considera que la proporción de entre el 10 y el 20 % de dimorfismo de tamaño observado en estas especies sea un indicio de «poliginia moderada». Afirmar que la misma evidencia física denota promiscuidad en el caso de los chimpancés y los bonobos, pero poliginia moderada o monogamia en el ser humano, no hace sino poner de manifiesto la falta de solidez del modelo convencional.

Por diversas razones, resulta muy improbable que nuestra especie viviera en harenes en la Prehistoria. No pretendemos restar méritos al legendario apetito sexual de figuras como Ismaíl de Marruecos (El «Sultán Guerrero»), Gengis Khan, Brigham Young (segundo presidente de los mormones) o Wilt Chamberlain (célebre jugador de baloncesto estadounidense, que en su autobiografía *A View from Above* [Una visión desde lo alto] afirmaba haber tenido relaciones con 20.000 mujeres), pero lo cierto es que nuestro cuerpo presenta poderosos argumentos en contra. Los harenes son un producto del gusto común masculino por la variedad sexual y la concentración de poder posagrícola en manos de unos pocos hombres, en combinación con los bajos niveles de autonomía que la mujer tenía en las sociedades agrícolas. Los harenes son un distintivo de culturas agrícolas y pastorales, militaristas, rígidamente jerarquizadas y orientadas a la expansión territorial, la acumulación de riqueza y un rápido crecimiento demográfico. No se conocen casos de harenes cautivos en ninguna sociedad de cazadores-recolectores de retorno inmediato.

Aunque la deriva de nuestra especie hacia un dimorfismo de tamaño moderado sugiere claramente que, hace millones de años, los hombres encontraron una alternativa a las peleas por las oportunidades de apareamiento, no nos aclara qué alternativa era ésa. Muchos teóricos han interpretado el cambio como la confirmación de una transición de la poliginia a la monogamia; pero esa conclusión exige que ignoremos el apareamiento multimacho-multihembra como opción posible para nuestros antecesores. Es cierto que el sistema «un hombre/una mujer» reduce la competencia entre machos, ya que la reserva de hembras no está dominada por unos pocos, y quedan más mujeres disponibles para hombres menos deseados. Pero un sistema de apareamiento en el que lo habitual fuera que tanto hombres como mujeres simultanearan múltiples relaciones sexuales sería igualmente eficiente en la reducción de la competencia entre machos, si no más. Y, dado que las dos especies más próximas a nosotros practican el apareamiento multimacho-multihembra, ésta parece, con mucho, la hipótesis más probable.

¿Por qué se muestran los científicos tan reacios a considerar las implicaciones que conlleva el hecho de que los dos primates más cercanos al hombre muestren el mismo nivel de dimorfismo de tamaño que nosotros? Las dos únicas interpretaciones «aceptables» de esta modulación del dimorfismo parecen ser;¹

1. Que indica el origen de nuestro sistema de apareamiento basado en la familia nuclear y la monogamia sexual. (Pero, entonces, ¿por qué no tienen hombres y mujeres el mismo tamaño, como los gibones?)
2. Que evidencia que la tendencia humana natural es la poliginia, pero hemos aprendido a controlar ese impulso, con éxito desigual. (Pero, entonces, ¿por qué no son los hombres el doble de grandes que las mujeres, como sucede entre los gorilas?)

Obsérvese que estas dos interpretaciones comparten un postulado: la reticencia sexual femenina. En ambas hipótesis, la «honra» de la mujer queda intacta. En la segunda, sólo la fidelidad masculina se pone en cuestión.

Si las tres especies de primates más próximas entre sí muestran el mismo grado de dimorfismo de tamaño, ¿no deberíamos, cuando menos, considerar la posibilidad de que sus cuerpos reflejen la misma adaptación antes de llegar a conclusiones descabelladas, por más que emocionalmente reconfortantes?

Ha llegado el momento de hablar a calzón quitado...

En el amor y en la guerra de espermatozoides, todo vale

Ningún caso me dejó tan intrigado y perplejo como los vivos colores del trasero y las partes colindantes de algunos monos.

Charles Darwin⁶

Parece que los hombres no han tenido que pelearse demasiado para conseguir una cita en los últimos millones de años (hasta la agricultura), pero eso no quiere decir que Darwin se equivocara respecto a la importancia crucial de la competencia sexual masculina en la evolución humana. La selección sexual tiene lugar incluso entre los bonobos — que experimentan pocos conflictos sexuales, o ninguno —, sólo que a un nivel que el propio Darwin nunca contempló, o, en todo caso, no se atrevió a discutir públicamente. Los bonobos macho, en vez de competir para dirimir quién es el triunfador, triunfan todos, y luego dejan que sean sus espermatozoides quienes se peleen. Ojvind Winge, que en la década de 1930 trabajaba con lechistes (*Poecilia reticulata*, unos peces pequeños), acuñó el término «competencia espermática». Posteriormente, Geoffrey Parker refinó el concepto cuando estudiaba la nada glamurosa mosca amarilla del estiércol.

La idea es muy sencilla. Si en el tracto reproductivo de una hembra que está ovulando hay esperma de más de un macho, son los propios espermatozoides los que compiten por fecundar el óvulo. En las especies en que se da la competencia espermática, las hembras acostumbran a tener varios trucos para anunciar su fertilidad, invitando así a más competidores. Sus tácticas de provocación van desde vocalizaciones u olores estimulantes a hinchazones genitales que exhiben toda la gama de tonos del carmín de labios, del *Berry Sexy* al *Rouge Soleil*.⁷

El proceso es parecido a una lotería, en la que el macho con más boletos tiene más posibilidades de ganar (de ahí la enorme capacidad de producción de esperma de chimpancés y bonobos). Es también una carrera de obstáculos: el cuerpo de la mujer prepara diversos tipos de vallas y fosos defensivos que los espermatozoides tienen que superar para alcanzar el óvulo y que permiten, por tanto, eliminar el esperma indigno de la victoria. (Examinaremos algunos de estos obstáculos en capítulos posteriores.) Algunos investigadores opinan que la competición se parece más a un partido de *rugby*, en el que los espermatozoides forman «equipos» con sus propios bloqueadores, corredores, etc.⁸ La competencia espermática adopta muchas formas.

Aunque a Darwin pudiera dejarle «perplejo», la competición espermática preserva el propósito principal de la competencia entre machos de acuerdo con su teoría de la selección sexual: al fin y al cabo, el ganador se lleva el premio de la fecundación del óvulo. Sólo que la lucha tiene lugar a nivel celular, entre los espermatozoides, y se libra en otro campo de batalla: el tracto reproductivo de la hembra. Los simios macho que viven en grupos sociales multimacho (como el chimpancé, el bonobo y el hombre) tienen los testículos más grandes, alojados en un escroto externo, maduran más tarde que las hembras y eyaculan una cantidad de esperma mayor y con una concentración de espermatozoides superior a la de aquellos primates cuyas hembras copulan con un solo macho por ciclo (como el gorila, el gibón o el orangután).

Y ¿quién sabe? Puede que, de haber estado un poco menos adoctrinado en la concepción victoriana de la sexualidad femenina, Darwin

hubiese reconocido este proceso. Sarah Hrdy sostiene que «la causa de que Darwin se quedara tan perplejo al ver las hinchazones sexuales fue su propia suposición de que las hembras se reservan para el mejor macho disponible». Hrdy no se traga el invento de Darwin de la «hembra reticente» ni por un instante: «Aunque sea adecuado para muchos animales, el calificativo “reticente” — que había de convertirse en dogma incontestado durante los cien años siguientes— no podía (ni puede) aplicarse a la conducta observada de ninguna de las hembras de mono o de simio en pleno ciclo menstrual».9

Es posible que el propio Darwin fuera un poco reticente a la hora de redactar sus escritos sobre la sexualidad femenina. El pobre hombre ya había insultado a Dios, tal y como la mayor parte de la gente — incluida su amante y piadosa esposa— entendía el concepto. Aun en el caso de que sospechara que algo parecido a la competición espermática había desempeñado un papel en la evolución humana, era mucho pedirle que derribara de su pedestal a la angelical mujer victoriana. Bastante malo era ya que su teoría describiera a la mujer como un ser que evolucionaba a base de prostituirse a cambio de carne, acceso a las riquezas de los hombres y todo eso. Sostener encima que las mujeres primitivas eran pendones desorejados que buscaban frenéticamente el placer erótico habría sido demasiado.

Aun así, consciente como siempre de lo mucho que aún no sabía, y que no tenía forma de saber, Darwin admitió: «Puesto que estas partes se iluminan con colores más vivos en un sexo [el femenino] que en otro, y dado que se ponen más brillantes durante la estación del amor, llegué a la conclusión de que aquellos colores se habían adquirido como atracción sexual. Era muy consciente de que así me expondría al ridículo [...]».10

Puede que Darwin sí entendiera que la brillante hinchazón sexual de algunas hembras de primate servía para inflamar la libido de los machos, lo que, conforme a su teoría de la selección sexual, no habría sido necesario en absoluto. Hay indicios incluso de que pudo haber tenido razones para considerar la competencia espermática en el ser

humano. En una carta escrita desde Bután, donde se hallaba recogiendo plantas, su viejo amigo Joseph Hooker le hablaba de las sociedades humanas poliándricas que había encontrado, en las que «una esposa puede tener legalmente diez maridos».

Nuestro moderado dimorfismo de tamaño no es el único indicio anatómico de promiscuidad de la especie. La proporción del volumen testicular respecto a la masa corporal total puede usarse como marcador del grado de competición espermática en cualquier especie dada. Jared Diamond considera la teoría del tamaño de los testículos «un triunfo de la antropología física moderna».11 Como la mayoría de las grandes ideas, la teoría del tamaño de los testículos es muy sencilla: las especies que copulan con más frecuencia necesitan testículos más grandes, y aquellas en que varios machos copulan rutinariamente con una misma hembra en ovulación los necesitan mayores aún.

Si una especie tiene *cojones grandes*, *es casi seguro que los machos tienen eyaculaciones frecuentes con hembras que andan buscando guerra. Cuando las hembras se reservan para el príncipe azul, los testículos de los machos en relación con su masa corporal suelen ser más pequeños. Al parecer la correlación entre hembras de vida alegre y testículos de campeonato es aplicable no sólo a humanos y otros simios, sino también a muchos mamíferos, aves, mariposas, reptiles y peces.

Con el planteamiento «el que gana se queda con todo» de los gorilas, los machos compiten para adueñarse del botín, como quien dice. Por eso, aunque un espalda plateada adulto pese 180 kilos, tiene un pene de poco más de dos centímetros y medio — eso, en presenten armas—, y los testículos como dos habichuelas, aunque costaría encontrarlos, porque están remetidos a buen recaudo en el interior del cuerpo. Un bonobo, que no llega a 50 kilos, tiene el pene tres veces más

*En español en el original. (IV. *del t.*)

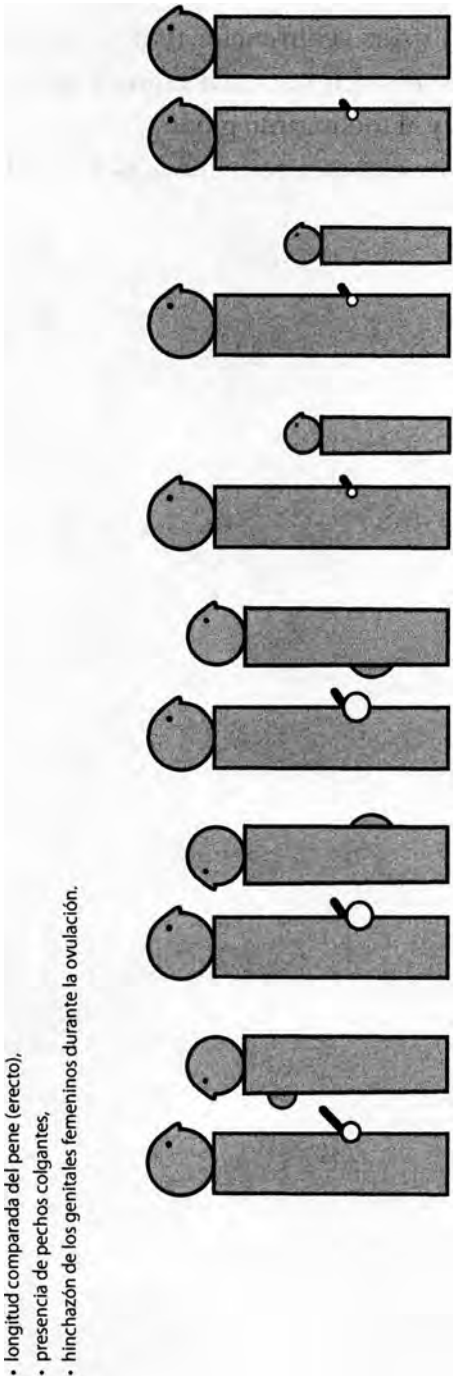
largo que el gorila, y los testículos como huevos de gallina; de los grandes, los de clase AAA (ver el siguiente gráfico). Entre los bonobos, como hay premio para todos, no son los machos los que compiten, sino los espermatozoides. Igualmente, aunque casi todos los bonobos mojen, la realidad de la reproducción biológica impone su ley, y cada bebé bonobo sigue teniendo un único padre biológico.

De modo que el juego es el mismo — se trata de proyectar los genes propios hacia el futuro—, pero la cancha es otra. En un sistema de poliginia como el de los gorilas, basado en el harén, los machos se pelean antes de que haya relación sexual de ningún tipo. En la competencia espermática, las células reproductivas pelean dentro para que los machos no tengan que pelear fuera. Así, todos pueden juntarse en amigable compañía, lo que permite formar grupos más grandes, fomenta la cooperación y previene perturbaciones de la dinámica social. Esto ayuda a explicar que ninguno de los primates que viven en grupos sociales multimacho sea monógamo. Simplemente no funcionaría.

Como siempre, la selección natural se concentra en la adaptación de los órganos y los sistemas relevantes. A lo largo de las generaciones, los gorilas macho desarrollaron una musculatura impresionante para poder tener oportunidades en su lucha reproductiva, mientras que sus genitales, relativamente poco importantes, encogieron hasta el mínimo estrictamente necesario para llevar a cabo una fecundación sin competidores. Y a la inversa: los chimpancés, bonobos y humanos macho tenían menos necesidad de contar con músculos hiperdesarrollados para luchar, pero evolucionaron hasta conseguir testículos más grandes y potentes, y, en el caso de los humanos, un pene mucho más interesante.

Casi nos parece oír lo que estarán pensando algunos lectores: «¡Pero yo no tengo los testículos como huevos de gallina!». Seguro que no. Pero tampoco serán como minúsculas habichuelas remetidas en el abdomen, ¿verdad? En esta escala de la proporción volumen testicular/masa corporal, el hombre está a medio camino entre el gorila y el bonobo. Los que defienden que nuestra especie es sexualmente monógama desde hace millones de años subrayan que los testículos humanos son

- Información que se indica:
- dimorfismo de tamaño corporal M / H (peso medio),
 - postura habitual del coito, cara a cara o con penetración desde atrás,
 - volumen testicular/Masa corporal,
- Testículos dentro del cuerpo o escroto externo.
- longitud comparada del pene (erecto),
 - presencia de pechos colgantes,
 - hinchazón de los genitales femeninos durante la ovulación.



Especies:	Peso (en kg):	Sistema de apareamiento:
Humana	86/74	Promiscuo
Bonobo	35/32	Promiscuo
Chimpancé	40/35	Promiscuo
Gorila	160/80	Poliginia
Orangután	75/37	Disperso
Gibón	10/10	Monógamo

más pequeños que los del chimpancé y el bonobo. Los que ponen en tela de juicio el discurso convencional (nosotros, por ejemplo) señalan que el índice de volumen testicular humano supera con creces los del polígamo gorila y el monógamo gibón.

Así que, ¿cómo está el escroto humano, medio lleno o medio vacío?

Capítulo 16

LA VERDADERA MEDIDA DE UN HOMBRE

¿Pequeña?

Tanto chimpancés como bonobos son mucho más promiscuos que nosotros. Esto se refleja en nuestros testículos: son tristes cacahuets en comparación con los cocos de nuestros parientes simios.

Frans de Waal¹

¿Mediana?

El macho humano presenta vestigios convincentes de una historia selectiva sexual en que las hembras se apareaban en poliandria. Puede que el vestigio más claro sea el tamaño de los testículos. Los testículos del hombre son sustancialmente mayores, en relación con su tamaño corporal, que los de los gorilas.

Margo Wilson y Martin Daly²

¿Grande?

En cuestión de pelotas, el ser humano está, decididamente, del lado grande del espectro de los primates, más cerca del chimpancé que del gorila, [...] lo que sugiere que estamos habituados desde hace mucho a competir con el esperma, además de con el cuerpo.

David Barash y Judith Lipton³

Como puede verse, hay división de opiniones sobre el equipamiento viril. ¿De qué estamos hablando? ¿De cacahuets o de nueces? ¿De *ping-pong* o de bolos? Los testículos del hombre moderno, que pesan unos treinta gramos cada uno (dieciocho quilates en la báscula, para los

joyeros), son más pequeños que los del chimpancé o los del bonobo, pero dejan en ridículo a los del polígamo gorila o el monógamo gibbon. De modo que, en este trascendental debate, ambos bandos pueden alegar razones a favor de sus posturas enfrentadas, manifestando sencillamente que los testículos humanos son relativamente pequeños o relativamente grandes.

Pero medir un testículo no es como averiguar qué pie calzamos. Los que argumentan que de haber evolucionado en grupos promiscuos, los hombres lucirían en la actualidad unas gónadas tan hermosas como los chimpancés parten de un postulado crucial y erróneo: que los testículos humanos no han cambiado desde hace 10.000 años. Cuando Stephen Jay Gould escribió que «el ser humano no ha experimentado ningún cambio biológico en los últimos 40.000 o 50.000 años», se estaba basando en datos que se han corregido con posterioridad a su muerte, acaecida en 2002. Pero esa convicción sigue estando muy extendida, inducida por la arraigada creencia de que la evolución opera de forma extraordinariamente lenta, y necesita miles de generaciones para introducir cambios significativos.

A veces, sí. Pero a veces, no. En *The 10,000 Year Explosion* [La explosión de los 10.000 años], Gregory Cochran y Henry Harpending demuestran que el cuerpo humano puede experimentar cambios evolutivos rápidos. «El ser humano ha cambiado en cuerpo y mente de modo significativo a lo largo del registro histórico», dicen, y citan la resistencia a la malaria, la coloración azul de los ojos y la tolerancia a la lactosa como ejemplos de cambios evolutivos posteriores a la implantación de la agricultura.

Un ejemplo que no mencionan en su libro, pero que tal vez podrían incluir en futuras ediciones, es el tamaño de los testículos. Los testículos pueden cambiar de tamaño en un abrir y cerrar de ojos (azules o de cualquier otro color). En algunas especies de lémures (pequeños primates nocturnos), el volumen testicular varía con las estaciones: se hincha en época de celo y luego se desinfla lentamente, como un balón de playa.⁴

El tejido testicular de humanos, chimpancés y bonobos (pero no así el de los gorilas) está controlado por un ADN que reacciona inusualmente rápido a los cambios ambientales. Los genetistas Gerald Wyckoff, Hurng-Yi Wang y Chung-I Wu han publicado en la revista *Nature* que «la rápida evolución de los genes reproductivos masculinos es [...] notable en los linajes humano y del chimpancé». Más adelante, comentan que la rápida respuesta de esos genes podría estar relacionada con los sistemas de apareamiento: «El contraste es intrigante a la luz del comportamiento sociosexual de los simios africanos. Mientras que los chimpancés y los bonobos modernos son claramente promiscuos, con altas probabilidades de inseminación múltiple, la probabilidad de que las hembras de gorila en periodo de ovulación sean inseminadas de forma múltiple parece mucho menor».5

Vamos a detenernos un momento a asimilar esto. El hombre, el chimpancé y el bonobo —pero no el gorila— muestran una «evolución acelerada de los genes que intervienen en la producción de espermatozoides y fluido seminal» y están asociados a la «inseminación múltiple». Los genes que intervienen en el desarrollo de los testículos en el hombre, el chimpancé y el bonobo son muy sensibles a las presiones adaptativas, mucho más que los mismos genes en el gorila, cuyas hembras acostumbra a aparearse sólo con un macho.

Al estar compuestos exclusivamente de tejidos blandos, los testículos no dejan rastros fósiles. De modo que, aunque los defensores del discurso convencional presupongan que el volumen testicular humano ha permanecido constante durante milenios, ahora está claro que podrían estar equivocados.

Wyckoff, Wang y Wu confirman una predicción que el biólogo Roger Short hizo ya en 1979: «Cabe esperar que el tamaño de los testículos reaccione rápidamente a las presiones selectivas. Una de las formas más intensas de selección natural se dará en los sistemas de apareamiento promiscuos [...]».6 Coincide con él Geoffrey Miller: «Las diferencias hereditarias en la calidad y los sistemas de entrega del espermatozoides serán objeto de selección intensa». Por último, la bióloga evolucionista Lynn

Margulis y Dorion Sagan arguyen, en el libro del que son coautores, que los «genitales desmesurados», respaldados por una «gran potencia espermática» sólo merecerían la pena si se diera «algún tipo de carrera o competición». En otro caso, dicen, «parecen excesivos».7

«Genitales desmesurados». «Potencia espermática.» ¡Ahora nos entendemos!

Si, durante una eyaculación, examinamos las primeras emisiones de espermatozoides y las últimas, resulta evidente que la potencia espermática existe. La eyaculación humana no es continua, sino espasmódica, y suele constar de entre tres y nueve emisiones sucesivas. Investigadores que se las han arreglado para capturar y analizar «eyaculados parciales» han descubierto que las primeras emisiones contienen compuestos químicos que protegen de diversos ataques también químicos. ¿Qué clase de ataques? Están los leucocitos y los antígenos presentes en el tracto reproductivo de la mujer (sobre esto volveremos luego), pero también los componentes químicos de las últimas emisiones de espermatozoides de otros hombres. Estas emisiones finales contienen una sustancia espermicida que ralentiza el avance de eventuales invitados de última hora. En otras palabras: la competencia con el espermatozoides de otros machos parece estar prevista en la química del semen del hombre, tanto en las emisiones iniciales (protectoras) como en las últimas (atacantes).8

En las últimas décadas, la importancia de la competencia espermática ha sido objeto de debate en congresos científicos y publicaciones especializadas, como si se tratara de un descubrimiento nuevo, pero, varios siglos antes de la era cristiana, Aristóteles y sus predecesores observaron que si una perra copulaba con dos perros durante un mismo periodo fértil, los cachorros de la camada que luego paría podían ser hijos de uno de los machos o de los dos. Y recordemos la historia de Hércules e Íficles: en vísperas de la boda de Alcmena y Anfitrión, Zeus adoptó la apariencia de éste y se acostó con la novia. La noche siguiente, Anfitrión consumó su matrimonio. Alcmena tuvo gemelos: Íficles (hijo de Anfitrión) y Hércules (hijo de Zeus). Está claro que tenían alguna intuición de la competencia espermática.

Más recientemente, distintos investigadores han demostrado que la producción de esperma de un hombre aumenta significativamente cuando lleva unos días sin ver a su pareja, al margen de que haya o no eyaculado durante su ausencia. Este descubrimiento encaja con la idea de que la competencia espermática ha desempeñado un papel en la evolución humana y podría incluso reflejar una adaptación a la monogamia. Según esta hipótesis, cuando un hombre no sabe qué habrá estado haciendo el putón de su mujer en ese maldito congreso de Orlando, su cuerpo aumenta la producción de esperma para incrementar sus probabilidades de fecundar su óvulo cuando la tenga de vuelta en casa, aunque sus peores temores (y, posiblemente, sus más tórridas fantasías) sean ciertos. En el mismo sentido, en algunos estudios, las mujeres dan testimonio de que el comportamiento de sus parejas en la cama tiende a ser más vigoroso —refieren embestidas más profundas e impetuosas— tras una separación o si median sospechas de infidelidad.⁹ (La posibilidad de que a los hombres les excite la idea de las posibles transgresiones de su pareja parece no haberse incorporado al debate de momento, pero véase más adelante lo expuesto acerca del porno.)

Las escandalosas implicaciones de la competencia espermática se dan de bofetadas con la arraigada concepción de una sexualidad femenina sacrosanta. Concepción que Darwin cultivó en la conciencia pública, presentando a unas hembras reticentes que sólo rinden sus favores a una pareja cuidadosamente elegida que ha demostrado su valía (y, aun así, lo hacen sólo por Inglaterra). «La mujer sexualmente insaciable —manifestaba un aterrado Donald Symons— se encuentra principalmente, si no exclusivamente, en la ideología feminista, las esperanzas de los muchachos y los temores de los hombres.»¹⁰ Quizá, pero Marvin Harris ofrece otro punto de vista: «Como todo grupo dominante, los hombres procuran fomentar una imagen de la naturaleza de sus subordinados que contribuya a la preservación del statu quo. Durante miles de años, no han visto a las mujeres como podrían ser, sino sólo como ellos quieren que sean».¹¹

Por mucha polémica que suscite, no tiene sentido seguir preguntán-

dose si en la reproducción humana se produce o no competencia espermática: ¿se produce. Absolutamente siempre. Una eyaculación humana contiene entre 50 y 500 millones de aspirantes dispuestos a abrirse paso a codazos para conseguir el único puesto de trabajo disponible: fecundador en jefe. La cuestión relevante es si esos aspirantes compiten sólo entre sí o también contra miles de millones más de candidatos que han mandado allí otros hombres.

Es difícil concebir un ente más puramente competitivo que el espermatozoide humano. Imagínese el lector un hervidero de salmones

Tabla 4: Competición espermática entre grandes simios^B

Simio	Humano	Chimp./ Bonobo*	Orangután	Gorila
Dimorfismo de tamaño corporal (%)	15-20	15-20	100	100
Masa de los testículos (combinada, absoluta, g)	35-50	118-160	35	29
Volumen seminal por eyaculado (mL)	4,25 (2-6,5)	1,1	1,1	0,3
Concentración espermática ($\times 10^6/\text{mL}$)	1940: 113 1990: 66	548	61	171
Recuento espermático total (Mill. Esp./Eyaculado)	1940: 480 1990: 280	603	67	51
Vesículas seminales	Medianos	Grandes	Grandes	Pequeños
Grueso del pene (circunferencia)	24,5 mm	12 mm	No disponible	No disponible
Longitud del pene	13-18 cm**	7,5 cm	4 cm	3 cm
Longitud del pene (en relación con la masa corporal)	0,163	0,195	0,053	0,018
Masa corporal (del macho, en kg)	77	46	45-100	136-204
Copulaciones por nacimiento (aprox.)	> 1.000	> 1.000	< 20	< 20
Duración aproximada de la cópula (en segundos)	474	7/15	900	60

*No hay diferencias significativas entre ellos en estos aspectos.

**El surco coronal y el glande son características exclusivas del hombre.

microscópicos cuya existencia entera consiste en remontar la corriente en pos de una oportunidad de reproducirse entre varios cientos de millones. «Qué mal lo tienen», puede pensarse. Pero existen criaturas cuyo esperma no se enfrenta a una probabilidad estadística tan abrumadoramente desfavorable. En algunas especies de insectos, por ejemplo, toman la salida en la carrera hacia el óvulo menos de cien espermatozoides. Y las células reproductoras masculinas no son en esos casos tan pequeñas como cabría imaginar, a juzgar por el tamaño de quien las envía. Los espermatozoides de ciertas especies de mosca de la fruta miden, si se desenrollan, casi seis centímetros: varias veces más que la propia mosca. El *Homo sapiens* está claramente en el extremo opuesto, ya que se desprende de cientos de millones de espermatozoides diminutos a la primera de cambio.

PORNO DURO EN LA EDAD DE PIEDRA

Ahí va un acertijo: ¿cómo es posible que a tantos hombres heterosexuales les *ponga* ver películas porno en las que un grupo de tíos se lo monta con una sola mujer? Si nos paramos a pensarlo, la cosa no cuadra. Hay más cucuruchos que helado. Y lo más raro (aunque fascinante) no es que la proporción entre sexos no sea la que cabría esperar, sino que el momento cumbre, lo que todos esperan ver, llega cuando los tíos eyaculan.

Hay estudios que confirman lo que los productores de porno ya saben: los hombres tienden a excitarse con imágenes que recrean un entorno en el que claramente opera la competencia espermática (aunque deben de ser pocos los que piensen en ello en esos términos). Las imágenes y vídeos que muestran a una mujer con varios hombres, tanto en Internet como en la pornografía comercial, son extremadamente más populares que los que presentan a un hombre con varias mujeres.¹⁴ Si echamos un vistazo rápido a la oferta *Online* de Adult Video Universe (una de las mayores compañías proveedoras de porno en Internet), veremos que la lista de películas del género *gangbang* cuenta con más de

novecientos títulos, mientras que en la categoría de *gangbang* inverso aparecen sólo veintisiete. Que el lector saque sus conclusiones. ¿No es extraño que los machos de una especie que *lleva 1.900.000 años arrasando las cadenas de la monogamia* se exciten con escenas de grupos de hombres eyaculando con una mujer o dos?

Puede que los escépticos argumenten que esa excitación es simplemente el reflejo de intereses comerciales o una moda pasajera. Vale, muy bien; pero ¿cómo explican la evidencia experimental de que los hombres que ven material erótico que sugiere competencia espermática (dos hombres con una mujer) eyaculan espermatozoides con un porcentaje mayor de espermatozoides con movilidad que los que ven imágenes explícitas de tres mujeres solas? ¿Y ¿por qué entre las fantasías sexuales más habituales de los hombres casados aparece sistemáticamente aquella en la que su mujer le pone los cuernos con otro hombre (según expertos que van de Alfred Kinsey a Dan Savage)?

Que nosotros sepamos, las mujeres no muestran una preferencia equivalente por material erótico en el que un montón de mujeres de mediana edad con sobrepeso, tatuajes cutres, peinados horteras y calcetines negros se lo montan con un tío macizo. ¿Por qué será?

¿Podría esta apetencia masculina por escenas multimacho ser un eco del porno del Pleistoceno? Tengamos presente la variedad de sociedades en las que, como hemos comentado, las mujeres animan e incitan a equipos de trabajadores o cazadores mostrándose predispuestas a entregarse a uno detrás de otro. La misma dinámica se intuye cada domingo en los campos de fútbol americano: las animadoras agitando sus pompones vestidas con *shorts* que no podrían ser más cortos y lanzando patadas al aire con sus jóvenes y sensuales piernas, que acaban completamente abiertas sobre la hierba. Aunque pueden aventurarse otras explicaciones para estas extravagancias de la vida contemporánea, lo cierto es que casan a la perfección con una Prehistoria caracterizada por la competencia espermática. ¡Al ataque, mis valientes!

Capítulo 17

A VECES UN PENE NO ES MÁS QUE UN PENE

Hacemos bien en tomar nota de la licencia y desobediencia de este miembro que embiste al frente muy a destiempo, cuando no queremos que lo haga, y tan inoportunamente nos deja en la estacada cuando más le necesitamos; disputa imperiosamente la autoridad a nuestra voluntad: rechaza obstinadamente y con orgullo toda incitación por nuestra parte, ya sea con el pensamiento o con la mano.

Michel Montaigne,
sobre el pene (es de suponer que el suyo)

Vamos, basta de risitas y vayamos al tema. El macho humano se toma sus genitales muy en serio. En la antigua Roma, los jóvenes ricos llevaban una *bulla*: un colgante con la réplica en miniatura de una erección. Este colgante se conocía como *fascinum*, e indicaba el alto estatus social del muchacho. «Hoy — señala David Friedman en *Con mentalidad propia*, su amena y erudita historia del pene —, transcurridos 1.500 años desde la caída del Imperio romano, de cualquier cosa que tenga la fuerza o el misterioso atractivo de una erección se dice que es “fascinante”.» Remontándonos un poco más en el tiempo, observamos que, en los libros bíblicos del Génesis y el Éxodo, los hijos de Jacob surgen de su «muslo». La opinión mayoritaria de los historiadores es que «muslo» es una forma educada de referirse a lo que cuelga entre los muslos de un hombre. «Parece claro — dice Friedman — que los juramentos sagrados entre los israelitas se sellaban llevándose la mano al miembro masculino.» Y el acto de jurar sobre los propios genitales se perpetúa hoy en las

palabras «testigo», «testificar» y «testimonio», que comparten raíz con «testículo».

Curiosidades históricas aparte, hay quienes alegan que el moderado tamaño de los testículos humanos y su relativamente baja concentración de espermatozoides (con respecto al chimpancé y el bonobo) desmienten cualquier competencia espermática significativa en la evolución humana. Y es cierto que la concentración espermática humana (60-235 x 106 por mL) palidece en comparación con la del chimpancé (un impresionante 548 X 106). Pero no todas las competencias espermáticas son iguales ante la ley (de la evolución).

Por ejemplo: en algunas especies, el fluido seminal forma un «tapón copulatorio» que sirve para bloquear la entrada posterior del esperma ajeno en el canal cervical. Las especies que entablan este tipo de competencia espermática (serpientes, roedores, algunos insectos o canguros) suelen blandir penes con elaborados garfios o remates, concebidos para sacar de la entrada cervical el tapón que haya dejado un macho anterior. Aunque al menos un equipo de investigadores ha presentado datos que sugieren que los hombres que copulan con frecuencia producen un semen que coagula durante más tiempo, no parece que los tapones copulatorios figuren en el arsenal sexual humano.

Sin embargo, el pene del hombre, aunque desprovisto de ganchos, no está falto de interesantes elementos de diseño. Alan Dixson, experto en sexualidad de los primates, ha escrito: «En los primates que viven en grupos familiares formados por una pareja de adultos y sus crías [como los gibones], el macho suele tener un pene pequeño y no particularmente especializado». Del pene humano se podrá decir lo que se quiera, excepto que es pequeño o no especializado. El biólogo reproductivo Roger Short (se llama así, no es un chiste*) explica: «Ante el gran tamaño del pene humano erecto, en marcado contraste con el de los grandes simios, uno no puede evitar preguntarse qué fuerzas evolutivas han intervenido». Geoffrey Miller lo deja bien claro: «El macho humano

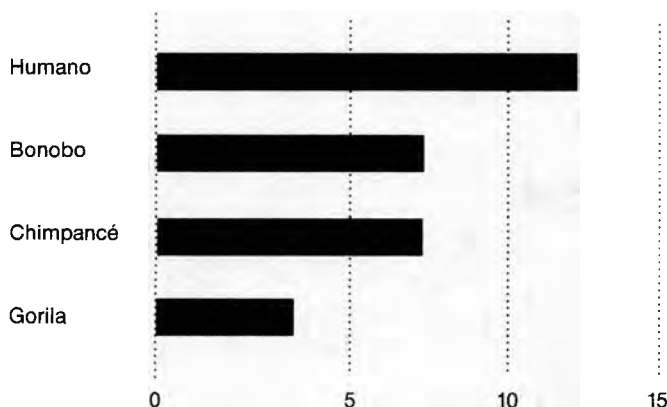
Short es «corto» en inglés. (IV. del t.)

adulto tiene el pene más largo, grueso y flexible de todos los primates vivos».1 Ahí queda eso.

Homo sapiens: ¡el gran simio con un gran pene!

Al pene del hombre le da un vuelo inusual su glande, que forma la cresta coronal y que, en combinación con las embestidas reiteradas características del coito humano —de diez a quinientos embates por interludio romántico—, crea un vacío en el tracto reproductivo de la mujer. Este vacío succiona el semen que haya sido depositado previamente, alejándolo del óvulo y ayudando así al esperma que está a punto de entrar en acción. Pero ¿no debería el mismo vacío impedir también el acceso del esperma que está a punto de ocupar el tracto? No, porque la cabeza del pene se encoge en el momento de eyacular, antes de que se produzca cualquier pérdida de tumefacción (rigidez) en el tronco, neutralizando de este modo la succión que hubiera impedido el avance de sus propios campeones.2 Qué ingenioso, ¿verdad?

Longitud del pene en los simios africanos (cm)

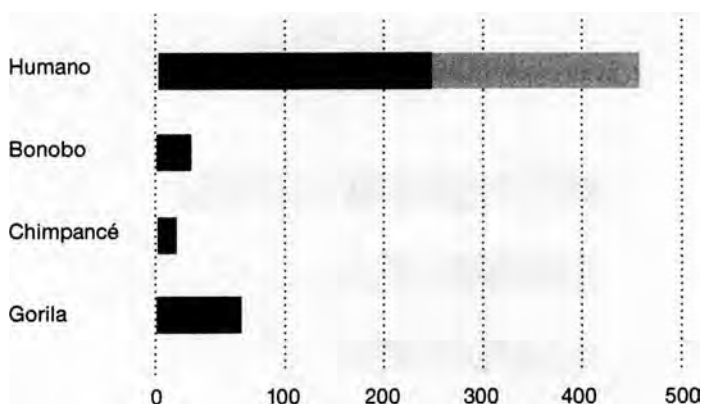


Intrépidos investigadores han demostrado este proceso, conocido como «desplazamiento de semen», utilizando semen artificial elaborado con maicena (la misma receta que emplean en muchas películas pornográficas para simular eyaculaciones exageradas), vaginas de látex y penes artificiales en un laboratorio universitario. Según los informes

del profesor Gordon G. Gallup y su equipo, *un solo embate* del pene artificial desplazaba el 90 % de la mezcla de maicena. «Teorizamos que, a resultas de la competencia por la paternidad, la evolución llevó al macho humano a desarrollar una configuración única del pene con la función de desplazar de la vagina el semen que habían dejado allí otros machos», declaró Gallup a *BBC News Online*.

No está de más repetir que el hombre tiene el pene más largo y más grueso que cualquier otro primate, tanto en términos absolutos como relativos. Y, a pesar de su mala prensa, también aguanta más tiempo en la faena que el bonobo (quince segundos), el chimpancé (siete segundos) o el gorila (sesenta segundos), con una duración media de entre cuatro y siete minutos.

Duración media de la cópula (segundos)



El pene del chimpancé, por otra parte, es un fino apéndice cónico desprovisto del airoso glande del miembro humano. En la copulación de chimpancés y bonobos, tampoco son comunes las embestidas sostenidas. (Pero, claro, siete segundos no dan para sostener mucho.) Así que, aunque nuestros primos simios más cercanos nos ganen en el apartado de testículos, el pene humano se lleva la palma en tamaño, aguantar y atractivo del diseño. Además, el volumen medio de semen de una eyaculación humana es unas cuatro veces mayor que el del chimpancé,

con lo que, en número total de espermatozoides por eyaculado, se le acerca bastante.

Volviendo a la cuestión de si el escroto humano está medio lleno o medio vacío, la propia existencia de escroto externo en el hombre es indicativa de competencia espermática en la evolución humana. Gorilas y gibones, como casi todos los mamíferos en los que no se produce competencia espermática, no están equipados para ella.³

El escroto es como la nevera que algunos tienen en el garaje sólo para guardar la cerveza. Y es muy probable que el que tiene una nevera de reserva repleta de cerveza sea de los que están siempre dispuestos a improvisar una fiesta. Quiere estar preparado. El escroto cumple la misma función. Al mantener los testículos unos grados por debajo de la temperatura interior del cuerpo, permite que se acumulen espermatozoides fríos y que se conserven más tiempo en buen estado y listos para entrar en acción.

Cualquiera que haya recibido una patada en la nevera de la cerveza sabe que eso del escroto es una solución potencialmente muy costosa. La mayor vulnerabilidad que supone tener los testículos al aire, como una invitación a ataques o accidentes, en vez de bien resguardados dentro del abdomen, no es cosa de risa, y menos cuando uno está encogido, en posición fetal, sin poder respirar. Dada la lógica implacable de los costes y beneficios evolutivos, podemos estar seguros de que había buenas razones para esta adaptación.⁴ ¿Para qué cargar con la herramienta cuando no se tiene trabajo?

Hay pruebas contundentes que apuntan a que, en tiempos recientes, la producción de espermatozoides y el volumen testicular del hombre se redujeron considerablemente. Los investigadores han documentado una disminución preocupante en el recuento medio de espermatozoides, así como de la vitalidad de los supervivientes. Un científico sugiere que el recuento espermático de los daneses se ha desplomado de los 113×10^6 en 1940 a poco más de la mitad en 1990 (66×10^6).⁵ La lista de posibles causas del colapso es larga: desde los pseudoestrógenos de las semillas de soja o la leche de las vacas embarazadas hasta los pestici-

das, los fertilizantes, las hormonas del crecimiento para el ganado y los compuestos químicos de los plásticos. Estudios recientes sugieren que la paroxetina, un antidepresivo de prescripción muy extendida (comercializado con los nombres de Seroxat y Paxil) puede dañar el ADN de los espermatozoides.⁶ El estudio sobre la reproducción humana de la Universidad de Rochester descubrió que los hombres cuyas madres habían comido ternera más de siete veces por semana durante el embarazo tenían el triple de probabilidades de ser clasificados como subfértiles (menos de 20 millones de espermatozoides por milímetro cúbico de fluido seminal). Entre estos hijos de consumidoras de carne de vaca, el índice de subfertilidad era del 17,7 %, frente al 5,7 % de aquellos cuyas madres habían comido ternera con menos frecuencia.

El hombre parece tener mucho más tejido productor de espermatozoides del que pueda necesitar cualquier primate monógamo o poligínico. Y produce sólo entre un tercio y un octavo de la cantidad de espermatozoides por gramo de tejido espermatogénico que producen otros ocho mamíferos a los que se ha hecho la prueba.⁷ Los investigadores han observado excedentes de capacidad similares en otros aspectos de la fisiología del espermatozoides humano y su sistema de producción.⁸

La correlación entre eyaculación infrecuente y diversos problemas de salud es otro indicio de que los hombres de hoy en día utilizan su equipamiento reproductivo por debajo de su potencial. Un equipo de investigadores australianos, por ejemplo, constató que los hombres de entre 20 y 50 años que habían eyaculado más de cinco veces por semana tenían un tercio menos de probabilidades de desarrollar cáncer de próstata más adelante.⁹ Además de la fructosa, el potasio, el cinc y otros componentes benignos, el semen contiene a menudo cantidades residuales de carcinógenos. A raíz de ello, los estudiosos han aventurado que la reducción de la incidencia del cáncer podría deberse al vaciado frecuente de los conductos.

Otro equipo de la Universidad de Sidney comunicaba a finales de 2007 que la eyaculación diaria reducía drásticamente los daños en el ADN de los espermatozoides e incrementaba por tanto la fertilidad

masculina: justo lo contrario de lo que sugería la sabiduría popular. Dieron instrucciones precisas a un grupo de 42 hombres con el espermatozoide dañado para que eyacularan todos los días durante una semana y, transcurrido ese tiempo, casi todos mostraron menos daño cromosómico que los del grupo de control, que se abstuvieron tres días.¹⁰

Los orgasmos frecuentes se asocian asimismo a una mejor salud cardíaca. Un estudio efectuado en la Universidad de Bristol y la Queen's University de Belfast dio como resultado que los hombres que tienen tres o más orgasmos a la semana corren un 50% menos de riesgo de morir de insuficiencia coronaria.¹¹

Uno de los principios básicos de la selección natural es: «O lo usas, o lo pierdes». Con su implacable economía, la evolución rara vez equipa a un organismo para una tarea que no ha de ejecutar. Si los valores de producción de semen de nuestros ancestros hubieran sido los actuales, es improbable que la especie hubiera desarrollado ese exceso de capacidad. En nuestros días, los hombres tienen un potencial muy superior al que emplean. Pero si es verdad que los testículos humanos modernos son sólo la sombra de lo que fueron, ¿qué pasó?

Dado que los infértiles no dejan descendencia, una obviedad de la teoría evolucionista es que la infertilidad no puede heredarse. Pero la baja fertilidad sí, en ciertas condiciones. Como hemos expuesto anteriormente, los cromosomas asociados a la producción de tejido espermatogénico del hombre, el chimpancé y el bonobo responden con gran rapidez a las presiones adaptativas; mucho más rápido que otras partes del genoma o que los cromosomas equivalentes del gorila, por ejemplo.

En el entorno reproductivo que nosotros imaginamos, caracterizado por una interacción sexual frecuente, lo habitual sería que las mujeres se aparearan con varios hombres durante cada periodo de ovulación, al igual que hacen las hembras de chimpancé y bonobo. De esta forma, sería poco probable que los hombres con deficiencias de fertilidad tuvieran descendencia, ya que sus espermatozoides se habrían visto avasallados por los del resto de las parejas sexuales. Un entorno de ese tipo favorecería a los genes que garantizan una producción espermática

abundante, mientras que las mutaciones que resultaran en una disminución de la fertilidad se filtrarían y quedarían fuera del acervo genético, como sigue ocurriendo hoy entre chimpancés y bonobos.

Pero consideremos ahora las repercusiones de una imposición cultural de la monogamia, aunque se aplique sólo a las mujeres, como solía ocurrir hasta hace poco. En un sistema de apareamiento monógamo en que una mujer sólo tiene relaciones sexuales con un hombre, no hay competición espermática con otros hombres. El sexo se convierte en algo parecido a las elecciones en una dictadura: sólo puede ganar un candidato, por pocos votos que se emitan. De forma que, incluso en el caso de los hombres con la producción espermática dañada, es probable que la flauta acabe sonando, y conciban hijos (y tal vez hijas) que corran un riesgo mayor de tener la fertilidad debilitada. En una situación así, los genes asociados con la fertilidad reducida ya no desaparecerían del acervo genético. Se extenderían, provocando una disminución constante de la fertilidad masculina en su conjunto y una atrofia generalizada del tejido espermatogénico humano.

Del mismo modo que las gafas han permitido que sobrevivieran y se reprodujeran personas con discapacidades visuales que, en entornos primitivos, habrían perecido (junto con sus genes), la monogamia sexual permite la proliferación de mutaciones reductoras de la fertilidad, causando disminuciones testiculares que no habrían durado mucho entre nuestros antepasados no monógamos. Las estimaciones más recientes muestran que las disfunciones del espermatozoides afectan a uno de cada veinte hombres en todo el mundo, y que son la causa aislada más frecuente de subfertilidad en las parejas (definida como la incapacidad de concebir un hijo después de un año de intentarlo). Todo indica que el problema se está agravando a un ritmo constante. 12 Ya nadie se ocupa mucho del mantenimiento de la nevera de la cerveza, y se va averiando.

Si nuestro paradigma de la sexualidad humana prehistórica es correcto, además de las toxinas medioambientales y los aditivos alimentarios, un factor significativo de la crisis de infertilidad contemporánea podría ser la monogamia sexual. La monogamia generalizada ayudaría

a explicar también por qué, a pesar de nuestro pasado promiscuo, los testículos del *Homo sapiens* contemporáneo son más pequeños que los de los chimpancés y los bonobos y, como indica nuestro exceso de capacidad de producción de espermatozoides, que los de nuestros propios ancestros.

La propia monogamia sexual podría estar encogiendo las pelotas de los hombres.

Quizá podamos poner fin al punto muerto en el debate entre quienes defienden que el tamaño pequeño de los testículos humanos cuenta «una historia de amor y unión entre los sexos que se remonta muy atrás, tal vez a los orígenes de nuestro linaje» y quienes sostienen que esos mismos órganos, algo-más-grandes-de-lo-que-debieran-si-de-verdad-fuéramos-monógamos, son indicativos de muchos miles de años de «moderada poliginia». El hombre tiene unos testículos de tamaño medio conforme a los parámetros primates —con sólidos indicios de haber encogido recientemente—, pero aún son capaces de producir eyaculaciones en las que pululan millones de espermatozoides. En combinación con un pene adaptado a la competencia espermática, los testículos humanos sugieren claramente que las mujeres primitivas tenían numerosos amantes en cada ciclo menstrual. Son el equivalente de una manzana que en noviembre aún sigue colgando, reseca y arrugada, de la rama: un recuerdo marchito de días pretéritos.

Para comprobar esta hipótesis, deberíamos asegurarnos de que los valores relativos del pene y los testículos difieren en distintos grupos raciales y culturales. Estas diferencias —que en teoría se deberían a importantes diferencias de la intensidad de la competencia espermática en épocas históricas recientes— son visibles, siempre y cuando nos atrevamos a observarlas. ¹³

Dada la importancia de un ajuste perfecto para la efectividad de los preservativos, las directrices de la Organización Mundial de la Salud

especifican distintas tallas para distintas partes del mundo: una anchura de 49 milímetros para Asia, de 52 para Norteamérica y Europa, y de 53 para África (todos los preservativos son más largos de lo que cualquier hombre pueda necesitar). Los condones fabricados en China para el mercado nacional tienen 49 milímetros de ancho. Un estudio efectuado por el Consejo de Investigación Médica de la India ha establecido que el alto índice de fallos debidos al ajuste inadecuado del preservativo se debe a que los estándares internacionales aplicados en su fabricación no son apropiados para muchos hombres de ese país.¹⁴

Según un artículo publicado en *Nature*, los testículos de los chinos y los japoneses tienden a ser más pequeños que los de los hombres caucásicos. Los autores del estudio concluían que «las diferencias de tamaño corporal contribuyen mínimamente a esos valores».¹⁵ Otros investigadores han confirmado estas tendencias generales, al establecer los promedios de peso testicular combinado en 24 gramos para los hombres asiáticos, entre 29 y 33 gramos para los caucásicos y en 50 gramos para los africanos.¹⁶ Los estudios arrojaban «diferencias notables de tamaño testicular en las distintas razas humanas. Incluso controlando las diferencias de edad en las muestras, los testículos de hombres adultos daneses duplican en tamaño a los de los chinos, por ejemplo».¹⁷ Estas variaciones son mucho mayores de lo que podría preverse en función de las diferencias de tamaño corporal. Diversas estimaciones concluyen que los hombres caucásicos producen el doble de espermatozoides al día que los chinos (185-235 x 106 contra 84 x 106).

Al sugerir que la cultura, el medio ambiente y el comportamiento pueden reflejarse en la anatomía (concretamente, en la anatomía genital), nos estamos adentrando en aguas peligrosas. Pero cualquier biólogo o médico serio sabe que existen diferencias anatómicas que se manifiestan racialmente. A pesar de las susceptibilidades que despiertan estos temas, no tener en cuenta el origen racial en el diagnóstico y tratamiento de una enfermedad sería contrario a la ética profesional.

Aun así, la resistencia a relacionar un comportamiento culturalmente sancionado con la anatomía genital se debe en igual medida a la

dificultad de obtener información histórica fiable sobre la tasa de promiscuidad femenina y a la carga emocional del asunto en sí. Además, haría falta calcular la incidencia de los factores dietéticos y medioambientales antes de llegar a cualquier conclusión firme sobre la relación entre monogamia sexual y anatomía genital. Por ejemplo, muchas dietas asiáticas incluyen grandes cantidades de soja y sus derivados, mientras que en las sociedades occidentales se consumen grandes cantidades de carne de ternera, y se ha demostrado que ambas cosas provocan una rápida reducción generacional del volumen testicular y espermatogénesis. Teniendo en cuenta la naturaleza controvertida de tales investigaciones y la complejidad de eliminar tantas variables, no es de extrañar que sean pocos los investigadores dispuestos a explorar estas áreas.

Abundan los indicios de que la actividad sexual humana supera con creces lo estrictamente necesario para la reproducción. Aunque en la actualidad la función social del sexo se entiende principalmente en términos de mantener la familia nuclear, no es ésta, ni mucho menos, la única forma en que las sociedades canalizan la energía sexual humana para fomentar la estabilidad social.

Con una proporción de cientos o miles de coitos por cada nacimiento, el ser humano deja muy atrás en este terreno incluso a chimpancés y bonobos, y gorilas y gibones quedan ya a años luz. Si además tenemos en cuenta la duración media de cada cópula, el tiempo total que dedicamos a la actividad sexual supera fácilmente al de cualquier otro primate (y eso, sin computar fantasías, sueños ni masturbaciones).

La evidencia de que la competencia espermática ha desempeñado un papel en la evolución sexual humana es sencillamente abrumadora. En palabras de un estudioso: «Sin competencia espermática a lo largo de la evolución humana, los hombres tendrían unos genitales muy pequeños y producirían poco esperma. [...] No habría embestidas en el acto sexual, ni fantasías o sueños eróticos, ni masturbación, y nuestro

apetito se saciaría apareándonos una docena de veces en toda nuestra vida. [...] El sexo y la sociedad, el arte y la literatura — la totalidad de la cultura humana, de hecho— serían distintos». ¹⁸ Podemos añadir a la lista el hecho de que hombres y mujeres tendrían la misma estatura (si fueran monógamos) o bien los unos doblarían en tamaño a las otras (en caso de poliginia).

Del mismo modo que los famosos pinzones de las Galápagos de Darwin desarrollaron distintas estructuras de pico para abrir semillas distintas, otras especies emparentadas desarrollan distintos mecanismos para la competencia espermática. La evolución sexual de chimpancés y bonobos siguió una estrategia basada en la reiterada eyaculación de depósitos pequeños, pero muy concentrados, de espermatozoides, mientras que el ser humano evolucionó conforme a un planteamiento que incluía:

- un pene diseñado para succionar el espermatozoides precedente, mediante embestidas reiteradas y prolongadas;
- eyaculaciones menos frecuentes (en comparación con los chimpancés y los bonobos), pero de mayor volumen;
- un volumen testicular y una libido muy superiores a lo que requeriría un apareamiento monógamo o poligínico;
- un ADN de reacción rápida para el control del desarrollo del tejido testicular (ADN aparentemente ausente en los primates monógamos o poligínicos);
- un contenido global de espermatozoides por cada eyaculación equiparable, aun hoy, al de chimpancés y bonobos; y
- una ubicación precaria de los testículos en un escroto exterior, asociada al apareamiento promiscuo.

Entre otras acepciones, «esperar» puede significar «creer que ha de suceder algo» o «tener esperanza de conseguir lo que se desea», dependiendo del contexto. «La arqueología — dice Bogucki— está restringida por lo que la imaginación contemporánea permite en el ámbito del

comportamiento humano.»¹⁹ Lo mismo ocurre con la teoría evolucionista. Quizá sean tantos los que se aferran a la conclusión de que la monogamia sexual es característica del pasado evolutivo de nuestra especie, pese a las claras señales que indican lo contrario y que se encuentran inscritas en el cuerpo y los apetitos de cualquier hombre, porque eso es lo que *esperan* ver en ellas, en los dos sentidos mencionados.

Capítulo 18

PREHISTORIA DE O

Vaya aquí una muestra del «poder de raciocinio» del hombre, como él mismo lo llama. Observa ciertos hechos. Por ejemplo, que en toda su vida jamás ve llegado el día en que pueda dejar satisfecha a una mujer; también, que ninguna mujer ve alguna vez el día en que no pueda agotar, derrotar y dejar fuera de combate a diez varones que se le metan en la cama. Pues él suma esos hechos, llamativamente sugerentes y luminosos, y extrae de ellos esta asombrosa conclusión: que fue intención del Creador que la mujer se ciñera a un solo hombre.

M a r k T w a i n , *Cartas desde la Tierra*

Hace poco vimos a un joven paseando por las Ramblas de Barcelona luciendo con orgullo una camiseta que proclamaba que había *Nacido para fallar*. Uno se pregunta si no tendría en casa toda una serie de camisetas así: *Nacido para respirar*, *Nacido para c*mer*, *Nacido para b*ber*, *Nacido para c*gary*, por supuesto, el deprimente pero inevitable *Nacido para m*rir*.

Pero puede que la proclama tuviera más miga de lo que parece. Al fin y al cabo, la tesis central de este libro es que, a lo largo de milenios, el sexo ha cumplido muchas funciones trascendentales para el *Homo sapiens*, de las que la reproducción sería sólo la más evidente. Teniendo en cuenta que los seres humanos dedicamos más tiempo y energía que cualquier otra especie del planeta a planear, ejecutar y rememorar nuestras proezas sexuales, quizá debiéramos llevar todos esa camiseta.

O tal vez sólo las mujeres. En lo tocante al sexo, puede que los hombres sean *sprinters* fanfarrones, pero las que ganan todas las maratones son las mujeres. Si preguntamos a cualquier consejero matrimonial sin duda nos dirá que el principal reproche que las mujeres suelen hacer a los

hombres en el terreno sexual es que son demasiado directos y demasiado rápidos. En cambio, la queja más frecuente entre los hombres es que a las mujeres les cuesta una eternidad entrar en calor. Después de un orgasmo, una mujer está lista para tener doce más. Una vez que se ha puesto en movimiento, el cuerpo femenino tiende a seguir en movimiento. Pero los hombres se corren y ya están dispuestos a irse. Para ellos, el telón cae en un instante y enseguida se ponen a pensar en otra cosa.

Esta simetría de mutua decepción ilustra la casi cómica incompatibilidad entre las respuestas sexuales masculina y femenina en el marco del apareamiento monógamo. Uno no puede menos que preguntarse: si el hombre y la mujer hemos evolucionado juntos en parejas monógamas a lo largo de millones de años, ¿cómo hemos acabado siendo tan incompatibles? Es como si lleváramos cenando juntos milenio tras milenio, pero la mitad de nosotros no pudiera evitar zampárselo todo vorazmente, mientras la otra mitad aún está poniendo la mesa y encendiendo las velas.

Sí, ya lo sabemos: estrategias combinadas, espermatozoides baratos a montones frente a una cesta con unos pocos huevos de los caros, y todo eso. Pero el flagrante desajuste de esas respuestas sexuales tiene mucho más sentido si pensamos que es una reliquia de nuestro proceso de evolución en grupos promiscuos. En lugar de urdir una teoría tras otra con la esperanza de apuntalar un paradigma tambaleante — monogamia con fallos, poliginia moderada, estrategias de apareamiento combinadas, monogamia en serie—, ¿no es más fácil afrontar la única hipótesis para la que resultan innecesarias todas esas matizaciones y alegaciones contradictorias e incoherentes?

Vale, de acuerdo, resulta embarazoso. Incluso tal vez humillante, si a uno le da por ahí. Pero, transcurridos 150 años desde la publicación de *El origen de las especies*, ¿no es hora de admitir que nuestros ancestros evolucionaron siguiendo una trayectoria similar a la de nuestros primos primates más cercanos, extremadamente sociales y muy inteligentes? Cada vez que tenemos alguna pregunta sobre los orígenes del comportamiento humano, nos volvemos hacia el chimpancé y el bonobo en busca de pistas importantes: lenguaje, uso de herramientas, alianzas

políticas, guerra, reconciliación, altruismo... Pero, si el tema es el sexo, desviamos remilgadamente la mirada hacia los gibones, unos parientes mucho más remotos, antisociales y con un cociente intelectual muy bajo, pero, eso sí, monógamos. ¿Es eso razonable?

Ya hemos señalado que la revolución agrícola desencadenó cambios sociales radicales cuyas consecuencias todavía sufrimos en la actualidad. Puede que la contumaz negación de nuestra prehistoria sexual promiscua exprese un temor legítimo a la inestabilidad social, pero, por muy insistente que sea, la exigencia de un orden social estable (basado, como constantemente se nos recuerda, en la unidad familiar nuclear) no puede borrar los efectos de los cientos de miles de años anteriores al asentamiento de nuestra especie en aldeas estables.

Si las hembras de chimpancé y bonobo pudieran hablar, ¿de verdad creemos que estarían sentadas con sus peludas amigas despotricando de machos eyaculadores precoces que ya no les llevan flores? Probablemente no, porque, como hemos visto, cuando el cuerpo se lo pide, no tienen problemas para atraer la atención de los machos más ardientes. Y cuanta más atención reciben, más atractivas resultan, porque, mira tú por dónde, a nuestros primos primates machos les excita ver y oír a sus congéneres practicando el sexo. Qué cosas, ¿no?

«¡Qué horrendas extravagancias de la mente!»

No hay hombre (a poco versado que esté en estas materias) que ignore los graves síntomas que provocan la elevación y la presión del vientre, su perversión y convulsiones; qué horrendas extravagancias de la mente, qué frenesíes, melancólicas destemplanzas y desafueros inducen los preternaturales trastornos del vientre, como si estuvieran hechizadas las personas afectadas...

William Harvey, *Anatomical Exercitations concerning the Generation of Living Creatures* (1653) [Ejercicios anatómicos relativos a la generación de los seres vivos]

La histeria fue una de las primeras enfermedades que fue descrita formalmente. Hipócrates habló de ella en el siglo iv a. C., y aparece en todos los textos médicos que se ocupaban de la salud de la mujer escritos desde la Edad Media hasta 1952, año en que fue eliminada de la lista de diagnósticos clínicos reconocidos (veinte años antes de que se suprimiera asimismo la homosexualidad). En las primeras décadas del siglo xx, la histeria seguía siendo una de las enfermedades más diagnosticadas en Estados Unidos y Gran Bretaña. Quizá se pregunte el lector cómo han tratado los médicos esta dolencia crónica a lo largo de los siglos.

Pues ya se lo decimos: los médicos masturbaban a las enfermas hasta hacerles alcanzar el orgasmo. Según la historiadora Rachel Maines, las pacientes se sometían rutinariamente a masajes eróticos desde los tiempos de Hipócrates hasta la década de 1920. Tome asiento, el doctor la atenderá enseguida...

Aunque algunos médicos delegaban la terapia en las enfermeras, la mayoría la aplicaban personalmente, aunque no sin cierta dificultad, según parece. En 1960, Nathaniel Highmore comentaba que la técnica no era fácil de aprender, y que no difería mucho «del juego infantil en que los chicos tratan de acariciarse la tripa con una mano a la vez que se dan palmadas en la cabeza con la otra».

Fueran cuales fueran los esfuerzos que debían hacer los médicos para dominar la técnica, se diría que valió la pena. En el libro *The Health and Diseases of Women* [Salud y enfermedades de la mujer], publicado en 1873, se estimaba que el 75% de las estadounidenses requerían de tales tratamientos, y que éstos eran el servicio terapéutico individualizado con más demanda. Pese a la categórica afirmación de Donald Symons («en todos los pueblos, se ha entendido siempre que las relaciones sexuales son un favor o servicio que las mujeres hacen a los hombres»), parece que, durante siglos, procurar el orgasmo fue un servicio que los médicos varones prestaron a las mujeres... por un precio.

Gran parte de esta información procede de *La tecnología del orgasmo*,

el maravilloso libro de Maines sobre esta «enfermedad» y su tratamiento a lo largo de la historia.¹Y ¿cuáles eran los síntomas de la presunta dolencia? A nadie sorprenderá que fueran idénticos a los de la frustración sexual y la excitación sexual crónica: «Ansiedad, insomnio, irritabilidad, nerviosismo, fantasías eróticas, sensación de pesadez en el abdomen, edemas en la baja pelvis y lubricación vaginal».

Aquel tratamiento supuestamente *clínico* para mujeres frustradas y «salidas» no era una aberración aislada circunscrita a la Historia Antigua, sino un elemento más en la cruzada ancestral para patologizar las demandas de la libido femenina, que los expertos se han empeñado tanto tiempo en negar o minimizar.

Los hombres que dispensaban esta lucrativa terapia no hablaban de «orgasmo» en los textos médicos que publicaban sobre la histeria y su tratamiento. En sus artículos, peroraban en tono solemne y comedido sobre el «masaje vulvar» que llevaba a las pacientes a un «paroxismo nervioso» y les proporcionaba un alivio temporal. A fin de cuentas, las suyas eran pacientes ideales. Ni morían ni se recuperaban nunca de su enfermedad: volvían una y otra vez a la consulta, ansiosas por someterse a una nueva sesión.

Algunos lectores pensarán que no cabe desear un trabajo mejor, pero al parecer no todos los médicos sentían lo mismo. Maines no encontró «ningún indicio de que los señores doctores disfrutaran practicando tratamientos de masaje pélvico. Por el contrario, aquella elite masculina buscaba insistentemente la forma de sustituir sus dedos por otros ingenios».

¿En qué «otros ingenios» está pensando Maines? Veamos si el lector es capaz de completar esta serie:

1. Máquina de coser.
2. Ventilador.
3. Tetera eléctrica.
4. Tostadora.
5. ¿?

Ahí va una pista: se trata de los cinco primeros electrodomésticos que se vendieron directamente a los consumidores norteamericanos. ¿Nos rendimos? La compañía Hamilton Beach, de Racine (Wisconsin), patentó en 1902 el primer vibrador para uso particular, que se convirtió así en el quinto electrodoméstico aprobado para la venta al público. En 1917, había más vibradores que tostadoras en los hogares estadounidenses. Pero antes de que llegara a ser un instrumento de autoterapia («Sentirá agitarse en su interior todos los placeres de la juventud», prometía, sugerente, un anuncio), el vibrador llevaba décadas usándose en las consultas de facultativos que se habían hartado de «frotarse la tripa y darse palmadas en la cabeza al mismo tiempo».

Muchos médicos, motivados por las maravillas de la industrialización, habían buscado la forma de mecanizar la aplicación de su tratamiento. La ingenuidad norteamericana produciría orgasmos en masa para aquellas mujeres cuyas vidas «apropiadamente castas» y sexualmente necesitadas carecían de ellos: los primeros vibradores los inventaron estos médicos emprendedores.

Los mañosos doctores de finales del siglo xix y principios del xx diseñaron todo tipo de ingenios para provocar en sus pacientes el paroxismo que necesitaban. Algunos funcionaban con diésel; otros, a vapor, como pequeñas locomotoras. Los había que eran verdaderos armatostes, colgados de las vigas con cadenas y poleas, como motores expuestos en un concesionario de coches. Otros tenían pistones que metían y sacaban consoladores por los agujeros de una mesa, o lanzaban agua a presión a los genitales de las pacientes, como una brigada de bomberos enviada a sofocar las llamas de la pasión femenina que las consumía. En ningún caso admitían los buenos doctores que lo que hacían tenía más que ver con el sexo que con la medicina.

Pero más pasmoso aún que su silencio sobre el hecho de estar cobrando por provocar paroxismos nerviosos como los *strippers* en las despedidas de soltera es que, a pesar de todo, esas mismas autoridades médicas seguían convencidas de que la sexualidad femenina era algo débil y reticente.

El monopolio médico de los orgasmos femeninos extraconyugales socialmente aceptables estaba garantizado por la prohibición estricta de que las mujeres o las chicas se masturbaran. En 1850, el *New Orleans Medical & Surgical Journal* declaró la masturbación enemigo público número uno, advirtiéndolo: «Ni las plagas, ni la guerra, ni la varicela, ni la plétora de males similares han sido más desastrosas para la humanidad que el hábito de la masturbación: es el elemento más destructivo de la sociedad civilizada». Se prevenía a niños y adultos de que la masturbación no sólo era pecaminosa, sino muy peligrosa: era causa segura de graves perjuicios para la salud, como la ceguera, la esterilidad o la locura. Además, salmodiaban estas autoridades, las mujeres «normales» tenían, de todos modos, escaso deseo sexual.

En su obra *Psychopatia Sexualis*, publicada en 1886, el neurólogo alemán Richard von Krafft-Ebing proclamaba lo que ya todo el mundo creía saber: «La mujer que ha tenido un desarrollo mental y una educación normales no alberga apenas deseo sexual. Si no fuera así, el mundo entero se convertiría en un burdel, y serían imposibles el matrimonio y la familia».2 Sugerir en aquellos tiempos que las mujeres disfrutaban del orgasmo, y, de hecho, necesitaban el alivio que les proporcionaba, habría horrorizado a los hombres y resultado humillante para las mujeres. Y tal vez hoy también.

Aunque la furia antimasturbatoria ya estaba profundamente arraigada en la historia judeocristiana, halló un desafortunado respaldo médico en un libro de Simón André Tissot, *El onanismo*, publicado en 1758 y cuya edición original incluía el subtítulo «Disertación sobre las enfermedades producidas por la masturbación». Se atribuye a Tissot la identificación de los síntomas de la sífilis y la gonorrea, que en la época se consideraban la misma enfermedad. Pero malinterpretó esos síntomas como señales del agotamiento del semen a causa de la promiscuidad, la prostitución y la masturbación.3

Un siglo después, en 1858, el ginecólogo británico Isaac Baker Brown (presidente a la sazón de la Sociedad Médica de Londres) proponía que la mayoría de las enfermedades de la mujer eran atribuibles

a la sobreexcitación del sistema nervioso, de la que hacía particularmente responsable al nervio púdico, que llega al clítoris. Elaboró una lista de ocho estadios de enfermedad progresiva desencadenados por la masturbación femenina:

1. Histeria.
2. Irritación espinal.
3. Epilepsia histérica.
4. Ataques catalépticos.
5. Ataques epilépticos.
6. Idiocia.
7. Manía.
8. Muerte.

Baker Brown defendía que la mejor manera de prevenir ese deslizamiento fatal del placer a la idiocia y a la muerte era la extirpación quirúrgica del clítoris. Después de ganar una fama considerable y de haber efectuado un número indeterminado de clitorectomías, sus métodos cayeron en desgracia y él acabó siendo expulsado de la Sociedad de Obstetricia de Londres. A raíz de ello, se volvió loco, y la clitorectomía quedó desacreditada en los círculos médicos británicos.⁴

Desgraciadamente, los escritos de Brown ya habían tenido un impacto importante en la práctica médica al otro lado del Atlántico. En Estados Unidos, las clitorectomías siguieron practicándose hasta bien entrado el siglo xx como cura para la histeria, la ninfomanía y la masturbación femenina. Aún en 1936, *Holt's Diseases of Infancy and Childhood* [Enfermedades de la infancia], un respetado texto de pedagogía médica, recomendaba la extirpación quirúrgica o la cauterización del clítoris como cura para la masturbación femenina.

Hacia mediados del siglo xx, cuando el procedimiento estaba al fin perdiendo prestigio en Estados Unidos, recobró vigencia con otra justificación. Ahora se recomendaba la extirpación quirúrgica de los clítoris grandes no para erradicar la masturbación, sino con fines estéticos.⁵

Antes de convertirse en blanco de los cirujanos, el clítoris fue ignorado durante centurias por los autores varones de elaborados atlas anatómicos. Hubo que esperar hasta mediados del siglo xvi para que un profesor veneciano llamado Matteo Realdo Colombo, que anteriormente había estudiado anatomía con Miguel Ángel, reparara en una misteriosa «protuberancia» situada entre las piernas de las mujeres. Según lo relata Federico Andahazi en la novela histórica *El anatomista*, Colombo hizo este descubrimiento mientras examinaba a una paciente llamada Inés de Torremolinos. El médico observó que Inés se ponía tensa cuando él manipulaba el pequeño botón, que parecía aumentar de tamaño con el roce de sus dedos. Estaba claro que aquello requería un estudio más minucioso. Tras examinar a muchas otras mujeres, Colombo comprobó que todas tenían esa protuberancia «desconocida» hasta entonces, y todas reaccionaban del mismo modo cuando la manipulaba delicadamente.

En marzo de 1558, dice Andahazi, Colombo informó con orgullo al decano de su Facultad de su «descubrimiento» del clítoris.⁶ Como especula Jonathan Margolis en *O: The Intimate History of the Orgasm* [O: una historia íntima del orgasmo], Colombo no obtuvo la respuesta que esperaba. El profesor fue «detenido en su aula a los pocos días, acusado de herejía, blasfemia, brujería y satanismo, sometido a juicio y encarcelado. Sus manuscritos fueron confiscados y cualquier mención de su descubrimiento estuvo prohibida hasta transcurridos varios siglos de su muerte».⁷

Guárdate de la tetilla del Diablo

La «enfermedad» que hace un siglo llevaba a mujeres frustradas a la consulta de médicos armados con vibradores, en la Europa del Medioevo solía conducir las a sitios peores. Como explica el historiador Reay Tannahill, «el *Malleus Maleficarum* (1486), primer gran manual para inquisidores de brujas, no tenía mayores dificultades que un psicoana-

lista de hoy para aceptar que [un cierto] tipo de mujeres estaban predispuestas a creer que habían mantenido relaciones sexuales con el mismísimo Demonio, un ser monstruoso, negro y enorme, con un pene gigantesco y un fluido seminal frío como el agua helada».8 Pero no eran sólo los sueños eróticos lo que atraía las brutales atenciones de las autoridades erotóforas. Si un cazador de brujas del siglo x y ii descubría que una mujer o una muchacha tenían el clítoris inusualmente grande, esa «tetilla del Diablo» bastaba para condenarlas a muerte.9

La Europa medieval sufría periódicamente plagas de incubos y súcubos, demonios masculinos y femeninos que, según se creía, invadían los sueños, las camas y los cuerpos de los vivos. Tomás de Aquino y otros como él creían que estos diablos fecundaban a las mujeres durante sus visitas nocturnas, adoptando primero la apariencia de súcubos (espíritus femeninos que tenían comercio carnal con hombres dormidos para hacerse con su esperma) y depositando luego el semen en mujeres desprevenidas bajo la forma de incubos (espíritus masculinos que las violaban durante el sueño). Las mujeres sospechosas de haber sido fecundadas de ese modo por algún espíritu maléfico que anduviera revoloteando como una abeja nocturna corrían un riesgo mayor de ser denunciadas por brujería y tratadas en consecuencia. Muy oportunamente, cualquier explicación que hubieran podido dar de la verdadera causa de su embarazo las acompañaba a la tumba.

Aunque hoy está considerada una de las mejores novelas que jamás se han escrito, *Madame Bovary* fue tachada de inmoral cuando vio la luz a finales de 1856. A los fiscales de París les disgustó que Flaubert retratara a una obstinada joven provinciana que desafía las reglas de la propiedad establecida coleccionando amantes. Pensaban que el castigo que recibía el personaje era insuficiente. Flaubert alegó en su defensa que la obra trataba esas cuestiones bajo un prisma «eminentemente moral». Al fin y al cabo, Emma se quita la vida, víctima de la infelicidad, la pobre-

za, la vergüenza y la desesperación. ¿Castigo «insuficiente»? El proceso contra el libro, en otras palabras, se centró en si la penitencia de Emma Bovary era lo bastante atroz y terrible, no en si merecía o no tales sufrimientos, o si tenía algún derecho a perseguir su satisfacción sexual.

Pero ni Flaubert ni sus misóginos acusadores habrían podido imaginar siquiera los castigos que supuestamente caían sobre las mujeres impúdicas de las tribus mayas tzotziles de Centroamérica. Sarah Blaffer Hrdy explica que «el h'ik'al, un demonio de sexo descomunal, con el pene de casi un metro», secuestra a las descarriadas y «se las lleva a su cueva, donde las viola». A las niñas les cuentan que cualquier desventurada que quede preñada del h'ik'al «se hincha y luego pare noche tras noche, hasta que muere».10

Esta aparente necesidad de castigar el deseo sexual femenino como algo perverso, peligroso y patológico no se circunscribe a épocas medievales o a lejanas aldeas mayas. Estimaciones recientes de la Organización Mundial de la Salud sugieren que cada año unos 137 millones de niñas son sometidas a algún tipo de mutilación genital.

La fuerza requerida para reprimirlo

Un fuego no se sacia por más troncos que devore, ni el océano con los ríos que en él desembocan; a la muerte no pueden saciarla todas las criaturas del mundo, ni a una mujer de bellos ojos ningún número de hombres.

El Kamasutra

Anterior a la guerra contra las drogas, la guerra contra el terrorismo o la guerra contra el cáncer es la guerra contra el deseo sexual. Una guerra que lleva librándose más tiempo que ninguna otra, y cuyas víctimas se cuentan ya por miles de millones. Como las demás, es una guerra que nunca podrá ganarse, ya que el enemigo al que se le ha declarado es una fuerza de la naturaleza. Para el caso, podríamos alzarnos en armas contra las fases de la Luna.

Es fiitil y patético ese empeño milenario en afirmar — contra abrumadoras pruebas de lo contrario— que a la mujer le son indiferentes los apremiantes requerimientos de la libido. Recordemos a las eminencias médicas sureñas de los Estados Unidos de antes de la Guerra de Secesión, que aseguraban a los dueños de las plantaciones que los esclavos que intentaban escapar de sus cadenas no eran seres humanos merecedores de libertad y dignidad, sino víctimas de «drapetomanía», un trastorno médico que se curaba con unos buenos latigazos. Y ¿cómo olvidar aquella Inquisición «bienintencionada» que obligó a Galileo a retractarse de verdades que eran tan evidentes para él como ofensivas para unas mentes anquilosadas por el poder y la doctrina? En esta lucha, aún en curso, entre lo que es y lo que muchas sociedades posagrícolas insisten en que *debe ser*, las mujeres que se han atrevido a abjurar del credo de la hembra reticente siguen siendo despreciadas, insultadas, repudiadas, separadas de sus hijos, desterradas, quemadas por brujas, patologizadas como histéricas, enterradas hasta el cuello en la arena del desierto y lapidadas hasta la muerte. Ellas y su descendencia — esos «hijos e hijas de puta»— siguen siendo sacrificados en el altar de los controvertidos dioses de la ignorancia, la vergüenza y el miedo.

Si la psiquiatra Mary Jane Sherfey estaba en lo cierto al afirmar que «la fuerza de un impulso determina la fuerza requerida para reprimirlo» (una observación casi newtoniana en su irrefutable simplicidad), ¿qué conclusión podemos sacar de la fuerza que se ha empleado para reprimir la libido femenina?II

Capítulo 19

LAS CHICAS SON GUERRERAS

La vocalización copulatoria femenina

Hay una pregunta que hacemos al público siempre que damos una conferencia: si habéis oído alguna vez a una pareja heterosexual haciendo el amor (y ¿quién no?), ¿cuál de los dos hacía más ruido? La respuesta — de hombres, mujeres, heterosexuales, gais, norteamericanos, franceses, japoneses o brasileños — es siempre la misma en todas partes. De calle. Sin la menor duda. Ni asomo siquiera. No hace falta que digamos al lector cuál es, porque ya lo sabe, ¿o no? Sí, es el sexo «sumiso», «recatado», «reticente», la fuente de esos gemidos, gruñidos e invocaciones al Todopoderoso a pleno pulmón, pasando de los vecinos.

Pero ¿por qué? En el marco del discurso convencional sobre la sexualidad humana, lo que los científicos denominan «vocalización copulatoria femenina» (VCF) es un misterio impenetrable. Recordemos la rotunda afirmación de Steven Pinker: «En todas las sociedades, el sexo es como mínimo algo “sucio”. Es practicado en privado [...]». ¿Por qué habría de arriesgarse a llamar tanto la atención la hembra de una especie así? ¿Cómo es posible que, desde los barrios de Nueva York a las riberas más inaccesibles del Amazonas, las mujeres sean más dadas que los hombres a pregonar a voz en grito su goce sexual a todo el que ande cerca?

Y ¿por qué es el sonido de una mujer en pleno orgasmo tan difícil de ignorar para cualquier varón heterosexual? Se dice que las mujeres pueden oír el llanto de un niño a gran distancia, pero preguntamos a los caballeros: ¿hay en la cacofonía de un edificio de apartamentos algún sonido más fácil de distinguir — y más difícil de ignorar — que el de una mujer en el rapto de la pasión?

Si nos está leyendo una de las diez o quince personas vivas que no han visto la escena de *Cuando Harry encontró a Sally* en que Meg Ryan finge un orgasmo, que vaya a verla ahora mismo (en Internet se encuentra en un momento). Es una de las escenas más conocidas del cine de las últimas décadas, pero si los papeles estuvieran invertidos, no tendría ninguna gracia, ni siquiera ningún sentido. Imaginémosla: Billy Crystal, sentado a la mesa del restaurante, empieza a respirar pesadamente, pone tal vez los ojos medio en blanco, suelta unos pocos gruñidos, le da un par de mordiscos al sándwich y se queda roque. Ni una carcajada ni media. Los de las mesas vecinas ni se enteran. Si el orgasmo masculino es un entrechocar de timbales con sordina, el de una mujer es la apoteosis de una ópera: un montón de gente con lanzas chillando y cantando a pleno pulmón y dando golpes en la mesa, que dejaría sin habla hasta al último parroquiano de la cafetería más bulliciosa de Nueva York.³

Los gritos de éxtasis de la mujer no son un fenómeno moderno. El Kamasutra incluye consejos ancestrales sobre la vocalización copulatoria femenina como técnica amatoria, y cataloga todo un aviario de las posibles expresiones arrebatadas a las que la mujer puede recurrir: «Como parte principal de sus gemidos, puede emplear, al arbitrio de su imaginación, las voces de la paloma, el cuco, la paloma verde, el papagayo, la abeja, el ruiseñor, el ganso, el pato y la perdiz». ¿El *gansol* Eso le da un nuevo sentido a la expresión «hacer el ganso».

Pero, técnicas eróticas de corral aparte, no tiene sentido que la hembra de una especie monógama (o «moderadamente poligínica») atraiga tanto la atención durante el apareamiento. En cambio, si la sexualidad humana se ha cimentado en miles de generaciones de apareamiento múltiple, está muy claro a qué viene tanto escándalo.

Ocurre además que la mujer no es la única hembra de primate que arma tanto alboroto en el arrebato de la pasión. El primatólogo británico Stuart Semple ha observado que «en toda una serie de especies, la hembra vocaliza justo antes, durante o inmediatamente después del apareamiento. Estas vocalizaciones — dice — son especialmente comu-

nes entre los primates, y las pruebas de que, con esas llamadas, la hembra incita a otros machos del grupo son cada vez más abundantes [...].»⁴ Exacto. Hay una buena razón para que los sonidos que emite la mujer mientras está disfrutando de un lance sexual atraigan a los hombres heterosexuales. Su «llamada a la copulación» es una invitación potencial a que acudan y, por tanto, un modo de provocar la competencia espermática.

Semple grabó más de 550 llamadas copulatorias de siete hembras de babuino y analizó su estructura acústica. Descubrió que esas complejas vocalizaciones contenían información tanto sobre el estado reproductivo de las hembras (eran más complejas cuanto más próxima estaba la ovulación) como sobre el estatus del macho, que «inspiraba» una determinada vocalización (las llamadas eran más largas y contenían unidades sonoras más específicas cuando la hembra copulaba con machos de mayor rango). De este modo, al menos en el caso de esos babuinos, los machos que escucharan las llamadas obtendrían información relativa a sus posibilidades de fecundar a la hembra, así como alguna pista sobre el rango del macho que encontrarían con ella si se acercaban.

Meredith Small está de acuerdo en que las llamadas copulatorias de las hembras de primate son fáciles de distinguir: «Hasta los no iniciados pueden identificar el orgasmo, o el placer sexual, de las hembras de primates no humanos. Emiten sonidos que no se oyen en ningún otro contexto: sólo durante el apareamiento».⁵ Las hembras de macaco de cola de león usan la llamada copulatoria para atraer la atención de los machos incluso cuando no están ovulando. Según las observaciones de Small, entre estos primates, las hembras en periodo de ovulación dirigen más a menudo sus invitaciones a machos de otros grupos con el objetivo de aportar sangre nueva a la mezcla reproductiva.⁶

La vocalización copulatoria femenina está muy asociada al apareamiento promiscuo, no a la monogamia. Alan Dixson ha observado que las hembras de especies promiscuas de primates emiten llamadas de apareamiento más complejas que las de especies monógamas o polígí-

nicas.⁷ Al margen de la complejidad, Gauri Pradhan y sus colegas efectuaron un estudio de las llamadas copulatorias de una serie de primates y concluyeron que las «variaciones en la promiscuidad de las hembras predicen su tendencia a emplear la llamada copulatoria conjuntamente con el apareamiento». Sus datos muestran que niveles más altos de promiscuidad predicen llamadas copulatorias más frecuentes.⁸

William J. Hamilton y Patricia C. Arrowood analizaron las vocalizaciones copulatorias de varios primates, incluidas tres parejas humanas en plena faena.⁹ Advirtieron que «las voces femeninas se intensificaban gradualmente conforme se aproximaba el orgasmo, y, al llegar éste, adquirían un ritmo rápido y regular (con igual duración de notas e intervalos entre notas), ausente en los sonidos que emitían los machos durante su orgasmo». Aunque los autores no pueden ocultar su decepción al señalar que «ninguno de los dos sexos [en las parejas humanas...] mostró la complejidad de la estructura de notas característica de la vocalización copulatoria de los babuinos». Pero eso probablemente sea de agradecer, porque, según exponen en el mismo estudio, la llamada copulatoria de las hembras de babuino es perfectamente audible, hasta para el oído humano, a más de trescientos metros de distancia.

Antes de que el lector llegue a la conclusión de que «vocalización copulatoria» es sólo una expresión rebuscada para referirnos simplemente a pasar un buen rato, le aconsejamos que piense un momento en los predadores a los que podría alertar la pasión de los primates. Tanto los chimpancés como los bonobos pueden retozar en las ramas y mantenerse así a salvo, pero los babuinos (al igual que nuestros ancestros, que descendieron al suelo) viven entre leopardos y otros predadores que podrían estar muy interesados en una oferta 2 X 1 de primate fresco, sobre todo teniendo en cuenta la vulnerabilidad de una pareja que está concentrada en su apareamiento.

Como dicen Hamilton y Arrowood, «pese al riesgo de quedar expuestos ante los predadores, estos babuinos suelen emitir sus llamadas durante el apareamiento, [por lo que] esas llamadas han de tener algún

valor adaptativo». Y ¿qué valor puede ser ése? Los autores presentan varias hipótesis, entre ellas la idea de que las llamadas pudieran ser una estrategia para ayudar a activar el reflejo eyaculatorio del macho; un análisis con el que probablemente estarían de acuerdo muchas prostitutas. Puede que haya algo de eso, pero, aunque así fuera, es bien sabido que los primates macho no necesitan demasiada ayuda para activar su reflejo eyaculatorio. El reflejo eyaculatorio del hombre tiende más bien a activarse con excesiva facilidad, al menos desde el punto de vista de las mujeres que no cobran por activarlo cuanto antes mejor. Además, si tomamos en consideración el resto de los indicios en ese sentido, parece mucho más probable que, entre los humanos, la vocalización copulatoria femenina tuviera la función de atraer a los machos hacia la mujer sexualmente receptiva y en fase de ovulación, fomentando así la competencia espermática con todos los beneficios que conlleva, tanto reproductivos como sociales.

Y, sin embargo, por más escándalo que armen las mujeres del mundo entero, «persiste el credo de la hembra reticente — dice Natalie Angier—. Se adorna con matizaciones y se admite que es un retrato imperfecto de las estrategias femeninas de apareamiento, pero luego, habiendo cumplido con ese detalle protocolario, se vuelve a hacer profesión del credo».

*Sin tetas no hay paraíso*¹¹

Para bien o para mal, las partes pudendas de la hembra humana no se hinchan hasta alcanzar cinco veces su tamaño normal, ni adquieren un tono rojo brillante para advertir de su disponibilidad sexual. Pero ¿hay evidencias anatómicas que sugieran que la evolución ha hecho de la mujer un ser sumamente sexual? Sin duda. Tanto o más que en el caso del hombre, el cuerpo de la mujer (al igual que su comportamiento preconsciente) está repleto de indicios de milenios de promiscuidad y competencia espermática.

Para carecer casi por completo de tejido muscular, el pecho femenino posee un poder asombroso. Un poder que las mujeres bien provistas de curvas han sabido emplear para manipular hasta a los hombres más encumbrados y disciplinados desde que el mundo es mundo. Han caído imperios, se han cambiado testamentos, se han vendido millones de revistas y calendarios, se ha escandalizado la audiencia de la Super Bowl... Todo a consecuencia de la misteriosa fuerza que emana de lo que no dejan de ser un par de bolsitas de grasa.

Una de las imágenes humanas más antiguas que se conocen, la llamada Venus de Willendorf, creada hace unos 25.000 millones de años, presenta un busto de proporciones dollypartonescas. Y 250 siglos después, el poder de unos pechos descomunales parece estar tan al día como antaño. Según la Sociedad Americana de Cirugía Plástica, sólo en Estados Unidos se practicaron 347.254 mamoplastias de aumento, lo que convierte esta operación en el procedimiento quirúrgico más frecuente. ¿Por qué ejercen los pechos femeninos esa influencia tan trascendente sobre la conciencia del hombre heterosexual?

En primer lugar, descartemos cualquier interpretación puramente utilitarista. Si bien las glándulas mamarias de los pechos de la mujer tienen por función alimentar a los bebés, el tejido graso que les confiere esa curva mágica — su rotundidad, caída y balanceo — no tiene nada que ver con la producción de leche. Admitamos, pues, que no son un anuncio de leche infantil; en tal caso, dado el evidente coste fisiológico de esos pechos colgantes (tensión en la espalda, disminución del equilibrio, dificultad para correr), ¿para qué desarrolló la hembra humana esos engorrosos apéndices y por qué sigue conservándolos?

Las hipótesis son muy diversas: desde que los pechos sirven para anunciar la fertilidad hasta que son depósitos que contienen la grasa necesaria para soportar los rigores del embarazo y la lactancia,¹² pasando por la «teoría del eco genital», es decir, que las mujeres desarrollaron esos pechos colgantes hacia la época en que los homínidos empezaron a andar erectos, a fin de provocar en los machos la misma excitación que antes sentían al observar las redondeces de las nalgas.¹³ Los teóricos

partidarios del eco genital señalan que una hinchazón como la que experimentan las hembras del chimpancé y el bonobo interferiría con la locomoción de un primate bípedo, por lo que —razonan— cuando nuestros remotos ancestros empezaron a caminar erguidos, parte de las señales de fertilidad de la hembra se trasladaron, por decirlo así, de la trastienda al escaparate. Más recientemente, en una especie de *ping-pong* histórico, a lo largo de los siglos, los dictados de la moda han ido resaltando, alternativamente, la delantera y la trasera, con los tacones altos, los polisones Victorianos y otros artificios de realce.

Subraya la semejanza visual de estas dos partes de la anatomía femenina la reciente popularidad de los pantalones de cintura baja, que dejan a la vista lo que recientemente se ha dado en llamar «la hucha». «La raja del culo es el nuevo escote — dice la periodista Janelle Brown—, y se deja que asome, seductora, por encima de las bragas de supermodelos y plebeyas por igual. [...] Es algo picaro y ligeramente vulgar, pero con el encanto y la suave redondez de un par de pechos perfectos.»¹⁴ Si tu luna está ya en cuarto menguante, siempre puedes ponerte el «sujetador de nalgas» de Bubbles Bodywear, que promete crear el efecto que, desde tiempo inmemorial, atrae irremediablemente la mirada de los hombres. Como el polisón Victoriano, el sujetador de nalgas imita las curvas rebosantes de las hembras del chimpancé y el bonobo durante el periodo de ovulación. Y, hablando de lunas menguantes, no está de más señalar que, a menos que intervenga la silicona, con la edad, los pechos de la mujer decaen al mismo ritmo que su fertilidad, lo que reforzaría la tesis de que la evolución los puso ahí como anuncio de fecundidad.

Las hembras humanas no son las únicas primates con señales de fertilidad en el pecho. El gelada, una especie de babuino, es otro primate con estación vertical cuyas hembras presentan hinchazones sexuales en los pechos. Como cabría esperar, en su caso esas hinchazones van y vienen con la receptividad sexual de las hembras. Dado que la mujer está siempre potencialmente receptiva, desde que alcanza la madurez, sus pechos están siempre más o menos hinchados.¹⁵



Bonobo hembra.
Foto: www.friendsofbonobos.org



Polisones Victorianos. Foto: Catálogo trimestral de la cadena de grandes almacenes estadounidense Strawbridge & Clothier's (Invierno 1885-1886)



Sujetador de nalgas. Foto: Sweet and Vicious LLC. Eslogan de la empresa: «¡Saca el máximo partido a tus glúteos!»

Pero no todas las hembras de primate tienen hinchazones genitales que anuncien visualmente su estatus ovulatorio. Meredith Small, en un estudio efectuado a partir de 78 especies, constató que sólo 54 «experimentaban cambios morfológicos apreciables a simple vista durante el ciclo», y la mitad de ellas «mostraban sólo un ligero tono rosado». Una vez más, nuestros dos primos más cercanos destacan del montón en razón de su sexualidad decididamente indiscreta: son los dos únicos primates que muestran hinchazones sexuales de colores tan vivos y extravagantes. El semáforo de la hembra del chimpancé se enciende y se apaga reflejando las fases creciente y decreciente de su fertilidad, pero, como confirma Small, «la hinchazón de las hembras de bonobo nunca varía demasiado, con lo que emiten permanentemente una señal de fertilidad; más o menos, igual que las humanas». ¹⁶

Aunque muchas teorías defienden que la hembra humana tiene una «ovulación oculta», no está oculta en absoluto: sólo hay que saber dónde mirar. Martie Haselton y sus colegas constataron que un grupo de hombres a los que mostraron fotografías de las mismas treinta mujeres — algu-

ñas tomadas cerca del momento de la ovulación, otras, no— acertaron en general al juzgar qué mujeres «intentaban parecer más atractivas», lo que se correspondía, a su vez, con su estatus menstrual. Estos autores comprobaron que las mujeres tienden a arreglarse más cuando es más probable que sean fértiles. «Es más — dice Haselton—, cuanto más cerca de su ovulación estaba una mujer en el momento de hacerle la foto, más veces era elegida.»¹⁷

Otros investigadores han comprobado que a los hombres les gustan más los olores corporales de las mujeres cuanto más cerca están de la ovulación, y que las mujeres tienden a comportarse de modo más provocativo en varios aspectos cuanto mayor es la probabilidad de que sean fértiles (llevan más joyas y perfume, salen más, están más predispuestas a aventuras amorosas y es más fácil que prescindan del preservativo con nuevos amantes).

A VUELTAS CON EL ORGASMO

Así como los pechos de la mujer han fascinado a los estudiosos de la evolución, el orgasmo femenino los ha desconcertado. Al igual que las mamas, el orgasmo femenino es un enigma difícil de encajar en las teorías dominantes de la evolución sexual humana. Si no es necesario para la concepción, ¿qué sentido tiene que exista siquiera? Durante mucho tiempo, la ciencia afirmó que la mujer era la única hembra animal que lo experimentaba. Pero, con la llegada a escena de biólogas y primatólogas, se hizo evidente que las hembras de muchos primates también tienen orgasmos.

Es probable que el motivo subyacente a la afirmación del carácter exclusivamente humano del orgasmo femenino estuviera en el papel que desempeña en el discurso convencional. Según esa concepción, el orgasmo evolucionó en la mujer para facilitar y sostener el vínculo duradero de pareja, que constituye el eje central de la familia nuclear.¹⁸ Pero, si uno se traga esa historia, resulta más problemático admitir que

también sean orgásmicas las hembras de otras especies de primate. Y el problema se agrava si las especies más orgásmicas resultan ser además las más promiscuas, como parece ser el caso.

Como afirma Alan Dixson, esta explicación de sesgo promonógamo del orgasmo femenino «parece poco verosímil». «Al fin y al cabo — dice —, las hembras de otras especies de primate, y, en particular, las de aquellas especies con sistemas de apareamiento multimacho-multi-hembra [promiscuos], como el macaco o el chimpancé, manifiestan respuestas orgásmicas sin que se dé ese vínculo, ni tampoco la formación de unidades familiares estables.» Por otro lado, señala Dixson a continuación, «los gibones, que son básicamente monógamos, no muestran indicios evidentes de orgasmo en el caso de las hembras».19 Aunque, en su estudio de la sexualidad de los primates, Dixson clasifica a la especie humana como moderadamente poligínica, parece albergar algunas dudas: «Podría argumentarse — afirma — que [...] el orgasmo es gratificante para la hembra, incrementa su disposición a aparearse con diversos machos en vez de con una única pareja y fomenta así la competencia espermática».20

Donald Symons, al igual que otros, argumenta que «el orgasmo se interpreta muy escuetamente como una capacidad potencial que poseen las hembras de todos los mamíferos». Lo que contribuye a materializar ese «potencial» en algunas sociedades humanas, razona Symons, son «técnicas preliminares y coitales que proporcionan una estimulación lo bastante intensa y continua como para que la hembra alcance el orgasmo».21 En otras palabras, Symons cree que las mujeres tienen más orgasmos que las yeguas porque los hombres son mejores amantes que los caballos. Que dé tres coces el que se lo crea.

En apoyo a su teoría, Symons cita estudios como el de Kinsey, según el cual menos de la mitad de las mujeres encuestadas (norteamericanas de la década de 1950) experimentaban un orgasmo en al menos nueve de cada diez relaciones sexuales; en cambio, en otras sociedades (se refiere específicamente a Mangaia, una isla del sur del Pacífico), la práctica generalizada de elaborados juegos sexuales lleva

prácticamente a la universalidad del orgasmo femenino. «El orgasmo —concluye Symons— no se considera algo que se da espontánea e inevitablemente en las mujeres, como ocurre siempre en el caso de los hombres.» Según Symons, Stephen Jay Gould, Elisabeth Lloyd²² y otros autores, *algunas* mujeres tienen orgasmos *a veces* porque *todos* los hombres los tienen *siempre*. Para estos investigadores, el orgasmo femenino es el equivalente de los pezones masculinos: un eco estructural de una característica esencial en un sexo que no tiene función alguna en el otro.

Considerando la cantidad de energía necesaria para llegar hasta el tracto reproductivo femenino, es sorprendente que sea un lugar tan poco acogedor para las células espermáticas. Según los resultados de un estudio realizado por los investigadores Robín Baker y Mark Bellis, el 35% de los espermatozoides son expulsados en la media hora posterior al coito, y los restantes distan mucho de quedar fuera de peligro.²³ El cuerpo de la mujer percibe los espermatozoides como antígenos (cuerpos extraños), y son atacados de inmediato por leucocitos antiespermáticos que los superan en número en una proporción de cien a uno. Sólo uno de cada catorce millones de espermatozoides humanos eyaculados llega siquiera al oviducto.²⁴ Y, por si no bastara con los obstáculos impuestos por el cuerpo femenino, hasta esos pocos afortunados tienen que competir con los que han eyaculado otros hombres (al menos, si nuestro modelo de la sexualidad humana tiene alguna validez).

Pero aunque ponga obstáculos a la mayoría de los espermatozoides, el cuerpo de la mujer también puede ayudar a otros. Hay evidencias sorprendentes de que el sistema reproductor femenino es capaz de hacer sutiles juicios basados en la firma química de las células espermáticas de distintos hombres. Estas valoraciones pueden ir mucho más allá de cuestiones de salud en general para abarcar las sutilezas de la compa-

tibilidad inmunológica. El hecho de que diversos hombres sean compatibles genéticamente con una determinada mujer significa que la calidad del esperma es una *característica relativa*. Así, como explica Anne Pusey, «las mujeres pueden beneficiarse de probar muchos hombres, y distintas mujeres no necesariamente se beneficiarán de aparearse con un mismo hombre “de calidad extra”».25

Este punto es de importancia crucial. No todo hombre «de calidad extra» ha de convenirle a cualquier mujer dada, ni siquiera a un nivel puramente biológico. Debido a la complejidad de la forma en que dos conjuntos de ADN parental interactúan en la fertilización, un hombre de alto valor de pareja en apariencia (mandíbula cuadrada, cuerpo simétrico, buen trabajo, firme apretón de manos, VISA platino) puede hacer en realidad mala pareja genética con una mujer en concreto. De ahí que la mujer (y, en última instancia, su hijo) pueda beneficiarse de «probar muchos hombres» y dejar que sea su cuerpo el que decida de quién será el esperma que la fertilice. Su cuerpo, en otras palabras, puede disponer de mejor información que su mente consciente.

De modo que, en términos reproductivos, la «adecuación» de nuestros antepasados prehistóricos machos no se decidía en el mundo social exterior, donde, según las teorías convencionales, los hombres competían por el estatus y la riqueza material. La paternidad se resolvía más bien en el mundo interior del tracto reproductivo femenino, equipado con mecanismos para elegir entre padres potenciales a un nivel celular. No estará de más tenerlo presente la próxima vez que leamos algo del estilo de «la predisposición hacia las posiciones influyentes, la riqueza y el prestigio son simplemente expresión del posicionamiento masculino de cara a acceder a mujeres con las que aparearse», o «lo que está en disputa en la competencia entre hombres son los recursos que las mujeres necesitarán para criar a sus hijos».26 Es muy posible que esto sea aplicable a la mayor parte de la gente hoy en día, pero nuestro cuerpo sugiere que para nuestros ancestros el panorama era totalmente distinto.

Más que como un *sprint* hacia el óvulo, la competencia espermática hay que entenderla como una carrera de obstáculos. Aparte de los leucocitos antiespermáticos antes mencionados, existen impedimentos anatómicos y fisiológicos en la vagina, en el cuello del útero y en la superficie del propio óvulo. La complejidad del cuello del útero humano sugiere que evolucionó para filtrar el espermatozoide de varios hombres. Refiriéndose a los macacos (monos sumamente promiscuos) y al ser humano, dice Dixon: «En el género *Macaca*, a la totalidad de cuyas especies se atribuyen sistemas de apareamiento multimacho-multi-hembra, el cuello del útero presenta una estructura especialmente compleja. [...] Las evidencias relativas a la hembra humana y a la del macaco — prosigue — indican que el cuello del útero sirve a un tiempo como mecanismo de filtrado y como depósito temporal de espermatozoides en el curso de su migración hacia el útero».27 Al igual que el complejo pene y los testículos externos del hombre, el sofisticado diseño del filtrado en el cuello del útero de la mujer apunta a que nuestros ancestros eran promiscuos.

La idea de que la elección femenina (consciente o no) puede tener lugar *después de o durante* el acto sexual más que como parte de un elaborado ritual de cortejo precopulatorio pone patas arriba el discurso convencional. Si, a lo largo de su evolución, el sistema reproductor de la mujer ha desarrollado intrincados mecanismos para filtrar y rechazar los espermatozoides de según qué hombres y ayudar en cambio a los de aquellos otros que cumplen unos requisitos de los que ella no es consciente en absoluto, la «hembra reticente» de Darwin empieza a aparecérsenos como lo que es: una anacrónica fantasía masculina.

Pero es posible que Darwin, aunque nunca las manifestara, albergara sospechas sobre los mecanismos poscopulatorios de la selección sexual. En 1871, cualquier discusión sobre el comportamiento sexual humano o las implicaciones evolutivas de nuestra morfología genital habría suscitado una polémica mayúscula, por no decir un escándalo. No hay más que imaginar, como hace Dixon, «qué habría ocurrido si *El origen del hombre* hubiera incluido una exposición detallada de la

evolución del pene y los testículos, o descripciones de las diversas posturas y pautas copulatorias empleadas por animales y seres humanos».28

Nadie puede reprocharle a Darwin que no incluyera ningún capítulo sobre la evolución del pene y la vagina en una obra que ya era explosiva de por sí. Pero, después de un siglo y medio, ya va siendo hora de que el decoro y los prejuicios culturales dejen ya de sofocar los hechos científicos. Según Meredith Small, el discurso sobre el papel que desempeña la mujer en la concepción es una miniatura del modelo general. Esta investigadora considera que la noción popular de la concepción es «una alegoría trasnochada de la sexualidad humana» que reserva el papel protagonista a un macho «agresor, seductor y conquistador». Las investigaciones más recientes sobre la fertilización humana apuntan a una cierta inversión de los papeles. Small sugiere que el óvulo «sale al encuentro de un espermatozoide y lo envuelve». «La biología femenina — concluye —, incluso en la interacción entre óvulo y espermatozoide, no determina necesariamente una actitud dócil.»29

Además de un óvulo envolvente, un cuello del útero que filtra espermatozoides o los favorece, y unas contracciones vaginales capaces de expulsar el espermatozoide de un hombre pero propulsar el de otro, hay que tener en cuenta el orgasmo femenino, que provoca cambios en la acidez vaginal. Parece ser que tales cambios ayudan a los espermatozoides del afortunado que provoca el orgasmo. El entorno de la entrada del cuello del útero tiende a ser muy ácido, y, por tanto, hostil para los espermatozoides. El pH alcalino del semen protege las células espermáticas en ese medio durante algún tiempo, pero es una protección pasajera; una vez en el interior de la vagina, la mayoría de los espermatozoides sólo son viables durante unas pocas horas, pero los cambios de acidez producen alteraciones en el entorno vaginal que pueden favorecer el espermatozoide que llega con el orgasmo de la mujer.

Los beneficios pueden ser mutuos. Investigaciones recientes sugieren que las mujeres que no usan condón tienen menos probabilidades de sufrir depresiones que las que o bien sí lo usan o bien no son sexualmente activas. Un primer estudio que el psicólogo Gordon Gallup rea-

lizó a partir de una muestra de 293 mujeres (confirmado por otro, aún pendiente de publicación, realizado a partir de una muestra de 700), concluía que la mujer puede desarrollar una «dependencia química» de la euforia que le producen la testosterona, los estrógenos, las prostaglandinas y otras hormonas que contiene el semen. Esos agentes químicos se incorporan al flujo sanguíneo de la mujer a través de la pared vaginal.³⁰

Si es cierto que el apareamiento múltiple ha sido común a lo largo de la evolución humana, entonces cobra sentido el aparente desajuste entre la reacción orgásmica del hombre, relativamente rápida, y la respuesta supuestamente «retardada» de la mujer (advírtase que la reacción femenina es «retardada» únicamente si se da por sentado que la masculina llega «puntual»). El rápido orgasmo del hombre disminuye el riesgo de que la pareja sea interrumpida por predadores o por otros hombres (¡la supervivencia del más rápido!), mientras que la mujer y su hijo saldrían beneficiados al ejercer cierto control preconsciente sobre cuál de los espermias podría tener más probabilidades de fertilizar el óvulo.

La prolactina y las demás hormonas liberadas durante el orgasmo parecen desencadenar reacciones muy distintas en hombres y mujeres. Mientras que el hombre suele necesitar un periodo refractario (o de recuperación) prolongado inmediatamente después del orgasmo (y quizá también un bocadillo y una cerveza) —dejando así el camino libre a otros hombres—, muchas mujeres son capaces, y están deseosas, de continuar con su actividad sexual después de un primer orgasmo «introdutorio».

Merece la pena insistir en que las especies de primate con hembras orgásmicas tienden a ser promiscuas. Lo cual resulta extremadamente significativo, si tenemos en cuenta que sus pautas de apareamiento son increíblemente variadas —incluso si nos ceñimos sólo a los simios—. Mientras que es insólito sorprender copulando a una pareja de mono-

gamos gibones (sus relaciones sexuales son poco frecuentes y silenciosas), las hembras de chimpancé y de bonobo se desmadran habitualmente y con total desvergüenza. Suelen aparearse con cualquier macho que se les ponga a tiro, y copulan mucho más de lo que exigen las razones reproductivas. Goodall refiere que en Gombe vio que una chimpancé se apareó cincuenta veces en un solo día.

Haciéndose eco del Kamasutra, Sherfey, sin intención alguna de minimizar las implicaciones de ese desajuste entre la capacidad orgásmica de hombres y mujeres, afirma: «El apetito sexual de la mujer y su capacidad copulatoria exceden con mucho a los de cualquier hombre». Y va más lejos: «Se mire por donde se mire, la hembra humana es sexualmente insaciable [...]». En eso, tendrá razón o no; pero es innegable que el diseño del sistema reproductor de la mujer dista mucho de ajustarse a los dictados del discurso convencional, por lo que se impone una revisión radical de la evolución de la sexualidad femenina.

QUINTA PARTE

Los hombres son de África, y las mujeres, de África

¡Cuanto antes aceptemos las diferencias básicas entre hombres y mujeres, antes podremos dejar de discutir sobre el asunto y empezar con el sexo!

Stephen T. Colbert*

El discurso convencional de la evolución sexual humana está impregnado por una idea deprimente: que hombres y mujeres han estado siempre, y siempre estarán, atrapados en un conflicto erótico. La «guerra de los sexos» estaría supuestamente grabada a fuego en nuestra sexualidad, tal como la ha conformado la evolución: los hombres desean tener un montón de amantes sin ataduras, en tanto que las mujeres quieren sólo unas pocas parejas, con cuantas más ataduras, mejor. Si un hombre accede a encadenarse en una relación, nos dice este discurso, pondrá todo su empeño en asegurarse de que su pareja no pone en peligro su inversión genética aceptando, por decirlo así, depósitos de otros hombres.

*Actor y humorista estadounidense que dirige y presenta en televisión una popular parodia de noticiario; el personaje que encarna, autor de la cita, es una sátira de los comentaristas políticos conservadores. (IV. *del t.*)

Puede parecer exagerado, pero no lo es. En su clásico ensayo de 1972 sobre la «inversión parental», el biólogo Robert Trivers observaba: «Se puede, en efecto, tratar a los sexos como si fueran dos especies distintas, y el sexo opuesto constituyera un recurso esencial para la producción y supervivencia del mayor número posible de descendientes». Dicho de otro modo, hombres y mujeres tenemos objetivos tan contrapuestos en lo que respecta a la reproducción que cada uno somos predadores de los intereses del otro. En *The Moral Animal* [El animal moral], Robert Wright se lamenta en estos términos: «Entre hombres y mujeres, la dinámica subyacente básica es la explotación mutua. A veces, parecen concebidos para hacerse desgraciados los unos a los otros».1

No os lo creáis. No estamos concebidos para hacernos desgraciados los unos a los otros. Este punto de vista responsabiliza a la evolución del desajuste entre las inclinaciones de que nos ha dotado y el mundo socioeconómico posagrícola en el que nos hallamos. La afirmación de que los seres humanos somos naturalmente monógamos no sólo es mentira: es una mentira que la mayoría de las sociedades occidentales insisten en que nos sigamos repitiendo unos a otros.

Es innegable que hombres y mujeres somos diferentes, pero que seamos especies distintas, o que procedamos de planetas distintos, o que estemos diseñados para atormentarnos mutuamente ya es mucho decir. De hecho, la naturaleza complementaria de nuestras diferencias da fe de nuestra profunda reciprocidad. Vamos a repasar algunas de las formas en que los intereses, los enfoques y las capacidades sexuales masculinas y femeninas convergen, se entrelazan y se solapan, evidenciando que cada uno de nosotros es un fragmento de una unidad mayor.

Capítulo 20

¿EN QUÉ PIENSA LA MONA LISA?

¿Que me contradigo?
Pues sí, me contradigo.
(Soy vasto, contengo multitudes.)

W a l t W h i t m a n , Canto a mí mismo

Al enfrentarse a los misterios de la mujer, Sigmund Freud, que parecía tener respuesta para todo lo demás, se quedaba en blanco. «Pese a llevar treinta años investigando el alma femenina — escribió —, aún no he conseguido responder [...] a la gran pregunta que nunca ha tenido respuesta: ¿qué quieren las mujeres?»

No es casualidad que lo que la BBC ha llamado «la imagen más famosa de la historia del arte» sea un estudio del inescrutable femenino realizado por un artista varón y homosexual. Desde hace siglos, los hombres se vienen preguntando en qué estaba pensando la Mona Lisa de Leonardo da Vinci. ¿Sonríe? ¿Está enfadada? ¿Decepcionada? ¿Indispuesta? ¿Asqueada? ¿Triste? ¿Cohibida? ¿Excitada? ¿Ninguna de las anteriores?

Probablemente, la respuesta se acerque más a «todas las anteriores». ¿Se contradice? Pues sí, se contradice. La Mona Lisa es vasta. Como todas las mujeres — es más, como todo lo femenino —, refleja todas las fases de la luna. Contiene multitudes.

Nuestro viaje hacia una comprensión más profunda del «alma femenina» comienza en un prado embarrado de la campiña inglesa. A princi-

pios de la década de 1990, el neurocientífico Keith Kendrick y sus colegas intercambiaron las ovejas y las cabras recién nacidas de aquella temporada (las ovejitas se criaron con las cabras adultas, y viceversa). Cuando, al cabo de unos años, los animales alcanzaron la madurez sexual, se los devolvió con los de su propia especie, y se observaron sus pautas de apareamiento. Las hembras se mostraron dispuestas a aparearse con machos de ambas especies indistintamente. Los machos, en cambio, incluso tres años después de haber vuelto junto a los miembros de su propia especie, sólo se apareaban con hembras de la especie con la que se habían criado.¹

Estudios como éste sugieren que el grado de «plasticidad erótica» (versatilidad) de machos y hembras de muchas especies es muy distinto... incluida la nuestra.² Por regla general, el comportamiento sexual de la hembra humana es mucho más maleable que el del macho. La mayor plasticidad erótica de la mujer le permite experimentar más variantes sexuales que el común de los hombres, y su comportamiento sexual es mucho más receptivo a la presión social. Esa mayor plasticidad podría manifestarse en cambios en el objeto de su deseo, cambios en la intensidad de su deseo, y cambios en el modo de expresar su deseo. En su juventud, los hombres pasan por un breve periodo durante el que su sexualidad es como la cera caliente, lista para que se le dé forma: pero esa cera enseguida se enfría y se solidifica, y conserva su impronta para siempre. En el caso de las mujeres, al parecer, la cera permanece blanda y maleable a lo largo de toda su vida.

Esta mayor plasticidad erótica parece manifestarse en las reacciones de las mujeres — más holísticas que las de los hombres— a los pensamientos e imágenes sexuales. En 2006, la psicóloga Meredith Chivers organizó un experimento en el que mostraba una serie variada de vídeos de contenido sexual a hombres y mujeres tanto heterosexuales como homosexuales. Los vídeos abarcaban un amplio abanico de posibles configuraciones eróticas: hombre/mujer, hombre/hombre, hombre solo masturbándose, mujer sola masturbándose, un tipo musculoso paseando desnudo por la playa, y una mujer atlética haciendo ejercicio

desnuda. A modo de guinda, incluyó asimismo un corto de bonobos apareándose.³

Mientras los sujetos eran bombardeados por esa avalancha de erotismo variopinto, podían indicar mediante un teclado el grado de excitación que sentían. Además, tenían los genitales conectados a un pletismógrafo. «Pero ¿eso no es ilegal?», se preguntará el lector. No, un pletismógrafo no es un instrumento de tortura (ni tampoco un dinosaurio). Es un aparato que medía el flujo sanguíneo de sus genitales, un indicador infalible de si el cuerpo se está preparando para el amor. Podríamos considerarlo un detector de mentiras erótico.

¿Qué descubrió Chivers? Los hombres, tanto homosexuales como heterosexuales, eran predecibles. Les «ponía» lo que era de esperar. Los heterosexuales reaccionaban ante todo lo que incluyera mujeres desnudas, y las imágenes en que sólo aparecían hombres los dejaban fríos. Igual de sistemática y coherente, aunque en los términos contrarios, fue la respuesta de los homosexuales. Y tanto unos como otros confirmaban con el teclado lo que su flujo sanguíneo genital indicaba. Al parecer, los hombres sí son capaces de pensar con las dos cabezas a la vez, siempre y cuando ambas estén pensando lo mismo.

Las mujeres, por su parte, fueron la viva imagen de la inescrutabilidad. Independientemente de su orientación sexual, la mayoría hacían vibrar la aguja del pletismógrafo prácticamente con todo lo que veían. Ya contemplaran hombres con hombres, mujeres con mujeres, al tipo de la playa, a la chica en el gimnasio o a los bonobos en el zoo, su flujo sanguíneo genital aumentaba. Pero, a diferencia de los hombres, muchas de las mujeres declaraban (vía el teclado) que aquello no las excitaba. Como comentaba Daniel Bergner en un artículo sobre el estudio publicado en *The New York Times*, «en el caso de las mujeres [...] la cabeza y los genitales apenas parecían pertenecer a la misma persona».⁴ Mientras veían tanto a las lesbianas como a la pareja de gais, el flujo sanguíneo vaginal de las mujeres heterosexuales indicaba una excitación mayor de la que admitían con el teclado. Viendo los intercambios sexuales a la vieja usanza, sin florituras, de una pareja heterosexual,

cambiaban las tornas y declaraban mayor excitación de la que su cuerpo indicaba. Y tanto las heterosexuales como las lesbianas afirmaban que el sexo entre bonobos no despertaba en ellas prácticamente ninguna respuesta, pero, una vez más, su reacción corporal sugería que tampoco las dejaba indiferentes.

Esta disparidad entre lo que esas mujeres experimentaban físicamente y lo que percibían de forma consciente es exactamente lo que predice la teoría de la distinta plasticidad erótica. Es muy posible que el precio a pagar por la mayor flexibilidad erótica de las mujeres sea una mayor dificultad para saber lo que sienten y, según cuáles sean las restricciones culturales que rigen su entorno, también para aceptarlo. No está de más tener esto en cuenta a la hora de preguntarnos por qué tantas mujeres declaran sentir falta de interés por el sexo o experimentar dificultades para alcanzar el orgasmo.*

Y si el lector no está ya lo suficientemente confundido, considere también los resultados de un estudio efectuado por el psiquiatra Andrey Anokhin y su equipo, que indicaban que las imágenes eróticas suscitan en el cerebro de las mujeres una reacción significativamente más rápida e intensa que imágenes placenteras o intimidatorias sin contenido sexual. Mostraron a 264 mujeres una serie de imágenes ordenadas aleatoriamente que incluían desde un perro gruñendo hasta escenas de esquí acuático pasando por las efusiones amorosas de una pareja semidesnuda. El cerebro de las mujeres respondía aproximadamente un 20% más rápido a las imágenes eróticas que a cualquier otra. Esta prontitud en la reacción era lo previsto en el caso de los hombres, pero los resultados en el caso de las mujeres, supuestamente menos visuales y libidinosas, sorprendieron a los investigadores.⁵

El cerebro femenino está lleno de tales sorpresas. Un equipo de investigadores holandeses escanearon mediante tomografía de emisión de positrones (TEP) el cerebro de trece mujeres y once hombres en pleno

*Esta disparidad es igualmente relevante para el estudio de los celos que exponíamos en el capítulo 10.

orgasmo. Pese a que la brevedad del orgasmo masculino hacía difícil obtener lecturas fiables, detectaron un aumento de la actividad en el córtex somatosensorial secundario (asociado a las sensaciones genitales) que coincidía con sus previsiones. En cambio, el cerebro de las mujeres desconcertó a los científicos: al parecer, durante el orgasmo entra en modo de reposo. El discretísimo aumento de actividad cerebral que mostraba el cerebro de las damas se localizaba en el córtex somatosensorial primario, que registraba la presencia de sensaciones, pero no de un especial entusiasmo. «En las mujeres, la sensación primaria está ahí — explicaba uno de los investigadores—, pero no el marcador de que se le atribuya mayor relevancia. Para los hombres, el tacto mismo es importantísimo. Para las mujeres, no tanto.»⁶

Toda mujer sabe que su ciclo menstrual puede afectar profundamente a su erotismo. Un equipo de investigadores españoles ha confirmado que las mujeres experimentan sensaciones más intensas de atracción y deseo cuando están cerca de la ovulación, y otros han constatado que durante esos días se sienten más atraídas por rostros de corte viril, mientras que cuando no son fértiles prefieren a hombres de rasgos menos rotundos.⁷ Dado que la píldora anticonceptiva afecta al ciclo menstrual, no sorprende que pueda afectar igualmente a las pautas de atracción de la mujer. El investigador escocés Tony Little comprobó que la valoración que las mujeres hacían de los hombres como maridos potenciales variaba cuando estaban tomándola. Little considera que las consecuencias sociales de su hallazgo podrían ser tremendas: «Si una mujer elige a su pareja mientras está tomando la píldora y luego deja de tomarla para quedarse embarazada, sus preferencias, dictadas por las hormonas, cambian, y podría descubrir que se ha casado con el tipo de hombre equivocado».⁸

La preocupación de Little no está fuera de lugar. En 1995, Claus Wedekind, biólogo e investigador suizo, publicó los resultados de lo que ahora se conoce como «el experimento de las camisetas sudadas». Pidió a unas cuantas mujeres que olieran las camisetas que un grupo de hombres habían llevado durante varios días sin ducharse ni usar jabo-

nes o perfumes. Wedekind concluyó —y estudios posteriores lo han confirmado— que la mayoría de ellas se sentían atraídas por el olor de aquellos hombres cuyo complejo de histocompatibilidad mayor (MHC, por sus siglas en inglés) difería del suyo propio.⁹ Dicha preferencia tiene mucho sentido desde un punto de vista genético, ya que el MHC indica el campo de inmunidad a distintos patógenos. Los niños nacidos de padres con inmunidades distintas tienen más probabilidades de beneficiarse de una respuesta inmune más amplia y robusta.

El problema es que las mujeres que toman la píldora parecen no mostrar la misma receptividad a esas pistas del olor masculino. En el experimento de Wedekind, esas mujeres elegían las camisetas de los hombres al azar, o, lo que es peor, manifestaban preferencia por hombres con un perfil inmunitario similar al suyo.¹⁰

Considérese lo que esto implica. Muchas parejas se conocen mientras ella está tomando la píldora. Salen durante un tiempo, se gustan mucho y al final deciden casarse y formar una familia. Ella deja de tomar la píldora, se queda embarazada, y tiene un hijo. Pero sus reacciones hacia su pareja cambian. Hay algo en él que la irrita, algo que le había pasado desapercibido hasta entonces. Puede ocurrir que ya no le encuentre sexualmente atractivo. Pero a su libido no le pasa nada. Se sonroja cada vez que tiene a su instructor de tenis lo bastante cerca como para olerle. Puede que su cuerpo, libre de la mordaza de los efectos de la píldora, le diga ahora que su marido (que sigue siendo el gran partido con el que se casó) no es una buena pareja genética para ella. Pero ya es demasiado tarde. Echan la culpa de todo a la presión del trabajo, al estrés de la paternidad, o se culpan el uno al otro...

Los hijos de esta pareja, que sin querer ha pasado por alto una prueba fundamental de compatibilidad biológica, pueden correr considerables riesgos de salud, desde falta de peso al nacer hasta debilitamiento de su sistema inmunológico.¹¹ ¿Cuántas parejas en situación semejante se sienten culpables por haber «fracasado» de algún modo? ¿Cuántas familias se rompen a consecuencia de esta secuencia de acontecimientos tan habitual, trágica e insospechada?¹²

El psicólogo Richard Lippa, en colaboración con la BBC, efectuó un estudio sobre la intensidad del impulso sexual y sus repercusiones en el deseo a partir de un grupo de 200.000 personas de todas las edades procedentes de países de todo el mundo.¹³ Los resultados revelaron la misma inversión entre la sexualidad masculina y la femenina: entre los hombres, tanto gais como heterosexuales, cuanto mayor era el impulso sexual, mayor era también la especificidad de su deseo. En otras palabras, los tíos con un impulso sexual más intenso tienden a estar interesados más exclusivamente en las mujeres, si son heterosexuales, y más exclusivamente en los hombres, si son gais. Pero entre las mujeres — o al menos entre las mujeres declaradamente heterosexuales— ocurre lo contrario: cuanto mayor es su impulso sexual, más fácil resulta que se sientan atraídas tanto por hombres como por mujeres. Las lesbianas mostraban el mismo patrón que los hombres: a mayor intensidad del impulso sexual, más se centraban exclusivamente en mujeres. Quizás esto explique por qué hay casi el doble de mujeres que se consideran bisexuales que de hombres, mientras que son sólo la mitad las que se consideran estrictamente homosexuales.

Quienes sostengan que esto sólo significa que los hombres son más dados a representar una bisexualidad humana universal harían bien en considerar los escáneres cerebrales por resonancia magnética funcional que el sexólogo Michael Bailey realizó a un grupo de hombres integrado tanto por gais como por heterosexuales mientras veían fotos pornográficas. Reaccionaban como tienden a hacerlo los hombres: de forma simple y directa. A los homosexuales les gustaban las fotos de hombres con hombres, mientras que a los heterosexuales les ponían las fotos en que salían mujeres. Bailey buscaba la activación de zonas cerebrales asociadas a la inhibición para averiguar si sus sujetos estaban negando una tendencia bisexual. Nada de nada. Ni los gais ni los heterosexuales mostraron una activación inusual de esas zonas mientras veían las fotos. Otros experimentos, realizados utilizando imágenes subliminales, produjeron resultados similares: gais, hombres heterosexuales y lesbianas

reaccionaban todos en consonancia con su orientación sexual, mientras que las mujeres nominalmente heterosexuales («contengo multitudes») reaccionaban positivamente a casi todo. Es la forma en que estamos programados, no el producto de la represión o la negación.¹⁴

Naturalmente, no es difícil dar con indicios de represión en el curso de la investigación sexual. Los hay en abundancia. Por ejemplo, uno de los misterios tradicionales de la sexualidad humana es que los hombres heterosexuales tienden a declarar que han tenido más encuentros sexuales y parejas que las mujeres heterosexuales: una imposibilidad matemática. Los psicólogos Terry Fisher y Michele Alexander decidieron estudiar más detenidamente las declaraciones de la gente respecto a la edad en que tuvieron su primera experiencia sexual, al número de parejas y a la frecuencia de su actividad sexual.¹⁵ Para efectuar las pruebas, Fisher y Alexander establecieron tres situaciones en condiciones diferentes:

1. Se hacía creer a los sujetos que los investigadores, que esperaban fuera, ante la puerta de la habitación, podían ver sus respuestas.
2. Los sujetos podían responder a las preguntas en privado y de forma anónima.
3. A los sujetos se les colocaban electrodos en la mano, el brazo y el cuello, y creían (erróneamente) que estaban conectados a un detector de mentiras.

Las mujeres que pensaban que sus respuestas podían ser vistas declararon una media de 2,6 parejas (todos los sujetos eran estudiantes universitarios de menos de 25 años); las que creían que sus respuestas eran anónimas declararon 3,4; mientras que las que estaban convencidas de que las descubrirían si mentían declararon por término medio 4,4 parejas. Es decir, que las mujeres, si pensaban que no colarían las mentirijillas, admitían un 70% más de parejas sexuales. Pero las respuestas de los hombres apenas variaban en las distintas situaciones. Los investigadores de la sexualidad, los médicos y los psicólogos (así como

los padres) deben tener presente que la respuesta de las mujeres a ese tipo de preguntas puede depender de cuándo, dónde y cómo se formulen, y también de quién las haga.

Si es cierto que la sexualidad de las mujeres es mucho más contextual que la de la mayoría de los hombres, quizá debiéramos repensar a fondo lo que creemos saber sobre el tema. Aparte de la distorsión producida por el factor sesgado de la edad que ya hemos comentado (¿son representativas las veinteañeras?), ¿qué fiabilidad tienen las respuestas de mujeres que responden a una serie de preguntas en el frío escenario de un aula o un laboratorio? ¿Cómo cambiaría nuestra comprensión de la sexualidad femenina si George Clooney distribuyera los cuestionarios a la luz de las velas y los recogiera tras una copa de vino en el *jacuzzi*?

La sexóloga Lisa Diamond pasó más de una década estudiando el flujo y el reflujo del deseo femenino. En su libro *Sexual Fluidity* [Fluidez sexual], observa que muchas mujeres consideran que les atraen más las personas concretas que su sexo. Las mujeres, en opinión de Diamond, responden tan intensamente a la intimidad emocional que su orientación sexual innata puede verse fácilmente desbordada. Chivers está de acuerdo: «Físicamente, las mujeres no parecen hacer diferencias en función del sexo en sus respuestas sexuales; por lo menos, no las mujeres heterosexuales».

Según parece, cuando se miran en el espejo, muchas mujeres ven a la Mona Lisa devolviéndoles la mirada.

¿Qué efectos prácticos tiene esta diferencia fundamental de plasticidad sexual? De entrada, sería de esperar que el comportamiento bisexual situacional se diera mucho más entre las mujeres que entre los hombres. Diversos estudios sobre parejas heterosexuales que practican el sexo en grupo o los intercambios admiten que es corriente que en esas situaciones las mujeres practiquen el sexo con otras mujeres, pero que los hombres casi nunca lo hacen con otros hombres. Además —aunque seríamos los últimos en sugerir que la cultura popular es un indicador fiable de la sexualidad humana innata—, probablemente sea

significativo que las escenas de mujeres besándose se hayan convertido rápidamente en algo aceptable por el gran público, mientras que la representación de hombres besándose en el cine o la televisión sigue siendo infrecuente y polémica. Es muy probable que, a la mañana siguiente de su primera experiencia erótica homosexual, la mayoría de las mujeres se despierte pensando no tanto en revisar, presa del pánico, su identidad sexual, sino más bien en dónde estará el café. Para la mayoría de ellas, la esencia de la sexualidad parece incluir la libertad de cambiar al tiempo que cambia la vida a su alrededor.

Después de todo, en la complejidad de la Mona Lisa hay una simplicidad liberadora que al parecer a Freud se le pasó por alto. La respuesta a su pregunta no podía ser más sencilla, si bien contiene multitudes. ¿Qué quieren las mujeres? Depende.

Capítulo 21

EL LAMENTO DEL PERVERTIDO

Las parafilias no tienen una presencia universal en las sociedades humanas; su incidencia podría reducirse en gran medida si la tolerancia y la educación en materia de sexo estuvieran más generalizadas. Ésta es un área de la investigación sexual de suma importancia, pero socialmente sensible.

Alan Dixon¹

Mientras que a muchas mujeres las libera su flexibilidad erótica, los hombres pueden verse atrapados por la rigidez de su respuesta sexual, como los machos de oveja y de cabra de los que hemos hablado. Una vez fijado, el erotismo masculino tiende a conservar su perfil a lo largo de toda la vida, como cemento fraguado. En consecuencia, la teoría de la plasticidad erótica predice que las parafilias (deseos y comportamientos sexuales anormales) deberían darse con mucha más frecuencia entre los hombres que entre las mujeres, que presuntamente serían más receptivas a las presiones sociales y tendrían más facilidad para abandonar inclinaciones anteriores o ignorar apetencias indecorosas. La práctica totalidad de las evidencias respaldan esta predicción. La mayoría de los investigadores y terapeutas convienen en que esos apetitos sexuales infrecuentes se dan casi exclusivamente en hombres, parecen estar relacionados con una impronta temprana y son difíciles, si no imposibles, de modificar una vez que esas improntas de la infancia se han solidificado en anhelos adultos.

Los tratamientos puramente psicológicos de las parafilias y la pedofilia han tenido escaso éxito. Los tratamientos más efectivos para esta última tienden a basarse en enfoques biológicos (terapia hormonal, cas-

tración química). Superada la edad de la maleabilidad, los hombres parecen quedar atrapados en cualquier impronta que hayan recibido: látex o cuero, S. o M., ovejas o cabras.* Si las influencias recibidas durante esta «ventana de desarrollo» son deformantes y destructivas, un muchacho puede convertirse en un adulto con el deseo inalterable, casi invencible, de reproducir las mismas pautas con otros. La pedofilia ritualizada y generalizada en la Iglesia católica parece ser un ejemplo excelente de este proceso (al igual que el secular intento por parte de la institución de encubrir el asunto). Recordemos la famosa cita de Schopenhauer: *Mensch kann tun ivas er will; er kann aber nicht wollen was er will* [«se puede elegir lo que se hace, pero no lo que se quiere»]. El deseo, y, en particular, el deseo masculino, es notoriamente impermeable al dictado religioso, la penalización legal, la presión familiar, el instinto de supervivencia o el sentido común. Aunque hay algo a lo que sí responde: a la testosterona.

Un hombre que padecía un trastorno hormonal que le dejó prácticamente sin testosterona durante cuatro meses comentó su experiencia (anónimamente) en una entrevista en la radio. «[Sin testosterona] —decía— perdí todo aquello que sentía que me identificaba. Mi ambición, mi interés por las cosas, mi sentido del humor, las inflexiones de mi voz. [...] Con la introducción de testosterona, volvió todo.» A la pregunta de si había encontrado alguna ventaja al hecho de estar desprovisto de la hormona, respondió: «Hay aspectos de mi personalidad que encuentro desagradables que quedaron desactivados durante ese tiempo. Y me gustaba verme libre de ellos. [...] Abordaba a la gente con una humildad que nunca había manifestado hasta entonces». Pero, haciendo balance, estaba feliz de haberla recuperado, porque «sin testosterona, no hay deseo».

Griffm Hansbury, que nació mujer pero se sometió a una operación de cambio de sexo después de licenciarse en la universidad, también

*Con esto, no queremos decir que los fetichismos sean parafilias, sino que pueden originarse en experiencias similares.

tiene una visión bien informada de los poderes de la testosterona. «El mundo cambia radicalmente — dice—. La sensación más abrumadora fue el increíble aumento de la libido y el cambio en mi percepción de las mujeres.» Con anterioridad a los tratamientos hormonales, confesaba Hansbury, cuando veía a una mujer atractiva por la calle, pensaba: «Es atractiva. Me gustaría conocerla». Pero, después de las inyecciones, se acabaron los pensamientos. Cualquier rasgo atractivo de una mujer — «unos tobillos bonitos o lo que fuera»— bastaba, explica, «para inundar mi cabeza con un torrente de agresivas imágenes pornográficas, una detrás de otra». Y añadía: «Todo lo que miraba, todo lo que tocaba se convertía en sexo». «Me sentía como un monstruo gran parte del tiempo — concluía—. Me hizo comprender a los hombres. Me hizo comprender mucho mejor a los chicos adolescentes.»²

Tampoco hace falta someterse a una operación de cambio de sexo para comprender que muchos chicos adolescentes tienen una obsesión desenfrenada por el sexo. Cualquiera que haya intentado dar clase a un puñado de ellos, o que haya tratado de criar a uno, o que simplemente recuerde los deseos turbulentos que sentía a esa edad, sabrá que la expresión «envenenamiento por testosterona» no siempre se usa en sentido irónico. Para una mayoría de adolescentes varones, la vida a menudo parece (y es) violenta, frenética y salvaje.

Que la testosterona y demás hormonas masculinas asociadas a ella están disparadas a sus niveles más altos entre la pubertad y los veintipocos años lo confirman innumerables estudios. Aquí se da otro conflicto brutal entre lo que dicta la sociedad y lo que reclama la biología. Cuando a un joven el cuerpo le está pidiendo a gritos: «¡SEXO, YA!», muchas sociedades le insisten en que ignore ese impulso permanente y canalice esa energía hacia otras metas, ya sea el deporte, los estudios o la aventura militar.³

Al igual que otros intentos de bloquear dictados biológicos que no pueden ignorarse, éste ha sido un desastre multisecular. Los niveles de testosterona están en relación directa con la probabilidad de que un (o una) joven se meta en líos.⁴ En Estados Unidos, el suicidio entre los

adolescentes varones es cinco veces más probable que entre las chicas de la misma edad. El suicidio es la tercera causa de mortalidad entre los estadounidenses de 15 a 25 años, y el índice de suicidios de los chicos adolescentes duplica como mínimo el de cualquier otro grupo demográfico. Abundando en la impresión de que la represión sexual está detrás de esta desesperación tan extendida, un estudio gubernamental concluyó que los jóvenes homosexuales tienen entre dos y tres veces más probabilidades de suicidarse que los heterosexuales.⁵

Las páginas web y las conferencias bienintencionadas rara vez mencionan, si es que alguna vez lo hacen, la frustración sexual desgarradora entre las causas posibles de esas conductas adolescentes destructivas. Pese a la omnipresencia de vallas publicitarias que exhiben modelos apenas púberes semidesnudos, una gran parte de la sociedad norteamericana rechaza categóricamente cualquier insinuación de que la actividad sexual pueda comenzar antes de lo que la ley permite.⁶

En 2003, Genarlow Wilson, un estudiante brillante de 17 años que era además rey de la fiesta de bienvenida a los exalumnos de su instituto, fue sorprendido practicando sexo oral consentido con su novia, que aún no había cumplido los 16. Fue condenado por abuso de menores con agravantes, sentenciado a pasar un mínimo de diez años en una cárcel de Georgia y obligado a inscribirse de por vida en el registro de delincuentes sexuales. Si, en vez de llevarse a la boca lo que no debían, Wilson y su novia hubieran hecho el amor como está mandado, su «delito» se habría quedado en una falta punible con un máximo de un año de prisión y que no se asocia con ese estatus de delincuente sexual.⁷

El año anterior, Todd Senters se grabó en vídeo practicando sexo consentido con su novia, que sí tenía ya la edad legal para consentirlo. Nada que objetar, ¿verdad? Pues no, mentira: según la ley estatal de Nebraska, aunque el sexo en sí era perfectamente legal, grabarlo constituía un delito de «producción de pornografía infantil». La joven, de 17 años, podía legalmente practicar el sexo, pero cualquier imagen en la que apareciera haciéndolo era ilegal. Qué cosas, ¿no?

Adolescentes de todo el país se están buscando serios problemas legales desde que se ha puesto de moda el llamado *sexting* (contracción de *texting* — enviarse mensajes de texto — y *sex*): se sacan fotos más o menos subidas de tono y se las envían a un amigo o amiga. Sólo que, en muchos estados, esos crios pueden ir a la cárcel (donde los abusos sexuales están a la orden del día) por fotografiar su propio cuerpo (producción de pornografía infantil) y compartir las fotos (distribución de pornografía infantil). Les están obligando a inscribirse en el registro de delincuentes sexuales pese a que son ellos mismos las «víctimas» de sus propios «delitos».8

¿Simplemente di «no»?*

Una encuesta realizada en 2005 a 12.000 adolescentes reveló que los que habían hecho voto de permanecer vírgenes hasta el matrimonio eran *más* proclives a practicar el sexo oral y anal con otros adolescentes, tendían *menos* a usar condón y tenían las mismas probabilidades de contraer enfermedades de transmisión sexual que los que manifestaban sin recato su falta de predisposición hacia la abstinencia. Los resultados del estudio indicaban asimismo que el 88 % de los primeros confesaban no haber sido capaces de cumplir su voto.9

Si la fuente de tanta frustración, confusión e ignorancia fuera en gran parte nuestra relación distorsionada con la sexualidad humana, las sociedades con planteamientos menos conflictivos deberían confirmar esa relación causal. Según conclusiones del neuropsicólogo del desarrollo James Prescott, placer físico y violencia tienen una relación de exclusión mutua: la presencia de uno de los factores inhibe el desarrollo del

**Just Say No*, famoso eslogan de una campaña de prevención del uso de drogas entre los jóvenes estadounidenses promovida por Nancy Reagan a finales de la década de 1980, ha sido utilizado posteriormente por organizaciones conservadoras y religiosas para persuadir a la juventud, y, en particular, a las adolescentes, de las bondades de llegar virgen al matrimonio. (IV. *del t.*)

otro. En 1975, Prescott publicó un trabajo en el que sostenía que «determinadas experiencias sensoriales durante las fases formativas del desarrollo, en etapas posteriores de la vida, crean una predisposición neuropsicológica a comportamientos que buscan o bien la violencia o bien el placer». Esta conclusión parece evidente en lo que se refiere al desarrollo individual: los adultos que abusan de los niños acostumbran a ser víctimas de abuso infantil, y todos los propietarios de desguaces saben que, para tener un perro guardián violento, hay que pegarle de cachorro.

Prescott aplicó esa lógica a un plano transcultural. Llevó a cabo un metaanálisis de los datos que había recogido previamente sobre la cantidad de afecto físico que recibían los niños pequeños (años de amantamiento, porcentaje de tiempo que pasaban en contacto físico directo con la madre, interacción con otros adultos, ya fuera jugando o recibiendo sus caricias) y la tolerancia general a la actividad sexual adolescente. Tras comparar esos datos con los niveles de violencia que se observaban tanto en el seno de distintas sociedades como en la relación entre ellas, Prescott concluyó que, en todas las sociedades de las que se disponía de datos salvo una (48 de 49), «la privación de placer corporal a lo largo de la vida —y, en particular, durante los periodos formativos de la infancia y la adolescencia— está muy directamente relacionada con el nivel de conflicto bélico y violencia interpersonal». En las culturas que no interfieren en el desarrollo de un vínculo físico entre madre e hijo ni prohíben la expresión de la sexualidad adolescente se dan niveles de violencia muy inferiores tanto entre individuos como entre sociedades.¹⁰

Mientras la sociedad norteamericana adopta posturas que ningún maestro de yoga conseguiría reproducir (¿Britney Spears, con su imagen virginal, salía por televisión bailando agarrada a una barra de *strip-tease*?), otras sociedades ritualizan e intentan estructurar la sexualidad adolescente de forma positiva. En Mangaia se anima a los jóvenes de ambos sexos a que tengan relaciones sexuales entre ellos, poniendo un énfasis especial en que los varones aprendan a controlarse y se enorgu-

llezcan del placer que puedan proporcionar a una mujer. Los muria, del centro de la India, montan dormitorios para adolescentes (llamados *ghotuls*) donde los jóvenes son libres de dormir juntos, lejos de los padres y sus posibles preocupaciones. En el *ghotul*, se anima a los adolescentes a experimentar con distintas parejas, ya que se considera poco prudente atarse a una sola en esa etapa de la vida.¹¹

Si admitimos que nuestra especie está diseñada —y que siempre lo ha estado— para llevar una vida intensamente sexual y que los adolescentes varones están especialmente dotados para la acción, ¿por qué habría de sorprendernos que la represión de ese impulso primario produzca estallidos de frustración destructiva?

La guía Kellogg del abuso infantil

En un discurso que pronunció en 1879, Mark Twain comentaba: «De todas las formas de actividad sexual, [la masturbación] es la menos recomendable. Como divertimento, es demasiado fugaz; como ocupación, es demasiado cansada; como espectáculo público, no da dinero». ¹² Un cachondo, ese Mark Twain. Pero su humor, además de valiente, daba en el clavo. En la época en que hablaba, buena parte de la cultura occidental estaba embarcada en una esperpéntica guerra secular contra todo asomo de sexualidad infantil, incluida la masturbación.

La despiadada campaña contra el onanismo no era más que un frente en la larga lucha de Occidente contra los «pecaminosos» anhelos inherentes a la sexualidad humana. Ya hemos hablado de la quema de las presuntas brujas por atreverse a afirmar o simplemente a insinuar su erotismo, y de médicos como Isaac Baker Brown, que justificaban intervenciones quirúrgicas bárbaras argumentando que curaban la ninfomanía incipiente. Esto no eran casos excepcionales, como sabía Twain. Siguiendo los consejos de eminentes «expertos» como John Harvey Kellogg, muchos padres contemporáneos del autor de *Huckleberry Finn* sometían a sus hijos a maltratos físicos y psicológicos brutales para cor-

tar de raíz cualquier síntoma de sexualidad. Gentes por lo demás muy razonables, aunque confundidas, creían ardientemente que la masturbación era en verdad «el elemento destructor de la sociedad civilizada», en palabras del *New Orleans Medical & Surgical Journal*.

Aunque en su día gozaba de un extendido prestigio como prohombre de la educación sexual, Kellogg se vanagloriaba de no haber mantenido relaciones carnales con su mujer en más de cuarenta años de matrimonio. Eso sí, cada mañana se hacía administrar metódicamente un enema por un apuesto enfermero (medida que debería haber sido innecesaria gracias a sus célebres desayunos de alto contenido en fibra). Como explica John Money en *The Destroying Angel* [El ángel destructor], su ensayo sobre los cruzados pseudocientíficos contra el sexo, hoy en día, a Kellogg probablemente se le diagnosticaría como clismafilico. «[La clismafilia es] una anomalía del funcionamiento sexual y erótico cuyo origen puede remontarse a la infancia y en la que un enema sustituye a la relación sexual ordinaria. El clismafilico — dice Money — percibe la introducción del pene en la vagina como un trabajo ímprobo, peligroso y, posiblemente, repulsivo.»

Como médico, Kellogg consideraba que tenía la autoridad moral para instruir a los padres en la correcta educación sexual de sus hijos. Aquellos que no estén familiarizados con los escritos de Kellogg y de otros como él deben saber que el regodeo con que desdennan el erotismo humano más básico es escalofriante e inconfundible. En su gran éxito de ventas *Plain Facts for Old and Young* [Sencillos hechos para viejos y jóvenes] — escrito en 1888, durante su casta luna de miel —, Kellogg ofrecía a los padres consejo sobre cómo afrontar la natural autoexploración erótica de sus hijos en una sección titulada «El tratamiento del abuso de sí mismos y sus efectos». «Un remedio casi infalible en los niños pequeños — explicaba — es la circuncisión.» Y especificaba: «La operación debería efectuarla el cirujano *sin* administrar anestesia, ya que el breve dolor que acompaña a la operación tendrá un efecto salu-
dable sobre su espíritu, sobre todo si se vincula a la idea de castigo [...]» (la cursiva es nuestra).

Si a los padres no acababa de convencerles eso de circuncidar sin anestesia a un niño que forcejea aterrorizado, Kellogg recomendaba «la aplicación de una o más suturas de plata de modo que prevengan la erección». «Se tira del pellejo, o prepucio, hacia delante — prosigue— cubriendo el glande, y se pasa la aguja, en la que previamente se ha enhebrado el cable, de un lado a otro. Una vez colocado el cable, se enroscan ambos extremos y se cortan muy juntos. Así se hace imposible que se produzca una erección [...]». A los padres se les aseguraba que coser el prepucio de su hijo encerrándole el pene «actúa como un medio eficazísimo para superar la inclinación a recurrir a la práctica [de la masturbación]». ¹³

La circuncisión sigue estando muy extendida en Estados Unidos, aunque su implantación varía mucho según las regiones: entre el aproximadamente 40 % de los recién nacidos circuncidados de los estados del oeste hasta aproximadamente el doble en los del noreste. ¹⁴ La gran difusión de esta práctica, rara vez realizada por necesidades médicas, tiene su origen en las campañas contra la masturbación de Kellogg y otros contemporáneos suyos de la misma cuerda. Como explica Money, «la circuncisión neonatal se coló como quien no quiere la cosa en las salas de partos norteamericanas en las décadas de 1870 y 1880, no por motivos religiosos, sanitarios o de higiene, como suele suponerse, sino por la convicción de que, más adelante, evitaría una irritación que podría acabar convirtiendo al niño en un onanista». ¹⁵

Y, si alguien cree que el único interés de Kellogg era torturar sádicamente a los chicos, debe saber que en el mismo libro nuestro médico recomienda con toda seriedad la aplicación de ácido carbólico al clítoris de las niñas para enseñarles a no tocarse. Kellogg y aquellos coetáneos suyos que pensaban como él demuestran que la represión sexual es «una enfermedad que ve en sí misma el remedio», parafraseando la descalificación que hacía Karl Kraus del psicoanálisis.

La petulante autocomplacencia con que Kellogg defiende la tortura infantil es chocante y perturbadora, pero su política de no dejar a los niños solos ni un instante no es algo excepcional ni se restringe a un pasado lejano. Las medidas contra la masturbación que hemos citado se

publicaron en 1888, pero aún tuvieron que pasar más de ochenta años para que la Asociación Médica Americana declarara, en 1972, que «la masturbación es una parte normal del desarrollo sexual adolescente y no requiere intervención médica». Aun así, la guerra continuó. En tiempos muy recientes — 1994—, la pediatra Joycelyn Elders se vio obligada a dimitir de su cargo de Directora General de Salud Pública de Estados Unidos simplemente por haber declarado que la masturbación «forma parte de la sexualidad humana». El sufrimiento que han causado siglos de guerra contra el onanismo es incalculable. Y una cosa es segura: todo ese sufrimiento, hasta la última gota, ha sido en vano. No ha servido absolutamente de nada.

John Harvey Kellogg, Anthony Comstock y Sylvester Graham (inventor de los Graham Crackers, unas galletitas saladas concebidas específicamente para desincentivar la masturbación, al igual que los Corn Flakes) fueron radicales al plantear sus siniestras campañas contra el erotismo, pero, en su momento, nadie los consideró especialmente excéntricos por ello.¹⁶ Recordemos que Darwin probablemente tenía poca o ninguna experiencia sexual cuando se casó con su prima hermana, un mes antes de cumplir los 30 años, y que Sigmund Freud — el otro coloso de la teoría sexual del siglo xix—, según confesó él mismo, aún era virgen cuando se casó en 1886, también con 30 años. No es de extrañar que tuviera dudas respecto de su sexualidad. Según su biógrafo Ernest Jones, cuando era joven su padre lo amenazaba con cortar el pene si no dejaba de masturbarse obsesivamente.¹⁷

La maldición de Calvin Coolidge

La última vez que intenté hacer el amor con mi mujer, la cosa no tiraba. Así que le dije: «¿Qué pasa, tú tampoco consigues pensar en nadie más?».

Rodney Dangerfield *

* Popular humorista y actor estadounidense. (*N. del t.*)

A los hombres les da igual qué dan en la tele. Lo único que les importa es qué más dan en la tele.

Jerry Seinfeld

Hay una anécdota sobre del presidente estadounidense Calvin Coolidge y una granja de pollos que todo psicólogo evolucionista se sabe de memoria. Va más o menos así: el presidente y su mujer estaban visitando una granja industrial de pollos, allá por la década de 1920. Durante el recorrido, la primera dama preguntó al granjero cómo conseguía producir tantos huevos fértiles con tan sólo unos pocos gallos. El granjero le explicó, muy ufano, que sus gallos cumplían alegremente con su deber docenas de veces al día. «Quizá podría usted mencionárselo al presidente», replicó la primera dama. Coolidge, que alcanzó a oír el comentario, preguntó al granjero: «¿Cada gallo atiende siempre a la misma gallina?». «Ah, no — respondió el granjero — siempre va a una gallina distinta.» «Ya veo — retrucó el mandatario — . Quizá podría usted señalarle este detalle a la señora Coolidge.»

Sea o no cierta la historia, el efecto vigorizante de la diversidad de parejas sexuales ha llegado a conocerse como «el efecto Coolidge». Y, aunque todo parece señalar que a las hembras de algunas especies de primate (incluida la nuestra) también les llama la atención la novedad sexual, el mecanismo subyacente opera de forma distinta para ellas. El efecto Coolidge, en definitiva, suele referirse a los machos de los mamíferos, y se ha observado ya en muchas especies.¹⁸

Pero esto no significa que la única motivación para el sexo de las mujeres sea, como se afirma a menudo, establecer relaciones duraderas. Los psicólogos Joey Sprague y David Quadagno encuestaron a mujeres de entre 22 y 57 años y se encontraron con que, entre las menores de 35, el 61 % afirmaba que, básicamente, su motivación para el sexo era más emocional que física. Pero entre las de más de 35 años, sólo el 38 % manifestó que sus motivaciones emocionales eran más fuertes que el anhelo físico de contacto.¹⁹ En una primera lectura, estos resultados sugieren que las motivaciones de las mujeres cambian con la edad.

Aunque también podría argumentarse que este efecto refleja simplemente que las mujeres sienten menos necesidad de justificarse a medida que maduran.

A quienes viajen por primera vez a Estambul, Bali, Gambia, Tailandia o Jamaica puede que les sorprenda ver a miles de mujeres europeas y estadounidenses de mediana edad acudiendo en tropel a estos lugares en busca de favores sexuales libres de ataduras. Se estima que cada año vuelan a Jamaica unas 80.000 mujeres con intención de «alquilar un rasta».20 El número de japonesas que visitan los *resorts* de Phuket, en las islas de Tailandia, se ha disparado: de menos de 4.000 en 1990 pasó a diez veces más en tan sólo cuatro años, superando con mucho al número de turistas japoneses varones. Cada semana, si no a diario, aterrizan en Bangkok vuelos chárter con pasaje exclusivamente femenino.

En su libro *Romance on the Road* [Romances de viaje], Jeannette Belliveau cataloga docenas de destinos frecuentados por mujeres como ésas. Que una mayoría de jóvenes norteamericanas que han rellenado cuestionarios para sus profesores de psicología encuentre este tipo de comportamiento increíble y bochornoso es a la vez causa y efecto de una ceguera científica y cultural general que impide ver los auténticos contornos de la sexualidad femenina.

Naturalmente, también son muchos los hombres que acuden a las playas de Tailandia en busca de variedad sexual, pero, dado que eso no hace sino confirmar el discurso convencional, parece que carece de importancia. Pero la tiene, y mucha.

Ese tigre no se ha vuelto loco; ¡se ha vuelto tigre! ¿Sabes cuando estaba loco de verdad? ¡Cuando conducía un monociclo con un casco de Hitler en la cabeza!

Chris Rock, hablando de un tigre de circo
que atacó a un domador

Por temperamento, que es la verdadera ley divina, muchos hombres son como cabras, y no pueden evitar cometer adulterio si se les presenta la ocasión; pero son numerosos los que, por temperamento, pueden mantenerse castos y dejar pasar una oportunidad si la mujer carece de atractivo.

Mark Twain, *Cartas desde la Tierra*

Un conocido nuestro, al que llamaremos Phil, podría considerarse un icono viviente del éxito masculino.* Es bien parecido, apenas tiene cuarenta años, y lleva casi veinte casado con Helen, una médica prestigiosa y bellísima. Tienen tres hijas guapas e inteligentes. Phil y un amigo suyo montaron una pequeña empresa de *software* antes de cumplir los treinta y ahora, quince años después, ambos tienen más dinero del que podrán gastar jamás. Hasta hace poco, Phil vivía en una casa enorme y preciosa construida en una colina, con vistas a un valle boscoso. Pero la vida de Phil era, como él mismo dice, «la espera de un desastre que estaba por venir».

El desastre sobrevino cuando Helen descubrió que Phil tenía una aventura con una compañera de trabajo. Como era previsible, se sintió traicionada en lo más hondo, y expresó su furia echándole de casa y negándose incluso a dejarle ver a las niñas hasta que sus abogados hubieran acabado su amarga labor. La vida aparentemente perfecta de Phil se derrumbó.

El humorista Chris Rock dice que «la fidelidad de un hombre depende básicamente de las oportunidades que tenga». El éxito profesional de Phil, su atractivo físico y su encanto personal generaban una sucesión constante de oportunidades sexuales. Muchos lectores varones pensarán: «Pues claro que se acostaba con otra mujer... ¡O con dos! ¡Venga, hombre!». Pero posiblemente las lectoras se dirán: «¡Pues claro que la mujer y las hijas echaron de casa a ese cerdo!».

¿Hay alguna forma de reconciliar estos dos puntos de vista contra-

*Todos los nombres y detalles identificativos son ficticios.

rios acerca de esa situación, más corriente de lo que sería deseable? ¿Qué razones pueden llevar a tantos hombres, por lo demás probadamente inteligentes, afectuosos y prudentes, a arriesgar tanto por tan poco? Por algo tan pasajero y, en última instancia, tan insignificante como una aventurilla sexual, pueden perderlo todo, desde el respeto de sus amigos hasta el amor de sus hijos. ¿En qué estarían pensando? Se lo preguntamos a Phil.

«Al principio — nos dijo —, el sexo era fantástico. Hacía años que no me sentía tan vivo. Creí que me había enamorado de Monica [la otra mujer]. Cuando estaba con ella, todo parecía más intenso, ¿sabéis? La comida sabía mejor, los colores parecían más vivos, tenía mucha más energía. Estaba como colocado todo el rato.»

Cuando le preguntamos si el sexo con Monica era mejor que el que había tenido con Helen, Phil hizo una larga pausa antes de responder. «De hecho — admitió —, ahora que me paro a pensarlo, era mucho mejor con Helen. El mejor que he tenido nunca, en realidad. Al principio, ya sabéis, aquellos primeros años. O sea, con Helen nunca se trataba sólo de sexo. Los dos sabíamos que queríamos pasar juntos toda la vida, así que había algo muy profundo, en fin, un amor y una conexión espiritual como nunca he tenido con nadie más. [...] Aunque ahora Helen diga que me odia, creo sinceramente que esa conexión la tendremos siempre, por mucho que se niegue a reconocerlo.»

¿Qué ocurrió, entonces? «Con los años... ya sabéis lo que pasa... La pasión fue apagándose, y nuestra relación cambió. Nos volvimos amigos... Los mejores amigos del mundo, pero, aun así... Casi como hermanos. No fue culpa suya. Sé que ha sido todo culpa mía, pero ¿qué puedo hacer?» Con lágrimas en los ojos, añadió: «Lo viví como una cuestión de vida o muerte. Quería volver a sentirme vivo. Ya sé que suena ridículo, pero así es como lo sentía».

Phil está en el momento más típico para la llamada «crisis de la mediana edad», que a tantos hombres parece golpear en esta etapa de su vida. Las explicaciones surgen solas: desde las de orden económico (el tío tiene por fin dinero y estatus suficientes para resultar atractivo al

tipo de mujer joven y *sexy* que antes le ignoraba), hasta las que apuntan al pánico existencial (está asumiendo su propia mortalidad a base de arremeter simbólicamente contra el envejecimiento y la muerte que siente que se cierne sobre él), pasando por las que hacen referencia al ciclo vital de la esposa (ella se acerca a la menopausia, y él siente un impulso biológico hacia la fertilidad de mujeres más jóvenes). Puede que todas tengan algo de verdad, pero ninguna responde a la pregunta más apremiante: ¿por qué sienten los hombres esa ansia invencible de variar de pareja sexual (no ya en la mediana edad, sino siempre)?

Si no les rondara el fantasma de Calvin Coolidge, a los hombres les bastaría con comprarse un DVD de su actriz porno favorita y verlo una y otra vez durante el resto de sus vidas. No parece que saber cómo acaba la película fuera a aguarles la fiesta. No, lo que hace que los hombres heterosexuales vayan detrás de una ristra interminable de mujeres distintas para hacer lo mismo de siempre es el efecto Coolidge. Al que nunca haya visitado un portal porno en Internet, le asombrará lo variado y específico de su oferta: hay de todo, desde «japonesas lesbianas sin depilar» a «pelirrojas tatuadas» y «mujeres mayores con sobrepeso». Es una verdad sencilla e inexorable que casi todo el mundo reconoce, pero que pocos se atreven a comentar: variedad y cambio son el condimento imprescindible de la vida sexual del macho humano.

Pero, para muchas mujeres, comprender ese aspecto de la realidad interior de la mayoría de los hombres no ayuda en absoluto a aceptarlo. La escritora y cineasta Nora Ephron ha explorado el tema en muchas de sus películas, entre ellas, *Se acabó el pastel*, basada en el fracaso de su propio matrimonio. En una entrevista de 2009, contaba que criar a dos hijos varones le había ayudado a formarse una opinión más informada sobre los hombres. «Los chicos son un encanto —decía—. Pero, con los hombres, el problema no es que sean encantadores o no. Es que, en cierto momento de su vida, les es muy difícil permanecer fieles. Es así. Casi no puede decirse que sea culpa suya.» Aunque añadía: «Claro que, si se trata de tu pareja, tampoco puedes evitar la *sensación* de que es culpa suya».21

LOS PELIGROS DE LA MONOTOMIA (MONOGAMIA + MONOTONÍA)

El prerrequisito de un buen matrimonio, me parece a mí,
es la licencia para ser infiel.

Carl Jung, en una carta a Freud
del 30 de enero de 1910

Recordemos lo que decía Phil acerca de las relaciones sexuales con su mujer: se habían vuelto demasiado familiares, hasta el punto de que llegó a sentir que Helen y él eran «casi como hermanos». Es muy interesante su elección de los términos. La explicación más convincente de la intensidad y la frecuencia del efecto Coolidge entre los mamíferos sociales es que el impulso del macho hacia la variedad sexual sea la forma en que la evolución previene el incesto. Nuestra especie evolucionó en un planeta escasamente poblado: nunca hemos sido más de unos pocos millones, y, probablemente, no llegáramos a 100.000 durante la mayor parte de nuestro pasado evolutivo. Para evitar un estancamiento genético que habría arrastrado a nuestros ancestros a la extinción, los machos desarrollaron un fuerte apetito de novedad sexual y una firme aversión a lo excesivamente familiar. Y, aunque este mecanismo de «zanahoria y palo» funcionó bien para promover la diversidad genética en el entorno prehistórico, hoy en día es causa de muchos problemas. Cuando una pareja lleva años conviviendo, cuando se ha convertido en familia, este ancestral mecanismo de prevención del incesto puede bloquear efectivamente el erotismo de muchos hombres, generando confusión e hiriendo sentimientos a diestro y siniestro.²²

Hemos comentado que los niveles masculinos de testosterona van disminuyendo con la edad, pero no descienden únicamente como consecuencia del paso de los años: la monogamia en sí parece consumir la testosterona del hombre. Los niveles de testosterona de los hombres casados son sistemáticamente menores que los de los solteros de su misma edad; y los de los padres de niños pequeños son aún más

bajos. Los hombres que tienen reacciones más afectivas hacia los bebés muestran descensos del 30 % o más inmediatamente después del nacimiento de un hijo. En cambio, los hombres casados con aventuras extramatrimoniales dan niveles más altos de testosterona que los que no las tienen.²³ Y otro dato: una mayoría de hombres infieles manifiestan a los investigadores que en realidad son bastante felices en su matrimonio, mientras que sólo una tercera parte de las mujeres infieles siente lo mismo.²⁴

Claro que el lector perspicaz señalará que esas correlaciones no implican causalidad: quizá, sencillamente, los hombres con niveles más altos de testosterona sean más mujeriegos. Probablemente sea así, pero hay buenas razones para pensar que hasta el contacto casual con mujeres nuevas y atractivas puede tener un efecto tonificante sobre la salud hormonal masculina. De hecho, el investigador James Roney y su equipo descubrieron que hasta una breve charla con una mujer guapa elevaba el nivel de testosterona de los hombres un 14% de media. Cuando esos mismos hombres pasaban unos minutos hablando con otros hombres, su nivel de testosterona caía un 2 %.²⁵

En la década de 1960, el antropólogo William Davenport vivió entre un grupo de isleños melanesios que consideraban el sexo algo natural y sin complicaciones. Todas las mujeres afirmaban ser muy orgásmicas, y la mayoría declaraba que tenían varios orgasmos por cada uno que tenía su pareja. No obstante, constataba Davenport, «se da por hecho que, al cabo de unos años de matrimonio, el interés del marido por su mujer empezará a menguar». Hasta que, recientemente, les fueron impuestas leyes coloniales que atajaron lo que era una práctica común, estos melanesios combatían la monotonía permitiendo que los maridos tuvieran amantes más jóvenes. Lejos de mostrarse celosas de esas concubinas, las esposas las consideraban un símbolo de estatus, y Davenport asegura que tanto hombres como mujeres juzgaban la pérdida de esta práctica como el peor resultado del contacto con la cultura europea. «Hoy, los hombres de cierta edad suelen comentar que, sin mujeres jóvenes que los exciten y sin la variedad sexual que les procura-

ba el cambio de concubinas, se han vuelto sexualmente inactivos mucho antes de lo que les tocaba.»²⁶

En un entorno cultural más cercano, William Masters y Virginia Johnson concluían que «la pérdida de interés por el coito como consecuencia de la monotonía que se instala en una relación sexual es probablemente el factor más constante en la pérdida de interés por las relaciones sexuales con la pareja que tanto afecta a los hombres a medida que envejecen». Señalan que esa pérdida de interés es reversible si el hombre tiene una amante más joven, aunque la amante no sea tan atractiva ni sexualmente tan diestra como la esposa. En el mismo sentido, Kinsey escribió: «Parece indudable que, de no ser por las restricciones sociales, el hombre sería promiscuo en su elección de parejas sexuales a lo largo de toda su vida».²⁷

Para la mayoría de los hombres, la monogamia sexual conduce inexorablemente a la monotomía. Es importante entender que este proceso no tiene nada que ver con el mayor o menor atractivo de la pareja estable, ni con la profundidad y sinceridad del amor que sienta por él o por ella. Se trata más bien, citando a Symons, de que «el deseo sexual de un hombre por una mujer con la que no está casado es consecuencia, en gran medida, del hecho de que no sea su esposa».²⁸ El atractivo está en la novedad en sí. Aunque es improbable que ninguna lo admita, los maridos y las parejas estables de las actrices más deseadas de Hollywood están sujetos al mismo proceso psicosexual. ¿Frustrante? ¿Injusto? ¿Indignante? ¿Humillante para ambas partes? Sí, sí, sí y sí. Pero no por ello menos cierto.

¿Qué se puede hacer al respecto? La mayoría de las parejas modernas no son tan flexibles como los melanesios — o como muchas de las sociedades de las que hemos hablado en capítulos anteriores— a la hora de tolerar una diversidad de parejas sexuales. A principios de la década de 1970, y tras revisar la abundante literatura existente sobre el matrimonio occidental, el sociólogo Jessie Bernard argumentó que dar a los hombres mayor número de oportunidades de tener parejas sexuales novedosas era uno de los cambios sociales más importantes y

más necesarios para promover la felicidad conyugal.²⁹ Pero eso todavía no ha ocurrido, y hoy, casi cuatro décadas más tarde, aún parece más improbable que entonces. Quizá sea por eso por lo que, en Estados Unidos, unos veinte millones de matrimonios tienen una actividad sexual entre nula y escasa, a causa de la pérdida de interés por parte del hombre. Según los autores de *Hes Just Not Upfor It Anymore* [Él ya nunca tiene ganas], entre el 15 y el 20% de las parejas estadounidenses hacen el amor menos de diez veces al año. Señalan que la ausencia de deseo es el problema sexual más común del país.³⁰ Si se combinan estas cifras desoladoras con el 50% del total de matrimonios que acaba en divorcio, queda claro que el reactor sexual del matrimonio moderno se está apagando.

En *The Evolution of Human Sexuality* [La evolución de la sexualidad humana], Donald Symons señalaba que las sociedades occidentales han probado un extenso repertorio de trucos para cambiar este aspecto de la sexualidad masculina, pero todos han fracasado estrepitosamente: «El macho humano parece constituido de tal forma que es impermeable a cualquier intento de enseñarle a no desear la variedad — dice—. Y ello, pese a los impedimentos que le han puesto el cristianismo y la doctrina del pecado; el judaísmo y la doctrina del *mensh*, la ciencia social y las doctrinas de la homosexualidad reprimida y la inmadurez psicosexual; las teorías evolucionistas del emparejamiento monógamo; y las tradiciones culturales y jurídicas que respaldan y glorifican la monogamia».³¹ ¿Hace falta que complementemos las reflexiones de Symons con una lista de ejemplos concretos de hombres (presidentes, gobernadores, senadores, atletas, músicos...) que han tirado por la borda familia, fortuna, poder y prestigio, todo por un desliz con una mujer cuyo principal atractivo era la novedad? ¿Hemos de recordar a las lectoras cuántos hombres las han cortejado al principio con entusiasta insistencia para luego, desvanecida la emoción de la novedad, dejar misteriosamente de llamarlas?

Algunas razones más por las que necesito UNA NOVIA NUEVA (IGUALITA QUE TÚ)

Hacer el amor con una mujer y dormir con ella son dos pasiones separadas, no sólo distintas, sino opuestas. El amor no se manifiesta en el deseo de cópula (un deseo que se extiende a un número infinito de mujeres), sino en el deseo de compartir el sueño (un deseo limitado a una mujer).

Milán Kundera, *La insoportable levedad del ser*

¿Recuerda el lector lo que decía Phil, que cuando estaba con su nueva amante se sentía «como colocado»? «La comida sabía mejor, los colores parecían más vivos.» Hay una explicación para esta intensificación de las sensaciones, pero no es el amor. A medida que sus niveles de testosterona van disminuyendo con la edad, muchos hombres experimentan una disminución de energía y de la libido, un distanciamiento intangible de los placeres elementales de la vida. La mayoría atribuye esta difusa sensación al estrés, a la falta de sueño o al exceso de responsabilidades, o se lo achaca sencillamente al paso del tiempo. Muy cierto, pero parte de ese entumecimiento podría deberse a la caída de sus niveles de testosterona. Recordemos al hombre que se quedó durante un tiempo sin ella. «Perdí todo aquello que sentía que me identificaba», decía. Su ambición, su pasión por la vida, su sentido del humor... Todo a tomar viento. Hasta que la testosterona se lo devolvió. «Sin testosterona —aseguraba—, no hay deseo.»

Phil creía estar enamorado. Pues claro. Como sugeríamos antes, uno de los remedios infalibles para revitalizar los niveles menguantes de testosterona de un hombre es una amante nueva. Por eso sentía todo aquello que asociamos con el amor: una vitalidad renovada, sensaciones más profundas e intensas: una emoción casi vertiginosa por estar vivo. ¡Con qué facilidad confundimos esta potente combinación de sensaciones con el amor! Pero una reacción hormonal ante la novedad no es amor.

¿Cuántos hombres han confundido este «subidón» de hormonas con una unión espiritual de las que te cambian la vida? ¿A cuántas mujeres les ha pillado desprevenidas la traición aparentemente inexplicable de un hombre bueno? ¿Cuántas familias han quedado deshechas porque hombres de mediana edad confundieron un resurgimiento de su energía y su vitalidad, producto de la novedad de una relación sexual, con el amor por un alma gemela, o se convencieron de que estaban enamorados para justificar lo que sentían como una necesidad de afirmación vital? ¿Y cuántos de esos hombres se encontraron luego aislados, avergonzados y desolados cuando, al cabo de unos meses o de unos años, resurgió la maldición de Coolidge revelando que, después de todo, la ya familiar pareja no era ni mucho menos la fuente de aquellos sentimientos? Nadie sabe la cifra, pero es muy alta.

Esta situación tan habitual está preñada de tragedia, pero puede que uno de sus aspectos más dolorosos sea que muchos de esos hombres comprenden de pronto que la mujer a la que dejaron era mucho mejor pareja para ellos que aquella por la que la abandonaron. Una vez diluida la emoción pasajera, esos hombres se enfrentan de nuevo a la realidad de las cosas, a lo que realmente hace que una relación funcione a la larga: respeto, admiración, intereses convergentes, buena conversación, sentido del humor, etc. Un matrimonio basado únicamente en la pasión sexual tiene las mismas posibilidades de durar que una casa edificada en invierno sobre la superficie helada de un lago. Sólo si alcanzamos una comprensión más matizada de la naturaleza de la sexualidad humana aprenderemos a tomar decisiones más inteligentes a la hora de comprometernos a largo plazo. Pero esa comprensión exige que afrontemos algunos hechos incómodos.

Como tantos hombres en su misma situación, Phil decía sentirse ante una decisión «a vida o muerte». Y puede que así fuera. Los investigadores han descubierto que los hombres con niveles más bajos de testosterona tienen hasta cuatro veces más probabilidades de sufrir depresión clínica, infarto mortal de miocardio y cáncer que otros hombres de su edad con niveles más altos de testosterona. También es más probable

que desarrollen la enfermedad de Alzheimer y otras formas de demencia, y corren un riesgo mucho mayor de morir prematuramente por cualquier causa (entre un 88 y un 250 % mayor, según los estudios).³³

Si es cierto que, tras millones de años de evolución, los hombres están constituidos de tal forma que necesitan ocasionalmente parejas nuevas para mantener una vida sexual activa y vital durante toda su vida, ¿qué se les está pidiendo cuando se les exige la monogamia sexual hasta la muerte? ¿Deben elegir entre el amor familiar y la plena satisfacción sexual a largo plazo? Muchos hombres no acaban de darse cuenta del conflicto que existe entre las exigencias sociales y las de su propia biología hasta que no llevan casados muchos años (tiempo de sobra para que la vida se les haya complicado considerablemente, con hijos comunes, bienes comunes, amigos comunes y el tipo de amor y de amistad que sólo se consigue con una historia compartida). Cuando llega el momento de la crisis, en que la vida doméstica y la caída de sus niveles de testosterona han agudizado el color de su vida, ¿qué pueden hacer?

Las opciones que ve la mayoría parecen ser las siguientes:¹

1. Mentir y procurar que no les pillen. Quizá la opción más comúnmente elegida, aunque puede que también la peor. ¿Cuántos hombres creen tener un «acuerdo tácito» con su mujer según el cual, mientras ella no se entere, no pasa nada por que él tenga una relación sin más trascendencia con otra? Eso es como decir que uno tiene un acuerdo tácito con la policía por el que no pasa nada por conducir borracho, siempre que no le pillen. Y aun el caso de que, efectivamente, haya algún sobreentendido en ese sentido, cualquier abogado te dirá que los acuerdos tácitos son la peor base posible para una sociedad a largo plazo.

A) Caballeros, más tarde o más temprano, les van a pillar (probablemente, más pronto que tarde). Tienen tantas posibilidades de salir de rositas como un perro de perseguir a un gato hasta la copa de un árbol. Va a ser que no. Una razón: la mayoría de las mujeres tienen el olfato sensiblemente más fino que la mayoría

de los hombres, por lo que es probable que haya pruebas que ustedes ni adviertan, pero que ellas cacen al vuelo. Por no mencionar los tan pregonados poderes de la intuición femenina.

- B) Esto exige mentir a vuestra compañera en la vida. Engañar a la madre de vuestros hijos, a la persona a cuyo lado esperabais envejecer. ¿Es ése vuestro verdadero yo? ¿Es ése el hombre con el que ella decidió compartir su vida?

2. Renunciar al sexo con cualquiera que no sea su esposa para el resto de sus días. Quizá, recurrir al porno y al prozac.

- A) Los antidepresivos son los fármacos más prescritos en Estados Unidos: sólo en 2005, se extendieron 118 millones de recetas. Uno de los efectos secundarios más destacados de estos medicamentos es la disminución de la libido, con lo que quizá todo el problema se diluya: castración química. Si no, siempre está la Viagra, del que se han distribuido mil millones largos de pastillas desde su lanzamiento en 1998. Pero la Viagra estimula la circulación de la sangre, no el deseo. Ahora, fingir interés sexual está también al alcance de los hombres. ¿Eso es progreso?
- B) No es lo mismo, ¿verdad? ¿Y no hay algo humillante (por no decir castrante) en lo de escabullirse de noche para ver porno en el ordenador? Esto, naturalmente, lleva a menudo a acumular rabia y resentimiento, sentimientos que pueden destruir una relación.

3. Monogamia en serie: divorcio y vuelta a empezar. Esta opción parece ser el planteamiento «honesto», según las recomendaciones de los expertos (incluidos muchos consejeros matrimoniales).

- A) La monogamia en serie es una respuesta sintomática a los problemas que plantea el conflicto entre los dictados de la sociedad y las exigencias de la biología. En lo tocante a la rápida progresión de la frustración masculina (y, en consecuencia, de la femenina) en las relaciones monógamas estables, no resuelve nada.

B) Aunque es frecuente presentarla como la respuesta honrosa al dilema, la monogamia en serie es una huida hacia delante que ha conducido directamente a la epidemia actual de hogares rotos y familias monoparentales. ¿Qué tiene de «adulto» causar traumas emocionales a nuestros hijos porque somos incapaces de hacer frente a la verdad sobre el sexo? Susan Squire; autora de *I Don't: A Contrarian History of Marriage* [No, no quiero: una historia contestataria del matrimonio], se pregunta: «¿Por qué considera la sociedad que es más ético romper un matrimonio, pasar por un divorcio y desbaratar (quizá para siempre) la vida de tus hijos sólo para poder follar con alguien con quien las relaciones sexuales no tardarán en aburrirte tanto como te aburrían con la persona anterior?».34 El hombre que busca una felicidad duradera a base de dejar tras de sí una retahíla de mujeres dolidas y amargadas y de niños emocionalmente heridos es poco más que un perro que corre detrás de su cola.

Y si eres una mujer y tu marido te engaña tus opciones no son mejores: fingir que no te enteras de lo que pasa, salir y vengarte teniendo tu propia aventura (aunque no te apetezca) o destruir tu familia y tu matrimonio llamando a los abogados. Con todas las alternativas, pierdes.

En inglés, hasta en la palabra misma que se usa para describir esta traición a uno mismo y a la familia, *cheating* (hacer trampa), resuena el eco del discurso convencional de la sexualidad humana, en cuanto que implica que el matrimonio es un juego que un jugador puede ganar a expensas del otro. Según este modelo, la mujer que engatusa a un hombre para que críe a unos hijos que él *crea* suyos ha hecho trampa, y ha ganado. El otro gran ganador, conforme al discurso convencional, es el «papá a la fuga», que logra embarazar a una serie de mujeres que luego crían a sus hijos mientras él ya va a por su siguiente conquista. Pero si una pareja, casada o no, es una *sociedad*, «hacer trampas» no puede conducir a victoria alguna. O pierden todos, o todos ganan.

Capítulo 22

JUNTOS FRENTE AL CIELO

El amor no es pasmo, no es excitación, no es promulgar promesas de pasión eterna. Eso es sólo estar «enamorado», y cualquiera de nosotros puede convencerse a sí mismo de que lo está. El amor mismo es lo que queda cuando el enamoramiento se ha consumido...

Louis de Bernieres, *La mandolina del capitán Corelli*

Hay un precio que debe pagar [...] toda sociedad que insista en la conformidad con un determinado abanico de prácticas heterosexuales. Creemos que las culturas pueden diseñarse de forma racional. Podemos educar, premiar y reprimir. Pero, al hacerlo, debemos tener también en cuenta el coste de cada cultura, medido en el tiempo y la energía que requieren su enseñanza y coerción, y en la moneda, menos tangible, de la felicidad humana que hay que sacrificar para soslayar nuestras predisposiciones innatas.

E. O. Wilson¹

Y ahora ¿qué? Después de escribir un libro entero sobre el tema, nos gustaría sugerir, aun a riesgo de desconcertar al lector, que en nuestra sociedad la mayoría nos tomamos el sexo demasiado en serio: es sólo sexo, nada más. En tales casos, no es amor. Ni pecado. Ni patología. Ni una razón de peso para destruir una familia por lo demás feliz.

Al igual que la victoriana, la mayoría de las sociedades occidentales modernas inflan el valor inherente del sexo restringiendo la oferta («las chicas buenas no lo hacen») e hinchando la demanda (omnipresencia de los mensajes sexuales). Este proceso conduce a una visión

distorsionada de la verdadera importancia del sexo. El sexo es fundamental, sí, pero no siempre hay que tomárselo tan en serio. Pensemos en la comida, el agua, el oxígeno, el cobijo de un techo y demás elementos de la vida que, aun siendo esenciales para nuestra supervivencia y felicidad, no están presentes en nuestros pensamientos cotidianos, a menos que carezcamos de ellos. Si consiguiéramos relajar razonablemente los códigos morales de nuestra sociedad para que la satisfacción sexual fuera más accesible, conseguiríamos también que fuera menos problemática.

Ésta parece ser la trayectoria general de la historia. Aunque mucha gente sigue sintiéndose incómoda ante el avance imperante de la cultura del «ligoteo», el *sexting* de imágenes subidas de tono, el reconocimiento de plenos derechos para las parejas homosexuales, etc., no puede hacer gran cosa para ponerle freno. Por lo que a la sexualidad se refiere, la historia parece volver hacia la naturalidad de los cazadores-recolectores. De ser así, puede que las generaciones futuras padezcan menos manifestaciones patológicas de frustración sexual y desestructuración familiar innecesaria. Holmberg afirma a propósito de los siriono, con quienes convivió: «Los siriono nunca, o rara vez, se ven faltos de parejas sexuales. Cuando sienten la necesidad, casi siempre hay a mano alguien dispuesto a aplacársela. [...] La ansiedad sexual parece ser llamativamente baja entre los siriono. Rara vez se observan manifestaciones como el abandono excesivo, la continencia o los sueños y fantasías sexuales».2

¿Qué tal nos sentaría vivir en un mundo así? Bueno, lo que sabemos es cómo nos sienta vivir en éste. Aparte de la misma muerte, ¿qué otra cosa causa tanta infelicidad como la crisis actual del matrimonio? En 2008, casi el 40% de las madres que dieron a luz en Estados Unidos eran solteras. No es ninguna tontería. Como recogía recientemente la revista *Time*, «en todos y cada uno de los parámetros relacionados tanto con el bienestar a corto plazo como con el éxito a largo plazo, los hijos de familias biparentales intactas salen mejor librados que los de hogares monoparentales. Longevidad, abuso de drogas, calificaciones e índice

de abandono escolar, embarazos precoces, conductas delictivas e ingresos en prisión [...]. En todos estos apartados, los hijos que viven con ambos progenitores obtienen resultados drásticamente mejores que los que no».3

«El amor es algo ideal; el matrimonio, algo real — afirmaba el filósofo alemán Johann Wolfgang von Goethe—. La confusión de lo ideal con lo real nunca queda impune.» Muy cierto. Insistiendo en una concepción ideal del matrimonio, basada en una vida entera de fidelidad sexual a una sola persona — una concepción que la mayoría acabamos aprendiendo que es extremadamente poco realista—, estamos clamando por un castigo propio, un castigo mutuo y un castigo a nuestros hijos.

«Los franceses aceptan mucho mejor la idea de que la pareja con la que comparten una aventura no es más que eso: una pareja con la que comparten una aventura», afirma Pamela Druckerman en su estudio intercultural de la infidelidad *Lust in Translation* * Druckerman, que comprende que el amor y el sexo son cosas distintas, dice que los franceses sienten menos necesidad «de quejarse de su matrimonio para justificar una aventura». Pero constata que las parejas estadounidenses y británicas parecen haberse aprendido un manual totalmente distinto. «Una aventura, incluso de una sola noche, significa que el matrimonio se ha roto», observa Druckerman. «Hablé con mujeres que, al descubrir que sus maridos las habían engañado, hicieron inmediatamente la maleta y le dejaron, porque “es lo que hay que hacer”. No porque fuera lo que querían hacer: creían, sencillamente, que las reglas eran ésas. Ni siquiera se plantearon que pudieran tener otras opciones. [...]. Quiero decir que realmente parecía que estuvieran aplicando un manual.»4

El psicólogo Julián Jaynes ha descrito la mezcla de terror y euforia que se experimenta al comprender que las cosas no son como uno creía:

*Juego de palabras intraducible con *lust* (lujuria) y *lost* (perdido), sobre la expresión *lost in translation* (literalmente, «perdido en la traducción»), que se aplica precisamente a los juegos de palabras y contenidos semánticos que se pierden al traducir un determinado texto a otro idioma. (*N. del t.*)

«Hay un momento extraño al llegar al punto más alto de una noria, tras haber ascendido por la curva interior viendo continuamente una estructura firme de sólidas barras; de pronto, esa estructura desaparece, y nos vemos lanzados hacia el cielo para bajar por la curva exterior».5 Ése es el momento que demasiadas parejas se esfuerzan en vano por evitar o ignorar; incluso hasta el extremo de optar por un divorcio amargo y una familia desestructurada antes que por la abrumadora tarea de afrontar juntos el cielo, dejando atrás, en el pasado, aquellas «sólidas barras».

Las falsas expectativas que ponemos en nosotros mismos, en el otro y en la sexualidad humana nos hacen mucho daño, un daño que podemos sufrir durante mucho tiempo. Lo explica muy bien Dan Savage, escritor y autor de una columna de consulta sexual: «La expectativa de monogamia de por vida somete al matrimonio a una tensión increíble. Pero nuestro concepto del amor y el matrimonio se basa no sólo en la expectativa de la monogamia, sino en la idea de que, donde hay amor, la monogamia debería resultar fácil y feliz».6

Sin duda, una pasión sexual arrebatadora puede ser parte importante de la intimidad marital, pero es un grave error pensar que constituye la esencia de la intimidad de largo recorrido. Como todo apetito, el deseo sexual tiende a aplacarse con su satisfacción. Squire afirma que es poco realista pensar en el matrimonio como un idilio interminable: «Cuando te acuestas con alguien por milésima vez, tampoco es que te den ganas de arrancarle la ropa. Al embarcarnos en una relación, deberíamos ser conscientes de que la naturaleza del amor y del sexo cambia con posterioridad a su fase inicial, y que un gran romance no necesariamente se convierte en un gran matrimonio».7 El sexo de alto voltaje también puede ser manifestación de una falta absoluta de intimidad: piénsese en el típico «rollo» de una noche, o en las prostitutas, con las que no hay más que un puro desahogo físico.

Las parejas pueden descubrir que el único camino para conservar o redescubrir una intensidad que recuerde a la de los días y las noches de sus primeros tiempos es enfrentarse juntos al cielo abierto e incierto.

Puede que, si se atreven a hablar de la verdadera naturaleza de sus sentimientos, se sorprendan y acaben teniendo sus conversaciones más íntimas y profundas. No pretendemos sugerir que vayan a ser conversaciones fáciles. No lo serán. Hay áreas en las que siempre resultará difícil que se entiendan hombres y mujeres, y el deseo sexual es una de ellas. A muchas mujeres les costará aceptar que los hombres puedan disociar tan fácilmente el placer sexual de la intimidad emocional, del mismo modo que muchos hombres se harán cruces tratando de comprender por qué muchas mujeres se empeñan en entrelazar estas dos cuestiones a todas luces independientes (para ellos).

Pero si conseguimos confiar los unos en los otros, tal vez podamos esforzarnos por aceptar incluso aquello que no logramos entender. Una de las principales esperanzas que tenemos puestas en este libro es que suscite el tipo de conversaciones que pueden facilitar que las parejas atraviesen juntas este escabroso terreno emocional, otorgándoles una comprensión más profunda de las raíces ancestrales de esos sentimientos inconvenientes y un enfoque más maduro e informado de cómo abordarlos. Aparte de esto, pocos consejos útiles podemos dar. Toda relación es un mundo en permanente cambio que requiere atenciones específicas. Más allá de advertiros que no os fiéis del tipo de consejeros matrimoniales que ofrecen soluciones únicas para todos los casos, nuestra mejor recomendación se hace eco de la que Polonio le hace a Laertes en *Hamlet*. «Sé fiel a ti mismo, y de ahí se seguirá, como la noche sigue al día, que no puedas ser falso con ningún hombre [ni mujer]».

De todos modos, no bastará con una comprensión más profunda tanto de nosotros mismos como de nuestra pareja para abordar las muchas cuestiones que suscita un enfoque más relajado y tolerante de la fidelidad. «A mí los que me dan lástima son los que ni siquiera llegan a considerar que tienen otras opciones al margen de las que la sociedad les ha ofrecido tradicionalmente», dice Scott, que es parte en una relación

estable a tres bandas con Terisa, sentimentalmente unida también a Larry (fue Scott quien se lo presentó). Si bien estas relaciones en las que se da un compromiso entre tres o cuatro personas hasta hace muy poco se han mantenido casi en el anonimato, según un artículo del *Newsweek*, se calcula que el número de las llamadas familias poliamorosas supera el medio millón en Estados Unidos.⁸ Aunque Helen Fisher piensa que la gente involucrada en tales configuraciones está «combatiendo a la Madre Naturaleza» al tratar de hacer frente a sus inseguridades y sus celos, hay numerosos indicios de que, para según qué personas, son arreglos que pueden funcionar muy bien para todos los implicados... incluidos los niños.

Como nos recuerda Sarah Hrdy, puede que sean las parejas convencionales empeñadas en criar aisladas a una familia las que combaten a la Madre Naturaleza: «Desde Darwin — dice —, hemos dado por sentado que la especie humana ha evolucionado en familias en que la madre dependía de un hombre que debía ayudarla a sacar adelante a los hijos en una familia nuclear; sin embargo, [...] la diversidad de configuraciones familiares humanas es más fácil de predecir si asumimos que nuestros ancestros evolucionaron como criadores cooperativos».⁹ Desde nuestro punto de vista, la gente como Scott, Larry y Terisa parece tratar de replicar las configuraciones sociosexuales humanas ancestrales. Como ya hemos visto, desde la perspectiva de un niño, tener cerca de forma estable a más de dos adultos que le quieran puede ser enriquecedor, ya sea en África, en la Amazonia, en China o en áreas suburbanas de Colorado. Laird Harrison, que creció en una casa que sus padres biológicos compartían con otra pareja y sus hijos, escribió recientemente sobre su experiencia. «En el hogar común — recordaba — se disfrutaba de un tipo de camaradería que nunca he vuelto a sentir. [...] Intercambiaba libros con mis hermanastras, les oía hablar asombrado de los chicos que les gustaban, nos pasábamos información práctica sobre los profesores. Su padre nos inculcaba su amor por la buena música, y su madre, su pasión por la cocina. Entre los diez que éramos se formó un vínculo particular.»¹⁰

Todos fuera del armario

Una era puede darse por terminada cuando se han agotado sus ilusiones fundamentales.

Arthur Miller

Buena parte de la historia reciente puede verse como un continuo de olas de tolerancia y aceptación rompiendo contra las costas rocosas de rígidas estructuras sociales. Aunque parezca que vaya a costarles una eternidad, las olas siempre acaban ganando y esas rocas inalterables terminan convirtiéndose en arena maleable. El siglo xx ha visto cómo empezaba a desmoronarse esa costa rocosa bajo el embate del movimiento antiesclavista, de los derechos de las mujeres, de la igualdad racial y, más recientemente, de la creciente aceptación de los derechos de gays, lesbianas, transexuales y bisexuales.

El escritor Andrew Sullivan creció siendo a un tiempo gay y católico y describe su experiencia como sigue: «Difícil hasta límites agónicos». «Veía en mi vida y en la de tantísimos otros — recuerda Sullivan — que la represión de aquellas emociones esenciales y la negación de su resolución en amor lleva siempre a la deformación personal, la compulsión y la pérdida de perspectiva. Forzar a las personas [...] a adaptarse a moldes en los que no encajan no ayuda a nadie. Les despoja de su dignidad — continúa —, de su autoestima y de la capacidad de mantener relaciones sanas. Destroza a la familia, retuerce el sentido del cristianismo, viola su humanidad. Tiene que acabarse.»¹¹ Sullivan hacía estos comentarios a propósito del desquiciado derrumbe del teleevangelista Ted Haggard, homófobo en su vida pública, pero homosexual en la privada; sin embargo, sus palabras podrían aplicarse a cualquiera que no encaje en el molde aceptado socialmente en su época.

¿Y quién encaja en ese molde? Los teleevangelistas y políticos gays que se desprecian a sí mismos tienen que salir del armario, sí, pero lo mismo debe hacer todo el mundo.

No será fácil. Nunca es fácil hacer frente a la ira que alimenta la vergüenza. El historiador Robert S. McElvaine anticipa el tipo de denuncia estridente que espera a quienes osen aventurarse a salir del redil monógamo cuando afirma: «El amor libre tiene todas las probabilidades de degenerar en “odio libre”. Dado que amar a todo el mundo es una imposibilidad biológica, intentarlo conduce a la “alterización”, con todo el odio que conlleva».12 Como McElvaine, muchos consejeros matrimoniales parecen ignorar cualquier relación marital distinta de la convencional y al mismo tiempo sentir pánico de ellas. Esther Perel, autora de *Inteligencia erótica*, cita las palabras tajantes de un terapeuta familiar al que conoce (y respeta): «El matrimonio abierto no funciona. Pensar que es posible es una absoluta ingenuidad. Lo intentamos en la década de 1970 y fue un desastre».13

Quizá sí, pero esos terapeutas tal vez debieran hurgar un poco más en el pasado antes de descalificar instintivamente cualquier alternativa al matrimonio convencional. Si pedimos a cualquiera que adivine quiénes fueron los pioneros del intercambio de parejas de la historia moderna norteamericana, es probable que le vengan a la cabeza imágenes de *hippies* melenudos con cintas en la cabeza, tirados en camas de agua en sus comunas, practicando el amor libre bajo pósters de Jimmy Hendrix y el *Che* Guevara mientras escuchan vinilos de Jefferson Airplane. Mejor no te precipites, colega, que la verdad te va a dejar flipado.

Parece ser que los verdaderos pioneros del intercambio de parejas de la América moderna fueron los pilotos de las fuerzas aéreas durante la Segunda Guerra Mundial (con el pelo cortado a cepillo) y sus mujeres. Como los combatientes de elite de cualquier época y lugar, estos *top guns* solían desarrollar fuertes vínculos entre ellos, quizá porque sufrían los mayores índices de muerte en combate de todos los cuerpos del ejército. Según el periodista Terry Gould, las llamadas «fiestas de la llave» — como la dramatizada en la película *La tormenta de hielo*, de 1997— se originaron en la década de 1940 en bases militares en que los pilotos de elite y sus mujeres se entremezclaban sexualmente unos con otras en vísperas de que los hombres partieran a enfrentarse al fuego antiaéreo japonés.

Gould, autor de *The Lifestyle* [El estilo de vida], una historia cultural del movimiento pro intercambio de parejas en Estados Unidos, entrevistó a dos investigadores que habían tratado el tema de esos rituales de las fuerzas aéreas. Joan y Dwight Dixon le explicaron que aquellos combatientes y sus mujeres «compartían recíprocamente sus parejas a modo de ritual de vinculación tribal, con el pacto tácito de que los dos tercios de los maridos que sobrevivieran cuidarían de las viudas del resto».* Según cuenta Gould, la práctica se prolongó hasta el fin de la guerra, y, a finales de la década de 1940, «en las instalaciones militares, de Maine a Texas y de California a Washington, florecieron los clubes de intercambio». Para cuando, en 1953, acabó la guerra de Corea, esos clubes «se habían extendido de las bases aéreas a los suburbios que las rodeaban y entre los profesionales de cuello blanco heterosexuales».14

¿Hemos de pensar que aquellos pilotos de combate y sus mujeres eran «ingenuos»?

Es cierto que muchas incursiones norteamericanas notorias en la sexualidad alternativa de la década de 1970 acabaron como el rosario de la aurora, pero ¿qué demuestra eso? En la misma década, Estados Unidos intentó también reducir su dependencia del petróleo extranjero, y fracasó. Por esa misma lógica, sería «ingenuo» volver a intentarlo. Además, en los asuntos de la intimidad, el éxito acostumbra a ir unido a la discreción, por lo que nadie sabe exactamente cuántas parejas consiguieron llegar a un entendimiento particular al margen de las convenciones, experimentando con alternativas comedidas al «café para todos» de la monogamia al uso.15

Lo que es indiscutible es que, hoy por hoy, el matrimonio convencional es un completo desastre para millones de hombres, mujeres y niños. Lo de «hasta que la muerte (o la infidelidad, o el aburrimiento)

* Recordemos los términos con que Beckerman explicaba la costumbre amazónica de compartir a la pareja: «Sabes que, si te mueres, habrá algún otro hombre con la obligación residual de cuidar al menos de uno de tus hijos. De modo que, si tu esposa se echa un amante, mirar a otro lado o incluso darle tus bendiciones es el único seguro a tu alcance».

nos separe» es un fracaso. A la larga, no funciona emocional, económica, psicológica ni sexualmente para demasiadas parejas; no hay vuelta de hoja. Y, sin embargo, así como habrá muy pocos terapeutas que se planteen siquiera tratar de convencer a un gay o a una lesbiana de que «maduren, sean realistas y dejen de ser homosexuales» sin más, hoy en día — señala Perel —, en lo que se refiere a enfoques poco convencionales del matrimonio heterosexual, «las barreras en materia sexual son una de las pocas áreas en que los terapeutas parecen limitarse a reflejar la cultura dominante». «La monogamia — prosigue — es la norma, y la fidelidad sexual se considera la conducta madura, comprometida y realista.» Ni hablar de tomar en consideración otras alternativas: «La no monogamia, aunque sea consensuada, es sospechosa». La idea de que quizá sea posible amar a una persona aunque se tenga trato sexual con otras «nos da escalofríos», y conjura «imágenes de caos: promiscuidad, orgías y libertinaje».16

Las parejas que acuden a un terapeuta confiando en que las oriente sobre formas de relajar los lazos de la monogamia convencional — sin tener que romper por ello — suelen obtener poco más que condenas defensivas y tópicos rebuscados como el siguiente consejo, extraído de un libro de autoayuda basado en la psicología evolucionista que lleva por título *Mean Genes* [Genes malvados]: «Las tentaciones a las que todos nos enfrentamos están profundamente arraigadas en los genes de nuestros corazones y mentes [...], pero, mientras sigamos siendo dinamos interesantes, no habrá ningún conflicto entre la monogamia y nuestros genes malvados promotores de la infidelidad».17 ¿Dinamos interesantes? ¿Ningún conflicto? Claro, claro. Que se lo cuenten a la señora Coolidge.

Entre los terapeutas, Perel es la excepción: está dispuesta a considerar públicamente que las parejas heterosexuales podrían hallar arreglos alternativos que les fueran bien, aunque les supusieran situarse al margen de lo que mayoritariamente aprueba la sociedad. «Según mi experiencia — dice —, las parejas que negocian los límites sexuales [...] no tienen un grado de compromiso menor que las que dejan esa puerta

cerrada. De hecho, es su deseo de fortalecer la relación lo que las lleva a explorar otro modelo de amor a largo plazo.»¹⁸

Hay infinitas maneras de adaptar una relación de pareja flexible y amorosa a nuestros apetitos ancestrales. Pese a lo que aseguran la mayoría de los terapeutas, las parejas con «matrimonios abiertos» suelen valorar su grado de satisfacción global (tanto con su relación como con la vida en general) en niveles significativamente más altos que aquellas con matrimonios convencionales.¹⁹ Los poliamoristas han encontrado formas de integrar en su vida relaciones adicionales sin mentirse el uno al otro ni destruir su relación primaria. Como muchas parejas masculinas homosexuales, estas personas reconocen que no hay por qué tomarse una relación adicional como una crítica a nadie. Dossie Easton y Catherine Liszt, autoras de *The Ethical Slut* [La fulana ética], afirman: «Es cruel e insensible interpretar una aventura como un síntoma de que una relación está enferma, ya que el cónyuge “traicionado” —que tal vez ya se sintiera inseguro previamente— acaba preguntándose qué tiene él de malo. [...] Hay mucha gente que tiene aventuras al margen de su relación principal por motivos totalmente ajenos a cualquier queja sobre su pareja o sobre la relación».²⁰

A pesar de siglos de propaganda religiosa y científica, está claro que las principales ilusiones que apuntalan el carácter supuestamente «natural» de la familia nuclear convencional se han agotado. Este colapso ha dejado a muchas personas aisladas y frustradas. La insistencia ciega y las inquisiciones bienintencionadas no han conseguido invertir la marea, y no hay indicios de que vayan a tener más éxito en el futuro. Más que la interminable guerra de los sexos o la rígida adhesión a un concepto de la familia humana que, de entrada, nunca fue cierto, lo que nos hace falta es reconciliarnos con las verdades de la sexualidad humana. Quizás esto suponga improvisar nuevas configuraciones familiares. Quizás exija más respaldo comunitario a las madres solteras y a sus hijos. O quizá signifique sólo que debemos aprender a ajustar nuestras expectativas relativas a la fidelidad sexual. Pero de algo podemos estar seguros: la negación vehemente, los inflexibles dictados reli-

giosos o legales y los rituales medievales de lapidación en el desierto se han demostrado impotentes contra nuestras preferencias prehistóricas.

En 1988, Roy Romer, a la sazón gobernador de Colorado, se enfrentaba a una avalancha de preguntas sobre una relación extraconyugal que había mantenido durante años y que acababa de salir a la luz pública. Romer hizo algo a lo que pocas figuras públicas se han atrevido. En el espíritu del Yucatán, se negó a admitir la premisa subyacente al indiscreto interrogatorio: que esa relación fuera una traición a su mujer y a su familia. Lo que hizo fue convocar una rueda de prensa extraordinaria y señalar que su mujer, con la que llevaba casado 45 años, había estado al tanto de la relación desde el principio y la había consentido. Romer plantó cara a las risitas ahogadas de los periodistas con una dosis de «hay que aceptar la vida tal como es». «¿Qué es la fidelidad? — preguntó a los reporteros, que enmudecieron de golpe—. Fidelidad es la clase de sinceridad que tienes con tu pareja. Qué clase de confianza tienes, si está basada en la verdad y la sinceridad. En mi familia hemos discutido el tema largo y tendido, y hemos tratado de llegar a comprender cuáles son nuestros sentimientos y cuáles nuestras necesidades, y de solucionar nuestros problemas con esa clase de fidelidad.»²¹

El casamiento del Sol y la Luna

En un cielo cuajado de innumerables estrellas, constantemente surcado por nubes y recorrido por planetas siempre ha habido y habrá una sola Luna y un solo Sol. Para nuestros antepasados, estos dos misteriosos astros reflejaban las esencias femenina y masculina. Desde Islandia a Tierra del Fuego, los pueblos atribuían la constancia y el poder del Sol a su masculinidad; el carácter cambiante de la Luna, su inefable belleza y su ciclo mensual eran las señas de su feminidad.

A los ojos humanos que se alzaban al cielo hace 100.000 años, se aparecían como idénticos en tamaño, como hoy en día a los nuestros.

En un eclipse total de sol, el disco de la Luna encaja en el del Sol con tanta precisión que el ojo desnudo sólo puede ver las llamaradas solares que se lanzan al espacio por detrás.

Pero, aunque para el observador terrestre parezcan exactamente del mismo tamaño, hace mucho que los científicos determinaron que el verdadero diámetro del Sol es unas cuatrocientas veces mayor que el de la Luna. Sólo que, increíblemente, la distancia de la Tierra al Sol viene a ser unas cuatrocientas veces la de la Tierra a la Luna, lo que los sitúa en un improbable equilibrio si se los contempla desde el único planeta en que hay habitantes que puedan advertirlo.²²

Habrà quien diga: «Qué coincidencia más interesante». Otros se preguntarán si esta convergencia celeste de diferencia y similitud, intimidad y distancia, rítmica constancia y cambio cíclico no contendrá algún extraordinario mensaje. Como nuestros remotos antepasados, contemplamos la eterna danza de nuestro Sol y nuestra Luna buscando en ella pistas sobre la naturaleza del hombre y de la mujer, de lo masculino y lo femenino, aquí, en casa.



Luc Viatour / www.lucnix.be

NOTA A LOS LECTORES

A algunos lectores de las primeras ediciones en inglés de este libro el material incluido en el capítulo 21 relativo a «Phil el mujeriego» les ha parecido poco equilibrado y hasta hipócrita, en vista de todo lo que decimos sobre la importancia de la satisfacción sexual tanto de mujeres como de hombres. «¿Por qué habláis de lo que es tener una aventura únicamente desde el punto de vista de un hombre — nos han preguntado—, cuando el resto del libro es tan equilibrado y respalda tanto la sexualidad de la mujer?» Es una pregunta razonable y directa, para la que sólo tenemos respuestas arbitrarias e indirectas.

En primer lugar, son muchos los hombres que manifiestan haber tenido aventuras simplemente porque se les presentó la ocasión, mientras que las mujeres — que suelen gozar de oportunidades mucho más abundantes— tienden a declarar una concurrencia más compleja de motivaciones. Por ejemplo, cuando Shirley Glass y Thomas White entrevistaron de forma anónima a 300 hombres y mujeres sobre sus aventuras extraconyugales, comprobaron que los hombres tendían a considerar sus aventuras más sexuales, en tanto que a las mujeres las movían consideraciones más emocionales, y manifestaban niveles más altos de descontento con su matrimonio. Estos resultados los confirman sistemáticamente otros estudios.

En segundo lugar: como hemos expuesto en capítulos anteriores, las motivaciones libidinosas de las mujeres tienden a ser mucho más fluidas, y, en consecuencia, más difíciles de analizar adecuadamente, que las de los hombres. Recordemos, por ejemplo, que las mujeres, cuando están ovulando, son más proclives a embarcarse en relaciones sexuales extraconyugales y tienden menos a utilizar métodos anticonceptivos que en otros momentos de su ciclo menstrual. Es fácil que una

mujer de cuarenta y tantos se plantee una situación de «amigos con derecho a roce» de forma completamente distinta a como lo habría hecho dos décadas antes, por razones tanto de niveles hormonales como de experiencia vital.

Además de estos factores internos, las mujeres tienden a ser más sensibles a condiciones externas. (¿Son ya mayores los niños, y se han ido de casa? ¿Goza de independencia económica? ¿Qué dirían su familia y sus amistades? ¿Sospecha ella que su marido tiene una aventura?) Los hombres — incluso hombres muy inteligentes, calculadores y cautos para otras cosas— suelen enzarzarse en estas situaciones cegados por algo ante lo que las mujeres no parecen tan indefensas.

Claro que nada de esto es categórico ni de aplicación universal. Cualquier generalización que podamos hacer sobre motivaciones será desmentida por numerosísimas excepciones tanto entre hombres como entre mujeres. Cada persona es un mundo y cada relación, un universo. Nada de lo que decimos aquí pretende simplificar o minimizar la experiencia de nadie, ya sea hombre o mujer.

Nuestra intención no es más que comprobar someramente que algunas de las teorías que hemos expuesto se agotan al aplicarse a muchas vidas contemporáneas y contrastarse con la situación a la que con más frecuencia se enfrentan las parejas casadas: la infidelidad del hombre de mediana edad. Una valoración similar de las experiencias y motivaciones de mujeres con aventuras extraconyugales requeriría mucho más espacio del que disponemos. Además, ocurre que a «Phil» le conocemos, y se mostró dispuesto a comentar su experiencia con nosotros. Si conocemos a mujeres que estén teniendo aventuras al tiempo de escribir esto, han preferido, quizá sabiamente, no compartir su secreto con nosotros.

AGRADECIMIENTOS

Dicen que publicar un libro es como dar a luz a un hijo, sólo que lleva más tiempo y es más doloroso. Convenientemente, este «hijo» tiene muchos padres. No habría visto la luz de no ser por la agudeza, los ánimos y la paciencia de nuestras familias, y, especialmente, de Frank, Julie y Beth Ryan, Joana y Manel Rúas, Alzira Remane, Celestino Almeida y Danial Jethá.

Muchas gracias a Ben Loehnen, nuestro editor, que creyó en el libro desde el primer momento.

Frank Ryan, Stanley Krippner, Julie Holland, Britt Winston, Octavi de Daniel y Hugo Bloch Bassols leyeron y releieron con masoquista entrega los primeros (y confusos) borradores del manuscrito completo. Sus comentarios fueron de una sinceridad sádica, que era justo lo que necesitábamos. Robert Sapolsky, Todd Shackelford, y Frans de Waal, además de aportar su crucial erudición, dedicaron un tiempo libre del que andan muy escasos a hacer una revisión crítica de determinadas partes del manuscrito.

Por último, manifestamos nuestro agradecimiento por los ánimos y el apoyo que nos han brindado las siguientes personas (en orden aleatorio): Michael y Mireille Lang, Brian y Crosby O'Hare, Marta Cervera, Alejandra Peña, Dorotheanne Henne, Naomi y Don Norwood, Adam Mendelson, Richard Schweid, David Darnell, el señor Manolo Reyes, Matt Dondet, Mark Plummer, Cybele Tom, Sean Doyle, Santiago Suso, Victoria Ribera, Antonio Berruezo, Eric Patterson, Don Cooper, Martijn van Duivendijk, Peggy Rossel, Nacho y Leo Valls-Jové, Celine Salvans, Carmen Palomar López, Ana Margarita Otero-Robertson, Viram, José Carlos Bouso, Voodoo, María da Luz Venancio Guerreiro, Joao Alves Falcato, Mario Simoes y Steve Taylor, Vince y Carrie Stamper, Susie Bright, Jacqui Deegan y, por supuesto, Dan, Terry y D. J.

NOTAS

El lector interesado puede visitar <sexatdawn.com> para estar al tanto de las últimas noticias, discusiones adicionales y actualizaciones de los temas planteados en este libro, o para contactar con los autores.

Salvo indicación en contra, las fuentes de referencia están todas en inglés. En el índice de referencias se menciona una edición española cuando la hay.

Introducción

1. Puede que no más de cuatro millones y medio. Véase un estudio reciente sobre las pruebas genéticas en Siepel (2009).

2. De Waal (1998), pág. 5.

3. Algunas de estas cifras están recogidas por McNeil y otros (2006) y Yoder y otros (2005). La cifra de 100.000 millones de dólares procede de <<http://www.latimes.com/news/nationworld/nation/la-fg-vienna-porn25-2009mar25,0,7189584.story>>.

4. Véase «Yes, dear. Tonight again» [Sí, cariño, esta noche también], Ralph Gardner, Jr., The New York Times (9 de junio de 2008), <http://www.nytimes.com/2008/06/09/arts/09iht-08nights.13568273.html?_r=1>.

5. Para decirlo todo: Murdoch también es propietario de HarperCollins, que ha publicado la edición original de este libro.

6. Diamond (1987).

7. Estas relaciones serían una de las muchas técnicas de reafirmación de la identidad grupal, como la participación en rituales de vinculación afectiva al grupo que aún hoy son comunes en las religiones chamanísticas típicas de los pueblos de cazadores-recolectores. Es interesante observar que tales rituales de afirmación identitaria colectiva suelen acompañarse con música (que

— como el orgasmo— libera oxitocina, la hormona más asociada a la formación de vínculos afectivos). Sobre música e identidad colectiva, véase Levitin (2009).

8. Recientemente, se ha cuestionado la datación precisa de este cambio. Véase White y Lovejoy (2009).

9. Véase más sobre las economías de base comunal de los cazadores-recolectores en Sahlins (1972), Hawkes (1993), Gowdy (1998), Boehm (1999), o en el artículo de Michael Finkel sobre los hadza en National Geographic, que puede consultarse aquí: <<http://ngm.nationalgeographic.com/2009/12/hadza/finkel-text>>.

10. Mithen (2007), pág. 705.

11. Taylor (1996), págs. 142-143. El libro de Taylores un excelente informe arqueológico de los orígenes de la sexualidad humana.

Primera parte: Del origen de la (falsa) especie

Capítulo 1: ¡Acuérdate del Yucatán!

1. Esto, según lo explica Todorov (1984), pero su versión de los hechos no goza de aceptación universal. Véase, por ejemplo, una reseña de otras etimologías en <<http://www.yucatanoday.com/culture/esp-yucatan-name.htm>> (en castellano).

2. De la sección de métodos de aplicación a las especias del Manual de procedimientos macroanalíticos de la Food and Drug Administration. Disponible online en <<http://www.fda.gov/Food/ScienceResearch/LaboratoryMethods/MacroanalyticalProceduresManualMPM/ucm084394.htm>>.

Capítulo 2: Lo que Darwin no sabía del sexo

1. Publicado originalmente en Daedalus, primavera de 2007. Puede leerse el artículo aquí: <http://www.redorbit.com/news/science/931165/challenging_darwins_theory_of_sexual_selection/index.html>. Sobre su visión excepcionalmente bien informada de la diversidad sexual en la naturaleza, véase Roughgarden (2004). Sobre su deconstrucción del interés propio como mo-

tor de la selección natural y sexual, véase Roughgarden (2009). Para más información sobre la homosexualidad en el mundo animal, véase Bagemihl (1999).

2. <<http://www.advicegoddess.com/ag-column-archives/2006/05>>.

3. Claro que no todo el mundo estaría de acuerdo. Cuando su hermano Erasmus leyó el libro de Charles, sus razonamientos le parecieron tan fascinantes que le dio igual que faltaran las pruebas, y escribió: «Si los hechos no encajan, pues tanto peor para los hechos, me parece a mí».

4. Darwin (1871/2007), pág. 362.

5. Pinker (2002), pág. 253.

6. Fowles (1969), págs. 211-212.

7. Houghton (1957). Citado en Wright (1994), pág. 224.

8. Citado en Richards (1979), pág. 1.244.

9. En un artículo publicado en *Scientific American Online* (febrero de 2005, pág. 30), la historiadora de la ciencia Londa Schiebinger explica: «Erasmus Darwin [...] no circunscribía las relaciones sexuales a los lazos del santo matrimonio. En su *Loves of the Plants* [Los amores de las plantas] (1789), las plantas expresaban con total libertad toda forma imaginable de unión heterosexual. La bella *Collinsonia*, con suspiros de dulce desvelo, satisface por turnos el amor de dos hermanos. La *Meadia* —una primula común— se inclina “con aire licencioso”, pone en blanco sus ojos oscuros y agita su cabellera dorada mientras gratifica a cada uno de sus cinco pretendientes. [...] Es muy posible que Darwin se valiera del subterfugio de la botánica para hacer propaganda del amor libre que practicó tras la muerte de su primera mujer».

10. De Hrdy (1999b).

11. Raverat (1991).

12. Desmond y Moore (1994), pág. 257. Véase también Wright (1994), que expone con brillantez los procesos lógicos y la vida familiar de Darwin.

13. El término lo acuñó Levine (1996) en su original inglés: *Flintstonization*. *Los Picapiedra* (*The Flintstones* en inglés) ocupa un lugar destacado en la historia cultural norteamericana. Fue la primera serie de animación para adultos programada en horario de máxima audiencia, la primera serie de animación que duró más de dos temporadas en esa franja horaria (récord que sólo le arrebató *Los Simpson* en 1992) y el primer programa animado que mostró a un hombre y una mujer juntos en la cama.

14. Lovejoy (1981).

15. Fisher (1992), pág. 72.
16. Ridley (2006), pág. 35.
17. Véase, por ejemplo, la afirmación de Steven Pinker de que las sociedades humanas se han vuelto progresivamente más pacíficas a lo largo de las generaciones (que se discute en detalle en el capítulo 13).
18. Wilson (1978), págs. 1-2.
19. Un punto de vista rescatado por Steven Pinker décadas más tarde, tiempo después de que se hubieran impuesto posturas más matizadas.
20. Véase, por ejemplo, Thornhill y Palmer (2000).
21. «ATreatise on theTyranny ofTwo» [Tratado sobre la tiranía de dos], New York Times Magazine, 14 de octubre de 2001. El ensayo está disponible online en <<http://www.nytimes.com/2001/10/14/magazine/14AGAINSTLOVE.htmlx>>
22. Citado en Flanagan (2009).
23. Real Time with BillMaher (21 de marzo de 2008). No deja de ser una ironía que el tertuliano que propuso «pasar página» fuera el actor Jon Hamm, que por entonces interpretaba a un mujeriego empedernido en la serie Mad Men.
24. Para saber más sobre la vida y el pensamiento de Morgan, véase Moses (2008).
25. Morgan (1877/1908), págs. 418 y 427.
26. Darwin (1871/2007), pág. 360.
27. Morgan (1877/1908), pág. 52.
28. Dixson (1998), pág. 37.

Capítulo 3: Una consideración más detenida del discurso CONVENCIONAL DE LA EVOLUCIÓN DE LA SEXUALIDAD HUMANA

1. Con nuestras disculpas a John Perry Barlow, autor de A Ladies Man and Shameless. Véase: <<http://www.nerve.com/personalEssays/Barlow/shameless/index.asp?page=1>>.
2. Wilson (1978), pág. 148.
3. Pinker (2002), pág. 252.
4. Barkowyotros (1992), pág. 289.
5. Barkowyotros (1992), págs. 267-268.

6. Acton (1857/1862), pág. 162.
7. Symons (1979), pág. vi.
8. Bateman (1948), pág. 365.
9. Clark y Hatfield (1989).
10. Wright (1994), pág. 298.
11. Buss (2000), pág. 140.
12. Wright (1994), pág. 57.
13. Birkhead (2000), pág. 33.
14. Wright (1994), pág. 63.
15. Henry Kissinger. Es sólo nuestra opinión, no es nada personal.
16. Wright (1994), págs. 57-58.
17. Symons (1979), pág. v.
18. Fisher (1992), pág. 187.

Capítulo 4: El simio del espejo

1. Véase Caswell y otros (2008) y Won y Hey (2004). Los rápidos avances que se han producido en el campo de las pruebas genéticas han hecho que se reabra el debate sobre el momento de la escisión entre chimpancés y bonobos. Damos la estimación generalmente admitida de tres millones de años, pero cabe la posibilidad de que se produjera hace menos de un millón.

2. Tomado de De Waal y Lanting (1998).
3. Harris (1989), pág. 181.
4. Symons (1979), pág. 108.
5. Wrangham y Peterson (1996), pág. 63.
6. Sapolsky (2001), pág. 174.
7. Tabla basada en De Waal (2005a) y Dixson (1998).
8. Stanford (2001), pág. 116.
9. Berman (2000), págs. 66-67.
10. Dawkins (1976), pág. 3.
11. <http://www.edge.org/3rd_culture/woods_hare09/woods_hare09_index.html>.
12. De Waal (2005), pág. 106.
13. Theroux (1989), pág. 195.
14. Pusey (2001), pág. 20.

15. Stanford (2001), pág. 26.
16. McGrew y Feistner (1992), pág. 232.
17. De Waal (1995).
18. De Waal y Lanting (1998), pág. 73.
19. De Waal (2001a), pág. 140.
20. La cita aparece en <<http://primatediaries.blogspot.com/2009/03/nobos-in-garden-of-eden.html>>.
21. Fisher (1992), pág. 129.
22. Fisher (1992), págs. 129-130.
23. Fisher (1992). Estas citas proceden todas de una de las notas finales de la pág. 329.
24. Fisher (1992), pág. 92.
25. Fisher (1992), págs. 130-131.
26. De Waal (2001b), pág. 47.
27. De Waal (2005), págs. 124-125.
28. De Waal, un científico de ley, tuvo la amabilidad de repasar y hacer la crítica de partes de este libro, entre ellas algunas secciones con cuyas opiniones al respecto discrepamos.
29. La información de esta tabla procede de varias fuentes (Blount, 1990; Kano, 1980 y 1992; De Waal y Lanting, 1998; Savage-Rumbaugh y Wilkerson, 1978; De Waal, 2001a; De Waal, 2001b).

Segunda parte: La lujuria en el Paraíso (¿Solitaria?)

Capítulo 5: ¿Quién perdió qué en el Paraíso?

1. El lector interesado en entender mejor cómo y por qué pasamos de ser cazadores-recolectores a cultivar la tierra puede empezar por leer las obras de Fagan (2004) o Quinn (1995); ambas excelentes.
2. Cochran y Harpending (2009) subrayan algunos de los paralelismos: «Tanto en los humanos [domesticados] como en los animales domesticados —dicen— se observa una reducción del tamaño del cerebro, cráneos más anchos, cambios de color en el pelo y dientes más pequeños» (pág. 112).
3. Citado en el artículo «Hellhole» [Agujero infernal], de Atul Gawande

{*The New Yorker*, 30 de marzo de 2009): una lectura muy recomendable por sus reflexiones sobre el grado de inhumanidad de la reclusión en celdas incommunicadas y la cuestión de si tal castigo debería considerarse tortura. Gawan-
de responde con un rotundo sí porque «la simple existencia como un ser humano normal exige interacción con otras personas».

4. Jones y otros (1992), pág. 123.

5. Aunque todo indica que sólo humanos y bonobos practican el sexo durante todo el ciclo menstrual, tanto los chimpancés como algunas clases de delfines parecen compartir nuestra predilección por entregarse a él por placer, y no sólo con fines reproductivos.

6. Estas curiosidades están sacadas de *Hear That Long Snake Moan*, un maravilloso ensayo de Ventura sobre los orígenes del jazz y el rock, publicado en Ventura (1986). El libro está descatalogado, pero es posible acceder a éste y otros escritos del autor en su página web: <<http://www.michaelventura.org/>>. El material de Thompson puede verse tanto en el ensayo de Ventura como en Thompson (1984).

Capítulo 6: ¿A quién quieres más, a papá, a papá o a papá?

1. Harris (1989), pág. 195.

2. Beckerman y Valentine (2002), pág. 10.

3. Beckerman y Valentine (2002), pág. 6.

4. Se cita a Kim Hill en Hrdy (1999b), págs. 246-247.

5. Entre el pueblo bari de Colombia y Venezuela, por ejemplo, los investigadores constataron que el 80 % de los niños con dos o más padres socialmente reconocidos llegaban a alcanzar la edad madura, en tanto que sólo un 64 % de los niños que tenían un único padre oficial lo conseguía. Hill y Hurtado (1996) registran que, de una muestra de 227 niños aché, el 70 % de los que tenían un solo padre reconocido llegaron a cumplir los 10 años, mientras que, entre los que contaban con un padre primario y otro secundario, lo conseguía el 85 %.

6. La cita está tomada de un artículo de Sally Lehrman colgado en Alter Net.org. Puede consultarse en <<http://www.alternet.org/story/13648/?page=entiro>>.

7. Morris (1981), págs. 154-156.

8. En Beckerman y Valentine (2002), pág. 128.
9. Véase el capítulo de Erikson en Beckerman y Valentine (2002).
10. Williams (1988), pág. 114.
11. César (2008), pág. 121.
12. Citado en Sturma (2002), pág. 17.
13. Véase Littlewood (2003).
14. En este punto, nuestros detractores señalarán que el famoso trabajo de Margaret Mead sobre el libertinaje en los Mares del Sur fue refutado por Derek Freeman (1983). Pero la refutación de Freeman fue refutada a su vez, con lo que las afirmaciones iniciales de Mead quedaron... ¿cómo decirlo, *contrarrefutadas*? Hiram Catón (1990) y otros han argumentado, de modo más que convincente, que los implacables ataques a las conclusiones de Mead por parte de Freeman estuvieron probablemente motivados por un desorden psiquiátrico que acabó provocándole también varios episodios paranoicos tan intensos que las autoridades diplomáticas australianas le obligaron a abandonar Sarawak. El consenso general en la comunidad antropológica parece ser que no está claro que la información reunida por Mead estuviera equivocada, o en qué medida. Freeman desarrolló su supuesta refutación después de décadas de adoctrinamiento de los samoanos, por lo que no tendría nada de sorprendente que las historias que oyera presentaran diferencias significativas con las que había escuchado Mead medio siglo antes. Recomendamos la breve reseña sobre el tema recogida en Monaghan (2006).
15. Ford y Beach (1952), pág. 118.
16. Small (1993), pág. 153.
17. De Waal (2005), pág. 101.
18. Morris (1967), pág. 79.
19. <<http://primatediaries.blogspot.com/2007/08/forbidden-love.html>>.
20. Kinsey (1953), pág. 415.
21. Sulloway (1998).
22. Sobre otros mamíferos que incorporan el compartir a sus pautas de conducta, véanse Ridley (1996) y Stanford (2001).
23. Bogucki (1999), pág. 124.
24. Knight (1995), pág. 210.
25. La cuestión de hasta qué punto la ovulación se encuentra verdaderamente oculta en el ser humano no está tan clara como afirman muchas autoridades. Hay buenas razones para creer que los sistemas olfativos aún son ca-

paces de detectar la ovulación de la mujer, y que dichos sistemas están considerablemente atrofiados en comparación con los del hombre primitivo. Véanse, por ejemplo, Singh y Bronstad (2001). Además, hay razones para creer que las mujeres anuncian su situación de fertilidad mediante pistas visuales, como joyas y cambios en el atractivo facial. Véase, por ejemplo, Roberts y otros (2004).

26. Daniels (1983), pág. 69.

27. Gregor (1985), pág. 37.

28. Crocker y Crocker (2003), págs. 125-126.

29. Wilson (1978), pág. 144.

Capítulo 7: Queridísimas mamás

1. Pollock (2002), págs. 53-54.

2. La cita está sacada de una entrevista realizada por Sarah van Gelder: «Recordando para qué estamos aquí: Entrevista con Malidoma Somé», publicada en *In Context: A Quarterly of Humane Sustainable Culture*, vol. 34, pág. 30 (1993). Disponible online en <<http://www.context.org/ICLIB/IC34/Some.htm>>

3. Hrdy (1999), pág. 498.

4. Darwin (1871), pág. 610.

5. Leacock (1981), pág. 50.

6. <<http://www.slate.com/id/2204451/>>.

7. Erikson (2002), pág. 131.

8. Chernela (2002), pág. 163.

9. Lea (2002), pág. 113.

10. Chernela (2002), pág. 173.

11. Morris (1998), pág. 262.

12. Malinowski (1962), págs. 156-157.

13. Véase Sapolsky (2005).

14. Drucker (2004).

15. Hasta Jean-Jacques Rousseau, icono del ideal romántico del «buen salvaje», hizo uso de estos vertederos de bebés. En 1785, Benjamín Franklin visitó la inclusa en que Rousseau había abandonado a sus cinco hijos ilegítimos, y estimó que la tasa de mortalidad de los niños allí acogidos era del 85 %

(«Baby Food», artículo de Jill Lepore publicado en *The New Yorker* el 19 de enero de 2009).

16. McElvaine (2001), pág. 45.

17. Betzig (1989), pág. 654.

Capítulo 8: Matrimonio, emparejamiento, apareamiento
y monogamia: menudo maremágnum

1. Al tiempo de escribir estas líneas, se acusa a Tiger Woods de haber «dormido» con más de una docena de mujeres en coches, aparcamientos, sofás... ¿Hemos de pensar que padece narcolepsia?

2. DeWaal (2005), pág. 108.

3. El estudio de Trivers está considerado el texto fundamental en la determinación de la importancia de la provisión (inversión) paterna como factor crucial en la selección sexual femenina, entre otras cosas. Merece la pena leerlo si se quiere tener una comprensión más honda del desarrollo general de la psicología evolucionista.

4. Ghiglieri (1999), pág. 150.

5. Small (1993), pág. 135.

6. Roughgarden (2007). Disponible *online* en <http://www.redorbit.com/news/science/931165/challenging_darwins_theory_of_sexual_selection/index.html>.

7. *The New Yorker*, 25 de noviembre de 2002.

8. El artículo de Cartwright puede consultarse en <<http://www.pbs.org/wgbh/aia/part4/4h3106t.html>>.

9. Symons (1979), pág. 108.

10. Valentine (2002), pág. 188.

11. Artículo de Souhail Karam, *Reuters*, 24 de julio de 2006.

12. *The New Yorker*, 17 de abril de 2007.

13. Vincent de Beauvais, *Speculum doctrinale* 10.45.

14. Ambas citas son de Townsend y Levy (1990b).

Capítulo 9: La certeza de paternidad: la precaria piedra angular
DEL DISCURSO CONVENCIONAL

1. Edgerton (1992), pág. 182.
2. En Margolis (2004), pág. 175.
3. Pollock (2002), pág. 53.
4. Para más información sobre la profunda relación entre los niveles de violencia y el erotismo de una sociedad, véase Prescott (1975).
5. Citado en Hua (2001), pág. 23.
6. Namu (2004), pág. 276. Hay una descripción excelente de la cultura mosuo en *PBSFrontline World*, «The Women's Kingdom», que puede consultarse en <www.pbs.org/frontlineworld/rough/2005/07/introduction_to.html>.
7. Namu (2004), pág. 69.
8. Namu (2004), pág. 8.
9. Ese mismo respeto reverencial por la autonomía individual es igualmente característico de los cazadores-recolectores. Por ejemplo, cuando Michael Finkel visitó hace poco a los hadza en Tanzania, contaba que «no reconocen oficialmente a ningún líder. La tradición dicta que los campamentos lleven el nombre de uno de los ancianos [...], pero es un honor que no confiere ningún poder. La autonomía individual es el distintivo de los hadza. Ningún adulto hadza tiene autoridad sobre ningún otro». (*National Geographic*, diciembre de 2009.)
10. Hua (2001), págs. 202-203.
11. Namu (2004), págs. 94-95.
12. «Chinas Kingdom of Women» [El reino chino de las mujeres], Cynthia Barnes, Slate.com (17 de noviembre de 2006): <<http://www.slate.com/id/2153586/entry/2153614>>.
13. Goldberg (1993), pág. 15.
14. Este libro se publicó en 2002, mientras que el de Goldberg salió casi una década antes, pero *toda* la obra de Sanday sobre los minangkabau, incluido el estudio citado por Goldberg, defiende la postura contraria a la suya, lo que sin duda merecía alguna mención.
15. (Foto: Christopher Ryan.) Cuando vi a esta anciana, reconocí en su rostro la clase de fuerza y humor femeninos que deseaba captar en una foto. Por señas, le pedí permiso para retratarla. Me indicó que no había problema, pero que esperara un momento, e inmediatamente empezó a dar voces lia-

mando a alguien. Las dos pequeñas (¿nietas?, ¿bisnietas?) llegaron corriendo. Cuando las hubo cogido en brazos, me dio luz verde para sacar la foto.

16. Fuente: <http://www.eurekalert.org/pub_releases/2002-05/uop-imm050902.php>.

17. Fuente: <www.eurekalert.org/pub_releases/2002-05/uop-imm050902.php>.

18. Casi todas estas citas están sacadas de un artículo de David Smith publicado en *The Guardian* el 18 de septiembre de 2005, que puede leerse online en <<http://www.guardian.co.uk/uk/2005/sep/18/usa.filmnews>>, o de la crítica de Stephen Holden que apareció en *The New York Times* el 24 de junio de 2005, disponible en <http://movies.nytimes.com/2005/06/24/movies/24peng.html?_r=2>.

19. *The San Diego Union-Tribune*: «Studies Suggest Monogamy Isn't for the Birds— or Most Creatures», por Scott LaFee, 4 de septiembre de 2002.

20. «Monogamy and the Prairie Volé», edición online de *Scientific American*, febrero de 2005, págs. 22-27.

21. El asunto se ha enredado un poco desde que Insel dijo eso. Más recientemente, él y otros investigadores han estado intentando descubrir las correlaciones hormonales con la fidelidad o la falta de fidelidad de los topillos de la pradera, de campo y de la montaña. Como se recoge en el número de *Nature* del 7 de octubre de 1993, Insel y su equipo descubrieron que la vasopresina, una hormona que se libera durante el apareamiento, parecía activar un comportamiento protector y de guardián del nido en los machos de algunas especies de topillo, pero no en los de otras, lo que les llevó a especular sobre la existencia de «genes de la monogamia». Véase al respecto <http://findarticles.com/p/articles/mi_ml200/is_n22_vl44/ai_l4642472>. Ya en 2008, Hasse Walum, del Instituto Karolinska de Suecia, descubrió que una variación en el gen RS3 334 parecía asociarse con la mayor o menor facilidad de los hombres para establecer el vínculo emocional con sus parejas. Lo más interesante es que ese gen también parece estar asociado al autismo. La referencia del estudio de Walum es *Proceedings of the National Academy of Sciences*, doi: 10.1073/pnas.0803081105. Puede leerse online un artículo que resume estos descubrimientos en <<http://www.newscientist.com/article/dn14641-mono-gamy-gene-found-in-people.html>>.

Capítulo 10: Los celos: guía para principiantes dispuestos
A DESEAR A LA MUJER DE SU PRÓJIMO

1. Darwin (1871/2007), pág. 184.
2. Hrdy (1999b), pág. 249.
3. La edición es conocida por los historiadores como «la Biblia traviesa» o «la Biblia adúltera»; el error les valió a los reales impresores la pérdida de su licencia y una multa de 300 libras.
4. Reproducción en escala de grises, escaneada de Eaton, D.; Urbanek, S.: *Paul Kanes Great Nor-West*, University of British Columbia Press, Vancouver, 1995.
5. Curiosamente, los conocidos como «cabezas chatas» (*Flatheads*) no eran una de ellas, lo que crea cierta confusión: tenían la cabeza «chata», como la de los tramperos blancos, mientras que los indios de las tribus vecinas la tenían extrañamente cónica.
6. De hecho, Maryanne Fisher y sus colegas han comprobado lo contrario; la angustia era mayor si la infidelidad implicaba a alguien con vínculos familiares (véase Fisher y otros [2009]).
7. Buss (2000), pág. 33.
8. Buss (2000), pág. 58.
9. Jethá y Falcato (1991).
10. Harris (2000), pág. 1.084.
11. Para una visión general del estudio de los celos de Buss, véase Buss (2000). Para estudios y comentarios que refuten su trabajo, véanse Ryan y Jethá (2005), Harris y Christenfeld (1996) y DeSteno y Salovey (1996).
12. <www.epjournal.net/filestore/ep06667675.pdf>.
13. Holmberg (1969), pág. 161.
14. De un *post* en el blog «On Faith» del *The Washington Post*, el 29 de noviembre de 2007: <http://newsweek.washingtonpost.com/onfaith/panels/richard_dawkins/2007/II/banishing_the_greeneyed_monste.html>.
15. Wilson (1978), pág. 142.

Tercera parte: Tal como no éramos

Capítulo 11: «La riqueza de la naturaleza» (¿Pobre?)

1. Presumiblemente, leería la sexta edición, publicada en 1826.
2. Barlow (1958), pág. 120.
3. No es por casualidad que Darwin conociera bien el pensamiento de Malthus. Harriet Martineau, feminista pionera, filósofa de la economía y declarada opositora a la esclavitud, había tenido una estrecha relación con él antes de entablar amistad con el hermano mayor de Darwin, Erasmus, que se la presentó a Charles. Hay quienes sospechan — como Matt Ridley — que, de no haber sido porque el naturalista se quedó «pasmado de ver lo fea que era», su amistad podría haber acabado en boda. Ese matrimonio, ciertamente, habría tenido un impacto duradero en el pensamiento occidental (véase el artículo de Ridley, «The Natural Order of Things» [El orden natural de las cosas], en *The Spectator*, 7 de enero de 2009).
4. Shaw (1987), pág. 53.
5. Fuente: Oficina del Censo de Estados Unidos: <<http://www.census.gov/ipc/www/worldhis.html>>.
6. Darwin (1871/2007), pág. 79. Tanto Malthus como Darwin habrían podido sacar provecho de conocer las reflexiones de MacArthur y Wilson (1967) sobre las estrategias de reproducción y selección r y K. Resumiendo, proponen que algunas especies (como muchos insectos, roedores, etc.) se reproducen a gran velocidad para llenar un nicho ecológico vacío. No esperan que sobrevivan hasta la edad adulta muchas de las crías o larvas, pero inundan el entorno (selección r). Las especies que siguen la estrategia de selección K tienen menos crías y hacen una inversión fuerte en todas ellas. Estas especies suelen estar en un estado de equilibrio malthusiano, al haber alcanzado un punto de estasis entre población y disponibilidad de alimentos. Lo que lleva a plantear estas preguntas: dado que el *Homo sapiens* es claramente una especie de estrategia K, ¿en qué momento se saturó nuestro nicho ecológico? ¿O hemos encontrado siempre formas de expandir nuestro nicho a medida que aumentaba la población humana? Si es así, ¿qué implica esto en relación con los mecanismos subyacentes de selección natural aplicados a la evolución humana?
7. Por ejemplo: «En los aproximadamente dos millones de años en que nuestros ancestros vivieron como cazadores y recolectores, la población aumen-

tó de unos 10.000 protohumanos a unos cuatro millones de humanos modernos. Si, como creemos, el patrón de crecimiento durante esta era fue relativamente constante, la población debió duplicarse cada cuarto de millón de años, por término medio». *Economics of the Singularity* [Economía de la singularidad], Robín Hanson, <<http://www.spectrum.ieee.org/jun08/6274>>.

8. Lilla (2007).

9. El ensayo de Smith puede leerse *online* en <http://realhumannature.com/?page_id=26>.

10. Hassan (1980).

11. Para conocer otro punto de vista sobre cómo y por qué aumentaban tan despacio los niveles de población en la prehistoria, véase Harris (1977), en particular el capítulo dos. Y aún puede verse otro más en Hart y Sussman (2005), quienes argumentan que nuestros ancestros sí que vivían en un estado de miedo hobbesiano, pero no tanto unos de otros como de la amenaza constante de los predadores. Malthus reconocía el bajo crecimiento demográfico de los nativos americanos, pero lo atribuía a una falta de libido causada por la escasez de alimentos, un «temperamento flemático» o «un defecto natural de su constitución física» (I. IV. P. 3).

12. De las demás especies de homínidos que se dispersaron por Asia y Europa procedentes de África, la mayoría ya habían desaparecido mucho antes de que el hombre moderno saliera del continente negro. Las que aún existían —el Hombre de Neandertal y, posiblemente, el *Homo erectus*— habrían estado en enorme desventaja en caso de que se diera competencia entre especies, lo que no está nada claro. Podría defenderse que la presencia de neandertales en Europa y parte de Asia Central hubiera podido crear competencia en zonas de caza, pero no se ha podido aclarar la extensión de los contactos, si es que los hubo, entre ellos y nuestros antepasados. Además, aunque se hubieran solapado, la competencia habría sido sólo parcial, ya que parece que los neandertales eran principalmente carnívoros, mientras que el *Homo sapiens* era y es un omnívoro entusiasta (véase, por ejemplo, Richards y Trinkaus, 2009).

13. La cuestión de cuándo llegaron los primeros hombres a las Américas no está resuelta todavía. Recientes hallazgos arqueológicos en Chile, con indicios de asentamientos humanos que datarían de hace unos 35.000 años han abierto el debate. Véase, por ejemplo, Dillehay y otros (2008).

14. Véase Amos y Hoffman (2009), por ejemplo. El paleoantropólogo John Hawkes no está convencido de que los cuellos demográficos impliquen

necesariamente poca densidad de la población prehistórica en su conjunto, y opina que «había muchos grupos humanos pequeños que sí mantenían una competencia intensa, y muchos de ellos no consiguieron perdurar a la larga. En otras palabras, que la población fuera efectivamente reducida difícilmente puede considerarse prueba de que no hubiera competencia o guerras en la prehistoria. Puede ser el resultado de una competencia intensa que llevara a muchas extinciones locales» (véase su blog: <<http://johnhawks.net/node/1894>>). Dada la persistencia de poblaciones de cazadores-recolectores en zonas de las menos habitables del mundo, la relativa abundancia del resto del planeta y la evidencia genética de que, tras la erupción del Toba hace unos 70.000 años, sólo quedaban unos cientos de parejas reproductoras (Ambrose, 1998), no nos convence la hipótesis de Hawkes de «muchas extinciones locales» debidas a la competencia, en contraposición a una catástrofe planetaria.

15. La agricultura en sí puede contemplarse como una respuesta a la saturación ecológica producida por los efectos combinados del aumento gradual de poblaciones locales y un cambio climático catastrófico. Por ejemplo, Nick Brooks, investigador de la universidad inglesa de East Anglia, sostiene: «La civilización fue consecuencia en buena medida de la adaptación no planeada a un cambio climático catastrófico». Brooks y otros argumentan que el paso a la agricultura fue la respuesta, como «último recurso», al deterioro de las condiciones ambientales. Puede verse una discusión en profundidad de cómo un cambio climático pudo dar lugar a la agricultura en Fagan (2004).

16. Comer tierra —lo que se conoce como «geofagia»— es común en sociedades de todo el mundo, sobre todo entre las mujeres embarazadas y lactantes. Además, muchos alimentos, que de otra manera serían tóxicos por su contenido en alcaloides venenosos y ácidos tánicos, se cocinan en barro que retienen los alcaloides. El barro puede ser una fuente abundante de hierro, cobre, magnesio y calcio, elementos todos ellos vitales durante el embarazo.

17. 5 de agosto de 2007.

18. <http://moneyfeatures.blogs.money.cnn.com/2009/04/30/millionaires-arent-sleeping-well-either/?section=money_topstories>.

19. Véanse Wolf y otros (1989) y Bruhn y Wolf (1979). Malcolm Gladwell (2008) también habla de Roseto.

20. Sahlins (1972), pág. 37.

21. <<http://www.newyorker.com/online/blogs/books/2009/04/the-exchange-david-plotz.html>>.

22. Malthus (1798), libro I, capítulo IV, párrafo 38.

23. Darwin (1871/2007), pág. 208.

24. Para un análisis más detallado de cómo funciona (o no) la teoría económica moderna en las sociedades no estatales, véanse Henrich y otros (2005) y el capítulo de Richard Lee titulado «Reflections on Primitive Communism», de Ingold y otros (1988).

Capítulo 12: El meme egoísta (¿Miserable?)

1. En *La teoría de los sentimientos morales*, Smith dice: «Por muy egoísta que se suponga que es el hombre, es evidente que en su naturaleza hay principios que le empujan a interesarse por la fortuna de otros y hacen de la felicidad ajena algo necesario para él, aunque no obtenga de ella otra cosa que el placer de contemplarla».

2. Gowdy (1998), pág. xxiv.

3. De Mili (1874).

4. *New York Times*, 23 de julio de 2002, «Why We're so Nice: We're Wired to Cooperate» [Por qué somos tan majos: estamos programados para cooperar], <<http://www.nytimes.com/2002/07/23/science/why-we-re-so-nice-we-re-wired-to-cooperate.html>>. Para conocer la investigación original, véase Rilling y otros (2002).

5. Los testimonios proceden del excelente análisis que Hardin hace del artículo de Ian Angus, que puede consultarse en <<http://links.org.au/node/595>>.

6. Véase Ostrom (2009), por ejemplo.

7. Véase Dunbar (1992 y 1993).

8. Harris (1989), págs. 344-345.

9. Bodley (2002), pág. 54.

10. Harris (1989), pág. 147.

11. Van der Merwe (1992), pág. 372. Véase también Jared Diamond, «The Worst Mistake in the History of the Human Race» (muy difundido en Internet; véase, por ejemplo: <<http://www.awok.org/worst-mistake/>>; también en castellano: <http://www.ua.es/personal/fernando.ballenilla/Apuntes/El_peor_error_de_la_historia_de_la_especie_humana_Jared_Diamond.pdf>).

12. Le Jeune (1897), págs. 281-283.

13. Gowdy (1998), pág. 130.

14. Citado en Menzel y D'Aluisio, pág. 178.
15. Harris (1977), pág. x. Véase también Eaton, Shostak y Konner (1988).
16. Gowdy (1998), pág. 13.
17. Gowdy (1998), pág. 23.
18. Harris (1980), pág. 81.
19. Ridley (1996), pág. 249.
20. Para un desarrollo en profundidad del origen biológico de la empatía y la justicia instintiva, véase De Waal (2009).
21. Dawkins (1998), pág. 212.
22. De Waal y Johanowicz (1993).
23. Sapolsky y Share (2004). Véase también Natalie Angier, «No Time for Bullies: Baboons Retool Their Culture» [No es tiempo de matones: los babuinos actualizan su cultura], *New York Times*, 13 de abril de 2004.
24. Boehm (1999), págs. 3 y 68.
25. Fromm (1973), pág. 60.
26. Gowdy (1998), pág. xvii.

Capítulo 13: La batalla interminable en torno a la guerra PREHISTÓRICA QBRUTAL?)

1. De su alegato final en el juicio a Scopes. [Bryan fue un célebre político populista estadounidense, a caballo entre los siglos xix y xx, y un firme destructor del darwinismo. En el juicio al que se hace referencia en la cita, popularmente conocido como «el juicio del mono», ejerció la acusación particular. John Thomas Scopes, maestro en una escuela pública, fue acusado de enseñar la teoría de la evolución, algo que estaba prohibido en Tennessee. (*N. del t.*)

2. Wade (2006), pág. 151.

3. Estudios recientes del ADN mitocondrial sugieren que incluso antes de las primeras migraciones humanas fuera de África, que comenzaron hace unos 60.000 años, los núcleos de población estuvieron localizados en el Sur y el Este de África, situados a grandes distancias unos de otros, aislados, durante nada menos que 100.000 años. Según esa investigación, esas dos líneas no llegaron a unirse y a convertirse en una única población panafricana hasta hace 40.000 años. Véase Behar y otros (2008). El estudio está disponible

online íntegramente en <<http://www.cell.com/AJHG/fulltext/S0002-9297%2808%2900255-3#>>.

4. Los lectores interesados en explorar más a fondo la crítica a los postulados hobbesianos relativos a la guerra en la prehistoria podrían comenzar por Fry (2009) y Ferguson (2000).

5. La charla de Pinker estaba basada en la argumentación que había publicado en 2002 en *La tabla rasa*, sobre todo en las últimas páginas del capítulo tres.

6. El *link* de la presentación de Pinker es <http://www.ted.com/index.php/talks/steven_pinker_on_the_myth_of_violence.html>. En la misma página pueden verse muchas otras presentaciones interesantes. Tal vez quiera el lector buscar las charlas de Sue Savage-Rumbaugh sobre los bonobos, por ejemplo. Y si prefiere ver la presentación de Pinker por escrito, encontrará un artículo basado en la charla en <www.edge.org/3rd_culture/pinker07/pinker07_index.html>.

7. Hay que señalar que el gráfico de Pinker reproduce parcialmente uno que aparece en el libro de Keeley (1996), y que en sus gráficos Keeley cataloga a estas sociedades como «primitivas», «preestatales» y «prehistóricas» (págs. 89-90). Lo cierto es que Keeley distingue entre lo que llama «cazadores-recolectores sedentarios» y auténticos «cazadores-recolectores nómadas», y afirma: «Los cazadores-recolectores nómadas, con poblaciones reducidas, posesiones escasas (y transportables), vastos territorios y pocos recursos raíces o edificaciones, tenían la opción de huir de conflictos e incursiones armadas. Como mucho, lo único que podían perder en la huida era la compostura» (pág. 31).

Como ya hemos aclarado, son esos cazadores-recolectores nómadas (de retorno inmediato) los que mejor representan la prehistoria humana: un periodo que es, *por definición*, anterior a la aparición de comunidades sedentarias, el cultivo de alimentos, la domesticación de animales, etc. La confusión de Keeley (que arrastra Pinker) deriva en buena medida de que decide denominar a los horticultores, con sus huertos, sus animales domesticados y su asentamiento en poblados, «cazadores-recolectores sedentarios». Bueno, sí que salen de caza alguna vez, o a recoger frutos y plantas, pero al no ser estas actividades su *única* fuente de alimentos, su vida es muy distinta de la de los cazadores-recolectores de retorno inmediato. Al tener huertos, poblados y demás, resulta necesaria la defensa del territorio y huir de los conflictos es más

problemático, mucho más que para nuestros ancestros. A diferencia de las sociedades de retorno inmediato, los «cazadores-recolectores sedentarios» sí tienen mucho que perder por esa vía de la huida.

Keeley reconoce esta diferencia sustancial: «Los granjeros y cazadores-recolectores sedentarios no tenían más alternativa que enfrentarse a la fuerza con la fuerza o, después de sufrir un ataque, disuadir a sus atacantes de futuras incursiones cobrándose venganza» (pág. 31).

No está de más insistir en este punto: si llevas una vida sedentaria, asentado en una aldea, y tienes un refugio que cuesta tiempo y trabajo construir, así como terrenos de cultivo, animales domesticados y más posesiones de las que puedes transportar fácilmente, es que *no eres un cazador-recolector*. Los hombres prehistóricos no tenían nada de eso, y esto es precisamente, a fin de cuentas, lo que les hace «prehistóricos». Pinker, o bien no ha reparado en este punto esencial, o sencillamente ha decidido ignorarlo.

8. Sociedades del gráfico de Pinker:

Jíbaros	Los jíbaros cultivan ñames, maní, mandioca dulce, maíz, boniatos, habas, calabazas, plátanos macho, tabaco, algodón, bananas, caña de azúcar y malangas. Tradicionalmente, también domesticaban llamas y cobayas, y, posteriormente, domesticaron también perros, gallinas y cerdos.
Yanomami	Los yanomami son cazadores-recolectores y agricultores de «roza, tumba y quema». Cultivan plátanos macho, mandioca y bananas.
Mae enga	Los mae enga cultivan boniatos, malangas, bananas, caña de azúcar, nueces de pandano, habas y distintas hortalizas verdes, además de patatas, maíz y maní. Crían cerdos, que destinan no sólo al consumo de carne, sino a celebraciones rituales importantes.
Dugum dani	El boniato constituye casi el 90% de la dieta dani. También cultivan bananas y mandioca. Los cerdos domésticos tienen importancia como moneda de cambio en trueques y en la celebración de acontecimientos señalados. El robo de cerdos es causa frecuente de conflictos.
Murugin	La economía de los murugin se basó fundamentalmente en la pesca, la recogida de mariscos, la caza y la recolección hasta el establecimiento de las misiones y la introducción gradual de productos del mercado en las décadas de 1930 y 1940. Aunque la caza y la pesca siguen teniendo una importancia capital para algunos grupos, los vehículos de motor, las lanchas fueraborda de aluminio, las armas de fuego y otras herramientas introducidas desde entonces han reemplazado a las técnicas indígenas.
Huli	La base de la alimentación de los huli es el boniato. Al igual que otros grupos de Papúa-Nueva Guinea, valoran los cerdos domésticos por su carne y como señal de estatus.

9. Esto, según Fry (2009).

10. Knaft (1987 y 2009).

11. Para mayor escarnio, Pinker yuxtapone a estos índices falaces de mortalidad de los «cazadores-recolectores» una minúscula barrita que indicaría las relativamente pocas muertes de varones por causa de guerra en Estados Unidos y Europa durante el siglo xx. Esto induce a confusión en muchos aspectos. En primer término, porque en el siglo xx tuvo lugar la primera «guerra total» entre las naciones, en la que los civiles (y no sólo los varones combatientes) se convertían en objetivo bélico para lograr ventaja psicológica (Dresden, Hiroshima, Nagasaki...); si tenemos esto en cuenta, computar sólo la mortalidad de los varones combatientes es absurdo.

Además, ¿cómo es posible que Pinker no contabilice las decenas de millones de víctimas que protagonizaron las muertes más crueles y sangrientas de la guerra en el siglo xx? Cuando explica «nuestra era más pacífica» se deja en el tintero la Violación de Nanking, todo el teatro de operaciones del Pacífico de la Segunda Guerra Mundial (incluyendo la detonación de dos bombas atómicas en Japón), los jermes rojos y los campos de la muerte de Pol Pot en Camboya, décadas y décadas de guerras consecutivas en Vietnam (contra los japoneses, los franceses y los norteamericanos), la revolución y la guerra civil chinas, la escisión de la India y Pakistán y las guerras subsiguientes, o la guerra de Corea. Muchos millones que no figuran en su estimación de la mortalidad (masculina) por guerra durante el pasado siglo.

Tampoco entra en sus cálculos África, con sus conflictos incesantes, sus niños soldado y sus genocidios rutinarios. Ni una palabra de Ruanda. No aparece un tutsi ni un hutu. Se olvida de todas y cada una de las guerras del siglo xx en América Latina, y de sus dictaduras tristemente célebres por torturar y hacer desaparecer a decenas de miles de civiles. ¿El Salvador? ¿Nicaragua? ¿Los más de 100.000 campesinos asesinados en Guatemala? Nada de nada.

12. Véase, por ejemplo, Zihlman y otros (1978 y 1984).

13. El ensayo, *Why War?*, está disponible Online en <http://realhumannature.com/?page_id=26>. Nos pusimos en contacto con Smith para preguntarle cómo podía justificar esa omisión. Él, de entrada, citó la descalificación que hacen Wrangham y Peterson de los bonobos como menos representativos de nuestro último antepasado común. Al señalarle que muchos primatólogos defienden que probablemente sean *más* representativos, que el propio

Wrangham había revisado su opinión al respecto y que, en todo caso, *es un error fáctico decir que el chimpancé es «nuestro pariente no humano más próximo» sin hacer mención del bonobo*, cedió por fin y añadió un par de breves referencias a los bonobos a sus escabrosas descripciones de las «sangrientas guerras de desgaste» de los chimpancés. Puesto que el ensayo publicado *online* era un extracto de su libro, que estaba ya en imprenta, parece improbable que esos cambios reticentes aparezcan reflejados allí.

14. Ghiglieri (1999), págs. 104-105.

15. Para un resumen de las conclusiones del estudio, véase el capítulo de Sussman y Garber en Chapman y Sussman (2004).

16. La cita es de De Waal (1998), pág. 10.

17. Goodall (1971), citado en Power (1991), págs. 28-29.

18. Es extraño que De Waal, que está de acuerdo con el argumento principal de Power, apenas mencione su trabajo; y que, encima, cuando lo hace, sea sólo para desestimarlos. En una de las notas finales de su libro de 1996 *Bien natural: los orígenes del bien y el mal en los humanos y otros animales*, dice: «Basándose en su lectura de la literatura, Power (1991) ha sostenido que el suministro de alimentos en algunos centros de investigación de campo (como el campamento platanero de Gombe) volvía a los chimpancés más violentos y menos igualitaristas, alterando así el “tono” de las relaciones tanto en el seno del grupo como entre comunidades. El análisis de Power —que mezcla una revisión rigurosa de los datos disponibles con la nostalgia de la década de 1960 y su imagen de los simios como buenos salvajes— plantea preguntas que sin duda resolverán las investigaciones en curso sobre chimpancés en libertad a los que no se suministra provisiones».

Esta descalificación del análisis de Power nos llama la atención por injustificada y por ser de una falta de generosidad impropia de él. Al margen de que ella sintiera o no «nostalgia de la década de 1960» (una emoción que nosotros no detectamos en su libro), De Waal reconoce que su análisis «plantea preguntas» que merecen ser investigadas. Esas preguntas amenazan con cuestionar la interpretación de gran cantidad de datos relativos a la interacción social de los chimpancés: un tema de gran interés para él, que es una de las máximas autoridades mundiales en el comportamiento de estos animales, y cuyo rigor académico demuestra un profundo respeto por el análisis crítico.

19. Ghiglieri (1999), pág. 173.

20. Para una reseña de esos informes y una refutación del argumento de

Power, véase Wilson y Wrangham (2003). El trabajo está disponible *online* en <<http://anthro.annualreviews.org>>.

21. Nolan (2003).

22. Behar y otros (2008). Para otro repaso excelente de este material, véase también Fagan (2004).

23. Turchin (2003 y 2006).

24. Los lectores que estén visualizando a los jefes sioux (lakota) con sus tocados de guerra de plumas de águila ondeando al viento deberían tener presente que, en las generaciones anteriores a los primeros contactos con los blancos, las enfermedades se propagaron por muchas tribus, y que la introducción de los caballos trajo consigo graves trastornos culturales que llevaron a conflictos entre grupos que previamente habían vivido en paz (véase Brown, 1970/2001).

25. Edgerton (1992), págs. 90-104.

26. Ferguson (2003).

27. El día de Navidad de 1968, el astronauta del *Apolo 8* Frank Borman leyó esta oración para una audiencia planetaria: «Danos, Señor, la visión que alcanza a ver tu amor en el mundo pese a los fracasos del hombre. Danos la fe para confiar en la bondad pese a nuestra ignorancia y nuestra debilidad. Danos el conocimiento para poder seguir rezando con corazones comprensivos, y muéstranos lo que cada uno de nosotros puede hacer para impulsar la llegada del día de la paz universal. Amén».

28. Tierney (2000), pág. 18. El libro de Tierney desencadenó una conflagración en comparación con la cual cualquier comunidad de chimpancés parece de lo más pacífica. El meollo de la controversia está en la acusación que hace Tierney: según él, Chagnon y su colega, James Neel, pudieron haber extendido una epidemia fatal entre los yanomami. Como no hemos analizado en detalle esa acusación, no tenemos nada que añadir al debate, y nuestra crítica se ciñe a la metodología y el rigor académico de Chagnon en relación con los yanomami y sus guerras.

29. Por comparar, Chagnon pasó un total de cinco años con los yanomami. Los lectores interesados en saber más sobre este pueblo podrían empezar por Good (1991). El libro es un relato muy personal y accesible del tiempo que vivió con ellos (para acabar casándose allí). Tierney (2000) resume las acusaciones contra Chagnon, aunque yendo mucho más allá de las críticas que hemos esbozado nosotros en este libro. Ferguson (1995) ofrece un análisis en profundidad de los cálculos y conclusiones de Chagnon. Sobre los pun-

tos de vista de Ferguson en cuanto a los orígenes de la guerra, pueden descargarse dos trabajos suyos de la página web de su departamento (<<http://andromeda.rutgers.edu/socant.brian.htm>>): *Tribal, 'Ethnic' and Global Wars* [Guerras tribales, «étnicas» y globales] y *Ten Points on War* [Diez puntos sobre la guerra], que contienen una discusión que abarca biología, arqueología y la polémica sobre los yanomami. Borofsky (2005) hace una exposición equilibrada de la polémica y del contexto en que se produjo. Naturalmente, es fácil encontrar el trabajo del propio Chagnon.

30. Citado en Tierney (2000), pág. 32.

31. De la crítica del *The Washington Post* de *Darkness in El Dorado: Jungle Fever*, por Marshall Sahlins, domingo 10 de diciembre de 2000, pág. X01.

32. Chagnon (1968), pág. 12.

33. Tierney (2000), pág. 14.

34. Sponsel (1998), pág. 104.

35- 23 de octubre de 2008.

Capítulo 14: La falacia de la longevidad (¿Breve?)

1. Hay que señalar que damos estas cifras únicamente a efectos demostrativos. Para simplificar (y dado que al fin y al cabo no tiene ningún sentido), no hemos ajustado el cálculo en función de las diferencias entre hombres y mujeres, las variaciones regionales en el tamaño de los esqueletos infantiles, etcétera.

2. 6 de octubre de 2008.

3. Adovasio y otros (2007), pág. 129.

4. Gina Kolata, «Could We Live Forever?» [¿Podríamos vivir eternamente?], 11 de noviembre de 2003.

5. *Scientific American*, 6 de marzo, pág. 57.

6. Harris (1989), págs. 211-212.

7. <http://www.gendercide.org/case_infanticide.html>.

8. Estas cifras no incluyen los abortos selectivos en función del sexo del feto, que constituyen una práctica muy extendida en estos países. Por ejemplo, según la agencia France-Presse, el aborto selectivo ha dejado a China con 32 millones más de hombres que de mujeres, y, en un solo año (2005), nacieron en el país 1,1 millones más de niños que de niñas.

9. El filósofo Peter Singer ha escrito varios libros y ensayos que dan mucho que pensar sobre la cuestión de cómo se calcula el valor de la vida humana con respecto a la no humana. Véase, por ejemplo, Singer (1990).

10. Citado en Blurton Jones y otros (2002).

11. Blurton Jones y otros (2002).

12. Véase Blurton Jones y otros (2002).

13. Un trabajo excelente que recomendamos a los lectores interesados en estos temas es Kaplan y otros (2000). Puede descargarse desde la página web de la Facultad de Kaplan: <www.unm.edu/~hebs/pubs_kaplan.html>.

14. Datos tomados del citado trabajo de Kaplan y otros, pág. 171.

15. Los lectores interesados en conocer cómo siguen actuando en el mundo de hoy estas mismas maldiciones agrícolas quizá quieran leer el libro *In Defense of Food: An Eater's Manifesto* [En defensa de la comida: manifiesto de un comedor] (2009).

16. Larrick y otros (1979).

17. Fuente: Diamond (1997).

18. Edgerton (1992), pág. 111.

19. Cohén y otros (2009).

20. Horne y otros (2008).

21. Ya que ha salido el tema de la hamaca, quisiéramos aprovechar la ocasión para proponer que fue ésta —y no la punta de lanza o el cuchillo de piedra— el primer ejemplo de tecnología humana. Que no se hayan desenterrado pruebas arqueológicas de esta tesis se debe a que las hamacas están hechas de fibras percederas (¿quién iba a querer una hamaca de piedra?). Hasta los chimpancés y los bonobos fabrican hamacas rudimentarias entrelazando ramas de árbol para formar plataformas donde dormir.

22. Sapolsky (1998) hace un soberbio repaso de las formas en que nos afecta el estrés. En cuanto a la cuestión de las similitudes entre el hombre y el bonobo en lo que al estrés se refiere, es interesante observar que, durante la Segunda Guerra Mundial, cuando cayeron las bombas cerca de ellos, murieron de estrés *todos* los bonobos del zoológico, pero *ni uno* de los chimpancés (según De Waal y Lanting, 1998).

23. *The New Yorker*, 26 de junio de 2006, pág. 76.

Cuarta parte: Cuerpos en movimiento

1. Esta cita está tomada de un debate entre Gouid, de un lado, y Steven Pinker y Daniel Dennett, del otro. Si a uno le gustan las discusiones de altos vuelos con muchos golpes bajos, merece la pena que lea «Evolution: The Pleasures of Pluralism» [Evolución: los placeres del pluralismo], *The New York Review of Books*, 44(11), págs. 47-52.

2. Potts (1992), pág. 327.

Capítulo 15: Pequeño gran hombre

1. Miller (2000), pág. 169.

2. Aunque no siempre, ya que puede haber otros factores que influyan en el dimorfismo del tamaño corporal, además de la intensidad del conflicto entre machos por el apareamiento. Véase Lawler (2009), por ejemplo.

3. Se cree que el *Australopithecus* macho (hace entre tres y cuatro millones de años) era aproximadamente un 50% más grande que la hembra. Estudios recientes sugieren que el *Ardipithecus ramidus*, otro supuesto antecesor del hombre (que se cree que vivió cerca de un millón de años antes que el *Australopithecus*) se aproximaba más a nuestro nivel de dimorfismo, de entre el 15 y el 20 %. Pero hay que tener en cuenta que hubo que hacer la tan cacareada reconstrucción del *Ardipithecus ramidus* a partir de fragmentos de muchos individuos distintos, de modo que nuestra impresión del dimorfismo sexual hace 4,4 millones de años se basa, en el mejor de los casos, en conjeturas informadas (White y otros, 2009).

4. Lovejoy (2009).

5. <<http://www.psychologytoday.com/articles/200706/ten-politically-in-correct-truths-about-human-nature>>.

6. Nota complementaria. De la selección natural en relación con los monos. Reimpreso de *Nature*, 2 de noviembre de 1876, pág. 18, <<http://sacred-texts.com/aor/darwin/descent/dom25.htm>>.

7. Como expondremos en el capítulo siguiente, la teoría del «eco genital» propone que las mujeres desarrollaron pechos colgantes para que la hendidura imitara a (¿hay un término científico para esto?) la raja del culo, que tanto

atraía a nuestros antecesores primates. Siguiendo ese mismo razonamiento, hay quien defiende que esos tonos de carmín con nombres sofisticados y exóticos sirven para recrear esos traseros de color rojo brillante que tan perplejo dejaron al pobre Darwin.

8. Sobre la teoría de los equipos de esperma, véanse Baker y Bellis (1995) o Baker (1996).

9. Hrdy (1996) constituye una exposición maravillosamente erudita y apasionante de cómo los traumas y complejos sexuales personales de Darwin siguen gravitando sobre la teoría evolucionista.

10. Nota complementaria. De la selección natural en relación con los monos. Reimpreso de *Nature*, 2 de noviembre de 1876, pág. 18. <<http://sacred-texts.com/aor/darwin/descent/dom25.htm>>.

11. Diamond (1991), pág. 62.

Capítulo 16: La verdadera medida de un hombre

1. De Waal (2005), pág. 113.

2. En Barkow y otros (1992), pág. 299.

3. Barash y Lipton (2001), pág. 141.

4. Pochron y Wright (2002).

5. Wyckoff y otros (2000). Otras investigaciones centradas en la genética testicular de los primates han respaldado la impresión de que las pautas de apareamiento de los humanos primitivos presentaría más similitudes con la promiscuidad de los chimpancés que con el «los machos, de uno en uno» de las gorilas. Véase, por ejemplo, Kingan y otros (2003), quienes concluyen que, «aunque es controvertido establecer la intensidad esperable de la competencia espermática en el *Homo* primitivo, [...] hemos comprobado que los patrones de variabilidad nucleotídica de los Sgl se asemejan más a los hallados en los chimpancés que a los de las gorilas».

6. Short (1979).

7. Margulis y Sagan (1991), pág. 51.

8. Lindholmer (1973).

9. Sobre este tema, véanse los trabajos de Todd Shackelford, en particular Shackelford y otros (2007). Shackelford ha puesto generosamente a disposición del público la mayor parte de lo que ha publicado, que puede

descargarse gratuitamente en <<http://www.toddkshackelford.com/publications/index.html>>.

10. Symons (1979), pág. 92. Aunque probablemente disintamos de la mitad de sus conclusiones, y gran parte de su base científica haya quedado obsoleta, merece la pena leer el libro de Symons sólo por su ingenio y calidad literaria.

11. Harris (1989), pág. 261.

12. La competencia espermática es objeto de apasionado debate. Las limitaciones de espacio (y, posiblemente, el interés de los lectores) nos impiden entrar más a fondo en la discusión, sobre todo por lo que se refiere a las muy polémicas tesis de Baker y Bellis sobre la existencia de equipos de espermatozoides formados por células especializadas que actuarían como «bloqueadores», «kamikazes» y «cazaóvulos». Véase un análisis científico de sus descubrimientos en Baker y Bellis (1995). Para un resumen divulgativo, véase Baker (1996). Para una exposición ecuatorial de la controversia escrita por un tercero imparcial, véase Birkhead (2000), concretamente las páginas 21-29.

13. Datos extraídos principalmente de Dixson (1998).

14. Véase, por ejemplo, Pound (2002).

15. Kilgallon y Simmons (2005).

16. Habrá lectores que repliquen que, más que de erotismo, estas convenciones de la pornografía contemporánea son expresión del sometimiento y la degradación de la mujer. Sea o no éste el caso (un debate que vamos a soslayar de momento), hay que preguntarse igualmente por qué se expresan de este modo en concreto, con esas imágenes, cuando hay tantas maneras de humillar públicamente a alguien. Hay eminentes estudiosos que creen que la práctica del *bukkake* se originó como un modo de castigar a las adúlteras en Japón; una especie de *Letra escarlata* algo menos puritana, por decirlo así (véase, por ejemplo «Bake a Cake? Exposing the Sexual Practice of Bukkake», ponencia presentada en el XVII Congreso Mundial de Sexología por Jeff Hudson y Nicholas Doong: <<http://abstracts.co.allenpress.com/pweb/sexo2005/document/50214>>). Si el lector no sabe lo que es el *bukkake* yes mínimamente proclive a ofenderse, olvide por favor que lo hemos mencionado siquiera.

Capítulo 17: A veces un pene no es más que un pene

1. Frans De Waal sospecha que el pene de los bonobos es más largo, al menos en relación con su tamaño corporal, pero la mayoría de los primatólogos parece estar en desacuerdo con su afirmación. En todo caso, de lo que no cabe ninguna duda es de que el pene humano es mucho más grueso que el de cualquier otro simio, tanto en términos absolutos como relativos, y mucho más largo que el de cualquier primate que no entre claramente en competencia espermática.

2. Sherfey (1972), pág. 67.

3. De hecho, hay una especie de gibbon, el gibbon negro (*Hylobates concolor*), que sí tiene escroto exterior colgante. Resulta interesante que también presente la particularidad de *no* ser estrictamente monógamo (véase Jiang y otros, 1999).

4. Gallup (2009) ofrece un resumen excelente de este material.

5. Dindyal (2004).

6. <<http://news.bbc.co.Uk/go/pr/1f/-/2/hi/health/7633400.stm>2008/09/24>.

7. Harvey May (1989), pág. 508.

8. En *Encyclopedia of Human Evolution*, Robert Martin comenta: «En relación con el tamaño corporal, los humanos dan valores muy bajos de r_{max} , incluso en comparación con otros primates. Esto sugiere que la selección ha favorecido un bajo potencial reproductivo a lo largo de su evolución. Cualquier modelo de la evolución humana debería tenerlo en cuenta». Un valor bajo de r_{max} , sumado a los altísimos niveles de actividad sexual característicos del hombre, es un indicio más de que el sexo ha tenido desde hace mucho tiempo funciones no reproductivas en nuestra especie.

En el mismo sentido, mientras que Dixson (1998) califica de pequeños o vestigiales las vesículas seminales de los primates que practican la monogamia o la poliginia (excepto el gelada), las vesículas seminales humanas los clasifica como medios, y observa que «es razonable proponer que la selección natural podría haber favorecido una reducción del tamaño de las vesículas en condiciones en que la copulación era infrecuente y se reducía la necesidad de grandes volúmenes de eyaculado y formación de coágulos». Y, más adelante, concluye que «esto podría explicar el reducido tamaño de las vesículas en primates básicamente monógamos».

9. *BBC News online*, 16 de julio de 2003.

10. *BBC News online*, 15 de octubre de 2007.

11. *Psychology Today*, marzo/abril de 2001.

12. Barratt y otros (2009).

13. Hipotéticamente, se podría intentar rebatir esta teoría con datos sobre el volumen testicular y la producción de esperma en algunas de las sociedades que hemos mencionado en las que siguen vigentes la competencia espermática y la paternidad múltiple. A este objeto, hemos consultado a todos los antropólogos que trabajaron en la Amazonia (o en cualquier otra tierra de cazadores-recolectores) que pudimos localizar, pero ninguno parece haber conseguido reunir información sobre estos aspectos tan delicados. De todos modos, aunque comprobáramos que los hombres de esas sociedades tienen un volumen testicular y una producción de esperma más altos, como predice nuestra hipótesis, la relativa ausencia de las toxinas medioambientales que presumiblemente son responsables, al menos en parte, de la atrofia testicular en las sociedades industrializadas nos impediría considerar concluyente la comprobación.

14. *BBC News online*, 8 de diciembre de 2006.

15. Diamond (1986).

16. W. A. Schonfeld, «Primary and Secondary Sexual Characteristics. Study of their Development in Males from Birth through Maturity, with Biometric Study of Penis and Testes», *American Journal of Diseases in Children*, 65, págs. 535-549 (citado en Short, 1979).

17. Harvey y May (1989).

18. Baker (1996), pág. 316.

19. Bogucki (1999), pág. 20.

Capítulo 18: Prehistoria de O

1. El libro de Maines se ha convertido en un fenómeno contracultural. Es un relato cautivador y sorprendente, escrito como una rigurosa historia cultural del vibrador. Mientras escribimos este libro, en Broadway se representa *In the Next Room* [En la habitación contigua], una obra basada en él, escrita por Sarah Ruhl. Puede leerse (y oírse) un reportaje sobre la obra para la radio nacional estadounidense en: <<http://www.npr.org/templates/story/story.php?storyId=120463597&ps=cprs>>. También pueden verse algunas escenas.

2. Citas tomadas de Margolis (2004).

3. Véase Money (2000). Resulta interesante que el agotamiento del semen sea también un tema capital en la concepción taoísta de la salud y la sexualidad masculinas. Véanse, por ejemplo, Reid (1989).

4. Sobre Baker Brown, véanse Fleming (1960) y Moscucci (1996).

5. Coventry (2000).

6. Aunque a menudo se dice del clítoris que es «el único órgano del cuerpo humano cuya única función es proporcionar placer», se pueden hacer dos objeciones a esta observación. En primer lugar, si el orgasmo (placer) femenino es funcional en el sentido que apuntamos (incrementa la posibilidad de fecundación, inspira vocalizaciones y fomenta así la competencia espermática), es evidente que ese placer responde a un propósito. Y, en segundo lugar: ¿qué hay de los pezones masculinos? No todos los hombres los ven como una fuente de placer, pero no cabe duda de que son ricos en terminaciones nerviosas, y no tienen ningún cometido.

7. Margolis (2004), págs. 242-243.

8. Irónicamente, según el arqueólogo Timothy Taylor (1996), se cree que esta imagen del Diabolo deriva de *Cemunnos*, el dios cornudo, que era la versión celta de la práctica tántrica hindú, y, por tanto, originalmente un símbolo de la trascendencia espiritual a través de la práctica sexual.

9. Coventry (2000).

10. Hrdy (1999b), pág. 259.

11. Sherfey (1972), pág. 113.

Capítulo 19: Las chicas son guerreras

1. Pinker (2002), pág. 253.

2. Y no es que estemos excluyendo a las mujeres y a los homosexuales, es sólo que no hay demasiados datos científicos al respecto. Es interesante subrayar, no obstante, que varias personas nos han comentado, a título anecdótico, que siempre que oían a sus vecinos (parejas gays y lesbianas indistintamente) en la cama, el miembro de la pareja al que consideraban más femenino era el que hacía más ruido.

3. Cuando Rob Reiner, el director, le enseñó el guión a su madre, ésta le sugirió que al final de la escena metieran un plano de una señora mayor a

punto de pedir, y que dijera: «Tomaré lo mismo que ella». La frase era tan buena que Reiner le dijo a su madre que la incluiría, pero sólo si *ella* se prestaba a decirla en la película, cosa que hizo.

4. Semple (2001).

5. Small (1993), pág. 142.

6. Small (1993), pág. 170.

7. Dixson (1998), págs. 128-129.

8. Pradhan y otros (2006).

9. Las citas son de Hamilton y Arrowood (1978).

10. La intensidad de las vocalizaciones femeninas podría, por ejemplo, guiar la reacción orgásmica de un macho atento, incrementando las posibilidades de orgasmo simultáneo o casi simultáneo. Como exponemos más adelante, hay evidencias de que esa coordinación podría suponer ventajas reproductivas para el macho.

11. Como el lector no ignorará, esto no es el lema de ninguna fraternidad universitaria, sino el título de un culebrón colombiano sobre chicas que se hacen implantes mamarios para atraer la atención de ricos narcotraficantes y escapar así de la pobreza.

12. Por ejemplo, Symons (1979) y Wright (1994).

13. Véanse Morris (1967), Diamond (1991) y Fisher (1992).

14. <http://dir.salon.com/story/mwt/style/2002/05/28/booty_call/>.

15. Aunque puede considerarse que están siempre hinchados, eso no quiere decir que no cambien a lo largo del ciclo vital (y del menstrual) de una mujer. Normalmente, se hinchan aún más durante el embarazo, la lactancia y el orgasmo (hasta un 25 % más, según Sherfey), y pierden tamaño y plenitud con la edad y el amamantamiento.

16. Small (1993), pág. 128.

17. Haselton y otros (2007). Disponible *online* en <www.sciencedirect.com>.

18. Son muchas las explicaciones académicas de la sexualidad humana que incorporan esta justificación, pero probablemente la más conocida siga siendo la de Desmond Morris.

19. Dixson (1998), págs. 133-134.

20. La cita se refiere específicamente a macacos y chimpancés, aunque la sección a la que pertenece trata de la capacidad para el orgasmo múltiple de las hembras de primate en general. Afirmaciones como ésta nos llevaron a

preguntarnos por qué Dixon no había extraído las conclusiones a las que los hechos parecen apuntar tan claramente. Le enviamos un correo electrónico exponiendo por encima nuestra argumentación y solicitándole su comentario o su crítica, pero, si lo recibió, optó por no contestar.

21. Symons (1979), pág. 89.

22. Lloyd, que fuera alumna de Stephen Jay Gould, publicó recientemente un libro dedicado enteramente a repasar (y descalificar de forma más bien desdeñosa) las diversas justificaciones adaptativas del orgasmo femenino (*The Case of the Female Orgasm: Bias in the Science of Evolution*) [El caso del orgasmo femenino: prejuicio en la ciencia de la evolución]. Para hacerse una idea de por qué no recomendamos su lectura, véase la crítica de David Barash, «Let a Thousand Orgasms Bloom» [Que florezcan mil orgasmos], que puede descargarse de <<http://www.epjournal.net/filestore/ep03347354.pdf>>.

23. Como ya hemos comentado, algunas de las conclusiones de Baker y Bellis han sido muy controvertidas. Las mencionamos porque son relativamente conocidas para el gran público, pero ninguna de ellas es esencial en nuestras argumentaciones.

24. Barrat y otros (2009). Disponible *online* en <<http://jbiol.com/content/8/7/63>>.

25. Pusey (2001).

26. Ambas citas proceden de Potts y Short (1999). La primera es del texto principal, pág. 38, mientras que la segunda corresponde a su vez a una cita de Laura Betzig, pág. 39.

27. Dixon (1998), págs. 269-271. Birkhead (2000) contiene un excelente resumen del desarrollo del concepto de selección sexual poscopulatoria. De la función de filtrado, se recogen abundantes evidencias en Eberhard (1996), cuyo autor presenta docenas de ejemplos de hembras que ejercen un «control poscopulatorio» sobre qué esperma fertiliza sus óvulos.

28. Dixon (1998), pág. 2.

29. Small (1993), pág. 122.

30. Gallup y otros (2002)

Quinta parte: Los hombres son de África, y las mujeres, de África

1. Wright (1994), pág. 58

Capítulo 20: ¿En qué piensa la Mona Lisa?

1. Kendrick y otros (1998).
2. Baumeister (2000).
3. Chivers y otros (2007).
4. El excelente artículo de Bergner «What Do Women Want?-Discovering What Ignites Female Desire» [¿Qué quieren las mujeres?: descubriendo qué inflama el deseo femenino], 22 de enero de 2009, menciona buena parte de los estudios que comentamos aquí. Enlace: <<http://www.nytimes.com/2009/01/25/magazine/25desire-t.html>>.
5. Anokhin y otros (2006).
6. Georgiadis y otros (2006). O, para un comentario del estudio: Mark Henderson, «Women Fall into a “Trance” During Orgasm» [Las mujeres entran «en trance» durante el orgasmo], *Times Online*, 20 de junio de 2005, <http://www.timesonline.co.uk/tol/life_and_style/health/article535521.ece>.
7. Tarín y Gómez-Piquer (2002).
8. La cita de Little procede de un artículo de BBC News: <<http://news.bbc.co.uk/2/hi/health/2677697.stm>>.
9. Wedekind y otros (1995). Entre los estudios de seguimiento más recientes está Santos y otros (2005).
10. La píldora anticonceptiva no sólo interfiere con la habilidad de la mujer para percibir el MHC de los hombres, sino que parece afectar también a otros sistemas de reacción. Véanse, por ejemplo, Laeng y Falkenberg (2007).
11. Alvergne y Lummaa (2009) recoge un análisis reciente de ese estudio.
12. No pretendemos con esto condenar el uso de la píldora. Pero, a la vista de esos cambios, sí recomendaríamos encarecidamente que las parejas pasen unos meses utilizando métodos alternativos de contracepción antes de hacer planes a largo plazo.
13. Lippa (2007). Disponible *online* en: <http://psych.fullerton.edu/rli/ppa/bbc_sexdrive.htm>.
14. Véase Safron y otros (2007). Hay un buen resumen de estudios hechos en esta línea en <<http://www.wired.com/medtech/health/news/2004/04/63115?currentPage=all>>.
15. Alexander y Fisher (2003).

Capítulo 2 1: El lamento del perverso

1. Dixon (1998), pág. 145.

2. Ambas entrevistas aparecieron en la emisión número 220 del programa de la NPR *This American Life*. Pueden descargarse gratuitamente de iTunes o en <www.thislife.org>.

3. Según Reid (1989), en China se tenía por sensato y sano que los hombres jóvenes compartieran su desbordante vigor sexual con mujeres mayores, que se beneficiarían de absorber la energía liberada por el orgasmo masculino; igualmente, se consideraba que el orgasmo de mujeres jóvenes infundiría una vitalidad renovada a los hombres de más edad. Se da esa misma pauta en algunas sociedades de cazadores-recolectores y culturas de las islas del sur del Pacífico.

4. Un ejemplo entre muchos: según recoge Dabbs y otros (1991, 1995), «los delincuentes con niveles altos de testosterona cometían delitos más violentos, eran juzgados más severamente por el comité de libertad condicional y violaban los reglamentos carcelarios con más frecuencia que aquellos con niveles de testosterona más bajos».

5- Gibson (1989).

6. Uno se pregunta por las repercusiones sociales a largo plazo de la frustración sexual generalizada entre los adolescentes varones. ¿Hasta qué punto, por ejemplo, no contribuye esa frustración a la furia misógina que sienten muchos hombres? ¿Cómo afecta a la disposición de los jóvenes a enrolarse en guerras o apuntarse a bandas callejeras? Aunque no compartimos argumentos como los expuestos en Kanazawa (2007), donde se defiende que el islam aprueba la poliginia con el fin de aumentar la frustración sexual masculina y crear una reserva de potenciales terroristas suicidas, es difícil rebatir la idea de que una frustración intensa se expresará a menudo en forma de rabia desviada.

7. Georgia tiene un serio problema con el sexo oral. Hasta 1998, era ilegal —incluso entre marido y mujer, en la intimidad de su propio dormitorio—, y estaba penado con hasta veinte años de cárcel.

8. Por ejemplo, <<http://www.npr.org/templates/story/story.php?storyId=102386952&ft=1&f=1001>>.

9. Fortenberry (2005).

10. Todas las citas de esta sección proceden de Prescott (1975).

11. Véanse Elwin (1968) y Schlegel (1995).
12. «Some Thoughts on the Science of Onanism» [Algunas reflexiones sobre la ciencia del onanismo], un discurso pronunciado ante el Stomach Club, una sociedad de escritores y artistas norteamericanos.
13. Money (1985).
14. Véase <<http://www.cirp.org/library/statistics/USA/>>.
15. Money (1985), págs. 101-102.
16. Aquellos hombres creían que cualquier alimento especiado o de fuerte sabor excitaba la energía sexual, por lo que recomendaban dietas insípidas a fin de amortiguar la libido. Los Graham Crackers y los desayunos de cereales sin azúcar inicialmente iban dirigidos al mercado de los padres de chicos adolescentes como alimentos que ahuyentarían los males de la masturbación. Boyle (1993) contiene una descripción dramatizada, pero en gran medida exacta, de estos hombres y su movimiento.
17. Es interesante que un sobrino de Freud, Edward Bernays, esté considerado como uno de los pioneros de las relaciones públicas y de la publicidad moderna. Una de sus campañas publicitarias más famosas fue la primera que asoció el consumo de cigarrillos a la creciente autonomía de las mujeres. En la década de 1920, organizó una marcha de modelos dentro del desfile de Pascua de Nueva York, en la que cada una de ellas llevaba un cigarrillo encendido y una pancarta con el lema «antorcha de libertad». Para más información al respecto, véase Ewen (1976/2001).
18. Los ganaderos saben muy bien que, para conseguir que un toro monte a la misma vaca más de unas pocas veces, hay que engañarlo y hacerle creer que se trata de otra distinta. Lo hacen restregando una manta por encima de otra vaca para impregnar el tejido con su olor y cubriendo luego con ella a la vaca a la que quieren aparear. Si el toro no pica, se niega en redondo (por más atractiva que sea la vaca).
19. Sprague y Quadagno (1989).
20. Véase, en este sentido, el documental *Rent a Rasta*, escrito y dirigido por J. Michael Seyfert: <www.rentarasta.com>; o el largometraje *Hacia el sur*, dirigido por Laurent Cantet, que trata sobre mujeres que iban a Haití en la década de 1970.
21. *The New Yorker*, 6 y 13 de julio de 2009, pág. 68.
22. A esto hay que añadir el llamado «efecto Westermarck», que parece pesar con fuerza en contra del sexo entre parientes cercanos.

23. Véanse, por ejemplo, Gray y otros (1997 y 2002), y Ellison y otros (2009).

24. Véanse, por ejemplo, Glass y Wright (1985).

25. Roney y otros (2009), pero véase también Roney y otros (2003, 2006 y 2007).

26. Davenport (1965).

27. Kinsey y otros (1948), pág. 589.

28. Symons (1979), pág. 232.

29. Bernard (1972/1982).

30. Berkowitz y Yager-Berkowitz (2008).

31. Symons (1979), pág. 250.

32. Véase, por ejemplo, Roney y otros (2003). Hacer habitualmente ejercicio aeróbico, comer mucho ajo, evitar el estrés y no robar horas al sueño también son buenas formas de mantenerse «a tope». Hay que subrayar que, pese a las pruebas anecdóticas, pocos científicos han querido exponerse al ridículo pidiendo una beca para el estudio de los cambios hormonales en los mujerigos. El fenómeno, sin embargo, está muy documentado en otros mamíferos (véase, por ejemplo, Macrides y otros, 1975). Es posible que esté mediatizado no tanto por las relaciones sexuales en sí como por las feromonas, lo que podría explicar las tiendas de *bulusela* de Japón, equipadas con máquinas expendedoras donde los hombres pueden comprar braguitas de chicas, envasadas al vacío (pero usadas). Quizás algún estudiante de doctorado emprendedor quiera considerar la posibilidad de efectuar un estudio similar al del experimento de las camisetas sudadas de Wedekind (pero con bragas femeninas en vez de camisetas masculinas), para comprobar si la simple exposición a las feromonas genitales de mujeres desconocidas basta para influir en la concentración de testosterona en sangre de los hombres.

33. Por ejemplo, en cuanto a la depresión: Shores y otros (2003); enfermedades cardíacas: Malkin y otros (2003); demencias: Henderson y Hogervorst (2004); mortalidad: Shores y otros (2006).

34. Phillip Weiss cita a Squire en su provocativo artículo de la revista *New York* «The affairs of men: The trouble with sex and marriage» [Las infidelidades masculinas: el problema del sexo y el matrimonio], 18 de mayo de 2008. Disponible en <<http://nymag.com/relationships/sex/47055>>.

Capítulo 22: Juntos frente al cielo

1. Wilson (1978), pág. 148.
2. Homberg (1969), pág. 258.
3. «Is There Hope for the American Marriage?» [¿Hay esperanza para el matrimonio americano?], Caitlin Flanagan, Time, 2 de julio de 2009. <<http://www.time.com/time/nation/article/0,8599,1908243,00.html>>.
4. Estas citas de Druckerman están extraídas de un artículo sobre su libro publicado en The Observer, el 8 de julio de 2007.
5. Jaynes (1990), pág. 67.
6. «What Does Marriage Mean?» [¿Qué significa el matrimonio?], Dan Savage. En Salon.com, 17 de julio de 2004: <http://www.salon.com/mwt/feature/2004/07/17/gay_marriage/index.html>.
7. La cita de Squire está tomada de un artículo que Weiss publicó en la revista *New York*, el 18 de mayo de 2008: «The affairs of men: The trouble with sex and marriage». Disponible en <<http://nymag.com/relationships/sex/47055>>.
8. «Only You. And You. And You. Polyamory — relationships with multiple, mutually consenting partners— has a coming-out party.» Por Jessica Bennett. *Newsweek* (exclusiva de la edición digital), 29 de julio de 2009. <<http://www.newsweek.com/id/209164>>.
9. Hrdy (2001), pág. 91.
10. «Scenes from a group marriage» [Escenas de un matrimonio de grupo], por Laird Harrison. Salon.com. <http://mobile.salon.com/mwt/feature/2008/06/04/open_marriage/index.html>.
11. <http://andrewsullivan.theatlantic.com/the_daily_dish/2009/01/ted_haggard-a-1.html>.
12. McElvaine (2001), pág. 339.
13. Perel (2006), pág. 192.
14. Gould (2000), pág. 29-31.
15. Después de todo, en la década de 1970, *alguien* debió de leer los cuatro millones de ejemplares vendidos de *Matrimonio abierto*, de Nena y George O'Neill.
16. Perel (2006), págs. 192-194.
17. Burnham y Phelan (2000), pág. 195.
18. Perel (2006), pág. 197.

19. Bergstrand y Blevins Williams (2000).

20. Easton y Liszt (1997).

21. Pueden escucharse extractos de la conferencia de prensa en: <www.thisamericanlife.org/Radio_Episode.aspx?episode=95>.

22. Supimos de esta sorprendente relación entre el Sol y la Luna por Weil (1980), un libro fascinante sobre el potencial de alteración de la conciencia de cosas que van desde un eclipse de Sol a un mango en su punto justo de madurez.

REFERENCIAS Y PROPUESTA DE ULTERIORES LECTURAS SOBRE EL TEMA

- Abbott, E., *A History of Celibacy*, Cambridge (Massachusetts), Da Capo Press, 1999.
- Abramson, P. R., y Pinkerton, S. D. (comps.), *Sexual Nature Sexual Culture*, Chicago, University of Chicago Press, 1995a.
- , *With Pleasure: Thoughts on the Nature of Human Sexuality*, Nueva York, Oxford University Press, 1995b.
- Acton, W., *The Functions and Disorders of the Reproductive Organs in Childhood, Youth, Adult Age, and Advanced Life Considered in their Physiological, Social, and Moral Relations*, Charleston (Carolina del Sur), BiblioLife, 1857/2008.
- Adovasio, J. M., Soffer, O., y Page, J., *The Invisible Sex: Uncovering the True Roles of Women in Prehistory*, Nueva York, Smithsonian Books, 2007 (trad. cast.: *El sexo invisible: una nueva mirada a la historia de las mujeres*, Barcelona, Lumen, 2008).
- Alexander, M. G., y Fisher, T. D., «Truth and consequences: Using the bogus pipeline to examine sex differences in self-reported sexuality», en *The Journal of Sex Research*, n° 40, 2003, págs. 27-35.
- Alexander, R. D., *The Biology of Moral Systems*, Chicago, Aldine, 1987.
- Alexander, R. D., Hoogland, J. L., Howard, R. D., Noonan, K. M., y Sherman, R. W., «Sexual dimorphisms and breeding systems in pinnipeds, ungulates, primates and humans», en N. Chagnon y W. Irons (comps.), *Evolutionary Biology and Human Social Behavior: An Anthropological Perspective*, Nueva York, Wadsworth, 1979, págs. 402-435.
- Alien, M. L., y Lemmon, W. B., «Orgasm in female primates», en *American Journal of Primatology*, n° 1, 1981, págs. 15-34.
- Alvergne, A., y Lummaa, V., «Does the contraceptive pill alter mate choice in humans?», en *Trends in Ecology and Evolution*, n° 24, publicado online el 7 de octubre de 2009.

- Ambrose, S., «Late Pleistocene human population bottlenecks, volcanic winter, and differentiation of modern humans», en *Journal of Human Evolution*, n° 34(6), 1998, págs. 623-651.
- Amos, W., y Hoffman, J. I., «Evidence that two main bottleneck events shaped modern human genetic diversity», en *Proceedings of the Royal Society B.*, 2009, publicado online antes de su impresión el 7 de octubre de 2009, doi:10.1098/rspb.2009.1473.
- Anderson, M., Hessel, J., y Dixson, A. E., «Primate mating systems and the evolution of immune response», en *Journal of Reproductive Immunology*, n° 61, 2004, págs. 31-38.
- Angier, N., *The Beauty of the Beastly: New Views of the Nature of Life*, Nueva York, Houghton Mifflin, 1995.
- , *Woman: An Intimate Geography*, Nueva York, Virago, 1999 (trad. cast.: *Mujer, una geografía íntima*, Barcelona, Paidós, 2011).
- Anokhin, A. P., Golosheykin, S., Sirevaag, E., Kristjansson, S., Rohrbaugh, J. W., y Heath, A. C., «Rapid discrimination of visual scene content in the human brain», en *Brain Research*, doi:10.1016/j.brainres.2006.03.108, publicado online el 18 de mayo de 2006.
- Ardrey, R., *The Hunting Hypothesis*, Nueva York, Athenaeum, 1976 (trad. cast.: *La evolución del hombre: la hipótesis del cazador*, Madrid, Alianza, 1998).
- Axelrod, R., *The Evolution of Cooperation*, Nueva York, Basic Books, 1984 (trad. cast.: *La evolución de la cooperación: el dilema del prisionero y la teoría de juegos*, Madrid, Alianza, 1996).
- Bagemihl, B., *Biological Exuberance: Animal Homosexuality and Natural Diversity*, Nueva York, St. Martin's Press, 1999.
- Baker, R. R., *Sperm Wars: The Science of Sex*, Nueva York, Basic Books, 1996 (trad. cast.: *Batallas en la cama*, Madrid, Temas de Hoy, 1997).
- Baker, R. R. y Bellis, M., *Human Sperm Competition*, Londres, Chapman Hall, 1995.
- Barash, D. P., *Sociobiology and Behavior*, Ámsterdam, Elsevier, 1977.
- Barash, D. P., y Lipton, J. E., *The Myth of Monogamy: Fidelity and Infidelity in Animals and People*, Nueva York, W. H. Freeman, 2001 (trad. cast.: *El mito de la monogamia: la fidelidad y la infidelidad en los animales y en las personas*, Madrid, Siglo XXI de España, 2003).
- Barkow, J. H., «The distance between genes and culture», en *Journal of Anthropological Research*, n° 40, 1984, págs. 367-379.

- Barkow, J. H., Cosmides, L., y Tooby, J. (comps.), *The Adapted Mind: Evolutionary Psychology and the Generation of Culture*, Nueva York, Oxford University Press, 1992.
- Barlow, C. (comp.), *Evolution Extended: Biological Debates on the Meaning of Life*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press, 1984.
- Barlow, N. (comp.), *The Autobiography of Charles Darwin*, Nueva York, Harcourt Brace, 1958.
- Barratt, C. L. R., Kay, V., y Oxenham, S. K., «The human spermatozoon-a stripped down but refined machine», en *Journal of Biology*, n° 8, 2009, pág. 63, <<http://jbiol.com/content/8/7/63>>.
- Bateman, A. J., «Intra-sexual selection in *Drosophila*», en *Heredity*, n° 2, 1948, págs. 349-368.
- Batten, M., *Sexual Strategies: How Females Choose Their Mates*, Nueva York, Putnam, 1992.
- Baumeister, R. F., «Gender differences in erotic plasticity: The female sex drive as socially flexible and responsive», en *Psychological Bulletin*, n° 126, 2000, págs. 347-374.
- Beach, F. (comp.), *Human Sexuality in Four Perspectives*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1976.
- Bean, L. J., «Social organization», en R. Heizer (comp.), *Handbook of North American Indians*, vol. 8, California, Washington, D.C., Smithsonian Institution Press, 1978, págs. 673-682.
- Beckerman, S., y Valentine, P. (comps.), *Cultures of Multiple Fathers: The Theory and Practice of Partible Paternity in Lowland South America*, Gainesville, University Press of Florida, 2002.
- Bellis, M. A., y Baker, R. R., «Do females promote sperm competition: Data for humans», en *Animal Behaviour*, n° 40, 1990, págs. 997-999.
- Belliveau, J., *Romance on the Road: Travelling Women Who Love Foreign Men*, Baltimore (Maryland), Beau Monde Press, 2006.
- Behar, D. M. y otros, «The dawn of human matrilineal diversity», en *The American Journal of Human Genetics*, n° 82, 2008, págs. 1.130-1.140.
- Bergstrand, C., y Blevins Williams, J., «Today's Alternative Marriage Styles: The Case of Swingers», en *Electronic Journal of Human Sexuality*, publicación anual, 2000. Online-, <http://findarticles.com/p/articles/mi_6896/is_3/ai_n28819761/?tag=content;col1>.
- Berkowitz, B., y Yager-Berkowitz, S., *Hes Just Not Up For It Anymore: Why*

- Men Stop Having Sex and What You Can Do About It*, Nueva York, William Morrow, 2008.
- Berman, M., *Wandering God: A Study in Nomadic Spirituality*, Albany, State University of New York Press, 2000.
- Bernard, J., *The Future of Marriage*, New Haven, Yale University Press, 1972/1982.
- Betzig, L., «Despotism and differential reproduction: A cross-cultural correlation of conflict asymmetry, hierarchy and degree of polygyny», en *Ethology and Sociobiology*, n° 3, 1982, págs. 209-221.
- , *Despotism and Differential Reproduction: A Darwinian View of History*, Nueva York, Aldine, 1986.
- , «Causes of conjugal dissolution: A cross-cultural study», en *Current Anthropology*, n° 30, 1989, págs. 654-676.
- Birkhead, T., *Promiscuity: An Evolutionary History of Sperm Competition and Sexual Conflict*, Nueva York, Faber and Faber, 2000 (trad. cast.: *Promiscuidad: una historia evolucionista de la competencia entre espermatozoides*, Pamplona, Laetoli, 2007).
- , «Postcopulatory sexual selection», en *Nature Reviews: Genetics*, n° 3, 2002, págs. 262-273, www.nature.com/reviews/genetics.
- Blount, B. G., «Issues in bonobo (*Pan paniscus*) sexual behavior», en *American Anthropologist*, n° 92, 1990, págs. 702-714.
- Blum, D., *Sex on the Brain: The Biological Differences Between Men and Women*, Nueva York, Viking, 1997.
- Blurton Jones, N., Hawkes, K., y O'Connell, J. F., «Antiquity of postreproductive life: Are there modern impacts on hunter-gatherer postreproductive life spans?», en *American Journal of Human Biology*, n° 14, 2002, págs. 184-205.
- Bodley, J., *The Power of Scale: A Global History Approach (Sources and Studies in World History)*, Armonk (Nueva York), M. E. Sharpe, 2002.
- Boehm, C. H., *Hierarchy in the Forest: The Evolution of Egalitarian Behavior*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1999.
- Bogucki, P., *The Origins of Human Society*, Malden (Massachusetts), Blackwell, 1999.
- Borofsky, R., *Yanomami: The Fierce Controversy and What We Can Learn From It*, Berkeley, University of California Press, 2005.
- Borries, C., Launhardt, K., Epplen, C., Epplen, J. T., y Winkler, P., «Males as

- infant protectors in Hanuman iangurs (*Presbytis entellus*) living in multi-male groups—defense pattern, paternity and sexual behaviour», en *Behavioral Ecology and Sociobiology*, n° 46, 1999, págs. 350-356.
- Bowlby, J., *Charles Darwin: A New Life*, Nueva York, Norton, 1992.
- Boyd, R., y Silk, J., *How Humans Evolved*, Nueva York, Norton, 1997.
- Boyle, T. C., *The Road to Wellville*, Nueva York, Viking, 1993 (trad. cast.: *El balneario de Battle Creek*, Barcelona, Anagrama, 1995).
- Boysen, S. T., y Himes, G. T., «Current issues and emergent theories in animal cognition», en *Annual Reviews in Psychology*, n° 50, 1999, págs. 683-705.
- Brizendine, L., *The Female Brain*, Nueva York, Morgan Road Books, 2006 (trad. cast.: *El cerebro femenino*, Barcelona, RBA, 2008).
- Brown, D., *Bury My Heart at Wounded Knee: An Indian History of the American West*, Nueva York, Holt Paperbacks, 1970/2001 (trad. cast.: *Enterrad mi corazón en Wounded Knee: historia india del oeste Americano*, Madrid, Turner, 2005).
- Bruhn, J. G., y Wolf, S., *The Roseto Story: An Anatomy of Health*, Oklahoma, University of Oklahoma Press, 1979.
- Buller, D. J., *Adapting Minds: Evolutionary Psychology and the Persistent Quest for Human Nature*, Cambridge (Massachusetts), The MIT Press, 2005.
- Bullough, V. L., *Science in the Bedroom: A History of Sex Research*, Nueva York, HarperCollins, 1994.
- Burch, E. S., Jr., y Ellanna, L. J. (comps.), *Key Issues in Hunter-Gatherer Research*, Oxford (Inglaterra), Berg, 1994.
- Burnham, T., y Phelan, J., *Mean Genes: From Sex to Money to Food: Taming Our Primal Instincts*, Cambridge (Massachusetts), Perseus, 2000.
- Buss, D. M., «Sex differences in human mate preferences: Evolutionary hypotheses testing in 37 cultures», en *Behavioral and Brain Sciences*, n° 12, 1989, págs. 1-49.
- , *The Evolution of Desire: Strategies of Human Mating*, Nueva York, Basic Books, 1994 (trad. cast.: *La evolución del deseo: estrategias del emparejamiento humano*, Madrid, Alianza, 2009).
- , *The Dangerous Passion: Why Jealousy Is as Necessary as Love and Sex*, Nueva York, The Free Press, 2000.
- , *The Murderer Next Door: Why the Mind Is Designed to Kill*, Nueva York, Penguin Press, 2005.

- Buss, D. M., Larsen, R. J., Westen, D., y Semmelroth, J., «Sex differences in jealousy: Evolution, physiology and psychology», en *Psychological Science*, n° 3, 1992, págs. 251-255.
- Buss, D. M., y Schmitt, D. R., «Sexual strategies theory: An evolutionary perspective on human mating», en *Psychological Review*, n° 100, 1993, págs. 204-232.
- Caesar, J., *The Gallic Wars: Julius Caesar's Account of the Roman Conquest of Gaul*, St. Petersburg (Florida), Red and Black Publishers, 2008 (trad. cast.: *Comentarios a la guerra de las Galias*, Madrid, Alianza, 2010).
- Cassini, M. H., «Inter-specific infanticide in South American otariids», en *Behavior*, n° 135, 1998, págs. 1.005-1.012.
- Caswell, J. L., y otros, «Analysis of chimpanzee history based on genome sequence alignments», en *PLoS Genetics*, abril, 4(4), e1000057, 2008. *Online*. <<http://www.plosgenetics.org/article/info%3Adoi%2F10.1371%2Fjournal.pgen.1000057>>.
- Catón, H., *The Samoa Reader: Anthropologists Take Stock*, Lanham (Maryland), University Press of America, 1990.
- Chagnon, N., *Yanomamo: The Fierce People*, Nueva York, Hoit, Rinehart and Winston, 1968 (trad. cast.: *Yanomamo: la última gran tribu*, Barcelona, Alba, 2006).
- Chapman, A. R., y Sussman, R. W. (comps.), *The Origins and Nature of Sociality*, Piscataway (Nueva Jersey), Aldine Transaction, 2004.
- Cherlin, A. J., *The Marriage-Go-Round: The State of Marriage and the Family in America Today*, Nueva York, Knopf, 2009.
- Chernela, J. M., «Fathering in the northwest Amazon of Brazil», en S. Beckerman y P. Valentine (comps.), *Cultures of Multiple Fathers: The Theory and Practice of Partible Paternity in Lowland South America*, Gainesville, University Press of Florida, 2002, págs. 160-177.
- Chivers, M. L., Seto, M. C., y Blanchard, R., «Gender and sexual orientation differences in sexual response to the sexual activities versus the gender of actors in sexual films», en *Journal of Personality and Social Psychology*, n° 93, 2007, págs. 1.108-1.121.
- Clark, G., «Aspects of early hominid sociality: An evolutionary perspective», en C. Barton y G. Clark (comps.), *Rediscovering Darwin: Evolutionary Theory and Archaeological Explanation*, Archaeological Papers of the American Anthropological Association, n° 7, 1997, págs. 209-231.

- Clark, R. D., y Hatfield, E., «Gender differences in receptivity to sexual offers», en *Journal of Psychology & Human Sexuality*, n° 2, 1989, págs. 39-53.
- Cochran, G., y Harpending, H., *The 10,000 Year Explosión: How Civilization Accelerated Human Evolution*, Nueva York, Basic Books, 2009.
- Cohén, S., y otros, «Sleep habits and susceptibility to the common cold», en *Archives of Internal Medicine*, n° 169, 2009, pág. 62.
- Corning, P., «The synergism hypothesis: A theory of progressive evolution», en C. Barlow (comp.), *Evolution Extended: Biological Debates on the Meaning of Life*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press, 1994, págs. 110-118.
- Cosmides, L., y Tooby, J., «From evolution to behavior: Evolutionary psychology as the missing link», en J. Dupree (comp.), *The Latest on the Best: Essays on Evolution and Optimality*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press, 1987, págs. 227-306.
- Counts, D. E. A., y Counts, D. R., «Father's water equals mother's milk: The conception of parentage in Kaliai, West New Guinea», en *Mankind*, n° 14, 1983, págs. 45-56.
- Coventry, M., «Making the cut: It's a girl!... or is it? When there's doubt, why are surgeons calling the shots?», en *Ms. Magazine*, octubre/noviembre de 2000. Recuperado el 2 de julio de 2002 en <<http://www.msmagazine.com/oct00/makingthecut.html>>.
- Crocker, W. H., «Canela "other fathers": Partible paternity and its changing practices», en S. Beckerman y P. Valentine (comps.), *Cultures of Multiple Fathers: The Theory and Practice of Partible Paternity in Lowland South America*, Gainesville, University Press of Florida, 2002, págs. 86-104.
- Crocker, W. H., y Crocker, J. G., *The Canela: Kinship, Ritual and Sex in an Amazonian Tribe (Case Studies in Cultural Anthropology)*, Florence (Kentucky), Wadsworth, 2003.
- Dabbs, J. M., Jr., Carr, T. S., Frady, R. L., y Riad, J. K., «Testosterone, crime and misbehavior among 692 male prison inmates», en *Personality and Individual Differences*, n° 18, 1995, págs. 627-633.
- Dabbs, J. M., Jr., Jurkovic, G., y Frady, R. L., «Salivary testosterone and cortisol among late adolescent male offenders», en *Journal of Abnormal Child Psychology*, n° 19, 1991, págs. 469-478.

- Daniels, D., «The evolution of concealed ovulation and self-deception», en *Ethology and Sociobiology*, n° 4, 1983, págs. 69-87.
- Darwin, C., *On the Origin of Species by Means of Natural Selection*, Londres, John Murray, 1839 (trad. cast.: *El origen de las especies por medio de la selección natural*, Madrid, Alianza, 2010).
- , *The Descent of Man and Selection in Relation to Sex*, Nueva York, Plume, 1871/2007 (trad. cast.: *El origen del hombre*, Barcelona, Crítica, 2009).
- Davenport, W. H., «Sexual patterns and their regulation in a society of the Southwest Pacific», en Beach (comp.), *Sex and Behavior*, 1965, págs. 161-203.
- Dawkins, R., *The Selfish Gene*, Nueva York, Oxford University Press, 1976 (trad. cast.: *El gen egoísta*, Barcelona, Salvat, 2000).
- , *Unweaving the Rainbow: Science, Delusion and the Appetite for Wonder*, Boston, Houghton Mifflin, 1998 (trad. cast.: *Destejiendo el arco iris: ciencia, ilusión y el deseo de asombro*, Barcelona, Tusquets, 2000).
- De Waal, F., «Bonobo sex and society: The behavior of a close relative challenges assumptions about male supremacy in human evolution», en *Scientific American* (marzo), 1995, págs. 82-88.
- , *Good Natured: The Origins of Right and Wrong in Humans and Other Animals*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1996 (trad. cast.: *Bien natural: los orígenes del bien y el mal en los humanos y otros animales*, Barcelona, Herder, 1997).
- , *Chimpanzee Politics: Power and Sex among the Apes*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins University Press, publicado originalmente en 1982 (trad. cast.: *La política de los chimpancés*, Madrid, Alianza, 1993).
- , *The Ape and the Sushi Master: Cultural Reflections of a Primatologist*, Nueva York, Basic Books, 2001a (trad. cast.: *El simio y el aprendiz de Sushi: reflexiones de un primatólogo sobre la cultura*, Barcelona, Paidós, 2002).
- , «Apes from Venus: Bonobos and human social evolution», en F. de Waal (comp.), *Tree of Origin: What Primate Behavior Can Tell Us About Human Social Evolution*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2001b, págs. 39-68.
- , (comp.), *Tree of Origin: What Primate Behavior Can Tell Us About Human Social Evolution*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2001c.

- , *Our Inner Ape: The Best and Worst of Human Nature*. Londres, Granta Books, 2005a (trad. cast.: *El mono que llevamos dentro*, Barcelona, Tusquets, 2007).
- , «Bonobo sex and society», en *Scientific American*, edición online, febrero, 2005b, págs. 32-38.
- , *The Age of Empathy: Nature's Lessons for a Kinder Society*, Nueva York, Harmony Books, 2009 (trad. cast.: *La edad de la empatía: lecciones de la naturaleza para una sociedad más justa y solidaria*, Barcelona, Tusquets, 2011).
- De Waal, F., y Johanowicz, D. L., «Modification of reconciliation behavior through social experience: An experiment with two macaque species», en *Child Development*, n° 64, 1993, págs. 897-908.
- De Waal, F., y Lanting, F., *Bonobo: The Forgotten Ape*, Berkeley, University of California Press, 1998.
- DeMeo, J., *Saharasia: The 4000 B. C.E. Origins of Child Abuse, Sex-repression, Warfare and Social Violence, in the Deserts of the Old World*, Eugene (Oreón), Natural Energy Works, 1998.
- Desmond, A., y Moore, J., *Darwin: The Life of a Tormented Evolutionist*, Nueva York, Warner Books, 1994.
- DeSteno, D., y Salovey, P., «Evolutionary origins of sex differences in jealousy? Questioning the "fitness" of the model», en *Psychological Science*, n° 7, 1996, págs. 367-372.
- Dewsbury, D. A., «Effects of novelty on copulatory behavior: The Coolidge effect and related phenomena», en *Psychological Bulletin*, n° 89, 1981, págs. 464-482.
- Diamond, J., «Variation in human testis size», en *Nature*, n° 320, 1986, pág. 488.
- , «The worst mistake in the history of the human race», en *Discover*, mayo de 1987.
- , *The Rise and Fall of the Third Chimpanzee: How Our Animal Heritage Affects the Way We Live*, Londres, Vintage, 1991 (trad. cast.: *El tercer chimpancé: origen y futuro del animal humano*, Barcelona, Debate, 2007).
- , *Guns, Germs and Steel: The Fates of Human Societies*, Nueva York, Norton, 1997 (trad. cast.: *Armas, gérmenes y acero*, Barcelona, Debate, 2006).
- , *Collapse: How Societies Choose to Fail or Succeed*, Nueva York, Viking, 2005 (trad. cast.: *Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Barcelona, Debate, 2007).

- Diamond, L. M., *Sexual Fluidity: Understanding Women's Love and Desire*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2008.
- Dillehay, T. D., y otros, «Monte Verde: Seaweed, food, medicine and the peopling of South America», en *Science*, n° 320 (5877), 2008, págs. 784-786.
- Dindyal, S., «The sperm count has been decreasing steadily for many years in Western industrialised countries: Is there an endocrine basis for this decrease?», en *The Internet Journal of Urology*, n° 2(1), 2004.
- Dixon, A. F., *Primate Sexuality: Comparative Studies of the Prosimians, Monkeys, Apes and Human Beings*, Nueva York, Oxford University Press, 1998.
- Dixon, A. F., y Anderson, M., «Sexual selection and the comparative anatomy of reproduction in monkeys, apes and human beings», en *Annual Review of Sex Research*, n° 12, 2001, págs. 121-144.
- , «Sexual selection, seminal coagulation and copulatory plug formation in primates», en *Folia Primatologica*, n° 73, 2002, págs. 63-69.
- Drucker, D., *Invent Radium or I'll Pull Your Hair: A Memoir*, Chicago, University of Chicago Press, 2004.
- Druckerman, P., *Lust in Translation: Infidelity from Tokyo to Tennessee*, Nueva York, PenguinTwo, 2008.
- Dunbar, R. I. M., «Neocortex size as a constraint on group size in primates», en *Journal of Human Evolution*, n° 22, 1992, págs. 469-493.
- Dunbar, R. I. M., «Coevolution of neocortical size, group size and language in humans», en *Behavioral and Brain Sciences*, n° 16(4), 1993, págs. 681-735.
- Easton, D., y Liszt, C. A., *The Ethical Slut: A Guide to Infinite Sexual Possibilities*, San Francisco (California), Greenery Press, 1997.
- Eaton, S., y Konner, M., «Paleolithic nutrition: A consideration of its nature and current implications», en *New England Journal of Medicine*, n° 312, 1985, págs. 283-289.
- Eaton, S., Konner, M., y Shostak, M., «Stone agers in the fast lane: Chronic degenerative disease in evolutionary perspective», en *American Journal of Medicine*, n° 84, 1988, págs. 739-749.
- Eaton, S., Shostak, M., y Konner, M., *The Paleolithic Prescription: A Program of Diet & Exercise and a Design for Living*, Nueva York, Harper & Row, 1988.

- Eberhard, W. G., *Sexual Selection and Animal Genitalia*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1985.
- Eberhard, W. G., *Female Control: Sexual Selection by Cryptic Female Choice*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 1996.
- Edgerton, R. B., *Sick Societies: Challenging the Myth of Primitive Harmony*, Nueva York, The Free Press, 1992.
- Ehrenberg, M., *Women in Prehistory*, Londres, British Museum Publications, 1989.
- Ehrlich, R. R., *Human Natures: Genes, Cultures, and the Human Prospect*, Nueva York, Penguin, 2000.
- Ellison, P. T., y otros, *Endocrinology of Social Relationships*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2009.
- Elwin, V., *Kingdom of the Young*, Bombay, Oxford University Press, 1968.
- Erikson, P., «A onomástica matis é amazônica», en E. Viveiros de Castro y M. Carneiro da Cunha (comps.), *Amazonia: Etnologia e história indígena*, Sao Paulo, Núcleo de História Indígena et do Indigenismo, USP/FAPESP, 1993, págs. 323-338.
- , «Several fathers in one's cap: Polyandrous conception among the Panoan Matis (Amazonas, Brazil)», en S. Beckerman y P. Valentine (comps.), *Cultures of Multiple Fathers: The Theory and Practice of Partible Paternity in Lowland South America*, Gainesville, University Press of Florida, 2002, págs. 123-136.
- Ewen, S., *Captains of Consciousness: Advertising and the Social Roots of the Consumer Culture*, Nueva York, Basic Books, 1976/2001.
- Fagan, B., *The Long Summer: How Climate Changed Civilization*, Nueva York, Basic Books, 2004 (trad. cast.: *El largo verano: de la Era Glacial a nuestros días*, Barcelona, Gedisa, 2007).
- Fedigan, L. M., y Strum, S. C., «Changing images of primate societies», en *Current Anthropology*, n° 38, 1997, págs. 677-681.
- Feinstein, D., y Krippner, S., *The Mythic Path: Discovering the Guiding Stories of Your Past—Creating a Vision for Your Future*, Fulton (California), Elite Books, 2007.
- Ferguson, B., *Yanomami Warfare: A Political History*, Santa Fe (Nuevo México), School of American Research Press, 1995.
- , *War in the Tribal Zone: Expanding States and Indigenous Warfare*, Santa Fe (Nuevo México), SAR Press, 2000.

- , «The birth of war», en *Natural History*, julio/agosto de 2003, págs. 28-34.
- Ferraro, G., Trevathan, W., y Levy, J., *Anthropology: An Applied Perspective*, Minneapolis/St. Paul (Minnesota), West Publishing Company, 1994.
- Fish, R. C., *The Clitoral Truth: The Secret World at Your Fingertips*, Nueva York, Seven Stories Press, 2000.
- Fisher, F. E., *The Sex Contract: The Evolution of Human Behavior*, Nueva York, William Morrow, 1982 (trad. cast.: *El contrato sexual: la evolución de la conducta humana*, Barcelona, Salvat, 1995).
- , «Evolution of human serial pairbonding», en *American Journal of Physical Anthropology*, n° 78, 1989, págs. 331-354.
- , *Anatomy of Love*, Nueva York, Fawcett Columbine, 1992 (trad. cast.: *Anatomía del amor: historia natural de la monogamia, el adulterio y el divorcio*, Barcelona, Anagrama, 2007).
- , *Why We Love: The Nature and Chemistry of Romantic Love*, Nueva York, Henry Holt, 2004 (trad. cast.: *Por qué amamos*, Taurus, 2005).
- Fisher, M., y otros, «Impact of relational proximity on distress from infidelity», en *Evolutionary Psychology*, n° 7(4), 2009, págs. 560-580.
- Flanagan, C., «Is there hope for the American Marriage?», en *Time*, 2 de julio de 2009, <<http://www.time.com/time/nation/article/0,8599,1908243-1,00.html>>.
- Fleming, J. B., «Clitoridectomy: The disastrous downfall of Isaac Baker Brown, F.R.C.S. (1867)», en *Journal of Obstetrics and Gynaecology of the British Empire*, n° 67, 1960, págs. 1.017-1.034.
- Foley, R., «The adaptive legacy of human evolution: A search for the environment of evolutionary adaptiveness», en *Evolutionary Anthropology*, n° 4, 1996, págs. 194-203.
- Ford, C. S., y Beach, F., *Patterns of Sexual Behavior*, Westport (Connecticut), Greenwood Press, 1952.
- Fordney-Settlage, D., «A review of cervical mucus and sperm interactions in humans», en *International Journal of Fertility*, n° 26, 1981, págs. 161-169.
- Fortenberry, D. J., «The limits of abstinence-only in preventing sexually transmitted infections», en *Journal of Adolescent Health*, n° 36, 2005, págs. 269-357.
- Fouts, R., con Mills, S. T., *Next of Kin: My Conversations with Chimpanzees*, Nueva York, Avon Books, 1997 (trad. cast.: *Primos hermanos: lo que me*

- han enseñado los chimpancés acerca de la condición humana, Barcelona, Ediciones B, 1999).
- Fox, C. A., Colson, R. H., y Watson, B. W., «Continuous measurement of vaginal and intra-uterine pH by radio-telemetry during human coitus», en Z. Hoch y H. L. Lief (comps.), *Sexology*, Ámsterdam, Excerpta Medica, 1982, págs. 110-113.
- Fox, R., *Conjectures & Confrontations: Science, Evolution, Social Concern*, Somerset (Nueva Jersey), Transaction, 1997.
- Fowles, J., *The French Lieutenant's Woman*, Nueva York, Signet, 1969 (trad. cast.: *La mujer del teniente francés*, Barcelona, Anagrama, 1995).
- Freeman, D., *Margaret Mead and Samoa: The Making and Unmaking of an Anthropological Myth*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1983.
- Friedman, D. M., *A Mind of Its Own: A Cultural History of the Penis*, Nueva York, The Free Press, 2001 (trad. cast.: *Con mentalidad propia: historia cultural del pene*, Barcelona, Península, 2007).
- Fromm, E., *The Anatomy of Human Destructiveness*, Nueva York, Hold, Rinehart and Winston, 1973 (trad. cast.: *Anatomía de la destructividad humana*, Siglo XXI de España, 1987).
- Fry, D., *Beyond War: The Human Potential for Peace*, Nueva York, Oxford University Press, 2009.
- Gagneaux, P., y Boesch, C., «Female reproductive strategies, paternity and community structure in wild West African chimpanzees», en *Animal Behaviour*, n° 57, 1999, págs. 19-32.
- Gallup, G. G., Jr., «On the origin of descended scrotal testicles: The activation hypothesis», en *Evolutionary Psychology*, n° 7, 2009, págs. 517-526. Disponible online en <<http://www.epjournal.net>>.
- Gallup, G. G., Jr., y Burch, R. L., «Semen displacement as a sperm competition strategy in humans», en *Evolutionary Psychology*, n° 2, 2004, págs. 12-23. Disponible online en <<http://www.epjournal.net>>.
- Gallup, G. G., Jr., Burch, R. F., y Platek, S. M., «Does semen have antidepressant properties?», en *Archives of Sexual Behavior*, n° 31, 2002, págs. 289-293.
- Gangestad, S. W., Bennett, K., y Thornhill, R., «A latent variable model of developmental instability in relation to men's sexual behaviour», en *Proceedings of the Royal Society of London*, n° 268, 2001, págs. 1.677-1.684.

- Gangestad, S. W., y Thornhill, R., «Menstrual cycle variation in women's preferences for the scent of symmetrical men», en *Proceedings of the Royal Society of London*, n° 265, 1998, págs. 927-933.
- Gangestad, S. W., Thornhill, R., y Yeo, R. A., «Facial attractiveness, developmental stability and fluctuating symmetry», en *Ethology and Sociobiology*, n° 15, 1994, págs. 73-85.
- Ghiglieri, M. P., *The Dark Side of Man: Tracing the Origins of Male Violence*, Reading (Massachusetts), Helix Books, 1999 (trad. cast.: *El lado oscuro del hombre: los orígenes de la violencia masculina*, Barcelona, Tusquets, 2005).
- Gibson, P., «Gay and lesbian youth suicide», en Fenleib, Marcia R. (comp.), *Report of the Secretary's Task Force on Youth Suicide*, United States Government Printing Office, 1989, ISBN 0160025087.
- Gladwell, M., *The Tipping Point: How Little Things Can Make a Big Difference*, Nueva York, Back Bay Books, 2002 (trad. cast.: *La clave del éxito*, Madrid, Taurus, 2006).
- , *Outliers: The Story of Success*, Nueva York, Little, Brown and Company, 2008 (trad. cast.: *Fueras de serie: por qué unas personas tienen éxito y otras no*, Madrid, Taurus, 2009).
- Glass, D. P., y Wright, T. L., «Sex differences in type of extramarital involvement and marital dissatisfaction», en *Sex Roles*, n° 12, 1985, págs. 1.101-1.120.
- Goldberg, S., *Why Men Rule: A Theory of Male Dominance*, Chicago, Open Court, 1993 (trad. cast.: *La inevitabilidad del patriarcado*, Madrid, Alianza, 1976).
- Good, K., con Chanoff, D., *Into the Heart: One Man's Pursuit of Love and Knowledge Among the Yanomama*, Leicester (Inglaterra), Charnwood, 1991.
- Goodall, J., *In the Shadow of Man*, Glasgow, Collins, 1971 (trad. cast.: *En la senda del hombre*, Barcelona, Salvat, 1988).
- , *Through a Window: Thirty Years with the Chimpanzees of Gombe*, Londres, Penguin, 1991 (trad. cast.: *A través de la ventana: treinta años estudiando a los chimpancés*, Barcelona, Salvat, 1994).
- Goodman, M., y otros, «Toward a phylogenetic classification of primates based on DNA evidence complemented by fossil evidence», en *Molecular Phylogenetics and Evolution*, n° 9, 1998, págs. 585-598.
- Gould, S. J., *Ever since Darwin: Reflections in Natural History*, Nueva York, Norton, 1980 (trad. cast.: *Desde Darwin*, Barcelona, Crítica, 2010).

- , *The Mismeasure of Man*, Nueva York, Norton, 1981 (trad. cast.: *La falsa medida del hombre*, Barcelona, Crítica, 2007).
- , «Exaptation: A crucial tool for an evolutionary psychology», en *Journal of Social Issues*, n° 47(3), 1991, págs. 43-65.
- , «Darwinian fundamentalism», en *New York Review of Books*, 1997, págs. 34-37. Recuperado el 12 de diciembre de 2002 en <<http://www.nybooks.com/articles/1151>>.
- Gould, S. J., y Lewontin, R. C., «The spandrels of San Marco and the Panglossian paradigm: A critique of the adaptionist programme», en *Proceedings of the Royal Society of London*, n° 205, 1979, págs. 581-598.
- Gould, S. J., y Vrba, E. S., «Exaptation-a missing term in the Science of form», en *Paleobiology*, n° 8, 1982, págs. 4-15.
- Gould, T., *The Lifestyle: A Look at the Erotic Rites of Swingers*, Buffalo (Nueva York), Firefly Books, 2000.
- Gowdy, J. (comp.), *Limited Wants, Unlimited Means: A Reader on Hunter-gatherer Economics and the Environment*, Washington, D.C., Island Press, 1998.
- Gray, P. B., Kahlenberg, S. M., Barrett, E. S., Lipson, S. F., y Ellison, P. T., «Marriage and fatherhood are associated with lower testosterone in males», en *Evolution and Human Behavior*, n° 23(3), 2002, págs. 193-201.
- Gray, P. B., Parkin, J. C., y Samms-Vaughan, M. E., «Hormonal correlates of human paternal interactions: A hospital-based investigation in urban Jamaica», en *Hormones and Behavior*, n° 52, 1997, págs. 499-507.
- Gregor, T., *Anxious Pleasures: The Sexual Lives of an Amazonian People*, Chicago, University of Chicago Press, 1985.
- Hamilton, W. D., «The genetic evolution of social behavior. Parts I and II», en *Journal of Theoretical Biology*, n° 7, 1964, págs. 1-52.
- , *The Narrow Roads of Gene Land*, Nueva York, Oxford University Press, 2001.
- Hamilton, W. J., y Arrowood, P. C., «Copulatory vocalizations of Chacma baboons (*Papio ursinus*), gibbons (*Hylobates hooleck*) and humans», en *Science*, n° 200, 1978, págs. 1.405-1.409.
- Harcourt, A. H., «Sperm competition in primates», en *American Naturalist*, n° 149, 1997, págs. 189-194.
- Harcourt, A. H., y Harvey, R. H., «Sperm competition, testes size and breeding systems in primates», en R. Smith (comp.), *Sperm Competition and*

- the Evolution of Animal Mating Systems*, Nueva York, Academic Press, 1984, págs. 589-659.
- Hardin, G., «The tragedy of the commons», en *Science*, n° 131, 1968, págs. 1.292-1.297.
- Harper, M. J. K., «Gamete and zygote transpon», en E. Knobil y J. Neill (comps.), *The Physiology of Reproduction*, Nueva York, Raven Press, 1988, págs. 103-134.
- Harris, C., «Psychophysiological responses to imagined infidelity: The specific innate modular view of jealousy reconsidered», en *Journal of Personality and Social Psychology*, n° 78, 2000, págs. 1.082-1.091.
- Harris, C., y Christenfeld, N., «Gender, jealousy and reason», en *Psychological Science*, n° 7, 1996, págs. 364-366.
- Harris, M., *Cannibals and Kings: The Origins of Cultures*, Nueva York, Random House, 1977 (trad. cast.: *Caníbales y reyes: los orígenes de las culturas*, Madrid, Alianza, 2010).
- , *Cultural Materialism: The Struggle for a Science of Culture*, Nueva York, Vintage Books, 1980 (trad. cast.: *El materialismo cultural*, Madrid, Alianza, 1994).
- , *Our Kind: Who We Are, Where We Came From, Where We Are Going*, Nueva York, Harper & Row, 1989 (trad. cast.: *Nuestra especie*, Madrid, Alianza, 2010).
- , «The evolution of human gender hierarchies: A trial formulation», en B. Miller (comp.), *Sex and Gender Hierarchies*, Cambridge (Inglaterra), Cambridge University Press, 1993, págs. 57-79.
- Hart, D., y Sussman, R. W., *Man the Hunted: Primates, Predators, and Human Evolution*, Nueva York, Westview Press, 2005.
- Harvey, P. H., y May, R. M., «Out for the sperm count», en *Nature*, n° 337, 1989, págs. 508-509.
- Haselton, M. G., y otros, «Ovulatory shifts in human female ornamentation: Near ovulation, women dress to impress», en *Hormones and Behavior*, n° 51, 2007, págs. 40-45, <www.sscnet.ucla.edu/comm/haselton/webdocs/dress_to_impress.pdf>.
- Hassan, E. A., «The growth and regulation of human population in prehistoric times», en Cohén, M. N., Malpass, R. S., y Klein, H. G. (comps.), *Biosocial Mechanisms of Population Regulation*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 1980, págs. 305-319.

- Hawkes, K., «Why hunter-gatherers work», en *Current Anthropology*, n° 34, 1993, págs. 341-361.
- Hawkes, K., O'Connell, J. F., y Blurton Jones, N. G., «Hadza meat sharing», en *Evolution and Human Behavior*, n° 22, 2001a, págs. 113-142.
- , «Hadza hunting and the evolution of nuclear families», en *Current Anthropology*, n° 42, 2001b, págs. 681-709.
- Heinen, H. D., y Wilbert, W., «Parental uncertainty and ritual kinship among the Warao», en S. Beckerman y P. Valentine (comps.), *Cultures of Multiple Fathers: The Theory and Practice of Partible Paternity in Lowland South America*, Gainesville, University Press of Florida, 2002, págs. 210-220.
- Henderson, V. W., y Hogervorst, E., «Testosterone and Alzheimer disease: Is it men's turn now?», en *Neurology*, n° 62, 2004, págs. 170-171.
- Henrich, J., y otros, «“Economic man” in cross-cultural perspective: Behavioral experiments in 15 small-scale societies», en *Behavioral and Brain Sciences*, n° 28, 2005, págs. 795-855.
- Highwater, J., *Myth and Sexuality*, Nueva York, New American Library, 1990.
- Hill, K., y Hurtado, M., *Aché Life History: The Ecology and Demography of a Foraging People*, Nueva York, Aldine de Gruyter, 1996.
- Hite, S., *Women and Love: A Cultural Revolution in Progress*, Nueva York, Knopf, 1987 (trad. cast.: *Mujeres y amor: el Nuevo informe Hite*, Madrid, Punto de Lectura, 2002).
- , *The Hite Report: A Nationwide Study of Female Sexuality*, Nueva York, Dell, 1989 (trad. cast.: *Informe Hite: informe de la sexualidad femenina*, Madrid, Punto de Lectura, 2002).
- Hobbes, T., *Leviathan*, Cambridge (Inglaterra), Cambridge University Press, 1991. Año de la edición original: 1651 (trad. cast.: *Leviatán o La materia, forma y poder de un estado eclesiástico y civil*, Madrid, Alianza, 2009).
- Holmberg, A. R., *Nomads of the Long Bow: The Siriono of Eastern Bolivia*, Nueva York, The Natural History Press, 1969.
- Home, B. D., y otros, «Usefulness of routine periodic fasting to lower risk of coronary artery disease in patients undergoing coronary angiography», en *American Journal of Cardiology*, n° 102(7), 2008, págs. 814-819.
- Houghton, W. E., *The Victorian Frame of Mind, 1830-1870*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 1957.
- Hrdy, S. B., «Infanticide among animals: A review, classification and exami-

- nation of the implications for the reproductive strategies of females», en *Ethology and Sociobiology*, n° 1, 1979, págs. 13-40.
- , «The primate origins of human sexuality», en R. Bellig y G. Stevens (comps.), *The Evolution of Sex*, San Francisco, Harper and Row, 1988, págs. 101-136.
- , «Raising Darwin's consciousness: Female sexuality and the prehomínid origins of patriarchy», en *Human Nature*, n° 8(1), 1996, págs. 1-49.
- , *The Woman That Never Evolved*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1999a. Año de la edición original: 1981.
- , *Mother Nature: A History of Mothers, Infants and Natural Selection*, Boston, Pantheon Books, 1999b.
- , *Mothers and Others: The Evolutionary Origins of Mutual Understanding*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2009.
- Hua, C., *A Society Without Fathers or Husbands: The Na of China*, Nueva York, Zone Books, 2001.
- Human Genome Project, 2002. Recuperado el 11 de noviembre de 2002 de <<http://www.ornl.gov/hgmis>>.
- Ingold, T., Riches, D., y Woodburn, J. (comps.), *Hunters and Gatherers: History, Evolution and Social Change*, vol. 1, Oxford (Inglaterra), Berg, 1988a.
- , *Hunters and Gatherers: Property, Power and Ideology*, vol. 2, Oxford, (Inglaterra), Berg, 1988b.
- Isaac, G., «The food sharing behavior of protohuman homínids», en *Scientific American*, n° 238(4), 1978, págs. 90-108.
- Janus, S. S., y Janus, C. L., *The Janus Report on Sexual Behavior*, Nueva York, Wiley, 1993.
- Jaynes, J., *The Origins of Consciousness in the Breakdown of the Bicameral Mind*, Boston, Houghton Mifflin, 1990. Año de la edición original: 1976.
- Jethá, C., y Falcato, J., «A mulher e as DTS no distrito de Marracuene», *Acgao SIDA* 9, folleto, 1991.
- Jiang, X., Wang, Y., y Wang, Q., «Coexistence of monogamy and polygyny in black-crested gibbon», en *Primates*, n° 40(4), 1999, págs. 607-611.
- Johnson, A. W., y Earle, T., *The Evolution of Human Societies: From Foraging Group to Agrarian State*, Palo Alto (California), Stanford University Press, 1987 (trad. cast.: *La evolución de las sociedades humanas*, Barcelona, Ariel, 2003).
- Jones, S., Martin, R. D., y Pilbeam, D. (comps.), *The Cambridge Encyclope-*

- dia of Human Evolution*, Cambridge (Inglaterra), Cambridge University Press, 1992.
- Jung, C. G., *The Symbolic Life: The Collected Works* (Vol. 18, Bolligen Series), Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 1976.
- Kanazawa, S., «The evolutionary psychological imagination: Why you carit get a date on a Saturday night and why most suicide bombers are Muslim», en *Journal of Social, Evolutionary and Cultural Psychology*, n° 1(2), 2007, págs. 7-17.
- Kane, J., *Savages*, Nueva York, Vintage, 1996.
- Kano, T., «Social behavior of wild pygmy chimpanzees (*Pan paniscus*) of Wamba: A preliminary report», en *Journal of Human Evolution*, n° 9, 1980, págs. 243-260.
- , *The Last Ape: Pygmy Chimpanzee Behavior and Ecology*, Palo Alto (California), Stanford University Press, 1992.
- Kaplan, H., Hill, K., Lancaster, J., y Hurtado, A. M., «A theory of human life history evolution: Diet, intelligence and longevity», en *Evolutionary Anthropology*, n° 9, 2000, págs. 156-185.
- Keeley, L. H., *War Before Civilization: The Myth of the Peaceful Savage*, Nueva York, Oxford University Press, 1996.
- Kelly, R. L., *The Foraging Spectrum: Diversity in Hunter-Gatherer Lifeways*, Washington, D.C., Smithsonian Institution Press, 1995.
- Kendrick, K. M., Hinton, M. R., Atkins, K., Haupt, M. A., y Skinner, J. D., «Mothers determine sexual preferences», en *Nature*, n° 395, 17 de septiembre de 1998, págs. 229-230.
- Kent, S., «Unstable households in a stable Kalahari community in Botswana», en *American Anthropologist*, n° 97, 1995, págs. 39-54.
- Kilgallon, S. J., y Simmons, L. W., «Image content influences meris semen quality», en *Biology Letters*, n° 1, 2005, págs. 253-255.
- Kingan, S. B., Tatar, M., y Rand, D. M., «Reduced polymorphism in the chimpanzee semen coagulating protein, Semenogelin I», en *Journal of Molecular Evolution*, n° 57, 2003, págs. 159-169.
- Kinsey, A. C., Pomeroy, W. B., y Martin, C. E., *Sexual Behavior in the Human Male*, Filadelfia, Saunders, 1948.
- , *Sexual Behavior in the Human Female*, Filadelfia, Saunders, 1953.
- Knight, C., *Blood Relations: Menstruation and the Origins of Culture*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 1995.

- Komisaruk, B. R., Beyer-Flores, C., y Whipple, B., *The Science of Orgasm*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2006 (trad. cast.: *La ciencia del orgasmo: la naturaleza humana y los mecanismos del placer*, Barcelona, Paidós, 2008).
- Konner, M., *The Tangled Wing*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1982.
- Knaft, B., «Reconsidering violence in simple human societies: Homicide among the Gebusi of New Guinea», en *Current Anthropology*, n° 28(4), 1987, págs. 457-300.
- , *The Gebusi: Lives Transformed in a Rainforest World*, Nueva York, McGraw-Hill, 2009.
- Krech, S., *The Ecological Indian: Myth and History*, Nueva York, Norton, 1999.
- Krieger, M. J. B., y Ross, K. G., «Identification of a major gene regulating complex social behaviour», en *Science*, n° 295, 2002, págs. 328-332.
- Kuper, A., *The Invention of Primitive Society: Transformations of an Illusion*, Londres, Routledge, 1988.
- Kundera, M., *The Unbearable Lightness of Being*, Londres, Faber and Faber, 1984 (trad. cast.: *La insoportable levedad del ser*, Barcelona, Tusquets, 2008).
- Kuukasjärvi, S., Eriksson, C. J. R., Koskela, E., Mappes, T., Nissinen, K., y Rantala, M. J., «Attractiveness of women's body odors over the menstrual cycle: The role of oral contraceptives and receiver sex», en *Behavioral Ecology*, n° 15(4), 2004, págs. 579-584.
- Laan, E., Sonderman, J., y Janssen, E., «Straight and lesbian women's sexual responses to straight and lesbian erótica: No sexual orientation effects», en la XXI conferencia de la Academia Internacional de la Investigación Sexual, Provincetown (Massachusetts), septiembre de 1995.
- Ladygina-Kohts, N. N., *Infant Chimpanzee and Human Child: A Classic 1935 Comparative Study of Ape Emotions and Intelligence*, Nueva York, Oxford University Press, 2002.
- Laeng, B., y Falkenberg, L., «Women's pupillary responses to sexually significant others during the hormonal cycle», en *Hormones and Behavior*, n° 52, 2007, págs. 520-530.
- Lancaster, J. B., y Lancaster, C. S., «Parental investment: The hominid adaptation», en D. J. Ortner (comp.), *How Humans Adapt: A Biocultu-*

- ral Odyssey*, Washington, D.C., Smithsonian Institution Press, 1983, págs. 33-65.
- Larrick, J. W., Yost, J. A., Kaplan, J., King, G., y Mayhall, J., «Patterns of health and disease among the Waorani Indians of eastern Ecuador», en *MedicalAnthropology*, n° 3(2), 1979, págs. 147-189.
- Laumann, E. O., Paik, A., y Rosen, R. C., «Sexual dysfunction in the United States: Prevalence and predictors», en *Journal of the American Medical Association*, n° 281, 1999, págs. 537-544.
- Lawler, R. R., «Monomorphism, male-male competition, and mechanisms of sexual dimorphism», en *Journal of Human Evolution*, n° 57, 2009, págs. 321-325.
- Lea, V., «Múltiple paternity among the Mébengokre (Kayopó, Jé) of central Brazil», en S. Beckerman y P. Valentine (comps.), *Cultures of Múltiple Fathers: The Theory and Practice of Partible Paternity in Lowland South America*, Gainesville, University Press of Florida, 2002, págs. 105-122.
- Leacock, E., *Myths of Male Dominance: Collected Anieles on Women Cross-Culturally*, Nueva York, Monthly Review Press, 1981.
- , «Women's status in egalitarian society: Implications for social evolution», en J. Gowdy (comp.), *Limited Wants, Unlimited Means: A Reader on Hunter-gatherer Economics and the Environment*, Washington, D.C., Island Press, 1998, págs. 139-164.
- Le Jeune, P., *Les relations des Jésuites, 1656-1657*, Toronto, Toronto Public Library, 1897/2009.
- LeBlanc, S. A., con Resgister, K. E., *Constant Battles: The Myth of the Peaceful, Noble Savage*, Nueva York, St. Martin's Press, 2003.
- Lee, R. B., «What hunters do for a living, or, how to make out on scarce resources», en R. Lee e I. Devore (comps.), *Man the Hunter*, Chicago, Aldine, 1968, págs. 30-48.
- , «!Kung bushman subsistence: An input-output analysis», en A. Vayde (comp.), *Environment and Cultural Behavior*, Garden City (Nueva York), Natural History Press, 1969, págs. 73-94.
- , *The !Kung San: Men, Women and Work in a Foraging Society*, Cambridge (Inglaterra), Cambridge University Press, 1979.
- , Prólogo a J. Gowdy (comp.), *Limited Wants, Unlimited Means: A Reader on Hunter-gatherer Economics and the Environment*, Washington, D.C., Island Press, 1998, págs. ix-xii.

- Lee, R. B., y Daly, R. (comps.), *The Cambridge Encyclopedia of Hunters and Gatherers*, Cambridge (Inglaterra), Cambridge University Press, 1999.
- Lee, R. B., y DeVore, I. (comps.), *Man the Hunter*, Chicago, Aldine, 1968.
- LeVay, S., *The Sexual Brain*, Cambridge (Massachusetts), The MIT Press, 1994 (trad. cast.: *El cerebro sexual*, Madrid, Alianza, 1995).
- Levine, L. W., *The Opening of the American Mind: Canons, Culture, and History*, Boston (Massachusetts), Beacon Press, 1996.
- Levitin, D. J., *The World in Six Songs: How the Musical Brain Created Human Nature*, Nueva York, Plume, 2009.
- Lilla, M., *The Stillborn God: Religión, Politics and the Modern West*, Nueva York, Knopf, 2007 (trad. cast.: *El dios que no nació: religión, política y el Occidente moderno*, Barcelona, Debate, 2010).
- Lindholmer, C., «Survival of human sperm in different fractions of split ejaculates», en *Fertility and Sterility*, n° 24, 1973, págs. 521-526.
- Lippa, R. A., «The relation between sex drive and sexual attraction to men and women: A cross-national study of heterosexual, bisexual and homosexual men and women», en *Archives of Sexual Behavior*, n° 36, 2007, págs. 209-222.
- Lishner, D. A., y otros, «Are sexual and emotional infidelity equally upsetting to men and women? Making sense of forced-choice responses», en *Evolutionary Psychology*, n° 6(4), 2008, págs. 667-675. Disponible online en <<http://www.epjournal.net>>.
- Littlewood, I., *Sultry Climates: Travel and Sex*, Cambridge (Massachusetts), Da Capo Press, 2003.
- Lovejoy, C. O., «The origin of man», en *Science*, n° 211, 1981, págs. 341 - 350.
- , «Reexamining human origins in light of *Ardipithecus ramidus*», en *Science*, n° 326, 2009, págs. 74, 74e1-74e8.
- Low, B. S., «Sexual selection and human ornamentation», en N. A. Chagnon y W. Irons (comps.), *Evolutionary Biology and Human Social Behavior*, Boston, Duxbury Press, 1979, págs. 462-487.
- MacArthur, R. H., y Wilson, E. O., *Theory of Island Biogeography (Monographs in Population Biology, vol. 1)*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 1967.
- MacDonald, K., «Mechanisms of sexual egalitarianism in Western Europe», en *Ethology and Sociobiology*, n° 11, 1990, págs. 195-238.

- Macrides, F., Bartke, A., y Dalterio, S., «Strange females increase plasma testosterone levels in male mice», en *Science*, n° 189(4.208), 1975, págs. 1.104-1.106.
- Maines, R. P., *The Technology of Orgasm: 'Hysteria', the Vibrator and Womens Sexual Satisfaction*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1999 (trad. cast.: *La tecnología del orgasmo: la «histeria», los vibradores y la satisfacción sexual de las mujeres*, Santander, Milrazones, 2010).
- Malinowski, B., *The Sexual Life of Savages in North-Western Melanesia: An Ethnographic Account of Courtship, Marriage and Family Life Among the Natives of the Trobriand Islands, British New Guinea*, Nueva York, Harcourt Brace, 1929 (trad. cast.: *La vida sexual de los salvajes del nordeste de la Melanesia*, Madrid, Morata, 1975).
- , *Sex, Culture and Myth*, Nueva York, Harcourt Brace, 1962.
- Malkin, C. J., Pugh, P. J., Jones, R. D., Jones, T. H., y Channer, K. S., «Testosterone as a protective factor against atherosclerosis-immunomodulation and influence upon plaque development and stability», en *Journal of Endocrinology*, n° 178, 2003, págs. 373-380.
- Malthus, T. R., *An Essay on the Principle of Population: Or a View of Its Past and Present Effects on Human Happiness; with an Inquiry Into Our Prospects Respecting the Future Removal or Mitigation of the Evils which It Occasions*, Londres, John Murray, 1798. Texto original íntegro: <<http://www.econlib.org/library/Malthus/malPlong.html>>. (trad. cast.: *Ensayo sobre el principio de la población*, Madrid, Akal, 1990).
- Manderson, L., Bennett, L. R., y Sheldrake, M., «Sex, social institutions and social structure: Anthropological contributions to the study of sexuality», en *Annual Review of Sex Research*, n° 10, 1999, págs. 184-231.
- Margolis, J., *O: The Intimate History of the Orgasm*, Nueva York, Grove Press, 2004.
- Margulis, L., y Sagan, D., *Mystery Dance: On the Evolution of Human Sexuality*, Nueva York, Summit Books, 1991.
- Marshall, L., «Sharing, taking and giving: Relief of social tensions among the !Kung», en J. Gowdy (comp.), *Limited Wants, Unlimited Means: A Reader on Hunter-gatherer Economics and the Environment*, Washington, D.C., Island Press, 1976/1998, págs. 65-85.
- Martin, R. D., Winner, L. A., y Dettling, A., «The evolution of sexual size dimorphism in primates», en R. V. Short y E. Balaban (comps.), *The*

- Differences Between the Sexes*, Cambridge (Inglaterra), Cambridge University Press, 1994, págs. 159-200.
- Masters, W., y Johnson, V., *Human Sexual Response*, Boston, Little, Brown, 1966.
- Masters, W., Johnson, V., y Kolodny, R., *Human Sexuality*, Boston, Addison-Wesley, 1995 (trad. cast.: *La sexualidad humana*, Barcelona, Grijalbo, 1987).
- McArthur, M., «Food consumption and dietary levels of groups of aborigines living on naturally occurring foods», en C. P. Mountford (comp.), *Records of the Australian-American Scientific Expedition to Arnhem Land*, vol. 2: *Anthropology and Nutrition*, Melbourne (Australia), Melbourne University Press, 1960.
- McCarthy, F. D., y McArthur, M., «The food quest and the time factor in aboriginal economic life», en C. P. Mountford (comp.), *Records of the Australian-American Scientific Expedition to Arnhem Land*, vol. 2: *Anthropology and Nutrition*, Melbourne (Australia), Melbourne University Press, 1960.
- McDonald, R., *Mr. Darwin's Shooter*, Nueva York, Atlantic Monthly Press, 1998 (trad. cast.: *La escopeta de Darwin*, Barcelona, El Aleph, 2001).
- McElvaine, R. S., *Eve's Seed: Biology, the Sexes and the Course of History*, Nueva York, McGraw-Hill, 2001.
- McGrew, W. C., y Feistner, T. C., «Two nonhuman primate models for the evolution of human food sharing: Chimpanzees and callitrichids», en J. Barkow, L. Cosmides y J. Tooby (comps.), *The Adapted Mind: Evolutionary Psychology and the Generation of Culture*, Nueva York, Oxford University Press, 1992, págs. 229-243.
- McNeil, L., Osborne, J., y Pavía, P., *The Other Hollywood: The Uncensored Oral History of the Porn Film Industry*, Nueva York, It Books, 2006 (trad. cast.: *El otro Hollywood: una historia oral y sin censurar de la industria del cine porno*, Madrid, Es Pop, 2008).
- Mead, M., *Coming of Age in Samoa: A Psychological Study of Primitive Youth for Western Civilization*, Nueva York, Morrow, 1961. Año de la edición original: 1928. (trad. cast.: *Adolescencia y cultura en Samoa*, Barcelona, Paidós, 2009).
- Menzel, P., y D'Aluisio, F., *Man Eating Bugs: The Art and Science of Eating Insects*, Berkeley (California), Ten Speed Press, 1998.

- Mili, J. S., «On the Definition of Political Economy, and on the Method of Investigation Proper to It», en *London and Westminster Review*, octubre de 1836, en *Essays on Some Unsettled Questions of Political Economy*, 2a ed., Londres, Longmans, Green, Reader & Dyer, 1874.
- Miller, G., «How mate choice shaped human nature: A review of sexual selection and human evolution», en C. Crawford y D. Krebs (comps.), *Handbook of evolutionary psychology: Ideas, issues, and applications*, Mahwah (Nueva Jersey), Lawrence Erlbaum, 1998, págs. 87-129.
- , *The Mating Mind: How Sexual Choice Shaped the Evolution of Human Nature*, Nueva York, Doubleday, 2000.
- Mitani, J., y Watts, D., «Why do chimpanzees hunt and share meat?», en *Animal Behaviour*, n° 61, 2001, págs. 915-924.
- Mitani, J. C., Watts, D. R., y Muller, M., «Recent developments in the study of wild chimpanzee behaviour», en *Evolutionary Anthropology*, n° 11, 2002, págs. 9-25.
- Mithen, S., *The Prehistory of the Mind*, Londres, Thames and Hudson, 1996 (trad. cast.: *Arqueología de la mente: orígenes del arte, de la religión y de la ciencia*, Barcelona, Crítica, 1998).
- , *After the Ice: A Global Human History*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2004.
- , «Did farming arise from a misapplication of social intelligence?», en *Philosophical Transactions of the Royal Society B*, n° 362, 2007, págs. 705-718.
- Moore, H. D. M., Martin, M., y Birkhead, T. R., «No evidence for killer sperm or other selective interactions between human spermatozoa in ejaculates of different males in vitro», en *Proceedings of the Royal Society of London B*, n° 266, 1999, págs. 2.343-2.350.
- Monaghan, P., «An Australian historian puts Margaret Mead's biggest detractor on the psychoanalytic sofá», en *The Chronicle of Higher Education*, n° 52(19), 2006, pág. A14.
- Money, J., *The Destroying Angel: Sex, Fitness & Food in the Legacy of Degeneracy Theory, Graham Crackers, Kellogg's Corn Flakes & American Health History*, Buffalo (Nueva York), Prometheus Books, 1985.
- , «Wandering wombs and shrinking penises: The lineage and linkage of hysteria», en *Link: A Critical Journal on the Arts in Baltimore and the World*, n° 5, otoño de 2000, págs. 44-51.
- Morgan, L. H., *Ancient Society or Researches in the Lines of Human Progress*

- from Savagery through Barbarism to Civilization*, Chicago, Charles H. Kerr & Company, 1877/1908.
- Morin, J., *The Erotic Mind: Unlocking the Inner Sources of Sexual Passion and Fulfillment*, Nueva York, HarperCollins, 1995.
- Morris, D., *The NakedApe: A Zoologist's Study of the Human Animal*, Nueva York, McGraw-Hill, 1967 (trad. cast.: *El mono desnudo*, Barcelona, Nuevas Ediciones de Bolsillo, 2006).
- , *The Soccer Tribe*, Londres, Jonathan Cape, 1981 (trad. cast.: *El deporte Rey*, Argos Vergara, 1982).
- , *The Human Sexes: A Natural History of Man and Woman*, Nueva York, Thomas Dunne Books, 1998 (trad. cast.: *Masculino y femenino*, Barcelona, Nuevas Ediciones de Bolsillo, 2000).
- Moscucci, O., «Ciitoridectomy, circumcision and the politics of sexual pleasure in mid-Victorian Britain», en A. H. Miller y J. E. Adams (comps.), *Sexualities in Victorian Britain*, Bloomington, Indiana University Press, 1996.
- Moses, D. N., *The Promise of Progress: The Life and Work of Lewis Henry Morgan*, Columbia (Misuri), University of Missouri Press, 2008.
- Namu, Y. E., *Leaving Mother Lake: A Girlhood at the Edge of the World*, Nueva York, Back Bay Books, 2004 (trad. cast.: *La tierra de las mujeres*, Barcelona, Altaya, 2008).
- Nishida, T., e Hiraiwa-Hasegawa, M., «Chimpanzees and bonobos: Cooperative relationships among males», en B. B. Smuts, D. L. Cheney, R. M. Wrangham y T. T. Struhsaker (comps.), *Primate Societies*, Chicago, University of Chicago Press, 1987, págs. 165-177.
- Nolan, P. D., «Toward an ecological-evolutionary theory of the incidence of warfare in preindustrial societies», en *Sociological Theory*, n° 21 (1), 2003, págs. 18-30.
- O'Connell, J. E., Hawkes, K., Lupo, K. D., y Blurton Jones, N. G., «Male strategies and Plio-Pleistocene archaeology», en *Journal of Human Evolution*, n° 43, 2002, págs. 831-872.
- Okami, P., y Shackelford, T. K., «Human sex differences in sexual psychology and behavior», en *Annual Review of Sex Research*, 2001.
- O'Neill, N., y O'Neill, G., *Open Marriage: A New Life Style for Couples*, Nueva York, M. Evans and Company, 1972/1984 (trad. cast.: *Matrimonio abierto*, Barcelona, Grijalbo, 1974).

- Organización Mundial de la Salud, *Female Genital Mutilation: An Overview*, Ginebra (Suiza), 1998.
- Ostrom, E., «A general framework for analyzing sustainability of ecological Systems», en *Science*, n° 325, 2009, pág. 419-422.
- Parker, G. A., «Sperm competition», en R. L. Smith (comp.), *Sperm Competition and Animal Mating Systems*, Nueva York, Academic Press, 1984.
- Perel, E., *Mating in Captivity: Reconciling the Erotic and the Domestic*, Nueva York, HarperCollins, 2006 (trad. cast.: *Inteligencia erótica*, Madrid, Temas de Hoy, 2007).
- Pinker, S., Carta al director de *New York Review of Books* sobre Gould, 1997. Recuperada el 22 de enero de 2002 en <<http://www.mit.edu/~pinker/GOULD.html>>.
- , *The Blank Slate: The Modern Denial of Human Nature*, Nueva York, Viking Press, 2002 (trad. cast.: *La tabla rasa: la negación moderna de la naturaleza humana*, Barcelona, Paidós, 2009).
- Pochron, S., y Wright, R., «Dynamics of testis size compensates for variation in male body size», en *Evolutionary Ecology Research*, n° 4, 2002, págs. 577-585.
- Pollock, D., «Partible paternity and múltiple maternity among the Kulina», en S. Beckerman y P. Valentine (comps.), *Cultures of Múltiple Fathers: The Theory and Practice of Partible Paternity in Lowland South America*, Gainesville, University Press of Florida, 2002, págs. 42-61.
- Potts, M., y Short, R., *Ever since Adam and Eve: The Evolution of Human Sexuality*, Cambridge (Inglaterra), Cambridge University Press, 1999 (trad. cast.: *Historia de la sexualidad: desde Adán y Eva*, Madrid, Cambridge University Press, 2001).
- Potts, R., «The hominid way of life», en Jones, S., Martin, R. D., y Pilbeam, D. (comps.), *The Cambridge Encyclopedia of Human Evolution*, Cambridge (Inglaterra), Cambridge University Press, 1992, págs. 325-334.
- Pound, N., «Male interest in visual cues of sperm competition risk», en *Evolution and Human Behavior*, n° 23, 2002, págs. 443-466.
- Power, M., *The Egalitarians: Human and Chimpanzee*, Cambridge (Inglaterra), Cambridge University Press, 1991.
- Pradhan, G. R., y otros, «The evolution of female copulation calis in primates: A review and a new model», en *Behavioral Ecology and Sociobiology*, n° 59(3), 2006, págs. 333-343.

- Prescott, J., «Body pleasure and the origins of violence», en *Bulletin of the Atomic Scientists*, noviembre de 1975, págs. 10-20.
- Pusey, A. E., «Of apes and genes», en F. M. de Waal (comp.), *Tree of Origin: What Primate Behavior Can Tell Us About Human Social Evolution*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2001.
- Quammen, D., *The Reluctant Mr Darwin: An Intimate Portrait of Charles Darwin and the Making of His Theory of Evolution*, Nueva York, Norton, 2006 (trad. cast.: *El remiso Mr. Darwin: un retrato íntimo de Charles Darwin y el desarrollo de la teoría de la evolución*, Barcelona, Antoni Bosch, 2008).
- Quinn, D., *Ishmael: An Adventure of the Mind and Spirit*, Nueva York, Bantam Books, 1995 (trad. cast.: *Ismael*, Madrid, Arttime, 2006).
- Raverat, G., *Period Piece: A Cambridge Childhood*, Ann Arbor (Michigan), University of Michigan Press, 1991 (trad. cast.: *Un retrato de época: las memorias de infancia de la nieta de Darwin*, Madrid, Siglo XXI de España, 2009).
- Reid, D. P., *The Tao of Health, Sex & Longevity: A Modern Practical Guide to the Ancient Way*, Nueva York, Simón & Schuster, 1989 (trad. cast.: *El tao de la salud, el sexo y la larga vida: los tres tesoros de la salud*, Barcelona, Urano, 2003).
- Richards, D. A. J., «Commercial sex and the rights of the person: A moral argument for the decriminalization of prostitution», en *University of Pennsylvania Law Review*, n° 127, 1979, págs. 1.195-1.287.
- Richards, M. P., y Trinkaus, E., «Isotopic evidence for the diets of European Neanderthals and early modern humans», pendiente de publicación. (Publicado online el 11 de agosto de 2009, doi: 10.1073/pnas.0903821106. Disponible en <<http://www.pnas.org/content/106/38/16034.full.pdf+html>>.)
- Ridley, M., *The Red Queen: Sex and the Evolution of Human Nature*, Nueva York, Penguin, 1993.
- , *The Origins of Virtue: Human Instincts and the Evolution of Cooperation*, Nueva York, Viking, 1996.
- , *Genome: The Autobiography of a Species in 23 Chapters*, Nueva York, Harper Perennial, 2006 (trad. cast.: *Genoma, la autobiografía de una especie en 23 capítulos*, Madrid, Taurus, 2001).
- Rilling, J. K., y otros, «A neural basis for social cooperation», en *Neuron*, n° 35, 2002, pág. 395-405.

- Roach, M., *Bonk: The Curious Coupling of Sex and Science*, Nueva York, Norton, 2008.
- Roberts, S. C., y otros, «Female facial attractiveness increases during fertile phase of the menstrual cycle», en *Proceedings Biological Sciences*, 7 de agosto, n° 271, 5, 2004, págs. S270-S272.
- Rodman, R S., y Mitani, J. C., «Orangutans: Sexual dimorphism in a solitary species», en B. B. Smuts, D. L. Cheney, R. M. Seyfarth, R. W. Wrangham, y T. T. Struthsaker (comps.), *Primate Societies*, Chicago, University of Chicago Press, 1987, págs. 146-154.
- Roney, J. R., Mahler, S. V., y Maestripieri, D., «Behavioral and hormonal responses of men to brief interactions with women», en *Evolution and Human Behavior*, n° 24, 2003, págs. 365-375.
- Rose, L., y Marshall, F., «Meat eating, hominid sociality and home bases revisited», en *Current Anthropology*, n° 37, 1996, págs. 307-338.
- Roughgarden, J., *Evolutions Rainbow: Diversity, Gender and Sexuality in Nature and People*, Berkeley, University of California Press, 2004.
- , «Challenging Darwin's Theory of Sexual Selection», en *Daedalus*, primavera de 2007.
- , *The Genial Gene: Deconstructing Darwinian Selfishness*, Berkeley, University of California Press, 2009.
- Rousseau, J. J., *Discourse Upon the Origin and Foundation of Inequality Among Mankind*, Nueva York, Oxford University Press, 1994. Año de la edición original: 1755 (trad. cast.: *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres y otros escritos*, Madrid, Tecnos, 2010).
- Rüf, I., «Le 'dutsee tui' chez les indiens Kulina de Perou», en *Bulletin de la Société Suisse des Américanistes*, n° 36, 1972, págs. 73-80.
- Rushton, J. P., «Genetic similarity, human altruism and group selection», en *Behavioral and Brain Sciences*, n° 12, 1989, págs. 503-559.
- Ryan, C., y Jethá, C., «Universal human traits: The holy grail of evolutionary psychology», en *Behavioral and Brain Sciences*, n° 28, 2005, pág. 2.
- Ryan, C., y Krippner, S., reseña del libro *Mean Genes: From Sex to Money to Food, Taming Our Primal Instincts*, en *AHP Perspective*, junio/julio de 2002, págs. 27-29.
- Safron, A., Barch, B., Bailey, J. M., Gitelman, D. R., Parrish, T. B., y Reber, P. J., «Neural correlates of sexual arousal in homosexual and heterosexual men», en *Behavioral Neuroscience*, n° 121(2), 2007, págs. 237-248.

- Sahlins, M., *StoneAge Economics*, Nueva York, Aldine de Gruyter, 1972 (trad. cast.: *Economía de la Edad de Piedra*, Madrid, Akal, 1983).
- , *How 'Natives' Think: About Captain Cook, for Example*, Chicago, University of Chicago Press, 1995.
- Saino, N., Primmer, C. R., Ellegren, H., y Moller, A. P., «Breeding synchrony and paternity in the barn swallow», en *Behavioral Ecology and Sociobiology*, n° 45, 1999, págs. 211-218.
- Sale, K., *After Edén: The Evolution of Human Domination*, Durham (Carolina del Norte), Duke University Press, 2006.
- Sanday, P. R., *Women at the Center: Life in a Modern Matriarchy*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 2002.
- Santos, E. S., Schinemann, J. A., Gabardo, J., y Bicalho, Mda. G., «New evidence that the MHC influences odor perception in humans: A study with 58 Southern Brazilian students», en *Hormones and Behavior*, n° 47(4), 2005, págs. 384-388.
- Sapolsky, R. M., *The Trouble with Testosterone and Other Essays on the Biology of the Human Predicament*, Nueva York, Simón & Schuster, 1997.
- , *Why Zebras Dont Get Ulcers: An Updated Guide to Stress, Stress-related Diseases and Coping*, Nueva York, W. H. Freeman and Company, 1998 (trad. cast.: *¿Por qué las cebras no tienen úlcera?: la guía del estrés*, Madrid, Alianza, 2011).
- , *A Primate's Memoir: A Neuroscientist's Unconventional Life Among the Baboons*, Nueva York, Scribner, 2001 (trad. cast.: *Memorias de un primate*, Barcelona, Mondadori, 2001).
- , *Monkeyluv: And Other Essays on Our Lives as Animals*, Nueva York, Scribner, 2005 (trad. cast.: *El mono enamorado: y otros ensayos sobre nuestra vida animal*, Barcelona, Paidós, 2007).
- Sapolsky R. M., y Share, L. J., «A pacific culture among wild baboons: Its emergence and transmission», en *PLoS Biology*, n° 4(2), 2004, pág. e106, <<http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC387274/>>.
- Savage-Rumbaugh, S., y Wilkerson, B., «Socio-sexual behavior in *Pan paniscus* and *Pan troglodytes*: A comparative study», en *Journal of Human Evolution*, n° 7, 1978, págs. 327-344.
- Scheib, J., «Sperm donor selection and the psychology of female choice», en *Ethology and Sociobiology*, n° 15, 1994, págs. 113-129.
- Schlegei, A., «The cultural management of adolescent sexuality», en P. R.

- Abramson y S. D. Pinkerton (comps.), *Sexual Nature / Sexual Culture*, Chicago, University of Chicago Press, 1995.
- Schrire, C., «An inquiry into the evolutionary status and apparent identity of San hunter-gatherers», en *Human Ecology*, n° 8, 1980, págs. 9-32.
- Seeger, A., Da Matta, R., y Viveiros de Castro, E., «A construyo da pessoa ñas sociedades indígenas brasileiras», en *Boletim do Museu Nacional (Rio de Janeiro)*, n° 32, 1979, págs. 2-19.
- Seemple, S., «The function of Barbary macaque copulation calis», en *Proceedings in Biological Sciences*, n° 265(1.393), 1998, págs. 287-291.
- , «Individuality and male discrimination of female copulation calis in the yellow baboon», en *Animal Behaviour*, n° 61, 2001, págs. 1.023-1.028.
- Seemple, S., McComb, K., Alberts, S., y Altmann, J., «Information content of female copulation calis in yellow baboons», en *American Journal of Primatology*, n° 56, 2002, págs. 43-56.
- Seuanez, H. N., Carothers, A. D., Martin, D. E., y Short, R. V., «Morphological abnormalities in spermatozoa of man and great apes», en *Nature*, n° 270, 1977, págs. 345-347.
- Seyfarth, R. M., «Social relationships among adult male and female baboons: Behavior during sexual courtship», en *Behaviour*, n° 64, 1978, págs. 204-226.
- Shackelford, T. K., Goetz, A. T., McKibbin, W. F., y Starratt, V. G., «Absence makes the adaptations grow fonder: Proportion of time apart from partner, male sexual psychology and sperm competition in humans (*Homo sapiens*)», en *Journal of Comparative Psychology*, n° 121, 2007, págs. 214-220.
- Shaw, G. B., *Back to Methuselah*, Fairfield (Iowa), 1st World Library, 1987.
- Shea, B. T., «Heterochrony in human evolution: The case for neoteny reconsidered», en *Yearbook of Physical Anthropology*, n° 32, 1989, págs. 93-94.
- Sherfey, M. J., *The Nature and Evolution of Female Sexuality*, Nueva York, Random House, 1972 (trad. cast.: *Naturaleza y evolución de la sexualidad femenina*, Barcelona, Barral, 1977).
- Shores, M. M., y otros, «Increased incidence of diagnosed depressive illness in hypogonadal older men», en *Archives of General Psychiatry*, n° 61, 2004, págs. 162-167.
- Shores, M. M., Matsumoto, A. M., Sloan, K. L., y Kivlahan, D. R., «Low serum testosterone and mortality in male veterans», en *Archives of Internal Medicine*, n° 166, 2006, págs. 1.660-1.665.

- Short, R. V., «Sexual selection and its component parts, somatic and genital selection, as illustrated by man and the great apes», en *Advances in the Study of Behavior*, n° 9, 1979, págs. 131-158.
- , «Human reproduction in an evolutionary context», en *Annals of New York Academy of Science*, n° 709, 1995, págs. 416-425.
- , Reseña del libro *Human Sperm Competition: Copulation, Masturbation and Infidelity*, 1998. Recuperado el 22 de enero de 2000 en <<http://www.vet.murdoch.edu.au/spermology/rsreview.html>>.
- Shostak, M., *Nisa: The Life and Works of a !Kung Woman*, Nueva York, Random House, 1981.
- , *Return to Nisa*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2000.
- Siepel, A., «Phylogenomics of primates and their ancestral populations», en *Genome Research*, n° 19, 2009, págs. 1.929-1941.
- Singer, P., *Animal Liberation*, Nueva York, New York Review Books, 1990 (trad. cast.: *Liberación animal*, Madrid, Taurus, 2011).
- Singh, D., y Bronstad, P. M., «Female body odour is a potential cue to ovulation», en *Proceedings in Biological Sciences*, n° 268(1.469), 2001, págs. 797-801.
- Small, M. F., «Female primate sexual behavior and conception: Are there really sperm to spare?», en *Current Anthropology*, n° 29(1), 1988, págs. 81-100.
- , *Female Choices: Sexual Behavior of Female Primates*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1993.
- , *What's Love Got to Do with It? The Evolution of Human Mating*, Nueva York, Anchor Books, 1995.
- Smith, D. L., *The Most Dangerous Animal: Human Nature and the Origins of War*, Nueva York, St. Martin's Press, 2007.
- Smith, J. M., «Theories of sexual selection», en *Trends in Ecology and Evolution*, n° 6, 1991, págs. 146-151.
- Smith, R. L., «Human sperm competition», en R. Smith (comp.), *Sperm Competition and the Evolution of Animal Mating Systems*, Nueva York, Academic Press, 1984, págs. 601-660.
- Smuts, B. B., *Sex and Friendship in Baboons*, Nueva York, Aldine, 1985.
- , «Sexual competition and mate choice», en B. B. Smuts, D. L. Cheney, R. M. Seyfarth, R. W. Wrangham y T. T. Struthsaker (comps.), *Primate Societies*, Chicago, University of Chicago Press, 1987, págs. 385-399.

- Sober, E., y Wilson, D., *Unto Others: The Evolution and Psychology of Unselfish Behavior*, Cambridge (Massachuserts), Harvard University Press, 1998 (trad. cast: *El comportamiento altruista, evolución y psicología*, Madrid, Siglo XXI de España, 2000).
- Speroff, L., Glass, R. H., y Kase, N. G., *Clinical and Gynecologic Endocrinology and Infertility*, Baltimore (Maryland), Williams and Wilkins, 1994 (trad. cast.: *Endocrinología ginecológica clínica y esterilidad*, Barcelona, Lippincott, 2007).
- Sponsel, L., «Yanomami: An arena of conflict and aggression in the Amazon», en *Aggressive Behavior*, n° 24, 1998, págs. 97-122.
- Sprague, y Quadagno, D., «Gender and sexual motivation: An exploration of two assumptions», en *Journal of Psychology and Human Sexuality*, n° 2, 1989, pág. 57.
- Squire, S., *I Don't: A Contrarian History of Marriage*, Nueva York, Bloomsbury USA, 2008.
- Stanford, C., *Significant Others: The Ape-Human Continuum and the Quest for Human Nature*, Nueva York, Basic Books, 2001.
- Stoddard, D. M., *The Scented Ape: The Biology and Culture of Human Odour*, Cambridge (Inglaterra), Cambridge University Press, 1990.
- Strier, K. B., «Beyond the apes: Reasons to consider the entire primate order», en F. de Waal (comp.), *Tree of Origin: What Primate Behavior Can Tell Us About Human Social Evolution*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2001, págs. 69-94.
- Sturma, M., *South Sea Maidens: Western Fantasy and Sexual Politics in the South Pacific*, Nueva York, Praeger, 2002.
- Sulloway, F., «Darwinian virtues», en *New York Review of Books*, 9 de abril de 1998, recuperado el 12 de diciembre de 2002 en <<http://www.nybooks.com/articles/894>>.
- Symons, D., *The Evolution of Human Sexuality*, Nueva York, Oxford University Press, 1979.
- , «On the use and misuse of Darwinism in the study of human behavior», en J. H. Barkow (comp.), *The Adapted Mind: Evolutionary Psychology and the Generation of Culture*, Nueva York, Oxford University Press, 1992, págs. 137-159.
- Szalay, F. S., y Costello, R. K., «Evolution of permanent estrus displays in hominids», en *Journal of Human Evolution*, n° 20, 1991, págs. 439-464.

- Tanaka, J., «The recent changes in the life and society of the central Kalahari San», en *African Study Monographs*, n° 7, 1987, págs. 37-51.
- Tannahill, R., *Sex in History*, Lanham (Maryland), Scarborough House, 1992.
- Tarín, J. J., y Gómez-Piquer, V., «Do women have a hidden heat period?», en *Human Reproduction*, n° 17(9), 2002, págs. 2.243-2.248.
- Taylor, S., «Where did it all go wrong? James DeMeo's Saharasia thesis and the origins of war», en *Journal of Consciousness Studies*, n° 9(8), 2002, págs. 73-82.
- Taylor, T., *The Prehistory of Sex: Four Million Years of Human Sexual Culture*, Nueva York, Bantam, 1996.
- Testart, A., «Significance of food storage among hunter-gatherers: Residence patterns, population densities and social inequalities», en *Current Anthropology*, n° 23, 1982, págs. 523-537.
- Theroux, P., *My Secret History*, Nueva York, Ivy Books, 1989 (trad. cast.: *Mi historia secreta*, Barcelona, Tusquets, 1992).
- Thompson, R. F., *Flash of the Spirit: African & Afro-American Art & Philosophy*, Londres, Vintage Books, 1984.
- Thornhill, R., Gangestad, S. W., y Comer, R., «Human female orgasm and mate fluctuating asymmetry», en *Animal Behaviour*, n° 50, 1995, págs. 1.601-1.615.
- Thornhill, R., y Palmer, C. T., *A Natural History of Rape: Biological Bases of Sexual Coerción*, Cambridge (Massachusetts), The MIT Press, 2000.
- Tierney, R., *Darkness in El Dorado: How Scientists and Journalists Devastated the Amazon*, Nueva York, Norton, 2000 (trad. cast.: *El saqueo de El Dorado: cómo científicos y periodistas han devastado el Amazonas*, Barcelona, Grijalbo, 2002).
- Todorov, T., *The Conquest of America*, Nueva York, HarperCollins, 1984 (trad. cast.: *La conquista de América: el problema del otro*, Madrid, Siglo XXI de España, 2010).
- Tooby, J., y Cosmides, L., «The past explains the present: Emotional adaptations and the structure of ancestral environments», en *Ethology and Sociobiology*, n° 11, 1990, págs. 375-424.
- , «The psychological foundations of culture», en J. H. Barkow, L. Cosmides y J. Tooby (comps.), *The Adapted Mind: Evolutionary Psychology and the Generation of Culture*, Oxford (Inglaterra), Oxford University Press, 1992, págs. 19-136.

- , Carta al director de *New York Review of Books* sobre Gould, 1997. Recuperada el 22 de enero de 2002 en <http://cogweb.english.ucsb.edu/Debate/CEP_Gould.html>.
- Tooker, E., «Lewis H. Morgan and his contemporaries», en *American Anthropologist*, n° 94, 1992, págs. 357-375.
- Townsend, J. M., y Levy, G. D., «Effect of potential partners' costume and physical attractiveness on sexuality and partner selection», en *Journal of Psychology*, n° 124, 1990a, págs. 371-389.
- , «Effect of potential partners' physical attractiveness and socioeconomic status on sexuality and partner selection», en *Archives of Sexual Behavior*, n° 19, 1990b, págs. 149-164.
- Trivers, R. L., «The evolution of reciprocal altruism», en *Quarterly Review of Biology*, n° 46, 1971, págs. 35-57.
- , «Parental investment and sexual selection», en B. Campbell (comp.), *Sexual Selection and the Descent of Man*, Chicago, Aldine, 1972, págs. 136-179.
- Turchin, P., *Historical Dynamics: Why States Rise and Fall*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2003.
- Turchin, R. con Koratayev, A., «Population density and warfare: A reconsideration», en *Social Evolution & History*, n° 5(2), 2006, págs. 121-158.
- Turner, T., *Social Structure and Political Organization among the Northern Kayapó*, tesis doctoral inédita, Cambridge (Massachusetts), Harvard University, 1966.
- Twain, M., *Letters from the Earth*, Sioux Falls (Dakota del Sur), Nu Vision Publications, 1909/2008 (trad. cast.: *Cartas desde la Tierra*, Madrid, Trauma, 2006).
- Valentine, P., «Fathers that never exist», en S. Beckerman y P. Valentine (comps.), *Cultures of Multiple Fathers: The Theory and Practice of Partible Paternity in Lowland South America*, Gainesville, University Press of Florida, 2002, págs. 178-191.
- Van der Merwe, N. J., «Reconstructing prehistoric diet», en S. Jones, R. Martin y D. Pilbeam (comps.), *The Cambridge Encyclopedia of Human Evolution*, Cambridge (Inglaterra), Cambridge University Press, 1992, págs. 369-372.
- Van Gelder, S., «Remembering our purpose: An interview with Malidoma Somé», en *In Context: A Quarterly of Humane Sustainable Culture*, n° 34, 1993, pág. 30.

- Ventura, M., *Shadow Dancing in the U.S.A.*, Los Angeles, Jeremy Tarcher, 1986.
- Verhaegen, M., «Australopithecines: Ancestors of the African apes?», en *Human Evolution*, n° 9, 1994, págs. 121-139.
- Wade, N., *Before the Dawn: The Lost History of Our Ancestors*, Nueva York, The Penguin Press, 2006.
- Wallen, K., «Mate selection: Economics and affection», en *Behavioral and Brain Sciences*, n° 12, 1989, págs. 37-38.
- Washburn, S. L., «The analysis of primate evolution with particular reference to the origin of man», en Cold Spring Harbor Symposium, *Quantitative Biology*, n° 15, 1950, págs. 67-78.
- Washburn, S. L., y Lancaster, C. S., «The evolution of hunting», en R. B. Lee e I. DeVore (comps.), *Man the Hunter*, Nueva York, Aldine, 1968, pág. 293-303.
- Watanabe, H., «Subsistence and ecology of northern food gatherers with special reference to the Ainu», en R. Lee e I. Devore (comps.), *Man the Hunter*, Chicago, Aldine, 1968, págs. 69-77.
- Wedekind, C., Seebeck, T., Bettens, E., y Paepke, A. J., «MHC-dependent mate preferences in humans», en *Proceedings of the Royal Society of London*, n° 260, 1995, págs. 245-249.
- , «The intensity of human body odors and the MHC: Should we expect a link?», en *Evolutionary Psychology*, n° 4, 2006, págs. 85-94. Disponible online en <<http://www.epjournal.net/>>.
- Weil, A., *The Marriage of the Sun and the Moon*, Boston, Houghton Mifflin, 1980.
- White, T. D., «*Ardipithecus ramidus* and the paleobiology of early hominids», en *Science*, n° 326, 2009, págs. 64, 75-86.
- Widmer, R., *The Evolution of the Calusa: A Nonagricultural Chieftdom on the Southwest Florida Coast*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1988.
- Wiessner, R., «Leveling the hunter: Constraints on the status quest in foraging societies», en P. Wiessner y W. Schiefenovel (comps.), *Food and the Status Quest: An Interdisciplinary Perspective*, Providence (Rhode Island), Berghahn, 1996, págs 171-191.
- Wilbert, J., «The house of the swallow-tailed kite: Warao myth and the art of thinking in images», en G. Urton (comp.), *Animal Myths and Meta-*

- phors in South America*, Salt Lake City, University of Utah Press, 1985, págs. 145-182.
- Williams, G. C., *Adaptation and Natural Selection: A Critique of Some Current Evolutionary Thought*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 1966.
- Williams, W. L., *The Spirit and the Flesh: Sexual Diversity in American Indian Culture*, Boston, Beacon Press, 1988.
- Wilson, E. O., *Sociobiology: The New Synthesis*, Cambridge (Massachusetts), The Belknap Press of Harvard University Press, 1975 (trad. cast.: *Sociobiología*, Barcelona, Omega, 1980).
- , *On Human Nature*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1978 (trad. cast.: *Sobre la naturaleza humana*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1983).
- , *Consilience: The Unity of Knowledge*, Nueva York, Knopf, 1998 (trad. cast.: *Consilience: la unidad del conocimiento*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1999).
- Wilson, J. Q., «The family way: Treating fathers as optional has brought social costs», en *The Wall Street Journal*, 17 de enero de 2003, pág. 7.
- Wilson, M. L., y Wrangham, R. W., «Intergroup relations in chimpanzees», en *Annual Review of Anthropology*, n° 32, 2003, págs. 363-392.
- Wolf, S., y otros, «Roseto, Pennsylvania 25 years later—highlights of a medical and sociological survey», en *Transactions of the American Clinical and Climatological Association*, n° 100, 1989, págs. 57-67.
- Won, Yong-Jin, y Hey, J., «Divergence population genetics of chimpanzees», en *Molecular Biology and Evolution*, n° 22(2), 2004, págs. 297-307.
- Woodburn, J., «Egalitarian societies», en J. Gowdy (comp.), *Limited Wants, Unlimited Means: A Reader on Hunter-gatherer Economics and the Environment*, Washington, D.C., Island Press, 1981/1998, págs. 87-110.
- Wrangham, R., «Artificial feeding of chimpanzees and baboons in their natural habitat», en *Animal Behaviour*, n° 22, 1974, págs. 83-93.
- , «Out of the Pan, into the fire: How our ancestors' evolution depended on what they ate», en F. de Waal (comp.), *Tree of Origin: What Primate Behavior Can Tell Us About Human Social Evolution*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2001, págs. 119-143.
- Wrangham, R., y Peterson, D., *Demonic Males: Apes and the Origins of Human Violence*, Boston, Houghton Mifflin, 1996.

- Wright, R., *The Moral Animal: The New Science of Evolutionary Psychology*, Nueva York, Pantheon, 1994.
- Wyckoff, G. J., Wang, W., y Wu, C., «Rapid evolution of male reproductive genes in the descent of man», en *Nature*, n° 403, 2000, págs. 304-308.
- Yoder, V. C., Virden, T. B., III, y Amin, K., «Pornography and loneliness: An association?», en *SexualAddiction & Compulsivity*, n° 12, 2005, pág. 1.
- Zihlman, A. L., «Body build and tissue composition in *Panpaniscus* and *Pan troglodytes*, with comparisons to other hominoids», en R. L. Susman (comp.), *ThePygmy Chimpanzee*, Nueva York, Plenum, 1984, págs. 179-200.
- Zihlman, A. L., Cronin, J. E., Cramer, D. L., y Sarich, V. M., «Pygmy chimpanzee as a possible prototype for the common ancestor of humans, chimpanzees and gorillas», en *Nature*, n° 275, 1978, págs. 744-746.
- Zohar, A., y Guttman, R., «Mate preference is not mate selection», en *Behavioraland Brain Sciences*, n° 12, 1989, págs. 38-39.

INDICE ANALITICO Y DE NOMBRES

Los números en *itálicas* remiten a tablas e ilustraciones.

- Abbey, Edward, 129
- Abidin, Suhaila Zein al-, 154
- abstinencia, 339
- abuelas, 139
- abuso infantil, 19, 60, 336, 339, 340-344
- aché, pueblo, 121, 153, 249, 383 n.
- agía*, relaciones de, 164
- Acton, John Dalberg, lord, 61
- Acton, William, 75
- Adán y Eva, 56, 109-110
- AdaptedMind, The* (Barkow, Cosmides y Tooby, comps.), 74
- aditivos alimentarios, 288
- ADN, 87-88, 96, 173, 196, 198, 318, 394 n.
- catástrofes medioambientales y, 198, 233
- de las células espermáticas, 286
- testículos y, 275, 292
- adolescentes, 92, 338-341, 411 n.
- Adult Video Universe, 279
- adulterio, 127-128, 156-157, 175, 179, 347, 404 n.
- «*afluenza*», 200
- África, 137, 198, 251, 260, 290, 364, 391 n., 394 n., 397 n.
- Agencia Alimentaria de EE.UU. (Food and Drug Administration), 39
- agresión, 99, 164
- de chimpancés, 90, 94, 96-97, 104, 231
- de humanos, 95, 98, 104
- de monos, 13-15, 217
- véase también* violencia; guerra
- agricultura, 29-33, 31, 39, 109-111, 116, 222, 256
- cambios radicales y, 26, 297
- crecimiento demográfico y, 26, 54, 192, 194, 196-197, 209
- diferencias económicas y, 201
- guerra y, 234, 235-236
- harenes y, 264
- salud y, 213-214, 215-216, 250
- transición de la caza y recolección a, 25, 111, 213-216, 392 n.
- Ainley, David, 172
- Álamo, el, 37, 43
- Alcmena, 276
- Alemania, 143
- Alexander, Michele, 332
- alimentos, 25, 72, 78, 83, 160, 176, 188, 199, 214-217, 360, 392 n., 395 n.
- anatomía sexual y, 286, 288, 291
- conflicto por los, 199, 230, 232
- excedentes y almacenamiento de, 95, 214, 215

- Jardín del Edén y, 109-110
 masturbación y, 344, 412 n.
 puesta en común de los, 23, 29, 55,
 93, 97, 105, 129-130, 178, 215,
 221
 reducción calórica y, 253
 sabor de los, 38-41, 204
véase también agricultura
- Alkon, Amy, 46
- alma femenina, 325-334
- altura, 243-244
- Alzheimer, enfermedad de, 356
- amamantamiento, 24, 31, 64, 105,
 143, 197, 312, 392 n., 408 n.
 compartido, 29, 137
- Amazonia, 119, 160, 181, 307, 364,
 406 n.
- American Journal of Cardiology*, 253
- amor, 49, 99, 156-157, 174, 259, 352,
 354
 libre, 366, 379 n.
 lujuria y, 147
 materno, 138
 monogamia y, 362, 368
 música y, 184-185
 parental, 60, 139, 186
 paterno, 77
 romántico, 23, 60, 63, 164, 183
 sexo y, 23, 46, 49, 80, 356
- anatomía de los simios, comparación
 múltiple de, 271
- Anatomía del amor* (Fisher), 101-102,
 148
- anatomista, El* (Andahazi), 303
- Ancient Society* (Morgan), 67
- Andahazi, Federico, 303
- Anderson, Terry, 112
- Anfitrión, 276
- Angier, Natalie, 207-208, 311
- Angus, Ian, 209
- animal humano, El*, serie de la BBC,
 150
- Anokhin, Andrey, 328
- anonimato, 211-212
- Antártida, 170-171
- antidepresivos, 357
- antígenos, 276, 317
- antropología, 26, 28-29, 30, 33, 119-
 121, 137, 140, 211, 226, 246,
 406 n.
 malentendidos y errores de interpre-
 tación y, 147, 150, 151, 152, 162,
 169, 170, 174
- Appell, G. N., 208
- Arabia Saudita, 154
- Ardipithecus ramidus*, 263, 402 n.
- Aristóteles, 276
- Armellagos, George, 214
- arqueología, 32, 214, 236, 244, 248,
 292, 391 n.
- Arrowood, Patricia, 310
- asante, Imperio, 235
- asesinato, homicidio, 162, 228, 237
- Asia, 251, 290, 391 n.
- Asociación Médica Americana, 19, 344
- aspecto físico
 femenino, 71, 176, 177
 masculino, 71, 79, 177
- atracción sexual, 63, 82, 126, 158
- atractivo masculino, 79, 329, 330
- Australia, 286
 aborígenes de, 29, 40, 204, 216, 226
- Australopithecus*, 402 n.
- aves, 173

- Axelrod, Robert, 207
 aztecas, 235
 azulejos, aves, 173

 babuinos, 84, 88, 89, 91, 99, 150, 220
 geladas, 313, 405 n.
 llamadas copulatorias de los, 309, 310
 Bailey, Michael, 331
 Baker, Robin R., 317
 Baker Brown, Isaac, 301-302, 341
 Balzac, Honoré de, 149
 Bangkok, 346
 Barash, David, 273
 Barcelona, 295
 bari, pueblo, 383 n.
 Barlow, John Perry, 380 n.
 Barnes, Cynthia, 166, 170
 Bateman, A. J., 75
 BBC, 150, 200, 247, 284, 325, 331
 Beach, Frank, 125
Beagle, 46, 51, 203, 222
 Beauvais, Vincent de, 156-157
 Beckerman, Stephen, 119, 121, 133
 Bellis, Mark, 317
 Belliveau, Jeannette, 346
 Bergner, Daniel, 327
 Berman, Morris, 94
 Bernard, Jessie, 352
 Bernays, Edward, 412 n.
 Bernières, Louis de (*La mandolina del capitán Corelli*), 359
 Berns, Gregory S., 207-208
 besar, 105, 334
 Betzig, Laura, 144-145
Beyond War (Fry), 235
 Biblia, 109-110, 175, 389 n.
 Deuteronomio, 128
 Éxodo, 281
 Génesis, 56, 202, 281
 Levítico, 127
 longevidad en, 77
 Salmos, 243
Bien natural (De Waal), 398 n.
 Bird-David, Nurit, 215
 Birdsell, Joseph, 246-247
 Birkhead, Tim, 78
 Birmania, 176
 bisexualidad, 331
 Bodley, John, 211
 Boehm, Christopher, 220
 Bogucki, Peter, 130-131, 292
 Bolivia, 183
 Bolton, Michael, 184
 bonobo, 87-91, 88, 96-102, 110, 261-267, 269, 271, 278, 287, 296, 310, 401 n.
 capacidad sexual de las hembras de, 83, 95, 99-101, 131, 133, 288, 322
 comparación de chimpancé y, 95-99, 105, 127, 131-132
 comparación del hombre y el, 17, 87-88, 89, 100-102, 105, 113, 126, 132, 133, 170, 273, 282, 289, 291-292, 296-297, 313, 383 n.
 dimorfismo de tamaño corporal en el, 262-266
 duración de la cópula en el, 284, 284
 escisión del chimpancé y el, 88, 101, 381 n.
 guerra y el, 228, 240-241
 hinchazón sexual en el, 313, 314, 314

- organización social del, 89-90, 92, 233
 pene del, 283, 405 n.
 respuesta erótica humana al, 326-327
 sexo en grupo en el, 30
 sistemas de apareamiento multima-
 cho-multihembra del, 68, 92
 testículos del, 267, 269, 270, 272, 273, 274-275, 282, 289
 Borman, Frank, 399 n.
 Botswana, 29, 153, 216, 249
 Bowlby, John, 50
 Brasil, 154
 mortalidad infantil en, 246
 Bristol, Universidad de, 287
 Brooks, Nick, 392 n.
 Brown, Janelle, 313
 Bruhn, John, 201
 brujería, 303
 Bryan, William Jennings, 223
 bubónica, peste, 251
bukkake, 404 n.
bull, 281
bulusela, 413 n.
 Burkina Faso, 137
 Buss, David, 77, 80, 178-183
 Bután, 269

 cabras, 326, 335
 Cai Hua, 164
 Caída, la, 56, 109-110
 California, 177, 248
 cambio climático, 234, 392 n.
 cambios de sexo, 337
 Cambridge, Universidad de, 200
 «camisetas sudadas, experimento de las», 329, 413 n.
 Campbell, Joseph, 41
 Canadá, 232
 canal cervical, 282
 cáncer, 250, 253, 286, 355
 cáncer de próstata, 286
 canela, pueblo, 134, 155, 175, 184
 Carnet, Laurent, 412 n.
Canto a mí mismo (Whitman), 325
 cardíacas, enfermedades, 201, 250, 253, 254, 287, 355
 Carta Magna, 32
Cartas desde la Tierra (Twain), 109, 295, 347
 Cáster, C. Sue, 172
 Cartwright, Samuel, 152
Case of the Female Orgasm, The (Lloyd), 409 n.
 castigo, 112, 125, 127-128, 305, 342, 404 n.
 Catón, Hiram, 384 n.
 caucásicos, 290
 cazadores-recolectores, sociedades de, 26-27, 28-32, 40, 67, 78, 93, 103, 110, 122, 167, 213-218, 220-222, 249, 255, 377 n., 411 n.
 crecimiento de población y, 194, 198, 390 n., 391 n.
 de retorno inmediato (simples), 29 n., 232, 395 n., 396 n.
 de retorno retardado (complejas), 29 n.
 guerra y, 223-226, 225, 232, 236, 395 n.
 hombre no-económico y las, 222
 igualitarismo y, 26, 29, 131, 216-217, 220, 223-224
 infanticidio en las, 246

- sedentarios, 395 n.-396 n.
- sujetos de estudio y, 181
- transición a la agricultura desde las, 25-26, 111, 213-216, 382 n., 392 n.
- vida social y, 116-117, 123, 130, 176, 199
- celos, 28, 41, 90, 164, 175-188
 - ausencia de, 121, 122
 - Buss, estudio de los celos de, 80, 178-183
 - en el hombre, 56, 80, 81, 121, 122, 178, 179
 - en la mujer, 80, 179
 - miedo y, 186-187
- Centroamérica, 130, 305
- cerebro, 25, 177, 211, 249, 262, 329, 382 n.
 - cooperación y, 208
 - del vampiro, 130
 - escáneres de Bailey del, 331
 - grande, 55, 112, 113, 123
- Cernunnos*, 407 n.
- certeza de paternidad, 25, 33, 73, 78, 80, 129, 135, 159-174
 - genética y, 45, 78, 80, 178
- César, Julio, 124
- Césary Cleopatra* (Shaw), 212
- Chagnon, Napoleón, 224, 231, 236-240, 399 n.
- Chamberlain, Wilt, 264
- Chapín, Henry, 143
- Cherlin, Andrew J., 63
- Chernela, Janet, 140
- Chesterton, G. K., 37, 170
- chiíta, islamismo, 154
- Chile, 38, 391 n.
- chimpancé, 87-103, 88, 233, 261-267, 271, 296-297, 310, 383 n., 401 n., 403 n.
- capacidad sexual de las hembras de, 30, 96, 287, 322
- comparación de bonobo y, 96-99, 105, 126-127, 132
- comparación del hombre y el, 17, 67-92, 93, 95, 101, 105, 112, 273, 282, 289, 291, 292, 296-297, 313, 316, 401 n.
- competencia espermática en el, 278
- dimorfismo de tamaño corporal en el, 262-266
- duración de la cópula en, 284, 284
- escisión del bonobo y el, 88, 101, 381 n.
- hinchazón sexual en el, 313, 314
- orgasmo en el, 316, 408 n.
- pene del, 283, 284
- puesta en común del alimento en el, 93, 97
- sistemas de apareamiento multima-cho-multihembra en el, 68, 92
- testículos del, 28, 267, 270, 272, 273, 274-275, 282, 289
- violencia y guerra en el, 90-91, 94-97, 228-232, 236, 241, 397 n.
- China, 290, 364
 - abortos en, 400 n.
 - infanticidio en, 247
- Chivers, Meredith, 326-327, 333
- ciencia, política y, 255-256
- circuncisión, 342-343
- cisne, 173
- civilización, 222, 253, 392 n.
 - masturbación y, 301
 - pobreza y, 200, 202

- clan, afiliación al, 140
- clave del éxito, La* (Gladwell), 211
- clismafilia, 342
- clitorectomía, 302
- clítoris, 177, 302-303, 343, 407 n.
- Cochran, Gregory, 274
- codicia, 191, 206
- Cohén, Sheldon, 252
- coitos fuera de la pareja (CFP), 81, 125-126, 155-156, 160
- Colapinto, John, 155-156
- Colbert, Stephen T., 323
- Colombo, Matteo Realdo, 303
- Colón, Cristóbal, 251
- compañía, 18, 52, 109
- compartir, 23, 26, 29, 84, 130, 132, 218
- alimentos, *véase* alimentos, puesta en común de
- parejas sexuales, 30, 156, 174, 178, 184
- compatibilidad inmunológica, 317-318, 330
- competencia, 92, 197, 201, 221, 230, 392 n.
- entre machos, 65, 66, 79, 103, 132, 169, 262-268, 273, 284
- entre mujeres, 79
- espermática, *véase* espermática, competencia
- competencia espermática, 266-270, 273, 276-280, 284, 289, 291, 292, 317-318, 404 n.-407 n.
- en los grandes simios, 278
- llamadas copulatorias y, 310
- monogamia y, 276, 288
- tapón copulatorio y, 282
- comportamiento social, 112-117
- compromiso, 41, 81, 163
- Comstock, Anthony, 344
- comunidad, 25, 201, 206, 210, 256, 369
- «meme» y, 205
- comunismo, 211-212
- Con mentalidad propia* (Friedman), 281
- concepción, 119-120, 126, 315, 320
- confianza, 99, 176, 218, 363, 370
- Congo, República Democrática del (antes Zaire), 98
- Conjugal Lewdness* (Defoe), 157
- consorcio, 150-151
- Constant Battles* (LeBlanc), 42
- Cook, James, 124-125
- Coolidge, Calvin, 344-346
- Coolidge, efecto, 345, 350, 355
- cooperación, 97, 230, 270
- en el cuidado de los niños, 137
- entre bonobos, 90
- humana, 91, 92, 94, 103, 104, 131, 133, 137, 176, 189, 199, 208, 218, 257
- Cortés, Flernán, 37, 55
- cortisol, 252
- cosmología, 20
- Costa de Marfil, 93, 96
- crecimiento demográfico, 26, 54, 192-195, 194, 196-199, 209, 392 n.
- cazadores-recolectores y, 194, 198, 390 n., 391 n.
- guerra y, 233-234, 236, 247
- tierra y, 247
- cristianismo, 127, 195, 203
- Crocker, Jean, 134, 155

- Crocker, William, 134, 155, 183
 cromosomas, 287
 Crystal, Billy, 308
Cuando Harry encontró a Sally, 308
 cuello, alargamiento del, 176, 176, 178
 cuello del útero, 319, 320
 curripaco, pueblo, 154

 dagara, pueblo, 137
 D'Aluisio, Faith, 40
 Daly, Martin, 73, 273
 daneses, 285
 Dangerfield, Rodney, 344
 Darwin, Charles, 20, 42, 45-54, 65-67, 131, 172, 191-198, 266-268, 292, 379 n., 403 n.
 autobiografía de, 50-51, 192
 experiencia sexual de, 51, 344
 influencia de Malthus sobre, 48, 192-194, 203, 390 n.
 respeto por Morgan, 65-67
 selección natural y, 54, 57, 64-65, 129, 193
 selección sexual y, 46, 61, 64-65, 268, 319
 sobre el vínculo materno-filial, 138-139
 sobre la igualdad, 202
 sobre la reticencia femenina, 48, 61, 63, 64-65, 75, 125, 277, 319
 sobre los celos, 175
 sobre los sistemas de tipo harén, 263
 terminología de parentesco y, 140
 Darwin, Emma Wedgwood, 51, 268
 Darwin, Erasmus (abuelo), 50, 57
 Darwin, Erasmus (hermano), 379 n., 390 n.

 Darwin, Henrietta (Etty), 50-51
 darwinistas sociales, 57
 Davenport, William, 351
 Dawkins, Richard, 94-95, 186, 191, 205, 217, 218
 De Waal, Frans, 77, 95-96, 103-104, 126, 219, 230, 382 n., 398 n., 405 n.
 sobre el bonobo, 98, 131
 sobre el vínculo de pareja, 149
 sobre la promiscuidad, 273
 Deacon, Terrence W., 113
Decreta y Cum in unum (decretales pontificias), 19
 Defoe, Daniel, 157
 delfines, 383 n.
 delitos, 338-339, 411 n.
Demonic Males (Wrangham y Peterson), 227, 229
 demonios, 304, 305
 dental, erupción, 249
 Depardieu, Gérard, 38
deporte rey, El (Morris), 122
 depresión, 320, 355
 DeSteno, David A., 182
 destribalización, 41, 204
DestroyingAngel, The (Money), 342
 Diablo, 304, 407 n.
 Diamond, Jared, 27, 216, 269
 Diamond, Lisa, 333
 Dickson, Túmulos de, 214
 dientes, 213, 249, 261
 dilema del prisionero, 206-207, 210
 dimorfismo de tamaño corporal, 261-266, 269, 271, 291, 402 n.
 discurso convencional, 24-25, 28, 33, 45, 56, 69-85, 90, 187-188, 270, 320

- celos sexuales en el, 28, 41, 90, 164, 175-188
- certeza de paternidad en el, 25, 33, 73, 78, 80, 129, 135, 159-174
- de la psicología evolucionista, 60-61, 72-76
- economía sexual y, 72-75
- guerra de los sexos en el, 323-324
- inversión paterna en el, 24, 31, 46, 72, 73, 75-79, 161, 163, 386 n.
- libido femenina en el, 60-61, 70-83
- orgasmo femenino en el, 315-316
- postulados del, 129, 174, 179-180
- receptividad sexual continua y ovulación oculta en el, 72, 83-85
- testículos y, 275
- Discurso sobre el origen de la desigualdad* (Rousseau), 116
- «Diseases and Peculiarities of the Negro Race» (Cartwright), 152
- disestesia etiópica, 152
- disfunción sexual, 18-19
- divorcio, 64, 127, 153, 154, 157, 357
- Dixon, Dwight, 367
- Dixon, Joan, 367
- Dixson, Alan F., 68, 282, 309, 319
- sobre el orgasmo femenino, 316
- sobre las parafilias, 335
- doble ciego, método de, 151
- doble rasero, 46, 56
- dominación
- femenina, 99, 169-170
- masculina, 103, 169, 264, 277
- dongba, pueblo, 162
- Donne, John, 259
- dopamina, 208
- drapetomanía, 152, 306
- Drucker, Doris, 143
- Druckerman, Pamela, 361
- dugum dani, pueblo, 225, 226, 396 n.
- Dunbar, número de, 210
- Dunbar, Robín, 210-211
- East Anglia, universidad de, 392 n.
- Easton, Dossie, 369
- ébola, 251
- eco genital, teoría del, 312, 402 n.
- economía, 205-212, 393 n.
- basada en la escasez, 222
- Homo economicus* y, 206-208
- sexual, 72-75
- tragedia de los bienes comunales y, 208-210
- Economía de la Edad de Piedra* (Sahlins), 201-202
- economía genética del sexo, 73
- ecosistemas, 198-199
- Ecuador, 250
- Edad Media, 156
- Edgerton, Robert, 159, 234, 251
- Egalitarians, The* (Power), 229
- Egipto, 154
- egoísmo, 205, 209, 256, 393 n.
- Einstein, Albert, 147
- Elders, Joycelyn, 344
- embarazo, 24, 73, 81, 83, 84, 105, 139, 286, 313, 329, 392 n., 408 n.
- concepción y, 119-120
- diablos y, 304, 305
- en el chimpancé, 97
- emparejamiento y apareamiento, 148, 151, 158, 178, 255
- multimacho-multihembra, 265, 316, 319

- parejas compartidas, 30, 156, 174, 178, 184
- Encounters at the End of the World*, 172
- Encyclopedia of Human Evolution*, 405 n.
- enemas, 342
- enfermedad, 28, 214, 246, 250-254, 250, 399 n.
- cardíaca, 201, 250, 253, 254, 287, 355
- esclavitud y, 152, 306
- histeria, 299, 302
- masturbación y, 301-302
- sífilis, 165, 250, 251, 301
- testosterona y, 355-356
- tuberculosis, 219-220, 250
- Engels, Friedrich, 65
- Ensayo sobre el principio de la población* (Malthus), 191, 193
- entorno, 112, 131, 290-291
- cuerpo y, 261
- genética y, 57
- Ephron, Nora, 349
- erección, 281, 343
- Erikson, Philippe, 124, 140
- escopeta de Darwin, La* (McDonald), 47
- escroto, 267, 285, 292, 405 n.
- esperanza de vida, 245, 249, 251
- esperma, 30, 77, 275-278, 282-290, 304, 317-321
- espermático, recuento, 285
- Estados Unidos, 180, 209, 232, 298, 346, 364, 397 n.
- aumentos de pecho en, 312
- circuncisión en, 343
- clitorectomías en, 302
- crecimiento demográfico en, 194
- pastos libres en, 209
- preocupación por el dinero en, 200
- suicidios en, 337-338
- estatus, 76
- de la mujer, 26, 32, 81, 98, 168
- de los hijos, 186
- del hombre, 60, 73, 79, 92, 129, 309
- entre los bonobos, 98-99
- estrategias combinadas, 79-83, 85, 296
- estrés, 99, 252-254, 354, 401 n., 413 n.
- estudiantes universitarios como sujetos de estudio, 180
- Ethical Slut, The* (Easton y Liszt), 369
- ética del trabajo protestante, 77
- Europa, 198, 251, 290, 391 n., 397 n.
- medieval, 303-304
- orfanato en, 143, 247
- «Every Breath You Take», canción, 185
- Eve's Seed* (McElvaine), 144
- evolución, 69, 82
- cambios rápidos en la, 274-275
- visiones de Darwin sobre la, 47-58
- Evolution of Cooperation, The* (Axelrod), 207
- Evolution of Human Sexuality, The* (Symons), 75, 82, 161, 353
- exclusividad sexual, 72-74, 126-128, 157, 172
- «explicación clásica» (Fisher), 84
- extinción, 198-199, 233-234, 392 n.
- eyaculación, 30, 267, 269, 276-278, 279-280, 283, 292
- compuestos químicos en la, 276
- llamadas copulatorias y, 310
- salud y, 286
- volumen de semen en la, 284-285

- Fagan, Brian, 382 n., 392 n.
 falsedad y engaño, 56, 60
 familia, 18, 23, 63, 78, 103, 139, 141-145, 330, 335, 358
 mosuo, 162, 163
 nuclear, 20, 22, 55, 78, 92, 104, 138, 142-143, 149, 150, 151, 262, 265, 291, 297, 315, 364, 369
 poliamorosa, 364, 369
 visiones de Morgan sobre la, 66
 familiares, valores, 19
 familias monoparentales, 20, 358
 familias poliamorosas, 364, 369
fascinum, 281
 Feinstein, David, 53
 felicidad, 70, 76-77, 147
Female Choices (Small), 150
 Ferguson, Brian, 236, 237
 feromonas, 413 n.
 fertilidad, 159, 267, 286-288, 312-315, 349
 fertilización, 318, 320
 feto, 119-120, 137
 fidelidad sexual, 27, 155, 164, 363, 368, 369, 370
 de la mujer, 24, 33, 72-74, 78, 79, 179-180
 Finkel, Michael, 387 n.
 Finkers, Juan, 238
 Fisher, Helen, 55, 72, 84-85, 100-103, 148, 173, 238, 364
 Fisher, Maryanne, 389 n.
 Fisher, Terry, 332
 FitzRoy, Robert, 203
 Flanagan, Caitlin, 360
Flatheads («cabezas chatas»), 389 n.
 Flaubert, Gustave, 304-305
 Florida, Universidad Estatal de, 76
 Flynt, Larry, 22
 Ford, Clellan, 125
 Fourier, Charles, 66
 Fowles, John, 49, 379 n.
 Francia, 195, 247
 Franklin, Benjamín, 147, 385 n.
 Freeman, Derek, 384 n.
 Freud, Sigmund, 49, 65, 325, 334, 344
 Friedman, David, 281
 Fromm, Erich, 220
 frotamiento genital-genital (G-G), 105
 frustración sexual, 338, 339-340, 411 n.
 enfermedad y, 28, 298
 Fry, Doug, 235
 Fuegia, fueguinos, 203
 Galápagos, islas, 57, 292
 Galileo Galilei, 20, 306
 Gallup, Gordon G., 284, 320-321
 Galton, Francis, 58
 gangbang, 279
 Garber, Paul, 229-230
 Gawande, Atul, 383 n.
 gebusi, pueblo, 225, 226, 237
 gen egoísta, El (Dawkins), 205, 217
 generosidad, 79, 94, 97, 99, 176, 202, 218, 256
 genética, genes, 46, 57, 59-60, 78, 82, 123 n., 139, 350
 certeza de paternidad y, 45, 78, 80, 178
 como legado, 73, 80
 comparación con los «memes», 205
 compatibilidad y, 318, 330
 igualitarismo y, 131

- monogamia, 388 n.
- objetivos contrarios de hombres y mujeres y, 45
- genitales masculinos, 112, 261
véase también pene, escroto, testículos
- geofagia, 392 n.
- Georgia, sexo oral en, 338, 411 n.
- Gere, Richard, 74
- Getz, Lowell L., 172
- Ghana, 235
- Ghiglieri, Michael Patrick, 42 n., 150, 231
- gibón, 17, 87, 88, 89, 92, 267, 270, 271, 285, 291
- dimorfismo de tamaño corporal en el, 261, 265
- monogamia del, 88, 90, 92, 271, 297, 316, 321-322, 405 n.
- negro (*Hylobates concolor*), 405
- pene del, 282
- Gladwell, Malcolm, 211
- Goethe, Johann Wolfgang von, 147, 361
- Goldberg, Steven, 167-168, 387 n.
- Gombe, en Tanzania, 93, 229, 322, 398
- gonorrea, 301
- Good, Kenneth, 238
- Goodall, Jane, 91, 93, 150, 224, 229, 230, 231, 236, 322
- gorila, 17, 28, 87, 88, 89, 98, 228, 269-272, 272, 287, 291, 403 n.
- competencia espermática y, 278, 285
- dimorfismo de tamaño corporal en el, 261-262
- duración de la cópula en el, 284, 284
- espalda plateada, 92, 269
- testículos del, 269, 270, 272, 273, 275
- Gould, Stephen Jay, 87, 98, 260, 274, 317, 402 n., 409 n.
- Gould, Terry, 366-367
- Gowaty, Patricia Adair, 173
- Gowdy, John, 205, 222
- Graham, Sylvester, 344
- Gran Bretaña, 40, 298, 361
- grasa corporal, bajos niveles de, 198
- gratitud, 121
- Grecia, 216
- Grecia, antigua, 62, 125, 276
- Gregor, Thomas, 133
- grillo mormón americano (*Anabrus simplex*), 215
- gripe porcina (HjNj), 251
- grupo, sexo en, 30, 50, 159, 174, 279-280, 333
- grupos, 26-30, 111, 122-127, 377 n.
- cohesión de los, 122-126, 133, 134, 176
- compartir en, 130
- reducción de conflictos en los, 176
- tamaño de los, 210-211, 232-233, 270
- guarda de la pareja, comportamiento de, 84
- guerra de los sexos, 45, 63, 70, 79-83, 323-324
- guerra, 90, 97, 103, 162, 223-242, 255, 340
- consideraciones de Pinker sobre la, 224-227, 225, 234, 237, 395 n., 396 n.
- despojos de, 232-236, 247-248

- en el hombre, 31, 60, 91, 103, 111,
 198, 224-228, 232-242, 392 n.,
 395 n.-397 n.
 origen en los primates de la, 91, 227-
 228, 229-231
 Guerra Mundial, Segunda, 366, 397 n.
 Guevara, Ernesto Che, 366

Hacia el sur, 412 n.
 hadza, pueblo, 249, 387 n.
 Haggard, Ted, 365
 Haití, 412 n.
 hambruna, 40, 192, 209
 Hamilton, Clive, 200
 Hamilton, William J., 310
 Hamilton Beach, compañía, 300
Hamlet, (Shakespeare), 363
 Hamm, Jon, 380 n.
 Hansbury, Griffin, 336-337
 Hardin, Garrett, 208-209, 393 n.
 Haré, Brian, 94
 harenes, 263, 264, 270
 Harpending, Harry, 274
 Harris, Christine, 182
 Harris, líneas de, 213-214
 Harris, Marvin, 89, 119, 211, 215, 277
 Harrison, Laird, 364
 Harvey, William, 297
 Haselton, Martie, 314-315
 Hawkes, John, 391 n.
 Hawkesworth, James, 124
He's Just Not Up for It Anymore, 353
Health and Diseases of Women, The, 298
 Hendrix, Jimmy, 366
 Hepburn, Katharine, 13
 Hera, 62
 Hércules, 276
 herramientas, 104, 217, 239, 262
 Herzog, Werner, 172
Hierarchy in the Forest (Boehm), 220
 Highmore, Nathaniel, 298
 hijos
 divorcio e, 358
 ilegítimos, 385 n.
 inmunidad de los, 330
 véase también certeza de paternidad,
 embarazo
 h'ik'al, 305
 Hill, Kim, 121
 hinduismo, 127
 hipersexualidad, 30, 113-115, 126
 Hipócrates, 298
 hipoplasias, 213-214
 hiposexualidad, 113
 histeria, 299, 302
 histocompatibilidad mayor, complejo
 de (MHC), 330
 Hobbes, Thomas, 47, 53, 195-199,
 212-213
 chimpancés y, 90
 soledad y, 47, 53, 116-117, 189, 199
 Holmberg, Alian, 183, 360
Holt's Diseases of Infancy and Childhood,
 302
 hombres heterosexuales, 331-332
 plasticidad erótica y, 326, 328
Homo economicus, 206-208
Homo erectus, 28, 391 n.
Homo sapiens, 17, 69, 70, 77, 101, 113,
 130, 139, 179, 222, 233, 236, 279,
 283, 289, 295, 390 n.
 homosexualidad, 105, 134, 298, 360,
 365, 368, 379 n., 407 n.
 impulso sexual, deseo y, 331-332

- plasticidad erótica y, 326, 327
 suicidio y, 337
 Hooker, Joseph, 269
 Houghton, Walter, 49
 Hrdy, Sarah Blaffer, 84-85, 138, 175, 268, 305, 364
 huesos, estudios de, 236, 244, 245, 248, 262-263
 salud y, 214, 215-216
 huli, pueblo, 118, 225, 226, 396 n.
 Hume, David, 87
 Hurtado, M., 383 n.
 / Z>ñ(Squire), 358
 identidad colectiva, 116-117
 fileles, 276
 Iglesia católica, 19,47
 igualitarismo, 122, 200-201, 202, 205, 220, 223-224, 398 n.
In the NextRoom (Ruhl), 406 n.
 inanición, 203-204, 213, 246, 247
 incesto, 350
 inclusas, 143, 247, 385 n.
 India, 14, 247, 341
 India, Consejo de Investigación Médica de la, 290
 Indonesia, 168
inevitabilidad del patriarcado, La (Goldberg), 167
 infanticidio, 91, 105, 144, 228, 246, 247
 infarto, 201, 254
 infertilidad, 131, 287, 288
 infidelidad emocional, 182-183
 masculina, 80, 179-180, 182
 infidelidad sexual, 24, 182-183, 361, 389 n.
 femenina, 25, 80, 178, 180, 276, 277
 influencia cultural, 41, 42, 59-60, 111, 290-291, 328, 340
 Inglaterra, 195, 203, 234
 pastos comunales en, 208-209
 inmigrantes italianos, 201
 Inquisición, 20, 21
 insectos, 39, 40, 253
 Insel, Thomas, 172
 inteligencia, 94, 113, 220
Inteligencia erótica (Perel), 366
 intercambio de parejas, 366
 intercambios socio-eróticos (S.E.Ex), 122-128, 175-176
 interés egoísta, 26, 60, 130, 151, 169, 176, 178, 205, 222, 378 n.
 del hombre económico, 206
 intimidad
 emocional, 18, 80, 179, 333, 362
 sexual, 24, 41, 362
 inuit, pueblo, 156
 inversión parental
 materna, 64-65, 72-73, 77
 paterna, 24, 31, 46, 72, 73, 75-79, 161, 163, 386 n.
 inversión paterna, 24, 31, 46, 56, 72, 73, 75-79, 82, 85, 386 n.
 Irán, adulterio en, 127
 Irlanda, 209
 iroquesa, nación, 65
 Islam, 127, 154
 Ismaíl de Marruecos, 264
 Jacob, 281
 Jamaica, 346
 Japón, 254
 Jardín del Edén, 109

- Jaynes, Julián, 361
jazz, jism, 115, 383 n.
 Jefferson Airplane, 366
 jerarquía, 220, 264
 en humanos, 27, 95, 104, 181, 232
 en los bonobos, 98-99
 en los chimpancés, 93, 95
 Jethá, Cacilda, 155
 jibaros, 225, 226, 396 n.
 Johanowicz, Denise, 219
 Johnson, EricMichael, 99, 127
 Johnson, Virginia, 352
 Jones, Ernest, 344
 Joplin, Janis, 256
 joyas, 81, 315, 385 n.
 Juan Pablo II, papa, 20
 Juan XXI, papa (Pedro Hispano), 62
 judaísmo, 127
 juego, teoría económica del, 72
 Jung, Cari, 350
- K, especies de selección, 390 n.
 Kalahari, desierto del, 156, 216
 Kamasutra, 305, 308, 322
 Kanazawa, Satoshi, 263
 Kano, Takayoshi, 98
 Kant, Immanuel, 196
 Keeley, Lawrence, 225, 395 n.
 Kellogg, John Harvey, 341-343, 344
 Kendrick, Keith, 326
 Kenia, babuinos de, 219
 Kennedy, Edward, 128 n.
 Kennedy, John F., 128 n.
 Kennedy, Robert, 128 n., 237
 Khan, Gengis, 264
 Kibale, selva de, 231
 Kiefer, Otto, 159
- ki-kongo, idioma, 115
 King, Martin Luther, 237
 Kinsey, Alfred, 128, 280, 352
 Kipnis, Laura, 63
 Kissinger, efecto, 79
 Knauft, Bruce, 226
 Knight, Chris, 132
 Korotayev, Andrey, 234
 Krafft-Ebing, Richard von, 301
 Kraus, Karl, 343
 Kremen, Gary, 200
 Krippner, Stanley, 53
 kulina, pueblo, 118, 123 n., 137, 160
*Kulturgeschichte Roms unter besonderer
 Berücksichtigung der römischen Sitien
 (Kiefer)*, 159-160
 Kundera, Milán, 354
 kung-san, 29, 153, 215, 216
 esperanza de vida de los, 249
 kwakiutl, 232, 235
- Laertes, 363
 Larrick, James, 250
 Le Jeune, Paul, 138, 214
 Lea, Vanessa, 140
Lecciones de jurisprudencia (Smith),
 217
 Lee, Richard, 216, 249
 Lehrman, Sally, 383 n.
 Leipzig, Adam, 171
 lenguaje, 113, 123
 mosuo, pueblo, 162, 163
 Leonardo da Vinci, 325
 lesbianas, 327, 331, 368
 leucocitos, 276, 317, 319
Leviatán (Hobbes), 195
 libido, 18, 292, 363, 391 n.

- femenina, 60-61, 71, 75, 299, 306, 329
 masculina, 62, 70, 76, 268, 331, 337, 350-353, 357
Lifestyle, The (Gould), 367
 Lilla, Mark, 195
Limited Wants, Unlimited Means (Gowdy), 222
 Linnaeus, Cari, 89
 Lippa, Richard, 331
 Lipton, Judith, 273
 Lishner, David A., 182
 Liszt, Catherine, 369
 Little, Tony, 329
 Lloyd, Elisabeth, 317, 409 n.
 Londres, 52, 143, 195
 longevidad, 243-257
 estrés y, 252-254
 mortalidad infantil y, 245-248
 Lotz, Jeff, 244
 Lovejoy, Owen, 55, 262-263
Loves of the Plants (E. Darwin), 379 n.
 Lowry, Rich, 171
 Lugu, lago, 161-162, 164, 166
 lujuria, 147
 lusi, 118
Lustin Translation (Druckerman), 361
- macaco, 88, 219, 319
 llamada copulatoria del, 309
 orgasmo en el, 316, 408 n.
 MacArthur, R. EL, 390 n.
 machos alfa, 28, 84
Madame Bovary (Flaubert), 304
 madres, 137-145, 163
 de alquiler, 139
 solteras, 46, 73, 369
- Madsen, David, 215
 mae enga, pueblo, 225, 226, 396 n.
 Magesa, Laurenti, 191
 Maher, Bill, 64
 Maines, Rachel, 298-299, 406 n.
 Malasia, monos de, 13, 14
 Malinowski, Bronislaw, 142-143, 144, 149
Malleus Maleficarum, 303
 malnutrición, 213, 214
 Malthus, Thomas, 48, 53-54, 191-195, 197-198, 202-203, 391 n.
 comparación de Hardin con, 209
mamuse, relaciones rituales, 155
 Mangaia, 316, 340
 Manson, Charles, 237
marcha de los pingüinos, La, 170, 171
 Margolis, Jonathan, 303
 Margulis, Lynn, 276
 marind-anim, pueblo, 118, 159
 marital-industrial, complejo, 21
 Martin, Robert, 405 n.
 Martineau, Harriet, 390 n.
 Marx, Karl, 65, 212
 Masters, William, 352
 masturbación, 291, 298-303, 341-344, 412 n.
 matis, pueblo, 124
 matriarcado, 99, 168-170
 matrimonio, 18-23, 63, 70, 78, 82, 103, 147-162, 164-165, 174, 347-358, 360-363, 390 n.
 abierto, 366-369
 ceremonias de, 156, 175
 como fusión empresarial, 113
 descripciones poco atractivas del, 18, 60, 63, 74

- disfuncionalidad sexual en el, 42
 fracaso del, 18, 19, 20, 63-64, 144, 360-361, 367-368
 grupal (horda primigenia, omnigamia), 66, 100, 144
 homosexual, 141
 intercambio de parejas y, 366
 monógamo, 18, 63, 144, 330-353, 356, 362, 368
 protección legal del, 142
 universalidad del, 78, 149-153
 visión de Darwin sobre el, 52, 175
 matrimonio grupal (horda primigenia, omnigamia), 66, 100, 144
 Max Planck, Instituto de Investigaciones Demográficas, 245
 McDonald, Roger, 47
 McElvaine, Roben S., 144, 366
 Mead, Margaret, 384 n.
Mean Genes (Burnham y Phelan), 368
 mediana edad, crisis de la, 348-349
 medioambiente
 catástrofes y, 198-199, 233-234, 392 n.
 toxinas en el, 285-286, 288, 406 n.
 mehinaku, pueblo, 133
 Melanesia, melanesios, 159
 Melville, Hermán, 51
meme, 205
 Menand, Louis, 152, 255
 menarquía, 198
 menstrual, ciclo, 81-82, 83, 100, 105, 289, 329, 383 n., 408 n.
 véase también ovulación
 mentir, 324, 332, 357, 369
 Menzel, Peter, 40
 microsatélite, 99
 miedo, 186, 391 n.
mil 1984 (Orwell), 186
 Mili, John Stuart, 206
 Miller, Alan S., 263
 Miller, Arthur, 365
 Miller, Geoffrey F., 275, 282-283
 minangkabau, pueblo, 168-169, 168, 387 n.
 misoginia, 411 n.
 Mithen, Steven, 32
 mitos, 53, 54-55, 74, 206
 griegos, 61-62, 276
Mona Lisa (Leonardo), 325, 333-334
 Money, John, 342, 343
mono desnudo, El (Morris), 127
 monogamia, 20, 28, 50, 103, 104, 127, 128, 133, 148, 179, 270, 280, 292, 296, 324
 competición espermática y, 276-277, 288
 de los gibones, 88, 90, 92, 271, 297', 316, 321-322, 405 n.
 desarrollo de la, 45
 dificultades de la, 30
 dimorfismo de tamaño corporal y, 262-263, 266, 292
 en el matrimonio, 18, 63, 144, 350-353, 356, 362, 368
 en serie, 357-358
 infertilidad y, 288-289
 llamadas copulatorias y, 308, 309, 310
 monotonía de la, 350-353
 monos, 87, 88, 88, 89, 219, 241-242, 253, 266, 268
 de Malasia, 13, 14
 Montaigne, Michel, 281

- montañeses, indios, 138-139, 214
MoralAnimal, The (Wright), 76, 324
 Morgan, Lewis Henry, 65-67, 100, 143-145
 Morris, Desmond, 24, 122, 127, 141, 150
 mortalidad infantil, 214, 244-247, 385 n.
 mosca de la fruta, esperma de la, 279
Most Dangerous Animal, The (Smith), 227
 mosuo, pueblo, 161-166, 167, 170
Mothers and Others (Hrady), 138
 Mozambique, 155, 246
mujer del teniente francés, La (Fowles), 49
 multimacho-multihembra, sistemas de apareamiento, 68, 92
Murderer Next Door, The (Buss), 42
 Murdoch, Rupert, 22
 Murdock, George, 151
 muria, pueblo, 341
 mumgin, pueblo, 225, 226, 396
 música, 114-115, 184-185, 377 n.-378 n., 383
 mutilación genital, 302, 305

 nalgas, 312-313, 314
 namowei, pueblo, 238
 natalidad, control de, 62, 81
 nativos norteamericanos, 391 n., 399 n.
 deformación cónica de la cabeza en los, 177, 177, 178, 389 n.
 «natural» y «antinatural», 41, 152
Nature, revista, 275, 290
 nayar, pueblo, 157

 NBC, telediario de la noche de la, 244
 neanderthales, 391 n.
 Nebraska, grabaciones de contenido sexual en, 338
 Neel, James, 399 n.
 Nepal, monos de, 14
New Orleans Medical & Surgical Journal, 301, 342
New York Times, The, 22, 199, 254, 327
New Yorker, The, 152, 248
Newsweek, 364
 nigerianos, 181
nikah misyar (matrimonio del viajero), 154
nikah mutàh (matrimonio por placer), 154
 ninfomanía, 302, 341
 niños, 129, 131, 137-145, 186, 201, 364, 369
 líneas de Harris en los, 213-214
 véase también infanticidio, mortalidad infantil
 niños, cuidado de los, 23, 123, 137-138, 163, 188, 221
 niños pequeños, bebés, 340, 350-351
 nivelación grupal, 122
 Nixon, Richard, 237
 Nolan, Patrick, 233
 Norteamérica, 198, 290
 novedad sexual, 345-358, 412 n.
 Nueva Guinea, 120

O: The Intimate History of the Orgasm (Margolis), 303
 O'Rourke, P.J., 64
 Ohio, Universidad de, 39

- olor, olfato, 315, 329-330, 356-357, 412 n.
- onanismo, El* (Tissot), 301
- Oppenheimer, Frank, 122
- oranatos, 143, 247, 385 n.
- orangután, 17, 87, 88, 89, 149, 229, 261, 267, 271
- Organización Mundial de la Salud, 155, 289-290, 305
- orgasmo
femenino, 27, 31, 49, 296-303, 307-311, 315-317, 320-322, 329, 351, 407 n., 409 n.
masculino, 27, 28, 31, 316-317, 321, 322, 329, 408 n., 411 n.
múltiple, 27, 31, 408 n.
oxitocina y, 99
salud y, 287
simultáneo, 408 n.
- origen de las especies, El* (C. Darwin), 47, 58, 296
- origen del hombre, El* (C. Darwin), 45, 50, 194, 319-320
- «Original Affluent Society, The» (Sahlins), 216
- Origins of Virtue, The* (Ridley), 218
- Orwell, George, 186, 196
- Ostrom, Elinor, 210
- ovejas, 326, 335
- ovulación, 25, 81, 113, 150, 271, 275, 287, 329
edad de la menarquia y, 198
en el chimpancé, 96
llamadas copulatorias y, 310
oculta, 56, 72, 83-85, 133, 314, 384 n., 385 n.
- óvulo, 45, 77, 79, 267, 274
- Oxford, Universidad de, 195
- oxitocina, 99, 378 n.
- Pacífico Sur, 125, 316, 384 n., 411 n.
- padres, 140, 141, 144, 163
múltiples, 121, 124, 383 n.
véase también paternidad, certeza de paternidad
- pájaros, 57, 153, 293
- Papúa-Nueva Guinea, 120, 198, 226
- parafilias, 335-336
- Paraguay, 121, 153
- pareja, vínculo de, 24-25, 84, 101-105, 114, 132, 144, 149-153, 262-263
estable, 28, 100, 102, 153, 315
- «Parental Investment and Sexual Selection» (Trivers), 150
- parentesco, 138, 140
- Parker, Geoffrey, 266
- patanowateri, pueblo, 238
- paternidad, 123, 283, 318
múltiple, 119-120, 133, 140, 406 n.
- patriarcado, 167-170, 306
- paz, 133, 218, 220, 255, 257
- pecado original, 56, 110
- pechos, 31, 56, 271, 311-315, 402 n., 408 n.
agrandamiento de, 312, 408 n.
- pedofilia, 335-336
- Pedro Hispano, 62
- Penang, en Malasia, 13
- pene, 30, 51, 177, 261, 269, 270, 278, 281-293, 342
tamaño del, 271, 283-284, 283, 304, 305, 405 n.
- Perel, Esther, 366, 368
- perfume, 81, 315

- peso corporal, índice de, 249
 Peter Pan, complejo de, 21
 Peterson, Dale, 91, 227, 229, 397 n.
 pezones masculinos, 407 n.
Phallus ravenelii, seta, 51
 Picapiedra, los, 379 n.
 picapiedrización, 52-38, 71, 102, 104, 139, 152
 píldora anticonceptiva, 104, 329, 329, 410 n.
 pingüino, 170-171
 Pinker, Steven, 48, 73, 224-228, 255, 307, 380 n., 396 n., 402 n.
 pinzones, 57, 292
 pirahá, pueblo, 155
 placer sexual, 23, 84, 114, 340, 341, 383 n.
 cantidad y calidad de, 62
 del hombre y de la mujer, 61-62, 70, 363
 plasticidad erótica, 326-334
 pletismógrafo, 327
 Plotz, David, 202
 pobreza, 40, 54, 192, 199-204, 251, 408 n.
 poliandria, 66, 269, 273
 Pólice, The, 185
 poligamia, 48
 poliginia, 29, 49, 66, 92, 264, 265, 270, 289, 291, 296, 316, 411 n.
 llamadas en el apareamiento y, 308, 309
 polilla australiana, larvas de, 40
 Polinesia, 141
 política, 216-222, 255, 264
 jerarquía y, 27, 181
 Pollock, Donald, 137, 160
 Polo, Marco, 162, 166
 Polonio, 363
 pornografía, 22, 23, 30, 280, 331, 349, 357, 404 n.
 dinero que genera la, 19, 377 n.
 infantil, 338-339
 posesivas, ausencia de actitudes, 122, 161-162
 Potts, Richard, 260
 Power, Margaret, 229-231, 398 n.
Power of Scale, The (Bodley), 211
 Pradhan, Gauri, 310
 prehistoria, caracterización de la, 47
Prehistory of Sex, The (Taylor), 32
 Prescott, James, 339-340
 preservativos, 289-290, 315, 320, 339
 Presley, Elvis, 114
Pretty Woman, 74
 prolactina, 321
 promiscuidad, 128-131, 179-180, 277, 275, 309, 311, 322, 403 n.
 definición de, 67
 del bonobo, 90, 103, 161, 264
 del ser humano, 28-29, 30-31, 66, 67-68, 221, 221, 290, 297, 301, 319, 352
 dimorfismo de tamaño corporal y, 264
 propiedad, 202
 entre los cazadores-recolectores, 201, 216, 232
 privada, 27, 29-33, 116
 prostitutas, 49, 74, 80, 148, 155, 160, 178, 268, 301
 protección, 23, 24, 25, 72, 74, 78, 81, 84, 129, 177, 188
 pseudo-estrógenos, 285-286

- psicología, 30, 137, 212
 sesgo de confirmación y, 151
- psicología evolucionista (PE), 42, 58-61, 65, 72-77, 148, 158, 217, 260, 386 n.
 certeza de paternidad y, 73
 universal humano y, 149
- Psychopatia Sexualis* (Krafft-Ebing), 301
- Pusey, Anne, 96, 318
- Quadagno, David, 345
- Quaestiones super Viaticum* (Pedro Hispano), 62
- Queens, Universidad de, en Belfast, 287
- r, especies de selección, 390
- raja del culo, 313, 402 n.
- Ramusen, Knud, 156
- recursos, 104, 130, 205, 217
 agotamiento de los, 197
 competencia por los, 197
 de propiedad comunal, 208-209, 221
 masculinos, 24, 74, 78-82, 84, 179
- refugio, 72, 109, 217, 360
- Reid, D. P., 411 n.
- Reiner, Rob, 407 n.-408 n.
- relaciones sexuales, 30, 113-114, 119-120, 159, 291, 298, 338, 342, 352-353
 con demonios, 304
 duración de las, 284, 284, 291
 embestidas en las, 283, 292
 posiciones para las, 105, 271
 promiscuas, véase *promiscuidad*.
- religión, 47, 55, 56, 126, 142, 154
- Rembrandt: *La lección de anatomía*, 89
- Rent a Rasta*, 412 n.
- represión sexual, 70, 332 n., 343-344
- reproducción, 32, 60, 77, 105, 114, 115, 129, 188, 205, 261, 390 n.
 bonobo y la, 89, 90
 competición espermática en la, 278
 del gibón, 90
 índices de, 192
 recursos y, 195
 violación y, 228
- resfriado, 250, 252
- reticencia femenina, 48, 60-64, 75, 125, 268, 277, 306, 311
- Reuters, 154, 240
- Ridley, Matt, 55-56, 192, 218, 263, 390 n.
- riqueza, 24, 25, 74, 199-204, 264, 318
- Roberts, Julia, 74
- Rochester, Universidad de, 286
- rock and roll*, 114-115, 383 n.
- Rock, Chris, 346, 347
- Rolling Stone*, revista, 184, 185
- Roma, Antigua, 125, 159-160, 234, 281
- Romance on the Road* (Belliveau), 346
- Romer, Roy, 370
- Roney, James, 351
- Roseto, en Pensilvania, 201
- Roughgarden, Joan, 46, 151
- Rousseau, Jean-Jacques, 53-54, 96, 116, 206, 210, 385 n.
- Ryan, Meg, 308
- Sagan, Dorion, 276
- Sahlins, Marshall, 199, 202, 216, 238

- Saletan, William, 39, 139
- Salovey, Peter, 182
- salud, 214, 216, 245, 249-252, 256, 287, 330
véase también enfermedad
- samoanos, 384 n.
- Sanday, Peggy Reeves, 168-169, 387 n.
- Sapolsky, Robert, 91, 99, 219-220
- saqueo de El Dorado, El* (Tierney), 238
- sarampión, 250, 251
- Sartre, Jean-Paul, 112
- Savage, Dan, 280, 362
- Savage-Rumbaugh, Sue,
- Scheper-Hughes, Nancy, 246
- Schiebinger, Londa, 379 n.
- Schopenhauer, Arthur, 49-50, 70, 336
- Science*, revista, 55, 208, 262-263
- Se acabó el pastel*, 349
- seguridad, sexo y, 60-61, 123
- Seinfeld, Jerry, 71, 345
- selección natural, 54, 57, 65, 75, 129, 193, 270, 287, 379 n.
- selección sexual, 46, 56, 61, 65, 79, 268, 273, 319
 poscopulatoria, 409
 visión de Roughgarden sobre la, 151
- semen, 119, 137, 159, 276, 278, 282, 283, 284-285, 286, 321, 405 n.
 agotamiento del, 301, 406 n.
- «semillas de confusión», teoría de las, 84
- Simple, Stuart, 308-309
- seneca, pueblo, 65
- Senters, Todd, 338
- sesgo de confirmación, 151
- sexo anal, 339
- sexo invisible, El*, 244
- sexo oral, 338, 411 n.
- Sexual Fluidity* (L. Diamond), 333
- sexualidad desinhibida, 23, 27, 96, 122-123, 155, 174, 221, 360
 de los mosuo, 161-166
- Shackleford, Todd, 403 n.
- Shaw, George Bernard, 193, 212, 255
- Sherfey, Mary Jane, 306, 322
- Short, Roger, 275, 282
- Sick Societies* (Edgerton), 234
- Sidney, Universidad de, 286
- sífilis, 165, 250, 251, 301
- «simio asesino», teoría del, 91, 103
- simio que llevamos dentro, El* (De Waal), 103
- simios
 competencia espermática entre los, 278
 grandes, 87-105, 88
 hombre como uno de los, 17, 377 n.
 longitud del pene en los, 283, 283-284
 organización social entre los, 92
véase también bonobos, chimpancés, gorilas, orangutanes
- Singer, Peter, 401 n.
- sioux (lakotas), 399 n.
- Siricio, papa, 19
- siriono, pueblo boliviano, 156, 183, 360
- Slate.com*, revista, 39, 139
- Sledge, Percy, 184
- Small, Meredith, 126, 150, 309, 314, 320
- Smith, Adam, 205, 217

- Smith, David Livingstone, 197, 227
Sobre la naturaleza humana (Wilson), 59
 Sociedad Americana de Cirugía Plástica, 312
 Sociedad Obstetricia de Londres, 302
 sociedades, mapa de, 118
Society without Fathers or Husbands, A (Cai Hua), 164
Sociobiologia (Wilson), 58-59
 Sócrates, 202
 soja y derivados, 286, 291
 Sol y Luna, relación entre, 371, 371, 415 n.
 Somé, Malidoma Patrice, 137, 163
 Spears, Britney, 340
Speculum doctrinale (Vincent de Beauvais), 156
 Spencer, Herbert, 57
 Sponsel, Leslie, 236, 240
 Sprague, Joey, 345
 Squire, Susan, 358, 362
 SRAS (síndrome respiratorio agudo severo), 251
 Stanford, Craig, 93
 Steger, Hal, 200
 Sting, 185
 Sudán, 236
 suecos, 181
 sueño, 217, 252, 354, 413 n.
 suicidio, 254, 338
 sujetador de nalgas, 313, 314
 Sullivan, Andrew, 365
 Sullivan, Ed, 114
 Sumatra Occidental, 168, 169
 supervivencia del más apto, 57
 Sussman, Robert, 229-230
 Symons, Donald, 75, 82, 90, 153, 161, 298, 352
 sobre el orgasmo femenino, 277, 316-317
 sobre la novedad sexual, 353
 Tahití, 124, 125
 Tai, en Costa de Marfil, 93, 96
 Tailandia, 176, 346
 Tannahill, Reay, 303
 Tanzania, 387 n.
 tapón copulatorio, 282
 Taylor, Timothy, 32, 216
tecnología del orgasmo, La (Maines), 298-299
 TED (tecnología, entretenimiento y diseño), conferencia (2007), 224
 televisión, 22, 64, 181, 345, 379 n.
 Tennyson, lord Alfred, 51
teoría de los sentimientos morales, La (Smith), 393
 ternera, 286, 291
 testículos, 28, 267, 269, 270, 271, 272, 273, 274-275, 278, 282, 289, 406
 testigo, testificar, testimonio, 282
 testosterona, 321, 337, 350-351, 354-356, 411 n.
 Theroux, Paul, 95
 Thompson, Robert Farris, 115
 Tierney, Patrick, 238
 Tierra del Fuego, 203, 222
 tierras, 31, 32-33, 202, 232, 235
 crecimiento demográfico y, 247
 tragedia de los bienes comunales y, 209
Time, revista, 360
 Tiresias, 62, 63, 75

- Tissot, Simón André, 301
 Toba, erupción del, 234, 392 n.
 Todorov, Tzvetan, 378 n.
 Tomás de Aquino, 304
 tomografía de emisión de positrones (TEP), 328
 topillo de la pradera, 172, 174, 388 n.
tormenta de hielo, La, 366
 tracto reproductivo femenino, 267
 esperma favorecido por el, 317-321
 vacío en el, 283
 traducción, paradoja de la, 152-133
 «tragedia de los bienes comunales, La» (Hardin), 208-209
 traición, 20, 207, 355, 358
Tratado de la naturaleza humana (Hume), 87
 Trivers, Robert, 150, 324, 386
 Trobriand, islas, 125
 tuberculosis, 219-220, 250, 250
 tukanoan, pueblo, 140
 Tulp, Nicolaes, 89
 Turchin, Peter, 234
 Turquía, 216
 Twain, Mark, 109, 295, 341, 347

 Uganda, 231
 unidad psíquica de la humanidad, 149
 Urbano VIII, papa, 55
U.S. News & World Report, revista, 19

 vagina, 177, 319, 320, 342
 Valentine, Paul, 119, 133
 vampiro, 130
 vasopresina, 388 n.
 Vaupel, James, 245
 Vedder, Eddie, 206

 Ventura, Michael, 114, 383 n.
 Venus de Willendorf, 312
 vergüenza, 30, 78, 110, 125, 157, 164, 206, 210, 212
 Viagra, 19, 357
 vibrador, 300, 406 n.
Victorian Frame of Mind, The (Houghton), 49
 victoriana, época, 48-51, 360
 mujeres en la, 49, 50, 62, 268
 vínculos, establecimiento de, 135, 188, 211, 367
 en organizaciones sociales de simios, 92
 entre hembras, 92, 105
 grupales, 377 n.
 materno-filiales, 138
 violación, 60, 90, 124-125, 162, 228, 305
 violencia, 92, 192, 256, 340, 411 n.
 en el chimpancé, 90-91, 94-97, 228-232, 236, 241, 397 n.
 en el hombre, 94, 102, 111, 162, 387 n.
 véase también guerra
 virginidad, 155
 viruela, 250, 250
 vocalización copulatoria femenina (VCF), 31, 307-311
 Vonnegut, Kurt, hijo, 187, 254
 vulva, 105

 Wade, Nicholas, 223
 Walford, Roy, 252-253
Wall Street Journal, 22
 Wall Street, 22
Wall Street, película, 191

- Wallace, Alfred Russel, 193
- Wallis, Samuel, 123
- Walum, Hasse, 388 n.
- Wamba, 97
- Wang, Hurng-Yi, 275
- waorani, indios, 250
- War Before Civilization* (Keeley), 42, 225
- warao, pueblo, 156
- Wedekind, Claus, 329-330, 413 n.
- Wedgwood, Emma, 51
- Weil, Andrew, 415 n.
- Westermarck, efecto, 412 n.
- «When a Man Loves a Woman» (canción), 184
- Whitman, Walt, 325
- Why War?* (Smith), 197
- Wilson, E. O., 58, 70, 134, 187, 359
- Wilson, Genarlow, 338
- Wilson, Margo, 73, 273
- Winge, Ojvind, 266
- Wolf, Stewart, 201
- Women at the Center* (Sanday), 168
- Woodburn, James, 29 n.
- Woods, Tiger, 386 n.
- Woods, Vanessa, 94
- Wrangham, Richard, 91, 227, 229, 231, 397 n.
- Wright, Robert, 76, 79, 82, 324
- Wu, Chung-1, 275
- Wyckoff, Gerald, 275, 403 n.
- Yang Erche Namu, 161, 162-163, 165
- yanomami, pueblo, 225, 226, 236-240, 396 n., 399 n.
- Yanomam'á la última gran tribu* (Chagnon), 236, 237, 238
- Young, Brigham, 264
- Yucatán, 33, 37, 43, 203, 370
- Zeus, 62, 276
- zulú, imperio, 235

Otros títulos de la colección:

David J. Linden

La BRÚJULA
del PLACER

pg /aw r r-p-n nprnmi
nrutuva b^ronikl i ^ozz ipordn>ca uogn

BARRV R KOMISARUK
CARLOS BFYER-FLORES
Y BE VERI Y WNIPPLE

LA CIENCIA DEL
ORGASMO

Desde los tiempos de Darwin, nos han contado que nuestra especie tiende por naturaleza a la monogamia sexual. Tanto la ortodoxia científica como las instituciones religiosas y culturales mantienen que hombres y mujeres hemos evolucionado en familias en las que los unos intercambiaban sus posesiones y su protección por la fertilidad y fidelidad de las otras. Pero este discurso se desmorona. Cada día se casan menos parejas, y los índices de divorcio aumentan sin cesar, mientras el adulterio y la disminución del deseo hacen naufragar incluso matrimonios en apariencia sólidos.

¿Cómo conciliar la realidad con el discurso que goza de la aceptación imperante? Según los pensadores Christopher Ryan y Cacilda Jethá es imposible. Y, en este libro provocativo y brillante, a la vez que rebaten casi todo lo que «sabemos» del sexo, ofrecen una atrevida explicación alternativa.

La tesis central del libro es que los seres humanos evolucionamos en su día en grupos igualitaristas que compartían la comida, el cuidado de los niños y, a menudo, las parejas sexuales. Entretejiendo indicios convergentes —obviados habitualmente— que nos ofrecen la antropología, la arqueología, la primatología, la anatomía y la psicología sexual, los autores ponen de manifiesto lo lejos que está la monogamia de formar parte de la naturaleza humana. A lo largo de la geografía y de la historia, las personas han dado a idénticas y familiares situaciones íntimas respuestas sorprendentemente distintas. Los autores exponen las raíces ancestrales de la sexualidad humana y apuntan a un futuro más optimista, iluminado por nuestra capacidad innata para el amor, la cooperación y la generosidad.

TRANSICIONES

'S.com